

Mujeres antifranquistas

Testimonio de mujeres sevillanas



MERCEDES LIRANZO HERNÁNDEZ

MUJERES ANTIFRANQUISTAS
Testimonio de mujeres sevillanas

MERCEDES LIRANZO HERNÁNDEZ

*Edita: Excmo. Ayuntamiento de Sevilla. Oficina de la Memoria Histórica.
Autora: Mercedes Liranzo Hernández.*

Imagen de portada:

Estudiante realizando una pintada a favor de la Junta Democrática, abril de 1975.

Foto: José Julio Ruiz Benavides

(Archivo Histórico de CC.OO. de Andalucía)

Impresión y maquetación: Imprenta Municipal.

Depósito Legal: SE-1.021-2018

*A Ramón, mi compañero de viaje por la vida,
por su infinita paciencia y su apoyo incondicional
durante este trabajo, así como a toda la familia
por mis ausencias involuntarias*

ÍNDICE

	<i>Página</i>
Saluda	9
Presentación.....	13
Prólogo.....	19
Introducción.....	39
Agradecimientos	47
Álcazar Fernández, Servanda.....	51
Aramburu del Río, Kechu.....	71
Arena Casas, Celia	83
Assa Esteban, Encarnación.....	95
Bernabé Méndez, Luisa	111
Bueno Hinojosa, Carmen	121
Cambrollé Jurado, Mar	129
Campo Benítez, Julia	143
Carrillo Peréa, Fátima.....	161
Cordero Cuellar, Joaquina	175
Curiel Campo, Esperanza	189
Del Moral Cabezas, Dulce.....	199
Esteve González, Ana	209
Gamero Del Moral, M ^a Rosa.....	217
García Moreno, Juana.....	227
García Muñoz, Rosario.....	237
Gonzalez Ruda, M ^a de los Ángeles	253
Helguera Garrido, Begoña.....	267
Laviana Cuetos, Margarita	281

MUJERES ANTIFRANQUISTAS

	<i>Página</i>
Liranzo Hernández, Manuela	301
Liranzo Hernández, Mercedes	311
Lobato Barragán, Victoria	335
López López, Balbina	347
Medina Gonzalez, Josefa	355
Mondejar Tamayo, Dolores.	373
Moya García, Julia.....	383
Núñez Aguilar, Rosario.....	391
Parra Díaz, Ana.....	411
Pérez González, Carmen.....	425
Ramírez Márquez, Josefa	433
Ramos Díaz, M ^a Carmen.....	445
Rejo Raimundo, Concepción	457
Rodríguez Luque, Luz María	468
Ruiz Galacho, Encarnación.....	479
Sánchez González M ^a Paz	505
Sánchez Silva, Ana	521
Torrecilla Esteire, Juana.	531
Vázquez Pérez M ^a del Carmen	539
Vega Iglesia, Encarnación	549
Vidal De la Torre, M ^a Dolores	559

SALUDA

«....que mi nombre no se borre de la historia».

Tras el golpe de estado contra la democracia llevado a cabo por el General Franco que cerró drásticamente el camino emancipatorio de los derechos de las mujeres iniciados por la II República, se abrió para las mujeres, un túnel negro de represión, castigo, sometimiento a los valores del nacional-catolicismo y miseria.

La dictadura trastocó el papel de las mujeres. Se hicieron leyes, normativas, modelos educativos y costumbres de vida que fueron impuestos por la fuerza por la máquina represiva del régimen franquista, en el que las mujeres quedaban relegada al espacio del hogar y la familia de manera impuesta.

Las mujeres fueron también, duramente represaliadas, fusiladas, encarceladas, exiliadas y víctimas de abusos institucionalizados y sistemáticos; el rapado como escarnio público fue uno de los castigos a las luchadoras por la libertad, y que en muchas ocasiones han sido también silenciados. También el que miles de ellas fueran cabezas de familias, al quedarse huérfanas, viudas o con sus compañeros y/o maridos en la cárcel.

Una representación de las invisibilizadas, son las que Mercedes Liranzo ha tratado de darles luz, realidades que se desconocen, luchadoras vecinales, de fábricas, estudiantiles, de los movimientos sociales, mujeres que salen del anonimato para que se conozca su aportación a la Historia con mayúscula

Las mujeres, en su lucha contra el régimen franquista y por la conquista de las libertades, fueron centro de la diana de la más dura represión franquista. Sin ellas, la Historia no está completa.

MUJERES ANTIFRANQUISTAS

En nombre del Ayuntamiento de Sevilla es un honor poner en valor el trabajo, el esfuerzo y el sacrificio de miles de mujeres, y que se simboliza en estas 40 mujeres luchadoras que han contribuido a que hoy vivamos en Democracia. Y que sigamos en la senda de la Verdad, Justicia y Reparación.

*Adela Castaño Diéguez
Teniente de Alcalde, Delegada de Coordinación General de Distritos,
Participación Ciudadana, Educación y Edificios Municipales*

PRESENTACIÓN

LAS OLVIDADAS DE LOS OLVIDADOS

Eva Díaz

Cuando los dictadores han considerado tan peligrosa la memoria, es momento de reivindicarla. Son palabras de una de las mujeres que participan en este libro de testimonios. Un libro sobre la memoria, el recuerdo, contra el olvido y el silencio. Un libro no sólo oportuno sino necesario desde hace tiempo, porque faltan aún muchos libros para componer la memoria completa. Y necesitábamos las voces de las mujeres. La voz de las olvidadas de los olvidados.

En los últimos años España, aunque con retraso y demasiadas contra-sombras, está rescatando el relato oculto de la dictadura franquista a través de la memoria de los silenciados. Un movimiento iniciado desde la sociedad civil y completado también por el trabajo de investigación de los historiadores. A pesar del incomprensible rechazo y crítica de algunos sectores, esa parte olvidada y oculta de la Historia está incorporándose de manera natural.

Uno de los episodios más importantes de la recuperación de la memoria ha sido precisamente el de la historia oral de los anónimos. Los anónimos de la Historia cuyo relato suele obviarse en favor de los protagonistas, de los líderes, de los que aparecen en las fotografías y en las negritas de los manuales, los que son inmortalizados en las estatuas. La Historia incompleta por el síndrome de los pedestales. La gente, el pueblo, los anónimos que también marcan el destino han quedado excluidos. Sólo en los últimos años la historia social se ha interesado por todos esos personajes que lucharon de forma silen-

ciosa, por los que conforman el relato de la intrahistoria y cuyo recuerdo y versión de los hechos es fundamental y necesario. Porque es en esa microhistoria donde se completa el relato de la Historia.

Aún nos quedaba un relato: el de las mujeres. Era la gran asignatura pendiente y este libro ayuda a resolverla. Los testimonios de estas mujeres valientes, comprometidas y audaces nos confirman que sin ellas no disfrutaríamos de la libertad y la democracia. Gracias a sus esfuerzos personales, a esas vidas sacrificadas hoy gozamos de una España mejor. No conocíamos quiénes eran, pero este libro reúne sus estremecedoras historias que no dejarán indiferente a nadie. Hay que agradecer a Mercedes Liranzo, autora del minucioso y comprometido trabajo de reconstrucción a través de grabaciones y transcripciones, el mapa de nuestra memoria oral que ha resultado de su iniciativa.

Cada una de las historias es una novela. Sus biografías de gente sencilla y honesta quedó truncada por el viento sucio de la guerra, como escribió Pedro Salinas. La guerra y los años posteriores determinaron el curso de sus vidas, vidas que quizás habrían sido tranquilas, simples, tal vez hasta tediosas y aburridas, pero que se transformaron en una peligrosa aventura llena de momentos sórdidos, amargos, terribles. Era el tiempo del «miedo valiente», como define una de estas mujeres, Fátima Carrillo Peréa, la noche oscura del franquismo.

El libro es también un sorprendente retrato de nuestro pasado reciente, una obra que sirve para entender la durísima vida cotidiana. Estas mujeres nos describen alumbramientos a la luz de los candiles, la miseria de los corrales de vecinos, la vida religiosa con su liturgia de rezos obligados, el trabajo en las fábricas y la educación en esos colegios que marcaban diferencias entre las alumnas de pago y las de beca, que hasta entraban por puertas distintas.

Con ellas atravesamos lugares tenebrosos sobre los que se quiso echar un telón para que no estorbaran la apacible y amable vida de la falsa paz de Franco. Leyendo los testimonios de estas mujeres descubrimos la ciudad con otros paisajes que no son inocentes: el recuerdo del corralón de los muertos en un lugar del caserío de

Sevilla, la cárcel de Ranilla o la comisaría de la Gavidia, que aún resiste con su sórdida y cruel historia que ahora se quiere limpiar, olvidar y borrar con relatos asépticos. Y también otras cárceles donde quedaron recluidas más allá de Sevilla como la Trinidad Vieja en Barcelona o el penal de Alcalá de Henares. Impresiona y estremece la memoria del olor que ha quedado en el recuerdo trágico de estas mujeres, auténticas heroínas de la clandestinidad. El relato de muchas de ellas coincide en esa descripción particularísima del hedor de los calabozos llenos de oscuridad y soledad; de los despachos donde les interrogaban con olor a sudor, tabaco y miedo; de la tinta caliente de las multcopistas o de las noches frías en las que se atrevían a lanzar panfletos por las barriadas. Esa memoria que aún se asoma en las esquinas de sus malos sueños sin que hayan podido olvidarla. Este libro también sirve como exorcismo para ellas. Porque contando lo que les ocurrió, compartiendo sus vivencias, también se liberan de un lastre, sanan una herida mal cerrada. Con ellas sentimos el alivio de las cicatrices de sus memorias.

A través de sus relatos leemos una historia secreta que bien merecía salir a la luz, porque ellas, como los hombres que escribieron su propio relato épico, también se arriesgaron, trabajaron y sufrieron y nadie les colocó medallas o conoció sus historias. Yo quiero darles las gracias y les pido disculpas por tantos años de silencio. Ahora me alegro de saber cuáles son sus nombres.

PRÓLOGO

NOSOTRAS TAMBIÉN CONTAMOS

Pura Sánchez

No solo estuvieron, sino que hablaron, propusieron, reivindicaron, apoyaron a sus compañeros en huelgas y encierros, se encerraron e hicieron huelga ellas mismas, conocieron las cárceles, a uno y otro lado de las rejas... Todo ello mientras hacían la compra, preparaban la comida, lavaban la ropa, llevaban a sus hijos e hijas al colegio, aseados y alimentados, dentro de lo que cabía.

Sin embargo, a la hora de escribir la historia de aquellos años de silencio impuesto, miedo en el cuerpo, reuniones clandestinas, encuentros sigilosos, condenas de cárcel por asociación ilícita, seguidas de exilios que acarreaban desarraigos y nueva pobreza, que era la pobreza de siempre, a la que se añadía la infinita tarea de empezar de nuevo en entornos desconocidos o, incluso, hostiles, de recomponer la cotidianeidad perdida... Sin embargo, a la hora de escribir la historia, digo, pareciera que ellas no estuvieron allí.

Porque han sido pocos los relatos históricos que han dado cuenta de su presencia y que han narrado con justeza su protagonismo. Pocos les han hecho justicia, reconociendo la altura de su indispensable tarea social y política.

Por eso, este libro que llega ahora hasta nosotras es tan necesario.

Y lo han tenido que escribir ellas, superando el pudor y hasta la pereza, sacando tiempo después de cuidar a los nietos, mientras echaban una mano a los hijos, entre paseo y paseo con el compañero, al volver del centro de personas adultas, mientras se hace un

poco de deporte, ahora que el deporte principal, el de llevar la casa, se ha relajado un tanto. Y aquí están, convertidas en narradoras de su propia historia. Y con su propia voz.

El gesto de contar, de tomar la palabra para narrar, es revolucionario siempre para las mujeres, porque significa una actuación de autoafirmación tan usual para los varones como inusual para ellas. Y ha sido así desde hace siglos. Tal vez desde que Cristina de Pizán, en 1405, escribió su obra «La ciudad de las damas», y utilizó el «yo, Cristina de Pizán». Un yo que la puso en la historia. Desde entonces, miles de mujeres han tomado la palabra para contar su historia. Pero han sido más las mujeres que han querido hacerlo y no han podido o no se les ha permitido. Historias ocultas u ocultadas, por inconvenientes, por irrelevantes, por subjetivas. Coartadas y estrategias del discurso androcéntrico, del hombre blanco europeo, para erigirse en el protagonista único de la historia.

Esta colección de historias vitales es, pues, y ante todo, un ejercicio de la subjetividad femenina, por el que cada una se erige en protagonista de su historia, hasta componer, como en un mosaico, la historia colectiva.

Parece necesario, en los tiempos que corren, volver a reflexionar sobre la presencia y el protagonismo de las mujeres, tanto en los espacios públicos como en el relato de la historia del tiempo presente.

La presencia indica una cualidad que, si bien es necesaria, no es suficiente para alcanzar el protagonismo. Las mujeres, en el contexto histórico de la Andalucía del siglo XXI, están presentes, la inmensa mayoría, en la vida cotidiana, en el sostenimiento de los cuidados, en la de la cotidianidad de sus familias y su entorno social, en el empleo y la política. Esa presencia es innegable, pero hay que recordar que también es indelegable, lo que significa que la visibilidad de ciertas mujeres, en espacios públicos sobre todo, no significa que todas seamos visibles en esos espacios. Porque todas no somos visibles del mismo modo ni nuestra presencia en ciertos espacios nos procura el mismo tipo de visibilidad.

Estadística tras estadística, sabemos que el paro afecta en menor medida a los hombres que a las mujeres, que el trabajo parcial y pre-

cario está feminizado, que los cuidados no profesionales a personas dependientes recaen en manos femeninas, que las mujeres acceden a la propiedad de la vivienda en menor porcentaje que los hombres y que las alcaldesas de Andalucía no llegan ni al 25% y lo son de pueblos y ciudades pequeñas. Lo único que sigue en aumento son las órdenes de protección contra la violencia machista.

Sin necesidad de traer aquí más datos, parece evidenciarse que la mera presencia femenina se traduce en una visibilidad desigual, atravesada por la presencia de clase, por la etnia, por el nivel de cultura, por la opción sexual, que acarrea la ocultación de la realidad multiforme y diversa de las mujeres.

En cuanto al protagonismo, hay que entender que se trata de pensarnos como sujetas históricas, reclamando y ejerciendo nuestra propia voz. Pensarnos como sujetas soberanas de nuestros cuerpos, de nuestros deseos y de nuestras vidas. Es construir el relato de nuestra propia vida sin que otros lo construyan por nosotras. Es generar un relato desde la subjetividad, contestando con esta práctica a quienes reclaman el relato histórico «objetivo», coartada que ha dejado sin voz tanto a las mujeres como a otros grupos subalternos: las personas pobres, la infancia, el pueblo gitano, ... Porque lo que se disfraza de objetividad no es sino, de nuevo, el relato hegemónico del hombre blanco europeo, que, a pesar de ser parcial y circunscribirse a un ámbito geográfico y de pensamiento político, se eleva a la categoría de universal.

Este libro tiene, por tanto, como gran virtud, la de dar un golpe en la mesa para reclamar la atención de la sociedad sobre este grupo de mujeres, que, en los años del Tardofranquismo, resistieron a la dictadura y pagaron un precio por ello. Si su lucha fue codo a codo con sus compañeros de partido o sindicato, es justo que ocupen un lugar compartido en el relato histórico de aquellos años.

Contexto histórico

En 1959, se pone en marcha el llamado Plan de Estabilización, con la pretensión de modernizar el país, propiciando un desarrollo económico, que dejara paulatinamente atrás la autarquía y, con ella,

la escasez y el atraso de la España de posguerra. Este proceso desarrollista y de liberalización económica, diseñado y gestionado por los tecnócratas del Opus Dei, tuvo dos elementos verdaderamente determinantes, que no solo contribuyeron de manera eficaz al cambio económico, sino que también operaron cambios en el modo de pensar de las y los españoles. Nos referimos a la emigración y el turismo. Emigrantes y turistas entraban y salían del país y con ellos, aparte de las divisas, viajaban ideas de libertad y nuevas formas de vida.

Conviene no olvidar que la liberalización de la economía no alteró, sin embargo, el carácter dictatorial del régimen franquista, que mantuvo sus aparatos represivos intactos. De hecho, mientras se diseñaba el Plan de Estabilización de 1959, se aprobaba un decreto –24 de enero de 1958– por el que se creaba una jurisdicción especial para actividades extremistas, una nueva Ley de Orden Público –1959– y la Ley Contra el Bandidaje y Terrorismo –1960–. Un año más tarde, en 1961, las cortes franquistas aprobaban la Ley sobre Derechos Políticos, Profesionales y de Trabajo de la Mujer.

A la muerte del dictador, en noviembre de 1975, ya se había instalado la crisis económica en el país, debido a las turbulencias políticas y económicas internacionales y al carácter dependiente de la economía española, por lo que el llamado desarrollismo fue tan intenso como breve.

En los tres años siguientes se invocó la necesidad de «un consenso técnico», a nivel económico, que posibilitará tanto salir de la crisis, como un consenso político. Fruto de este planteamiento fueron los Pactos de la Moncloa, firmados en octubre de 1977. A partir de entonces, en todos los diagnósticos económicos, se identificará la falta de flexibilidad de la economía como el problema, que se intentará solucionar, también desde entonces, con el aumento de la inseguridad laboral y la precarización de las condiciones de trabajo.

Tras cuarenta años de dictadura, se celebraron elecciones generales, en junio de 1977. Entre las personas elegibles, el 13% eran mujeres. Solo el 6% resultó elegido. En diciembre de 1978, se aprobó la Constitución.

La Transición política española, tan interesadamente calificada de ejemplar, supuso, en general, el asentamiento de los sectores más conservadores de la sociedad española. En este proceso, resultaron especialmente favorecidas la Banca, la Iglesia católica y la Patronal, con el apoyo del Ejército y la Monarquía.

Para las mujeres, el reconocimiento de la igualdad real –a pesar del reconocimiento formal que hacía la Constitución– quedó supe-
ditado a las necesidades y exigencias de los grupos económicos y políticos dominantes; es decir, sobre las desigualdades que afectaban a las mujeres, se asentó el reconocimiento de otros derechos y beneficios sociales. Si se pudo construir un incipiente estado del bienestar, no fue por la bondad paternalista del Estado ni por la generosidad redistributiva de las élites económicas. Fue porque las mujeres cubrieron entonces, igual que lo siguen haciendo ahora, todas las deficiencias sociales, sin coste político, pero con un cada vez más evidente y elevado coste económico, social y personal.

El modelo de mujer en el Tardofranquismo

El proceso modernizador se tradujo en la configuración de un modelo de mujer, a la que se adjetivará como moderna y perfecta, que se difundirá en exclusiva desde las publicaciones para mujeres, tales como las revistas *Ama*, *Ilustración Femenina*, *El Hogar y la Moda*, *Telva*, *Dunia*, etc... El sistema educativo no incidirá directamente en esta transformación, que se quiere mostrar como coyuntural y superficial, puesto que no debía afectar al fondo del modelo, que se pretendía inalterable. La alusión de estas publicaciones a la mujer moderna intenta obviar el modelo de mujer culta y moderna propuesto por la II República, de connotaciones muy negativas, como ya sabemos, para los vencedores de la Guerra Civil y para los usufructuarios de la victoria. Ahora, había que llenar de otro contenido las viejas palabras y hacerlas aparecer como recién acuñadas, como sin historia, a la vez que se desposeía a los conceptos a los que aludían del carácter emancipador que tuvieron en el periodo republicano.

Ser moderna, por tanto, será ser la mujer de siempre, esposa y madre, pero esta, si impelida por la necesidad, debe buscar un

empleo, tendrá que ser perfecta, lo que significa que deberá multiplicarse, con la ayuda de nuevos electrodomésticos, cuya presencia puede reclamar al marido o comprar ella misma, para no desatender sus obligaciones en el hogar. Así, las publicaciones para mujeres actuarán como aliadas de la extenuación, camuflando esta nueva situación de alienación de las mujeres que presenta como la nueva modernidad. La mujer deberá atender, ahora, al trabajo doméstico, desempeñar un trabajo asalariado, dentro o fuera de casa, y llegar a todo y a todos. Y, si no lo hace es... porque no es perfecta, porque no hace su trabajo de forma organizada, es decir, de forma profesional

Con la configuración del nuevo modelo de feminidad, con la ocupación, siempre justificada y controlada, del espacio público que hacen las mujeres parece aflojarse el estrecho lazo que anuda las motivaciones ideológicas y económicas en las dos décadas anteriores, observándose un desplazamiento hacia los intereses del mercado a la vez que se intenta mantener el control sobre los aspectos ideológicos. Así, cada vez mayor número de mujeres acceden a un trabajo asalariado, lo que posibilita el acceso de ellas mismas y de sus familias al consumo; pero las mismas revistas que les orientan en el consumo y les sermonen sobre el modelo hegemónico de mujer, esas mismas revistas servirán de puerta de entrada de otros modelos de relación, de otros modelos de mujer a la vez que se hacen eco, en los consultorios, de la existencia de las tensiones que provocan estas contradicciones y del grado de conciencia de las mismas que tienen las mujeres.

Se podría decir que a la dictadura franquista, en esta coyuntura, no le interesaban tanto las mujeres cuanto los mecanismos para controlarlas, máxime cuando, gracias a ciertas transformaciones, estos mecanismos de poder podían resultar «económicamente ventajosos y políticamente útiles». Se trata, por tanto, cuando el discurso hegemónico habla de modernas y perfectas, de la construcción de una «nueva» identidad femenina excluyente, pero también de una nueva táctica de dominación, menos coactiva y más aparentemente negociada; de ahí que aparezca en las revistas de estas décadas como un discurso de ayuda a las mujeres, cuya necesidad de «renovación» es incuestionable. El verdadero sentido de esta renovación

lo expresará con meridiana claridad Fernando Herrero Tejedor, en su Explicación a las Cortes, a propósito de la presentación del proyecto de Ley sobre Derechos Políticos, Profesionales y de Trabajo de la Mujer: «La figura de mujer que se contempla en el proyecto es más la mujer fuerte de los Proverbios de Salomón: - 'que trabaja con la diligencia de sus manos y es como el navío de mercader que de lejos trae su pan' - que la sufragista varonil y poco femenina, que nos ha deparado, en ciertas épocas la coyuntura política»

Proceso de modernización, pues, contradictorio y lento, en el que los cambios en las estructuras económicas empujaban a otros cambios culturales, siempre condicionados para las mujeres; proceso de modernización, en el que perviven las resistencias a abandonar el viejo modelo, mientras se procura que solo se asienten los cambios necesarios para la modernización económica, es decir, aquellos que nos alejaban de la autarquía para hacernos entrar de lleno en el desarrollismo.

Pero, a la vez que las revistas citadas, difusoras de ese modelo de mujer moderna y perfecta, aparecieron otros proyectos editoriales, dedicados de manera abierta y declarada a construir conciencia feminista en las mujeres de la Transición. Revistas como Vindicación Feminista o la revista de la Asociación Democrática de Mujeres representaron el intento de desmontar los modelos de mujer prescritos y publicitados durante la dictadura franquista; pero también asumieron una tarea de difusión de las ideas del feminismo, pretendiendo proporcionar instrumentos a las mujeres, a través de la información y el análisis fundamentalmente, para liberarse del machismo imperante. Todas ellas resultan interesantes, a pesar de su trayectoria efímera y azarosa, en la medida en que su existencia pone de manifiesto un uso diferente de las revistas para mujeres: no trataron de construir una identidad femenina, sino de animar a las mujeres a que se liberaran del yugo de la dominación masculina, informándolas sobre sus derechos, exigiendo la ampliación de los mismos, luchando por la igualdad, denunciando las injusticias de las que eran víctimas e intentando que tomaran conciencia de su situación, dentro y fuera de España, y del potencial transformador del feminismo, tan desconocido por

la mayoría de las mujeres e ignorado por las direcciones de los partidos políticos.

La agresividad contra mujeres, publicaciones o asociaciones que se identificaban como feministas, o que demandaban igualdad entre hombres y mujeres, ponía de manifiesto tanto las resistencias de una parte de la sociedad a estas ideas emancipadoras, como la decidida implicación de otra parte a favor de las mismas.

Esta demanda de igualdad, desarrollada tanto en la sociedad como en el seno de algunas fuerzas y partidos políticos, no fue tenida en cuenta debidamente en el texto constitucional. El alabado consenso evitó que demandas fundamentales, en cuanto a la liberación femenina, como las referidas al divorcio o al aborto, se elaboraran en términos de derechos y quedaran incluidas en el texto constitucional. Las consecuencias las sufrieron y las sufrimos todavía: una ley de divorcio que no se aprobó hasta 1981 y una ley de aborto, que se sigue utilizando como instrumento de control sobre el cuerpo de las mujeres y como caballo de batalla político entre partidos conservadores y pretendidamente progresistas. Y la sombra alargada de la Iglesia católica, que sigue intentando escenificar su control social a base de monopolizar el concepto de familia e intentar controlar el cuerpo femenino.

El hogar de la clase obrera: un espacio conflictivo

El hogar es una construcción cultural, un ámbito en el que se integran elementos físicos –arquitectónicos, de organización y distribución del espacio–, y elementos sociales y simbólicos, que se transmiten como «naturales», y que posibilitan la discriminación, a través de la subordinación y la exclusión de las mujeres.

A juzgar por los datos que nos proporcionan algunos estudios, en 1960, el hogar medio español carecía de comodidades: solo un 52% tenía agua corriente, un 7% tenía cocina de gas, un 3%, cocina eléctrica. Pero hacia la mitad de la década de los sesenta, la situación había mejorado ostensiblemente: un 94% tenía electricidad, el 67% tenía agua corriente y un tercio de las casas tenía cocina de gas. Aunque lo que creció extraordinariamente fue el consumo de pequeños electrodomésticos: planchas eléctricas, un 80%, lavadoras

mecánicas, un 33%, ollas a presión, un 27%, frigoríficos, un 16%, batidoras un 14%, etc...¹

En las casas modernas, no tanto burguesas cuanto pequeño-burguesas y de la clase obrera, se hacía frente a una drástica reducción del espacio, más acusada en la casa de las clases populares. De ahí las denominaciones dobles para los espacios: salón-comedor, cocina – comedor, o los dormitorios con espacio de estudio incluido. Cada habitación adquiere así una función doble. A esto es a lo que se denominaba de forma eufemística «funcionalidad».

La falta de espacio aportaba una conflictividad evidente al hogar, conflictividad que se vería incrementada seguramente en los hogares de muchas de las mujeres que han tomado la palabra en este libro, debido al desarraigo, como consecuencia del destierro, a las dificultades económicas por las multas o la pérdida del trabajo, como consecuencia de las represalias por hacer huelgas o reivindicaciones, así como por las ausencias prolongadas del cabeza de familia. Estaba muy lejos este hogar de ser el lugar idílico, descanso del guerrero y a salvo de las preocupaciones de lo público, que se publicitaba desde el discurso patriarcal hegemónico, pero también del hogar moderno, del que se hablaba en las revistas para consumo femenino de la época.

Por tanto, este espacio material al que llamamos casa – generalmente escaso para la pequeña burguesía y muy escaso para la clase obrera- era un espacio conflictivo, sometido a las condiciones de clase, determinantes de su estructuración y habitabilidad, mientras el género de sus moradores determinará las condiciones de uso del mismo. Aunque las mujeres, por lo general, intentaron hacer frente a los problemas de todo tipo que se vivían en sus hogares - de espacio, de habitabilidad, económicos y también emocionales- sin cuestionar el uso del espacio ni su lugar dentro de los mismos. Sin embargo, el que deambularan por sus hogares sin ser dueñas de un lugar propio y sin posibilidad de articular su uso, no impedirá que se les prescribiera desde fuera qué tenían que hacer y cómo hacerlo, es decir, que se normativizara la domesticidad.

¹ Castillo, Castillo, J. Sociedad de consumo a la española, Madrid, Eudema, 1987.

La modernización de los trabajos domésticos, en correlación con la modernización de la casa y de las propias mujeres, no suponía en realidad una disminución de estas tareas, sino un cambio en cómo afrontarlas, de modo que, debiendo hacer lo mismo, se tardara menos. Para ello se proponían dos recursos: los electrodomésticos y la «profesionalización» de las amas de casa, esto es, la rentabilización del tiempo. Ambos recursos tienen que ver con criterios económicos, de consumo, en un caso de aparatos, en otro, de tiempo. La superficialidad de estos cambios, en lo que a la esencia del modelo hegemónico de feminidad se refiere, no debe evitar que le concedamos una importancia cualitativa evidente en el modelo de gestión de los hogares y el papel de las amas de casa como gestoras del consumo familiar. Aunque todo ello contribuyera a configurar una existencia angustiada.

Las tareas domésticas y otras tareas

Las mujeres de la clase obrera pueden calificarse, sin duda, como trabajadoras infatigables. En primer lugar, estaban las tareas domésticas, que ellas debían acometer en solitario, sin la colaboración de los miembros varones de la familia. Y cuando, por fortuna, encontraban alguna colaboración por parte de los maridos, aunque esta fuera puntual, solían tener que enfrentarse a la opinión beligerante de madres y suegras.

Además, las únicas que apreciaban y valoraban estas tareas eran las propias mujeres. A lo que hay que añadir la idea, difundida con insistencia desde las revistas femeninas, de que la construcción simbólica del hogar, además de descansar en los hombros de las mujeres, debía alcanzarse a base de realizar estas tareas domésticas, un trabajo físico extenuante para las mujeres y poco apreciado, e incluso invisible, para el resto de los miembros de la familia.

De ahí la insistencia también en adiestrar a las mujeres en la realización del trabajo doméstico, lo que, al parecer, no entraba en contradicción con el pensamiento patriarcal de que las mujeres estaban biológicamente preparadas para realizarlo. Porque se descon-

fiaba de su capacidad y, sobre todo, porque se las debía llevar al convencimiento de que, por el bien del desarrollismo y para acceder al consumismo, debían acceder a un empleo, sin abandonar por ello sus funciones de perfectas y modernas amas de casa.

Por ello, muchas mujeres vieron en el trabajo a domicilio, el trabajo en la sombra, como lo llamaba Vindicación Feminista, una manera de compatibilizar el trabajo doméstico con un empleo. Entonces, como ahora, ello significaba que estas trabajadoras a destajo no eran contabilizadas por las estadísticas como población activa; que el producto de su trabajo no era tenido tampoco en cuenta en términos de productividad, o no era atribuido a las mujeres, que constituían, sin embargo, el grueso de las trabajadoras en la sombra. El Informe FOESSA de 1970 señalaba que, si bien un 12% de amas de casa salen fuera de su hogar a realizar un trabajo, un 15% realizan dentro de él distintos oficios: labores del campo, modistas, peluqueras... Respecto al tipo de mujeres que realizaban estos trabajos, se habla de que trabajan algo más las que tienen algunos estudios pero, sobre todo, trabajan mucho más las amas de casa del medio rural.

En cuanto al empleo, las mujeres de la clase obrera, como habían hecho en las décadas anteriores, y a pesar de la retórica de la dictadura, que hablaba de «liberar» a las mujeres casadas de la tiranía del taller y de la fábrica, también buscaron un trabajo asalariado, bien relacionado con el ámbito de lo doméstico, bien en fábricas y talleres, o como empleadas en el sector servicios. Este empleo no constituía un proyecto de vida, no era vocacional y muchas mujeres lo veían también como transitorio. Pero era el modo de contribuir a la mejora de la economía familiar.

En ese contexto laboral, muchas mujeres, tan eficaces y trabajadoras como sus compañeros varones, tuvieron que aceptar sueldos menores o sufrir que se las maltratara en los convenios colectivos, negociados por los varones que copaban los puestos de los comités de empresa y que no veían la necesidad de alcanzar mejores condiciones laborales también para sus compañeras, con el argumento de que ellas se gastarían la subida de sueldo en «barras de labios».

Seguir siendo hacendosas, laboriosas y diligentes, conforme al mandato bíblico, era lo que la economía desarrollista demandaba de las mujeres modernas de las décadas de los sesenta y setenta del siglo XX. Una laboriosidad que se pone en este contexto, no al servicio de objetivos morales, sino directamente económicos, tratando de aupar la economía española al nivel de las exigencias del mercado europeo, en el que no estábamos como miembros de pleno derecho, pero al que servíamos como economía, entonces ya, dependiente. Así nos convertimos en consumidores sin haber logrado alcanzar la condición de ciudadanos.

Pero estas demandas establecerán una exigencia titánica sobre las mujeres, asentando lo que hoy llamamos doble jornada, un trabajo que en muchos casos no sirve para que las mujeres alcancen su autonomía, que no es la expresión de una voluntad personal, que no supone la igualdad con los varones, puesto que nunca estuvieron equiparados los salarios y cuya mala calidad y precariedad se asume desde entonces como inherente al trabajo femenino.

Quizás lo más llamativo sea la comprobación de cómo, desde la mayoría de los partidos de izquierdas, esta cuestión no se consideró prioritaria ni importante, a veces ni siquiera secundaria. Simplemente se obvió. No en vano muchos de sus dirigentes veían con temor y alarma la llegada de las mujeres a las fábricas, envolviéndose en el falso argumento de que, como aceptaban trabajar en peores condiciones, eso acabaría repercutiendo negativamente en las condiciones laborales de sus compañeros varones. Al parecer, no se les pasó por la cabeza la posibilidad de reivindicar **también** mejores condiciones para ellas.

La revista *Vindicación Feminista* se hizo eco, prácticamente en todos sus números, de las actuaciones reivindicativas protagonizadas por las mujeres en estas décadas, y sobre todo a finales de los setenta, etapa en la que la conflictividad laboral fue muy elevada. En dichas actuaciones se percibe que la solidaridad fue casi siempre unidireccional: las mujeres prestaron apoyo muchas veces a las reivindicaciones masculinas, mientras los jurados y los comités de empresa, formados por hombres en su mayoría, se desentendían de las reivindicaciones femeninas, por considerarlas irrelevantes o

porque entraban en conflicto con los intereses de los trabajadores, en masculino.

El acceso de las mujeres a un empleo, que se ha considerado históricamente como un elemento sobre el que las propias mujeres podrían construir-se una identidad y la conciencia de sí mismas, ha resultado ser, sobre todo para las mujeres de la clase obrera, un intento fallido. Si bien desde el feminismo, en los setenta, se intentó evidenciar las luchas y reivindicaciones de las mujeres trabajadoras asalariadas, e, incluso, se les intentaron ofrecer instrumentos de concienciación sobre su situación de sumisión y desigualdad, la confluencia de una serie de elementos políticos y sociales relegó a un segundo plano los problemas y las reivindicaciones de las mujeres, a las que parecía exigírseles que se conformaran con la exigua igualdad que les reconocía la Constitución de 1978.

Pero ocurre que una igualdad deficiente es desigualdad. Y a este déficit estructural de igualdad le ha correspondido también la construcción de una identidad femenina en precario que, en un contexto de desigualdad, no puede sino reforzar la subalternidad de las mujeres, hacer aflorar la violencia estructural contra las mismas, traducida a menudo en actos de violencia física, y alejarnos a todos, hombres y mujeres, del objetivo de conseguir una sociedad justa e igual.

El trabajo político de las amas de casa

En las primeras décadas de la dictadura franquista, el régimen intentó encuadrar a las amas de casa en asociaciones que paulatinamente se fueron convirtiendo, al menos en parte, en tapadera de luchas claramente políticas, escapando así al control y la represión de cualquier tipo de asociacionismo político distinto del partido único. Ni siquiera el hecho de que algunas de ellas se registraran con el nombre de «Mariana de Pineda» hizo sospechar nada a los probos funcionarios de los registros de asociaciones.

El panorama asociativo sufrió un cambio a partir de la publicación, en 1964, de la Ley de asociaciones, de carácter restrictivo, que confería al Estado la potestad de crear asociaciones y su control. A partir de aquí, se inicia un proceso de construcción de una red

de Asociaciones Provinciales de Amas de Casa, que, si bien tenía como objetivo inicial el reforzamiento del modelo tradicional de la domesticidad –en un contexto en que se animaba a la mujer casada a salir de casa a realizar trabajo asalariado–, no obstante supuso el inicio de «la creación de un sujeto que alcanzará una notable proyección política: el ama de casa». Esta red asociativa mantuvo unas relaciones difíciles, de competencia, con la Sección Femenina, que iniciaba ya por 1967, cuando el entramado asociativo empezó a estar asentado, un claro declive.

Al frente de las asociaciones de amas de casa, por lo general, figuraban las, también por lo general, desocupadas y ociosas esposas de la élite política de cada provincia. Para constatar este hecho no hay más que acudir a los nombres de la cúspide de las asociadas, la mayoría de ellas, señoras de...

Pero hubo un punto de inflexión en el trabajo de las amas de casa dentro de las asociaciones, cuando se empezó a reivindicar que se incorporara a las amas de casa como beneficiarias directas del recién creado Régimen General de la Seguridad Social. De ahí la reivindicación de un salario, como pago a los trabajos de cuidado de la familia que las amas de casas desempeñaban.

En cierto modo, podría decirse que la profesionalización que se exigía a las mujeres amas de casa, si bien en un principio respondía a la necesidad de adaptarse a las exigencias del modelo económico desarrollista, después, desde estas asociaciones, dicha profesionalización se insertó en una dinámica diferente, claro contrapunto a la del discurso hegemónico: la profesionalización de las mujeres en las tareas domésticas debería servir a estas para alcanzar ciertos derechos derivados de su actividad laboral y profesional, que no era otra que la de ser amas de casa.

Esta dinámica reivindicativa de derechos laborales hizo que la Dirección General de la Seguridad Social, en septiembre de 1971, creara una comisión de trabajo que estudiara el asunto. Fruto de ello fue la elaboración de un anteproyecto que llegó a presentarse a las Comisiones de Trabajo de las Cortes a finales de septiembre de 1972. Además, se hizo llegar a las asociaciones de amas de casa y a

la Sección Femenina una encuesta sobre el particular, titulada «Comisión para la Mutualidad social de amas de casa», con la intención de pulsar la opinión de las mismas. La propuesta de protección se inspiraba en realidad en el Montepío del Servicio Doméstico.

Finalmente, durante los últimos años de la dictadura y aún buena parte de la Transición, se mantuvo el sistema de Plus Familiar en el sueldo del varón cuya esposa estaba «desocupada». El seguro del ama de casa no fue llevado a la práctica hasta 1980.

Cuestión bien diferente fue la organización de las mujeres amas de casa en asociaciones vecinales, a través de las cuales participaron activamente en la gestión de los asuntos del barrio. Esta actividad de las amas de casa, que se organizan en sus barrios, en pro de reivindicaciones muy diversas, se extendió en ese tiempo por todos los territorios del Estado.

Además, hubo otra forma de actuación protagonizada por las amas de casa, consistente en apoyar las huelgas, encierros y reivindicaciones de los maridos. Esta forma de actuación política femenina se ha aminorado en el relato de las luchas y reivindicaciones laborales, hasta el punto de borrar la presencia femenina o presentarla como anecdótica, haciendo aparecer a los varones como los únicos protagonistas de estas. Sin embargo, cuando se miran estos movimientos de cerca, se suele advertir la presencia de grupos de mujeres que organizaron la resistencia desde la retaguardia.

Estas mujeres, desde su estatus patriarcal de esposas y madres de familia, lucharon de forma solidaria con sus maridos, realizando actuaciones políticas que entrañaban riesgos reales y que, como tales, eran tomadas por la llamada autoridad competente. De ello ha quedado constancia en los informes de la Dirección General de Seguridad. Esos informes, dirigidos generalmente a los gobernadores civiles, recogen la identidad de estas mujeres, así como su parentesco con los varones, tratando de hacer un mapa de las conexiones políticas entre hombres y mujeres.

En conclusión, se puede decir que las actuaciones políticas y las acciones reivindicativas de las amas de casa fueron una constante en las dos últimas décadas de la dictadura, así como en la Tran-

sición. Pero no todas las amas de casa protagonizaron las mismas actuaciones ni actuaron en el mismo espacio. Según su clase social fundamentalmente, las amas de casa encuadradas en asociaciones segregadas, sin cuestionar su papel de esposas y madres, lucharon por una cierta equiparación de derechos con los varones, a partir de la reconceptualización de su trabajo doméstico. Por su parte, las amas de casa, principalmente de la clase obrera, protagonizaron actuaciones reivindicativas y de resistencia en el mismo espacio público en el que se planteaban las luchas de los hombres. El carácter solidario y resistente de estas actuaciones es evidente y no puede ni debe ser interpretado en ningún caso como secundario. Entre otras cosas porque, en ocasiones, la resistencia y el apoyo de las mujeres acabó siendo un factor decisivo en la consecución de lo reivindicado por los hombres.

En uno y otro caso, con uno u otro modelo de lucha, las amas de casa se fueron construyendo como sujetos políticos, aunque los efectos de dicha construcción resultaran diferentes y no siempre fueran emancipadores.

Todo ello dibuja un panorama complejo y cambiante, en las décadas de los sesenta y los setenta, en las relaciones de poder que tienen lugar en el ámbito doméstico. Cambios y dinámicas protagonizadas por las propias mujeres, quienes bien con su trabajo asociativo, bien con su salida al espacio público, están poniendo de manifiesto el inmovilismo y la falsedad del discurso hegemónico, justamente allí donde este pretende seguir atrincherado, y desde el que pretende seguir ejerciendo el control de los sujetos: en la domesticidad, entendida como el ámbito privativo de las mujeres.

A pesar de los esfuerzos de la dictadura por mantener un discurso inalterable sobre las mujeres, a pesar de la intención de confundir espacio privado con uso privativo del espacio –espacio impuesto a las mujeres como propio, cuyo uso ha sido tradicionalmente causa y consecuencia de la privación de libertad, de presencia, de protagonismo...–, a pesar de todo ello, las mujeres de estas décadas reinterpretaron su condición de amas de casa. Y desde esa condición, con no pocas dificultades y contradicciones, intentaron abordar la construcción de una identidad diferente a la que se pre-

conizaba desde el discurso oficial, elaborado mano a mano, sobre la base del patriarcado, por la Iglesia católica y el Estado autoritario y dictatorial.

Otra cuestión es si, al construir el relato histórico de estos años, se ha considerado y reconocido el carácter político de la lucha de las mujeres en los barrios, en los pueblos y en las ciudades. Unas luchas que sirvieron en muchas ocasiones de base sobre la que, con posterioridad, los partidos políticos y los sindicatos, llamados de clase, pudieron montar sus estructuras, afianzar su presencia, extender su militancia y llevar a cabo acciones más audaces.

No obstante, se ha construido un relato histórico calculadamente androcéntrico, en el que estas actuaciones se han borrado o difuminado, haciéndolas ingresar en la zona de sombra de la domesticidad. Al interpretarlas como actuaciones espontáneas, se ha aminorado su importancia en relación a las actuaciones diseñadas conforme a una estrategia; al hecho de contar con líderes populares, coyunturales, se le ha considerado ausencia de liderazgo; al carácter reivindicativo concreto de muchas de estas acciones –pedir un mercado, la valla de una escuela, el alcantarillado de una calle–, se las ha despojado de incidencia en la lucha por antonomasia, la lucha antifranquista.

En definitiva, se ha intentado construir un relato hegemónico también de la lucha antifranquista, en el que la centralidad y el protagonismo se le atribuye a ciertas luchas y a ciertos protagonistas, masculinos, por supuesto, mientras se silencia esta lucha femenina, situándola, por contaminación de sus protagonistas, en el territorio de la subalternidad. Pero aquí están ellas, para reivindicar su presencia y para construir el relato de su protagonismo. Con su propia voz y en primera persona. En femenino singular.

INTRODUCCIÓN

EL PORQUÉ DE ESTE LIBRO

Mercedes Liranzo

Este libro no es un libro de historia escrito por una historiadora; es un libro nacido de la necesidad de cubrir el vacío que existe de textos escritos, en lo que se refiere a la participación y reconocimiento de las mujeres que luchamos contra la dictadura franquista en Sevilla. Un olvido por parte de todos los estamentos oficiales, así como por los partidos de izquierda y sindicatos. No queremos que cuando ya no estemos –de hecho ya no estamos todas–, se tenga que recurrir a la buena voluntad de otras generaciones para recuperar una parte de la historia donde las mujeres, también fuimos protagonistas. Hemos querido ser nosotras mismas las que contemos en primera persona, cómo vivimos aquella lucha contra la dictadura, y lo hemos hecho ahora, que todavía tenemos la capacidad de recordar después de tantos años.

La conciencia de que la historia de la lucha antifranquista se quedaba coja sin la voz de las mujeres, fue lo que me motivó a emprender este proyecto. Las mujeres estuvimos militando durante la dictadura de Franco en los partidos políticos de izquierda, en los sindicatos y en las Comisiones Juveniles de Barrio, cuando todo eso era clandestino, pasando algunas por comisaria y la cárcel. También participamos en el movimiento obrero apoyando a todos los trabajadores y trabajadoras que estaban en huelga, pero además, en muchos casos siendo verdaderas dirigentes en empresas importantes como: HYTASA, SEMENGAR, INDUICO, FLEX..., así como en otros sectores como: sanidad, fábricas de naranjas, de aceitunas,

trabajadoras del campo, del servicio doméstico, sin olvidar las que participaron en el movimiento estudiantil, etc. Donde había una mujer antifranquista, esta hacía proselitismo para tratar de cambiar las condiciones de trabajo de la clase trabajadora. Las mujeres fuimos, junto con los compañeros y camaradas a las manifestaciones, pegábamos carteles, hicimos pintadas, elaborábamos propaganda clandestina con la vietnamita –fotocopiadora artesanal–, haciendo después las tiradas por los barrios y las fábricas. Estuvimos en las asociaciones de vecinos y de mujeres, donde hubo una participación importante por nuestra parte. Hubo mujeres en los puestos de dirección de algunos partidos, es decir; que estábamos tan implicadas en la lucha como cualquier hombre antifranquista, pero ellos siempre se visualizaron más que nosotras. Aunque está claro que los hombres eran mayoría, también está claro cómo era la situación social de las mujeres en aquella época.

Todo eso lo hicimos en unas condiciones diferentes a los compañeros. Hay que tener en cuenta que las mujeres jovencitas de las organizaciones de izquierda no teníamos la misma libertad que los hombres. Teníamos poca libertad de movimiento dentro de la familia, dónde a la inmensa mayoría nos ponían una hora de recogida y una constante vigilancia incluso por los hermanos mayores. Por eso mentíamos a nuestros padres, para poder ir a reuniones por la noche. Procurábamos que no se enteraran a que organización pertenecíamos, porque eso sí que era un drama para ellos. Porque mujer y política y además de izquierda, era demasiado, sabiendo el peligro que en esos tiempos entrañaba. Sin embargo los compañeros y camaradas ese problema lo tenían más suavizado. La expresión «¿Qué hace una mujer por la noche en la calle?» era muy conocida entonces.

Soy consciente de que nuestros compañeros venían también de una educación machista hasta la médula, sus madres los habían educado para que ellos fueran los reyes de la casa. Pero cuando hacían proselitismo con nosotras para convencernos de su ideología, nos pintaban una sociedad ideal para las mujeres, dónde seríamos todos iguales sin tener en cuenta el género. Claro que eso era solo hasta que se empezaba a vivir en pareja, ahí la cosa cambiaba porque al final, terminábamos por seguir las reglas impuesta por la so-

ciudad que tanto odiábamos, frustrando nuestras ansias de igualdad. En esos años todavía las mujeres antifranquistas no habíamos adquirido una conciencia de género, porque nuestra prioridad entonces era la lucha contra la dictadura.

Sin embargo, a finales de los años sesenta y principios de los setenta, las mujeres ya con una experiencia en la lucha, empezamos a pensar en nuevos planteamientos sobre las mujeres dentro de nuestras organizaciones y fuera de ellas, creando grupos o comisiones de mujeres para tratar el problema de género. A algunos dirigentes políticos de izquierda de aquella etapa, se les quedó el reloj parado en una determinada época y les daba miedo el feminismo. Hasta que cayeron en la cuenta que éramos el 52% de la población y era importante tenernos de su lado cuando tirásemos la dictadura; y porque el movimiento feminista era ya imparable.

Ya han pasado muchos años de aquello y, a pesar de todo, seguimos siendo invisibles cuando se escribe esa parte de la historia. Es como si no hubiésemos estado allí. Todo lo anteriormente dicho viene a corroborar que las mujeres seguimos estando en una posición de desigualdad.

Cuando comencé este proyecto, me propuse hacer un libro donde nosotras expresáramos en primera persona, nuestras experiencias en entrevistas grabadas o escritas. Hay biografías de amas de casa, estudiantes, trabajadoras..., pero todas ellas tienen en común su compromiso político. He procurado que hubiese mujeres de todas las tendencias políticas de la izquierda de entonces, me interesaban las mujeres que hubiesen participado en la lucha antifranquista, independientemente de sus siglas. Lo primero que me planteé fue buscar a las mujeres con las que yo tuve más contacto en aquella época, como Julia Campos, M^a Carmen Ramos, Charo Núñez, Esperanza Curiel y Ana Esteve. Elaboramos una lista de aquellas que habían participado durante la clandestinidad, pero la lista se quedaba pequeña, porque no todas han querido participar: unas por la frustración de cómo se dio la transición, otras por la humildad de «no hice nada de importancia», otras por puro pudor, otras por problemas personales y de salud y algunas por total desinterés. Eso me llevó a indagar y tocar todas las teclas de contactos que yo tenía a mí

alcance, teniendo la suerte de contar con la generosidad de muchas personas que me proporcionaron los contactos suficientes para que este proyecto fuese una realidad.

Al iniciar el proyecto, una de las cosas que me interesaba era que las mujeres, durante las grabaciones, se sintieran relajadas. Sabían que yo era una de ellas, eso les daba confianza, y pensaban que las entendería perfectamente. Para mí ha sido un placer escribir sus historias, son mujeres extraordinarias. Al principio fui a sus casas, pero eso me hacía perder tiempo y terminaron por ser ellas las que venían a la mía. Después volvíamos a vernos para saber si estaban de acuerdo con la transcripción que les había hecho de las grabaciones y firmarlas, en algunas ocasiones me he citado hasta tres veces con la misma. Todas las biografías están firmadas, incluso las que han escrito ellas, porque quería que ellas supieran que no se iba a cambiar nada. Las mujeres han tenido total libertad para contar su historia ¡¡faltaría más!! Lo único que he hecho a veces es ordenar de forma cronológica sus relatos y otras decir lo mismo pero escribiéndolo de manera que fuera entendible al público en general. Algunas grabaciones las he sacado del Archivo Histórico de CC.OO. de Andalucía.

Mientras estaba trabajando en este proyecto, me fui dando cuenta que se trataba de algo más que recuperar los relatos de las mujeres que habían participado en la lucha antifranquista. Había en estos encuentros para las entrevistas una carga emocional muy fuerte, porque era recuperar la memoria haciendo un esfuerzo personal introspectivo, a veces frustrante, doloroso... fueron tiempos difíciles para todas. Más de una no pudo dejar de emocionarse cuando leía ya terminada su biografía. Los recuerdos no son objetivos, al contrario, y mucho más, después de tantos años. Sí me ha quedado muy claro, que las mujeres vivimos aquella época totalmente diferente a los hombres. Nuestras vidas, a diferencia de ellos, no era lineal trabajo-política, teníamos más facetas que cubrir en ella. En nuestros recuerdos se juntan aspectos referidos a la familia, la casa, los amigos la política, las ilusiones, los sentimientos, los partidos, los compañeros y compañeras de lucha etc. Por eso nuestros recuerdos no son tanto de fechas como de hechos acaecidos en esa España gris que nos tocó vivir.

Antes de emprender este trabajo, no imaginé que fuese a ser tan duro, esta tarea de recopilación de vivencias y experiencias de mujeres antifranquistas. No tenía experiencia para abordar un trabajo de esta envergadura. Lo he tenido que aprender todo sobre la marcha, pero a la vez, jamás hice nada con tanto entusiasmo como este proyecto, realmente ha sido un reto para mí. Quería que fuese un trabajo digno, y que estuviera a la altura de las mujeres que son protagonistas en él. Ellas han hablado con total libertad de su experiencia y, como cada mujer es un mundo, no hay una biografía igual a otra, el hilo que nos une a todas es la situación social que vivíamos y nuestro compromiso político. Pero me gustaría aclarar que yo no puedo hacerme responsable de los relatos de estas mujeres, a excepción del mío.

Lo que sí quiero decir por último, es que este trabajo ha pretendido ser un homenaje a todas las mujeres que lucharon por la libertad y la igualdad durante la dictadura de Franco, a las que están en el presente libro y a las que no están. Porque la democracia no vino porque sí, ni gracias a un rey, sino por la lucha de miles de hombres y, «que no se nos olvide», de muchas mujeres antifranquista de todo el país que nos comprometimos y soñamos con la utopía de un mundo mejor.

AGRADECIMIENTOS

Mercedes Liranzo

Quiero agradecer desde aquí a todas las personas que de una forma u otra colaboraron, para que este proyecto se hiciese realidad.

En primer lugar están ellas, las mujeres que pusieron a disposición de este proyecto una parte muy importante de sus valiosos recuerdos. A todas ¡Gracias! Gracias también por su amabilidad y empatía, por haber revivido conmigo esa parte oscura de la historia del franquismo. Sin ellas este trabajo no hubiese sido posible.

A mi pareja Ramón Sánchez Silva, por su infinita paciencia conmigo, el tiempo que estuve dedicada a este proyecto. Eso suponía a veces salir menos e incluso mermar las relaciones con la familia porque yo estaba siempre «liada». Se puede decir que le robé un tiempo precioso que pienso recuperar para los dos. Por otro lado, a veces me sirvieron sus opiniones cargadas de un gran sentido común y recordatorio de datos que con el tiempo se va desdibujando de la memoria.

A Olga, mi hija, que una vez terminado, le dio el primer repaso de erratas, teniéndolo que combinar con su trabajo de arqueóloga. También por sus consejos, su cariño y su paciencia.

Especial agradecimiento a los integrantes del Archivo Histórico de CCOO-A, Manolo Bueno y a Eloísa Baena por su gran ayuda y sus consejos, por las tardes que me dedicó y de la que aprendí mucho.

Mi agradecimiento a Pura Sánchez por su imprescindible colaboración en este trabajo, así como a Eva Díaz por su aportación.

Destacar y agradecer la ayuda incondicional de María del Carmen Ramos Díaz, que me animó y estimuló desde el principio, incluso vino conmigo a algunas de las grabaciones mientras pudo.

¡¡Gracias a todos y todas!!

SERVANDA ÁLCAZAR FERNÁNDEZ ¹

¹ Entrevista a Servanda Álcazar Fernández, FO AHCCOO-A. Modificado y ampliado por Mercedes Liranzo, Sevilla (2016).

*«Nadie es verdaderamente libre
si tiene miedo a morir».*

Martín Lutero King

Cuando pequeña me llamaban Mari, nadie me llamaba Servanda en el seno familiar, así que por Mari me ha conocido todo el mundo y Servanda para los medios oficiales. Nací en el 1947. Mis padres tuvieron cuatro hijos e hijas, yo soy la segunda de los cuatro.

Mi abuelo materno era de Lora del Río, yo no lo conocí porque murió en la cárcel poco antes de nacer yo, sería en el 1943 o 1944. Lo único que se de él es que era una persona buena, muy trabajadora y preocupado por su casa. Lo cogieron porque mi tío se identificaba con la política de la época y lo buscaban y al no encontrarlo cogieron a mi abuelo. Lo metieron en la cárcel durante 10 años. Cogieron también a mi tío y lo tuvieron en la cárcel hasta que lo mataron. Una de las veces que fue mi madre, le dijeron que ya no estaba allí, que lo habían trasladado y le entregaron a mi madre la ropa con toda la piel pegada en ella. Le habrían dado una paliza y después lo matarían, porque desde entonces nunca supimos nada de él. Al cabo del tiempo hubo rumores de que se había ido Francia. Nosotros siempre pensamos que si eso hubiese sido cierto, con los años que pasaron hubiese dado señales de vida. Mi tía también murió en la cárcel, ella era prima hermana de mi madre, ¡Se ensañaron con la familia! Cuando yo empecé a identificarme con la política, mi madre no quería ni oír hablar de eso.

A mi abuelo se lo trajeron de Lora a Sevilla y mi madre se vino a Sevilla para trabajar y poder llevarle comida a su padre. Al final se vino aquí casi toda la familia. Mi madre no volvió más a Lora, decía que no podía volver allí por la barbaridad que le hicieron a su familia. Para mí hablar de eso es muy triste. Mi abuelo materno era

corredor de ganado, trataba con toreros y gente así. Mi madre como se había criado bien, pues ella se dedicaba a la costura, a la lectura –yo digo que era a la vida contemplativa–, su casa, el teatro.... Ella iba al teatro porque en su pueblo hacían teatro en la calle antes de la guerra. Por eso cuando llegó a Sevilla no sabía hacer otra cosa que coser y trabajar en las casas.

A mi abuelo paterno le llamaban «el paragüero» porque arreglaba paraguas. También ellos era tanto el miedo que tenían, que no reclamaron una herencia que tenían por el Coto Doñana. El no quería saber nada, yo tengo los papeles guardados pero cuando fuimos a arreglarlos ya habían prescrito. Nosotros pasamos hambre porque mi abuelo no quería que nadie supiese donde estaba, no quería que lo localizaran.

Mi padre fué siempre un hombre muy buscavidas, trabajó en Los Certales en Triana, y luego en Uralita. A mi padre ningún trabajo le iba, así que se dedicó a la venta ambulante y en la Feria y Semana Santa vendía de todo: globos, higos chumbos... No eran analfabetos porque tenían la sabiduría popular y sabían leer y escribir. En aquella época no todo el mundo sabía leer y escribir, que yo he visto gente muy adinerada poner el dedo para firmar. Los dos fueron a la escuela. Mi madre con once años, igual que mi padre.

Mi madre cuando se viene de Lora a Sevilla conoce a mi padre y se convierten en un matrimonio normal, incluso animaba a mi madre a que fuese a la cárcel a llevarle dinero y comida a mi abuelo. Pero luego empezaron a llegar las hijas e hijos (tuvo cuatro), y ya no había dinero para cárcel ni para nada. Entonces mi madre se dedicó a trabajar en lo único que ella pudo; limpiando escaleras, lavando... Porque ella tenía que ir a la cárcel para llevarle comida a mi abuelo. Después mi padre se desentendió un poquito, supongo que se cansaría de toda esta historia y mi madre tuvo que tirar para adelante con todo. Su padre murió en la cárcel poco después de que mi madre tuviese a mi hermano, y luego nací yo. Mi madre no dejó de trabajar hasta que los hijos e hijas fuimos mayores.

Yo nací en Triana, en una casa de estas de 30 vecinos y vecinas, que tenía lo mínimo que se despachaba para convivir. Tenía un

grifo en la puerta de la calle, un husillo en la puerta del patio, una escalera con una baranda arriba, otro patio más adentro y un servicio que no funcionaba. Esa era mi casa, aunque yo me sentía muy feliz en ella. Teníamos dos habitaciones y nos mudamos dentro de esa casa vecinal muchas veces. Lo que pasaba es que buscábamos siempre las mejores que otros iban dejando. La del principio, cuando llovía teníamos que poner cubos para las goteras que caían por todos lados, vivíamos allí ocho personas en una habitación, y aunque parezca increíble, así era. Nos acostábamos como las sardinas en latas, para abajo y para arriba, a veces en la cama de mis padres teníamos que dormir uno o dos, dependiendo de las circunstancias. Mis abuelos dormían en el fondo del corredor, en el que estaba también la cocina y había un patio.

Con el tiempo nos fuimos cambiando de casa, hasta que llegamos al patio. Era una azoteilla y teníamos dos habitaciones, aquello era más independiente –mis abuelos murieron– y mi madre tenía lo que más le gustaba ¡el sol! En general aquello era un patio con mucha alegría, muchas flores y mucha gente. Aquello era variopinto, había gente de todos los oficios, pero en la casa éramos un clan porque allí vivían mucha de nuestra familia. Yo recuerdo la casa con mucha alegría aun habiendo pocos haberes. De comer no faltaba, no recuerdo pasar hambre, pero tampoco abundaba. Tenía una vida familiar con mucha alegría, por cualquier cosa se formaba en la casa una fiesta –mis abuelos eran gitanos– cuando estábamos todos reunidos, tomábamos cualquier cosa, alguien tarareaba una canción, salía a bailar y ya estábamos liados, a mi me encantaba bailar y mi abuelo cantaba divinamente.

Era curioso como mi madre nos inducía a ir a la iglesia después de todo lo que había pasado. No sé si lo hacía por convencimiento, por miedo o por la influencia de su entorno. Lo que pasa es que cuando vas siendo mayorcita, con lo que ves, ya tomas tus propias decisiones. Sin embargo, mi padre la iglesia la quería bien lejos de él. Yo era de misa los domingos, confesaba, comulgaba... Pero cuando me liberé de todo eso me entró un gran relax.

Todos los hermanos y hermanas fuimos a la escuela, yo estuve poco tiempo porque me salí para trabajar, pero estuve en el colegio

San Jacinto. No sé bien que pasó pero a la gente le dio por decir que yo era torpe. La gente no sabía que los avíos de los colegios eran ridículos. Tú dale a una niña una pizarrita y un trocito de pizarrín para escribir lo que decía la profesora, y luego dale la vuelta para seguir escribiendo.... borraba... y seguía escribiendo.... Así cuando llegabas a tu casa y te preguntaban, te daban cuenta que no te habías enterado de nada ;si yo no había tenido nunca un cuaderno! Cuando me decían a leer, yo no tenía libro ni nada. Mi madre se hartaba de trabajar para podernos dar de comer y yo no quería ir al colegio, ¡yo lo que quería era trabajar! Mi madre lo pasó mal conmigo por eso, pero a mí me dolía el alma de seguir en la escuela, quería trabajar y ganar dinero para dárselo a mi madre.

Cuando salíamos del colegio, mi madre nos decía dónde estaba trabajando y nos íbamos en su busca. Mi madre lo que hacía era darnos la comida que le daban en la casa para comer ella, pero me daba cuenta de eso aunque fuese muy pequeña, y la observaba cómo no dejaba de lavar, yo le preguntaba si ella no comía, y me decía que luego la señora le subiría la comida que no me preocupara y que comiésemos nosotros. Yo comía aquello, pero me sentaba tan mal..., yo veía esa situación y me dolía tanto que le dije a mi madre que no iría más al colegio, que quería trabajar. Pero mi madre me decía que cómo me iba a quedar sin saber leer ni escribir., ¡Pues al final salí del colegio sin saber leer ni escribir! Me puso clases particulares – hoy soy profesora–, y hecha una mocita yo le decía a mi madre que no se preocupase que estaba mejor trabajando. Y así fue.

Yo he estado sometida a la explotación desde que tengo uso de razón, por decirlo así, porque yo he ido con una ciega a vender cupones siendo muy niña, y me levantaba a las seis de la mañana y los vendíamos en la puerta del bar que estaba frente de la Catedral. En invierno era terrible, siempre muerta de frío y a veces chorreando por la lluvia, pero claro, la necesidad era la necesidad y éramos seis entre el matrimonio y cuatro hijos e hijas que teníamos que comer y no teníamos para nada. Después de haber trabajado con la ciega que tendría yo unos ocho o nueve años y alternarlo con el colegio, mi madre me puso a trabajar con una muchacha que cosía para la calle en la misma casa de vecino, tendría yo unos 10 años. Después

estuve en la calle Alemanes con la señorita Benjumea, que tenía un taller de alto copete, tendría yo unos doce o trece años, en ese taller de costura estuve de aprendiz. En la calle Alemanes subí de categoría, ahí me pagaban 6 pesetas a la semana, se trabajaba el día entero y también le hacía los mandados a las oficialas. De ahí me fui a la calle Betis porque me pareció que allí aprendería más.



Servanda en el puesto de su tía en el Parque de M^a Luisa.

Me coloqué en la naranja, que mi madre no quería por lo pequeña que era. El trabajo consistía en poner las naranjas en papeles y llenar las cajas. Yo llenaba un montón de cajas y todo se hacía en cadena. Me llamaban hasta que terminaba la temporada. Ya ahí estaba asegurada y ganaba un sueldecito, era mi primer puesto de trabajo en la vida laboral con trece años. Sólo había mujeres, los hombres estaban allí para arrear a las mujeres, y ellos eran los que se encargaban de cargar los camiones. Entrábamos muy temprano, a mi me parecía de madrugada, entrabas a las 6 de la mañana hasta mediodía, la empresa se llamaba «Bordas». En aquella época en la

naranja se ganaba un sueldo bastante bueno porque era temporal, así que cuando terminaba la temporada de la naranja, me volvían a admitir en el taller de costura de la calle Betis y así iba alternando las dos cosas. Pero mi madre decía que era muy duro para mí ese trabajo, así que habló con una de las hijas de dónde ella trabajaba y me coloqué en PANSESA en la calle Campamento, en San Bernardo. PANSESA se dedicaba a trabajar de noche haciendo el pan y durante el día se hacían los picos, trabajábamos medio día nada más, de ocho a tres y cuando había más trabajo nos pagaban las horas extras y seguíamos. Pagaban muy bien, en aquella época era un sueldecito.

Estuvimos en el refugio Luca de Tena en el 1963, era como un campo de concentración. Un campo con una sola puerta de entrada y unas especies de chabolas. Eso estaba detrás del Prado de San Sebastián, donde ponían la calle Del Infierno en la época de la feria. Eran casas prefabricadas con dos habitaciones, no había servicio dentro y había que salir fuera. Existía un pabellón que estaba dividido por cortinas. Con mi sueldo ya empezamos a comprar algunos muebles y enseres en el refugio donde vivíamos. Después nos llevaron a los pisos de San Jerónimo. Hay que imaginarse el cambio que supuso para mi familia y para mí ese piso de tres habitaciones, grifos –era la primera vez que no teníamos que acarrear el agua–, los servicios sanitarios...en fin, que cuando nos trasladamos a San Jerónimo teníamos lo que es un piso chico, pero a mí me pareció aquello un palacio. Yo entraba y salía de las habitaciones como a la que le acaban de dar un palacio. Fue en esa época cuando hablamos con mi madre para que dejara de trabajar. Sólo iba de vez en cuando, porque la querían mucho en su trabajo y aunque las señoras insistían en que fuese, todos los hermanos y hermanas les dijimos que no, que ya había trabajado bastante.

Me metieron en FLEX para poder pagar el dinero de la entrada del piso de San Jerónimo, ya que mi hermano trabajaba allí y le había pedido un préstamo a la empresa. Exigían para todos los que se quisieran ir del refugio una entrada de 6.000 pesetas. Así que a mí me metieron para poder ir descontando del sueldo de los dos más rápidamente y asegurarse así que lo iban a cobrar: por eso me metieron allí a trabajar.

En todos los sitios que trabajé me sentí explotada. En FLEX me hicieron una entrevista curiosísima. El perito me dijo que si yo sabía que estaba allí para pagar la deuda contraída con la empresa y yo le dije que sí, que lo sabía, me dijo que me harían una prueba de tres meses y si estaba dispuesta a trabajar, también me preguntó si tenía novio, le dije que sí, me preguntó si pensaba casarme y le dije que claro, que no iba a estar de novia toda la vida.... así toda la entrevista. Me dijo que eso era importante saberlo... yo pensaba que para qué me preguntaría aquello.

Cuando entré en FLEX, en mi sección éramos 90 mujeres, estaba en la sección de colchones. El trabajo era doblar los alambres, yo al principio iba echando sangre por los dedos todos los días. Cuando faltaba una en la cadena se notaba mucho por el hueco tan grande que dejaba, porque los colchones ocupaban mucho espacio en la cadena y en cuanto una iba al servicio se notaba su falta. El jefe en cuanto se daba cuenta del hueco, se ponía a mirar el reloj, llegaba a la puerta del servicio y empezaba a aporrearla apremiándola a salir. Salían medio abochornadas.... Todas las compañeras tenían que ir al servicio tarde o temprano y no querían que le montaran el mismo follón pero claro, las mujeres ya lo sabían e intentaban salir lo más rápido posible. Estábamos constantemente vigiladas, el tío solo quería verte tejiendo continuamente los alambres sin que nos moviésemos de allí. Si tu tarea no la cumplías te llamaban la atención y te llevaban al jefe de personal, a ver porqué tú no cumplías tu tarea y claro, como eso era un puesto de trabajo fijo y una empresa seria, allí nadie tenía ganas de dejar la fábrica, así que la gente se mataba trabajando. Entonces lo que pasaba es que si exigían dos o tres colchones y había quien hacía seis, pues yo alucinaba con aquellas mujeres, algunas hasta sin guantes. Me iba para ellas y les preguntaba cómo podían soportar ese ritmo, y me decían que cuando salían de allí se tenían que acostar ¡Es que no era normal! Si a un ritmo normal eran tres colchones, ya sabían ellos que tú no tenías tiempo ni para respirar, pero es que la gente... claro, como se lo gratificaban con una prima, entonces se partían la cara. Yo a eso me negaba, y pensaba: «No voy a trabajar menos, pero voy a trabajar lo que tengo que trabajar». Yo no tenía porque darle mucho más a la empresa para que estuviese contenta y me dieran una limosna.

Pero tampoco podía convencer a la gente para que no trabajasen de aquella manera.

Cuando terminé el contrato me preguntaron si estaba dispuesta a trabajar, y que si yo sabía lo que le debía a la empresa y lo bien que iba a vivir en años, porque si ellos no nos hubiesen dado el préstamo no hubiésemos salido del refugio. Le dije que sí estaba dispuesta a trabajar. Entonces me dijeron que me iban a dar otros tres meses. Yo les dije que no los iba a defraudar.

Me pongo a trabajar y veía que el ritmo de esa gente yo no lo podía llevar. Yo no comía ni nada, me comía un bocadillo, pero me lo tenía que comer allí trabajando porque no te daban tiempo para eso. A la semana me puse mala del sufrimiento de ver que llegaba la fecha y quería saber qué es lo que iban a hacer conmigo. Suponía que no me iban a echar por la cuenta que les tenía, pero yo con certeza no lo sabía. Así que cuando me pongo mala bajo el rendimiento, pero hacía el tope y lo cubría.

Cuando llegó la hora, me mandan a llamar y me echan a la calle, les pregunto por qué lo hacen, me dicen que hombre, que yo sabía que eran tres meses de prueba, que yo estaba para pagar lo que debía, y si yo a los tres meses no rindo me tengo que ir, que en la calle hay otra gente que quiere entrar. Entonces yo les dije que bueno que me echaran, pero que recordaran que yo estaba enferma en ese momento. Me dicen que por qué no me doy de baja. Les digo que estoy a menor rendimiento pero que no falto; pero si me estaban echando sí me daría de baja y me iría a mi casa. El perito dice que de momento me voy a mi casa.

No obstante yo no me quedo tranquila y me voy a hablar con el jefe de personal Don Mariano, le cuento la historia y además, le digo que yo estaba pagando un préstamo. Me dice que cómo estando pagando un préstamo me habían echado y le digo que porque estaba enferma y no he rendido, que cogiera mis nóminas de los tres meses y se daría cuenta que yo si rendía, pero es que encima estaba pagando el préstamo, así que no me podía ir de allí. ¡Que no iban a cobrar! ¿Hasta cuándo le iban estar cobrando a mi hermano el dinero de la deuda? Me dice que muy bien, que me vaya a mi casa ese día –por-

que se trabajaba hasta los sábados-, ya me diría lo que sea el lunes o el martes. Yo le dije que se lo dijese a mi hermano que estaba abajo. El lunes me dice mi hermano que me vaya a trabajar el martes.

Empecé a trabajar normal y a ellos le encendía eso, que yo no me partiera la cara como las demás, y encima le comía el coco a la gente, o más bien les hacía entender que no había necesidad de dejarse allí la vida para que la empresa ganara más dinero y les decía:

– Por Dios que la empresa no os está pagando ni la cuarta parte de lo que está cogiendo por lo que vosotras hacéis.

Tú le comprabas a la empresa un colchón para casarte y tenías que llevarte seis meses para pagárselo, lo que pasa es que lo pagabas poco a poco, pero era un pastón lo que les pagabas.

Hacíamos colchones, mesas, sillas, pupitres, etc., porque había carpintería también. Yo estuve en la carpintería, bueno, es que yo estuve en todos los puestos de trabajo de la empresa; no sabían dónde me iban a meter, si arriba, abajo..., a mi me metieron hasta en la cocina, pero fue peor, porque en la cocina tenía más tiempo libre, incluso también me pusieron a limpiar.

La tarea no se podía subir porque estaba a tope. Terminábamos la jornada extenuadas no teníamos ánimos ni ganas para nada. Éramos muy jóvenes y nos dejábamos la salud allí, ¡de verdad que sí! Yo de hecho, tengo todos los dedos deformados por el tipo de trabajo que estuve haciendo, ¿compensaba las primas con respecto al trabajo? Allí éramos todas solteras, no querían a ninguna casada, había nada más que una antigua trabajadora que se quedó viuda y como eran tan paternalistas la metieron otra vez. Éramos todas solteras y todo el mundo juntando para casarse. El sistema de todos entonces era prácticamente el mismo, tú dabas el dinero en tu casa y las primas te las quedabas tú para ahorrar para el ajuar y para salir; por eso a mucha gente no le importaba extenuarse allí trabajando. Recuerdo que el sueldo era 400 pesetas a la semana y ellas sacaban a lo mejor 70 pesetas de prima, el sueldo iba subiendo pero la tarea era la misma porque el colchón también subía.

No teníamos hora de descanso, el bocadillo nos lo comíamos en el puesto de trabajo o te ibas al servicio y te lo comías allí. Había gente que seguía trabajando y se lo iban comiendo mientras trabajaban. No se podía hablar, nos llamaban la atención siseando si yo por ejemplo le decía a una compañera si quería un trozo de mi bocadillo; yo pensaba que mientras no se dirigieran a mí por mi nombre no les echaba cuenta, aunque nos chillaban y nos decían que no hablásemos tanto, pero yo le contestaba, y le decía que sí, que había que hablar, que era necesario hablar. Era un vigilante a ultranza, la empresa tenía que estar contentísimo con él, porque no nos dejaba ni respirar.

Hubo gente que se accidentó, como por ejemplo un hombre que tenía dos dedos menos porque se lo había cogido una maquina. Las medidas de seguridad que nosotros teníamos eran los guantes, y cuando no había guantes porque a la empresa se le había olvidado, ¡pues sin guantes! Ese día veías las estrellas porque bueno, fue una de las reivindicaciones, había temporadas en que la piel del guante era muy fina y te lo clavabas, y si era muy gordo no podías doblarlo. Era lo que nos daban, los guantes y un babi azul y a los hombres un mono, eso era para que no trabajásemos con nuestra ropa. Los hombres por regla general tenían el trabajo más liviano que nosotras, se dedicaban a grapar lo que nosotras tejíamos y eso era pan comido. Pero sin embargo el salario de los hombres era mayor que el de nosotras.

Yo he sido siempre consciente del tipo de trabajo que realizaba, de mi niñez, de las comparaciones... Había una cosa que a mí aquello me marcaba, era cuando yo ya no iba al colegio, iba a ver a mi madrina que tenía un puesto en el parque y pasaba por el Instituto Murillo; yo veía pasar a las niñas de mi edad ya mayorcitas con sus uniformes, sus libros... y a mí me hacía pensar qué bueno, ¿por qué yo no? Y como aquello empezó a desmarcarme un poco, a pensar que bueno, eso no es lo que está viviendo todo el mundo, esto lo vivo yo y otros como yo, pero la mayoría, una gran parte de la sociedad, son las que están en el colegio, y sin embargo yo no. Por eso fue muy significativo para mi concienciación estar trabajando en FLEX.



Servanda con sus compañeras, la segunda por la izquierda.

Allí me encuentro con personal ya formado –o a mí me lo parecía– y trabajando en la empresa por los derechos de los trabajadores, me llamaron la atención las reuniones, te citaban, y me daba cuenta que llevaban razón en las cosas que decían. Así empecé. ¿Pero qué pasaba en las reuniones? pues que cuando hay mucha gente, unos nos escuchaban y se quedaban y el resto se daba la vuelta y se iban; está muy bien todo lo que tú decías, pero no se implicaban, yo pensaba: «Bueno, esta gente está diciendo verdades como templos, ¿por qué la gente coge el camino y les da la espalda?». Cuando se convocaba a los compañeros y compañeras a una reunión, para hablar de algún problema de la fábrica, yo veía que la mayoría de las mujeres no iban, todas tenían una excusa. A mí me preocupaba y quería enterarme, me interesaba; sabía que aquellos compañeros llevaban razón y además, se estaban jugando su puesto de trabajo que en aquellos momentos era muy importante. Yo tomé conciencia porque me hablaban de lo que a mí me afectaba directamente en la fábrica, como la cantidad de horas que echaba, mejorar la hora del bocadillo, las ropas de trabajo que te daban, reivindicación de salarios, respetar un tiempo para reunirnos...

Cuando yo llego a FLEX, ya había un grupo de personas que llevaban unos años reuniéndose, estaba José María Rangel, Antonio Cobo, Padilla, y cuando yo llego ya ellos se dan cuenta perfectamente que hay una persona que los seguía, ¡y así me captaron! Yo me acuerdo que iba a reuniones con José María Rangel, en las que también estaba Pepín y Tomás, que también estuvo en la lucha y que tenía una motillo en la que íbamos a las reuniones. A los trabajadores que tuvimos un juicio en el que nos defendió Felipe González, la empresa nos pagó un cinco por ciento. La mujer de Legran que era compañera nuestra también se presentó. A partir de ahí, ya estaba totalmente integrada en el movimiento obrero y dedicada a vender papeletas para la gente que detenían por cualquier reivindicación, porque eso era imparable. A veces sólo faltaba que cualquiera dijese lo más mínimo de ti, y ya estabas dentro también, con las consecuencias de que perdías el trabajo, te aislaban de los tuyos y, además, en el informe podían poner lo que ellos quisieran, incluso decir que llevabas un montón de papeletas para ayuda de los detenidos o que te habían cogidos revistas ilegales...

Cuando nos citábamos en el comedor para reunirnos venía Rangel, que era el que más o menos daba la reunión, y ahí no entraban los encargados. Nosotros terminábamos de comer y nos íbamos a la reunión, en cinco o diez minutos ellos comentaban lo más significativo, o citaban a todo el mundo en el sindicato por la tarde. Otras veces se convocaba a la gente de boca en boca y lo mismo nos reuníamos en el sindicato que en un bar, ese era el sistema de reunión. No todo el mundo iba a las reuniones, si eran cincuenta, de los cincuenta iban diez y se quedaban con la copla dos. La verdad es que había mucho miedo, había que ser muy fuerte para saber que te estaban siguiendo, que te podían detener en cualquier reunión y, desafiar al miedo pensando bueno, si me cogen que me cojan, más se perdió en la guerra.

En las reuniones, la mayoría eran hombres, las mujeres éramos muy poquitas. Las familias eran las que a veces les decían que no fuesen a esos sitios, que esa gente eran unos revolucionarios, que querían involucrarlas a ellas y luego se retiraban dejándolas dentro. Versiones como esa la escuchabas por doquier en la fábrica al día

siguiente. Algunas contaban que la abuela le contó..., que el padre le comentó..., y te crean un poco de miedo, así que mucha gente te decía que no antes de que las citara.

En el 1966, justamente antes de las elecciones sindicales, me suspendieron dos días y no pude estar en la fábrica durante las elecciones. Se presentó la candidatura que nosotros presentamos que fue la de los compañeros que estaban mejor preparados, como los que antes he mencionados. La primera vez que fuimos a Moreña... bueno, yo iba muchas veces a las reuniones de las Comisiones Obreras, y aunque yo no era enlace sindical asistía a las reuniones con gente de otros sectores, de otras empresas como por ejemplo TUSSAM y RENFE. A esas reuniones asistía también Soto, Acosta, Giménez Ruedas, o sea, con el gremio del metal. En el metal éramos muy pocas mujeres, que yo recuerde, me tropecé alguna vez con dos hermanas de las Comisiones Obreras, alguna que otra de mi fábrica y dos o tres más, por decir un número. En realidad no conocía mujeres dentro de las Comisiones Obreras del metal, había una mujer de la fábrica de contadores que el marido estaba también en el metal –no sé en qué fábrica–, pero mujeres había muy pocas. En las reuniones yo no sabía dónde ponerme cuando nos reuníamos y estaba yo sola.

En aquella época corría por ahí sobre todo el Mundo obrero, el periódico del Partido Comunista, también nos decían que era bueno leer El Correo. El Mundo Obrero se repartía mucho, yo llegaba a un sitio determinado y con una contraseña la persona que estaba allí me daba los periódicos; que no sabía dónde meterlos, porque al día siguiente mi madre lo pasaba fatal cada vez que me veía con los periódicos aquellos y papeles por todas partes. Luego, cuando los tenía que repartir en la empresa porque eso era.... vamos, que cogerte con un Mundo Obrero sí que era un peligro. Los repartía en la fábrica de mesa en mesa igual que los panfletos, y no todo el mundo los quería.

Dentro de la fábrica yo participaba en todo, por eso me tenían tan vigilada. Yo no paraba en ninguna parte, por eso ellos no se fiaban que yo pudiera estar en mi sitio, que era estar haciendo los colchones; ni en almohadas, en costura, ni siquiera en los muelles

con los de los camiones. Donde quieran que me pusieran... pues allí daba yo mi versión de las cosas, cosas que había escuchado yo antes, que para eso tenía yo muy buenos profesores. O sea, estaba activa y totalmente entregada a la lucha, ya había un momento que trabajaba más para la política dentro de la fábrica que para la fábrica.

Como ya no tenía que rendir en números de colchones, sino que me ponían en el comedor, pues yo me sentía en él tan libre, que me iba para arriba y para abajo, hablaba con el de la oficina, y con todo el mundo, explicándoles a todos como se habían desarrollado las últimas reuniones, si se firmaba el convenio o se iba a la huelga. Quizás porque era la que tenía más libertad de movimiento, de todo lo que había dentro de la política, yo era una gran transmisora para las compañeras y compañeros de la fábrica. Por ejemplo, cuando llegaba la hora del comedor yo me ponía de pie y cuando entraban la gente en los comedores les daba mi charla, esa era mi política y, es que estaba tan concienciada y tenía tanta rabia dentro de mí....

Yo primero empecé en Comisiones Obreras, porque en realidad era lo que más me preocupaba, y como era tan joven pues lo más inmediato para mí, lo más importante, era lo que yo estaba viviendo; la explotación tan grande a la que estaba sometida en el trabajo y en eso era en lo que yo me volcaba, en lo que yo veía y palpaba, porque me tocaba muy de cerca. Sin embargo, en aquella época me propusieron formar parte del Partido Comunista de España PCE y eso era poco menos que decir, mira que como te cojan.... ¡bueno era casi suicida! Y claro con la transcendencia que había en mi familia con el Partido Comunista... lo que había sufrido mi madre, mi abuelo y mi tío en la cárcel, ¡pues claro! Para mí eso era como un muro, que yo decía ¡joder!, como yo me meta por aquí desde luego que sobre todo, mato a mi madre, la mato del disgusto.

De la política, yo lo único que entendía era todo lo malo que le había pasado a mi familia y la rebeldía que yo llevaba conmigo desde pequeña, la cual empecé a encauzarla en la fábrica y quizás por eso, cuando me empezaron a hablar del comunismo, del marxismo-leninismo, yo pensaba que esa política casi la tenía dentro. Cuando me explicaron a lo que se dedicaban y los objetivos que perseguían, yo me identifiqué rápidamente con ellos. Cuando leí

el libro de Máximo Gorki «La madre», ¡es que era mi vida! Pero tú ya te metes de tal manera que no miras nada. Los compañeros que eran militantes me daban el periódico de las Comisiones Obreras Realidad y otras lecturas del PCE para que leyera, pero esto claro, era más clandestino.

Nos reuníamos en células de dos o tres personas y a nadie en absoluto le podías decir nada de aquello. Además no sabías nunca con quien te ibas a reunir ni los nombres verdaderos de los que iban. Sólo te avisaban que tenías una reunión y te daban la hora y el sitio. En esas reuniones se hablaba de política, aunque la mitad de las cosas yo no las entendía, porque era muy jovencita y tampoco tenía entonces cultura para poder entender todo aquello. Pero sí es verdad que entendía que lo del partido era más a largo plazo que lo de Comisiones Obreras. Pero lo mío fue mayoritariamente Comisiones hasta que me casé –porque me tuve que ir de la fábrica–, ya ellos no querían allí gente casada. Te indemnizaban para que te fueras, o sea, la típica dote que daban que o la cogías o ya te echarían ellos por cualquier cosa, incluso si te detenía la policía dos o tres días, decían que era falta injustificada y te ibas a la calle.

A mí no me detuvieron nunca. Estuvieron en mi casa porque en aquel momento HYTASA estaba en huelga y como mi hermana trabajaba allí se la llevaron. Pero si les da por registrar y levantar el cojín del sofá, se caen de espalda de lo que yo tenía allí guardado. Yo ya notaba como me seguían muchas veces, de hecho me sacaron fotos y se los enseñaban después a mis compañeros detenidos para que les dijeran que yo estaba con ellos, y les decían que saldrían de allí si se lo decían. Pero yo tenía unos compañeros fabulosos e íntegros que jamás dijeron nada. Pepín, que fue al que más le atacaron porque era compañero mío de la empresa y se nos veía mucho juntos, se cerraba en banda y decía que no, que yo era una compañera, pero que conmigo no hablaba de política, ¡por eso me salvé! En cierta manera, ellos a las mujeres trataban de no meternos, nos hacían fotos, se las enseñaban a los detenidos; pero había como un paternalismo... y como entonces éramos poquísimas, a no ser que nos delataran y eso no sucedió, pues nada, que no me llevaron.

Una vez que me casé, yo continuaba en el Partido. En las reuniones seguíamos sin saber los nombres de los asistentes por medidas de seguridad. Todos teníamos un nombre ficticio, de manera que cuando te reunías con la gente, te daban una información y se iban, tú no sabías quien era esa persona; de manera que si a mí me hubiesen detenido yo no hubiese podido decir absolutamente nada por mucho que me hubiesen obligado a hablar. Me reunía con algunos de Construcciones Aeronáuticas, Paquito Pérez, también me reunía muchas veces con Eduardo Saborido, Fernando Soto y Acosta, de la parte de Pio XII con Juanito bastantes veces, también con Alfredo el hermano de Carmeli, Antonio Benítez, Nicolás Pérez. Yo me reunía con todos ellos, pero yo no sabía en aquellos momentos quien era quien. Ya después nos hemos conocido, tenía amigos, pero fuera de la reunión ni siquiera me mencionaban la política, para que no nos relacionaran.

En el partido no había ninguna compañera, yo no me reuní nunca en la fábrica con ninguna mujer trabajando para el partido. En Comisiones Obreras por lo general, te daban toda la ayuda que tú necesitabas cuando pedías dinero, porque a mí me apreciaban un montón las compañeras. Ellas se daban cuenta que yo era de las más jóvenes que había allí y el trasiego de los sábados pidiéndoles dinero, tanto a hombres como a mujeres en los vestuarios, y después poniendo un pañuelo en la puerta para que echaran algo los que no habían colaborado. Había compañeras que se identificaban pero te decían que no podían ir a las reuniones porque si su novio se enteraba que había ido a una reunión...y es que entonces el novio era dios, eso tenía una fuerza increíble. Yo misma me daba cuenta que a mí me aislaban, porque cuando a veces salía con un montón de compañeras para la calle, cuando llegaba estaba sola. Se disolvían a mí alrededor. Pero bueno, yo lo llevaba bien, no me importaba, veía que eso era así y lo entendía. ¿Cómo no iba a entender el miedo de la gente, si yo también lo tenía? He sufrido tanto dentro de mi alegría...yo sentía miedo, lo que pasa es que me decía: «tengo miedo claro, pero tengo una realidad muy grande por delante, y es que lo que yo estoy pasando, lo está pasando todo el mundo que está en esto, así que tiro para adelante y ya está, y así lo he hecho toda mi vida».

Una vez que me casé en 1970, en mi casa se hacían las reuniones del PCE, aunque la casa no era mía sino de mi suegro. Yo tuve que

dejar Comisiones Obreras, no porque yo quisiera, sino porque los camaradas me dijeron que no tenía sentido que yo ya siguiera allí, porque eso era para las trabajadoras y trabajadores de FLEX y allí ya no era tan importante como lo sería ahora en otro sitio. Entonces fue cuando me metí en la Asociación de Amas de Casa. Yo estuve en San Jerónimo bastante implicada junto a Encarnación Ruiz, porque ella se volcó mucho en ese barrio. Allí había un germen muy bueno y las mujeres respondían, eran mujeres de la clase trabajadora, familias que venían de otros barrios también deprimidos. Pero en Octubre del 1973 nos vamos a Australia.

Cuando volví de Australia en 1976, no quería de ninguna manera que se enfadase nadie, está claro, pero tampoco sabias con quien hablabas, y tú te decías: «Yo no estoy de acuerdo con esto, yo tengo mis propias ideas y no me las van a cambiar nadie». Yo he luchado por mis ideales, tan claros, tan fuertes, tan normales como es la libertad, pero la libertad también para la mujer del trabajador que en aquellos tiempos tenía menos libertad y menos sueldo y estaba más machacada. Porque al hombre, no le controlaban el tiempo que iba al servicio y a mí sí; el hombre no necesitaba comerse el bocadillo trabajando, las mujeres sí, el hombre cuando decía me voy a fumar un cigarrillo eso estaba respetado, se iban a la esquina unos cuantos y echaban el cigarrito delante nuestra, y nosotras como esclavas trabajando y comiéndonos el bocadillo mientras lo hacíamos, ¡eso era explotación! Bueno, pues por la liberación de todo eso era por lo que luchaba.

Cuando llegó la hora y la política se tejió de una forma que a mí no me cuadraba, entonces dije: «¡No estoy de acuerdo con esto!» Porque yo respeté a todo el mundo que planteó: «Yo me voy por aquí o por allí, porque pienso que aquí ya no se puede hacer nada». Pues yo pensé que sí, se podía hacer algo, no irme con los que consideré no era mi política ya era hacer bastante, aunque no pudiese hacer nada donde estaba en ese momento. No me fui a ninguna parte, por convicción y por honradez conmigo misma, porque lo que yo pensaba, no se estaba dando y lo que me ponían por delante a mí no me convencía.

A partir de ese momento comprendí que ahora la lucha era tirar para adelante con mis hijos, mi marido y mi historia, en la que

incluía mis ansias de estudiar. Como yo no sabía apenas leer ni escribir, me metí en el PPO, en el colegio de OSCU que era un centro del OPUS; pero a mí me daba igual porque de otra manera no había posibilidades. Saqué esas asignaturas dentro de estética y allí mismo me puse a estudiar FP 1. Lo saqué muy bien, con la ayuda por supuesto de muchísima gente que tenía a mí alrededor, y luego saqué el 2º grado. Como ya tenía los cinco grados de la FP, me presenté a las oposiciones de la Junta de Andalucía en la rama de estética. Saqué muy buena nota: incluso tengo guardado el BOJA donde me pone como nº 1 en la lista. ¡Eso fue para mí un reto!

Después me dediqué a la enseñanza, la cual aproveché para seguir mi lucha de siempre, pero de otra manera. Como tenía acceso a tantos niños y niñas, continué con mis inquietudes explicándoles a ellos y ellas cómo había sido CCOO y nuestra lucha hasta conseguir muchos de los derechos que la clase trabajadora hoy disfrutamos; que no siempre los hijos e hijas de esa clase trabajadora habían tenido acceso a los estudios, al deporte, a la cultura...

Dentro de los centros donde he estado, siempre me caractericé por eso, porque he sido dentro de este colectivo diferente. Porque en aquella época sólo estudiaban las gente que tenían dinero, además, este colectivo es más bien conservador, así, que se les colara una persona como yo, por la puerta falsa, era una raya en el agua; y cómo yo afortunadamente tenía ese bagaje de haber trabajado, luchado y protestado con toda la razón, pues así se lo explicaba a mis alumnos, sin problema de ningún tipo. Incluso llegué a dar algunas asambleas. Y me he llevado a mi instituto a personas implicadas de aquellos tiempos, como Paquito Acosta para que les explicaran al estudiantado qué era CCOO y que significaba. Pero la verdad es que después los profesores me apoyaban en este tipo de cosas. Yo para ellos era conocida, me apreciaban mucho, porque al mismo tiempo que protestaba, trabajaba mucho.

Me siento muy orgullosa de haber luchado tanto en mi juventud por la clase trabajadora de este país. Así como después, sin saber apenas leer ni escribir hasta los veinte años; a los veintitrés ponerme a estudiar una carrera que pude utilizar para seguir concienciando a otras generaciones.

KECHU ARAMBURU DEL RÍO ²

² Testimonio de Kechu Aramburu del Río (escrito por ella), 2017.

*«La utopía está en el horizonte. Camino dos pasos,
ella se aleja dos pasos y el horizonte se corre diez
pasos más allá. ¿Entonces para sirve la utopía?
Para eso, sirve para caminar».*

Eduardo Galeano

Habían pasado los años de la postguerra en España, finalizando en términos oficiales, cuando mi padre, Inspector de una afamada Naviera Mercante, es trasladado a Sevilla desde donde residía mi familia de Plencia (Bilbao). Éramos siete en la unidad familiar, cinco hermanos, dos «hembras» que nos llamaban, y tres varones, mi padre y mi madre.

Mi nombre es M^a Jesús, lo de Kechu tiene su origen en un diminuto del euskera. Nací en Sevilla en 1951, en el mes de la cara más severa y radical de los escorpions, en octubre. Andaluza sin más aditivos, aunque toda la sangre que corre por mis vena es vasca, mi infancia está ligada siempre a dos barrios El Prado de San Sebastián y Nervión, mi preescolar fue en el Colegio Yanduri, en el Palacio de la Puerta Jerez, y mi Colegio de monjas «La Sagrada Familia de Urgel», catalanas y poderosas. Allí estude hasta 4º de BUP, me obligaron mis padres a estudiar también solfeo, piano y como no ballet, pero lo que sabía hacer mejor en la vertiente artística, cosa en la que me cultivé algo más, incluso impartí clases, fue en el flamenco, en el baile flamenco, aunque esa habilidad no pertenecía al formato de la burguesía de la que venía. Continúe los estudios en el IES. Velázquez, donde tomé contacto con los futuros y futuras líderes del movimiento estudiantil sevillano, y es allí donde empecé a hacer política de forma organizada, e infinitamente mucho más arriesgada, pasé del núcleo duro de la teoría al núcleo real de la calle.

No oculto que a mí, lo que me gustaba a rabiarse desde que tengo uso de razón, era saber, siempre he tenido gula de conocimiento, devoraba todo lo relacionado con la política especialmente con la



Kechu Aramburu.

teoría política, sentía una atracción fatal por la comunicación, por la comunicación verbal, me interesaba la política internacional de una manera aditiva. Desde muy pequeña, me erigía en defensora de las causas perdidas, de las descarriadas, de los débiles, de hecho la madre superiora de mi colegio, una de las personas que más ha marcado mi vida, decidió que era mejor tenerme siempre a su lado que enfrente, y terminé haciéndome amiga, amiga de la Madre Ana María.

Mi madre, era una mujer poderosa, sabía mandar y hacerse amar a la vez, llevaba la batuta como la mejor directora de orquesta del mundo, era alguien tan indispensable, que era inevitable contar con ella, su obsesión era que tuviéramos una carrera universitaria, y que triunfáramos en nuestra profesión y en nuestros matrimonios. Le gustaba ser tenida como una mujer respetada y muy digna,

nunca perdía la compostura, todos nosotros la necesitábamos y la adorábamos extremadamente. Mi padre la llamaba Mussolini, ejercía como matriarca, ella se hacía llamar Dña. Loren, la mujer del Inspector. Trababa todos los hilos, y nadie que tuviera parentesco de sangre o convivencia con ella, y entendiera que se lo merecía quedaba exenta de una ayuda, a su manera. El pelo impecablemente siempre peinado, junto con las uñas a las que nunca vi sin pintar, y su collar de perlas auténticas, de quien creo, emuló Dña. Carmen Polo de Franco. Su esmeradísimo cuidado femenino, vinculado a su impecable y enjuto saber estar y aparentar, junto con la remarcada insistencia en llamar a quienes nos cuidaban, o limpiaban la casa, la niñera o criada, sin ningún tuteo posible, eso da la medida de cómo pertenezco a una familia, para mí la mejor del mundo por infinitas razones, pero encuadrada en la burguesía vasca, encorsetada e instalada en un pasado recurrente, que marca, para un aprendizaje de errores y aciertos en tu propia casa.

Mi padre D. Pedro era infinitamente culto, honesto, bueno, religioso, de derechas y muy, muy recto. Las 10 de la noche era una hora más que tope para volver a casa, no se hablaba jamás de política, y se bendecía la mesa cada día. Era el padre, el profesional, el familiar, el amigo, el referente reconocido en todos los círculos donde su nombre sonaba. Recorría a menudo el mundo, en muchas ocasiones con mi madre, en los trasatlánticos de la Compañía Ibarra. En el que era como ya he mencionado Inspector, y nada que tuviera que ver con el mar le era ajeno, el silencio más absoluto se guardaba en mi casa cuando el telediario iniciaba la información del tiempo, marejada o marejadilla. Tanto la muerte de mi padre como la de mi madre, me abrieron en canal, y reconozco aún supuran.

Mis hermanos: el mayor me lleva 20 años, le llaman Don Pedro, el farmacéutico de Los Pajaritos, por quien siente veneración la vecindad; luego mi hermano Ángel, director de recursos humanos de una mastodóntica multinacional del entorno de las petroleras, cuyo trabajo en La Rábida, demostró que hay retos imposibles de cumplir, y él lo hizo. Grandísimo ser humano que siempre se ocupó especialmente de mí; después estaba mi hermano Ramón, que murió hace años en un accidente en Portugal, y era tan sensible que le

dolía la vida y del que todavía me cuesta hablar; y ya llega mi hermana Merche, inspectora del SAS, tan exquisita y bella por dentro y por fuera que su alrededor la percibe como inaccesible. Son todos ellos un ramillete de la parte más intrínseca de mi vida, profesionales, de centro derecha con ramalazos muy conservadores, humanamente de una calidad indescriptible, que han entendido perfectamente, que en las mejores familias, también puede haber una mujer comunista y feminista, y siempre han estado a mi lado, son un puntal en mi vida, sin los cuales sería más difícil hacer el trayecto de la vida, como vengo haciéndolo, desde el trapecio del riesgo de vivir, siendo políticamente incorrecta.

En mi familia de sangre de Sevilla en primer grado, somos casi 40, y yo soy la oveja negra, pero tremendamente mimada, mis sobrinos y sobrinas son genuinos descendientes de la saga Aramburu, y algo del Río. Yo asumí el testigo de mi madre de agruparnos y mantener viva la unión. Convivo con las múltiples contradicciones, pero la prioridad del componente humano prevalece, sobre el resto de las consideraciones.

Tengo un hijo, que es impresionante, un crack en su profesión, con una madera de líder indiscutible, demasiado generoso y bondadoso, tiene como un don para elegir a las amistades, una verdadera saga de los amigos y amigas que todos deseáramos tener. Sin mi hijo Javier no podría vivir, es casi una necesidad vital. Tiene una hija, mi nieta Ingrid, de 1 año, de una belleza interior y exterior inenarrable, es como un bebe de diseño. Es emocionante verle querer a su hija.

Me casé y me divorcié a los pocos años, y luego en una marcha a Rota en barco, en los tiempos gloriosos que íbamos por tierra, mar y aire a la base, a decir OTAN NO, en plena expedición de los agrupados en el movimiento pacifista, me detuve en una persona, más joven que yo, que terminó siendo mi marido y mi compañero de todos los viajes, Miguel, y es del dominio público, que es de las personas más buenas e inteligentes que la naturaleza ha regalado a la humanidad, jamás me ha fallado, y con quien deseo acabar la hazaña de vivir. Estas son algunas de las ráfagas más intimistas de aquellos años.

Llegué, llegamos a la Universidad ya iniciada la década de los setenta, una generación de jóvenes, formadas en la lucha estudiantil, algunas habíamos liderado conatos, movimientos, paros, huelgas en nuestros Institutos de BUP, incluso habíamos salido a las calles, a la calle San Fernando a confluír con todo lo que se movía, ya en el Mayo del 68 aprendí a hacer la maratón desde la Fábrica de Tabacos, desde nuestra Hispalense hasta donde tocara, lugar al que nunca llegábamos, pues el despliegue era tan sobredimensionado como veloz, y terminábamos en algún recóndito portal de cualquier lugar, ya que corríamos sin rumbo, con la única consigna de huir, y avisar rápidamente que esta vez, tampoco nos habían cogido.

Las hemerotecas son tozudas, e inevitables para desvelar el pasado, del que no cambio ni una coma, porque entiendo es una gran herramienta que te enfrenta a la realidad, del color de la historia no oficial. Y es de libro que mi barrio y mi escuela, me marcaron sin compasión, por muchas razones, pero hay una especialmente relevante, allí... en esos lares, entré en contacto con Carmen Romero, que aun siendo mucho mayor, tenía una hermana de mi edad que era mi gran amiga, pasé mucho tiempo en su casa, muchísimo, y el parentesco de Carmen y Felipe, mi cercanía a ellos entonces, amén de mi marcador desde muy pequeña de rebelde redomada, hicieron que me incorporara desde muy, muy joven a los espacios políticos de Felipe González, como aprendiz para saber de todo. Ya en el colegio emulaba a Mafalda, reivindicando siempre más justicia, y más igualdad, por lo que era fácil ser objeto de captación. Además, como sentía esa seducción por la cosa política, lo que Felipe detectó rápidamente, y me apadrinó sutilmente, bebía todos los textos que él me suministraba, y presenciaba atentamente todos y cada uno de los debates, que se producían en las múltiples reuniones en la Avda. de Eduardo Dato, en la Juncal, en un chalet de Dos Hermanas, en el despacho en la Avda. de Málaga, en el Bar Nuria y otros lares.

Se cambió el guión establecido, cuando entré en la Universidad y conocí el apasionante, ilustrado, peligroso, y tangible mundo de la Universidad. Sobre todo buceé por la amplia pluralidad de vías que se planteaban para acabar con la Dictadura, hasta elegir, o ser elegida posiblemente por una de las más minoritarias y radicales,

además de ser la mayor escuela de formación inimaginable, la más sabia para mi entonces, y la que le debo gran parte de mi bagaje, era la vía trotskista, opté y entré en La Liga Comunista, tras muchas pruebas que me hicieron, pasar desde aprender a hacer cocteles molotov en el Pirineo francés, hasta un examen para entrar en el Comité Central, de la obras de Trotsky, Lenin y otros, inclusive del adversario Stalin, para aprender a combatir sus tesis. Luego influía bastante, y mandaba lo preciso, no me gustaba ese segundo ejercicio.

Lo escrito en los libros de la época, por cronistas destacados, como el investigador y profesor universitario D. Alberto Carrillo, dice que Kechu Aramburu, alias «Nuria» era «la militante más destacada por sus contundentes intervenciones en las Asambleas de Universidad, amén de infatigable activista». Continúa diciendo en su libro «Subversivos y Malditos», Kechu, inseparable de su coche Seat 850, que tantos servicios prestó a la causa antifranquista. «Era la persona de los contactos, de las citas clandestinas, en suma un valor extraordinario de gran alegría y vitalidad». Incluso los militantes de otros partidos lo retienen en la memoria, –correspondencia con Javier Rubiales–.

Hice el camino de esa revolución de combate, a cara descubierta en la Universidad y en la calle, con personajes tan lucidos como Luis y Jero Carrascal, Antonio Duran, Manuel Baena, Rafael Rodríguez de León, y otros muchos, casi todos hombres.

La actividad de la Liga Comunista, fue casi siempre subterránea, con una medida proyección hacia el exterior, sobre todo era propagandística, de denuncia, de alternativas de máximos, de crear hegemonía en torno a principios, y aplastantes posiciones. Para montar el partido en Sevilla, se dispuso de una primera multicopista que procedía de la Facultad de Medicina, con la que se preparó algún material, y se contó también con un piso franco en el Barrio de Santa Cruz, donde se encontraba dicho aparato. La mayor preocupación de la LC estaba en extenderse en el ámbito obrero, mucho más que el estudiantil, aunque a nivel de militancia fue siempre favorable a éste último; lo importante, como para otros partidos de izquierdas, eran los obreros, verdadera base de la revolución por

entonces, y en la que se creía sinceramente, ilusión compartida por parte de aquella joven generación de los setenta.

Tuve una muy amiga maoísta, Pina López Gay, máxima líder de la Joven Guardia Roja, y cosa que no era habitual, conectábamos más que bien, ya que éramos algo sectarias. Pero las mujeres ya apuntábamos la transversalidad, terminé con Pina, en los sótanos de la comisaría de la Gavidia, tras una redada en una Asamblea más que clandestina, en la Facultad de Filosofía y Letras, pero siempre con presencia de la policía secreta «Monje y cuadrilla». Pina salió antes, ella era hija de una autoridad, yo tardé bastante más, y volví a probar el sabor del miedo, del miedo de verdad, pero jamás canté, jamás, es jamás.

Esta cosecha de activistas antifranquistas, donde las mujeres sin ser mayoría al frente de la lucha democrática, sí éramos vanguardia en las posiciones, en las exposiciones y los liderazgos, tanto en las asambleas de Universidad, como en el cuerpo a cuerpo en la calle. La perspectiva de género la suministrábamos en el interno, con un cierto grado de preocupación, pues aunque la teoría sobre la igualdad de género se abría paso a nivel teórico, la práctica apuntaba algunas carencias, certificando las desavenencias en algunos vértices entre marxismo y feminismo.

Ya pasado y avanzados los años 70 vino el tiempo de la reflexión en profundidad, y de la revisión de los tiempos, de la hegemonía gramsciana, de la utilidad, de la praxis, de influir en el movimiento estudiantil, en la sociedad, vino el tiempo de hacer las cosas a lo grande para poder acabar con la dictadura pronto y con garantías cualitativas y cuantitativas, la situación era irresistible y me costó, pero entendí que hacía falta ampliar el instrumento de organización y lucha, y sin abandonar un ápice de mis posiciones, me llamarón insistentemente del Partido Comunista y me afilié, después de mucho meditarlo, mucho...

Salté directamente a la dirección del partido, con un bagaje formativo intenso y dilatado, lo que me obligó desde el principio a llevar en casi todos los órganos la responsabilidad de Formación al igual que en Izquierda Unida, que fui la Coordinadora General

de Áreas con Luis Carlos Rejón de donde salió la flor y nata de los cuadros de la organización de IU-CA, junto con los cargos institucionales. Hice el trayecto con gente increíble, Julio, Luis, Felipe, Bosco, Aristu, Villamil, Sebastián, Monereo, Gaspar, Inés, Masa, Eberhar, Navas, Madrazo, Rosa, Roman, Lolo, Vaquero, Jose Luis, Julia, Nines, Teresa, Presen, Mosquera, Encarna, Manolo, Diego, Antonio, Gara, Ángel, Marcelo, Bascón, Concha, Girón, Mesa, Juan Carlos, Ramón, Luis, Blas, Aguilera, Ocaña, Cívico, Juanjo, Rosa G, Isidoro y Paquita.

Recuerdo como siempre fui elegida por las bases a propuesta de las direcciones –como no podía ser de otra manera–, para las múltiples responsabilidades que me encargó el Partido Comunista e Izquierda Unida en la provincia, Andalucía y el Estado. Solo hubo una que no fue así y es cuando Julio Anguita decretó, que yo fuera Presidenta de la UCAR (Unidad Cívica Andaluza por la República) en Andalucía, cargo sobrevenido, que me permitió, poner en pies el espíritu republicano de generaciones, y montar estructuras provinciales para dar solidez y contenido, no solo emocional sino ilustrado del mismo, duré el tiempo de hacer el cometido, y rapidísimamente, di el paso a gente muy valiosa, para que consolidarán el objetivo, cosa que hicieron espléndidamente.

Hubo hechos y personajes que marcaron este tiempo nuestro, que me marcaron a sangre y fuego: el Golpe de Estado en Chile, la voladura de Carrero Blanco, la muerte de Franco, la Marcha Verde en el Sáhara, y la Guerra de Vietnam, la Revolución de los Claveles, Paco Ibáñez, Raimon, Serrat, Dylan, Brassens, Moustaki, Silvio Rodríguez, *Luis Cernuda*, *Federico García Lorca*, *Miguel Hernández*, Rafael Alberti, Marx, Engels, Gramsci, Trotsky, Alejandra Kollontai, Rosa de Luxemburgo, Chomsky, Galeano y otros, y muchas otras, invisibles, y anónimas.

Han sido años de entrega y compromiso sin condiciones por los demás, con la recompensa de las luchas ganadas, y con la tristeza de las que no pudieron ser, y con el dolor de quienes se fueron antes de tiempo.

Profundamente agradecida a Merchi, que me ha obligado a recordar y a recuperar esa parte no oficial de la historia de nuestra

gente, y la mía propia, como tributo y legado para las generaciones presentes y venideras. Y satisfecha por haber podido jugar este papel apasionante, en el micro universo de Sevilla.

Soy hija de la dictadura, madre en la transición inacabada, y abuela desde la aldea global, y hoy continuo sin armas de fuego, pero me queda la letra y la palabra, para seguir haciendo el resto del camino.

Me despido compartiendo con Benedetti, aquello de: «**Cuando creíamos que teníamos todas las respuestas, de pronto cambiaron todas las preguntas**».

CELIA ARENAS CASAS³

³ Entrevista a Celia Arena Casas, por Mercedes Liranzo Hernández. Sevilla, 2016.

*«Sólo una cosa agradecemos
a los hombres: habernos enseñado
la alegría de la lucha».*
Emmeline Pankhurst

Mi nombre es Celia Arenas Casas. Mi madre, Victoria Casas Baena, fue una valiente. Mi padre, Fabián Arenas Hernández, una persona inteligente, simpática y cariñosa. Pertenecían a familias rivales, como Capuleto y Montesco. Mi abuelo materno los odiaba tanto que no permitía que su única hija, aunque tuviese seis hijos más, se viese con mi padre. Así, ella tomó la decisión de fugarse con él recién acabada la guerra.

Yo soy la cuarta de siete hijas e hijos que tuvieron, nací en 1948 en el cortijo El Gitano en Andújar, Jaén. Mi padre lo tenía arrendado con sus hermanos. A los cuatros o cinco años, mi padre se vino a Sevilla como administrador de un cortijo, a partir de ahí toda mi vida transcurrió en el campo. El cortijo se encontraba a la vera del río y cerca de Coria. Al colegio íbamos en tractor, las carreteras generalmente se encontraban enfangadas y cuando llegábamos a la orilla del río frente a Coria cogíamos una barca para cruzarlo, ¡todo eso para ir al colegio!

Cuando tenía unos 9 años, nos fuimos a otro cortijo en el que mi padre trabajaba con un primo suyo. Ese cortijo estaba cerca de Bellavista y allí vivimos, en la calle Guadalajara, durante 4 o 5 años. Allí fui al colegio de las monjas, cosa que me resultaba muy desagradable porque estas monjas tenían dos colegios: uno para las niñas que no podían pagarlo y otro para las que sí podían, dándose el caso de mi prima y yo, que estábamos en edificios diferentes porque ella no tenía medios. Eso no podía entenderlo yo a mis 9 años.

Después, mi padre fue contratado para llevar un cortijo en San José de la Rinconada, allí también fui al colegio de monjas de Las

Hermanas de la Doctrina Cristiana; recuerdo el nombre del colegio porque tengo una hermana en esa congregación que hace 35 ó 40 años se fue. Primero a Argentina y allí aprendió guaraní y estuvo con la comunidad indígena hasta que acabaron con la dictadura. Cuando terminó ese proyecto, se fue a Brasil, al Estado de Acre, donde estuvo viviendo con la comunidad Yamamadí en el Amazonas. Ahora está en Bolivia.

Todo esto viene a que yo estaba en aquel colegio de las monjas, y aunque a mí no me gustaba, mi hermana encontró su camino por ahí, y es lo mismo de revolucionario que cualquier otro pues no todas las monjas son iguales.

En La Rinconada no había educación superior y yo tampoco tenía unas directrices que me estimularan a seguir estudiando, y con tantos cambios de colegios... me quedé ahí, en una educación prácticamente primaria.

Marché a Sevilla con veinte años donde mis padres tenían un hostel y me puse a buscar trabajo, encontrándolo en Madrid a través de una amiga, en el Hotel Villamagna. Comienzo a trabajar y cuando llevaba como tres años sentía como que mi vida no iba a ninguna parte. Es verdad que tenía un buen trabajo, porque estaba muy bien pagado. Era gobernanta en un hotel de cinco estrellas ¡gran lujo! Era el mejor de Europa en esos momentos, pero sentía que no quería esa trayectoria en mi vida y buscando, buscando, encuentro y decido irme a Lausana, Suiza, aprovechando los contactos del hotel donde trabajaba, encuentro la posibilidad de trabajar en otro allí. Pero se produce la crisis de 1972 del petróleo y se cierran todas las fronteras –en el capitalismo siempre hay crisis, son cíclicas–, a mí me tocó aquella, así es que se me cerraron las puertas de Suiza. Entonces, a través de mi amiga «Nete» de Madrid que tenía algún contacto en Inglaterra –me daba igual que lo hubiese tenido en Francia– me marché allí. En aquel momento no había relaciones libres, como ahora con los países europeos, de manera que fui con un billete de ida y vuelta de una semana pagada en un hotel, con la idea de buscarme allí la vida. Contacté con la amiga de mi amiga, María y me ofreció un trabajo en el Club de Bridge donde ella trabajaba, un club privado en un edificio muy elegante en el «3 de

Green Street» en el centro de Londres, al lado de «Speaker Corner». Allí estuve dos o tres meses y a través de una chica que conocí en la escuela donde iba a aprender inglés, me coloqué en el sitio donde ella trabajaba: el Charterhouse.

El nuevo trabajo, en Chaterhouse Square, era una especie de residencia de ancianos solo para hombres en un sitio precioso, al que ahora, para poder visitarlo, tiene que ser mediante cita porque es un sitio muy antiguo. A través de María frecuento el club Antonio Machado y allí tomo contacto con el Partido Comunista de España (PCE). Entro en las Juventudes Comunistas donde paso a trabajar de manera más formal, e inmediatamente me incorporo al grupo de teatro que se estaba montando en aquel momento con la obra «Pasión y Muerte» de Miguel Hernández. Conozco también a un grupo de mujeres inglesas del Movimiento de Liberación de la Mujer y con ellas se abre el mundo de mi pasión: el Feminismo. Trabajé en la campaña por el derecho al aborto, que aunque era legal, tenía sus restricciones, que acabó en el 75. Eso nos tenía continuamente en las calles haciendo reuniones, mítines y todo lo que podíamos. En Londres era un enlace para las españolas que iban a abortar, yo las llevaba a la clínica del Dr. «Rutter», que por cierto, todavía tengo su teléfono, porque fueron muchísimas a las que tuve que acompañar y hacerles de interprete.

En las Juventudes Comunistas, entre otras actividades, vendíamos *Mundo Obrero* arriba y abajo de Portobello, organizábamos sesiones de cine en el club Antonio Machado, en el Hogar Español, etc.

Continuaba en el grupo de teatro, esta vez preparando la obra «*La excepción y la regla*» de Bertolt Brecht. Éramos un grupo numeroso y aunque no recuerdo a cada uno, estaban Juan, Lara de Vigo, Joaquín Sabina, Sole, Paco, etc. Actuábamos siempre en centros españoles y representábamos la obra allí donde nos llamaban, lo mismo en Londres que en los pueblos cercanos a dónde íbamos en tren. También fuimos a Ruedo Ibérico, el centro anarquista de Londres. Estuvimos en Bruselas en el Centro García Lorca y en un teatro que no recuerdo su nombre.

Las españolas y españoles con los que allí contacté y que me impresionaron, fueron fundamentalmente republicanas y del Partido

Comunista la gran mayoría. Me impresionó mucho el que siguieran después de tantos años luchando por la libertad en España. Puedo recordar a Miguel, que era un hombre encantador, se me encoge el corazón cuando lo recuerdo porque después de haberlo dado todo, tenía que estar allí exiliado, sin poder volver a España. Su hijo sí que vino en alguna ocasión pero claro, estaba dividido entre el país donde había nacido y la historia de su padre. No sé cómo este hombre pudo transmitir a su hijo todo ese amor y esa fortaleza hacia España después de tantísimos años de penurias. Seguir luchando por España era el objetivo principal de su vida. Me impresionó y me hacía quererlo con toda el alma.

Estaba también Mercedes, una vasca increíble y su marido Pedro, que estaba sordo de las palizas que le dieron en las cárceles de Franco. En fin, historias que me contaron allí. En aquel momento también estábamos muchos españoles que queríamos buscar algo que no encontrábamos en nuestro país.

Discutíamos mucho sobre la libertad sexual sin ligarla a la reproducción y sobre cómo muchas mujeres no queríamos tener hijos porque pensábamos que era dar mano de obra gratis al capitalismo. Disertábamos también sobre las relaciones de pareja libres, sin matrimonio. Y creo que fuimos consecuentes con lo que pensábamos porque muchas de nosotras lo llevamos a cabo. Bueno, prácticamente todas hemos seguido esa trayectoria.

Se encontraba con nosotras un psiquiatra que se llamaba Valentín Corcés, también del PCE, que nos introdujo en lo que se llamaba la «anti-psiquiatría» y claro eso era un mundo nuevo para nosotras que veníamos de España con falta de todas estas cosas. Teníamos a profesoras como Goyi que nos hablaba de los niños y niñas en libertad, de la revolución sexual... Es decir, de todas esas cosas que eran novedosas para nosotras.

A mí el tiempo de las Juventudes Comunistas me cogió, afortunadamente, muy fuerte y con bastante tiempo para todo. Trabajaba como ilegal en el hospital que antes mencioné y en esa época el Partido organizaba un mitin en Ginebra con la Pasionaria, Santiago Carrillo y Paco Ibáñez amenizando el acto, y claro, eso a mí, como a

mucha gente, nos atraía muchísimo. El PCE fletó un avión, porque el secretario general Adolfo López trabajaba en Progressive Tour, que era la agencia de viajes del Partido Comunista Inglés. El avión iba lleno de españoles y españolas, ingleses e inglesas. El mitin lo disfrutamos una barbaridad con Pasionaria fundamentalmente, ¡aquello fue increíble! Pero a la vuelta no nos dejaban entrar otra vez en Inglaterra. Afortunadamente venían dos parlamentarios británicos que mediaron en el problema y la policía nos dio un mes para legalizar nuestra situación. Menos mal, porque si no, nos hubieran echado de allí con lo puesto. En aquel entonces, trabajaba de camarera de mesa de los jubilados de Charterhouse que tenían autonomía, así que hablé con la jefa, fui al Ministerio del Interior para pedir el permiso de trabajo, y supongo que para no tener problemas con los parlamentarios, no tuvieron más remedio que dármelo por tiempo indefinido.

Por supuesto que el montaje que hicieron para devolvernos a España, a todas las personas que volvíamos del mitin de la Pasionaria, era obra del embajador español en Londres, que en ese momento era el Sr. Fraga Iribarne: es bueno recordarlo para que se sepa la trayectoria de este «señor».

Al regresar del mitin de Ginebra, y cuando ya tenía el permiso de trabajo, me llamó Adolfo, el secretario general del PCE en Inglaterra y me propuso que me integrara en el Partido Comunista como secretaria de organización –yo era todavía de las Juventudes Comunistas–. Ángel Martínez era el camarada que nos formaba políticamente y en aquel momento era Secretario de Organización del PCE Ignacio Gallego. Organizamos un mitin para que Ignacio viniera a Londres, luego organizamos otro con Carrillo y amenizándolo con Manuel Gerena y Carmen y Jesús que pertenecían al PCE. Jesús era de Logroño y sigue trabajando con la música, pero en aquel momento eran un dúo, hasta que Carmen murió al poco tiempo, desgraciadamente, porque era una persona maravillosa. Los dos cantaban muchísimas veces a favor del PCE. Lo organizábamos todo, desde hacer las banderas autonómicas, los carteles y la propaganda, las manifestaciones, mítines etc.

Ya entonces parece que no me gustaba estar trabajando fija en los sitios, porque al poco tiempo me fui de allí y empecé a trabajar

de cocinera en la escuela de la embajada de Cuba en Londres. Esta escuela era para los niños del cuerpo diplomático y para todo el personal que trabajaba allí, en Londres, para la Embajada Cubana. En dicho centro trabajábamos: Santiago –que era canario–, Inma y yo. Por una desavenencia que tuvo Santiago con la mujer del chofer del embajador lo despidieron, así que Inma y yo dijimos que si no le daban una solución como lo harían en Cuba y lo readmitían, ella y yo nos marchábamos. Cuando murió Franco, vinieron a darnos explicaciones –que les habíamos pedido– de por qué habían declarado 3 días de luto oficial. En esta ocasión, no nos convencieron y dejamos el trabajo.

En el club Antonio Machado había una vasca, Mercedes, que era estupenda y siempre andaba cuidando a la juventud que andábamos por allí. Traía comida, unas maravillosas tortillas que a la gente que hacía tiempo que no íbamos por España nos parecía un lujo. También traía tapas y se ofrecían en el Machado: esas tapas eran para que todo el dinero que se sacase fuera para el Partido. Todas formas de financiación eran bien venidas. Por supuesto, vendíamos Mundo Obrero, a lo largo de la calle Portobello al turismo español, emigrantes, etc. Desgraciadamente Europa estaba llena de emigrantes económicos, porque en España no había futuro.

Frente a la Embajada Española estuvimos acampadas en protesta por los juicios y luego ejecuciones que se estaban celebrando tanto en Cataluña como en el País Vasco, Madrid, etc. y, que después acabó con los fusilamientos de Otegui, Baena, García y Sánchez. También cuando fueron a ejecutarlos nos movilizamos hacia la embajada, y la policía –avisada por Fraga Iribarne– nos acribilló a golpes y patadas y nos echaron los caballos encima por petición de este «señor». Para desquitarnos fuimos a celebrar la muerte de Franco al mismo sitio a los dos meses, donde brindamos con champán y gritamos en su contra. Todo esto se lo tuvo que tragar el señor Fraga.

Este mismo embajador iba todos los años al Centro Gallego a hacer una «Queimada» y nosotros –especialmente nosotras–, nos poníamos nuestras camisetas del (CISE) Centro de Información y Solidaridad con España, comisión que se organizó en Francia, fun-

damentalmente, por la libertad de los presos y presas políticas en España. Allí le gritábamos y él nos miraba con aire despectivo y contrariado porque allí no nos podía pegar ni quitar de en medio, y decía: «¡Ya estáis con esas tonterías!» Y muchas cosas más.

Después de La Marcha Verde organizamos una exposición del Frente Polisario, así como la obra de teatro dedicada a ellos, porque la obra «*La excepción y la regla*» la situamos en el Sahara, relacionada con los fosfatos y demás. Invitamos al Frente Polisario que, por cierto, me regalaron un anillo con la bandera Saharai, hecho a mano en el campo recién montado; desgraciadamente y después de tantos años, el campo aún sigue allí.

En 1974 Progressive Tour organizó un viaje a Moscú para celebrar el aniversario de la Revolución Rusa. Yo quería hacer ese viaje y durante un mes trabajé sin descanso para conseguir el dinero ne-



Celia en su casa, delante del cartel de la 1ª conferencia de la mujer del PCE.

cesario. Así que de 9 a 3 trabajaba en la Embajada Cubana; de 14.00 a las 18.00 hs. Estudiando inglés; a las 19:00hs me iba a los ensayos de teatro; y de 22.00 a 24.00 hs, limpiando una sauna. Así todos los días, ¡juventud que todo lo puede! En Moscú me lo pasé fenomenal, el viaje se pudo realizar porque se hizo un visado colectivo y así no tenían que sellar nuestros pasaportes, porque en aquel tiempo, con Franco en el poder, no se tenían relaciones diplomáticas con ningún país del Este de Europa.

Ya estando en Sevilla, en 1978 el Partido Comunista organizó la 1ª Conferencia de la Mujer, pero sin voz ni voto para las mujeres. Por ello, las mujeres que componíamos la Comisión de la Mujer decidimos que si las mujeres no íbamos a tener allí voz ni voto, nos saldríamos del Partido, y eso es lo que hicimos, a excepción de Amparo y Kechu. No obstante, antes de la conferencia nos desplazamos a distintas ciudades y pueblos explicando nuestra postura de cara a las mujeres. Recuerdo una vez que veníamos en autobús de un pueblo y Soto venía con nosotras. Le señalamos lo machista que era el Partido, a lo que nos respondió:

– La prueba de que el Partido Comunista está enraizado en el pueblo, es que es machista igual que el pueblo.

Pues sí, esa fue su respuesta.

– Y este es el que se presupone es la vanguardia, ¡inadmisible!
– Le contesté yo.

Aunque las mujeres de la Comisión no éramos miembros de pleno derecho de la Conferencia, acudimos a la misma por toda la labor que habíamos hecho para explicar el porqué las mujeres teníamos que estar allí. Porque si era una conferencia donde se iba a tratar, exclusivamente, el tema de la mujer, se supone que éramos nosotras las que teníamos que hablar, exponer, debatir y denunciar el machismo dentro del propio partido. Se suponía que el PCE era la vanguardia, el que tenía que dar ejemplo al resto de la ciudadanía. A este respecto hablé con Ignacio Gallego y me respondió que:

– Yo ni pincho ni corto.

Perdí toda esperanza. A partir de entonces empiezo una militancia independiente con reuniones ya aquí en Sevilla. Recuerdo un viaje con Mireya a Madrid para crear la Coordinadora Feminista por el Derecho al Aborto y organizar la coordinadora local. De ahí salieron los ‘grupos de aspiración’, así lo llamamos –una manera de llevar el aborto a cabo–, y queríamos que fueran montados por el Movimiento Feminista de Galicia, Sevilla... etc., como una forma de lucha. También teníamos que ver a qué mujeres se les planteaba, que el precio de la intervención fuese mínimo para gastos y con cobertura sanitaria, hacerlo como un medio más de lucha del Movimiento Feminista. También se hablaba de tener un centro móvil que no estuviese asentado en un sitio concreto, como los barcos ingleses que prestaban servicio en aguas internacionales, sino que rotase por distintas ciudades y con técnicas seguras. Otra cosa que también se planteaba siempre el Movimiento Feminista era si se iba a dar cabida a los hombres o no. Ya entonces lo teníamos muy claro desde el principio de los años 70, que los hombres no iban a participar de nuestras reuniones del Movimiento Feminista. Pero en los grupos de aspiración se decidió que allí sí estarían.

Después se constató que las mujeres que se hacían un aborto no volvían a ir para nada a ese centro. En Los Naranjos, las mujeres iban allí por imperiosa necesidad, pero una vez solucionado su problema ya no querían saber nada del centro. Después nos hemos dado cuenta que cuando convocas una manifestación o concentración por violencia machista, hay respuesta por parte de las mujeres, pero si lo haces por el aborto, no vienen ni la mitad.

Pero claro, somos feministas y hay una relación ininterrumpida del feminismo en torno al tema del aborto ¡esto lo traía archisabido de Londres! Precisamente, cuando las feministas hemos estado más unidas ha sido en relación al aborto, porque hay muchas mujeres que lo necesitan y que se necesitan medidas seguras. Pero aun siendo así, esto no engrosa las filas del feminismo. ¡Pero bueno, hemos seguido y seguiremos luchando por el derecho al aborto! Y como dice Lidia Falcón «llevamos toda la vida en el paritorio»

Como decía antes, en torno al aborto se organizó el Movimiento Feminista aquí en España y la Coordinadora a nivel Estatal y luego

a niveles locales. En las reuniones que teníamos en Madrid se eligió a Carmina (de Alicante) como miembro permanente de la coordinadora. También se amplió el programa por el derecho al aborto, así como por el derecho al divorcio y también por las agresiones que estaban sufriendo las mujeres. Carmina era la encargada de coordinar a todos los grupos de las distintas partes de España. Ya por entonces estando Gabi y Carmen en el Ayuntamiento de Sevilla se pudo hacer las primeras acogidas de mujeres por violencia machista en el hostel de mis padres en la calle San Eloy, ya que al estar yo allí no quedaba registro de su estancia.

Estoy satisfecha de haber formado parte de tantas y tantas españolas que dieron parte de su tiempo, y mucha parte de su salud, en la lucha para que este país tuviera una democracia. Por supuesto hay muchas personas que continúan luchando todavía, gentes de aquella época y de ésta. Yo formo parte de un proyecto que es la pasión de mi vida «El Feminismo», y no quisiera morirme antes de ver a una feminista en el Parlamento del Estado Español, por ello seguiré luchando.

ENCARNACIÓN ASSA ESTEBAN ⁴

⁴ Entrevista a Encarnación Assa Esteban, por Mercedes Liranzo Hernández. Sevilla, 2017.

*«La historia de todas las sociedades
es la historia de lucha de clases».*
Karl Marx y Federico Engels

Me llamo Encarnación Assa Esteban, soy de Sevilla. Mi padre se llamaba Antonio Assa y mi madre Magdalena Esteban. Fueron un gran padre y una gran madre. Mi hermana mayor se llama Carmen, después voy yo, luego mi hermana Mari y a continuación mi hermano José, que es el más chico.

Mi padre era encargado de obras en construcciones militares, se iba andando desde Pardilla que estaba en la Pirotecnia, cerca de Alcalá, hasta el Cerro del Águila donde vivíamos cuando yo era pequeña. Él siempre fue un profesional y trabajó en muy buenos sitios pero claro, los sueldos eran miserables. No pasábamos muchas estrecheces, pero en aquellos tiempos tampoco se nadaba en la abundancia.

Cuando vivíamos en el Cerro del Águila, mi hermana Carmen y yo, estuvimos en el colegio de Amate, mi hermana Mari todavía no había nacido, por cierto, que yo no pasé del primer curso porque todos los días por la mañana y por la tarde nos llevaban desde el colegio, atravesando el Cerro, hasta la capillita que estaba al lado de HYTASA, por lo cual, yo me escapaba y me iba a mi casa. La sanción más grande que había era faltar a la iglesia, así que no pasé del primer curso. Pero a mi hermana le estaban royendo el 'coco' para que fuese catequista o monja, pero a mi padre como yo se lo contaba y lo vio, nos quitó del colegio a las dos y nos puso en el colegio de Don Luis, que era republicano y tenía el colegio en la clandestinidad. Era de pago y nos costaba dos duros al mes, pero en seis meses, mi hermana y yo sabíamos las cuatro reglas perfectamente. Pero claro, nos fuimos a Torreblanca y francamente, yo ya no fui más al colegio.

Después me saqué el certificado de escolaridad en el colegio Carlos V. Más tarde estando trabajando me presenté en el Menéndez Pidal y me saqué el graduado escolar. Tengo faltas de ortografía, pero las vivencias y lo luchado te da capacidad para entender las cosas.

Mi padre se enteró que vendían unos terrenos en Torreblanca y compró una parcela con la paga del 18 de julio de 1949, que le costó a diez pesetas el metro. En septiembre nos mudamos a la casa, sin terminar el techo todavía, en fin, era de cajones (tierra y cal). Es que vivíamos en una casa de vecinos en el Cerro del Águila, y era todo tan estrecho, que entonces mi padre dijo:

– Por lo menos vamos a respirar aire puro.

Cuando aparcamos en Torreblanca, no había nada de nada. Mi hermana Carmen y yo que éramos las mayores llorábamos mucho, porque la verdad, es que mi infancia en el Cerro del Águila fue muy agradable. Además, allí vivíamos cerca del cine de invierno el «Cerro Cinema». Cuando vivíamos allí íbamos todos los domingos, nos daba mi padre una peseta a cada una y como el cine valía dos reales, comprábamos un real de chucherías... y claro, al vernos ahora en un campo que había dos chozas, pues la verdad, es que era para llorar. Pero bueno, poco a poco nos fuimos acostumbrando y mi padre terminó la casa y ¡a comer barro! que es lo que allí había, porque no había luz, ni agua, ni nada ¿qué pasó? Que pasaron los años y pusieron la luz pronto, porque como ENDESA coge el dinero a medida que se iba construyendo... o sea, se iba solicitando y te ponían la luz. Pero el agua no, el agua era cosa del Ayuntamiento y ya el barrio era grande, ¡grandísimo! Nosotras, las tres hermanas nos íbamos por agua después de trabajar... bueno, nosotras y todas las chavalas. Como digo antes, ya no fuimos más al colegio, porque en Torreblanca no había colegios cuando nos mudamos. Después, tuvimos que luchar para que hubiese colegios para nuestros hijos e hijas y no fue poco lo que luchamos.

La enseñanza fue mi caballo de batalla. Yo tenía claro que a mi hijo e hijas, no les iba a dejar lo que a mí me había dejado la dictadura: nos había privado de formación y nos puso rápidamente a trabajar. Nosotras estuvimos trabajando en un almacén de acei-

tunas en Alcalá de Guadaíra. Yo entré con trece años en el Barrio con dos amigas (Loli y Flori) y allí estuvimos trabajando bastantes años. Después si te quedabas parada te ibas a trabajar al campo a escardar, coger algodón o lo que hiciese falta. Estuve unos años en PERSAN, pero me fui porque no me iban los caciques explotadores esos. Me fui otra vez a Alcalá de Guadaíra un almacén estupendo, con unas personas de allí maravillosas. Tengo gratos recuerdos de mis amigas y mis compañeras de trabajo. Todas éramos mujeres más avanzadas que el resto, porque evidentemente, si tú trabajas y tienes dinero, pues se tienen otros avances que los que están económicamente peor.

Después tras casarse mis dos hermanas, me casé yo, y rápidamente tuve a mis dos hijos mayores: Magdalena y Joaquín. En fin, que me veo con dos hijos que se llevan 15 meses y no teníamos de nada en el barrio. Entonces surge la organización comunista «Bandera Roja», con vecinos del barrio, pero fue mi hermano quien me propone que entre en el Partido y empiezo a formar parte de él. Empezamos a luchar precisamente por lo que no teníamos el agua, porque sin agua no hay quien viva. Fue el agua, el arreglo de las calles, los colegios... y todos los días teníamos un mogollón de vecinos dispuestos a ir al Ayuntamiento. Y es que fuimos al Ayuntamiento un montón de veces, las mujeres formábamos la de 'San Quintín' creo que fue el barrio que más caña dio, no digo que... pero bueno, mi barrio fue puntero. Y yo siempre digo que a mí no me quitaron los franquistas el físico, gracias a los miles de vecinos y vecinas del barrio, desde las casitas individuales, los pisos blancos, y toda Torreblanca la vieja hasta el km 6 ¡tengo que decirlo para que conste! Son gente que han apoyado, porque luchábamos por un bien común y porque eran unas necesidades obvias que no se podía pasar sin ellas.

En 1970 conseguimos que las autoridades se pusieran las pilas y reorganizaran el barrio, ¡no te digo nada!... Mi calle estuvo 4 meses con zanjas abiertas y nosotros pasando por la orillita como las cabras hasta que por fin se terminó y luego pagamos. Pasó, que pagamos los cables, el alcantarillado, el agua, la luz de las calles, las aceras, claro que luego lo pagamos todo. Lo que es Torreblanca la

Vieja, no le debemos nada al anterior Ayuntamiento, ni al posterior, ni al actual.

Pero en esta lucha que no fue poca, tengo que decir que también se luchaba por las libertades. Qué duda cabe que a nosotros, las gentes que estábamos organizadas en Bandera Roja, no era sólo el barrio lo que nos preocupaba, nosotros queríamos también una democracia, donde no te pusieran multa por hablar, por pedir lo que pagaste. Bueno, en mi barrio nos detuvieron casi a todos los de Bandera Roja, a mi hermano, al vecino, Antoñito Tejada, y muchos más que estábamos en el partido 'pasamos por la piedra', como yo suelo decir. Yo más de una vez estuve detenida en la Gavidia las 72 horas, a la única que le pusieron multas fue a mí, no sé por qué, será porque me callo menos y hablo más alto.

Cuando se acabó una de las manifestaciones donde cortamos la carretera, me fue a detener un policía, me cogió por el brazo y mi marido me tiraba del otro para que me soltara y como no me soltó, le dio un bocado en la muñeca y nos llevaron a los dos detenidos. A las 72 horas lo pasaron del juzgado a la cárcel donde estuvo un día, y a mí a las 72 horas me llevaron al juzgado y salí en libertad. Perdimos el juicio los dos por desórdenes públicos y al cabo de unos pocos de años me ponen multas. Estuvimos un año, que todos los meses te citaban en el juzgado para darte las cargas, ¡y para darte la coña, vamos! y para decir ¡Ahora te vamos a fastidiar!

De mi casa no tenía las escrituras, porque el terreno era de mi padre y nosotros no habíamos hecho las escrituras todavía. Así que mi casa me la embargan y sale en el Boletín de la Provincia para subastarla, ¡y no me habían mandado ni un puñetero papel! Yo no sabía nada, si no llega a ser por el abogado que nos defendía gratis, que ahora no recuerdo su nombre, era un hombre joven muy solidario, y competente. Este hombre llama a Julia por teléfono (yo no tenía), y le dice que me diga que me vaya para el juzgado, porque mi casa está en el Boletín de la Provincia. Así que nos plantamos mi marido y yo en el juzgado y ¡efectivamente! Teníamos una multa de 29.000 pesetas cada uno por las costas del juicio, por lo tanto lo habíamos perdido. Tuve que pagarla poco a poco, porque ya mis hijos eran un poco más mayorcitos y no era plan de negarme a pa-

garla. Pero si yo en aquel momento no tengo hijos no lo pago ¡me tienen que acribillar dentro de mi casa! Pero claro, tampoco quería comprometer a mi hermano, a mi familia y a los vecinos. ¡Así que nos tocó! Algunos colaboraron, entre ellos también algunas gentes de Bandera Roja, aunque ya la cosa estaba más floja, cada uno colaboro con lo que pudo, también Julia colaboró, y fuimos pagando la multa que nos pusieron. Vamos, que nos machacaron hasta más no poder. Recuerdo a Remedios, una persona que nunca olvidaré, vive en la calle Torre Miranda (creo) tiene 5 hijos, y viniendo de trabajar limpiando casas, se pasa por la casa de mi madre y me da las 800 pesetas que había ganado ese día limpiando, que yo se las di a José Antonio Casasola que estaba allí en ese momento para juntar para la multa, yo no cogí nunca el dinero que la gente fue aportando. Jamás olvidaré el gesto de esta mujer.

La organización de Bandera Roja en Torreblanca estaba compuesta por vecinos y vecinas del barrio. Unos escribían, como mi hermano que tenía el bachiller, pero se tuvo que quitar del colegio porque mi padre se jubiló, estaban también, el que le decíamos (El Grande), el Celestino (Cele), Antoñito Tejada, Juan Antonio González Carballo (El Bigotes), Luis Rubio, Pepín, Juan Antonio Quiró, Domínguez, José Luis Cifuentes, Jesús (el Poeta), los tres hermanos José, Juan, y Martín, José Antonio Casasola –que le dieron también bastantes palos–, Vicente, una persona competente que al final no encontró trabajo en Sevilla y tuvo que emigrar a Madrid y lleva bastante tiempo allí. Sé que había más, pero no recuerdo a todas las personas ahora mismo, espero que no se moleste nadie. Cuando nos reuníamos toda la militancia de Bandera Roja, veíamos cuales eran los problemas más urgentes del barrio... y, a tirar de la guita, como siempre decía yo, que era: ¡A trabajar por el barrio!

Leíamos unos los libritos que hacia Bandera Roja, que fueron muy interesantes, porque ahí es dónde te decían claramente lo que valía una silla, lo que valía la materia prima, lo que se llevaba el capitalismo y lo que le daban a los trabajadores y trabajadoras. Eso hizo a muchos y muchas despertarnos y saber lo que era el capitalismo y la explotación. La verdad es que los cuadernillos fueron bastantes buenos. Leíamos eso y nos organizamos. Yo, por lo que

sea, era la que salía con el coche y el megáfono a convocar a la gente, también salía Juan Antonio Quiró, llamábamos a los vecinos y vecinas para las asambleas, para decidir sobre los problemas del barrio. El Ayuntamiento nos lo teníamos más que pateado y acribillado. Íbamos a EMASESA porque teníamos problemas de agua y la verdad, tengo que decir que siempre nos recibieron en condiciones y atendieron nuestras peticiones. De ese sitio no hablo mal porque no puedo. Había un tal Eduardo Rodríguez que llevaba el departamento de agua y de alcantarillado, –el hombre era de izquierdas– y cuando llegábamos decía: «Encarna venga, que se ponga todo `quisqui' firme». Me veía mucho con él, porque era bastante bueno.

La carretera era de nuestra propiedad: que no hacían caso... ¡a cortar la carretera! Teníamos la suerte de que los vecinos y vecinas decían: «¡La cortamos! ¡La cortamos!» Pero claro, ¿Qué pasaba? ¿Quién pagaba? Siempre pagamos las mismas personas, ¿quién iba a pagar si no? Bueno la verdad, es que nos alegrábamos de ser las gentes más comprometidas y no un vecino o vecina normal y corriente a las que detuvieran. Aunque en la primera detención, sí fueron un par de vecinos. Resulta que estábamos en un 'localito' que había al lado de la iglesia y estábamos leyendo el contencioso administrativo que le habíamos puesto al Ayuntamiento, porque resulta que en el sector Lumbrera, los terrenos de los pisos blancos, lo cedió gratis su dueño Don José Ternero, y queríamos que el Ayuntamiento a cambio no le cobrara nada a los vecinos y vecinas cuando se organizara ese sector; y cómo le iban a cobrar, pues nosotros buscamos a un abogado en La Encarnación que creo que se llamaba Aguilar y era del Partido Andalucista (PA), era un buen abogado y una buena persona. Le ganamos al Ayuntamiento el contencioso. Entonces los vecinos y vecinas pagaron sólo la mitad. Bueno pues, en el local habíamos ocho o diez personas reunidas leyendo el tema y cuando ya nos íbamos, estábamos en la puerta, cuando llegó la policía, –alguien lo tuvo que denunciar–, porque francamente, a mí no me conocía la policía de nada; porque ni había robado ni había... en fin, que entonces ya tenía mis dos hijos... Me detuvieron junto con dos o tres vecinos, uno era Juan el del Ranchito y Juan Moreno. A ellos los echaron al otro día, pero a mí me tuvieron detenida 72

horas. Y después, pues lo mismo, cuando cortábamos la carretera... cuando esto o lo otro... Las multas, en fin, ¡fue un acoso total!



Encarna Assa con megáfono en mano, seguida por sus vecinos de Torreblanca.

Pero hay una cosa muy importante: Y es que hay muchas formas de colaborar en la lucha, y mi hermana Carmen colaboró, y fue imprescindible para mí su colaboración. Cada vez que a mí me detenían, ella se hacía cargo de mis hijos junto con los suyos en todos los aspectos: comidas, aseo, colegio... ¡todo!

Cuando detienen a mi cuñado Serafín en Málaga, tuve una experiencia dura. Resulta que Encarna Ruiz y su marido Pedro Andrés eran los responsables de Bandera Roja en Torreblanca. Pero claro, yo no la ví a ella cuando cortábamos la carretera en Torreblanca y tampoco tirando de la guita, como yo digo. Ella a lo que se dedicaba era a escribir para que los demás hiciéramos lo que ella decía. Cuando detienen a mi cuñado en Málaga, detienen a mucha gente. Así que yo por la mañana me voy a casa de Encarna Ruiz, con la intención de que me pusiese en contacto con alguna compañera de Málaga, ya que ella es de allí, para indagar a ver dónde se encontraba mi cuñado. Mi suegra la pobre

pasó muchísimo, porque a Victoria, la novia, que era de Málaga también la detuvieron después. Los dos estuvieron en la cárcel. Como decía, cuando voy a casa de Encarna Ruiz... ¡Se habían ido de noche! Habían cogido todos los bártulos y los muebles y se habían ido. ¡Nadie sabía dónde! Así que me planto con mi suegra en Málaga. Nos recibe la novia de mi cuñado en la estación de autobuses, y nos lleva después a su piso donde vivía con su madre y una hermana... Pero resulta que a ella la detienen por la noche. Nos quedamos allí mi suegra y yo, que no habíamos estado nunca en Málaga. Y yo con los ojos como tazas a la mañana siguiente, leyendo los letreros de las calles para saber dónde teníamos que coger el autobús; hasta que conseguimos entrar en comisaría y ver a mi cuñado que pasaba a la cárcel.

Los seis días que estuvimos en Málaga, mis hijos se quedaron repartidos entre mis hermanas y mi cuñada Sole, hasta que averiguamos dónde estaba él y su coche, un 600 que tenía. La verdad es que lo pasé fatal. Y mi suegra la pobre, además de que era callada, con su hijo en la cárcel y sin decir ni 'mu', en fin, que lo pasé muy mal. Y esta mujer, Encarna Ruiz... La verdad es que nos la encontramos un día Julia y yo en un evento de mujeres, y la verdad es que le dije que era una persona totalmente insolidaria.

Una de las cosas que era sangrante y deprimente en el barrio, era el Consultorio de la Seguridad Social que estaba al lado del colegio Menéndez Pidal. Era, nada, cuatro dependencias todas piojosas, con los cristales rotos... vamos, que yo de hecho, no llevaba a mi hijo e hija. Yo le decía al médico: «Mira a mi hija le pasa esto, o lo otro,» y él me recetaba, y es que a mí me daba asco de llevarlos allí. Hacen en la calle Torremejías un ambulatorio nuevo, lo hace el dueño de la farmacia que está al lado, pero nuestro ambulatorio nuevo seguía cerrado y nosotras usando el viejo. Todo por intereses de personas que tenían la farmacia en los locales de los pisos que estaban frente al ambulatorio y que tenía, no sé si un tío... Yo sé que era un familiar de un ministro de Franco. Hasta que ya nos hartamos y dijimos: «¡Aquí hay que abrir el ambulatorio!» Recorrimos el barrio llamando a las gentes y cortamos la carretera. Pues inmediatamente cerraron el viejo y abrieron el nuevo.

Para nosotros era muy importante la sanidad, de hecho tuvimos una reunión muy amplia de por lo menos 200 profesionales en el Hospital Virgen Macarena, todos los militantes de Bandera Roja, incluido nuestro Secretario General estuvimos allí. Pusimos de manifiesto la necesidad de que la sanidad fuese mejor, poniendo en evidencia que apoyábamos a los profesionales pero no a los mandatarios.

Respecto a los colegios, sólo estaba el Menéndez Pidal que tenía desdoble. Mi hija la mayor hizo allí el primero de EGB con 6 años en desdoble, había cursos por la mañana y por la tarde de la cantidad de niños que había. Entonces hicieron lo que se llamó en toda Sevilla los PUA. En Torreblanca hicieron dos, el Vélez de Guevara –antes Villar Palací– y el Carlos V. Pero claro, como los que hicieron los planos estaban en Madrid y el colegio se hizo en Torreblanca, las puertas las hicieron con la entrada hacía el campo, y el Carlos V, bueno, tenía problemas de alcantarillado... ¡Un horror! Tuvimos que luchar para que se abrieran los colegios, los acabaron de arreglar... vamos, ¡tela marinera! De hecho, el Carlos V tenía una zanja alrededor de la valla del colegio por donde corría el agua y donde los vecinos y vecinas como no había alcantarillado, iban de madrugada a echar su cubo después de haber hecho sus necesidades por la noche. Pero un día un vecino del Ranchito se resbaló y cayó de boca ahogándose. Entonces la que formamos los vecinos y vecinas fue de campeonato. Porque llevábamos razón para formarla, nosotros hemos vivido situaciones límites, pero nuestro barrio respondió ahí de forma masiva.

Cuando abrieron los colegios después de mucha lucha, la cosa se tranquilizó un poco; pero ahora resulta que los niños y niñas del sector de Las Lumbreras, tenían que atravesar la carretera para ir al colegio Carlos V. Entonces había miedo, porque la carretera no era la autovía como hoy, era la carretera de Málaga nada más, y los niños y niñas la tenían que cruzar dos veces con un tráfico tremendo. Al final decidimos cortar la carretera y lo hicimos. Pues al otro día ya había un policía local a la hora de cruzar las niñas y niños la carretera.

Después, luchamos para que se hiciera... bueno, eso lo hicimos Julia Benítez Carvajal y yo –no lo sabe el barrio–, puedo dar mi pa-

labra de que conseguimos que Don Luis Montero Bernard, que era Inspector de la Delegación y Concejal del Ayuntamiento, liberara los terrenos e hiciera el Príncipe de Asturias, que está en el sector de Las Lumbreras. Cada vez que íbamos a algún sitio le amargábamos la existencia y el hombre no era de lo peor, a pesar de que era el Ayuntamiento franquista. Nos atendía siempre bien ¡y lo conseguimos! ese, y el ELIE, que está en la calle Torregrosa. Le dimos la vara porque se lo iban a llevar a otro barrio y dijimos que «¡Ni hablar de la peluca!». Y como nosotras nos hemos pateado todos los organismos del Ayuntamiento... De hecho, una vez en la delegación que no recuerdo a lo que fui me dicen: «Mira Encarna, se va a hacer un instituto por fin en Torreblanca, te voy a dar el nombre del perito».

Llamo al perito, que se llamaba Antonio Molina y hablé con él en el terreno. Nosotros teníamos una lista tremenda de parados de la construcción en la asociación del barrio –como la que hay hoy–. Así que a excepción de tres o cuatros que tenían en plantilla, conseguí que metieran a las gentes de Torreblanca.

Cuando entubaron el canal, también hable con el perito y metió a dos trabajadores porque la obra no permitía tampoco más. La cuestión era estar siempre barriendo para adentro, porque mi barrio siempre ha tenido muchas necesidades.

Casasola y yo, fuimos a dar una charla en el barrio en el cine ‘Ranchito’ de «No a la Constitución» y es que no sabía nadie lo que era la Constitución, hoy si se sabe y hay muchas cosas que no nos benefician, pero claro, la ignorancia del pueblo, que como era la Constitución, pues ya está. Bandera Roja sabía lo que había debajo, pero como no íbamos a convencer a todo el mundo, se decidió dar una charla. Se llenó la calle Torregrosa y la Torrelaguna entera de antidisturbios, para dos personas que lo único que íbamos a hacer, era hablar, ¡nada más! Estaba también la político-social, y se encontraba entre ellos el que se rumoreaba que era el más malo de la Gavidia, un tal Beltrán, al cual mi marido le dio con la mano en la cara y le dijo: «¡Esto es lo que hay que tener, callos en las manos de trabajar!». Y pensé: «Ya me lo ligan» Y menos mal que lo arrastré y no me lo ligaron.

Una anécdota fue, que la primera vez que me detuvieron estaban mis vecinos y vecinas diciendo que eso era por meterme en follones. Pero claro, eso era por su ignorancia. Hasta que salió Socorro que era una mujer mayor, se puso las manos en la cintura y puso a todo el mundo como un trapo. Les dijo que yo no había hecho nada, que la culpa la tenían los que me habían detenido y los que habían mandado la policía. Que yo estaba pidiendo mejorar los colegios; lo mismo para mis hijos que para todos los niños de Torreblanca. ¡Y todos los niños de Torreblanca no eran hijos de Encarna Assa! Así que se callaron y se metieron en sus casas.

También vino mi suegra un día a decirle a mi marido, más o menos que, por qué no me daba dos guantazos y que no saliera más. Entonces mi marido le dijo que estaba equivocada, que yo iba con su permiso y porque estábamos los dos de acuerdo; y estábamos los dos de acuerdo porque estaba muy jodida la clase obrera, que lo que ella había aguantado con una miseria, nosotros no lo queríamos para nuestros hijos. La verdad es que mi marido siempre ha estado a mi lado. Yo siempre he sido la que he hablado, pero él lo ha compartido todo, de hecho si él no hubiese sido igual que yo, no podría haber hecho todo lo que hice.

Pero fuimos gentes dura los de Bandera Roja. Tengo que decir que demostramos tener conciencia ¡todos! Lo dimos todo por nuestros vecinos, por nuestro barrio, por las libertades, lo dimos todo a cambio de nada, bueno de mucho, que fue «la libertad y la democracia». Ninguno cobrábamos, si íbamos al Ayuntamiento y ante cualquier problema, cada cual se rascaba el bolsillo; no había pago ni nada, sólo teníamos un mísero sueldo por parte del trabajo de mi marido. No como ahora, que hay sobres por todos lados. En Torreblanca no había gentes de otras organizaciones, solo estábamos Bandera Roja.

El centro cívico lleva el nombre del que fue nuestro Secretario General, «Juan Antonio González Carballo». Juan Antonio vivía aquí en Sevilla y era médico, que por cierto, se iba a hacer labor humanitaria al Sáhara y tuvo un accidente en el coche que lo llevaba y murió. Una persona buenísima que no se merecía eso, pero el destino a veces es cruel. Nosotros lo queríamos porque era un

tío íntegro, que podía comer de su profesión y sin embargo estaba luchando con nosotros porque tenía conciencia. Entonces se consiguió que el Centro Cívico de Torreblanca llevara su nombre, ¡Qué menos! Es lo mínimo que podíamos hacer. Lo recordamos todos los que luchamos y lo conocimos, porque era una persona sensacional.

Bueno quiero decir que José Antonio Casasola fue un luchador tremendo, tuvo muchas detenciones y muchos palos. Recuerdo la noche de la Barriada de La Corza, fue terrible allí la policía... Menos mal que todos los vecinos de la Corza abrieron sus puertas para que nos metiéramos, porque si no, nos habrían apaleado a todos los que fuimos. José Antonio Casasola fue detenido y cuando lo liberaron fue a la iglesia y allí lo apalearon, y cuando fuimos a manifestarnos en contra de su detención, se armó allí la de Cristo, porque en vez de recibirlo tuvimos que salir corriendo, porque aquello estaba de policías... fue tremendo ¡es que no se podía ni andar! Dieron palos, pero bien fuertes. La verdad es que francamente en aquella época, teníamos una unión que era demasiado. Y no puedo decir nada malo de ninguno. Cuando decíamos que había que hacer esto o lo otro, allí estábamos. Salía uno con el coche, lo detenían y al otro día salía otro, lo detenían... y así sucesivamente. Prácticamente, toda la organización de Bandera Roja pasó por la 'piedra' o sea, por la Gavidia. Mi marido también estuvo en la cárcel, poco tiempo porque armamos una en la puerta de la cárcel Ranilla ¡que fue demasiado! Y es que nuestro barrio es un barrio de trabajadores y de gentes luchadoras. Los de Bandera Roja que lo dimos todo, hemos luchado, y seguimos luchando en la Asociación. Yo lo hice porque me salió de dentro y porque era capaz de hacerlo, porque estaba harta de de vivir en un barrio que no tenía de nada y teníamos derecho a vivir en un barrio mínimamente decente.

Quiero decir que el colegio Vélez De Guevara, es el colegio donde se hacían todas las asambleas, siempre el comedor lleno de vecinos... y nunca se han opuesto a que nos reuniésemos allí, desde los maestros y maestras, al personal. Los que están todavía como, Conchi y Paloma, y los que ya no están, como José Luis Torrejón, que fue director y se jubiló; Juan Regodón, 1º director; José Luis Manzano, que fue secretario y Don Ángel. Yo solo tenía que decir

que necesitaba el colegio y me lo dejaban. Francamente, es el sector más de izquierdas que hay en el barrio y los maestros y maestras siempre... es que llegaron jóvenes y se han jubilado estando allí. Con la fama que algunos medios de comunicación han dado algunas veces al barrio... ¡Que aquí hay, lo que hay! Y si no por qué no lo quitan y les dan los medios. Pero bueno, nosotros no tenemos culpa de eso, nosotros nos hemos sacrificado al máximo. La verdad es que hay buenas gentes que viven en las casitas, que yo las conozco y tengo socias de allí, que por circunstancias de la vida vive allí y son buenas personas, buenas gentes, como en todos sitios, pero que no tienen medios. La verdad es que ya tenían que haber quitado esas viviendas, porque son infrahumanas y pequeñas. Además, enfrente hay mucho terreno para construir.

Ahora tengo dos hijas y un hijo. La mayor se llama Magdalena –como mi madre–, es psicóloga y tiene un buen ‘coco’. Mi hijo se llama Joaquín –como su padre–, no hay nada que no sepa hacer, tiene manos de oro. Y tengo a mi Tere, que es una persona demasiado buena para la jungla que hay hoy en este mundo. Mis hijos afortunadamente han sabido copiar de sus padres, porque mi marido es una persona también honrada al máximo y de izquierda.

La cuestión es que estoy orgullosa de vivir en Torreblanca, de conocer a muchísimas gentes...bueno a todo el barrio. No me pesan muchas de las cosas que he hecho. Pienso que gracias a las clase trabajadora y a la clase media que luchamos, lo hicimos por el bien común; por lo menos Bandera Roja en Torreblanca, ninguno de nosotros lo hizo por ningún interés personal fue para que nuestros hijos y nietos tuvieran un futuro mejor que el nuestro. Y les doy las gracias a mis vecinos de Torreblanca entera, por apoyar todos y todas las movilizaciones que Bandera Roja hizo. Y también quiero decir que es una pena, que a estas alturas hayamos perdido todo lo que conseguimos. Creo que nos vamos a tener que poner otra vez las pilas y luchar igual que antes. La derecha no quiere a la clase trabajadora, pero es que ya ni siquiera a la clase media, lo han comprobado muchos trabajadores como maestros, médicos... que le están quitando como siga así hasta el apellido.

LUISA BERNABÉ MÉNDEZ ⁵

⁵ Entrevista a Luisa Bernabé Méndez, por Mercedes Liranzo Hernández. Sevilla, 2016.

*«Quien no se mueve,
no siente las cadenas».*
Rosa de Luxemburgo

Nací en 1950 en Extremadura, pero me vine a Sevilla con tres años. Mi madre se llamaba Carmen Méndez y mi padre José Bernabé. Mi padre fue minero en León, aquí en Sevilla estuvo trabajando en una fábrica de solerías de terrazo en la Macarena. Mi madre trabajó muchísimo yendo a las casas a limpiar y a blanquear, también en el campo hizo de todo. Somos seis hermanas y un hermano.

Hasta los catorce años estuve viviendo en una choza en El Higuérón, que estaba en la misma estación de San Jerónimo. La primera choza era solo una habitación, pero luego mis padres ahorraron un poco de dinero y compraron otra que era un poco mejor. Sólo tenía dos habitaciones, una para dormir y otra que la usábamos como comedor y para cocinar. No teníamos ni lo más imprescindible, porque las necesidades las hacíamos en un cubo. Agua potable no había, teníamos que ir a Los Certales a una fuente que daba agua a unas horas determinadas, allí nos poníamos en fila con los cántaros y los cacharros para que nos dieran el agua. Tampoco teníamos luz, mi padre venía a las tantas de trabajar y nos traía carburo, que al pobre más de una vez le explotaba. Por las noches nos acostábamos en las camas de dos en dos, incluso en la de matrimonio nos hemos acostado también, éramos muchos.... pero nos hemos acostado en una cama. Para guisar y calentarnos usábamos la carbonilla de la estación, ya que sabíamos a la hora que pasaba el tren. Echábamos la carbonilla en un cubo para apagarla con agua y te la llevabas a tu casa para al otro día tener para hacer la comida y calentarte. Se cocinaba en 'anafes' hasta que salió el petróleo.

Para lavar la ropa, teníamos un canalillo cerca donde había una noria que estaba abandonada. Era un bebedero de caballos y era donde poníamos los refregadores para lavar las ropa, el agua la sacábamos con un cubo de la noria.

Una cosa que nos ilusionó mucho es cuando sacaron el tomate frito. Un día vino mi madre de la casa donde trabajaba y nos trajo una lata de tomate frito, estábamos sorprendidos ¿tomates en una lata? Siempre habíamos visto como ella lo hacía y nos extrañó verlo en una lata. Pasó igual cuando trajo mi padre la radio, nos quedamos todos alucinados y con las orejas pegaditas a ella. De ropa teníamos sólo la justita. Mi madre nos compraba las ropas sólo en Semana Santa, nos vestía desde los zapatos hasta el lazo del pelo.

Por no tener, no teníamos ni juguetes, siempre allí, en aquel campo... nos entreteníamos jugando a los cromos, al tejo, sólo teníamos unos muñecos de barro muy chiquititos que hacíamos nosotros. A mí me gustaba mucho la costura, pero como no tenía telitas para coser, cuando me encontraba un pedacito de algo me volvía loca. En los Reyes no nos regalaban juguetes, sino un canastito de esos de cartón y papeles de flecos con caramelos dentro. Y eso trabajando los dos, ¡pues ni así nos llegaba el dinero! Mis padres eran muy buenos padres, él era extraordinario, mi madre tenía otro carácter, pero también era muy buena.

Con nueve o diez años, como era la mayor de los cinco hermanos, me quedaba al cuidado de ellos y hacía las cosas de la casa mientras mis padres trabajaban, que por cierto venían a las tantas. Fui al colegio muy poco, por eso no tengo muchos recuerdos de él, creo que iba de forma intermitente, a veces iba y otras no, según le hiciese falta a mi madre. Pero en ese colegio los que daban clases eran misioneros. Luego con once años me metió mi madre en un colegio en San Jerónimo que se llamaba Virgen de los Reyes. Ese colegio era de pago pero no era caro, aunque mi madre lo pagaba con mucho sacrificio, fue ahí donde me saqué el Graduado Escolar. Luego mis hermanas y mi hermano sí tuvieron más oportunidades que yo para estudiar, todos sacaron el graduado.

Recuerdo que murió una tía mía con veintisiete años, era practicante y yo la quería mucho, porque al estar enferma, aunque yo era

una niña, iba mucho a su casa para ayudarle y casi siempre estaba con ella. Todavía recuerdo que me vistió mi madre de luto riguroso con 11 años. Me vistieron entera de negro, incluso los lazos del pelo me los pusieron negros. Aquello me causó mucha impresión, pero más me impresionó el coche donde se la llevaron; uno de caballos, con dos caballos negros como el azabache ¡Jamás lo olvidé!

Con doce años en plena adolescencia, trabajé cogiendo aceitunas y también me coloqué en el servicio doméstico en casa de un médico en Pío XII, que me tuvieron que enseñar porque, aunque era apañada, no sabía limpiar bien una casa. Era una familia muy buena y se portaron bien conmigo pero claro, es que yo trabajaba mucho. Tenía que estar allí todos los días a las 8 de la mañana y yo vivía en las casitas del Polígono Sur, entonces no había los autobuses que hay ahora. Trabajaba todos los días de la semana incluido el domingo, desde las 8 hasta las 4 o 4.30 de la tarde, pero es que ha



Luisa con su hijo en las casitas del Polígono Sur.

habido casas donde he entrado a las 8 y he salido mucho más tarde de esa hora. Me pagaban 500 pesetas en aquella época, pero como le gusté mucho me subieron a 700 pts. Pero vamos, que trabajaba muchísimo y no tenía ningún día libre. Incluso así, estaba hasta contenta, porque en mi casa hacía mucha falta mi sueldo y como no tenía estudios, no podía aspirar a otra cosa. Allí estuve trabajando años.

En el barrio teníamos una pandillita y no teníamos donde ir, éramos chavalitos de unos doce o trece años; así que nos íbamos a la estación, y en el paso a nivel nos reuníamos. Tenía yo catorce años cuando nos dieron una casita en el Polígono Sur, porque las chozas tenían una placa de identificación de la vivienda que es lo que permitió que nos la dieran. Cuando cumplí los 16 años me saqué el carnet de identidad –antes no se podía sacar–, y prácticamente siendo una chiquilla me fui con una familia a Palma de Mallorca. Estuve un año trabajando en hoteles, primero limpiando y después de ayudanta de camarera, que lo tuve que aprender porque no sabía ni preparar un zumo de tomate. Allí lo pasé muy mal, tanto, que cuando vine con diecisiete años no quise volver nunca más, porque me reventaban de trabajar. Y volví a colocarme en el servicio doméstico otra vez en una casa en la que estuve cuatro años, trabajando de 8 de la mañana a 8 de la noche, menos el domingo que salía un poco antes.

En la edad de la adolescencia yo era de poco salir a fiestas, baile, ni nada de eso. Empecé a salir con Juan Macho a los dieciocho años. Lo conocí en mi barrio, en el Polígono Sur y fue él quien me inculcó lo que era la política, porque al tener seis años más que yo, ya tenía un recorrido hecho en el compromiso político y sindical. Entonces él estaba en el Sindicato Vertical. Yo conocía a algunos de ellos de verlos por allí con Juan, hacían reuniones por el barrio y a mí me fue interesando aquello, de lo que hablaban y de la forma que hablaban, así que poco a poco me fui metiendo en la lucha. En mi casa se hablaba de algo porque en la familia había mucha gente de izquierdas. Un tío mío por parte de mi padre era comunista, trabajaba en Los Certales y cuando fueron a detenerlo, se tuvo que exiliar a Francia y de vez en cuando venía clandestinamente. Al parecer se hacía pasar por falangista y una de las veces lo cogieron, aunque, como después

se legalizó el Partido Comunista... Sé que escribió un libro. Por parte de mi madre también estaba Brioso, que también era del PCE.

Cuando ya estoy un poco preparada entro a formar parte de la célula de las Juventudes Comunistas del barrio. Entro a través de mi novio. En esta célula del Polígono Sur los camaradas que yo recuerdo aunque ya han pasado tantos años y es difícil acordarse de todos, eran: los hermanos Juan, Antonio y José Macho, Mula, Antoñito Lara, Juan Santos, Leo, Merchi, –que entonces era la única mujer que había en la célula–, Pepe, que lo detuvieron cuando detuvieron a mi marido y vivía en la calle de Merchi, Montero, también era vecino de Merchi, y algunos camaradas más que no recuerdo. De los apellidos es difícil acordarse porque en general, no era ni siquiera conveniente saberlo por cuestión de seguridad, éramos más o menos esos los que estábamos organizados en la célula del barrio.

Estando en esta célula, a lo que más me dedicaba era a captar gentes del servicio doméstico que era en lo que yo trabajaba. Recuerdo a dos chavalas que eran con las que yo más me reunía, una se llamaba Antoñita, era de Camas, –su marido ha sido alcalde allí– y la otra Antoñita que era también del servicio doméstico. También vendía *Mundo Obrero*, el periódico del PCE. Elaboraba octavillas con mi cuñado, nos íbamos a Montequinto con una máquina de mala muerte para hacerlas, las mismas que después había que cortar. Pero lo que sí recuerdo con más claridad son las pintadas de noche, cuando había problemas en las fábricas o por otro problema social que surgiera.

En el año 1969 cayeron cuatro camaradas del barrio, Juan Macho, José Macho, Mula, y Sebastián. Fue un chivatazo de alguien. A ellos no les pudieron coger papeles ni nada, pero como en aquellas fechas estábamos en la total ilegalidad, a base de moverme por muchos sitios pude conseguir un abogado y como no había pruebas, sino solo la versión de los que los acusaban de ser comunistas, a los 15 días les piden una fianza, ¡aquello fue horroroso! porque pedían 20.000 pesetas, que en aquella época era mucho dinero. Para reunir el dinero fui casa por casa en el barrio pidiendo dinero y explicando para que era. La verdad es que la gente del barrio no se portó mal,

al final se recogió casi todo el dinero, bueno, un poquito que faltó lo dio el Partido y se pudo pagar la fianza.

Cuando ellos salieron, cómo no pudieron demostrar nada, nos devolvieron el dinero pero se quedaron con una parte para los gastos y los intereses. Es que en el barrio, el *Mundo Obrero* que era el periódico del PCE lo repartíamos nosotros y la verdad es que nos tenían demasiado fichados. Había un vigilante por allí, que cuando íbamos cargados con los paquetes de *Mundo Obrero* o propaganda nos tenían que desviar por otro sitio ¿hacia dónde? ¡Siempre hacia la casa de mi madre! Mi padre se ponía hasta malo cuando nos veía entrar a los dos cargados con los paquetes. Y muchas veces mi novio se tenía que quedar en mi casa de noche, cada vez que sabía que la policía iba a ir a buscarlo a la suya. En la célula hasta las pegatinas las hacíamos nosotros con una máquina de esas antiguas que la teníamos escondida en el campo.

Estuve muy comprometida para organizar el servicio doméstico, porque entonces no había nada y no teníamos derechos de ninguna clase, por eso pensábamos que organizándonos podíamos conseguir algo. Organizar a las mujeres del servicio doméstico no era nada fácil, no era lo mismo que una fábrica donde todos los trabajadores estaban concentrados en un mismo espacio; nosotras estábamos dispersa por toda la ciudad, pero aun así procurábamos conectar con ellas y organizarlas como única manera de defender nuestros derechos. Esto es una de las cosas que si recuerdo con más claridad. Hacíamos reuniones clandestinas, nos reuníamos unas 20 mujeres, que no eran muchas. A nosotras siempre nos parecían insuficientes, así que de todas las reuniones salíamos diciendo que teníamos que seguir captando más. A estas reuniones a veces venía algún responsable del Partido Comunista, nos explicaba cómo estaba el Partido en este sector y que se esperaba de nosotras, al mismo tiempo que nos ponían al día de la situación política que teníamos en esos momentos.

Nos reuníamos casi todas las semanas en muchos lugares, lo mismo en una casa que en un bar. Mi sector era de los que estaban peor, porque no teníamos nada que lo regulara. No teníamos horario, sueldo establecido, seguro... Recuerdo que me reunía a nivel de

partido con otras mujeres aunque éramos más, las que yo recuerdo son a Carmeli, Esperanza, las hermanas del polígono de San Pablo Mari Carmen, y Charo Niñez... Allí de lo que se trataba era de ver la labor que cada una estaba haciendo en su sector.



Foto familiar, Luisa en el centro junto a Juan Macho, su marido.

Cuando me caso me voy a vivir a Su Eminencia y estoy viviendo allí tres meses. Pero mi suegra se va a Palma de Mallorca y yo me voy a su casa, a las casitas del Polígono Sur, donde nacen mis dos hijos. Estando mis niños muy chiquititos todavía, echan abajo las casitas y por mediación de mi suegra, –la casa era suya– le cojo el piso en el Polígono Norte y estoy viviendo allí un año, es cuando me dan a mí la casa donde vivo ahora. Cuando me la dan estoy sola, porque a Juan lo había mandado el PCE a hacer unos cursos a Rumanía durante seis meses. A mí el Partido me pasaba todas las semanas dinero para la manutención de la casa, pero a mí con dos niños no me llegaba, así que lo que tuve que hacer es dejar a los niños con mi madre y ponerme a trabajar limpiando unas escaleras

cerca de mi casa y por la tarde iba a una casa a trabajar. También tenía la preocupación de que Juan estaba en Rumanía de forma totalmente clandestina, y no quería pensar si lo cogían y lo detenían por eso. La casa que me dieron parecía un verdadero derribo y ahí si lo pasé muy mal porque; sola, con dos niños pequeños y poco poder adquisitivo, era para pasarlo mal. Pero yo seguí con mi trabajo, con los niños y con mi labor de militante del Partido.

También me llevo un tiempo vendiendo muchos muñecos para recoger dinero para el Partido. Fui de las primeras que trabajó en la Feria de Sevilla en la caseta del Partido cuando aún no estaba legalizado, eso fue cuando la Feria estaba todavía en el Prado de San Sebastián.

Desde que conocí a Juan lo apoyé en todo lo que tuvo que ver con el Partido y el sindicato de Comisiones Obreras, sobre todo porque yo enseguida también me hice militante pero claro está, que él se arriesgaba mucho porque era un dirigente sindical. A mí me gustaba mucho participar en la lucha que llevábamos a cabo, bueno, más que gustarme es que veía la necesidad de cambiar las cosa, porque no era nada agradable hacerlo todo siempre en la clandestinidad, e incluso te tenías que esconder de la familia. Nadie quería que su familia se enterase dónde estaba una metida, por muy buena que fuese esa familia, o al menos darle a esa familia un tiempo para que poco a poco se fuesen haciendo a la idea. Así lo hice y fui cogiendo responsabilidades en la organización dedicándome sobre todo a lo del servicio doméstico, que fue casi siempre en lo que trabajé, al mismo tiempo que otras actividades del Partido. Pero la verdad es que fue Juan quien me ayudó a tomar conciencia de clase y luchar junto a otras muchas mujeres de aquella época por mis derechos como trabajadora y como mujer.

CARMEN BUENO HINOJOSA ⁶

⁶ Testimonio de Carmen Bueno Hinojosa (escrito por ella). Sevilla, 2014.

*«El precio de desentenderse de la política
es ser gobernado por los peores hombres».*

Platón

Me llamo Carmen Bueno Hinojosa, nací en el barrio de La Macarena, en el año 1952, siendo la segunda de seis hermanas y hermanos. Mi padre era empleado de la administración de lotería de la calle Sagasta.

La enseñanza primaria la hice en un colegio de monjas: Las Esclavas del Sagrado Corazón en la calle Cervantes. Desde los doce o trece años hasta los dieciséis, estuve ayudando a mi madre en las labores de la casa, ya que éramos muchos y ella necesitaba algo de ayuda. A los dieciséis años entré a trabajar en la empresa que trabajaba mi padre, supliendo a otro empleado que se iba a la mili.

Por aquellos años, 1968, mi hermano mayor era estudiante en la Universidad, y además, un activista muy comprometido con los movimientos estudiantiles de su época. Recién instaurado el estado de excepción de 1969, fue detenido y posteriormente ingresado en prisión. Salió en libertad condicional a la espera de juicio, pero huyó a Francia con su compañera y allí estuvo hasta la amnistía de 1976.

En el verano de 1972 mi hermana Rosa y yo, fuimos a visitarles, hablamos mucho sobre lo que el vivió y la situación de la dictadura fascista en España. Cuando volví de París, estaba dispuesta a implicarme de lleno en la lucha contra la dictadura. Dejé el trabajo que tenía y comencé a echar solicitudes en distintos polígonos industriales. Enseguida me llamaron de una de las empresas en que lo solicité: SADRYM una fábrica de aceitunas ubicada en Bellavista. Al poco tiempo de trabajar allí, me uní a un grupo de compañeras y comencé a reunirme con ellas para intentar cambiar las pésimas

condiciones en las que trabajábamos. En esta empresa estuve unos tres años, pero como éramos lo que se llamaba «fijos discontinuos», en las diferentes etapas que me dejaban parada, trabajé en otras empresas del ramo de la alimentación: FRIGO (helados), BORDAS y CHINCHURRETA, que aunque era una empresa de perfumería, en la época de las naranjas empleaban a muchas mujeres, y TRUJILLO de aceituna y envasado de aceite.

Finalmente en una de las incorporaciones a SADRYM, fui despedida por una de las movilizaciones que les hicimos a la empresa: paramos las máquinas y le hicimos un plante exigiendo mejores salarios y mejores condiciones de trabajo. La empresa contestó con una verdadera escabechina en la plantilla.

Durante esa etapa es cuando conozco al que en muy poco tiempo sería mi marido (1973), fue en una reunión en casa de mi hermana –ella se casó antes que yo– y luego lo seguí viendo en otras reuniones que tuvimos. Con él comencé a frecuentar un centro cultural llamado Club de Hispano Aviación, que se encontraba en el centro de Sevilla, donde se daban conferencias, películas, se representaban obras de teatro etc. y ahí conocí a muchas personas que me abrieron un gran abanico de conocimientos y nuevas expectativas.

En Septiembre de 1973 nos casamos, y comencé a ser simpatizante del partido de Acción Comunista, (AC) hasta que al poco tiempo entré como militante. A partir de ahí, mi actividad en la lucha contra el régimen se incrementa. Participo en gran cantidad de manifestaciones llamadas por aquel entonces «relámpagos» o «saltos», por el poco tiempo que tardaba la policía intervenir y disolver. Apoyo a trabajadores y trabajadoras que tenían conflictos en sus empresas como: Torras, Mejesa, Chadesa, Astilleros etc.

Recuerdo mi participación en una manifestación, en la que los trabajadores del metal en huelga –mi marido era uno de ellos, ya que trabajaba en una contrata de Astilleros–, se unió desde la plaza de San Pedro a otra manifestación que realizaba en ese momento estudiantes de la universidad, ¡Fue impresionante!, una de las manifestaciones más numerosas de aquel entonces, y con la presencia de numerosos policías (los grises) montados a caballo.

Yo vivía en el barrio de Su Eminencia con mi marido y mi hija, era un barrio muy combativo, con un buen número de jóvenes de izquierda, militantes de diferentes partidos políticos; así que yo combinaba mi trabajo en la fábrica, el sindicato etc. con los problemas



Carmen interviniendo en un mitin del «LCR» en El Casino de la Exposición.

comunes que teníamos en el barrio. Lo importante era concienciar a todas las personas que se pudiera. Intentar movilizarlas y quitarles, poco a poco el miedo que las tenía paralizadas desde hacia tanto años.

Fundamos nuestra asociación de vecinas y vecinos, alquilando un local en la calle Azorín. Desde ella agrupamos a muchas familias del barrio que se comprometieron con los problemas que teníamos todos: colegios, guarderías, arreglos de calles etc. Se organizaban actos culturales; recitales, charlas, etc. y en muchas ocasiones recorríamos en manifestación toda la Carretera Su Eminencia, para terminar en lo que antes era la «Venta de Francisco» y donde algún que otro compañero o compañera cogía el micrófono y se dirigía a los manifestantes, para insistir en la necesidad de seguir luchando.

Además de la asociación de vecinas y vecinos, había también en el barrio otros centros culturales desde el que se organizaban muchísimas cosas, como el caso del club La Verea y del club Los Postes, este último regentado y frecuentado por las Juventudes Comunistas.

En el año 1976 entré a trabajar en otra fábrica de aceitunas Riviñana y me presenté al poco tiempo a las elecciones sindicales de la empresa. Salí elegida como representante de los trabajadores y trabajadoras junto con otro grupo de compañeras, y formamos nuestro comité de empresa. Por aquel entonces yo estaba afiliada al sindicato de Comisiones Obreras y esa fue mi etapa más activa en el ramo de la aceituna y en la que conseguimos mejorar bastante las condiciones del sector.

Durante la negociación del convenio colectivo la patronal se mantuvo como siempre, rechazando todas nuestras peticiones de mejoras y cerrándose en banda a cualquier cambio en el sector. Ante la postura intransigente de los empresarios, representantes de los comités de empresa de varias fábricas del olivo nos reunimos en el sindicato y decidimos convocar una huelga general como forma de presión.

Nos reuníamos cada día en CCOO para organizar las acciones que íbamos a llevar a cabo al día siguiente. Recorriamos diferentes pueblos dónde se hallaban las fábricas, Alcalá, Dos Hermanas, Marchena, etc. como piquetes informativos, nos turnábamos en grupo las 24 horas del día en las puertas de las fábricas, para que no entrara ni saliera ningún camión de aceituna. Creamos un fondo para ayudar a los trabajadores y trabajadoras en huelga que tuvieran más necesidades y cada día celebrábamos una asamblea para informarles de lo ocurrido durante la jornada. Estas asambleas se hacían siempre en diferentes sedes de CCOO de Alcalá, Dos Hermanas y Sevilla.

Fue una huelga larga, dura y la primera de esas dimensiones que se le hizo a la patronal del olivo; en la cara de los empresarios se veía la sorpresa y la incredulidad. Tuvieron grandes pérdidas, ya que la huelga la planteamos en plena campaña.

Los empresarios por fin, hicieron una oferta donde conseguimos varios puntos reivindicativos, otros no, pero en general, era un buen avance. Decidimos convocar una asamblea informativa de todos los trabajadores y trabajadoras, del cambio producido en la patronal. Se celebró en el local de CCOO de la calle Calatrava y la asistencia fue masiva, no se cabía, de tanta gente que asistió. En esta asamblea, se decidió poner fin a la huelga y se firmó el convenio.

Nunca antes, en lo que yo conozco, se habían movilizados tanta gente trabajadora en el sector del olivo, compuesto mayoritariamente por mujeres. En las elecciones municipales de 1977, mi Partido decidió presentarse a dichas elecciones en coalición con la LCR y donde yo me presentaba con el nombre de Meli Bueno Hinojosa, así es como me conocían en la fábrica, el sindicato, el barrio y mi familia; ya que en el Partido mi nombre de guerra –como así le llamábamos– era Isabel.

Fueron años muy duros y difíciles, pero me alegro de haber formado parte de tantos hombres y mujeres que lucharon contra la dictadura franquista en España.

MAR CAMBROLLÉ JURADO ⁷

⁷ Entrevista de Mar Cambrollé Jurado, por Mercedes Liranzo y M.^a Carmen Ramos. Sevilla, 2015.

«Tan absurdo y fugaz es nuestro paso por el mundo, que solo me deja tranquila saber que he sido auténtica, que he logrado ser lo mas parecido a mi misma que he podido».

Frida Khalo

Nací en 1957 en Sevilla. Mi padre se llamaba Francisco, y mi madre María, él era jornalero con un sueldo bajito y mi madre ama de casa, pero también se ganaba la vida haciendo chalecos de punto e iba a limpiar a algunas casas. Tengo dos hermanas y un hermano, Pepi, Mari Loli y Antonio. Mi primera infancia se desarrolló en el centro de Sevilla, en la calle Sorda, desde donde nos desplazaron hacia la periferia cuando yo tenía cinco años. Era cuando la política del régimen franquista consistía en desalojar a las clases populares de sus viviendas del centro de la ciudad para trasladarlas a barriadas construidas en el extrarradio, que muchas veces se convertirían en barrios marginales, construyendo en su lugar viviendas de lujo solo apto para las clases pudientes. Primero nos llevaron a unos refugios que prepararon para nosotros, para ello habilitaron las antiguas cocheras de autobuses que había en la Puerta Osario, y allí nos metieron a todos hacinados en un barracón grande. Después nos mandaron a las casitas del Polígono de San Pablo, porque claro, nosotros no teníamos dinero para acceder a un piso de protección oficial del Ministerio de la Vivienda.

Recuerdo mi infancia con muchas carencias, entre otras cosas, porque mi padre era un alcohólico que si ganaba 10 se gastaba 7, así que daba en casa muy poquito, con lo cual mi madre no tenía más remedio que ir a trabajar fuera de casa. Las ropas, zapatos, material escolar usado, etc. era todo lo que mis primas desechaban, porque ellas tenían mejor situación económica que nosotros. No teníamos regalos de reyes, los vecinos tenían algún detalle con nosotros y poco más. En general, los recuerdos que tengo de mi infancia son de muchas privaciones; yo no me explicaba por qué teníamos que

vivir en una casa sin baño y con muchas necesidades, cuando había gente que lo tenía todo.

También recuerdo sentirme distinta a todos los niños, y mi impotencia a no saber verbalizar ni ponerle nombre a lo que me pasaba; pero siempre me sentí una niña. Imagino que los niños funcionan por referentes, porque yo miraba a las mujeres más guapas y me decía a mi misma que cuando fuese mayor quería ser como ellas. Yo todo eso lo viví como un trauma, porque incluso cuando los niños empiezan a jugar con los besitos y algunos toqueteos infantiles, yo en mi ignorancia, y pensando como una niña, creía que podía quedarme embarazada. Todo esto sin contar el rechazo brutal de mi padre hacia mí por mi condición sexual, haciendo unas dolorosas diferencias entre mi hermano y yo, además de raparme la cabeza al cero si me confundían con una niña, no permitirme comer en la misma mesa con la familia... Y es que mi padre no aceptaba la evidencia de mi realidad personal. Esto sería una de las cosas que más me marcarían en mi vida infantil.

Cuando nos fuimos a las casitas del Polígono de San Pablo, aunque tenía tres dormitorios y la cocina era un poyete en un rincón del comedor, seguíamos sin tener los servicios dentro de la casa; eran colectivos y estaban fuera, en la calle, en unos módulos donde estaban las duchas, lavabos, wáter y lavaderos. Teníamos una casa que no podía ser más humilde. Utilizábamos una cocina de petróleo, el ropero era un cajón de tabaco antiguo tapado con una ropa que le hizo mi madre, los colchones eran de borra de foñico de corcho, las cacerolas de aluminio remendadas por el latero, o sea, todo muy precario. Las Navidades eran muy tristes porque no teníamos ni mantecados, eso era un lujo que no nos podíamos permitir. Hicimos la comunión con las catequistas y ellas nos regalaron los trajes de comunión, esos que eran de marineros. El día de mi comunión fue uno de los días más infelices de mi infancia. Yo quería hacer la comunión como todas las niñas de «princesa», pero cuando vi aquel traje... le dije a mi madre que no me vestía de marinero, y mi madre decía que cómo me iba a vestir de niña si yo era un niño. Así que en cuanto pude me eché el chocolate encima para que me lo quitaran lo antes posible.

A mediados de los 1970 nos trasladaron a la barriada de Las Letanías, una de las barriadas que construyeron para, entre otros, los miles de sevillanos que con la gran inundación que hubo en Sevilla lo perdieron todo.

Hice los estudios primarios y creo que fui una niña bastante inteligente. Los profesores hablaron con mis padres para que no me quitaran del colegio, pero antes de cumplir los catorce años y por necesidades económicas tuve que abandonar el colegio y ponerme a trabajar. En aquella época, con catorce años ya se podía trabajar legalmente de aprendiz, pero como yo todavía no los tenía me metieron en la cocina de un bar fregando platos –dónde era más difícil que me vieran si iba cualquier inspección– hasta que cumpliera la edad para hacerme el contrato. Yo entregaba en mi casa hasta la última peseta y se notaba mi sueldo, porque entonces mi madre empezó a comprar cosas que nos hacía falta en la casa, y yo me sentía contenta de poder aportar algo a la economía de la familia.

Yo era una persona con más ambiciones, así que me coloqué en una tienda de tejidos. Pedían aspirante a administrativo y yo les dije que no sabía escribir a máquina, pero que aprendería. Empecé a escribir con dos dedos, pero cuando tenía tiempo libre practicaba, así que cogí mucha velocidad. Al ser aspirante administrativo ganaba más que un aprendiz. Poco después se fue el escaparata y ante la preocupación de mi jefe, le dije que si quería que yo le montara el escaparate, y me dijo que sí. Estuve montándolo durante un tiempo, pero un día le pedí que me pagase un extra por eso y me dijo que no. Cada vez que había que montarlo me decía que lo hiciera yo, pero me negaba hacerlo hasta que no fuese con las condiciones que yo quería; hasta que por fin terminó por darme una gratificación de 300 pesetas que, en aquel tiempo era un dinero. Mi madre se ponía muy contenta a final de mes con el sueldecito que yo le llevaba, y yo me sentía feliz sabiendo lo que significaba para mi familia.

Mi condición sexual me marcó con mis compañeros, pero además de eso, tengo que decir, que a mí la vida me golpeó sin quererlo con dos cosas también muy fuertes una la pobreza, que no se elige, privándome de estudiar y de los servicios más elementales que tenían otras clases sociales. Esa fue la primera toma de conciencia de

pertenecer a una clase social que carecía de todo. La otra fue cuando dentro de mi clase empiezo a tomar conciencia también de mi «diferencia», porque claro, la ignorancia y la falta de conocimiento era un denominador social que haría que en las clases populares hubiese muchos prejuicios. Yo lo sabía, no le ponía nombre a lo que a mí me pasaba, pero yo ya sabía que a mí lo que me gustaba era sentirme mujer, y que en realidad me gustaban los chicos... y ya ahí, encontré otra nueva discriminación. Mi condición sexual la tenía que ocultar, porque hasta en los movimientos progresistas y de izquierdas no estaba bien visto. La homosexualidad, el lesbianismo y la transexualidad, esto último ni siquiera tenía nombren en aquella época, todos entramos en el «mismo saco», y eso ha hecho mucho daño, sobre todo a las mujeres transexuales porque sin duda ¡somos mujeres! Pero claro, había un discurso incluso dentro de la izquierda sobre la homosexualidad, donde esta parecía que era fruto de la decadencia burguesa. Muchos militantes de izquierdas de los partidos políticos y sindicatos que tuvieron una orientación homosexual, tuvieron que hacerse invisibles en ese aspecto porque decían: «Era algo burgués, o un desvío, fruto de una mala educación sexual.

Mi suerte fue que en mis idas y venidas al trabajo y en las mismas horas, contacté con chicos y chicas que se movían entorno a la parroquia de mi barrio y me invitaron, diciéndome que por qué no iba los sábados que tenían reunión. Estos jóvenes pertenecían a un movimiento que se llamaba Juventud Obrera Católica (JOC), estaba dirigido por curas comprometidos con las clases populares y habían optado por trabajar en barrios marginales. No pensaban en dar el pescado, sino herramientas para que fuesen ellos y ellas quienes lo pescaran y, despertar al mismo tiempo su conciencia de clase trabajadora. Aquello me gustó, porque yo he sido siempre muy rebelde y topar con esta gente me valió mucho... porque yo pensé ¡esto es lo mío! Porque claro, yo rehusaba de una iglesia de estas ñoñas, donde sólo había que pedirle a Dios que arreglara las cosas. Allí aprendí que organizándonos la gente de los barrios podíamos conseguir muchas cosas, de hecho fui una destacada en el barrio; cada vez con más responsabilidad formando parte ya del Comité Federal de la JOC.

En el barrio no teníamos asociación de vecinos ni nada, así que convocamos una asamblea de todos los vecinos donde se vio la necesidad de crear una asociación juvenil. En esta asociación organizábamos jornadas de la juventud donde llevábamos cantautores, se hablaba de las distintas discriminaciones, tomábamos conciencia de las luchas sociales de aquel momento como las de estudiantes, sindicato de la construcción, del metal... Yo me apuntaba a todas las manifestaciones donde muchas veces estaban los grises esperándonos.

Una vez en el barrio la policía mató a un chico delincuente y los curas eran más comedidos, decían «presunto muerto», pero no era un «presunto muerto» sino «asesinado» dije yo. Así que por mi cuenta, convoqué una asamblea de todos los vecinos en la iglesia, para movilizar el barrio contra ese cruel asesinato. Pero claro, la iglesia cerrada a cal y canto y la policía en la puerta preguntando quién había convocado aquello, y yo era una mierdecilla de catorce años, así que me tuve que esconder en la sacristía y no pudo celebrarse la asamblea. Y es que nosotros habíamos puesto carteles por todos los bloques del barrio. Me llevé una buena regañina, me decían:

– Chiquilla, ¿cómo se te ocurre convocar una asamblea diciendo que es un asesinato lo de este chaval?

Mi compromiso era para derrocar la dictadura franquista, porque teníamos conciencia que no teníamos acceso a la cultura, teníamos que escuchar la Pirenaica –radio clandestina– para enterarnos desde otro país lo que pasaba en España, o sea, una falta de información y libertad absoluta. Nos metíamos en mi cuarto para escuchar la radio como algo «especial» que era, además de tener una bandera roja con el «Che Guevara» y un montón de papeles subversivos. Mi madre me decía que un día nos iban a meter presos por mi culpa, y que había que ver las cosas que le metía en la casa. Yo la tranquilizaba diciéndole que no pasaba nada, pero en el fondo, sabía que seguía pasando miedo. También me tocó vivir cuando le dieron la amnistía a Saborido y Soto, que además eran de mi barrio. Fuimos a recogerlos a la estación un montón de gente, aquello fue masivo y después en el barrio le dimos un homenaje. Esas cosas las recuerdo con muchísima emoción.

Cuando ya tomé conciencia de mi condición, llega a mis manos una revista donde veo que se analizaba la represión de la homosexualidad desde un punto de vista marxista. Decía que la familia era la correa de transmisión de valores del capitalismo, donde el hombre era como el estado y la mujer la transmisora de valores ñoños, y todo lo que no fuera producir hijos y crear familias... pues fuera. Entonces esto era todavía en la clandestinidad, y me dio por pensar que bueno, que ya había bastantes militantes y activistas de izquierda; así que ahora me iba a dedicar lo mío, porque ahí, sí que hacía falta gente.



Fig. 12

tema vivo

ts

Un problema social

AFIRMAN LOS INTERESADOS:

**Dos o tres millones de
HOMOSEXUALES
EN ESPAÑA
¿Y Andalucía?**

No vale esconder la cabeza como el avestruz: «Ellos» están ahí

Usted, amigo lector, como buen andaluz, sabe muchos chistes de mariquitas. Los cuenta, y pasa un buen rato con los demás compañeros de la tertulia. Cuando visita arriba de Despeñaperros, le dicen frecuentemente en Madrid: «Anda, cuántanos el último de maricones». Rien a gusto. Y hemos de reconocer que el buen humor de nuestra tierra ha inventado chascarrillos de gran calidad, ingeniosos, para pasar un rato. Está bien. Pero quizá nunca se peró a pensar un aspecto de la cuestión: «Ellos» existen. Son. Están ahí. Seras humanos con un problema a cuéstras, a veces dramático problema. Inerertos en una sociedad que los margina. Que los rechaza. Que los considera «peligrosos». Y ellos saben que sí, que a veces son «un peligro». He aquí la noticia, inquietante noticia: Los homosexuales, que iniciaron hace algún tiempo una campaña en otras regiones españolas, Cataluña y Madrid principalmente, elizan ya la voz desde Andalucía: Han dirigido un escrito al ministro de Justicia exponiendo sus conflictos y sus deseos de hallar un esquema jurídico en que puedan considerarse ciudadanos «normales». Recogemos aquí su planteamiento. Hay que oírles, como a todos. Porque sufren más. Además, tienen derecho a que al menos les compense la stanción de cada uno de nosotros por los chistes que todos hemos reído a costa suya. Copiamos lo que «ellos» dicen, y obliga a meditar. Completamos el informe con opiniones autorizadas: de un psicólogo sacerdote y de un magistrado.

Mar, fue una de las primeras en salir de la clandestinidad en una revista.

En el 75 me pongo en contacto con el fundador en Barcelona del primer movimiento por la libertad sexual de gays organizado en España. Este hombre fue el que me marcó un poco las pautas a seguir. Cogí el tren y me encajé en su casa que, entonces teníamos que andar con nombres de guerra porque podíamos ir presas. Todavía estaba vigente una ley que el franquismo se inventó para castigar a las personas de condición sexual diferente y, por eso, según ellos, eras un peligro social y te metían en la cárcel. Podías estar desde seis meses a dos o tres años por el único delito de ser diferente.

Las reivindicaciones en aquel momento se concretaba en:

1º La derogación de la ley de vagos y maleantes según la cual nos metían en la cárcel por nuestra condición sexual.

2º La petición de una amnistía sexual, para que salieran de la cárcel todos los presos que por su condición sexual estaban encerrados.

3º La libre utilización del propio cuerpo. Esto estaba dirigido a las personas transexuales, yo me emociono todavía hoy porque parece ser que aún ahora, esa reivindicación sigue vigente. No hay en el mundo un país donde de una manera u otra no seamos discriminadas.

Las transexuales hemos sido objetos de la medicina y de los discursos biomédicos, porque han patologizado como una enfermedad mental, lo que es una expresión más de la diversidad humana. La identidad sexual es la conciencia innata e inmutable de sentirse hombre o mujer, y eso funciona en todas las personas de la misma manera, tanto en transexuales como no transexuales. Está demostrado ya, que en la parte derecha de los fetos, los embriones por un baño hormonal en la madre es lo que nos hace sentirnos mujeres u hombres. Se empieza a tomar conciencia de que eres hombre o mujer, desde que tenemos dos años más o menos. Empieza a gustarte los juegos de niña para sentirte niña o de niño para sentirte niño, lo mismo si eres «trans» o no. Se estabiliza a los siete años y ya es inmutable para el resto de la vida, con lo cual quiere decir que la identidad sexual es innata. Lo que ocurre es que hay un error médico a la hora de asignarle un sexo o un género a las personas,

porque se nos asigna en relación a los genitales cuando nacemos, pero eso no determina la orientación sexual, porque si nazco con uno determinado, no puedes predecir qué orientación o identidad tendré: puede ser de un gay, un heterosexual, un bisexual o una mujer transexual. Los genitales no determinan, no piensan.

La cuestión es la procreación, que es por lo que se han determinados los sexos. De hecho, la mujer en otras épocas era válida si podía procrear. Hoy ya no es así, hay que pensar que la persona es la que tiene que determinar su propio sexo, sea hombre o mujer. En general hay una negación de **la diversidad**: por eso las mujeres, éramos menos que los hombres; los negros, menos que los blancos; y las minorías sexuales, menos que las mayoría sexuales. Es la misma regla de tres, un negro tenía que levantar la voz para decir: «Somos igual de válidos que los blancos, las mujeres, que éramos igual de validas que los hombres, y las lesbianas y los gais, hemos tenido que levantar la voz para decir que somos iguales a los que tienen una orientación sexual mayoritaria»

En el año 1977 monto el MHAR Movimiento Homosexual de Acción Revolucionaria, que reivindicaba la libertad sexual y las tres reivindicaciones antes mencionadas. De nuevo me doy cuenta cómo la izquierda en aquella época era recelosa a este tipo de movimientos. Aunque hoy afortunadamente, han sido integrados como una parte más de los programas por la libertad de forma transversal, y por la igualdad de toda la ciudadanía, por el respeto a la diversidad no solamente cultural, sino por **la diversidad humana y por la libertad sexual**. En realidad hoy la izquierda ha asumido valores que en aquella época no los tenía, como por ejemplo, la defensa del medio ambiente, el feminismo, o los valores que han aportado otros colectivos. En resumidas cuentas, hemos enriquecido la población, porque le hemos aportado valores de respeto, de diversidad, de igualdad de forma transversal, porque yo digo, que la igualdad no puede tener adjetivos ni condiciones; si no, no es igualdad.

El apoyo que tuve en aquella época fue un poco como forzado por la presión que mantuve con las distintas fuerzas políticas de entonces. Es verdad que nos miraban de forma recelosa, y no todos los partidos funcionaban de la misma manera. De todas formas en 1978,

convoco un mitin y una manifestación sin pedir permiso gubernativo primero. Es verdad que me avalé las espaldas, porque le pasé un manifiesto a todos los partidos de izquierda y me lo firmaron. Lo tengo guardado como documento histórico, con la firma y sello de cada partido. En esa época tuve que empezar por los partidos más oficialistas, porque si veían allí un partido de ultraizquierda, no me firmaban los demás. Al final me firmaron La Liga Revolucionaria, el Movimiento Comunista de Andalucía, O.R.T, CNT,... en fin la mayor parte de los partidos de izquierda y contestatarios de aquella época. Fue lo que nos avaló para que no nos llevaran presas.

El dictador había muerto y estábamos en la Transición. Pero de nuevo tenemos que recordar, porque la historia yo creo que es bueno recordarla para no cometer los mismos errores; olvidar, es sepultar la historia y volverlos a cometer. Cuando se produce la Transición, se da la amnistía política, pero todavía los presos homosexuales estuvieron en las cárceles franquistas lo menos dos años.

Cuando muchas veces a mí, desde muchos sectores progresistas me dicen: «Es que somos todos personas...» Claro, a mí no me quieren no por ser persona, eso lo sé, a mí no me dan trabajo por ser una mujer transexual. Eso del eufemismo de todos somos personas, está sacado de las cavernas para decir que aquí se acaba la discriminación como herramienta de trabajo de las reivindicaciones, por eso es importante nombrarlas como instrumento de transformación.

Mucha gente dicen que yo no soy transexual sino una mujer ¡Claro que soy una mujer! Pero mientras exista la discriminación por transexual, soy una mujer transexual; lo mismo que si yo fuese negra, dirían que soy una mujer negra. Esa es mi diferencia con otras mujeres, **la diversidad**, es lo que a mí me diferencia de otras mujeres; el hecho de ser transexual, el hecho de haber nacido mujer, pero con unos genitales distintos a otra mujer: que hubiese sido una diferencia como la de la piel, el color de los ojos o el color del cabello. ¿Por qué una mujer rubia es más mujer que otra morena?, ¿o una mujer negra es menos que una mujer blanca? Pues una mujer transexual, tampoco es menos que cualquier mujer, porque el sexo está en el cerebro no entre las piernas.



Mar Cambrollé Jurado.

Tengo que decir que entonces creo que teníamos más conciencia de clase, éramos más contraculturales, teníamos más preocupación por las desigualdades y por la lucha. Vivo cierta decepción por parte de la izquierda organizada, que de alguna manera nos han trasladado que la única manera de ejercer nuestros derechos es votarlos a ellos para que ellos pisen alfombras y tengan unos sueldos que nada tienen que ver con el salario mínimo interprofesional. ¡Qué más quisieran muchas familias que no tienen ni para vivir! Han dejado al pueblo dopado, inútil, sin herramientas para la lucha combativa y, sin embargo, estamos en un momento democrático, ahora se hacen manifestaciones y nos marcan cuál es el camino, el recorrido y dónde tenemos que terminar.

Diría que me siento muy contenta de todo el trabajo que he hecho, porque si algo tengo que transmitirle a la gente –porque no quiero caer en un discurso pesimista, ni mucho menos derrotista–, es que yo creo que las utopías se pueden tocar con las manos, y yo la he tocado; y no hay imposibles, todos son posibles (en política).

Yo he vivido muchos avances legales, como que dos hombres o dos mujeres se pueden casar y que eso esté normalizado.

La situación en la que estoy ahora inmersa es en la lucha por mi colectivo de personas transexuales. Queremos que se alcance una equiparación igual al resto de los ciudadanos. Nosotros no queremos una ampliación de derechos ni privilegios, tan solo queremos ser tratados igual al resto de la ciudadanía. Queremos tener acceso al mercado laboral, derecho a la atención sanitaria de manera igualitaria y no segregadora, que te trata como una enferma mental, que en los colegios y en los centros educativos se respete mi identidad como mujer desde el primer momento; se me permita usar las instalaciones de acuerdo a mi género, así como la vestimenta también de acuerdo a mi género.

En la actualidad soy la presidenta de la Asociación de Transexualidad en Andalucía «ATA». En mi colectivo estamos viviendo lo que es un gran avance revolucionario, porque hemos conseguido para Andalucía lo que va a ser un referente mundial: la primera ley que nos devuelve la dignidad de ser sujetos de pleno derecho, y que nos despatologizan –no nos consideran enfermos mentales–. Veo una nueva generación de niñas y niños transexuales que no están pagando el peaje que yo he pagado, de no saber quién era hasta los 19 años por falta de referentes.

También formo parte de un grupo de expertos que está trabajando en la Consejería de Salud para un nuevo procedimiento de atención sanitaria a las personas transexuales. Voy a dar charlas en universidades como la de Psicología, Periodismo, Medicina, Antropología, Educación. Me requieren muchos grupos de universidades para completar trabajos de transexualidad, voy a institutos y escuelas de primaria para dar charlas, colaboro con la Consejería de Educación para aportar que **la diversidad** sea de una forma inclusiva en los libros de textos. También participo en congresos sobre el tema.

Cuando mucha gente me ha dicho: «Ahora que, ¿te has metido en política?». Yo digo que política ya hago yo, porque política se hace desde los movimientos sociales. El hecho de que Izquierda Abierta me propusiera como candidata a eurodiputada en las últi-

mas elecciones y lo aceptase, fue simplemente porque también es importante que tengamos voz. Las mujeres hemos tenido que exigir estar en las instituciones, en los cargos de los partidos políticos, en los parlamentos y, las personas transexuales también tenemos que estar, porque si no, nuestra realidad no se legisla. Todavía en Europa existen más de 20 países donde, solamente para reconocernos el sexo legal en los documentos identificativo, nos exigen una esterilización forzosa. Solamente en cinco países de Europa se les da asilo político, en otros países no se les cambia ni el nombre o se les da atención patologizante.

Yo quería ser una diputada europea para dar un golpe en la mesa del Parlamento Europeo y sacar todas las directivas que hubiese de igualdad. Yo no soy una politóloga, ni especialista en economía, ni en humanismo, pero en política de igualdad sí. Yo quería que mi voz estuviese ahí, por eso acepté. Creo además que para que la sociedad tuviese también un ejemplo de que también las personas transexuales somos válidas para hacer política. Porque esto de decir... ¡es que soy apolítico! No me lo creo. Puedo ser apartidista, pero apolítica nunca. Además soy una mujer política, de izquierdas y feminista.

JULIA CAMPOS BENÍTEZ ⁸

⁸ Entrevista a Julia Campos Benítez, FO AHCCOO-A. Sevilla, 2016. Transcripción Mercedes Liranzo.

*«Los filósofos se han limitado interpretar
el mundo de distintos modos:
de lo que se trata es de transformarlo».*

Karl Marx

Nací en Sevilla el año 1950 en el popular barrio del Tardón. Procedo de una familia de gente trabajadora. De mis abuelos paternos conozco sólo a mi abuelo, porque prácticamente de mi abuela no tengo una referencia muy clara; bien porque murió siendo yo muy niña, o bien, porque cuando yo nací ella ya había muerto. Mi abuelo era policía no sé si de asalto o municipal, siendo de extracción muy humilde. Mi abuela, por lo que me contaba mi madre, era una mujer muy culta a pesar de ser de clase humilde. Mi madre me contaba que en Semana Santa se iba andando desde San Juan de Aznalfarache, hasta la catedral de Sevilla con sus cuatro hijos para escuchar el Miserere de Eslava.

Yo tuve buenas relaciones con mis abuelos maternos. Mi abuelo Curro era un hombre de ideas republicanas y mi abuela era todo lo contrario, ya que ella procedía un poco de la burguesía de Bollullo del Condado y era una persona de nivel alto –económicamente hablando–. Pero por parte de mi abuelo no, él trabajaba de dependiente en un comercio de telas muy importante en la calle O`Donnell, que, por cierto, se libró del fusilamiento gracias al dueño de la tienda donde trabajaba que lo quería bastante y a mi abuela que se movió muchísimo.

Mi padre fue una persona autodidacta, era delineante proyectista, siempre nos reíamos y le decíamos: «Papá, tú al final por no tener el título ganas menos», claro, era delineante proyectista pero no tenía título y al no tenerlo su sueldo era inferior. Estuvo trabajando en Hispano Aviación y también en la SACA, que terminó cuando prácticamente la cerraron. Mi padre era culto y estudioso, lo que

seguramente le vendría de su madre. Cuando después del golpe fascista lo detienen, le echan condena de muerte y luego le conmutan la pena de muerte a 30 años de cárcel: eso era cuando se moría la gente a chorro en las cárceles españolas, por eso mi padre se preguntaba todos los días si le tocaría a él. ¡Pero mira se libró! Muchos compañeros de esos momentos cayeron. Después de conmutarle la pena, mi padre cumplió tres años y pico de cárcel.

Él conocía a una familia íntima amiga de mis abuelos y se pasaba por su casa a escuchar Radio España Independiente, allí es donde conoce a mi madre y se enamoran. Mi madre era una mujer que estaba sensibilizada. Creo que si hubiese estado en otra familia, mi madre hubiese sido una burguesa, porque llevaba todos los papeles para serlo. Para la familia de mi madre, mi padre representaba un peligro para su estabilidad, porque como él sus convicciones las llevó hasta el final....

Cuando mi madre se casa con mi padre, un hombre comunista que nunca lo ocultó y que había salido de la cárcel, la situación no fue fácil. Cada vez que había movimiento en Sevilla de lo que fuese, registraban mi casa. Yo recuerdo como en medio de este centro de viviendas que era El Tardón en esa época, la policía llegaba a tu casa cada dos por tres, y allí se enteraba todo el mundo, o sea, era 'vox pópuli', porque en los barrios obreros todo el mundo se enteraba de lo que le pasaba al vecino Si venía un ministro a Sevilla.... ¡a registrar mi casa! De hecho parece ser que Julián Grimau estuvo alojándose una de las veces que vino a Sevilla, en El Tardón, creo que la policía tuvo conocimiento de eso e inmediatamente registraron mi casa, luego le dicen que tiene que presentarse todos los días en comisaría. La verdad es que tenía que presentarse mi padre en comisaria cada vez que venían situaciones cómo esas, así lo tenían un poco controlado, no fuese a hacer ninguna tontería. Yo recuerdo las movidas en mi casa, pero cuando eres niña tampoco tienes una conciencia clara de lo que está pasando. Ya de mayor he ido colocando el puzzle, pero de pequeña tú lo que veías era una situación extraña: que llegaban de noche a tu casa de madrugada, te levantaban tus padres, y ellos se ponían a registrarlo todo. Y además de todo esto, detrás de mi casa vivía uno de la brigada po-

lítico-social que era conocido en Sevilla: este elemento se llamaba 'Suárez'.

Recuerdo que todavía pequeña me dio por lo religioso y, mi madre le comenta a mi padre: «Fíjate tú, que tu hija..., tu tan ateo y mira tu hija». Mi padre simplemente le dijo que me dejara crecer, que ya me convencería por mí misma. Nunca me puso cortapisa en nada. Yo tuve desde pequeña un problema con los estudios, porque mi padre no quería un colegio de monjas para nada y las escuelas del estado eran un adoctrinamiento total, así que mi padre huyó también de meterme en escuelas estatales. Casi siempre estudie en la privada.

Llega un momento en que empiezo a tomar contacto con las Comisiones Obreras Juveniles en primer lugar y recuerdo que tengo reuniones en casa de Gregorio Suárez, pero no sabría decir quién me lleva allí. Nos reuníamos un grupo de gente y sé que allí estaba Antonio Benítez y los hijos de Gregorio, José Luis y Antonio. Es ahí donde empiezo, yo tendría unos dieciséis años, más o menos. Las primeras acciones que yo emprendí era tirar octavillas en los almacenes de aceitunas que había en el Barrio León. Luego ya empiezo a militar en las Juventudes Comunistas y claro, los primeros temas que nos planteábamos era la de montar una estrategia para que en cada empresa hubiese un comunista o una comunista capaz de crear una célula del PCE. Yo me relacionaba con la gente de mi célula como, Pinto (de Camas), el Rubio también de Camas... Es en esa célula donde yo me meto y ahí hablamos de los problemas de la juventud. Después, en el terreno sindical estoy en Comisiones Obreras Juveniles, que ya son trabajadores y trabajadoras jóvenes que están comprometidos en el mundo sindical. O sea, que yo ya estoy en dos sitios: en las Juventudes Comunistas y en las Comisiones Obreras Juveniles. Eso sería en el año 1967 y a mí quien me lleva y adoctrina es Antonio Benítez, que iba a recogerme a la puerta de la oficina donde trabajaba, dedicando ese tiempo a mi formación política. Mi hermano ya era de las Juventudes Comunistas.

Las Juventudes Comunistas organizaban cursos muy clandestinos a los que íbamos como gente de organizaciones legales. Todo esto muy camuflado para que no diéramos el cante de lo que éramos. Hubo un curso en el Camping Catapúm sobre marxismo, ahí

te ayudaban en tu formación política, de cómo organizar, dirigir... Cuando yo estaba en mi célula de Las Juventudes Comunistas yo no conocía a todos los jóvenes de otras células, a no ser que se hiciese un acto donde ya nos juntáramos toda la militancia de Las Juventudes.

Con dieciséis años yo trabajaba en una oficina de administrativa. Había terminado los estudios de administración en una academia, así como también mecanografía y taquigrafía. Era una empresa que había en Los Remedios dedicada a la decoración, ¡pero me echaron! Porque el jefe quería que vaciara los ceniceros y yo le dije que no estaba allí para eso. Fui al sindicato y me dijeron que necesitaba testigos de que me había echado, así que me presentaba todos los días con amigos para que me dijera que me fuera, pero no lo hacía. Eso coincidió con el periodo en que yo había echado la solicitud para HYTASA y como aquello ya lo tenía perdido... le dije a los acompañantes que no fueran más. Yo tenía mucho interés en HYTASA porque en esa época yo tenía 'obreritis', ¡me quería sentir obrera! Pero yo reconozco que en aquella época tuve una gran suerte que no la aproveché, ya que mis padres me podían haber dado estudios. Tanto es así que hice el ingreso para hacer el bachillerato, pero yo no me sentía motivada y le dije a mi padre: «mira papá que yo solo quiero trabajar». Mi padre no me perdonó eso en la vida, porque además él decía que yo tenía facultades: no por capacidad, sino por tesón. Porque sí que es verdad que he tenido mucha voluntad siempre, lo que no he logrado de una manera lo he logrado de otra.

En ese periodo de HYTASA, no sé cuentas mujeres entramos, yo creo que unas doscientas y pico, llegó un momento que se equiparaba con los hombres, si no, más. Entramos una plantilla de mujeres jóvenes, ¡aquello era un hervidero! A las mujeres que entramos sólo nos exigieron el Certificado de Estudios Primarios, o sea, que el personal entró sin mucha cualificación profesional, porque la parte de la fábrica más técnica la dominaban los hombres. Nosotras entrábamos en la parte dura, lo que era prácticamente la hilatura; no para hilar, si no para formar los conos de ovillos de algodón que ya pasaban a las máquinas de hilar, y eso era un trabajo muy duro. Yo

estuve en la sección de ‘chamuscado’ que era una sección dura, en el sentido de peligroso, porque había constancia de que esa parte al quemar el hilo de algodón, soltaba una sustancia que al respirar podía crear problemas de pulmón a corto o largo plazo.

Aunque Mari Carmen Ramos vivía cerca de mi barrio, no nos conocimos hasta entrar en la fábrica de HYTASA. Como las dos estábamos en el Partido Comunista, poco a poco vamos intentando abrir camino en cuanto a la creación de Comisiones Obreras dentro de la empresa, ya que no había nada –y menos de mujeres– y no solo eso, sino que también queríamos crear una célula comunista: un trabajo arduo complicado, aunque siempre donde hay un colectivo hay gente que despunta. Teníamos muchos conflictos siempre en la empresa, porque las condiciones laborales eran penosas. Ocho horas y los turnos eran iguales a los de los hombres: un día entrabas a las seis de la mañana y salías a las dos de la tarde, y había otro que entrabas a las dos y salías a las diez de la noche.

No dejábamos de crear movimiento, muchas mujeres eran la primera vez que trabajaban y eran de la clase obrera, bastantes de ellas eran del Cerro del Águila. Cuando las mujeres entramos en la fábrica, los hombres que trabajaban allí pensaban que sus puestos de trabajo podían peligrar, porque las mujeres lo hacíamos mejor o porque el salario era inferior, así que encontramos alguna resistencia incluso de algunos compañeros de Comisiones Obreras. Pero yo creo que fue porque llegamos con muchas ganas y peleonas. Esa empresa siempre ha costado mucho movilizarla, yo creo que por su misma composición. Lo que sí es verdad, es que fuimos una parte muy movida, fuimos mujeres de mucha batalla. Algunas veces las estrategias nos fallaban, no siempre salían bien las cosas, quizás porque en ese momento también estábamos cargadas de mucho radicalismo y el radicalismo te llevaba a que las mujeres no comprendieran bien la acción que en aquel momento se iba a emprender, claro, que todo eso lo aprendes tú después. Hay que tener en cuenta que nosotras ya veníamos con unos conocimientos, un bagaje y una ideología, mientras las mujeres que entraban allí lo hacían por pura necesidad, así que ellas no arriesgaban su puesto de trabajo fácilmente.

Siempre teníamos pendiente una acción a emprender, porque además lo que planteábamos eran cosas muy básicas, pero que lo tenía cualquiera: como el vaso de leche, que en HITASA se había dado siempre porque contrarrestaba el efecto que la pelusilla de los tejidos producía en los pulmones. No sé qué efecto tendría la leche, pero se había dado siempre y de pronto lo quitaron. Había un director que se llamaba Don Prudencio y le hicimos un plante. Fue el primero que se hacía en la fábrica y lo hicimos las mujeres. Además fue toda una experiencia. Yo ahí es donde me sentí más revolucionaria. Además, los follones que se dieron mejores fueron los que organizamos nosotras.

Nuestra primera reivindicación fue el vaso de leche. Después hicimos la de los controles. Porque claro, la empresa lo estudiaba de forma que tú realizabas una tarea que siempre era la que más interesaba a la empresa, pero eso extendido a lo largo de ocho horas era imposible de mantener ese ritmo. Te daban una prima, pero nosotras a las mujeres le decíamos:

– Esto es una engañifa. Os están engañando. Hoy lo hacéis y os reventáis aquí, pero después os van a exigir que hagáis ese rendimiento y no lo vais a poder desempeñar ¡es imposible!

Mari Carmen Ramos y yo éramos las guerrilleras de allí, nos llevábamos muy bien, porque ella era una tía encantadora. También logramos media hora de bocadillo porque las mujeres no teníamos ni descanso. Cuando la mujer se ponía con la regla en un trabajo de estar de pie durante siete horas y media... nos costaba la misma vida estar al pie de cañón en el trabajo. Eso fue otra reivindicación y es que había mujeres que en esos días se echaban a morir. Entonces logramos que las mujeres pudieran pedir una baja por la regla.

Una de las acciones que llevamos a cabo fue por los controles a la salida de la fábrica, y consistían en poner un pasillo a la salida y una bombillita intermitente que cuando se ponía en rojo, a quien le tocara tenía que entrar en una sala donde le registraban. A las mujeres las registraban mujeres y a los hombres, hombres. Bueno pues nosotras emprendimos una acción contra eso: porque de alguna manera era considerar a todo el personal de la fábrica chorizos,



Julia participando en un acto del PCE.

no se fiaban de la gente que trabajábamos allí, y por ahí, quisimos hacer una protesta, que fue dura, complicada y no dio resultado. Hicimos paro en la cadena de trabajo y en una cadena tú no puedes parar, porque tú paras una y esa cadena esta lista; porque si se rompe, rompes tu trabajo y el del otro. Entonces lo que empezamos a hacer es a ralentizar el trabajo. Eso suponía que si tenían que salir diez cargas de bobinas en tu jornada, salían tres, si llegaban tres al otro lado, también allí forzosamente se paraba el trabajo. También hicimos plantes en la puerta. Pero lo de negarnos a que nos registraran tuvimos que tirar la toalla, porque el miedo de la gente era evidente, no era solo a que te echaran; eran más cosas: por ejemplo, a que te ficharan. Entonces, claro, había mucho pánico. El trabajo sindical era en esos momentos un trabajo de minorías y con la estrategia muy bien estudiada para que no te dejaran sola.

Las mujeres en la fábrica iban tomando confianza y adquirieron más seguridad, ¡pero qué difícil! De nuestras reivindicaciones los hombres de la fábrica se mantenían al margen, incluso los que

estaban afiliados y es que estábamos en sesiones tan separadas por las naves, que eso era otro mundo. Nos veíamos en los comedores cuando salíamos la media hora del desayuno y te veías con gente de las Comisiones Obreras. Pero desde donde yo estaba a la hilatura, había que pasar unas pocas de naves y con algunas no tenía ningún contacto. Pero lo que sí es cierto es que alguna vez logramos algún apoyo; pero lo que tú notabas es que la llegada de las mujeres supuso para ellos como un cierto peligro, porque éramos conscientes todas de que ganábamos la mitad que ellos. Y si tú desempeñabas el mismo trabajo por la mitad, llegaría un momento que los hombres irían todos a la calle entonces eso era un peligro real. Por otro lado, el trabajo manual de las mujeres –no quiero hacer discriminación en este aspecto–, era como más acabado que el del hombre, era más perfecto. Eso también podía ser un factor de cierto peligro. Los hombres de Comisiones Obreras en HYTASA nos apoyaban siempre porque nos veían como una compañera, en el sentido de que estábamos reivindicando cosas que ellos las entendían muy justas. En los demás compañeros hay un cierto recelo por creer que peligraban sus puestos de trabajo con nuestra entrada. Pero es verdad que teníamos allí buenos compañeros, como Paco Muñoz del PCE, con los que teníamos nuestras reuniones para planificar el trabajo organizativo dentro de la fábrica y allí no había problemas.

Las reuniones las hacíamos fuera de la empresa, aunque algunas asambleas ilegales las teníamos también allí, a veces en los lavabos nos reuníamos las mujeres y dábamos cuatro consignas y cuatro cosas sencillas porque no era para más... hasta que organizábamos una acción fuerte, que ahí no hay nada que ocultar. Como la sentada en los despachos que dijimos: «a tal hora» y todo el mundo deja la máquina y al despacho de don Prudencio... Una cantidad de mujeres yendo para allá que ponía los pelos de punta.

Mari Carmen tenía que pasar por mi puerta para ir al trabajo, así que me recogía y nos íbamos juntas andando hasta el Cristina para coger a las seis de la mañana el 12, que era el autobús que nos dejaba en la puerta de la fábrica, ¡el miedo que pasábamos! No puede nadie imaginar, el trayecto de El Tardón al Cristina la frecuencia de mujeres, muchas iban a Tabacalera o HYTASA, y la de tíos gua-

rros que andaban por allí... A mí me intentaron violar un día en la Avenida de la República Argentina... me dejaron hecha polvo, porque claro, había muchas mujeres a esa hora, pero en un invierno a esas horas de la mañana deambulando por allí.... Y a todo esto mi padre con un coche en la puerta, porque él me decía:

– Yo no te llevo, ese es tu gusto. Tú quieres trabajar y vivir la experiencia de obrera, ¡pues eso es lo que hay! Te lo montas como tú puedas.

Íbamos Mari Carmen y yo casi llegando ya a la Plaza de Cuba y poco antes del último callejón de la izquierda, iba un hombre andando delante con un chubasquero –porque era invierno– y le digo a Mari Carmen: «Mari que poco me gusta ese hombre que va delante. Porque yo veía que se dejaba ir, no era el hombre que iba con prisa al trabajo. Se deja ir....se deja ir... y cuando ya lo pasamos..., me metió la mano por detrás y me tiró. Mari Carmen no se dio cuenta y siguió para adelante, a mí no me salió palabra ¡me quedé totalmente muda! Me tiró, se montó encima, me destrozó las piernas, las rodillas, los codos, ¡todo! Porque el golpetazo fue.... Mari Carmen llevaba como dos metros cuando mira para atrás y ve al tío encima de mí... ¡era una fiera! Mari Carmen se lió a darle patadas, puñetazos... Yo lo único que recuerdo es al tío gritando y a ella hecha una fiera. Yo a gatas me fui hasta la carretera y ya me salió el levantar los brazos, cuando un taxista que pasaba, rápido se vino para nosotras.

Pues ahora llégate tú a HYTASA, donde se enteran todas las mujeres trabajadoras de que me han intentado violar. Yo iba descompuesta y Mari Carmen igual. Las mujeres muertas de miedo, al otro día vienen todas acompañadas de su familia: menos Mari Carmen y yo que seguíamos solas ¡no nos acompañó nadie! Y al poco tiempo nos pasa lo de la separación de turnos diferentes, ¡no lloramos nada las dos! pensábamos en la trastada que nos habían hecho, porque la compañía hacía mucho en el camino. Ese periodo nuestro en la fábrica fue.... bueno, de jugar un papel.... Pero lo que pasa es que la historia del movimiento obrero cuando se trata de mujeres se habla muy poco, ¡se habla poquísimo! Lo mismo que cuando es el movimiento de mujeres en los barrios, ¡si es que eso fue el revulsivo

número uno! Lo que pasa es que lo eclipsan los hombres. El hombre eclipsa todo lo que sea movimiento de las mujeres ¡lo hace suyo!

Ya las represalias hacia M^a Carmen y hacía mí se acentúan demasiado, de tal manera, que ya nosotras lo tenemos muy complicado, porque entre las acciones, el poco tiempo de que disponemos y la separación en turnos distintos....

En ese periodo me caso, me quedo embarazada, y nos planteamos vivir juntos, yo ya a los dos o tres meses de estar así, me planteo que tengo que salir de allí. La verdad es que el trabajo mío en la fábrica era duro, porque yo estaba en chamuscado, eso era en la parte de hilatura donde se hacía el lienzo moreno y era un trabajo duro de ocho horas. Así que me salgo de HYTASA. Una torpeza mía dejar el trabajo.

A partir de ahí, yo ya tengo cómo un paréntesis en mi vida. Un poco era la barriga, tener al niño... no trabajaba en este tiempo y ahí, es donde queda parada mi vida laboral con respecto a HYTASA. Mari Carmen continuó bastante tiempo, creo que ella estuvo cinco o seis años, si no más. Después tengo a mi hijo e inmediatamente me quedo embarazada del otro, así que tengo un paréntesis en el tiempo... ¡pero de parada nada, criando a mis hijos que eran muy importante!

Con respecto a mi marido, era todo súper-clandestino y con un oscurantismo total, es más, ¡yo no sabía qué era mi marido dentro del PCE! Porque el trabajo que hacía Antonio en el partido era muy delicado. Pero es más, en mi bloque estaba el aparato de propaganda y yo no lo sabía, lo tenía Manolín Gil en su casa con toda la maquinaria de multicopista. Pero a mí me llamaba la atención, que a veces yo me asomaba al balcón y veía a Antonio Iglesias con unas maletas grandísimas salir del bloque, yo me decía: «Hay que ver oye, que viene al bloque y no se pasa ni a vernos», ¿cómo se iba a pasar a vernos, si iba cargado de propaganda del partido para repartirla?

En el primer estado de excepción, en enero de 1969 viene la policía a mi casa en busca de Antonio y, aunque él estaba allí, le digo a la policía que en ese momento no estaba y se fueron porque

no tenían orden de registro, ese día logre evitar que se lo llevaran. De momento Antonio se va de la casa y me plantea que por qué no busco una vivienda y nos vamos a vivir los tres juntos, mi niño tenía ya diez meses. Nos vamos a vivir al barrio de Los Remedios durante seis meses y en ese tiempo, ya es de imaginar... Yo por mi casa no puedo aparecer por la vigilancia de la policía y al final, el piso de Los remedios se convierte en una comuna que seguía haciendo su mismo trabajo: político y el organizativo. Ahí llegaron incluso los Mundo Obreros que venían de Madrid y los teníamos que montar en el piso.

A los seis meses de terminar el estado de excepción, me vengo otra vez a mi casa. La empresa de Bloques Giralda le plantea a Antonio que no le interesa que él esté ahí, porque claro, hay que tener en cuenta que ellos pedían mucha ayuda a los órganos oficiales y ahí tenían un comunista. Entonces ya estaba claro que Antonio estaba en el PCE y que eso era público y notorio. Entonces El Bloque Giralda lo despide y como él formaba parte de la empresa, le dan una buena indemnización. Eso nos permite con una parte montar un negocio, que en este caso fue la librería, esto fue en el año 1972, entonces yo ni me planteo echar una mano a Antonio porque tengo un hijo muy pequeñito.

Me vuelvo a quedar embarazada y al año de nacer Oscar, el más pequeño, detienen a Antonio en la tienda, en una redada muy importante que hacen en Sevilla, donde cae él y no recuerdo si eran once camaradas más. Entonces tengo que ponerme yo al frente de la tienda y, ahí, es donde entra de verdad la pieza clave de mi vida, porque no tenía ni idea de lo que era una tienda, un negocio, yo no sabía ni siquiera lo que valía un bolígrafo, pero estaba claro que tenía que hacerme cargo de ella. Pero resulta que el primer día y el segundo no puedo abrirla porque estaba precintada por orden judicial, ya que tenían que hacer un registro dentro de ella, así que hasta que no lo hacen y quitan el precinto, no puedo entrar. Cuando me hago cargo de ella Antonio ya está en la cárcel. Efectivamente tiro para adelante claro, ¡es que yo tenía 23 años! Antonio se tira dos años en la cárcel de Sevilla, porque lo más duro de este proceso de Antonio es que no le juzgan la causa hasta los 2 años. Se lleva 22

meses en la cárcel porque todavía estaba en preventivo con fianza, pero el juez la fianza no la admite, así que no podía salir, yo tenía el dinero. Yo esto lo diré siempre, y hablo en primera persona, a lo mejor hay personas que opinan que no, pero en mi caso concretamente, la solidaridad fue maravillosa.

Yo siempre dije que a mí no me hacía falta nada, porque yo tenía mi tienda y más bien que mal yo vivía de ella, así que no me hacía falta ayuda. Pero cuando a mí me apadrinan de Amnistía Internacional, porque era costumbre que a todos los presos políticos cuando les llegaba información de ellos, apadrinaban a la familia. A mí me apadrinó una familia de Holanda y yo solo le pido en todo el tiempo, por si le dan a Antonio la libertad, las 200.000 pesetas que le piden de fianza, ¡y vinieron las 200.000 pesetas! Pero cuando ya determinan que no le dan la fianza, el día de mi cumpleaños yo invito a mis amigos y amigas y miembros del PCE a tomar una copa, a la cual vino Paco Velazco, Patro Cotán, José Hormigo...en fin, un grupo de amigos. Entonces saqué el dinero y le hice entrega a José Hormigo del sobre con el dinero que me mandaron. Antonio estaba en Carabanchel porque le iban a hacer un juicio y se lo llevaron un mes y pico antes.

Cuando yo entro en las Comisiones Juveniles, empiezo a tener una actividad social. En Sevilla, en la calle Jesús del Gran Poder había una Asociación de Amas de Casa que era de derechas y donde yo me incorporo muy jovencita –tendría unos diecisiete años–. Allí no había que ser forzosamente ama de casa, porque había ramas muy diversas en la asociación. Ahí es cuando yo ya empiezo a tomar contacto con mujeres, ahí estaban concretamente, M^a Paz Sánchez, Pepi Medina que era de Triana y algunas más que no recuerdo. Cuando empiezo a moverme en ese ámbito sería sobre el año 1967.

Con respecto al tema de la Asociación de Amas de Casa, quiero recordar que era increíble. Yo recuerdo coger dictado de comisiones de mujeres que nos íbamos a dedicar a llevar el control de las subidas de precios en los mercados para después, hacer una denuncia de la carestía de la vida. Era un movimiento que abarcaba a muchas mujeres y de diversa extracción social. Las mujeres en el Partido era una cosa, pero a la hora de trabajar con las mujeres necesitaba va-

larse de las entidades que había legales. Ahí, surge la necesidad de crear el movimiento en los barrios, y es ahí donde me vuelco.

Ya en el año 1970 nos organizamos las mujeres a nivel de partido, eso nos obliga a ir montando una pequeña estrategia de cara a ellas. También empieza a tener su fuerza un movimiento democrático que aglutina a mujeres de todas las profesiones. Las que nos empezábamos a mover eran en su inmensa mayoría militantes del PCE y algunas éramos de Las Juventudes Comunistas.

A mí el PCE me retiró de toda actividad política porque lo que hacía Antonio era peligroso, y lo mío era un trabajo muy reivindicativo. Me retiró a mí de toda actividad, para quedarme en mi casa, ¡tiene cojones la cosa! Porque además, tú entendías que eso era así, porque tú no querías poner en riesgo a una organización política como el PCE, porque tus hilos movían muchos hilos. Pero siempre nos sacrificaban a nosotras las mujeres, siempre se le daba prioridad al trabajo del hombre, el nuestro era subsidiario. Lo mismo que en el movimiento de mujeres en los barrios.... lo hacen suyo ¡si es que eso fue el revulsivo número uno! Eclipsaban todo lo que fuese movimiento de la mujer.



Julia en el mitin del PCE en Dos Hermanas, con su madre.

A mí me pasó con mi propio marido en el barrio de La Oliva, donde el único movimiento que había era el de las mujeres, no se movía nada más. Tanto es así, que como el colegio Manuel Canela no tenía valla, las mujeres amas de casa empezamos la reivindicación poniéndonos una hora todos los días durante meses, agarradas unas a otras alrededor de todo el perímetro del patio gritando: «¡Tapia humana no, tapia de hormigón!». Bueno, asociación de padres de alumnos no había, y a partir de ahí se crea gracias a las mujeres del barrio de La Oliva. Se crea una asociación de padres en la escuela, y después de dos presidentes anteriores, sale Antonio (mi marido) también de presidente. Pero Antonio cuando habla de esto se le ha olvidado ¡que las mujeres fuimos las que estuvimos ahí dando la batalla! Y habíamos madres que teníamos niños en ese colegio, pero había muchas madres que eran de la Asociación de Amas de Casa sin niños en ese colegio.

Cuando transcurre un tiempo, ya las mujeres nos fuimos cuadrando en la realidad de nuestros barrios, que ahí es donde yo creo que se jugó un papel importante, justamente en los barrios de donde procedíamos. Se empiezan a crear vocalías de mujeres dentro de las asociaciones de vecinos, que eso era algo todavía inerte. Nuestras vocalías eran específicamente para trabajar de cara a las mujeres, incluso teníamos una coordinadora. Lo que perseguíamos era una movilización continua, porque se trataba de desgastar al régimen. La gente tenía que estar en la calle protestando por todo y la mujer era un sector que estaba como parado, entonces se trataba de movilizarla, ¿por dónde? por donde más duele: los salarios, el mercado, las escuelas, la seguridad, el tráfico... En realidad se trataba de mejorar las condiciones de vida de los barrios en general. Nosotras intentamos darle a todo aquello un carácter formativo para la mujer, aunque tuvimos que combinarlo con el corte y confección como medio para atraer a las mujeres. El que las mujeres se formaran era la clave fundamental, por eso dimos muchas charlas sobre todos los temas que nos interesaba: de cine, de teatro, de educación de los niños, pediatría, ginecología y también empezamos con lo del control de la natalidad.

Recuerdo sobre el año 1974/1975 una caminata de 50 ó 60 mujeres de la barriada de La Oliva hasta la puerta del Ayuntamiento,

con las bolsas de la compra en las manos caídas, nosotras por la calle sin autorización ni nada de nada. Cogimos nuestras bolsas de la compra y a la mañana siguiente estábamos en la puerta del Ayuntamiento. Estuvimos en la puerta haciendo ruido en plan protesta con las cacerolas que llevábamos en las bolsas, no nos recibieron, pero se trataba de crear una situación y un ambiente. No nos echaron a la policía porque, como vieron que éramos sobre todo mujeres, amas de casa y con caras de ingenuas.... Como no nos recibieron y la protesta ya estaba hecha pues nos fuimos. Al otro día salió en la prensa con foto y todo. Y el PCE destacó que era una acción seria en aquellos momentos.

Se montó una coordinadora con las mujeres de Alcosa, Polígono de San Pablo, Su Eminencia, Triana... y empiezan a surgir movimientos de mujeres ya organizados dentro de las Asociaciones Familiares, porque entonces había una pugna entre las asociaciones de vecinos que eran más democráticas y las de familias que eran del movimiento y falangista. En la barriada de La Oliva empezamos de forma autónoma a organizarnos, duró desde los años 1972 y 1973, hasta el año 1979 con una gran actividad.

Quisiera decir, que este largo recorrido ha tenido mucho de positivo, pero también de negativo: en mi balance final tengo que destacar que, a pesar de tanta penuria, disgustos y sin sabores, me siento enormemente orgullosa de toda mi actividad, y no sé si hoy con mi edad haría lo mismo, pienso que sí.

FÁTIMA CARRILLO PEREA ⁹

⁹ Testimonio de Fátima Carrillo Perea (escrito por ella). Sevilla, 2017.

*«Es obvio que los valores de la mujer difieren
con frecuencia de los valores creado por el otro sexo,
y sin embargo, son los valores masculino
los que predominan».*

Virginia Woolf

Ángela, María, Virginia, Elisa y, algún otro nombre que no recuerdo, fueron mis «nombres de guerra» en aquellos años de la clandestinidad del fin de la dictadura de Franco, época que ahora defino como del «miedo valiente». En el pueblo donde crecí, Aracena, fui Carrillo o «Carri» y en el hogar «Nena».

Nací en Triana en 1954, en una habitación familiar de una casa de vecinos. Mis padres al casarse fueron a vivir al Barrio Alto de San Juan de Aznalfarache, pero al acercarse el parto volvieron a la Triana familiar y conocida.

Fue un nacimiento difícil, una noche de tormenta a la luz de las velas y las lamparillas de aceite. Ahí quedaron truncadas las ilusiones de familia numerosa de mis padres. Creo que a mí me benefició, pues si hubiera sido la mayor de varios hijos e hijas de una familia obrera, casi seguro que no podría haber estudiado. En fin, fui hija única en un ambiente modesto pero educado y honrado, como repetía mi madre.

Cuando contaba menos de tres años ya vivíamos en Aracena, mi padre, camionero represaliado por algún asunto en Abastos de Sevilla, encontró trabajo allí, donde sus padres vivieron tiempo atrás, en los «buenos tiempos» antes de la guerra.

Mi madre, Encarna, nacida donde luego me parió a mí (Rodrigo de Triana, nº 54), en una familia de nueve hermanos, con un padre casi siempre enfermo y una madre (mi abuela Carmen) aceitunera, fue dada para criar (no en adopción) a una mujer adinerada (mi abuela Rosario), que después de múltiples partos y abortos se había quedado con un sólo hijo. Así, mi madre creció en una hermosa

finca en lo que hoy es Avda. de Miraflores, rodeada de trabajadores que la jaleaban a cantar y bailar, que la enseñaron a nadar, sembrar, correr... y fue educada en el seno de uno de los colegios más elitistas 'el Colegio del Valle'. A su madre biológica la visitaban alguna vez, y conoció a sus hermanos y hermanas, pero para ella, su madre era Rosario; su casa, la huerta; sus estímulos, el cole y las funciones y dedicaciones religiosas. Así fue hasta comienzo del año 1937. Ella decía que su cuento de hadas, terminó con trece años.

Mis abuelos paternos fueron trabajadores acomodados. Mi padre, Antonio, buen dibujante, abandonó sus estudios con el golpe fascista, igual que sus hermanas, mis tías, que una vez entraron en Santa Olalla (Huelva) las tropas de Queipo de Llano, no volvieron a la escuela.

Uno de los grandes perjuicios de las guerras, es como socava la educación en las siguientes generaciones. Esta herida es más difícil de cicatrizar que la destrucción de los edificios y/o infraestructuras.

Mis padres siempre me animaron a estudiar y demostré aptitudes para ello. En el colegio de las monjas Salvatorianas pasé los primeros dos años entrando por la puerta de atrás, la puerta de las niñas pobres y, creo que a esa edad de nueve o diez años no lo vivía mal, eso era lo normal en aquella época. Luego esas diferencias clasistas se amortiguaron y compartíamos la misma puerta, la de la carretera que daba a la capilla y al patio, donde la directora desde un balcón nos mandaba a cantar cada mañana, si no llovía, el himno de España, el «Cara al Sol» o «Montañas Nevadas». Como me gustaba cantar, aun pareciéndome una pesadez, lo disfrutaba. El clasismo se respiraba, aunque se disimulaba imagino, por caridad. Había diferencias entre las de pago y las de beca.

Siempre conseguí becas. Fui muy buena estudiante y creo que esto me dio autoconfianza para moverme en ese medio. Nunca fui castigada en aplicación dónde me llovían los diplomas, pero por faltas de disciplina fui expulsada dos veces. Mi padre, que les tenía a punto el coche a las monjas, ayudaba a que me perdonaran con pocas reservas.

El bachiller superior y COU lo realicé en el Instituto mixto San Blas. Las chicas éramos menos en el bachiller superior y creo recordar que nos adaptábamos más fácilmente a coincidir con chicos que viceversa.

Estudiaba menos, pero seguía siendo bastante brillante y me apuntaba a todo: seminarios de Vivaldi, Nietzsche, fútbol, atletismo y obras de teatro en griego. Me siento muy agradecida del profesorado de esa etapa, me abrieron la mente, el cuerpo y el espíritu. Allí, y siendo profesor de gimnasia conocí en (sentido literal y bíblico) a Paco Orcajo, el primer novio; el hombre bello, inteligente y bueno, que tras unos duros meses de «mili» en El Sáhara, murió con veintidós años en el Hospital Militar de Sevilla casi en mis brazos.

Aquel mes de septiembre, a punto de ingresar en la Facultad de Filosofía y Letras yo tenía diecisiete años y estaba rota. Esa fractura tan grande, tan honda, dejó una cicatriz que aun molesta, sobre todo cuando cambia el tiempo emocional o afloran los recuerdos: la memoria, tan mentira y tan cierta.

En Octubre de 1971, llego a Sevilla, a la Universidad. Vivo en un piso en Triana con tres chicas algo mayores que yo. Voy dolida, tocada y tan perdida, que pronto me agarro a algo que dé sentido a mi joven vida. Si hubiera tenido acompañamiento, consuelo o consejo para ese duelo, mi camino habría sido diferente pero fue así y....comencé a estudiar lo justo para aprobar. Las aulas de cultura restaron horas a las clases y un seminario sobre marxismo que recibí del profesor Javier Pérez Royo, me lanzó hacia el comunismo, pues en el antifascismo ya estaba.

Llevaba a mi pueblo el periódico *Mundo Obrero*, que desde un kiosco se repartía secretamente a contadísimas personas. En las asambleas aun apoyando siempre a la gente del PCE, me fui sintiendo más cerca de los «chinos», los maoístas. Así que antes de finalizar el curso 71/72, ya asistía a las reuniones de las juventudes del (PCI).

Ese verano engañé a mis padres diciendo que tenía trabajo en la biblioteca de la Facultad y ellos, temiendo la vuelta al dolor de la pérdida en Aracena, me permitieron quedarme. Di clases variadas

particulares, así como en el Colegio San Francisco de Paula. Vivía a salto de mata en casa de compañeros y compañeras de los dos partidos. Ese primer verano en Sevilla, lo recuerdo asfixiante, echándome agua en el lavadero de un piso de la Enramadilla a las tres de la madrugada. En Aracena el verano, aún caluroso tenía otro tono.

Asistía a reuniones e intentaba enamorarme para olvidar mi duelo. Leía mucho a Marx, Engels, Lenin, Mao, Enver Hoxha... Aprendí a tirar panfletos en una multicopista artesanal (vietnamita) y fui integrando las reglas de la clandestinidad. Tuve el primer encontronazo con la Brigada Político Social «los sociales» –los malos entre los malos–, cerca del «Bar España» hoy «Oriza»). Me libré de la detención, pero entendí que había entrado en un mundo peligroso sin valorar mucho los riesgos. Hinchada de ideales, encontré un sitio, mi sitio: ya no estaba perdida. Comenzaba la militancia seria en las juventudes del Partido Comunista Internacional (PCI), poco después Joven Guardia Roja y Partido del Trabajo de España (PTE).

Las palabras. Palabras al servicio de la memoria. ¿Cómo recordar ese tiempo? A trazos colorido, otras en blanco y negro, como el célebre NODO de los cines y muchas en variados tonos grises.

La Avenida de José Antonio –hoy Avenida de la Constitución– era espacio de paseo dominical, centro de rituales, manifestaciones religiosas con las que la autoridad política, militar y clerical caminaba al unísono como el misterio de la Santísima Trinidad.

También iban apareciendo con frecuencia las otras manifestaciones, las antifascistas de estudiantes y obreros que también se encerraban en las iglesias, mientras que la policía campaba a pie, a caballo y con Jeep de Puerta Jerez al Ayuntamiento y el ¡Plass, Plass! de los fusiles lanzaba botes de humo a discreción. Éramos tan agueridas como los caballos que se levantaban en sus cuartos traseros respondiendo a los ruidos y a la señal de sus jinetes. ¡Qué miedo! ¿Qué hacíamos con ese miedo? Reconvertirlo en rabia, en pasión por el cambio.

Los compañeros más sensatos y estudiosos me aconsejaban que me retirara, que no era de familia rica y me podía ver muy «colgada». Escuchaba, agradecía el interés, pero no podía frenar,

ni dar marcha atrás. Estaba abducida por la dinámica del partido, enamoradísima de un dirigente universitario y era creyente radical en que estábamos cambiando el mundo hacia la igualdad comunista, o al menos hacia la caída del dictador, lo que era el sólo primer paso.

A comienzos de 1974 se inaugura el Hospital Universitario Macarena y saco el examen de auxiliar administrativa. Soy funcionaria, tengo un salario bueno para mi edad y el partido encauza mi actividad hacia Sanidad y la juventud de los barrios. Aparezco por la facultad cada vez menos, estudio casi nada, pero mantengo las amistades y contactos universitarios. Me engaño diciéndome que es una época, que en breve retomaré la carrera, que sinceramente me gusta. Participo en excavaciones arqueológicas y adoro la historia antigua. Pero pulso el botón y lo dejo todo en pausa.

El dictador Francisco Franco parece estar cada vez más alicaído y aunque tiene alrededor fanáticos fieles, también hay otras corrientes en el gobierno o cercanas (los tecnócratas) que abogan por suavizar el régimen. Trabajo en hematología, con buenas compañeras y un equipo médico excepcional que me protege en el laberinto de mítines, huelgas, faltas, etc. Fui enlace sindical al mismo tiempo que Torrijos. El jefe de personal era Ángel Ojeda entonces militante del PSP. Cuando podía iba a la campana de quirófano a ver operaciones, incluso pensé en trasladar la matrícula e ingresar en Medicina. Tampoco lo hice. La militancia con su centralismo democrático lo absorbía todo y yo me dejaba absorber.

Creo que una de las funciones esenciales de la educación debería ser enseñar a chicos y chicas a dirigir sus vidas y que no sean los acontecimientos de la vida los que los dirijan. Hay que enseñar a poner Arco y Flecha bien alineados, a que el camino tiene curvas, baches, recovecos, pero que es esencial no perder de vista ese sendero y si nos apartamos, hay que volver pronto.

Estuve tiempo dando tumbos, al principio con el agarre del partido, cuando este falló, dando tumbos sin más, andando con frecuencia en el filo de la navaja y disfrutando de esa pequeña libertad que empezábamos a respirar.

La época histórica del marxismo, como la define G. Steiner tronca con las corrientes de pensamiento y sentimiento que denominamos romanticismo. En esta lucha hacia la salvación del género humano, el género «MUJER» se implicó intensamente y como siempre a lo largo de la historia, trabajando en demasía, obedeciendo hasta la ridiculez y aceptando que los honores, las medallas y las citas en los libros siempre correspondieran a los varones.

Sufrí dos detenciones de setenta y dos horas y en las dos, al pasar por el juzgado quedé libre. En la primera ya pasé mucho miedo, allí abajo en los calabozos de la Gavidia, con la presión de los frecuentes interrogatorios; siempre varias plantas arriba y el estrés de que no supieran quien era mi novio, pues estaba haciendo la mili en Córdoba y las detenciones militares eran arduas y largas.

En la segunda detención, primavera de 1975, a seis meses de la muerte de Franco, los ánimos muy caldeados y la Brigada político Social jugando muy fuerte pues intuían que el panorama iba a cambiar; el miedo se convirtió en terror. Tengo viva y muy clara, una imagen: Me detuvieron en la casa que compartía con dos amigos en la Barriada de Villegas sobre las dieciocho horas. Mientras registraron y se llevaron la vietnamita, los panfletos y los periódicos, serían las diecisiete horas. Yo había quedado para ir a ver una película en el Cineclub Vida a las 19:30h así que cuando pasamos en el furgón blindado por la calle Trajano, dónde decenas de jóvenes hacían cola, vi a mis amigas y me sentí... ¿cómo explicarlo? ¡Nada! Me sentí como si ya no fuera a existir nunca más. Podían hacerme desaparecer y no pasaría nada. Recordé a mis padres y a mi novio muerto y los vagones repletos de personas hacia la NADA del nazismo, tomaron una dimensión intensa, casi real. Desde entonces no he podido ver entero un film del nazismo, me retuerce el corazón.

Los tres días detenida en la Gavidia, con sus noches correspondientes, pues los interrogatorios no se ceñían a horarios, fueron atroces. Iban pasando delante de las rejas de mi celda compañeros detenidos antes o que lo habían sido en mi piso, pues la policía había permanecido allí para cazar a quienes llegaban. Los detenidos fueron mis compañeros de piso, otros amigos universitarios y al-

gunos chicos trabajadores del Polígono Norte que conformaban el Movimiento de la Juventud Democrático.

La celda tenía un poyete de cemento con una manta que no se sabía si era gris o marrón, con un olor húmedo y graso. Podía de vez en vez salir al baño, así me movía y veía a los compañeros. Cogí la rutina de cantar para animarles y podía cantar cinco o seis horas al día y la noche. Como los polis no me dejaban entonar los cánticos revolucionarios, ensayé desde el «Relicario» a «Asturias, Patria Querida». Aunque cuando pasaba delante de mi reja algún compañero maltrecho, casi desmayado de un interrogatorio me desgañitaba con el Santa Bárbara patrona de los marineros, o con unos versos de la Internacional. Luego me llegaban los gritos y amenazas. No me fallaron las fuerzas.

Cuando escuchaba mi nombre para subir al interrogatorio, aparecía el terror. Caminaba como sonámbula conducida por «el gris» de turno por pasillos estrechos y solitarios, aunque tras las puertas cerradas se escuchaban sonidos, a veces gritos. Los despachos donde me interrogaron olían a tabaco, a sudor y a miedo. Me alegraba ver la luz o la oscuridad a través de un amplio ventanal abierto, aunque también me tensaba por las veces que alguien había caído «accidentalmente» por una ventana de una comisaría.

Me tocó algún bofetón, la silla moviéndose como si me fueran a derrumbar, la goma de butano envuelta en paño que golpeaba al tun-tun, como a dar y no dar. También apareció la tentación. Imagino que sabedores de mi origen modesto, pusieron sobre la mesa un lote de papeles, mientras que un poli amigablemente decía: «Aquí tienes, son las escrituras de un chalecito en Heliópolis, será tuyo si nos ayudas a desmontar la Joven Guardia Roja.» Entonces me daban un cigarrillo rubio y yo hacía que me lo pensaba, para darme unos instantes de relax y recuperar fuerzas para continuar soportando la presión. Ahora, podía disimular poco, pues aparte de sus investigaciones habían cogido suficiente documentación en casa para captar que era una dirigente.

Era difícil saber la hora y a grosso modo tenía que calcular cuando pasaría el juez. Pero a veces el susto se incrementaba cuan-

do decían: «te vamos a aplicar la Ley de Excepción y no vas a salir de aquí». Otra vez aparecía la 'NADA', el miedo a que me hicieran desaparecer.

Yo estaba muy sola y al salir, orgullosa de no haber delatado a nadie empecé a sentirme desprotegida. El partido, los camaradas no sabían o no podían ofrecer protección. Fui teniendo dudas y acercándome más a las bases, a los jóvenes, defendiéndoles ante la dirección. A los jóvenes de los barrios, a la vida en la calle.

Nunca me negaba a las acciones arriesgadas, siendo lista para las citas de seguridad tras una acción, y detectaba desde lejos si nos vigilaban.

En una cita así conocí al que sigue siendo hoy amigo, Carlos Macarena. Fue un encuentro en el bar «La Llave» que se situaba casi frente al Bazar España, entrando en la avenida de Miraflores. Él era un joven moreno de rizos como un efebo, él dijo que yo le parecí una espía alemana. Recuerdo que los dos fuimos a una tirada de



Fátima en una manifestación, justo detrás de la palabra «delito».

panfletos a la barriada El Cano a las seis de la mañana. Todas las paradas de bus del barrio y alrededores tenían que estar plagadas de panfletos, pues la gente trabajadora salía a esa hora de sus casas. Hicimos la tirada con el barrio infectado de «lecheras» (coches policiales) y dependíamos para volver de un bus que tomábamos exactamente a las seis y media. Lo hicimos, pero al ir a la cita de seguridad vi a un «social» y desaparecí, creo que a la tercera cita de seguridad, acudí y estaba limpia.

Frecuentemente encontré apoyo en la gente. En una gran manifestación en Pajaritos-Candelaria, en la que después de un lanzamiento de adoquines y cócteles molotov, la policía cargó con agresividad, corrí mucho y entré en una casa de la calle Canal, me escondieron debajo de la mesa camilla, el brasero estaba apagado pues comenzaba a templar el clima. Entraron dos policías preguntando insistentemente por una chica rubia que habían visto entrar, negaron y negaron durante minutos que me resultaron horas. Salí, di las gracias, una tercera detención habría sido una catástrofe.

Expreso agradecimiento a todas esas personas que sin salir a la calle, quizás sin participar en huelgas, ayudaron a otras como yo en situaciones tan sensibles. También quiero decir que encontré policías, que a punto de cogermé, miraron para otro lado y me dejaron escapar.

Al no tener en Sevilla casa familiar y no querer preocupar a los allegados, cada vez que había «caídas» (detenciones), no podía ir a mi casa y dormía en cualquier sitio, y digo cualquier sitio literalmente: huecos de escalera, una azotea abierta, una cabina de teléfono no muy visible. La sensación de desprotección iba en aumento. Los ideales demócratas se mantenían, pero los del Partido con su marxismo leninismo pensamiento Mao Tse Tung (ahora Mao Ze Dong) iba fracturándose.

El comienzo de mis veinte años visto desde ahora, fueron sorprendentes y terribles. Estaba con tanta gente y... tan sola.

El día de la muerte del dictador el Partido por fin me buscó un escondite, alojándome en casa de un chico estudiante de químicas, simpatizante de la «Joven Guardia Roja» (JGR), ¡Sí señora! tres o cuatro días protegida, con habitación, comida, radio... ¡Un lujo!

Ya muerto Franco, en el golpe de febrero de 1981, sin militancia política, volví a sentir pánico y estuve a punto de salir hacia Portugal. Tenía pareja y un hijo de dos años. No tuve que partir, la democracia se fortaleció.

Quiero recordar que siendo un sistema defectuoso es mucho mejor que una dictadura. Por favor, jóvenes, no lo olvidéis. No es similar una cosa y otra para nada. Tampoco vale el «todo es igual o da igual». Defender la democracia, incluso esta democracia «rarita» es importante. Aunque ahora parece que el binomio político más en juego es corrupción-transparencia, quiero recordar que la razón de todo está en el «Poder» y cómo nos movemos en este ámbito es lo esencial.

Creo que si el poder está más repartido hay más opción a «más malos» y también a «más buenos». Es una forma de hablar, de expresar, para entendernos. El ser humano ante el poder: político, económico, mediático, cultural, familiar, etc. Esa es la cuestión esencial.

Como recuerdo de mujer joven militante y novia de otro militante, quiero recordar algunos aspectos del machismo tan «normal» de la época.

Por supuesto la responsabilidad anticonceptiva recaía en las mujeres. El único medio anticonceptivo legal era la «marcha atrás» y a medias, el preservativo que se vendía en una tiendecita de la calle Rivero como asunto de «higiene». Nunca conocí a ningún camarada que fuera a comprarlos. Yo sí fui alguna vez. Aunque las preferencias consensuadas iban por las pastillas, así cada dos meses visitaba la oficina del Laboratorio Schering en los bajos de República Argentina. Allí un señor amable me daba gratuitamente provisiones de Neogynona. Alguna vez perdí o regalé e iba antes de tiempo algo amedrantada por si iban a pensar que comerciaba con ellas, pero nunca tuve problemas, siempre fui atendida con amabilidad y sin guasa.

El aborto era clandestino y pecado mortal condenatorio. La mayoría de mujeres en esa situación viajaban a Londres o Ámsterdam, por supuesto colaborábamos económicamente con la aventura.

Los pisos francos se usaban a veces también como espacio de encuentro afectivo-sexuales para parejas que no tenían otras opciones. Se empezaba a hablar de la libertad sexual y el amor libre, aunque en el Partido se consideraba ideología pequeño-burguesa.

Los efluvios del Mayo del 68 y de los hippies de San Francisco fueron más aspirados por los trotskistas que por los leninistas. Aun así los chicos que se llenaban la boca hablando del amor libre, luego salían diciendo brutalidades como: «Milagrito, la cama del distrito», si una chica manifestaba una cierta libertad de opciones sexuales.

El feminismo era también pequeño burgués y distraía de la contradicción principal: Burguesía-Proletariado. Eso decían.

En fin, ya podemos darnos cuenta quien salía beneficiado y quien perjudicada al poner en acción esta teoría e incluso los conceptos en sí, como minaban la mente y capacidad de las mujeres que solían ser más inteligentes, valientes y creativas de la época.

Cuenta en algún punto Solzhenitsyn que en los campos del GULAG se repetía una máxima. «¡No está permitido recordar!». Por lo visto, ni recordar tu vida anterior, ni lo de esta mañana cuando les formaban para ir a trabajar.

Cuando los dictadores han considerado tan peligrosa la memoria, es momento de reivindicarla.

Cuando los maltratadores, acosadores y abusadores argumentan con frecuencia que sus víctimas engañan, porque fabrican y/o tergiversan recuerdos, es asunto de reivindicar la memoria, el recuerdo; sin perjuicio para que llegado a un punto justo pueda aparecer el olvido. El olvido se va abriendo espacio, no se impone.

Así en medio del olvido y del recuerdo, quiero citar algunas personas de mi adolescencia que generaron en mi una fortaleza mental, que permitió en la peligrosa vida de mis dieciocho a veintitrés años (y aún más allá) no sucumbir.

Agradezco a Paco Orcajo de nuevo, al profesor Neftalí, a Antonio Fernández, a Antonio Domínguez que me deslumbraba con su sapiencia.

A las amigas: Yeli, Celia, Marieta, Valeriana... A mi madre que me echaba de casa pues se enfadaba de verme leer tanto. Así leía en los bancos del paseo o del parque. A mi padre que le restaba importancia a mis manías lectoras, aunque me castigaba sin salir con excesiva frecuencia.

En la vida de militante conocí personas que nunca supe su nombre oficial, pero también tuve amigos y amigas coyunturales con los que floreció algo de afecto.

Gracias por la oportunidad de ponerse a recordar y a expresar por escrito lo recordado; salir de la pereza por tanto vivido, es un reto y cantaremos: «Gracias a la vida... «.

JOAQUINA CORDERO CUÉLLAR ¹⁰

¹⁰ Entrevista a Joaquina Cordero Cuéllar, FO AHCCOO-A. Transcripción Mercedes Liranzo.

«La humanidad empezará verdaderamente a merecer su nombre, el día que haya cesado la explotación del hombre por el hombre».

Julio Cortázar

Nací en el año 1948 en Extremadura, en un pueblo que se llama Fuente del Maestro (Badajoz). Mis abuelos maternos eran de Extremadura, yo no los conocí porque era muy pequeña, pero sé que eran de allí y que eran primos hermanos. Mi madre era hija única, mi abuela estuvo diecinueve veces embarazada y me imagino que abortaría o nacerían muertos, como eran primos hermanos no le cuajaban. Por parte de mi madre solamente tenía unos tíos a los que conocí ya mayores, así que por parte de ella, ahí se corta la familia.

A la madre de mi padre sí la llegué a conocer, pero a mi abuelo no, siempre imaginé que era un hombre del campo. Tengo entendido que él no sabía leer pero creo que mi abuela sí. Mi padre ha sido siempre muy religioso, muy católico, su hermana estaba siempre en la iglesia... ¡Pero mi padre era demasiado! Sin embargo, el hermano no, ese era ateo y comunista y pasaba de los tres miembros de la familia. Cuando lo metieron en el camión, que se lo llevaban para fusilarlo, creo que se salvó porque mi padre estaba trabajando en el Ayuntamiento. Mi padre ha estado siempre como en una oficina, después puso una tienda, siempre como de «señorito», sin mancharse mucho las manos.

Mi madre nació en el pueblo y yo soy una de los seis hijas e hijos que tuvieron, mi madre sí sabía leer y escribir, ella fue al colegio, a la primaria, pero de jovencita la pusieron en un taller a coser, como pasaba antiguamente. Ella era una persona digamos que neutral en cuanto a la religión. No se manifestaba atea pero tampoco era tan obsesiva como mi padre. Iba a misa cuando podía y tampoco se

pronunciaba con la política, también en eso era neutral, pero era una mujer que leía y mi padre también.

Yo me vine a Sevilla con diez años porque mi padre puso aquí una tienda de comestibles. La tienda fracasó y entonces se tuvo que ir a Badajoz a trabajar con el jefe que tenía antiguamente. Cuando nos vinimos a Sevilla la cosa estaba muy mal, mi madre se tuvo que poner a coser en una empresa de ropa de niños chicos que se llamaba YABONA y se traía el trabajo a casa.

Como mi padre sabía leer y escribir, se puso a trabajar en un molino de aceite llevando la contabilidad. Después, en una tienda de ropa de dependiente y luego puso una tienda de comestibles en el pueblo durante un año, que la tuvo que quitar porque no le iba bien. Así que decide poner una tienda aquí en Sevilla que duraría un año o así. Cambiamos de casa y nos vamos a un piso alquilado en el entorno de la Cruz Roja, pero ahí estamos poco tiempo. Nos vamos a otro sitio alquilado y así, hasta que nos dan el piso donde yo vivo ahora en Los Pájaros. Mi padre cerró la tienda y después de estar un poco de tiempo por aquí, se fue solo a Badajoz, porque ya con la edad que tenía no encontraba trabajo. Es cuando entonces el jefe lo llama para trabajar con él y se lleva allí un par de años. Pero después se vino otra vez a Sevilla y se colocó en Sánchez Perrier, en una oficina. Al final se colocó en el Cerro del Águila en una tienda grande, llevando la contabilidad hasta que se jubiló.

Mi padre era muy religioso y muy facha, yo me he peleado muchísimo con él ¡era muy franquista! Aunque no participaba de nada, no hizo la mili no sé por qué, estaría enchufado, por algo sería porque no tenía ningún defecto físico. Mi padre y yo nos llevábamos fatal. En unas elecciones que eran además para votar a Franco, estuvo en una mesa electoral y trajo muy contento un póster de Franco. Yo tenía un piso en Nueva Sevilla y tenía un póster del Che, pues cuando él lo vio tuvimos una pelea..., tuvimos que llegar a un pacto: ¡el quitaba el de Franco y yo el del Che!

Cuando yo era pequeña lo único que veía era que mi padre leía todos los días el ABC y era muy religioso, pero después cuando he sido mayor y he empezado a trabajar... entonces es cuando tenía

las broncas y además, con la única que ha tenido las broncas ha sido conmigo. Porque mis hermanos y hermanas tampoco se han metido en nada. Mis hermanos los tres estuvieron en un seminario, eso fue cuando estábamos en el pueblo, en Badajoz. El mayor se salió del seminario y fue a la Trapa, otro convento, pero al final también se salió.

Yo estuve en el colegio de monjas para niñas y estuve allí hasta que nos vinimos a Sevilla. Este colegio estaba en el mismo convento donde vivían las monjas, que estaba en la calle principal. Recuerdo que los sábados y los domingos cuando no teníamos escuela nos íbamos allí a jugar, porque decían que en la calle había mucho peligro. Yo con ocho o nueve años entonces, me llevaba toda la vida en el colegio ¡siempre, siempre, en el colegio! Yo tengo un recuerdo fatal de la superiora que me dio un guantazo, no sé por qué, ¡vamos que allí me dieron las ostias más grandes que me han dado en mi vida! Eran personas... porque vamos, que yo me acuerdo que había otra, que un día con los punteros que había para la pizarra me dio un puntazo en la diadema que tenía en el pelo de florecitas, y que las florecitas y salieron por los aires. Claro, nos enseñaban todo el rollo de la religión: como ir a misa, el día de mayo con flores a María... ¡Toda la vida era el colegio!

Cuando nos vamos a Sevilla a la calle donde pusimos la tienda, me metieron en el colegio ya empezado el curso; porque nosotros llegamos en diciembre y yo entré en la escuela en enero. Entré en el colegio Padre Manjón, que está detrás de San Luis y era un colegio nacional. Allí me acuerdo que cantábamos el 'Cara al Sol', pero cuando empezó el otro curso yo ya no vivía en esa casa, ya vivíamos en la Cruz Roja. Ese año no fui al colegio ni a ningún sitio, porque no me apuntaron, no hacía nada, todo el día me lo pasaba jugando en la calle. De allí nos fuimos a Heliópolis y tampoco allí fui al colegio, después nos fuimos a vivir frente a la cárcel y ahí también estuvimos poco tiempo pero sí me apuntaron en el colegio Santo Domingo el Sabio, que está en la calle María Teresa. Mi hermano se colocó allí de maestro aunque no tuviese la carrera. Allí tampoco terminé el curso.

Me fui a vivir a Los Pájaros, que es donde vivo ahora, pero como yo fui en octubre y tenía doce años, ya la 1ª etapa se me había pasa-

do. Así que me apunté a clases nocturnas y allí seguí el tiempo que pude. Después ya con quince años fui a la Escuela de Formación Profesional que abrieron en la calle Fresa aquí en Sevilla. Había que hacer un curso preparatorio antes de entrar, pero si pasabas un examen entrabas, yo lo hice bien y no tuve que hacer el curso. A la hora de abrir la escuela resulta que nada más que había para delineanta, que serían las primeras mujeres delineantas que habrían en Sevilla; pero mi ilusión era hacer química, pero claro, como nada más que había eso y encima me daban una beca, pues yo pensaba que con lo mal que estábamos, mejor aprovechar la beca.

Hice delineanta y los tres años me estuvieron dando la beca. Yo por eso digo, que con lo poco que fui al colegio cuando era chica, no sé cómo lo saqué. Entré con quince años y termine con los dieciocho. Cuando terminé me coloqué en una oficina en la calle Albareda que era un timo, porque decía que era el Consulado de Filipinas, pero si eso era así, ¿cómo es posible que el cónsul tuviera de suplente a un socio que tenía una representación de latitas de fruta? Estaba claro que aquello era un encubierto, lo mismo lo del cónsul que el negocio del otro. Allí había habitaciones llenas de botes de zumos. El Cónsul no sabía hablar inglés y me dejaban a mí sola por la tarde, si venia alguien a preguntar... yo no sabía inglés. Recuerdo que estando en este trabajo conocí a un chaval de Torreblanca que se llama Recio y que me daba libros de la colección CIS que eran muy chiquititos y otros libros más de temas políticos; fué él quien me pone en contacto con Sánchez Legrán, ¡que por cierto estaba asustadísima! porque yo de pensar en el Partido Comunista, que es de lo que me hablaba Legrán, ¡yo me moría de miedo! Yo lo escuchaba, pero cuando me dijo que era del Partido Comunista, que ya había mucha gente que estaba luchando y que si yo quería, que me metiera en un grupo, en fin... el miedo al PCE es que me fueran a coger.

A mí me colocó el de los zumos, que era familia de una vecina. Mi misión era coger el teléfono y todo lo que fuese de oficina. Con el tiempo la llevaron al Cerro del Águila, porque ya quitaron lo del consulado y yo me fui a la nueva oficina con el de las frutas. Entonces estando allí trabajando me despidieron, me dijeron: «¡Firma!», era para que firmara el finiquito, que a mí además, no me tenía ase-

gurada. Me acuerdo yo que en aquella época me daban 2.000 pesetas al mes, ¡y me fastidiaron! Porque fue en el año 1967 que si yo hubiese estado asegurada por ejemplo: me hubiese podido jubilar a los sesenta y siete años y no que me jodieron la historia. Entonces me dan un finiquito, pero como ya Recio me había hablado de la lucha obrera, de lo que nos explotaban y me fue abriendo la mente un poco en ese aspecto. Yo el finiquito lo cogí, lo leí, pero no lo firmé, dije: «Bueno dámelo que yo ya vendré» y me fui directamente al bufete que tenía Felipe González, eso era en el año 1967. Me atendió él, pero como yo lloraba como una loca, me dijo que no me preocupase que iba a poner una demanda. Pero llegamos a un acuerdo el abogado que mandó Felipe González y el de la empresa, porque ya sabía que lo iba a demandar. Me indemnizaron con 16.000 pesetas que en aquella época era un dinero.

Mi madre tenía un disgusto muy grande, me decía que hay que



Joaquina Cordero.

ver, la primera vez que trabajaba, y meterme en un lio de estos, que ya no me iban a colocar más. La verdad es que estaba muy disgustada conmigo y me decía que después que me había colocado el primo de Margari... Yo le decía que no tenía que ver con nadie, pero me llevé muchas broncas de mi madre, y eso que mi madre era tolerante y comprensiva, porque mi padre de momento, es que ya ni me hablaba. Pero después me coloqué en la calle Asunción, en otra oficina 'ANGLO' que era de televisores. Ahí estuve tres meses, incluso me iban a renovar el contrato, pero como en todos sitios había personas pelotas y rastreras... en fin, que cuando me lo iban a renovar me echaron y eso que la que me metió me dijo que el jefe estaba muy contento conmigo, pero había... no sé cómo lo hizo, quería que entrara su sobrina y al final ni a mí me renovaron el contrato ni tampoco entró su sobrina.

Después del colegio estuve en la iglesia del barrio La Blanca Paloma en la JOC, que éramos los jóvenes y la HOAC eran los mayores. Ahí fue donde yo ya empecé, porque aunque eran los católicos, eran los católicos avanzados, porque aunque yo no era... a mí me gustaba el royo ese de las reuniones. Ahí se hablaba de la justicia social y ahí fue donde yo más o menos... el cura que estaba allí era Manolo Merchán que se casó con una amiga mía. Después también apareció por allí Santos Juliá que escribía en el País, también iba por allí de vez en cuando Jesús Ruiz Carnal, que también se casó con una amiga mía y luego se separaron. Estaba mezclado ser católico con el mundo laboral y ser reivindicativo, había gentes de todo tipo; unos eran estudiantes, otros trabajadores, pero sobre todo, éramos gentes joven. Teníamos un centro social donde discutíamos y hacíamos actividades como el teatro, conferencias, fiestas para tener convivencia con las gentes joven del barrio. Los mayores también colaboraban para atraer a los jóvenes del barrio. Yo dejé la JOC, eso era un club social, y lo que se hacía era lo que he dicho antes. También me acuerdo que estuve una época en Ciudad Jardín que lo llevaba un jesuita. Yo iba con mis amigas a esos sitios porque me interesaban las conferencias que daban y la gente que las frecuentaban. Primero fue lo de los pájaros y luego me fui a Ciudad Jardín, que había hasta un grupo grandísimo de jóvenes de Triana. Después todo eso yo lo dejé, pero sigo siendo amiga de

ellos. Cuando me fui a la fábrica ya me metí en el tema de las Comisiones Obreras.

Cuando terminamos los estudios nos hicieron un test psicológico para entrar en ABENGOA y en enero de 1969 entré en la fábrica de LANDIS por mediación de una cuñada mía, y como éramos la primera promoción que había salido de delineantas, a los tres meses de estar en la fábrica, nos llamaron para trabajar en ABENGOA. Lo que pasa es que LANDIS estaba muy cerca de mi casa, justo detrás; yo estaba bien, estaba contenta y a gusto, y no me quise ir a ABENGOA. Todas mis compañeras se colocaron allí pero yo no quise irme, preferí quedarme.

Ahí empieza mi vida laboral en la fábrica. Yo entré en los talleres de verificación: era verificar todas las piezas del contador. Yo era la oveja negra desde que entré, porque echaban horas extraordinarias y yo me negué, entonces a mí me mandaban con 'la vasca' y yo encantada, en la prensa me lleve mucho tiempo con la gente de afuera. No había trabajo de hombres o mujeres, en lo demás sí. Los sueldos entre hombres y mujeres eran iguales. Nosotras éramos especialistas, después estaban los administrativos, los delineantes, los maestros, los encargados, pero después los trabajadores y trabajadoras éramos especialistas, daba igual que estuviésemos en un sitio que en otro. Cuando yo entré mi turno era de 8 a 5 y salíamos de 1 a 2 para comer. Se picaba cuando empezabas el trabajo. Cuando llegabas tarde te penalizaban y te quitaban media hora. En montaje se trabajaba por tareas en verificación. Solamente una vez estuve en la cadena de pintura que estaba en una mesa y ahí, si tenías que ir al ritmo de los demás para no dejar piezas sin pintar, ese era el único trabajo de verificación que tenía control. Los encargados eran todos hombres, pero esa fábrica no ha sido muy conflictiva en su comportamiento.

Yo era la oveja negra del taller porque no quería horas extra ni era pelota; porque allí la gente era muy pelota del maestro: te beneficiaba en que te daba los trabajos más flojitos y en la última época tenía un maestro que yo... bueno, en la última época empezó la cosa mal, pero yo me vine del acoso y el agobio que tenía con el maestro, porque a mí me daba todo lo peor y además quiso echarme ¡que eso no había pasado en la vida! Un acoso que bueno, ahora me

podía pillar, porque estoy hablando de hace muchos años y no es que tampoco yo fuese tonta ni nada de eso, pero no sé, me cogería a mí en una hora... o que ví el momento deirme y ya está.

La gente que entró cuando yo lo hice era gente muy joven. Las mujeres no tenían problemas, había madres solteras, las que se quedaban embarazadas se podían quedar en la fábrica si querían, y las que se casaban tampoco tenían problemas. Tampoco había problemas con los medios de transportes, porque el que no tenía coche, venía en autobús. Los problemas que había en la fábrica eran de salario, yo no lo recuerdo ya, pero nosotros estuvimos luchando por muchas cosas, es que había cosas que reivindicar. No recuerdo por qué el comedor duró tan poco, y por qué no hacían allí la comida en vez de llevarla nosotros para calentarla.

En el año 1969 cuando entro en la fábrica, los enlaces sindicales eran del sindicato amarillo –como le decíamos–, pero dentro de eso era gente que se movían, eran gente combativas, lo que pasa es que luego después cuando creamos las Comisiones Obreras, ya fue distinto, ahí estaban: Aro, Juan Duran, Macarro, Miguel Portilla, Sandino, Vejarano... Después de asistir a la charla que dio Comisiones en Los Pájaros que me gustó, me puse en contacto con la gente de mi fábrica y como de todos era sabido quienes eran, porque además ellos lo decían, y era de dominio público quiénes eran los enlaces. Ellos desde el primer momento que se presentaron no lo llevaban como cosa clandestina. Allí no ha estado clandestino nunca nadie, ni siquiera la gente que eran del Partido Comunista, allí todo era de dominio público. Yo me puse en contacto con Juan Duran y con Aro que eran los más... porque yo quería afiliarme al sindicato de Comisiones Obreras y participar, de hecho en una de las elecciones salí yo de enlace sindical también, poco tiempo pero estuve, sería por el setenta y siete o setenta y ocho. En los momentos que yo me afilié en el sindicato había también mujeres, la gente del sindicato hablábamos en la fábrica, pero si había algo interesante fuera también participábamos.

Recuerdo que yo tenía un piso en Nueva Sevilla que estaba medio vacío y allí nos reuníamos y guardábamos propaganda. ¡Vamos que he tenido todos los periódicos que se hacían! Cuando estába-

mos en la calle O'Donell, con la máquina de esas antiguas, íbamos Macarro, Manolo –el que está en TUSSAM ahora– y yo, para hacer el periódico Realidad con la maquina esa de entonces, y allí se guardaba la propaganda de Comisiones Obreras y del PCE. También recuerdo haber tenido reuniones del Partido en ese piso.

En la parte de abajo de la fábrica estaban los laboratorios y el almacén, en esas dependencias solo trabajaban hombres, en la prensa también trabajaban solo hombres. En las líneas mecánicas había tanto hombres como mujeres, en verificación también mujeres y hombres, como en el tema de regulación que también era de hombres y mujeres, y en montaje la mayoría éramos mujeres; en bobinas también había hombres y mujeres. Las oficinas en su mayoría eran hombres más la telefonista y otra chavala más. Yo de delineanta no podía entrar, porque no querían mujeres en la oficina. En la fábrica no había peones solo especialistas. Los que subieron de encargados yo creo que lo hicieron por la cara, por influencias, o no sé si porque a lo mejor trabajaba muy bien o porque llevaba muy bien ese tema, no sé...Pero de lo que si me acuerdo, es que no subió nunca una mujer de encargada.

Cuando entré, me pusieron al lado de una compañera y ya está, allí no se dedicaba nadie a enseñarte, te dicen: «Tú te pones al lado de esta compañera y ella ya te explica», así era la manera de ir aprendiendo. Al principio la gente te echaban una mano, pero después había muchas rencillas, sobre todo cuando ya se definieron los sindicatos, porque las Comisiones Obreras y UGT ya había en la empresa; pero luego cuando salió el de los del MC, ahí es cuando empezó la guerra, eso hizo que hubiese mal ambiente entre los compañeros y mucha tensión.

Me impactó mucho una huelga que hicimos en la que nos quedamos allí encerrados. Creo que fue porque estábamos negociando el convenio. Pero como era la primera vez que nos encerramos y la empresa no estaba acostumbrada. Vino la policía, subió a arriba a las oficinas donde estábamos encerrados y claro, como Aro era uno de los cabecillas se lo llevaron en el furgón. A las diez de la noche me asomé al balcón, era domingo, y no se veía nadie por la calle. Por lo visto dieron una falsa alarma y vinieron tres coches de bomberos.

Entonces me vuelvo a asomar al balcón, era como si viniera la gente de la feria, todo el barrio estaba allí, niños, mujeres y hombres, toda la calle llena de gente. Y es que allí se escucha una ambulancia o los bomberos y de momento toda la calle se llena de gente. Se concentraron en la puerta de la fábrica gritando para que soltaran a Aro ¡al final lo soltaron! Nosotros nos quedamos en la puerta con la gente hasta que la policía se cabreó y empezó a dispersarnos, yo me fui a mi casa corriendo porque empezaron a dispersar con las porras. La verdad es que allí estuvo todo el barrio y es que ese barrio es muy solidario.

Aquello fue para un convenio, pero como después hemos hecho tantas manifestaciones... Algunas veces hemos salido de la fábrica para manifestarnos ¡pero eso sí, saliendo todos juntos! También hicimos marchas lentas y es que hemos hecho muchas manifestaciones. Las iniciativas salían de la gente de Comisiones Obreras, eso está claro, y luego se unían otra gente, pero la iniciativa y decir vamos a hacer una asamblea aunque sea en hora de trabajo era de Comisiones. De momento nos reuníamos allí en un pasillo y luego se iba corriendo la voz de... ¡Hay asamblea!

Yo me presenté en el año 1977 en las elecciones democráticas. Nos presentamos 6 ó 7 compañeros y yo era la única mujer, después ya hubo otras, como Mari de los Santos, Maruchi, e Isabel Cara, pero eso fue ya más adelante. Yo estuve en la Sección Sindical de Comisiones Obreras y en el Comité de Empresa, donde estoy hasta el año 1982. Después no me presenté más porque había muchas críticas con los permisos sindicales, y yo no quería pasar por eso. Porque al final da lo mismo que esté o no en el Comité, porque a la hora de cualquier acción o cualquier cosa que se organizara iba a estar al pie del cañón.

Dentro del Comité, recuerdo que organicé unas jornadas para las mujeres en el salón de actos al que llevé a Amparo Rubiales, que en aquella época estaba en el PCE. También colaboré en un periódico que teníamos en aquella época con artículos sobre las mujeres. Las mujeres de Landis al principio no eran muy participativas pero después ya progresivamente lo fueron haciendo. Bueno, cuando se presentó la CU «Comité Unitario», fue un sindicato que salió de una

corriente que crearon entre otros el MC dentro de Comisiones Obreras, cerca ya de la democracia. Eso fue horroroso, yo no sé lo que hicieron que fueron hasta las de montaje, que nunca habían querido saber nada de nada y nos costaba mucho que participaran: cuando hacíamos un recorrido por la fábrica en protesta por algo, recuerdo a las de montaje allí con la cabeza agachada trabajando.

Esta gente de la CU, crearon un ambiente insoportable entre los sindicatos y muchísima tensión entre los propios trabajadores, porque Comisiones Obreras y U.G.T. siempre tuvimos diferencias pero eso no afectaba al ambiente de los trabajadores de la fábrica ni a las relaciones entre los sindicatos. Se olvidaron que el enemigo eran los que estaban en los despachos y no Comisiones Obreras.

Yo iba por Morería durante un montón de tiempo a reuniones y asambleas de la empresa y también para cosas del sector y veía siempre más hombres que mujeres. Me acuerdo de mujeres que destacaron en aquel tiempo, como la mujer de José Nieto, de las dos hermanas Mari Carmen y Charo Muñoz, que eran del PCE.

ESPERANZA CURIEL CAMPOS ¹¹

¹¹ Entrevista a Esperanza Curiel Campos, por Mercedes Liranzo y M^ª Carmen Ramos. Sevilla, 2015.

«El poder político es simplemente el poder organizado de una clase para oprimir a otra».

Karl Marx

Mi nombre es Esperanza Curiel Campos. Nací en el año 1949 en Triana. Mi padre fue trabajador del muelle y mi madre ama de casa. Soy la segunda de 4 hermanos.

Estuve en el colegio San Jacinto de Triana, pero entonces ir al colegio no es igual que hoy, la mayoría íbamos con temor a los castigos que nos infligían algunas profesoras, además de las normas tan estrictas que teníamos. Cuando entrábamos por la mañana teníamos que cantar el Cara al Sol, o sea, el himno nacional de la dictadura, con el brazo en alto como el más fiel de los fascistas de aquella época. Eso era obligatorio, así como a las doce de la mañana rezar el Ángelus. Pero a la salida nos hacían formar otra vez para cantarlo. Tengo el recuerdo de una profesora, que tenía un anillo bastante grande con una piedra y que cuando nos pegaba, se la ponía con la piedra hacía la palma de la mano para hacernos más daño.

Como mi experiencia en el colegio fue tan frustrante, empecé por indignarme por toda aquella situación y me entró ganas de dejar el colegio. En realidad a mí me gustaba estudiar, además de ser una gran lectora –aún hoy lo soy–, aprendí muy pequeña a leer y recuerdo que le leía a mi familia por las noches, pero al final, decidí dejar el colegio y ponerme a trabajar en lo que siempre me había gustado, coser. A los once años empecé a trabajar en un taller de modista ganando cuatro pesetas. Allí estuve trabajando sin seguridad social ni nada. Entonces no era fácil que en aquella época te asegurasen y a esa edad éramos mano de obra barata. Allí estuve hasta los dieciocho o los diecinueve.

Viviendo en el Polígono de San Pablo, creo recordar que en 1968, conocí lo que era la Unión de Juventudes Comunistas de España (UJCE), en un local que la Iglesia nos cedió sin saber el uso que le íbamos a dar. Solo sabían que era para la juventud del barrio, pero ignorando que era para la juventud más comprometida de entonces, y que detrás había un partido político. Allí fue donde yo empecé a conocer a las juventudes del Partido Comunista de España (PCE).

Ingrese en el PCE, y ahí empezó mi compromiso y mi actividad a todos los niveles. Nos dedicábamos a hacer octavillas de una manera muy rudimentaria, asistir a manifestaciones, charlas, repartir en mano octavillas en las puertas de las fábricas a las 5 ó 6 de la mañana para convocatorias de huelga, etc.

Recuerdo que estaba trabajando en el taller de costura y, como no trabajaba ocho horas sino que trabajaba hasta diez y doce, tenía las horas muy limitadas para hacer cosas para la organización, pero aun así, lograba colaborar. Cuando teníamos que hacer octavillas me llevaba la vietnamita y en el cuarto de baño del taller la montaba en el tiempo de descanso, para después, hacerlas con una compañera de trabajo, porque aunque esta compañera no estaba en el Partido, me ayudaba a hacerlas. Generalmente eran octavillas que convocaban a participar en las manifestaciones que las Juventudes Comunistas organizábamos algunos miércoles en el Polígono de San Pablo. En el piso de arriba del local donde nos veíamos –nunca se lo pudo imaginar–, vivía el famoso torturador de la policía secreta «Colina». Cuando convocábamos manifestaciones, todos procurábamos ser exactos en la hora de la cita y si era a las ocho, aunque antes eran menos exactos los relojes, todos estábamos por allí a esa era en punto, escondidos por los callejones, en los portales, o donde podíamos. A las ocho en punto, tirábamos las octavillas y salíamos corriendo, no dábamos lugar a que apareciese la policía

Cuando tenía aproximadamente unos 18 o 19 años; justo cuando me fui del taller de costura, me coloqué en los almacenes INDUSTRICO de El Corte Inglés. Como yo iba con el oficio aprendido, me dieron el puesto de repasadora; nos lo dieron a seis o diez mujeres, no recuerdo el número exacto, de 3.000 que éramos.

Empezamos a crear un grupo de trabajadoras que queríamos organizar allí el sindicato de las Comisiones Obreras, lógicamente empezamos a destacarnos como grupo. A partir de entonces tomaron muchas represalias contra nosotras. Estuvimos en Madrid pidiendo tomar contacto con un grupo de Comisiones Obreras, que al final no lo pudimos tener y nos tuvimos que volver.

Lo que pasó en INDUICO conmigo fue increíble, fui una de las más represaliadas. El jefe de producción, me acuerdo del nombre (de este sí), se llamaba Paco Heredia, que por cierto, el olor de la colonia era Barón Dandi, no se me olvida, cada vez que veo o huelo a Barón Dandi, miro para atrás. Este hombre era un cerdo total. Me llamaba diariamente por la megafonía de la nave. Las compañeras cuando me veían pasar ya sabían a donde iba. Este hombre me metía en el despacho, me decía que era uno de los nuestros para engañarme ¡como si él supiera, que era ser, uno de los nuestros!, decía que él, aunque fuese el jefe, conocía a gente de Comisiones, gente como él, gente de izquierdas que se movían mucho y que él era también uno de ellos; me decía que por qué no le daba nombres de los demás compañeros que había allí, porque él sabía que allí había más gente. Eso era diario, era una situación horrorosa.

Era un hombre que me llevaba..., yo tendría 20 años y él 40. Intentó que fuese al cine con él. Cuando yo llegaba al despacho me decía: «Siéntate Esperanza, anda», yo le decía que no, que me dijera lo que me tenía que decir, que me iba, que tenía que estar en mi puesto de trabajo; pero él insistía y decía: «Pero si nosotros somos amigos...»

Yo vivía una situación que ya no podía con los nervios, y empecé a tener taquicardia. La situación por la que yo creo que ellos notaron en mí que había algo, es porque un hermano mío en una caída que hubo de la construcción, lo detuvieron. Mi hermano estaba haciendo la mili y le hicieron un consejo de guerra. No le salió nada, pero nadie le pidió disculpas por los seis meses que estuvo en la cárcel. No se pudo demostrar que estuviese en la manifestación. Los jefes intentaban saber todo de nosotros, e incluso se interesaban por tu familia para saber qué clase de persona eras. Cuando veían a alguien destacado se imaginaban lo que podía venir detrás, porque

lo que querían era cogerte por algún sitio, es por eso que sabían que mi hermano estaba en la cárcel.



Esperanza Curiel con 24 años.

Estando allí trabajando, me reunía con gente del gremio del textil a nivel de partido. Un día fueron a mi casa dos policías y yo no estaba, solo estaban mis padres. Les dijeron que me presentara en comisaría. Al otro día me presenté muy tranquila, porque me dijeron que me hiciese la tonta. Yo no me solía pintar, pero ese día iba hacia comisaría toda pintadita, con ropitas de pijita, mucho oro, y las uñas pintadas, algo que tampoco solía hacer.

Cuando llegué allí me metieron en una sala y empezaron a preguntarme a la vez que me enseñaban un libro con muchas fotos, si yo conocía a los que ellos me iban señalando. A algunos si los conocía, pero como es natural, yo decía que no conocía a nadie y que a mí, por

qué me enseñaban las fotos de aquella gente, que aquella gente quién era. Me dijeron que a continuación iba a venir el jefe, ¡cómo en las películas, vamos! Me dejaron sola, pero yo me salía de la habitación y en alto me ponía a decir: «¡Oiga! ¿¡Cuándo va a venir el jefe!?».

Ellos me decían que me metiese para dentro. Pero yo me volvía a salir fuera de la sala y en alto, les decía que porqué tenía que esperar y que cuando iba a venir el jefe; que mis padres estaban abajo esperándome y estarían ya intranquilos porque llevaba ya mucho tiempo allí, y que yo no sabía que querían ellos de mí. Total que ya se hartarían de tenerme allí, pensando seguramente que yo era tonta del todo. Al final me dijeron que me podía ir a mi casa.

Cuando la empresa vino a Sevilla no estaba en Su Eminencia, estaba en una nave en La Carretera Amarilla y nos cambiamos porque les convenía a ellos. Las vacaciones las teníamos en una fecha de julio a agosto, o de junio a julio, no lo recuerdo bien, pero las teníamos siempre en la misma fecha. Yo tenía alquilada una casa con unas amigas en Chipiona, pero de un día para otro vimos como en el tablón de anuncios que las vacaciones las alteran, porque a ellos les interesaba por el traslado de la empresa. Entonces yo hice de momento una movilización en la nave. Les dije a las compañeras que eso no podía ser, que eso nos lo tenían que avisar con un tiempo de antelación. Eso fue a la hora del bocadillo y cuando a las 11 suena la sirena, todo el mundo se va a sus puestos de trabajo. Los jefes empiezan a acercarse a mí y me dicen que no me mueva de allí; me tuvieron allí hasta que todo el mundo se fue. Entonces digo que me voy, pero me dijeron que no, que yo me quedara. Se pusieron como diez o doce jefes a mí alrededor, como si hubiese hecho algo horrible o fuese una terrorista. Solo por haber dicho que había que avisar con un tiempo de antelación las vacaciones. Entonces me llevaron al despacho con todos los jefes: yo allí tan jovencita..., y todos ellos a mi alrededor... Empezaron a decirme que yo por qué alteraba el orden, cuando no era verdad que tuviese una casa alquilada, puesto que la situación que yo tenía; un padre jubilado y un hermano en la cárcel... que cómo iba yo a poder ir a Chipiona, que eso era un pretexto para alterar el orden. La situación ya me era tan insoportable que se me hacía difícil poder estar allí.

Llegó a tal punto mi situación, que como he dicho anteriormente empecé a tener taquicardia. Una vez aparecí debajo de una mesa y no recuerdo cómo me metí. Sólo tenía una mesa que era donde revisaba las prendas y aparecí debajo sin saber porque, todo ello motivado por la tensión tan grande a la que estaba sometida. De allí me llevaron al botiquín, y allí a oscuras me pusieron en una camilla para que me relajase. ¡Esa era la situación que se vivía allí!

De buenas a primeras me ascienden. Me ponen de encargada en la empresa aunque yo les dije que no, que yo no quería ser encargada, y me insistían que sí, que tenía que ser encargada, encargada-revisadora, yo les decía que no, que yo no servía para eso, que yo no quería ser encargada. ¡Pues al otro día estaba de encargada! Entonces las encargadas tenían babis azul marino y las trabajadoras celestes. A mí me dieron el de encargada. Me dieron un liíto con el babi para que lo hicieran en azul marino, aunque yo me negara porque no quería ser encargada. Todos los días me llamaban para decirme que qué hacía con el babi celeste, que el que tenía que tener puesto era el babi azul. Todos los días y no fallaba uno, me llamaban a cada momento por la megafonía de la nave: «¡Esperanza Curiel, acuda a dirección!». La gente ya me miraba y me tenían como una heroína. Cuando llegaba allí, todo el problema era por el babi que yo me negaba a poner, hasta que alguna vez me tuve que hacer el babi.

Cuando me hice el dichoso babi mi situación seguía igual. Había dos máquinas de café, una la frecuentaban las trabajadoras y otra las encargadas, yo me iba a las máquinas de las trabajadoras, pero desde arriba, desde el despacho, veían el babi azul en la máquina de las trabajadoras y me llamaban por la megafonía al despacho del jefe de personal o de producción. Una vez allí me dicen:

– Vamos a ver, las encargadas tienen que estar con las encargadas, y tú te sigues relacionando con las trabajadoras y eso no puede ser.

– Mire usted Paco –le dije– me habéis hecho encargada sin yo querer serlo, que por cierto el sueldo es el mismo, me habéis hecho ponerme un babi que yo no quería. Yo estoy aquí para trabajar las ocho horas e irme y no como el resto de los encargados, que se que-

dan más horas. ¡Yo no! Yo estoy aquí para trabajar las ocho horas e irme a mi casa. Ahora no va a decidir usted las amistades que yo voy a tener. Yo, voy a decidir mis amistades, si quiero estar con las encargadas, las trabajadoras, las limpiadoras o con quién quiera lo haré, porque no va a decirme nadie con quien me relaciono.

Pues nada, esto fue otra de las situaciones que sufrí allí. Yo revisaba... no sé cuántos pantalones, y aunque había varios controles, a mí se me podían pasar pantalones hasta con un pernil menos de la velocidad que llevábamos revisando. Para castigarme más todavía, un día me llamaron porque unos pantalones tenía que llevar un pespunte a un milímetro y se me pasaron a dos, por eso me pusieron una falta dentro del mes. Por tres cosas parecidas eran faltas graves y me podían echar, tres faltas leves se convertían en una grave, así que me echaron.

El día que me echaron, me llamaron y me llevaron allí donde había un montón de pantalones para enseñarme el pantalón con el pespunte mayor. Yo les decía que era absurdo que me dijese eso, que era normal que se me pasase, para eso estaba la otra revisión, para controlar. Pero como ya era una acumulación... por eso me echaron a la calle.

Cuando me comunican el despido me preguntan qué iba hacer ahora, y les digo que denunciar. Entonces era Aurora León la que me iba a defender –yo tenía amistad con ella entonces–. Me dijeron que ese año había tenido el Corte Inglés e INDUICO a la vez, un premio por no haber tenido ningún problema con los trabajadores, y yo no iba a ser la primera. Me dijeron que me daban en ese momento un papel en blanco para que yo les dijera que cantidad quería y después me arreglarían el paro si yo no los denunciaba. Que yo era la que decidía que quería hacer. Les dije que no quería nada, que prefería denunciar antes de coger el dinero. Pero Aurora León me dijo que ya era absurdo que siguiéramos, porque si ponía una denuncia iba a la calle al tener tres faltas leves acumulativas que es una grave. Ella creía que era mejor llegar a una conciliación y que me quedara el paro. Además me indemnizaron con 70,000 pesetas o algo así. ¡Ese fue mi paso por INDUICO!

El dinero del despido me sirvió para poder casarme con mi novio e irnos a Huelva, donde él llevaba siete u ocho años organizando el PCE. Allí estuvimos viviendo dos años más, para poder seguir con la responsabilidad que tenía con el Partido.

DULCE DEL MORAL CABEZAS ¹²

¹² Recogido del libro «Dulce del Moral» de Olga Sánchez Liranzo y M^a del Rosario Rodríguez Cordones. Por Mercedes Liranzo.

*«El camino hacia la igualdad es irreversible.
Se tardará más o menos, pero al final las
mujeres lo conseguirán, es algo imparables».*

Dulce Moral

Dulce del Moral Cabezas nació en Luque (Córdoba). Su padre, Francisco del Moral era de Jaén, trabajaba como jefe de estación en Renfe. Su madre, Manuela Cabezas, era de Roda de Andalucía. Dulce fue la mayor de cinco hermanos.

Dulce fue una niña precoz, con cinco años ya sabía leer, aprendió sola preguntando como sonaban las letras. Poco después descu-



Dulce del Moral de jovencita por la calle Feria.

brió su vicio insaciable, la lectura, eso la llevó a leer miles de libros a lo largo de su vida. Desde sus primeros años de adolescencia se mostró rebelde e inconformista y no estaba dispuesta a seguir el camino que la sociedad, sobre todo la iglesia y la derecha española, le tenía reservado a las mujeres. En esta época estaban destinados a Cádiz. Pasado el tiempo, el padre se vio obligado por la tuberculosis a permanecer en reposo, por lo que Dulce tomó las riendas de la situación cubriendo el puesto de su padre. La conocían como «la niña de la estación».

Cuando llegan a Sevilla, las dos hermanas tuvieron que ponerse a trabajar en el servicio doméstico ya que eran las mayores, Dulce con diecinueve años y Paca con quince años. Al poco tiempo dejó ese trabajo para iniciarse en la costura de la cual lo desconocía todo y que luego sería su profesión.

Con la conciencia política y sindical que Dulce ya había ido adquiriendo gracias a su padre, al llegar a la capital andaluza comenzó a relacionarse rápidamente con jóvenes pertenecientes a la izquierda sevillana. Ingresó poco después en las juventudes comunistas del PCE sevillano entre los años 1932 y 1934, llegando a conocer muy bien a José Díaz, Saturnino Barneto y Manuel Delicado. Fue en estos años cuando conoce al que sería su compañero de por vida Ventura Castelló Hernández. Procedía de familia de clase media. Era aparejador. Él era un gran lector, poseía una de las mejores bibliotecas privadas de la ciudad y era vendedor de libros de una editorial. También fue militante del PCE (línea trotskista) desde los diecisiete años, y también sufrió encarcelamiento y agresiones a pesar de la proclamación de la Segunda República, ya que el PCE seguía siendo ilegal. Ventura era un miembro importante dentro del PCE sevillano, llegando a formar parte de la ejecutiva del comité andaluz.

En 1934 Dulce del Moral abandona su militancia del PCE sevillano, se supone que por desavenencia con sus camaradas de partido y se integra pronto en las filas socialistas. Ventura seguirá un tiempo más con las responsabilidades del comité regional del PCE en Andalucía. En 1935 fue vicepresidente de la Asociación Pro-Infancia Obrera y en julio de ese año, Secretario General del Socorro

Rojo Internacional, luego será expulsado del PCE, aunque no se saben a ciencia cierta los motivos. Para Ventura la salida del partido tuvo que ser más difícil, ya que había militado desde los diecisiete años hasta los treinta y un años, dejando a sus hermanos, José y Rafael y a muchos amigos que continuaban en el partido.

Dulce se mostró una ferviente socialista, participando en el Comité Pro-infancia de la Asociación Amigos de la Unión Soviética, llegando incluso a desfilar con su uniforme de las Juventudes Socialistas, con falda roja, blusa blanca y boina roja. Durante sus primeros años en la UGT, se dedicará a trabajar en la Comisión Agraria, dado que le gustaba trabajar con los campesinos.

En 1934, fruto de su vida en pareja, Dulce y Ventura tuvieron a su primera hija, a la cual le pusieron «Asturias» en homenaje a la Revolución Asturiana de ese año. El destino quiso que la niña tuviese el mismo final que ese movimiento obrero y a los seis meses murió.

A pesar de su actividad política y de su compromiso en las filas del PSOE y de la UGT, ni Dulce del Moral ni Ventura Castelló tenían puestos de responsabilidad durante la II República, porque acababan de llegar al PSOE en calidad de «ex militantes del PCE» y, por tanto necesitaban un tiempo para ganarse la confianza del partido. Aun así, Dulce se convirtió en una gran activista de la izquierda socialista sevillana, nada teórica o intelectual, en la que tan solo llevaba un par de años, pero fue suficiente para que se consolidaran sus convicciones políticas e ideológicas que le acompañarán toda la vida. En 1936 tiene su segunda hija a la que volvieron a poner «Asturias», en recuerdo de la primera.

Cuando estalló la guerra, Dulce del Moral tenía 23 años, estaba viviendo con Ventura Castelló Hernández. En esos días la pareja vivía en casa de la madre de Dulce (Manolita) con sus hermanos Paca y Salvador en Ciudad Jardín. Por aquel entonces Ventura Castelló trabajaba para el partido socialista y la UGT, y Dulce del Moral, aunque continuó su trabajo como modista, participaba activamente como afiliada en ambas organizaciones. Ventura Castelló estuvo gran parte del tiempo de la guerra escondido en casa de su madre,

en un escondite hecho entre el tejado y el techo raso, en algunas ocasiones estuvo acompañado por su hermano Pepe y de su buen amigo comunista Antonio Sanz Carmona.

El 27 de julio 1936 Dulce del Moral fue detenida junto a su hija de 6 meses en su domicilio por la Guardia Civil, que sin explicarle el motivo de su detención le preguntaron que donde se encontraba Ventura Castelló Hernández, con quien ella hacía vida matrimonial, contestándole ella que lo ignoraba. A partir del 26 de julio al 31 de enero de 1937, en el que llegó a la Prisión Provincial, Dulce fue testigo del horror y la violencia ejercida por los sublevados. En esos meses en que Dulce fue de comisaria en comisaria vivió situaciones verdaderamente trágicas como ella contaba. A las personas allí detenidas, antes de ser fusiladas o trasladadas a las cárceles, se las interrogaba, sufriendo a veces palizas y torturas inimaginables, pero las mujeres, además de soportar esas torturas, se vieron en muchos casos, sometidas a violaciones.

A los pocos días de su detención tuvo que ir a declarar a la Delegación de Orden Público. A continuación la trasladaron a la Plaza de los Terceros, un cuartel que se improvisó como cárcel. En la parte de abajo estaban los hombres y en la parte de arriba las mujeres, donde había diez detenidas en dos habitaciones.

De la Plaza de los Terceros fue trasladada a la calle Jesús, a una casa que adecuaron para meter a las presas. Allí Dulce estuvo mucho tiempo y, como en otras cárceles, asistió de nuevo con temor a las violaciones de los golpistas. En estos meses además de las violaciones, se producían continuas y numerosas ejecuciones. Por fin el día 29 de diciembre Dulce fue trasladada a la Cárcel Provincial de Sevilla en calidad de «rehén» con 23 años y su hija Asturias ya de casi un año. Durante ese traslado de la calle Jesús a la Cárcel Provincial se dio cuenta que la ciudad no estaba, como ella esperaba, de luto, ensombrecida, humillada, destrozada...por los acontecimientos que habían tenido lugar el 18 de julio. Se encontró en cambio y para su sorpresa, una ciudad que se preparaba, como si nada hubiese ocurrido, para celebrar el Año Nuevo y los Reyes Magos. Dulce recordará estos momentos con gran amargura, impotencia y tristeza al ver cómo «Sevilla la Roja» se había transformado en aquella

pantomima de ciudad. Cuando ella llegó a la cárcel provincial, la sala estaba tan llena de mujeres que no sabía dónde meterse con su hija Asturias, al parecer una mujer llamada Ana Paris que la vio llegar le dijo que se fuera con ella que le haría un hueco.

La cárcel obviamente no reunía las condiciones adecuadas para criar una niña tan pequeña: el frío, la humedad, la falta de higiene, la mala alimentación en su mayoría a base de amortas: las peladuras de las verduras y frutas sin lavar y sin pelar en muchos casos, las enfermedades contagiosas, la falta de espacio para dormir etc. Ante este panorama tan desolador Dulce se vio obligada a tomar una dura decisión: separarse de su pequeña. La dejó al cuidado de la persona en quien más podía confiar, su hermana Paca, que a partir de entonces se ocuparía de su sobrina con todo el cariño del mundo. Estando Paca, ya al cuidado de la pequeña, apareció en su casa la guardia civil, exigiéndole que le cambiara el nombre de Asturias, así tuvo rápidamente que buscarle un nombre alternativo, el único que se le vino a la cabeza en ese momento fue el de María, y a partir de entonces Asturias pasó a llamarse María. Durante esos años de encarcelamiento de Dulce, con Ventura escondido, su familia, concretamente su madre, su hermana Paca y su hermano Salvador se hicieron cargo no solo de la pequeña María sino de llevar a Dulce algún que otro cesto de comida y a su hija María para que la viera.

En Agosto de 1939 Dulce es puesta en libertad, pero está gravemente enferma de tuberculosis y como consecuencia perderá un pulmón. No se murió gracias a su tremenda voluntad. Una vez el médico le dijo a su madre que no merecía la pena que se le hiciese nada porque se iba a morir, pero ella se enteró y dijo que no se iba a morir que ella tenía una hija y la tenía que sacar adelante. Al no haber entonces penicilina, le costó salir adelante, estuvo varios años en la cama.

Meses antes de la puesta en libertad de Dulce, tuvo lugar la detención de Ventura Castelló en un intento de escapar del país el 12 de mayo de 1939. Lo detuvieron junto a su hermano José Castelló y Antonio Sanz; partieron de forma clandestina desde Sanlúcar de Barrameda en un barco americano con rumbo a Argentina, pero

antes de que el vapor llegara a alta mar fueron descubiertos. Fue trasladado al penal de San Fernando.

Ya en libertad, Dulce tuvo la ayuda y el apoyo de toda su familia, que había estado velando por su bienestar y la de su hija durante todo el tiempo que estuvo en la cárcel, también tuvo toda la solidaridad de los militantes del partido socialista en la clandestinidad que le ayudaron a sobrevivir, sobre todo de Celestino Tejeiro, un gran amigo suyo.

En unos primeros intentos de reorganizar el partido socialista en Sevilla, Dulce del Moral juega un papel fundamental. Ella lideraba el grupo de Ciudad Jardín y aunque existían otros grupos que también se estaban reorganizando, como el del Cerro o el de Nervión; estos no tenían demasiado contacto entre sí. Luego muy lentamente irán contactando. Pero con la llamada redada de La Centena la frustración hizo acto de presencia. La redada fue una persecución contra los comunistas y fue uno de ellos, el joven José Ríos, el que tras una tortura atroz, dio entre otros, el nombre de Dulce. Así nuevamente ingresara en la Prisión Provincial de Sevilla el 28 de septiembre 1941, hasta el 27 de junio del año siguiente en que es puesta en libertad.

El 15 de enero de 1943 por fin es puesto en libertad condicional Ventura Castelló, el amor de su vida, volviendo a ser detenido del 10 al 31 de marzo de ese mismo año. Pero ahora tenían un reto por delante, normalizar los lazos familiares, sobre todo con María que había ido creciendo sin la presencia de sus padres.

Una vez se encuentran libres, pero sin trabajo y con una situación general de pobreza, Dulce y Ventura iniciaron una nueva etapa bastante bohemia, en la que incluso algunos amigos le llevaron comida para subsistir, esa situación les hizo plantearse en algún momento la posibilidad del exilio. Después, con el tiempo a Ventura le fue bien en su trabajo como arquitecto y llegaron a tener un nivel de vida bastante desahogado.

De nuevo se intentó poner en marcha el engranaje del partido con el apoyo fundamental de Dulce y de Ventura. Su casa siempre fue núcleo de reunión y de encuentro entre todas las personas que

militaban; utilizaban reuniones familiares y celebraciones para no levantar sospechas. No se sabe cuántas veces acudió Dulce a Toulouse. Una de las actividades que Dulce desempeñaría en Toulouse sería la de ser el contacto directo entre Andalucía y el exilio, con el consiguiente peligro que ello suponía.

Es de justicia destacar el papel importantísimo que tuvo en la vida de Dulce su hermana Paca, ella se dedicó por entero a la organización de la casa y a atender a todas las necesidades de su familia, ya que hubo un tiempo en que todos coincidieron en la casa de Ciudad Jardín; eso le permitió a Dulce dedicarse por entero a sus actividades políticas. Su hermana Paca, aun siendo de izquierda, prefirió ser el alma de la casa y facilitar que los demás de la familia se dedicasen a la lucha política.

De la mano de Alfonso Fernández Torres, Dulce y Ventura conocieron a un nutrido grupo de jóvenes, entre ellos Felipe González, Alfonso Guerra. Se trataba de una juventud que estaba agrupada por clubes, y que poco a poco irían interconectándose. Esto sería un soplo de aire fresco para personas como Dulce y Ventura, ellos pusieron su casa a disposición de esta nueva generación que venía con ganas de pasar a la acción para provocar ese cambio político que tanto ansiaban, y por supuesto reorganizar el partido. Dulce fue una pieza clave en la reorganización del partido, sobre todo a partir de 1965 que es cuando se implica más a fondo. Como activista de primera, como mujer fundamental de base, pronto empezó a comprometerse de lleno en esta nueva etapa. También se incorporaría a este grupo de jóvenes su sobrina María Rosa Gamero del Moral, hija de Juan y de su hermana Paca, la cual fue detenida en el Estado de Excepción de 1969 en una caída donde detuvieron y deportaron a mucha gente de izquierda de toda España.

Dulce fue líder del PSOE Histórico y encabezó el PSOE histórico en la provincia de Sevilla, también fue candidata al Congreso.

La muerte de Ventura en febrero de 1981, fue uno de los golpes más fuerte que le deparó la vida. Con él, se fue su compañero, su amante... él, lo era todo para ella. Pero una vez más supo guardar la serenidad que siempre había mostrado en los momentos más trágicos.



Dulce del moral en los años 90.

cos de su vida. Dulce no soportaba la ausencia de Ventura, así, que abandonó el barrio donde vivió casi toda su vida para irse a un piso en Mairena del Alcor con su hermana Paca y su cuñado Juan Game-ro, dos personas esenciales en su vida. Pero cuando poco a poco se fue recuperando, volvió a su acostumbrada actividad política.

En los años 80 desde la UGT se centró en los problemas de la mujer y proyectó la Asociación para la Defensa de Mujer, creando la primera casa refugio en Sevilla para las mujeres maltratadas, así como cooperativas etc. ¡Fue toda su vida una gran luchadora por la libertad y los derechos de la mujer!

ANA ESTEVE GONZÁLEZ ¹³

¹³ Grabación y testimonio, por Ana Esteve González y Mercedes Liranzo. Sevilla, 2016.

*«Sangre que se desborda,
juventud que no se atreve,
ni es sangre, ni es juventud,
ni reluce ni florece».*

Miguel Hernández

Nací en 1944 en el barrio de San Bernardo de Sevilla. Mi padre, José, trabajaba como perito aparejador y era natural de Jerez de la Frontera. Mi madre Dolores, era ama de casa y nacida en Sevilla. Somos tres hermanos, dos varones y yo, que soy la única mujer y la mayor.

Tuve una infancia feliz que transcurrió en el barrio de Nervión. Fui al colegio La Sagrada Familia de 1950 a 1954 pero ahí se acabó mi infancia. Mi madre enfermó de esclerosis múltiple, y el hecho de ser yo la única mujer de la casa, fue lo que determinó mi futuro. En esa situación, lo más importante para mí, fue tener que dejar el colegio a los diez años para cuidar a mi madre, hacer las tareas de la casa y además, hacerme cargo de mis hermanos. Todo esto con la ayuda de mi abuela que tenía setenta y tres años.

Mi familia decidió que yo estudiaría Corte y Confección, apartándome así de la formación escolar básica, al contrario de mis hermanos que sí obtuvieron estudios universitarios. En esta época se le daba muy poco valor a los estudios de la mujer, ya que se pensaba que para ella lo ideal era hacer un buen casamiento.

Mi madre murió en 1962, cuando yo tenía dieciocho años y a los dos años murió mi abuela. A los pocos meses aparece en mi casa Isabel del Arco, que yo creo que fue la amiga más importante y que más influyó en mí vida posterior. Su novio militaba en los grupos cristianos de Los Pajaritos, y ella fue la que me abrió la mente y me introdujo en este ambiente. Allí empiezo a contactar con una serie de personas que eran muy interesantes, por sus charlas, sus reuniones: en realidad era por todo.

Con Concha, otra amiga que apareció también por allí, decidimos matricularnos en el bachillerato. Cuando se lo planteé a mi padre me puso reparos, así que sin desatender a la familia, me busco los medios y me matriculo por libre en el bachillerato por correspondencia que anunciaba la Radio TV de entonces. Termine los cuatros cursos correspondientes, y a continuación el Bachiller Superior en el nocturno del Instituto Velázquez. Ya con treinta me matriculo en la universidad, pero no llego a concluir los estudios.

A partir de 1965, empiezo a participar en los movimientos de base de mi barrio y de otros barrios, como: Los Pajaritos, Ciudad Jardín, Nervión, Cerro del Águila y La Oliva, la mayoría era gente obrera y estudiantes con una gran conciencia social y política. En aquellos tiempos no era fácil reunirse la gente joven sin levantar sospechas del régimen de Franco, por lo que se aprovechaban todos los medios para hacerlo sin peligro, utilizando para ello el club y los centros culturales que estaban legalizados, siendo estos frecuentados por todas las tendencias políticas.



Ana, en la primera fila la segunda por la izquierda, rodeada de jóvenes antifranquista de distintas tendencias.

De 1966 a 1967 tomo contacto con Vanguardia Obrera, una organización cristiana muy lejos de las directrices de la iglesia, en la cual había una juventud muy comprometida con la lucha social. Me comprometo con esa juventud en una lucha dura y peligrosa de entonces, donde a través de ella, empiezo a tener inquietudes por la situación del país. Allí conozco a compañeras y amigas que aunque pase mucho tiempo siempre las recordaré. Me entero por ellas de las detenciones que se estaban llevando a cabo y de que el 1º de Mayo era una fiesta engañosa.

A partir de ahí empiezo profundizar y a interesarme por la Pirenaica, la radio que se puede escuchar, y me doy cuenta que efectivamente, nos están haciendo borregos, que tenemos una situación muy diferente a la que yo pensaba. Así que después de mi toma conciencia social, me voy comprometiendo cada vez más. Tengo reuniones con mujeres amas de casa y con los compañeros y compañeras de Comisiones Obreras. Entre otras actividades, en Vanguardia Obrera me dedicaba con otra compañera a facilitar locales para reuniones clandestinas en iglesias, seminarios, colegios privados, conventos, casas de personas pudientes etc. Muchas veces era para asambleas de Comisiones Obreras. Recuerdo a María Anarte que en este trabajo se encargaba de la cuestión burocrática que facilitaba estas reuniones.

A través de mi novio, persona muy comprometida políticamente, tomo contacto con el Partido comunista (PCE) en el año 1974 o 1975. En este partido político conozco compañeras que fueron muy importantes para conocer realmente la situación política y social que se estaba dando en esos momentos en nuestro país. No era fácil militar en esos momentos en un partido donde te jugabas la libertad y la mayoría de las veces, mucho más.

En la organización, entre otras cosas, repartía panfletos, iba a las manifestaciones, participaba en las pegadas de carteles, hacía entrega de dinero y comida a las mujeres de los camaradas represaliados, sobre todo a los de Uralita, organizaba asambleas de mujeres, también formaba parte de una célula del Partido. En Nervión me dedicaba al trabajo de concienciación de las mujeres en general, centrándome más en las amas de casa y los barrios. Es cuando

conozco a compañeras entrañables muy difíciles de olvidar como, Julia Campos, Patro, Juani, Joaquina Cordero, Charo Núñez María Anarte...

Como consecuencia de todo esto, en Diciembre de 1975 nos detienen a Charo Núñez y a mí cuando íbamos a llevar un manifiesto del Movimiento Democrático de Mujeres en apoyo al movimiento obrero sevillano.

Cuando íbamos en el coche de Antonio –mi compañero–, Charo Núñez y yo, paramos en la proximidad de la casa de la compañera Mercedes, que había tenido un niño. Se baja Charo, y cuando miro para atrás, me doy cuenta que la detienen, que algo pasa; es una sensación de miedo y peligro, por lo que intento irme de allí lo antes posible. En estos casos lo prioritario siempre era limpiar la casa antes de que llegase la policía, o sea, quitar de en medio toda documentación, propaganda ilegal o publicaciones no autorizadas por el régimen franquista que me pudiesen implicar de alguna manera. Pero en mis prisas por quitarme de en medio, me doy cuenta que me he dejado en el coche mi bolso con toda la documentación.

Al día siguiente, después de haber visto que había vigilancia frente a mi casa decido salir, ya que al final tendría que hacerlo en algún momento. Una vez en la calle a unos tres metros, me piden la identificación y al no llevarla me detienen. El coche fue requisado y Antonio detenido.

En las 72 horas que pasé allí, la sensación que tuve fue de impotencia, además del miedo a enfermar en aquellas circunstancias de insalubridad y en unas condiciones higiénicas inexistentes. La celda era un rectángulo de 2x3m, con una superficie a un metro del suelo hecho de cemento, sirviendo lo mismo para dormir que para sentarse. Me dieron una manta, me quitaron el reloj y al tabaco le quitaron las boquillas. Para hacer las necesidades biológicas tenía que pedir permiso, entonces venía el policía para abrirme la puerta, y me acompañaba a unas letrinas que había en el suelo con puertas abatibles.

Todo el tiempo que estoy allí lo paso sin comer, porque lo que me ofrecían era realmente incomible, no ya sólo por la comida, sino

además por el recipiente dónde me la ofrecían; un plato de aluminio que solo verlo se le quitaba a una las ganas de comer.

Me sacaron de la celda sólo para interrogarme, lo hizo un policía muy amable, el cual de manera muy sutil trataba de sonsacarme todo lo que yo sabía, y a lo que yo me cerré en banda negándolo todo. Después me enteré que mi familia me mandó comida y ropas para que me la entregaran, cosa que nunca hicieron.

A las 72 horas me devolvieron el reloj, me esposaron, y me metieron en un furgón –no recuerdo si había alguien más–, en esos momentos no recuerdo el viaje de la comisaría al juzgado debido a mi estado de impotencia al sentirme esposada. Una de las mayores alegrías de mi vida fue ver a la abogada Aurora León y el abogado Carlos Santa Cruz al llegar a los juzgados.

Al final de estos años es cuando en mi domicilio se preparaba el cliché del periódico del PCE Mundo Obrero, después se llevaba a la imprenta clandestina.

Ya en el 1974 con 30 años me matriculé en la universidad, pero no llegué a concluir los estudios. En 1976 me casé y empezó mi marido a trabajar en la librería Pretil. A ella llegaban libros prohibidos por el régimen de Franco, libros que venían de países como: Argentina, Méjico, Chile, Cuba, U.R.S.S, muchos de los cuales tenía que guardarlos en mi domicilio.

A los dos años nace mi hijo y ya mi compromiso se encuentra entre la Asociación de Padres de Alumnos, y la lucha dentro de la enseñanza pública, formando parte de los Consejos Escolares, consiguiendo bastantes mejoras en la enseñanza. He sido presidenta de la Federación de Asociaciones de Mujeres de Cerro Amate, he pertenecido a la directiva de la asociación Ocio y Salud del Cerro del Águila, y en la actualidad soy Presidenta de la asociación Nosotras del Parque Alcosa.

ROSA GAMERO DEL MORAL ¹⁴

¹⁴ Esta biografía, está construida con diferentes fuentes de información por Mercedes Liranzo. La primera parte la he recogido del fondo oral de AHCCOO-A. Hay un párrafo del libro 'Dulce del Moral' de Olga Sánchez y M^a del Rosario Rodríguez; otra parte es del libro 'Del miedo genético a la protesta' de Marcial Sánchez Mosquera; al final de la biografía está su paso por comisaría del libro 'La Dictadura en la Dictadura' y la entrevista que le hacen a M^a Rosa en un patio de la cárcel de Sevilla, Alfonso Martínez Foronda e Inmaculada García para el libro 'La Dictadura en la Dictadura'.

*«Ser joven y no ser revolucionario,
es una contradicción hasta biológica».*

Salvador Allende

Soy María Rosa Gamero del Moral, nací en Sevilla el 14 de Mayo de 1946. Soy hija única y muy querida. Conocí a mi abuela por parte de padre pero murió cuando yo era muy pequeña, tendría yo unos siete u ocho años. Mi padre era de Paterna y mi madre de Morón. Mi madre llega a Sevilla sobre el año 1932.

Vivíamos en una casa de Ciudad Jardín, un barrio de trabajadores, pero nada que ver con los barrios obreros de su alrededor, como por ejemplo El Cerro del Águila, Amate, Los Pájaros, Su Eminencia... Mucha gente de ese barrio trabajaba en HYTASA. Mi casa era muy grande pero todo muy modesto.

Fui a una miguilla cuando pequeña, en ese tiempo se jugaba mucho en la calle con los niños y niñas. No tuve una educación religiosa, sino más bien libre, nada era pecado y me contaban cosas..., es que me crié rodeada de un gran ambiente político, ya que mis tíos habían vivido la República y habían sido personas comprometidas durante la guerra. Mi tía Dulce estuvo en las Juventudes Comunistas del PCE entre el 1932 y 1934, llegando a conocer a José Díaz, Saturnino Barneto y Manuel Delicado. Después dejó el PCE y se integró en las filas socialistas. Fue detenida el 27 de Julio del 1936 durante la guerra civil junto a su hija de seis meses, salió en 1939. Mi tío Ventura Castelló, también fue militante del PCE (línea trotskista) en la República, también sufrió encarcelamiento, a pesar de la república, el PCE era ilegal. Mi tío Ventura fue un miembro importante dentro del Partido comunista sevillano formando parte de la ejecutiva del Comité andaluz. Él poseía una de las mejores bibliotecas privada de la ciudad. Pero ellos, sobre todo ella, nunca dejaron de hacer política.

Mis tíos Dulce y Ventura, no estaban casados, pero mis padres sí. Yo hice la comunión y estuve en Las Salesianas, mis padres no eran católicos, aunque tenían en cuenta lo que pensarán los demás. En mi casa vivíamos todos, padres, tíos, primos hermanos, etc. Yo dormía con mis padres y con un primo en el dormitorio de mis padres.

Mi madre nunca perteneció a nada, pero si ayudaba, era de izquierdas. No sabía leer ni escribir y se dedicó sobre todo, a ayudar a toda la familia. Se hizo cargo de María, la hija de mi tía Dulce del Moral el tiempo que ésta estuvo en la cárcel. Mi madre estaba de acuerdo con lo que pensaba mi tía, pero no era una activista. El papel que jugó mi madre en la familia fue, en buena parte, lo que determinó que mi tía Dulce del Moral se pudiese dedicar plenamente a la política. Se liberó de la responsabilidad de todo lo que concernía las labores de la casa y la familia. Mi tía trabajaba, pero yo la veía como una mujer que dedicaba tiempo a la lectura, la música... así que en esos momentos, me sentía más cercana al mundo de mi tía que al de mi madre, sobre todo por el modelo de mujer que cada una representaba.

Aprendí a leer con seis o siete años, mi vida escolar fue en el colegio Alfonso Décimo el Sabio hasta 4º de bachiller. A mí me gustaba la construcción, era difícil en esa época elegir porque tenía sus ventajas y sus inconvenientes –también el camino económico–, no me sentí frustrada por no hacer otra a cosa. Se barajaba la opción de ser maestra, mi madre prefería ‘aparejador’, porque matrona o médico no estaba dentro de nuestras posibilidades. Fui al Instituto Murillos a matricularme de 5º de bachiller y estando en la cola con mi tía Dulce, –porque yo desde que tengo catorce años soy la sombra de ella–, cierran la taquilla. Al final me matriculo de 5º, todo esto con quince años. Mi madre decía que tenía que coger dos autobuses... en fin todo era problema.

Estudié aparejador y con diecisiete años quieres cambiar el mundo, era una punta de lanza. Tenía que ser una carrera que la pudiese hacer en Sevilla, donde además se estudiaban pocas cosas. Al final decidimos aparejador que había una escuela en Sevilla y que luego podría trabajar con mi tío Ventura Castelló, que también era aparejador.

Al principio era como un mono de atracción. Cuando entré en la Escuela Industrial en la calle Niebla, como era la única mujer, los bedeles tenían permiso para dejarme entrar por la puerta de los profesores para que no me fueran a molestar. No recibí diferencia por parte de los profesores. De vez en cuando alguien me molestaba en la silla de detrás, te la empujaban de broma y tú mirabas y veías que era alguno conocido o no. No tenía mucha relación con los compañeros, sólo con un grupo. En mi casa me prepararon una mesita pequeña para que pudiese estudiar porque en el cuarto no había sitio para nada. Tampoco había libros en mi casa porque mis padres no leían, así que iba a casa de mis tíos Dulce y Ventura para cogerlos, a veces también me iba a estudiar allí porque tenían una estupenda biblioteca.

Cuando terminé mis estudios en la Escuela de Aparejadores, entro en contacto con un grupo de jóvenes socialistas. De este grupo surgieron los máximos dirigentes del PSOE sevillano, regional y nacional. Los contactos que manteníamos por correo con un miembro de La Internacional Socialista y el reparto de propaganda que éste nos suministraba, hicieron que la policía se situara tras mi pista. En 1969, en pleno estado de excepción, fui detenida y llevada a la comisaría de la Gavidia junto a Francisco Rodríguez Martín, José María Romero Calero y José Luis Guillen Vázquez. La policía echó mano en esta investigación, como es habitual, de la tortura. La violencia contra mí no pasó de lo verbal y la presión fue sobre todo psicológica.

No me tocaron un pelo, pero no me dejaron dormir. Me despertaban a media noche y me ponían a dar vueltas por un pasillo de arriba donde había muchas puertas y allí le estaban pegando a la gente porque se oía. Aquello era algo tenebroso, porque me dejaban sola por aquél pasillo mientras oía las torturas. Aquellas fueron noches y días de declaraciones. Aún hoy cuando toca un timbre fuerte me sobresalta, porque cada vez que sonaba el timbre era para subirnos a los despachos para seguir declarando o para pegarte. Lo que hacían era aterrorizarme, asustarme. Además no había una sistemática para el interrogatorio. A veces pasaba algún tiempo sin interrogarme y me relajaba, pero cuando menos me lo esperaba volvían a subirme y a bajarme de forma seguida tres o cuatro veces, de forma

que siempre estaba alerta. A ello se suma el que, en un momento determinado, me carean con mi compañero de las Juventudes Socialistas, Francisco Rodríguez Martín, «Curro», para obtener de ambos una confesión sobre nuestras actividades subversivas. La visión de mi compañero torturado añade una mayor angustia: Curro está como un Ecce Homo, con cardenales desde el cuello hasta las pantorrillas, que me las enseña. Estaba sentado, que no se podía levantar, con la cabeza bajada. Me quedé muerta cuando lo vi. Me dice que no puede más y que no vamos a salir si no hay un responsable, que no podemos tirar de la manta y que tenemos que responsabilizarnos los dos de todo aquello. Y aquello era muy fuerte, porque lo veo fatal, no sé si llora, creo que sí, lloramos los dos y..., no sé el tiempo que estuvimos...

Cuando salgo de comisaría, voy sola en el furgón camino de la cárcel y entro sola. Me meten en el comedor. Llegué allí sobre las 12 de la noche el 28 de febrero. Las reclusas estaban ya acostadas y solamente estaba la oficial de prisiones con algunas reclusas viendo la tele. Me sentaron en la mesa. Me preguntaron si había cenado, les dije que no y me trajeron algo, una sopa o algo así. Y allí estuve un rato. Luego me subieron a un dormitorio en la parte superior. Las luces estaban apagadas. Me llevaron a una cama, no sé si con una linterna, pero no se encendieron las luces porque estaba todo el mundo durmiendo y me acosté. No recuerdo si tenía sábanas, porque al día siguiente me enviaron mi familia. El caso es que me acurruqué con una manta encima, vestida, porque no me atrevía a cambiarme, yo venía de comisaría y no traía pijama ni nada, venía con mi ropa. Y curiosamente me dormí, cosa que si ahora me hubiese ocurrido no duermo, pero siendo tan joven recuerdo que me dormí. Me desperté ya de día porque había una señora muy mayor (otra reclusa), que había dormido en el mismo dormitorio y que con una banqueta me quería dar en la cabeza. Muy asustada, me levanté y llamaron a la oficial.

A raíz de ese acontecimiento con esa señora que tendría unos sesenta y tantos años, que me quería agredir, la oficial de prisiones habló conmigo para decirme que donde estaba eran los dormitorios para los comunes y que a la espalda nuestra había otra dependencia



Ya en democracia, en un patio de la cárcel de Sevilla. Foto, AH CCOO-A.

para las presas políticas. Me dijo que si quería me arreglaba el dormitorio, que no estaba arreglado, y que me fuera allí sola, porque era la única presa política en esos momentos. Claro, sola...Lo pensé. No quería desarraigarme del grupo social que había allí y como no sabía el tiempo que iba a estar, no quería estar sola, aislada. Y lo único que le pedí es que me cambiara de dormitorio porque parece que no les había caído muy bien a las personas que estaban allí. Y entonces me cambió al otro dormitorio que había enfrente, que también eran presas comunes, pero más jóvenes.

La población reclusa que había en esos momentos allí no era mucha, porque en cada dormitorio estaríamos como quince o veinte mujeres como mucho, quizás menos. Quitando dos o tres que habían hecho una venta doble de un piso o algo así, las demás eran todas prostitutas y algunas «dueñas de casas», de prostíbulos. Las prostitutas eran jóvenes de veintitantos años, muy sanas, muy simpáticas. La verdad es que me acogieron muy bien. Y las dueñas de las casas, que había dos o tres, eran de unos cuarenta años o así.

Creo que había una gitana, María, yo le escribía cartas para su novio, porque no sabía escribir, era muy morena. Yo creo que algunas tenían hijos. Sé que había una de una casa muy distinguida, de

uno de esos prostíbulos privados, que lloraba mucho y que coincidió con mi familia una vez, cuando hacíamos la comunicación en la cárcel, y que me decía que estaba allí por la venganza de un policía.

A la única funcionaria que conocí, fue la que me estaba esperando la primera noche que llegué y luego me cambió al otro dormitorio. Es con quien teníamos relación, las otras funcionarias no las veíamos porque ellas se quedaban fuera del patio en una habitación a la que nunca accedí. Quizá cuando vino el juez para hacerme la declaración, pasé por delante, pero no las vi y las que comunicaban entre las funcionarias y nosotras, que eran otras presas comunes –no eran prostitutas–, eran como una especie de «encargadas» de nosotras, de vigilarnos en el patio. Y además, venían unas monjas por la tarde y hablaban con nosotras, la que quería rezar el rosario rezaba y la que no, no. Y, sobre todo, pelábamos patatas, porque aunque yo no redimía condena, ayudaba. No sé exactamente lo que hacían las monjas allí, pero ellas eran las que llevaban las patatas. Cerros de patatas. Porque pelar patatas era una forma redimir condena. Nosotros las pelábamos y ellas se las llevaban, supongo que a la cocina.

No recuerdo muy bien cómo nos llamaban por la mañana, si había algún timbre o no. Yo dormía muy bien, pero sí sabía que nos llamaban muy temprano, sobre las seis y media o las siete, con un frío enorme porque era el mes de marzo. En el mismo dormitorio había una puerta que daba a unos aseos, lavabos y wáter, pero no duchas. Hacíamos un aseo matinal muy rápido de manos y poco más. Nos vestíamos y bajábamos al comedor donde nos daban el desayuno.

Yo nunca limpié el dormitorio, lo único que hacíamos era la cama. En el desayuno nos daban un bollo que recuerdo que lo habría con la parte de atrás de la cuchara porque no teníamos cuchillos, claro, en el bollo poníamos mantequilla o algo así y tomábamos algo de café. Pero este desayuno era algo de paso, porque luego cuando salíamos al patio, venían algunas de estas presas, y te preguntaban si querías algo del economato. Aquí te ingresaba la familia un dinero y te daban una especie de tickets, con estos, ellas te traían del economato lo que querías y, entonces, sí, podías tomar un café mejor.

En ese tiempo, hablábamos, paseábamos o lavábamos nuestra ropa íntima en unos lavaderos que había al final del patio. Las comunes, algunas de ellas, redimían también pena lavando ropa. Recuerdo que lavaban sábanas y otra ropa a mano. Yo leía y les escribía cartas a muchas de ellas porque no sabían leer ni escribir. A mediodía comíamos, pero yo comía de lo que me enviaban de casa muchas veces. Por las tardes volvíamos al patio y lo que hacíamos todas las tardes era pelar patatas. Toneladas de patatas. Nos poníamos en corro y allí pelábamos muchas patatas. Por las noches cenábamos pronto y luego nos dejaban ver la televisión. Recuerdo aquellos programas de preguntas y respuestas. Cuando yo contestaba a algunas preguntas, se sorprendían y decían: «¡lo sabe!». Eran buenas personas... El día de mi cumpleaños, el 14 de marzo me trajeron una tarta. Fíjate que al principio las que ayudaban a la oficial estaban un poco distantes de mí, pero, al final, llegaron a hacer más amistad conmigo, de manera que ellas podían entrar cosas que nosotras no, como el alcohol, por ejemplo. En los últimos días que estuve allí me ofrecieron una copita de vino...

El trato con las funcionarias fue muy correcto. La oficial entraba en el patio de vez en cuando, daba sus paseos, nos saludaba... La mayor parte del tiempo estaba vigilando y como aquello estaba todo lleno de rejas y no les dábamos problemas, el trato fue correcto.

Las prostitutas sabían porque estaba yo allí, porque yo misma se lo dije en los primeros días. Pero no hablábamos de política, hablábamos de nuestras vidas y me contaban cosas de sus experiencias profesionales. Eso sí. Hablaban entre ellas, se reían de mi inocencia, de mi «virginidad» decían, porque me decían «la niña».

Con la cuestión higiénica, yo al principio vi que todas tenían palanganas, pero yo no pensé que ellas podrían tener enfermedades. Eso no se piensa cuando eres joven. Pero alguien un día me dijo que no me lavara ahí y que pidiera una palangana a mi casa. Y desde entonces tuve mi palangana y nadie se lavaba en el mismo sitio. Las duchas estaban en la planta baja. Era un aseo pequeño y cuando me tenía que vestir allí apenas había espacio. Era un termo-ducha eléctrico como el que se tenían en las casas, individuales. Allí entrábamos a lo largo del día según te tocaba. Como éramos bastante no

te podías duchar todos los días. Se pasaba mucho frío cuando te levantabas durante el día, cuando ibas al aseo con el pijama, te ponías el abrigo, porque no había calefacción. Luego te vestías y en el patio nos poníamos en el solecito.

Mi familia venía a verme cuando le correspondía la comunicación. Entonces había una reja, un espacio y otra reja y aquí sí se sentaba siempre la oficial de servicio. En la comunicación nos sentábamos dos presas en un lugar pequeñito. Era una habitación pequeña: las dos reclusas, separadas de la familia por una reja y en ellas la oficial. Lo que más me impactó cuando llegué a la cárcel los primeros días es la sensación de desamparo, que no sabes qué te va a pasar allí, que llegas a un sitio desconocido, que todo está contra ti, que todo es misterioso –a las doce de la noche que me llevó la policía...-. No estás asustada porque sabes que en la cárcel no te va a pasar nada, entre comillas también, pero como no te dicen nada... De pronto estás en comisaría, te montan en un furgón y te llevan para allá. Empiezas a pasar por pasillos, esas galerías... de noche. ¡La cárcel me pareció impresionante...!

JUANA GARCÍA MORENO ¹⁵

¹⁵ Entrevista a Juana García Moreno. FO AHCCOO-A. Transcripción Mercedes Liranzo.

«La libertad no es nada cuando se convierte en un privilegio».

Rosa de Luxemburgo

Me llamo Juana García, nací en Sevilla en el año 1950. Mis padres eran de Sevilla. Tuvieron cinco hijos e hijas incluida yo. Mi padre trabajaba en La Sevillana tensando los contadores. Mi madre, aunque era ama de casa, también trabajaba porque además de las faenas de la casa, cosía para ayudar a sacar la casa adelante. Cosía abrigos, pantalones, chaqueta... No era un trabajo fijo, ni constante, más bien esporádico, recuerdo que se lo daban por semana, aunque nunca sabía cuánto trabajo le iban a dar esa semana, si es que le daban. Cuando cobraba, empezaba a dividir el dinero en montoncitos, diciendo en que iba a emplear el dinero extra que ella sacaba cosiendo. En realidad no se podía contar con ese dinero como algo fijo, pero era una gran ayuda. De eso, me venía a mí el ponerme a trabajar en la fábrica de costura.

En esa época no se vivía mal en mi casa. No es que tuviésemos grandes cosas, pero es que mi padre no solo trabajaba en La Sevillana, es que además, era electricista y montaba también. Él traía cablecitos que yo no sabía para qué servían y nosotros en mi casa los pelábamos machacándolos con una piedra y luego lo llevábamos al chatarrero. Con ese dinero comprábamos frutas o yogur, que en aquella época era como una chuchería.

Vivíamos en la barriada Virgen de los Reyes, cerca de Las Candelarias y de Los Pajaritos. Era una vivienda muy pequeña, de las que daba el Patronato de Casas Baratas en aquella época y por las que se pagaba una cuota todos los meses. Había otras más grandes en el barrio para familias numerosas. Los pisos los entregaron sin puertas en los dormitorios y tuvimos que poner cortinas para tener

un poco de intimidad. El suelo era de mezcla, sin solería. El cuarto de baño era una placa de ducha con un agujero para que sirviese de ducha, teniendo a los lados unos soportes para poner los pies. Con el tiempo lo fuimos arreglando, le pusimos las puertas, la solería....

Mi padre fue cargo sindical en la empresa, aunque no se destacó mucho porque fue cuando las cosas ya estaban más normalizadas. Mi madre era una persona muy avanzada para su edad, tenía la mente muy abierta y nunca nos criticó nada ni a mí, ni a mis hermanas.

Estuve en el colegio «Yanduri» de pequeña, porque veníamos del barrio de El Arenal, de la calle Antonio Díaz, después ya me pasaron a un colegio privado que había por Nervión y de ese me pasaron a Las Candelarias, que era público. No llegamos a estudiar ningún hermano ni hermana, creo que fue por la cuestión económica. Yo terminé 5º en el colegio y me puse a trabajar cosiendo en mi casa. Cuando me hicieron falta los estudios primarios para trabajar, me preparé por libre y me lo saqué, porque entonces no te podías colocar si no lo tenías. Entonces tendría yo quince o dieciséis años.

Mi primer trabajo fue en «EDITÁN», ahí estuve de prueba una semana o 10 días, era un contrato de prueba. Estuve moviendo bultos de un sitio a otro. Era una fábrica igual que Semengar, había más mujeres que hombres, pero no recuerdo que tipo de trabajo hacía, entonces tendría unos diecisiete años, de allí me fui a «SEMENGAR». Cuando entré pasé directamente a trabajar y al poco de nada me hicieron el contrato. Se supone que el primer tiempo sería de prueba. Entré primero en la sección de corte y luego pasé a la cadena. La sección de corte eran todos hombres, a excepción de tres mujeres, porque las piezas pesaban mucho para poder manejarlas; de hecho, los hombres que había allí eran todos muy altos para poder mover las máquinas de cortar.

Cuando pasé a la cadena, fue de encargada de ella. Había una encargada general y yo, y eso me valió mucho para las Comisiones Obreras. Porque tú tienes una valía como encargada y juegas ahí un papel muy importante, sobre todo, cómo tratar a las personas. Yo jugué con eso muchísimo, porque me valió como arma para discu-

tirle a la empresa cosas que le afectaban a los trabajadoras y trabajadores, sabiendo lo que estaba discutiendo en cuanto a tiempo de trabajo, descanso... Cuando me hicieron encargada me lo criticaron mucho, porque en aquella época eso equivalía a ser esquirol, es verdad que en general eso era así; pero yo pensé que desde ese puesto podía hacer más por mis compañeras y compañeros. Incluso a mi novio le sentó mal, decía que encargado era igual a esquirol. Pero demostré que desde ese puesto, podía hacer muchas más cosas por mis compañeras y compañeros. De hecho me fue estupendo de cara a las cuestiones del sindicato.

Lo anteriormente dicho lo demostramos cuando la empresa llamó al Comité. Nos dicen en el despacho que han puesto una bomba y que teníamos no sé cuantos minutos para desalojar. La gente del Comité nos quedamos pasmadas. Le preguntamos si acababan de avisar en ese momento con 2 ó 3 minutos, nos dicen que sí y qué hacíamos. Rápidamente dije: «¡Niñas, asamblea!».

Nos desperdigamos por todos lados. Cuando avisamos para asamblea, se levantó todo el mundo de su puesto de trabajo y nos fuimos para el patio. En esos momentos es cuando te das cuenta del respeto de tus compañeros y compañeras. Siempre pensé que aquel episodio, lo organizó la empresa para medir nuestras fuerzas y organización. Claro, porque las asambleas se hacían fuera de las horas de trabajo, por lo tanto la empresa no podía saber hasta qué punto era fuerte nuestra organización en la fábrica. En esa ocasión hicimos exactamente igual que cuando organizábamos las asambleas, que decíamos: «¡niñas, asamblea!» Cada una sabía por dónde tenía que irse y rápidamente estábamos todo el personal en nuestro sitio. Estamos hablando de muchísimas personas.

¡No existía la tal bomba! Es que no aparece ni la policía para buscarla. Cuando estábamos en la calle salen diciendo que nos fuésemos para trabajar, les dijimos que ahora se iban a esperar un ratito, porque íbamos a tener una asamblea de verdad. Conseguimos mover a todo el personal. Éramos mil y pico de trabajadoras y trabajadores..., hasta ciento y pico que llegamos a quedar....cada vez íbamos siendo menos. Induico se chupó al personal, se fue chupando a los profesionales y ellos no los fueron reponiendo. Fueron

reduciendo las cadenas, si antes había una cadena con 100 personas, entonces ya estaban a lo mínimo, más las que se van casando, porque en aquella época las mujeres se casaban y se iban.

El que yo me casara y siguiese trabajando fue algo extraordinario allí. Cuando me casé no cogí la dote que daba la empresa y ya está. Pero era una crítica constante el que yo siguiera trabajando. Decían que les quitaba el puesto a los hombres –entre otras cosas–. Pero eso entre los compañeros, no entre las compañeras. Yo me quedé trabajando, como sigo trabajando hoy, porque para mí el trabajo es lo principal para una persona, el no depender de nadie, estar con un hombre por que quieras estar, no porque tengas que depender económicamente de él.

Cuando Comisiones Obreras hace un llamamiento para participar en las elecciones del sindicato vertical, nos presentamos a las elecciones como representantes sindicales. Como era encargada en mi empresa, pues salí representante de ella. Nosotras éramos el Comité de Empresa, pero éramos amigas, había dos hombres pero iban a rastras de nosotras, ellos hacían, en cierta manera, teniendo en cuenta que éramos mayoría, lo que nosotras planteábamos. Pero nosotras éramos mujeres y amigas y lo hacíamos todo con mucha armonía aunque fuesen cosas muy gordas, como plantearse un paro o ir a la dirección a pedir mejoras, porque nosotras conseguimos muchas mejoras dentro de la fábrica de horario, vacaciones, médico... La lucha en mi empresa costó un montón de horas. Bueno, yo diría, un montón de todo, pero no te sentías frustrada, no te sentías mal. Llegabas a tu casa y te sentías cansada pero no con desánimo, porque te respondía la gente y nosotras también le respondíamos a ella.

Las horas sindicales no querían dárnoslas y nosotras las cogíamos por narices, si no teníamos nada que hacer en la empresa nos íbamos al Sindicato, pero nunca la utilizamos para asuntos personales. Cuando aún no éramos legales y Comisiones Obreras se estaba formando, eso fue muy duro, no en la fábrica, sino en la calle; íbamos de reunión en reunión, levantándote a las 6 de la mañana para llegar al sitio..., en fin, era todo muy difícil y duro.

En las cadenas de montaje de la fábrica éramos todas mujeres, porque entonces solo las mujeres cosíamos a máquina, hoy los

hombres también lo hacen, pero en aquella época no cosía ninguno. Había hombres que se dedicaban a la plancha, abrían las costuras que nosotros cosíamos y al final, cuando la prenda se terminaba las planchaban con grandes planchas de vapor.



Juana García, la 1ª por la izquierda, sujetando la pancarta con sus compañeras de la fábrica.

Yo nunca vi en mi fábrica discriminación en el salario por cuestión de sexo, ya que era por categorías, porque las que estaban cosiendo a maquinas eran operarias de 1ª, y ganaban lo mismo que los planchadores de 1ª, yo tenía la de encargada, y ganaba por ejemplo lo mismo que el encargado de la plancha. Estaban también las tablas por categorías de prenda: las camiseras, pantaloneras..., las tablas eran muy largas, pero es que había prendas de diferente calidad, por eso también había pantaloneras de 1ª, de 2ª, y de tercera... y así con todo.

La jornada de trabajo en la empresa era de las 7 de la mañana a las 3 de lunes a sábado. Después se quitó los sábados y esas horas se distribuyó de lunes a viernes quedando la jornada de 7 a 3.30 de lunes a viernes.

Yo estaba en el Partido Comunista en la célula centro, aunque no recuerdo a todos los camaradas y las camaradas que estaban

conmigo, si recuerdo que eran del Comité de Empresa de mi fábrica y algunos más. La motivación de mi militancia fue la necesidad de comenzar el movimiento sindical. Yo tenía doble militancia en el PCE y Comisiones Obreras. Estaba claro que en aquella época si tú no militabas en un partido, el sindicato no era nada. Yo ingreso por la necesidad que había en esos momentos de organizar el movimiento obrero.

Conocí a Ignacio (mi marido) dentro del PCE; no fue él quien me llevó, yo entré antes que él. Ahora no recuerdo quien me dio la entrada en el partido, yo tenía conocimiento de que existía y de lo que me acuerdo es de verme metida con el periódico en la iglesia de Triana, donde nos reuníamos. Se aprovechaba cuando la gente salía de misa para salir nosotras sin levantar sospechas. Si no se terminaba la reunión al mismo tiempo que la misa, estabas con la preocupación de no salir con los asistentes a ella. También nos reuníamos en el Seminario. En el PCE entraría con unos 20 años, pero mi actividad ha sido más sindical que política; he ido a las reuniones, he escuchado lo que había que hacer, lo que había que llevar, y si había convocatoria de huelga o de concentración, tratábamos de llevar a las trabajadoras y trabajadores. Pero no he tenido ningún cargo.

La propaganda la repartíamos en la fábrica. Se les llevaba a la gente a un punto concreto y si eran veinte ejemplares de Mundo Obrero, los ibas dejando de uno en uno en sitios diferentes, o bien, dos o tres en cada uno, para que la gente a su vez lo repartieran; de esta manera se hacía el reparto. Es verdad que teníamos miedo, pero tú no quedabas con la gente en el mismo sitio, y si alguien no aparecía a la cita, tú te lo tenías que llevar para tu casa y eso sí que daba miedo; porque tenías que volver a localizar a esa persona para dársela, pero mientras, tenías el peligro de que si te busca la policía y te la encontraba en tu casa lo podías pasar muy mal.

Éramos muy jóvenes todas, quizás la mayor era yo. En algunas empresas exigían a las trabajadoras que fuesen muy arregladas, pero a nosotras nadie nos decía cómo nos teníamos que arreglar, cada una iba con el babi o con su ropa. En esa época muchas íbamos con vaqueros.

Cuando ya no trabajaba en SEMENGAR empecé a vivir otro mundo cuando nacieron mis hijos. Ya no vivía el sindicalismo y esas cuestiones las tenía un poco apartadas. En la fábrica la única que estaba casada y con hijos era yo. Todas estaban solteras y no tenían cargas de niños.

El coste de mi compromiso político ha sido como el de todo el mundo que estuvo en la lucha política en aquella época. Cuando todavía no éramos legales la entrega era total, salía del trabajo y siempre había algo que hacer, desde ir por la propaganda y repartirla, reuniones con la gente de tu fábrica, con el PCE... También por mi casa se pasaba mucha gente y se hacían allí reuniones cuando hacía falta, incluso se dieron muchos carnets del PCE. En fin, el coste mío fue echar de menos no haber tenido tiempo para estudiar, porque entonces sí me lo podía pagar. Al final hice el Curso Superior de Jardín de Infancia y hasta mi jubilación he trabajado en una guardería. Pero me ha costado mucho; con los niños, el trabajo, la casa... ¡en fin que fue duro!

ROSARIO GARCÍA MUÑOZ ¹⁶

¹⁶ Entrevista a Rosario García Muñoz, por Mercedes Liranzo Hernández, 2016.

«La libertad no es nada cuando se convierte en un privilegio».

Rosa de Luxemburgo

Nací en el barrio de la Macarena en el año 1944, pero me fui a Triana a vivir con unos tíos, porque mi madre tenía que trabajar y cuidar a mi abuela. Mi madre se llamaba Carmen y era madre soltera, por eso tenía problemas para sacarme adelante. Ella trabajó en la fábrica de latas, pero como tenía que cuidar de su madre, dejó el trabajo y se puso a limpiar una farmacia y una casa de muebles por horas. Ya esto supuso un sacrificio tanto para mi madre, como para mí, que aunque yo no tenía uso de razón, no estaba con quien se suponía tenía que estar, al lado de quien me había parido.

Mi niñez y mi adolescencia fue como la que vivimos muchas gente de los que nacimos en esa época ¡sin pena ni gloria! Nadie hablaba de lo que años antes había pasado en España, había mucho miedo a lo que podía pasar, porque era raro que en alguna familia no hubiese alguien señalado por el régimen de Franco. Yo en mi niñez, con el tiempo, descubrí que en mi casa eso también se había vivido. Tenía un tío que era un comunista buscado por el régimen y la familia tuvo que echarle una mano para esconderlo. Él tenía una familia que atender y, si a él se lo llevaban, no había posibilidad de que entrara ingreso ninguno en la casa para alimentar a sus tres hijos. Eso a mí me marcó, porque veía que después de la guerra muchas familias vivían mal. Cuando yo me sentaba por las tardes con mis tíos a tomar el fresco, yo veía que mucha gente de allí, de la calle Castilla le hablaban a mi tío con muchísimo respeto, pero como yo era pequeña, no entendía porque era eso.

Con unos diez o doce años era bastante madura para mi edad. A mí no me afectaba tanto el no tener padre, como el hecho de que

mi madre trabajase y yo tuviese que vivir con mis tíos. Cuando fui creciendo ya entendí por qué mi madre estaba pasando por esa situación y porqué a mi tío las gente lo saludaban con tantísimo cariño. Cuando la guerra, a mucha de la gente que vivían en Triana las seguían buscando y pidiendo informes de ellas; no sólo por haber participado en el Partido Comunista, sino porque habían luchado en los puestos de trabajo. A mi tío le preguntaban por estas personas, a lo cual mi tío entonces les decía, que cuando la guerra ellas no habían participado absolutamente en nada, entonces no se los llevaban; por eso la gente le tenían mucho agradecimiento y muchísimo cariño. Todo esto creo que influyó en mi carácter rebelde.

Cuando fui al colegio, no lo pude hacer en uno del estado, me escolarizaron en uno de Triana que se llama Nuestra Señora del Rosario y que ahora es La Cocina Económica. Mis tíos por medio del médico que atendía a las monjas me metieron allí, pero yo era de las niñas que iban con el babi blanco y el lacito en la cabeza, como otras muchas, porque éramos pobres. Sin embargo, las demás iban con uniforme porque eran las hijas de los ricos. Entonces yo no le daba importancia porque pensaba que eso era así, pero ahora que lo estoy contando veo la importancia y el matiz que eso tenía, porque no era tratada de la misma manera. Nosotras, las de familias humildes, no éramos diferentes a las otras porque íbamos igual de arregladas que ellas y con las cabezas muy limpias, porque las monjas nos las miraban una vez al mes para ver si teníamos piojos, lo digo así de duro, porque así es como lo viví. Y la verdad, nunca nos encontraron piojos, porque nosotras a pesar de ser pobres, nos lavábamos igual que ellas, solo que en vez de jabón bueno lo hacíamos con jabón verde que además era sano y desinfectante.

Desde la niñez, hasta los catorce o quince años, fui viendo que había diferencias de clases y yo no lo podía asimilar. Vivíamos con escasez y en la calle Castilla eso se veía estupendamente. Mis tíos eran los porteros de la iglesia del Cachorro, que está en la misma calle donde vivíamos, y en la casa de enfrente había hermanos de esa cofradía que eran casi clase alta. Esta gente eran los dueños de la fábrica de cristales Pueyo y también estaba otra fábrica de tipo polvero. Resulta que los vecinos y vecinas que vivíamos en la acera de la iglesia

éramos pobres, sobre todo los que vivían detrás de la iglesia que eran casas de vecinos y vecinas llenas de familias muy humildes.

Aunque yo todavía no me planteaba la cuestión religiosa, si me daba cuenta de que había cosas de ella que no eran normales ¡y lo digo con mucho sentimiento! Porque allí detrás había gente muy humilde que tenían que salir todos los días a trabajar, y muchos hombres trabajaban en los tejares donde se hacían los ladrillos y, aun así, no tenían suficiente para vivir. Sin embargo, cuando llegaba el periodo de Semana Santa, los hermanos después de sacar la procesión hacían una comida en la iglesia –yo no critico la comida–, pero si es verdad que ellos tenían mucho, y había bandejas de comida que sobraban, y si mi tía no llegaba a estar lista para recogerla y dárselas a esas personas necesitada, las tiraban y no se acordaban de los que vivían detrás. Mi tía abría una puertecita que daba al callejón de detrás y se las daba. Y es que esas cosas no entraban en mi manera de pensar, porque en mi casa se repartía todo.

Yo estuve viviendo en Triana hasta los veintitantos años, así que fue allí donde en los años 1960 fui tomando contacto con jóvenes de mi edad para salir en pandilla, tendría unos catorce o quince años, pero la verdad es que allí no había nada para la juventud y en el centro de Sevilla tampoco. Al cine sólo podíamos entrar la juventud más desarrollada en estatura, porque entonces hasta los dieciocho años no te dejaban entrar. Pero si es verdad que había padres que nos dejaba una habitación de su casa para que fuésemos allí a bailar, pero estábamos un poco encorsetados porque, aunque no estaban mirando, si estaban pendiente. También había padres que no es que fueran liberales pero eran un poquito más abierto. El padre de uno de ellos, tenía una casa en la Gran Plaza que no la utilizaba para nada porque vivían en la calle San Jacinto, así que cuando llegaba el tiempo de la Navidad nos dejaba que nos fuésemos allí. Era cuando estábamos un poco más libre, de todas formas teníamos que depender de la familia.

Había una persona en la pandilla que era católica, tenía en la calle Antillanos Campos una casa y la ofreció para que hiciésemos allí una asociación. La utilizamos y, a partir de ese grupo, pensamos que deberíamos tener contacto con más jóvenes de Sevilla y formar

la Unión de Club Juvenil de Sevilla. Ahí ya empecé a ver las cosas con una perspectiva más amplia, porque ya no era yo y Triana, sino yo y el resto de Sevilla, además decíamos: ¡Bueno, pues ya tenemos espacio donde poder hablar de lo que queramos!

Aunque esto no duró mucho, porque yo, sin profundizar demasiado en el tema me di cuenta de que si nos uníamos, ya estábamos rompiendo con el interés que el gobierno tenía para que la gente no se organizara, que no se unieran de ninguna manera. Entonces, empezamos por todos los barrios, y a través de las parroquias, a organizar a la gente joven. Yo me acuerdo de curas un poquito progresistas, pero que se dejaron utilizar para que la gente joven estuviésemos ahí, ¡aunque encorsetados sin darnos! Estábamos utilizando la iglesia y, aunque algunos curas eran progresistas, en el fondo este régimen te estaba manejando, controlando y sabiendo, además, todo lo que estábamos haciendo.

A partir de ahí, tomé contacto a través de los clubs juveniles con un movimiento católico que todavía existe, la Juventud Obrera Católica (JOC) y eso a pesar de que la iglesia estaba un poco vigilante. Pero la gente de ahí, dieron un paso fuerte y comprometido. En ningún momento nos dijeron: «Nosotros desde aquí es de donde vamos a sacar a las gentes». ¡No! Sino que tenían la visión de que había un movimiento obrero y partidos ilegales. Estábamos empezando ya a luchar porque la juventud tuviese un espacio para poder expresar más libremente su sentir, de que las cosas no eran cómo las pintaban, que era de otra manera y que aquí no había libertades. ¡Que estábamos en un régimen dictatorial!

En aquel tiempo, fui responsable de la JOC aquí en Sevilla. Como tenía la responsabilidad no solamente del entorno de mi barrio, sino que era una cosa mucho más amplia, tomé contacto con el barrio dónde aún vivo, el Polígono Sur. En las casitas bajas había un cura que se llama José María Balmisa, un hombre comprometido y bueno que tenía la capacidad de reunir a todo el mundo, lo mismo a la juventud que a los mayores, porque era una persona muy abierta, por eso el movimiento juvenil más fuerte de Sevilla estaba en las casitas bajas del Polígono Sur. Yo me reunía mucho con la gente joven, pero también escuchaba a sus padres.

Me di cuenta de que había otros problemas, además de cosas que yo había visto antes, pero sobre todo, que existían personas que luchaban por las libertades. Nosotros estábamos antes en el mundo juvenil y todo eso, pero cuando ya entro en el mundo laboral la visión cambia. En el momento que te reunías con un grupo de personas y se enteraba la policía, rápidamente venían y te disolvían, aunque no estuvieras militando en ninguna organización, era solo por el hecho de estar reunidos.

Lo bueno de vivir en las casitas del Polígono Sur no era porque fueran unas buenas viviendas porque no lo eran, ya que eran prefabricadas y de uralita. Pero claro, la mayoría venían de corrales de vecinos y vecinas donde muchas familias solo tenían una habitación, así que eso ya les dio más tranquilidad a sus vidas. Mucha gente era de los corrales que había en Triana y que con la riada que hubo en Sevilla en el año 1961 todo eso fue desapareciendo. Pero yo siempre lo diré, que en las zonas de Sevilla como Triana, la Macarena y otros barrios del centro, fue un problema de especulación del suelo, porque la clase trabajadora no iba a poder pagar por las viviendas que se hiciesen en esos terrenos, tanto como las familias con un poder adquisitivo más alto. Muchos vecinos sentían la añoranza de no poder vivir en los barrios donde habían vivido toda su vida. A mí me daba mucho sentimiento que las gentes por cuestiones económicas, tuviesen que estar fuera de su sitio de origen.

Ahora, después de tantos años en que desaparecieron las casitas, a la gente que vivían allí les dieron viviendas en las barriadas de las Letanías, Murillo... Lo único que queda de aquel tiempo es el colegio Nuestra Señora de la Paz, que ahora se ha celebrado el 50 Aniversario de su construcción. El colegio ha cambiado, porque lo han arreglado cuando ya empezamos otra gente a vivir en el barrio.

De aquello ya no queda nada, solo el sentimiento de muchas gentes que viven ahora en la barriada de Las Letanías y pueden decir: «¡Yo he estado viviendo en las casitas bajas del Polígono Sur!». Y eso es bueno, es señal de que hay gentes que la memoria no la han perdido, que pienso que es lo que se pretende ¡que se olvide! Y es lo que yo siempre digo, que las cosas no hay que olvidarlas, que se deben contar, porque hay cosas que hay que valorarlas...y esto lo

digo por cómo se vivía en los corrales vecinales que se compartía todo. Ahora se vive en una colmena y no se comparte nada.

Por eso los, 1º de Mayo, día de la clase trabajadora, se celebraban en la clandestinidad. En nuestro grupo de la JOC organizamos una salida a los Lagos del Serrano para celebrarlo allí. Para la JOC no era una cuestión festiva, íbamos a leer un comunicado solidarizándonos con la clase trabajadora, diciendo que lo estaban pasando muy mal y cómo estaba siendo pisoteada. Cuando llegamos allí tuvimos la mala suerte de que lloviese, así que nos resguardamos en un restaurante. Cuando empezamos a leer el comunicado, el del restaurante rápidamente llamó a la guardia civil –no se me olvidará–, y el compañero que estaba leyendo el comunicado que era un responsable de la JOC ¡se tragó el papel! ¡Es la pura realidad! No lo escondió en un bolsillo ni nada, es que se lo tragó, porque si se lo encontraban sabía que lo iba a pagar muy caro, y eso que el comunicado sólo decía la realidad que había en España y eso al régimen no le gustaba.

En esos momentos, había mucha gente presa por política en las cárceles y, aunque la JOC era muy respetuosa y jugó su papel, yo vi que tenía que dar un paso más fuerte en mi compromiso social y fue entonces cuando tomé contacto con la juventud que militaba en el Partido Comunista. Se luchaba por las libertades y también por la legalización de los partidos. Como los partidos eran ilegales, utilizaban a los sindicatos y a las entidades vecinales como plataforma para llevar a cabo sus políticas. Nunca llegue a militar en el Partido Comunista, porque cuando empecé a tomar contacto, estaba todo el tema del Pacto por la Libertad y yo eso no lo entendía. Yo es que hasta para estar en la izquierda, he sido rebelde con la misma izquierda. Yo pensaba que estábamos luchando por las libertades y porque el Partido fuera legal. ¿A cambio de qué tengo yo que pactar? Eso de pactar, hasta ahora, no se ha demostrado que no te iban a pedir algo a cambio. Yo pensaba que no, que la cosas no las tenemos que... ¡Vamos, que nos lo habíamos ganado a pulso! No le teníamos que deber nada a los que estaban gobernando, entonces pues no. Yo me llevé muy bien con todas las gentes que militaban en el PCE, porque yo he conocido a muchas gentes de la Carretera

Su Eminencia que en aquellos momentos me inspiraban mucho respeto, pero no llegué a militar en él.

Algunos militantes de las Juventudes Comunistas empezaron a hablar conmigo y me dijeron que estaban trabajando con gente del Partido Comunista Internacional PCI, que después se llamó Partido del Trabajo de España PTE. Lo primero que les pregunté a estos militantes del PCI fue, si ellos estaban también por lo del pacto, a lo que me dijeron que no, que precisamente mucha gente del PCE se habían salido para integrarse en el PCI porque no estaban de acuerdo con él. Empecé a formar parte del Partido Comunista Internacional y es que con el grupo de trabajo que coincidí me sentía muy a gusto, en el sentido de que pensábamos igual y que iríamos hacia adelante.

Con el tiempo, he comprendido que la izquierda de toda la vida de dios, nos hemos fraccionado, cosa que no debía de ser, teníamos que haber cedido por ambas partes y llegar a valorar a la gente que se iban, que no eran malas. Se iban por algún motivo y sin embargo no se les ha echado mucha cuenta.

Yo estaba trabajando en un estanco y eso era una sucursal del régimen, porque quienes regentaban los estancos antes, eran familias de militares, pero en este caso no era así. La dueña era de mi familia, se lo dieron porque el marido trabajaba de delineante en el Ayuntamiento de Sevilla y había fallecido en un accidente de tráfico. Ella no intentó explotarme nunca, pero si es verdad que era una vida muy sacrificada, porque cuando yo estaba se trabajaba hasta los domingos. Más tarde llegamos a conseguir que los estancos estuviesen abiertos solo hasta mediodía del domingo.

Mi relación con la gente que trabajaba en el comercio la viví como dependienta y muy de cerca con las luchas de Galerías Preciados, pero eso fue porque yo tenía amigas que trabajaban allí. Cuando yo bajaba a Sevilla –eso se decía en los barrios periféricos cuando ibas al centro–, para ir de mi trabajo que estaba en la Cruz del Campo a Triana, me encontraba con ellas en la plaza de la Magdalena, donde se concentraban para protestar por tener que trabajar los sábados por la tarde. Eso lo consiguieron las dependientas de Galerías

Preciados y digo 'dependientas' porque había muy pocos hombres. Luego esa lucha se perdió por culpa de El Corte Inglés que llegó y empezó a abrir los sábados por la tarde. Así que lo que habían conseguido ellas, se les quitó de un plumazo. La competencia era muchísima y, por mucho que quisieron ellas seguir luchando para no volver a trabajar los sábados por la tardes no lo consiguieron. Fue imposible, porque además trabajaban hasta las 10 de la noche, que ya la cosa era más fuerte. Es verdad que había turnos, pero es que cuando conseguimos una victoria no se debe dar el paso atrás, y ya se sabe que el capital lo que quiere es ganar a costa de los trabajadores. Todo esto fue cuando todavía andábamos clandestinos.

Yo seguía viviendo en Triana y casi siempre he colaborado mucho con la clase obrera y sus luchas, porque cuando he tenido que estar en la calle, he estado. Pero yo he trabajado más en el tema de los barrios porque me he sentido muy vecina toda la vida de dios, pienso que eso es lo que me hizo trabajar mucho con la gente en Triana en el movimiento vecinal. Es verdad que nunca estuve detenida, pero estaban deseando cogermme porque ya en comisaria me conocían por «la niña», porque es verdad que en aquellos tiempos yo era muy joven y casi toda la gente joven que detenía la policía eran mayores que yo. Cuando les interrogaban le preguntaban por «la niña». Como yo iba mucho a casa de mi madre, de mis tías... eso los tenía muy desorientados y no sabían dónde ubicarme.

En ese tiempo, ya era miembro de la dirección del PTE aquí en Sevilla y formé parte del Comité de Huelga que se organizó cuando la famosa huelga de la construcción, creo que fue antes del año 1970 o 1971, porque Miguel Hinojosa todavía estaba en la cárcel. Como empecé a tomar un carácter más identificativo, o sea que la policía ya me estaba localizando, perdí el trabajo. La político-social empezó a vigilar mi puesto de trabajo en el estanco y esto provocó mi despido, porque a mi tía le dio mucho miedo. Bueno, primero que ella era familia mía y porque si empezaban a investigar, mi familia no eran precisamente de derechas, y ella además tenía familiares muy allegados que los estuvieron buscando por cuestiones políticas. Yo lo entiendo aunque en aquel momento no, porque pensé, ¡es que me echan a la calle! En fin, todo eso provocó mi despido.



Rosario García en una reunión del PTE, en el centro con un chaleco blanco.

Mi familia lo pasó muy mal. Me plantearon que ya se estaban acercando otros tiempos, que ya desde fuera de España se estaban criticando al régimen, que parecía que íbamos a dar el vuelco. Es verdad que después se dio, pero me decían que esperara que no hiciese nada, que me mantuviese al margen a esperar a que las cosas cambiaran. Pero vamos, decirme a mí eso, joven y con una conciencia de clase que yo ya la tenía muy clara, ¡pues era imposible que les hiciera caso! Les dije que lo sentía en el alma, que me iba y ya está. No pasó absolutamente nada, la relación con mi familia siguió siendo la misma y además, me iba con la conciencia de que no me despedían porque yo no hubiese respondido en mi trabajo, sino obligada por el régimen que teníamos, eso fue en el 1972.

En ese año ya se decía que el régimen estaba dando los últimos coletazos, pero esos coletazos fueron muy largos y duros, así que con todos los follones que me quedaba a mí por meterme todavía... ¿cómo iba a pedir trabajo? Me preguntarían que dónde había estado antes trabajando, así que me dediqué a hacer chapuzas como ahora se hace. Iba a una casa a trabajar echando unas horas para sacarme lo suficiente para cubrir mis necesidades y no ser una carga para la familia.

En ese tiempo todavía no conocía a Miguel Hinojosa, el que sería después mi pareja. Cuando a mí me despiden del trabajo él está en Barcelona, pero yo tengo conocimiento de él porque era un camarada del partido que la policía lo maltrató enormemente y se sabía que lo había pasado muy mal. A Miguel lo torturaron tanto que le dejaron secuela en su salud para toda la vida.

Yo sigo mi vida en los follones y militando en el PTE con la policía siguiéndome muy de cerca, tanto es así, que yo no sé si ponía en peligro a la gente con las que me reunía. Muchas veces ha pasado que yo estaba en una reunión y si era la responsable tenía que salir antes que ninguno, porque esas eran las medidas de seguridad que teníamos. Yo salía y al rato, si la policía llegaba, la gente pensaba que a mí me habían pillado y que yo había hablado, porque es lo que se esperaba siempre. Pero claro después, yo llegaba a otro sitio de reunión para que se supiera que no habíamos caído. ¡La verdad es que estábamos siempre en peligro!

Había un camarada del partido en la cárcel de Sevilla que su familia vivía en Asturias y no podían venir a verlo, así que su único contacto con el exterior era su abogado y poco más. Me plantearon que fuese a verlo, como nunca he visto el peligro pues dije que sí y me hice pasar por su mujer. Iba los domingos por las mañanas a verlo a la cárcel de Ranilla y le metía los paquetes y alguna ropa, entre otras cosas, convirtiéndome así en la intermediaria de la organización con el camarada Nicolás. Estuve así al menos tres meses. Una mañana que yo llegaba para visitarlo, mujeres de otros presos políticos me estaban esperando para decirme que no me llegara, porque estaba la político-social esperándome y cuando llegara a ventanilla me iban a detener. Como la político-social era ya conocida por los familiares de los presos, me pudieron avisar, así que les dejé los paquetes a las demás para que se los metieran a Nicolás y me dijeron que ya le contarían a él lo que había pasado. Eso es otra parte de mi compromiso y que había que hacerlo, porque a la gente que lo estaba pasando mal había que atenderlas, no se les podía abandonar y mucho menos cuando no están en su sitio de origen. Desde Asturias, venir aquí para verlo, el gasto era importante y más en aquella época.

Todo esto va dando pasos. Y no es que estén todos los partidos legalizados sino que ya empieza a crearse unas plataformas como La Junta Democrática donde están los partidos ilegales. Esta plataforma estaba reconocida como una cosa más legal y, de alguna manera, daba oportunidad a los partidos a hablar y empezar a trabajar para que las cosas en España fueran cambiando. En ella estaba el Partido Comunista, El Partido del Trabajo de España, ASA. El Partido socialista no estaba, en esos tiempos, tengo que decir, que yo no lo veía por ninguna parte, escuchaba de ellos..., escuchaba que estaban ellos, ¡pero nunca vi a ninguno! Cuando en la dictadura me manifestaba en la Avenida de José Antonio –hoy de La Constitución– éramos los de siempre, PCE, PTE, y otros partidos de izquierdas, pero a los socialistas nunca los vi, porque yo no sabía ni que existían. Yo los únicos que sabía que existían eran el PCE y el PTE que era el que estaba dando la batalla y su Joven Guardia Roja, que dio un puntazo en Sevilla haciendo cosas que no se atrevían muchas gentes a hacerlo, como poner una bandera de Andalucía en la Giralda de un montón de metros. El subir a la Giralda para tirarla y tener que bajar luego de allí, era decir me van a coger, porque daba tiempo a que fuese la policía y los pillaran.

Como a mí siempre me ha gustado el movimiento vecinal, creamos la Asamblea Democrática de Triana, que por cierto en Sevilla es la única que se organizó a nivel de barrio. Dijimos que en Triana ya estábamos luchando por lo mismo que la Junta Democrática: la amnistía, la legalización de los partidos, las libertades... Así que la gente de Triana también formamos parte de la Junta Democrática de Sevilla. Recuerdo que nos reuníamos en la óptica que hay en la calle O'Donnell. Una vez el PCE, Comisiones Obreras y la Asamblea Democrática de Triana, nos comprometimos a organizar una manifestación cada organización por separado. Nosotros, los de Triana la teníamos que organizar allí en el barrio. La hicimos desde el Tardón, pasando por López de Gomara y la verdad es que fue la única que se hizo y dio un resultado enorme. Es verdad y no tengo más remedio que decirlo, que como al PTE no le dieron responsabilidad ninguna, pues se encargó de ayudarnos, porque la Asamblea

Democrática era muy importante y éramos mucha gente, pero no para hacer una manifestación como la que se hizo. Todo esto ocurría cuando el régimen estaba dando los últimos coletazos. Siendo estos tan fuertes como los primeros, hubo mucha persecución, muchas tensiones y mucho sacrificio.

Se fueron legalizando los partidos, ¡y mira por dónde! al primero que legalizaron fue al PSOE qué bueno, que a mí me parece muy bien, pero vamos, que fue el último en llegar y el primero que legalizaron. Yo digo como la gente de la Iglesia: «No preocuparse que los últimos en la Tierra serán los primeros en el Reino de los Cielos». A ellos les vino divinamente y, por el contrario, el Partido de los Trabajadores de España fue el último que se legalizó; y lo recuerdo muy bien porque mi marido salió de la cárcel en el 1976 y él ya estaba en la calle cuando legalizaron al PTE.

Nos dimos cuenta que en las primeras elecciones no íbamos a poder participar porque éramos ilegales, así que como la gente del PTE éramos muy constantes, nos inventamos el Frente Democrático de Izquierda, ahí también estaba el SOC, la Asociación Democrática de Mujeres y el Partido del Trabajo de España que al estar bajo esas siglas eran legales. El PTE le planteó a todos los partidos de izquierda hacer un frente común para las primeras elecciones, pero no quisieron. No quisieron porque querían saber quiénes los iban a votar. Bueno, el resultado de todo eso fue que salió la UCD, porque una mayoría de las gentes no iban a votar a los partidos de izquierda que hasta última hora estuvieron en la clandestinidad, sino que votarían a los que habían surgidos nuevos, entre ellos la UCD que fue la que ganó las primeras elecciones.

En el año 1976, es cuando sale mi compañero Miguel Hinojosa de la cárcel y por mi responsabilidad, me toca ir a recibirlo como militante a la estación de San Bernardo para entregarle un ramo de flores en nombre del Partido. A partir de ahí, tuvimos unas relaciones más cercanas al estar militando los dos en el mismo partido, así que llegó un momento en el año 1978 que nos casamos. Entonces el Partido nos dijo que nos teníamos que ir a Extremadura para ayudar a nuestra gente de allí, porque en Sevilla había muchos y muchas camaradas que podían tirar para adelante del Partido, que

éramos piezas claves para poder hacer una buena labor y que cuajase también allí.

Cuando nos fuimos a Badajoz yo iba embarazada de mi hijo mayor y no tenía muchas cosas que llevar, sólo lo que había estado ahorrando para el ajuar –como se decía antes–. Nos llevó un camarada con su furgoneta, que por cierto nos perdimos por la sierra, y cuando llegamos a Badajoz a la Plaza de la Soleá, lo primero que nos encontramos de frente fue un gran letrero con el nombre de Alianza Popular. Me quedé muerta, pensando que tenía al lado de mi casa la sede de Alianza Popular. Aunque era muy pequeñita– no tenía nada que ver con la de Sevilla– ¡pero fue un impacto! Porque aquello era como ver, el yugo y las flechas. Pero yo sabía que iba a ayudar a las gentes de mi partido.

Empezamos a trabajar mi marido y yo, él en la construcción y a mí me dicen que me dedique a las mujeres de los trabajadores. Me pongo en contacto rápidamente con ellas a pesar de lo avanzado de mi estado, pues eso era en abril y mi niño nació en Junio. Mi marido se pone a trabajar en el sindicato, en el ramo de la construcción de Badajoz, no era una cosa agradable ni nada de eso, porque de momento ya teníamos una huelga que duró muchos días. Se encerraron en una parroquia de un barrio obrero y mi marido con ellos. El cura era maravilloso, porque puso la iglesia a disposición de los trabajadores y la puso también a disposición de las mujeres de los trabajadores y, entre ellas, estaba yo. Ellos luchaban por un lado, y las mujeres por otro. Organizamos una manifestación en Badajoz y la policía llegó y empezó a disolvernarnos con los gases lacrimógenos. Yo lo pasé muy mal porque ellos no respetaron mi embarazo para nada. A los trabajadores les llegó la noticia de que a las mujeres las estaban disolviendo de mala manera, no lo digo porque fuésemos mujeres, sino porque habíamos mujeres con una situación «algo delicada». Entonces los trabajadores agobiados acudieron a ayudarnos, aunque no nos detuvieron a ninguna. Yo ya empecé a ganarme la simpatía de la gente, porque una es la extranjera –decían–, yo me llevé allí dos años y medio y a mí el acento no se me pegó, sin embargo mi niño sí que vino con el deje de allí y es que yo me vine a tenerlo a Sevilla, pero se había criado en Badajoz.

Cuando ya el partido se disolvió en 1980, nos vinimos a Sevilla. Hay muchas cosas que a lo mejor habría que discutir, pero las cosas que ya han pasado... ¡y yo tampoco le doy muchas vueltas a la cabeza! Uno de los motivos que provocó que nos disolviésemos fue la cuestión económica, que estábamos hasta arriba. Mi marido y yo no teníamos ayuda de ninguna clase, nada más que el dinero de él, no pasamos hambre en Badajoz porque la familia estuvo ahí ayudando. El partido nos daba 20.000 pesetas por estar liberado y con eso teníamos que pagar el alquiler, la luz, la comida... Con eso no teníamos para vivir, porque tanto la familia de Miguel como la mía nos tuvieron que echar una mano. Mi madre se iba a primero de mes cuando cobraba y se gastaba la paga entera allí y luego se venía a Sevilla cuando tenía que cobrar otra vez. Ese mes comíamos de mi madre y yo guardaba algo para luego, cuando tuviésemos que pasar hambre.

Estuve en Badajoz por motivos de organización, y cuando se disolvió el partido nos vinimos a Sevilla para seguir con nuestro compromiso político. Compromiso que yo aún sigo teniendo en mi barrio del Polígono Sur. Yo esto lo estoy contando muy orgullosa, porque si todos los años que dedique a la lucha política y social, con todo lo que ello implica, lo tuviese que repetir otra vez, lo volvería a hacer y no cambiaría ni una coma.

MARÍA DE LOS ÁNGELES GONZÁLEZ RUDA ¹⁷

¹⁷ Testimonio de María de los Ángeles González Ruda (escrito por ella), 2017.

*«La única venganza a la que yo aspiro,
es ver triunfante los nobles ideales
de la libertad y justicia social».*

Marcos Ana

He querido reflejar en este relato mis vivencias, tal como hoy las recuerdo, con añoranza de unos sueños que no siempre fueron cumplidos. El detalle de los acontecimientos es más profuso y complejo de lo que aquí plasmó, pero he preferido centrarme partiendo de mis orígenes para transmitir mi trayectoria laboral y mi compromiso sindical desde mi punto de vista como mujer trabajadora.

Mi nombre es M^a Ángeles, aunque casi todos me conocen por «Mari». Nací en Cazalla de la Sierra, Sevilla, dentro de una familia humilde que, como la mayoría, vivía del campo. Y entre el campo y el pueblo pasé mi niñez. No conocí a mi abuelo paterno, Manuel, pero su sustento y el de su familia dependían del campo y de la compra y venta de mulos. Mi abuelo materno, José María, era guarda de una finca y, con el tiempo, pudo hacerse una casita en el pueblo, donde criaba sus animales, gallinas y cerdos.

Mis padres y mis tíos representan la generación que sale del pueblo a la ciudad buscando otros horizontes, tal vez menos duros que el que habían tenido sus ancestros, pero no por ello les resultó más fácil la vida, ya que desde que se casaron tuvieron que estar viajando por España, según el trabajo iba requiriendo. Después de varios oficios, mi padre consiguió trabajo como instalador de postes de alta tensión, en los años 50 ó 60, momento en el que la red eléctrica fue extendiéndose hacia las zonas rurales, por lo que con frecuencia la familia al completo se desplazaba al destino que tocara, Barcelona, Zaragoza, Valencia, Ciudad Real, Andorra y no sólo en las capitales, sobre todo en los pueblos, Marbella, Caspe, Villanueva del Arzobispo, Albolote, Mérida, Los Santos de Maimona y muchos más.

Yo hacía tan mal aquellos viajes en tren durante horas y horas o en la moto con mi padre, que mi madre prefería dejarme al cuidado de mis abuelos en el pueblo, y así aligeraba un poco la carga que suponía viajar con niños pequeños.

Soy la segunda de cuatro hermanos, tres niñas y un niño. Qué complicado tuvo que ser para mi madre, que ni siquiera sabía leer, porque el colegio había estado reservado para sus hermanos, viajar sola con tres niños, mi hermana de cinco años, yo con dos, y mi hermano recién nacido. Todavía la pequeña no había llegado.

Ella, acostumbrada a vivir entre el campo y el pueblo, rodeada de su familia y de gente conocida, tener que adaptarse a lugares tan diferentes, en costumbres, incluso en idioma, como era el caso cuando tocaba ir a Cataluña, no fue fácil sin duda, sin conocer allí a nadie.

Preparar y cargar con equipaje para todos, salir con nosotros hacia el tren hasta encontrarse con mi padre en el destino acordado. Él siempre viajaba en moto, para trasladarse desde la residencia al lugar de trabajo. Residencias, como pensiones, habitaciones ó casas compartidas con otras familias con parecidas circunstancias. Recuerdo una infancia feliz, rodeada de buen ambiente familiar en el que no noté carencia alguna, pues mis abuelos estaban siempre muy cariñosos y atentos conmigo, aparte del resto de familia como tíos y primos que también residían allí, más las visitas de mis padres y hermanos.

Con el tiempo, mi padre consiguió un destino más estable en su trabajo, y nos vinimos a vivir a Sevilla, en una casa de alquiler en San Jerónimo. Al año o así, mi padre pudo dar la entrada para una casa propia en La Bachillera, un barrio cerca de la Macarena, en el que casi todos los vecinos tenían unas circunstancias parecidas a las nuestras, la mayoría provenían de pueblos de la provincia, incluso había portugueses, y se iban asentando aquí para trabajar en las fábricas y la construcción, eran los años 60. También mis abuelos en poco tiempo dejaron el pueblo y se vinieron al mismo barrio que nosotros.

Ya en Sevilla, mi padre era quién se trasladaba y volvía los fines de semana, los destinos eran más cercanos, casi siempre por An-

dalucía. Así estuvo una larga temporada. Mi padre salía los lunes muy temprano de viaje, mi madre se quedaba en casa con las tareas propias de la casa y al cuidado de nosotros. Mis hermanos y yo a nuestros menesteres escolares, lo normal que había en todas las familias. Cuando terminé los estudios de EGB con catorce años, una amiga me propuso que fuera con ella para apuntarse a trabajar en la fábrica que había en el mismo barrio. La acompañé a Arteferro, nos preguntaron el nombre, y yo tal vez por no quedarme atrás, di el mío también. A la semana, recibimos una carta para presentarnos a un reconocimiento médico e incorporarnos al trabajo, era julio de 1972, tan solo a un mes de dejar el colegio empezaba mi vida laboral, sin pensarlo.

Cuando se supo en casa, mi padre algo molesto por la mala fama que había de las mujeres que trabajaban en las fábricas –hoy entiendo que eran comentarios machistas–, me dijo que no lo entendía, siempre me escuchó que yo quería seguir estudiando, así que le dije que no había problema, estudiaría después del trabajo. Es lo que hice, cursar Secretariado sin replicar para que me dejara trabajar allí y de esa forma ayudar en casa económicamente.

Aquél lugar me encantaba, era una fábrica de muebles, faroles de hierro, lámparas, artículos de decoración y juguetes antiguos y además estaban mis amigas y amigos del barrio allí trabajando. En aquél momento era una experiencia nueva para mí, después llegaría el compromiso.

La fábrica se inició en 1965, fundada por un alemán Adolfo Erwin Springer, de pasado ignoto, de nacionalidad americana, que se dedicaba a traer modelajes antiguos de otros países para reproducirlos en madera nueva, todo se hacía artesanalmente. Su mayor demanda estaba en la exportación a Francia, Alemania, sus principales clientes Blanch, Chapman, Ben y clientes americanos que los utilizaba para la producción cinematográfica. Sus comienzos fueron en unos talleres independientes, pero cercanos entre ellos en los llamados «Pisos Pinillos» cerca de Puerta Osario. Cuando la demanda se hizo más fuerte se trasladó la producción a un terreno mayor. Hoy en día, en su ubicación está el Supermercado LIDL, frente al Hospital San Lázaro.

La fábrica estaba asentada en unos terrenos que habían sido huertas, incluso quedaba una alberca. Estaba a cinco minutos de mi casa, era grande, con varias exposiciones y muchos talleres, desde carpintería, tornos, talla, secadero, herrería, fundición, metalistería, pintura, montaje, almacén, etc. Se fabricaban unos tres mil artículos. Pasear por su interior era entender la evolución de los artículos.

Entré como aprendiz, mi primer oficio fue el embalaje, pasando por electrificar lámparas y faroles, barnizar muebles tanto a brocha como a muñequilla, con el tiempo aprendí serigrafía, a decorar las esferas de los relojes, dorar marcos al agua o a la sisa, restaurar cuadros, pintar motivos en jardineras o cuadros al óleo, todo siempre con aspecto envejecido. Todo me atraía, pero la sección de pintura fue en la que más tiempo estuve y la que más me gustaba. Era como coger un mueble desnudo en madera y dejarlo vestido con su propio estilo. Allí estuve veintitrés años.

Su plantilla integraba más de doscientas personas, la mayoría hombres, y sólo un diez por ciento de mujeres. La presencia femenina estaba definida en algunos talleres como embalaje, dorado, pintura y serigrafía. El resto de los talleres estaban ocupados por hombres. Había por costumbre o como algo normal, que la mujer cuando se casaba recibiera una dote y se despedía del trabajo, no fue mi caso, siempre tuve claro que quería seguir trabajando.

Muchos de mis compañeros y compañeras eran mis amigos de salidas de paseo, esto hizo que fuera tomando conciencia de clase obrera.

Sabía por mis amigos que a uno de los compañeros, *Antoñito (el cartero)*, de San Jerónimo, lo habían arrestado en un Primero de Mayo tirando octavillas, estaba en la cárcel y había sido despedido por la empresa, aún no lo conocía, lo haría más tarde. Sus amigos eran mis amigos, poco a poco me fui incorporando en una realidad llena de represión y de injusticia. Recuerdo que se escuchaba que la fábrica correspondía al gremio de la madera, por algún motivo ó razón la habían pasado al metal, por lo que su trayectoria estaría muy ligada a esos años convulsos que vivió el metal sevillano.

Así formé parte de esa vanguardia que luchaba en las fábricas y en los barrios obreros, en la sombra de los partidos ilegales dentro

de un régimen franquista. Con vigilancia en las calles, para que no hubiera reuniones de más de tres o cuatro personas, porque te podían llamar la atención, y la palabra mágica era «dispersarse».

En la empresa, el Jurado y, más tarde, el Comité lo formaban hombres como: Antonio Bulnes, Francisco Távora, Juan José Cabrera, Antonio Rodríguez (El Portu), Manuel Perejón, Manuel Nogueras, Luís Villegas, José Fernández, Francisco Troya, Manolín Cabrera. Nuestros Jurados y enlaces sindicales, eran la mayoría, militantes del Partido Comunista y afiliados a las Comisiones Obreras. Formé parte de ese Comité y al igual que ellos, de la misma organización y partido. A pesar de que estaba mal visto una mujer con ocho o diez hombres, siempre de reuniones, en asambleas y comprometida en la dimensión que me fue posible, me pusieron de mote «*Dolores, la pasionaria*».



M^a Ángeles, en el centro de la foto con sus compañeras de la fábrica.

Fueron años duros de lucha por los salarios, de octavillas, huelgas, encierros en la fábrica, carreras, persecuciones policiales, también de mucha unidad, compañerismo y solidaridad.

Mi sensación era que todos admitían como normal que los hombres lucharan y que el papel de la mujer no importaba, según conviniera, éramos ignoradas o señaladas, incluso alguna vez un compañero que no quería ir a la huelga decía que las mujeres luchaban por dinero para ropitas y pinturas, se excusaba con que él estaba casado y no podía exponerse por su familia. Había miedo a las represalias, sobre todo en la gente mayor. De hecho había alguno que practicaba el servilismo frente al patrón, pero en líneas generales la mayoría reivindicaban los convenios y apoyaban las acciones para sacar adelante las propuestas.

En 1973, aunque iniciado en 1972, se produciría el Proceso 1001. Se condenó a prisión a toda la dirección del sindicato de Comisiones Obreras. Estuvieron encarcelados durante más de un año hasta que se celebrara el juicio, que coincidiría con el asesinato de Carrero Blanco, los días 20, 21 y 22 de diciembre de 1973. El 30 de diciembre salieron las condenas y fueron indultadas el 25 de noviembre de 1975, por el rey Juan Carlos, tras la muerte del dictador.

Entre el año 1972 y 1976, las movilizaciones obreras fueron constantes, secundadas por la construcción, los panaderos, los astilleros, la siderurgia –tanto en la capital como en los pueblos cercanos–, teniendo repercusión en la población que demandaba unas mejoras socioeconómicas y contra los topes salariales impuestos por el Gobierno, dando lugar a abundantes despidos y a detenciones policiales dirigidas a intimidar a los trabajadores.

Este movimiento reivindicativo hizo que aumentara la conciencia de clase y propiciara a otros obreros a la acción para reclamar a sus patronos las mencionadas mejoras. En el caso del gremio del metal sobre todo, en los años setenta, las grandes empresas como CONTRUCCIONES AERONAÚTICAS, HISPANO AVIACIÓN y FASA RENAULT habían conseguido, no de forma gratuita, un mejor convenio de mejoras sociales y económicas.

Los trabajadores de la mediana y pequeña empresa, entenderían que era la única forma de sacar un convenio justo, luchando

unidos a otras empresas y las grandes sabían que con el apoyo de la pequeña se conseguiría un convenio más justo.

En otoño del 1974, Arteferro reivindicaría el convenio junto a otras empresas como FASA, ISA y CASA. Arrancaban las continuas reuniones en el sindicato, en el trabajo, después las asambleas informativas, los paros parciales, hasta que había que iniciar la huelga porque no se conseguía nada. Desde San Jerónimo, FASA emprendía la marcha hacia Arteferro y juntos recorríamos hasta llegar y recoger a otras empresas y encontrarnos en la Plaza de San Pedro, llamada «Plaza de los Metalúrgicos» por la continuidad de presencia de este gremio. La policía casi siempre hacía acto de presencia en esa plaza y en el momento que alguien se adelantaba más de la cuenta, ya daba lugar a los pelotazos de goma, los gases lacrimógenos, las carreras, los palos, las detenciones y los despidos. Ese era el final de un convenio.

Desde 1973 hasta 1985 hubo muchas acciones en Arteferro, a veces dentro de la empresa, otras, fuera de ella, el objetivo siempre era la subida de salarios y contra la congelación del mismo, los puntos sociales y las condiciones de trabajo. En otras ocasiones era en solidaridad con compañeros de otras empresas. He vivido encierros y despidos, que la mayoría de las veces se solucionaron sin llegar a ejecutarse, estuve tres veces despedida junto a otros compañeros y, gracias a la unidad de los trabajadores y al barrio, conseguimos romper aquellas cartas de despido y que nos readmitieran.

Las dificultades para mí no terminaban en la empresa, en casa el camino no era más fácil. Como anécdota, en 1975, recuerdo ir con otros compañeros a la Estación de San Bernardo a esperar a Francisco Acosta y a la de Córdoba, a recibir a Eduardo Saborido y Fernando Soto. Sabíamos que había mucha policía secreta vestida de paisano, lo que no me esperaba es que me viera el administrador de la oficina donde trabajaba mi hermana.

Lo siguiente era que mi madre se enteró que llevaba dos meses sin aparecer por clase. Tuve que contarle todo, que iba todas las tardes a reuniones y al sindicato. Afortunadamente mi padre nunca lo supo, no lo hubiera entendido. Ella sí sabía de mis libros: *Miseria de*

zapatos, *Domingo Rojo*, *El hombre del saco*, *La madre*, *La persona mujer*, etc., de mis apreciados *Mundos Obreros* y el llamado *Realidad*. Mi madre sabía todo lo que pasaba en la fábrica y a mi padre se lo fui contando poco a poco, incluso conseguí que hiciera huelga desde su puesto de trabajo, a pesar de lo absurdo que le parecía parar de trabajar con su cuadrilla en medio del campo. A mis hermanos también los llevé en más de una ocasión a las huelgas y manifestaciones, para que me entendieran un poco más. Sin embargo, cumplí el compromiso que acordé con mi padre, continué con mis estudios y los finalicé. Me vinieron bien cuando tuve que dejar la fábrica.

En marzo de 1977 se aprueba la Ley de Relaciones Sindicales, reconociendo la libertad de asociación sindical y en abril son legalizados los sindicatos UGT, CCOO y USO.

El cinco de mayo de 1978, en el local de la calle Calatrava con gran asistencia de metalúrgicos se acordaría una huelga de 24 horas para el lunes, tras romper las negociaciones por parte de la patronal FEDEME del convenio provincial.

Cuando se acordaba huelga, la patronal culpaba a los obreros de la crisis y solicitaba la vía de la responsabilidad del diálogo, así lo escribía la prensa, para que la población culpara a los trabajadores. En esa fecha había manifestaciones por el paseo Colón del textil y el comercio, a las que se unió el gremio del metal. Fue una etapa muy conflictiva porque las fuerzas antidisturbios comenzaron a disolver a los grupos. Es de las huelgas más largas que recuerdo, salíamos de los puestos de trabajo hasta la Plaza España o la Campana y la mayoría de las veces finalizábamos en la Plaza de San Pedro.

El 12 de mayo acordamos ir a la zona donde se discutía el convenio del metal, justo en el hotel Los Lebreros, donde había una obra cercana. Se registraron enfrentamientos entre trabajadores y policías. Los antidisturbios lanzaron pelotas de goma, botes de humo y tuvo por respuesta ladrillos y piedras, dando lugar a contusiones, heridos, carreras, roturas de cristales y coches dañados. Una de las bolas alcanzó a un compañero, Manuel Perejón, dejándole un buen moratón en el brazo. La reunión de FEDEME se suspendió. Continuaba la huelga indefinida y en la prensa aparecía: «Graves

incidentes entre huelguistas y policías, mientras se celebraba una asamblea de empresarios del metal, tres policías y un manifestante resultaron heridos, daños en las lunas del edificio y automóviles aparcados en la zona». La patronal acordó cierre en todas las empresas que hubiera anormalidad laboral y solicitar la prórroga por seis meses para la negociación del convenio.

A finales de mayo, la FEDEME recomienda reabrir las fábricas y suspender las represalias. A todo ello, se sumaba la solidaridad de las grandes empresas, FASA RENAULT, ISA, LANDIS, CASA y AS-TILLEROS con continuos paros, concentraciones, cortes de tráfico y asambleas constantes de información sobre la problemática. Muchos de los trabajadores de éstas acudían a la concentración en San Pedro. A primeros de junio seguían las concentraciones en esa plaza.

El día 8 de junio volvería a repetirse la escena de enfrentamiento entre trabajadores de diferentes gremios y los antidisturbios por el centro de Sevilla, sobre todo en los alrededores de la calle Imagen y Plaza del Duque. Hubo cuatro detenidos y algunos policías contusionados. Se daba la confluencia de numerosos convenios de diferentes gremios en negociación, la mayoría estancados en la negociación. El convenio del metal se firmó el veintidós de junio tras muchas dificultades. Es el convenio más arduo que recuerdo.

En todas estas luchas, las reivindicaciones salariales eran las más convincentes para el resto de compañeros, que solo reaccionaban si les tocaba el bolsillo, mientras que los enlaces sindicales sabían que aparte de los salarios había mejoras sociales que a largo plazo eran también beneficiosas.

Era difícil transmitir a la plantilla su importancia y esto era aprovechado por la patronal para ir mermando nuestros derechos. Soy consciente que esto sigue sucediendo.

En febrero de 1981, tuvo lugar el intento del golpe de Estado, con mucha pena, tuve que deshacerme de mis periódicos de *Mundo Obrero*, quemándolos. Por entonces, mi novio estaba en la mili y los escondía en su piso. El miedo a que otros tuvieran que pagar por mis ideas empujó mi dolorosa decisión. Aún hoy echo en falta disponer de aquellos periódicos que tanto significaron para mí.

Conocí a muchas compañeras de otras empresas como Landis Gir, HYTASA, INDUICO y otras que no recuerdo. Varias veces me reuní con muchas de ellas, en un piso vacío. Estaban creando un grupo feminista en el que también venían compañeros, aunque menos. La intención era luchar desde la igualdad, tanto en las familias con los hijos, en las tareas domésticas, como en reivindicar los salarios y las condiciones de trabajo. Siempre las veía en las manifestaciones, en las huelgas.

Qué tiempos más difíciles para las mujeres trabajadoras en todos los ámbitos de sus vidas, las tareas de la casa, el trabajo, los niños, siempre a su cargo. Siempre teniendo que demostrar lo que puede hacer en los trabajos, los estudios, para ganarse el mismo lugar que como persona le corresponde. Sin hablar de aquellas mujeres que participábamos en la lucha obrera.

El hombre lo ha tenido más fácil y a la mayoría de ellos, les convenía continuar en esa zona acomodada de hombre, no tenían que demostrar nada.

Por eso el proceso para la igualdad es tan largo y lento en el tiempo, aún sabiendo que los dos juntos, hombre y mujer, tienen los mismos derechos y deberes y en igualdad obtendrían un mayor beneficio. Gracias a muchas mujeres el mundo sobre la igualdad va cambiando aunque sea lento.

A estas alturas, echando la vista atrás, entiendo que mi participación en la lucha obrera ha sido un granito de arena, al lado de las intervenciones de otras mujeres que han comprometido su libertad por sus ideas. Sin embargo, me siento muy satisfecha de las vivencias y de lo que haya podido aportar para las mejoras de los trabajadores.

El fuerte compromiso de mis compañeros, hombres, me arrastró a implicarme en la lucha obrera. Mi condición de mujer hizo que percibiera esta implicación en una escala inferior a la que ellos tenían. No solo era una percepción mía, tanto en los medios de comunicación, en la empresa, por parte de los trabajadores y de la patronal, en reuniones sindicales y asambleas, al final siempre figuraban ellos. Mi papel era molesto para mis compañeras que no

entendían la necesidad de que una mujer estuviera comprometida al mismo nivel que los hombres. Los medios de comunicación solo hacían mención a las mujeres cuando la empresa estaba constituida totalmente o en su mayoría por mujeres.

Había muchas menos mujeres que hombres trabajando, pero había mucho apoyo a los obreros, sobre todo de los barrios, de las esposas y familiares de los trabajadores, que se desplazaban a las factorías para apoyar y proporcionar lo que hiciera falta, por si había encierro. Llevaban bocadillos y animaban a que se siguiera con la acción. Era tan normal que el barrio se volcara, que en Arteferro subieron las tapias que formaban el perímetro de ésta. Reconozco que mucho de los logros fue gracias a esas mujeres del barrio.

Tan solo en la prensa de izquierda se hacía alusión al hecho, el resto periodístico omitía muchos hechos, menguaba cifras y las mujeres quedaban la mayoría de las veces en un segundo plano casi invisible.

De todas formas y a pesar de tantas dificultades, no cambiaría mis vivencias, conocí a muy buenas personas. Y tuve buenas y malas experiencias. Doy gracias a todas las personas que hicieron posible que se cumplieran muchas ilusiones sobre un mundo mejor y más justo. Mi mejor experiencia es quedarme con su recuerdo y haber conocido la verdadera solidaridad, unidad y tantos valores. A pesar de que muchas de las luchas conseguidas parezcan que siempre fueron así, no podemos olvidar que fue a través de muchas personas y de muchos de sus esfuerzos.

BEGOÑA HELGUERA GARRIDO ¹⁸

¹⁸ Testimonio de Begoña Helguera (escrito por ella), 2017.

*«Al fin y al cabo, actuar sobre la Realidad
y cambiarla, aunque sea un poquito, es
la única manera de Probar que la realidad
es transformable».*

Eduardo Galeano

Querer cambiar el mundo, fue la motivación que me llevó a organizarme políticamente. No me gustaba el mundo en general y la situación política de España era insufrible, propicia para que a los dieciocho años utilizara mi rebeldía contra el sistema que nos oprimía y no nos dejaba ser libres.

Mi nacimiento tuvo lugar en una parcela alquilada a un terrateniente, D. Miguel Maestre, estaba situada cerca del Cortijo del Higuera convertido por aquel entonces en suburbio, colindante con el barrio del 'Burro de Oro' y las casas nuevas de Renfe. También estaba en la misma zona el barrio de 'Villa Ranas' por un lado y la desaparecida Estación de Ferrocarril de San Jerónimo por otro, hoy podríamos ubicarla donde están las torres de Nueva Torneo más o menos. En esa parcela mi familia había fabricado una casita, digo fabricado, porque los ladrillos empleados los fabricaron entre mi padre y mi madre, el constructor fue mi abuelo materno. Según me contaba mi madre, mi padre sacaba el barro de la tierra lo mezclaba con paja y mi madre ponía la mezcla en unos moldes que se secaban al sol. Mi abuelo que no era albañil pero era muy apañado, construyó dos habitaciones y una cocinita; en una de esas dos habitaciones nací yo un 7 de Marzo de 1953.

Yo recuerdo con mucho cariño este lugar en el que nací. Mis abuelos, Francisco y Milagros con mis tías, María, Milagros, discapacitada mental profunda, y mi tía Carmen, ya vivían allí hacía tiempo, cuando por necesidad mis padres se refugiaron con ellos. Me sentí muy querida por todos. Mi hermano Jesús me llevaba seis años y para mí era muy importante, era mi hermano mayor y de él

aprendía las cosas más cotidianas que te puede enseñar un niño de esa edad.

La parcela que era pequeña estaba rodeada de higueras que bordeaban un canal en el que nos bañábamos en verano, el agua era cristalina y era una autentica gozada chapotear y refrescarse en los días calurosos. En las higueras había un columpio construido con unas cuerdas y unos sacos, nos divertía mucho y era fantástica la sensación de estar volando hacia el cielo. Mi abuela tenía un peral en la puerta de su casa, recuerdo aquel peral florecido en primavera y un rosal precioso cuajado de rosas de color rosa pálido. La parcela, a veces, estaba sembrada de papas, en otras de batatas o de hierba para los animales, casi siempre estaba verde, aún recuerdo el despertar a la naturaleza, las plantas, las flores, los pajarillos, los zapateros, las mariposas –creo que lo tengo todo idealizado–. Nos juntábamos con unos niños de un cortijo cercano, el Cortijo de los Campitos, y buscábamos hierros por la tierra que luego le cambiábamos por globos, tirachinas, bolas para jugar y cosas similares a un buhonero que pasaba por allí, de cuando en cuando.

Por aquel lugar desfilaban toda clase de oficios, la mayoría ya desaparecidos: el cartero, el ditero, el 'lañero' que arreglaba los lebrillos de lavar; el hojalatero que hacía unos jarritos de hojalata con las latas de la leche condensada; el talabartero que hacía o arreglaba los arreos del burro; el gitano que hacía las canastas; el afilador con su soniquete; y, también pasaban por el camino los pastores con sus rebaños de cabras o de pavos. La llegada de estos personajes era toda una novedad, teniendo en cuenta que no había las distracciones que tenemos ahora. Recuerdo los sonidos de aquella época algunos molestos para mí, como la sirena chirriante de la Fábrica de Los Certales llamando a los obreros, o el tic-tac que producía el martillo sobre la guadaña cuando mi padre la afilaba sentado en la tierra. Un ruido gutural que hacía mi tía Milagros o el ladrido de los perros, pero también recuerdo otros sonidos agradables, el croar de las ranas, el canto de los pájaros o de la chicharra, el mugido de las vacas, las voces de mi gente. También son muy especiales los recuerdos de los olores como el de de la tierra mojada cuando caían las primeras lluvias, que a los niños nos divertían mucho y cantába-

mos la canción de que «llueva que llueva...» también gritábamos: «¡agua pá las papas de mi abuelo!».

Llevábamos una vida muy austera, éramos muy pobres, como la gran mayoría. Vivíamos con las necesidades más básicas cubiertas, ropa y calzado lo sucinto, comida la necesaria, eso sí, muy bien guisada por mi madre que era una estupenda cocinera. No pasamos hambre porque teníamos la leche, los huevos de las gallinas que cuidaba mi madre y la matanza de todos los años que mi madre arreglaba y conservaba, estirándola todo lo que podía ¡Que buenos estaban aquellos chorizos! Mi madre remendaba la ropa para prolongarle la vida, nos hacía la ropita a mi hermano y a mí, los zapatos nos lo compraban dos tallas más grandes.

Mis padres no tenían más diversión que trabajar para salir adelante. Mi padre había emigrado a la edad de 18 años de un pueblecito de Cantabria (Rasines), huyendo de la miseria, y a mi madre la trajeron mis abuelos con dos añitos de un pueblo de Albacete (Vivero), también buscando una vida mejor. Mi padre era un vaquero pobre, tenía tres o cuatro vacas en un tinaón –establo–, hecho de cañas. Mi madre se encargaba del cuidado de la familia, de las gallinas, el cerdo y por la tarde iba a vender la leche a los barrios cercanos. No podían permitirse ningún tipo de capricho, mi padre fumaba, pero cuando las cosas venían mal dejaba el tabaco. Tuve unos padres ejemplares además de buenos, a pesar de nuestra pobreza recuerdo los primeros años de mi niñez con mucho cariño, ajena a lo que pasaba en nuestro país, entonces mi mundo era mi familia y los niños con los que jugaba. Mis preocupaciones, comer cuando tenía hambre, dormir cuando tenía sueño y jugar.

Una vez se quemó una casa-choza en el Higuerón, mis padres fueron a ayudar, recuerdo verlos muy angustiados, al final pudieron apagarlo a duras penas haciendo una cadena con cubos desde el pozo que estaba no muy cerca, pero la familia se quedó sin nada y los vecinos ayudaron con lo poco que pudieron.

A pesar de la pobreza, mis padres pudieron ahorrar algo y como corrían rumores que D. Miguel, el dueño de las tierras iba a echar a los colonos, pensaron en comprar algo donde poder irnos con los

animales incluidos. Se enteraron que cerca del cementerio, el cura de la parroquia del suburbio de El Vacie vendía unos terrenos, así que allá fueron con toda su ilusión a comprar el terreno suficiente para hacer una casa en condiciones, y una cuadra para los animales. El cura, D. Miguel Ferrer, les metía prisa para que hiciesen las construcciones rápido para después urbanizarlas decía. Allí invirtieron sus ahorros no sólo mis padres, cálculo que unas 200 ó 300 familias. Cuando ya estaban casi terminadas, llegó una orden de paralización de las obras. El cura había aprovechado que en Sevilla en el año 1958 o 1959 –no lo sé muy bien–, durante unos meses no hubo ni gobernador civil ni alcalde, así que cuando fueron nombrados los nuevos, el alcalde mandó parar las obras. ¡Qué ruina y que disgusto se llevaron todas las personas que habían confiado en el cura! Él se lavó las manos porque el papel que les había dado al comprar el terreno, era un simple recibo de haber donado una cantidad determinada. Se plantearon qué hacer, pues si dejaban la casa sin habitar la terminarían echando abajo los habitantes de las chabolas, pero, por otro lado, la cuadra no estaba terminada y no podían seguir con la obra. Al final decidieron que mi madre y yo nos fuésemos a la casa, quedándose mi padre y mi hermano en el campo. Ellos pensaban que tendrían que darles una solución al problema, sin embargo la solución no llegó hasta la llegada de la democracia, cuando les dieron un piso en las tres mil viviendas, piso que traspasaron por una pequeña cantidad de dinero.

Mientras cohabitamos en el mismo espacio las chabolas y los intrusos –como nos llamaban–, pasaron cosas desagradables. Hubo un maldito y trágico incendio en una chabola y murió una niña de mi colegio, fue terrible ver a la madre gritar desesperada. En otra ocasión hubo una inundación por las lluvias que no cesaron de caer en días, mi padre tuvo que entrar en una chabolita para sacar a Enriqueta, una mujer mayor que vivía sola y se la llevó a mi casa, donde estuvo con nosotros hasta que se solucionó el asunto.

Mi afición a la lectura se la debo a una chica vecina de Enriqueta, –no recuerdo el nombre–, me dejó una cajita llena de cuentos de Calleja cuando estuve convaleciente de la operación de amigdalitis, que resultó un poco larga, ya que me dieron tres hemorragias en 20

días. Donde yo vivía había de todo, había mucha gente buena que no se podían permitir una vivienda digna – en esos tiempos la escasez de vivienda era mucha– y también había personas que habían caído en la degeneración; este ambiente lo describe muy bien Luis Martín de los Santos en *Tiempos de Silencio*.

Nuestras vidas cambiaron, mi hermano y mi padre iban y venían para comer, mi madre y yo las dos solas en aquella casa extraña para nosotras, fueron años duros para la familia. Al cura sin embargo no le pasó nada, siguió con su parroquia y cuando las chabolas desaparecieron lo mandaron a la parroquia de la Barrida del Carmen. Nadie se atrevió a denunciarlo por miedo, claro, no por falta de ganas. Cualquiera se metía con la Iglesia en aquellos tiempos.

A los dos años de estar viviendo en nuestra nueva casa, es imposible imaginarse quien vino a hacernos una visita, sí, ¡el mismísimo Franco! Fuimos a verlo por curiosidad me imagino, no por cariño ni admiración. Apareció custodiado por un séquito de hombres uniformados con metralletas en mano, serían unos treinta o cincuenta y le acompañaban otros trajeados que serían las autoridades de Sevilla, Gobernador Civil, Alcalde etc. Fueron a enseñarle el suburbio en toda su dimensión, incluida la charca donde las gentes echaban sus inmundicias. Allí le estaban esperando el cura, sus allegados y una bandada de moscas que se levantaron al sentir el alboroto. La visita debió impactarle porque al poco tiempo se llevaron a Torreblanca a las personas que allí vivían, excepto a los de las casas que nos quedamos allí un montón de años más.

Yo percibí la falta de simpatía en mi familia hacia aquella persona y poco a poco me fui dando cuenta que no se podía hablar según de qué cosas. Recuerdo un día, tendría yo unos ocho o nueve años, iba de la mano de mi madre y al pasar por delante de un vecino guardia civil retirado, apretó mi mano dando un tirón de reprobación ¡Niña eso no se dice! Me dijo, contestando a una pregunta tan simple como ¿mamá por qué hay ricos y pobres?, no lo entendí y no se me olvidó nunca ¿qué podía haber de malo en esa pregunta? También recuerdo que mi tío Antonio, hermano de mi madre, cuando iba a ver a mi abuela que vivía con nosotros en aquel entonces, ponía la Pirenaica y la escuchaba con mi abuela, mi madre se ponía

muy nerviosa y le decía: «Antonio que nos vas a buscar una ruina». Yo quería enterarme pero no entendía nada con aquel ruido infernal que le metían.

El colegio que regentaba el cura, al irse la gran mayoría de los niños a Torreblanca se cerró y tuve que irme al colegio de una pequeña barriada que estaba muy cerca, Santa Teresa «Las Pititas». También se fueron muchas de mis amigas y tuve que hacer nuevas amistades, recuerdo con mucho cariño una niña de las que se fueron, Asunción Berdugo Martínez.

En el otro colegio aterricé cuando tendría ocho o nueve años, allí conocí a mis nuevas compañeras, Merceditas, Paqui, Gloria, Magdalena. La maestra Doña Rosario, era muy dulce y buena, venía todos los días con su marido, que era también maestro, en un sidecar y también traían a su hijo mayor. Después para poder traer a los otros dos que tenían, cambiaron el sidecar por un 'seita'. A uno de esos hijos de la maestra me lo encontré un día en una manifestación ¿Es curioso o no? También estaba afiliado al Partido Comunista y después volví a verlo alguna otra vez. El colegio sólo tenía 2 aulas una para las niñas y otra para los niños, la maestra llevaba hacia adelante a 30 o 40 niñas de todas las edades, pero hay que decir que, a pesar de todo, aprendimos mucho. El libro que usábamos era la *Enciclopedia Álvarez*, en este libro estaba reunido todo el saber necesario para poderse presentar al examen de ingreso para estudiar bachiller. D^a Rosario nos llevó a unas cuantas de niñas al Centro de Formación de la calle Fresa, hicimos el examen y al año siguiente estábamos estudiando 1^o de Bachiller Laboral, que eran los estudios profesionales que había antes de Formación Profesional.

En la calle Fresa, estudiamos durante 5 cursos, en el último conocimos a una profesora muy joven con la carrera recién terminada, que nos daba clase de Derecho Administrativo y Laboral. Esa profesora era Aurora León, sería casi de nuestra misma edad, nosotras teníamos diecisiete años y ella tendría veintitrés enseguida conectamos con ella. Aurora además de darnos la asignatura empezó a hablarnos de la situación social, de cómo los estudiantes de la universidad se movilizaban y nos contaba situaciones injustas que como abogada, veía todos los días. Fuimos a la Feria del Libro con



Una Begoña muy jovencita.

ella y nos recomendó algunos libros, cada una compramos uno y luego nos los intercambiamos, yo compré *La Madre de Máximo Gorki*. Creo que le llamaron la atención en el Centro de Formación, porque la profesora de literatura se llevó las manos a la cabeza cuando vio los libros que habíamos comprado.

Leer *La Madre* me abrió la mente, comprendí lo importante que era unirse y luchar por la justicia, al mismo tiempo empezamos a salir con unos chicos vecinos de la compañera Mercedes Valez y otros de la zona de la Macarena, fue cuando se gestó la idea de formar un club cultural. Hubo un conato de Club en un piso de la barriada El Rocío, pero duró un mes más o menos. La idea del club seguía su camino y al final en la calle Feria en el cruce conocido como la Cruz Verde, se alquiló un piso y allí tuvimos nuestro club. En este Club se hacían fiestas los domingos, pero además, íbamos todos los días,

charlábamos y comentábamos libros de una biblioteca que se formó con los libros que aportamos los socios. También se llevaba a alguna personas a dar charlas, íbamos a ver algunos artistas interesantes como por ejemplo Paco Ibáñez, que dio un recital en el Teatro López de Vega, recuerdo que fuimos también a un recital a la Librería Fulmen, creo que era Julia León la que lo dio.

Estando en este Club un compañero me propuso formar parte de las Comisiones Juveniles de Barrio. La primera vez fue un poco decepcionante para mí, porque me había imaginado un grupo más numeroso y aquello fue una reunión de cuatro o cinco personas en una cervecería de la calle Parra, que tenía un patio interior. Ahí empecé a tener contacto con la política.

Recuerdo que se organizó una manifestación por la muerte de un obrero en Granada, no recuerdo su nombre. Serían las ocho de la tarde y nos encaminamos hacia el arco de la Macarena dos compañeros y yo, aparentemente todo estaba normal pero se oyó un silbato y alguien desplegó una pancarta, acudimos todos a ponernos detrás, calculo que seríamos unas treinta o cuarenta personas, empezamos a caminar por la calle San Luis gritando ¡Franco asesino! y otras cosas, yo quería hacer lo mismo pero me puse muy nerviosa porque vi que venía de frente un policía municipal y el miedo me invadió, un compañero me tuvo que sacar en una de las bocacalles. En otras manifestaciones posteriores iba preparada mentalmente y dominé el miedo, pero en esta primera me desbordaron los nervios.

Cuando llevaba un tiempo en las Comisiones de Barrios, un compañero me captó para las Juventudes Comunistas. Asistía a las reuniones de mi célula y también a algunas más ampliadas. Hacíamos pasquines contra el régimen con una imprentilla de juguete o incluso a mano, después las lanzábamos por las calles de la ciudad. Las pintadas se hacían muy tarde, cuando no quedaba gente por las calles, así que nunca pude participar porque me tenía que recoger antes de las once de la noche.

El Club de la calle Feria se cerró, parece ser por seguridad, porque ya estaba la policía político-social dando vueltas por allí. Después la gente luchadora del comercio, abrió otro club en una calle-

cita entre la calle Feria y la Alameda, que duró unos meses o tal vez un año y se terminó cerrando me imaginó que por el mismo motivo.

Por recomendación de un camarada del partido abandoné las Juventudes Comunistas. Yo en aquel entonces estaba saliendo con un compañero que no estaba organizado, era simpatizante de nuestras ideas, pero tenía problemas psiquiátricos. La recomendación fue por seguridad, me dijo que o abandonaba al compañero o me iba de Las Juventudes, los sentimientos pudieron conmigo y abandoné la lucha.

Por aquel entonces mi familia cambió de casa, nos fuimos a vivir al campo, al fin D. Miguel, el dueño de la parcela donde mi padre tenía sus vacas, dijo que teníamos que abandonar la tierra y mi padre tuvo que alquilar otra con una casita pequeña y allí volvimos a estar todos juntos lo que fue muy agradable. Al dejar la lucha me dediqué a leer, a pasear por el campo hasta que mi relación con el compañero enfermo terminó acarreándome problemas llegando a una depresión y el médico me dijo que por mi salud tenía que terminar con él, y así lo hice.

Me volví a incorporar a un grupo con antiguos compañeros de los anteriores clubes y otros nuevos que estaban gestionando la apertura de otro, esta vez en la calle Monedero del barrio de la Macarena. Al mismo tiempo volví a organizarme, esta vez en el Partido Comunista. Me ofrecieron ser responsable de propaganda que ejercí durante un tiempo, mi misión era ir a una casona en la zona de la calle San Luis, donde vivía una camarada mayor, Pepa, con su madre muy anciana, recoger paquetes con el *Mundo Obrero* y llevárselo a otros camaradas de las diferentes fábricas, como Fasa, Renfe, así como a los barrios de San Juan de Aznalfarache, La Hermandad del Trabajo, etc.

Se estaba tratando de contactar con todos los estamentos de la sociedad, porque el malestar ya invadía a amplios sectores de la población, incluidos algunos sectores religiosos y también del ejército. En una ocasión y con motivo de enviarles un manifiesto, tuve que ir a unos bloques de pisos en la calle Trajano en los que vivían la jefatura del ejército. Allí tomé nota en los buzones de los nombres

y la dirección, creo que serían treinta o cuarenta personas, a mí me parecieron interminables, tenía previsto que si alguien me preguntaba, tenía que decir que era para enviarles propaganda de El Corte Inglés. Una vez que tuve las direcciones me dirigí a casa de Pepa, la mujer a la que yo iba a su casa por la propaganda, allí ensobramos la propaganda, le pusimos a los sobres la dirección y los eché al correo. Una vez tuve que ir a retirar bastante material de casa de un camarada, Tomás era su nombre, me imagino que nombre de guerra, vivía en la calle Oriente y se sentía vigilado. Fui con un Vespino que yo tenía, cargué una bolsa enorme y me lo llevé a la casa en la que ya no vivíamos, cuando pasó el peligro volví a llevarle la bolsa.

Otro día llevaba yo el bolso cargado de nuestro periódico *Mundo Obrero*, iba de recogida para mi casa por un camino solitario, paró un coche y el conductor se ofreció a llevarme; para tranquilizarme me dijo que era policía, fue un momento terrible, pensé en tirar el bolso, pero mantuve la calma y le di las gracias diciéndole que ya estaba cerca de mi casa, cuando llegué a mi casa recuerdo que el corazón se me iba a salir por la boca del susto.

Animé a mi tía Carmen, que es un poco mayor que yo, para que recogiera firmas en su barriada, La Hermandad del Trabajo, solicitando un dispensario de enfermería, ya que para ponerse una inyección o hacerse una cura había que ir a María Auxiliadora o hacerlo de forma privada. Con esta recogida de firmas, que fueron muchas, empezó a aglutinarse un grupo considerable de personas y se consiguió poner en pie una asociación de vecinos en la calle Primavera. Para entonces yo me había ido a vivir a ese barrio y se organizó una asociación de amas de casa en la que participé.

Con la muerte de Franco las cosas empezaron a cambiar un poco, comenzaron a dar la libertad a algunos presos políticos a los que fuimos a recibirlos a la estación de Ferrocarril. A los primeros que vinieron fuimos mucha gente a recibirlos, aquel día no ocurrió nada; sin embargo pasados unos diez o quince días vinieron otros y ahí se formó una buena, la policía se empleó a fondo. Parece ser que estaban cabreados porque por la mañana los estudiantes les hicieron trabajar ¡fue terrible! Con la alegría que fuimos para acoger la llegada de aquellas personas que tanto habían sufrido en la cárcel

y aquello se convirtió en una pequeña batalla campal. Los coches de policía como locos corriendo a toda velocidad con las sirenas chirriando, los policías que eran muchos, dando palos a diestro y siniestro, la gente tratando de refugiarse donde podían, en portales, bares y callejones... A mi novio y a mí no nos dio tiempo de quitarnos de en medio, enseguida nos acorralaron tres policías y empezaron a darnos palos. Paco tuvo que ir al Hospital porque le dieron en sus partes y se le inflamaron los testículos, pero tuvo que decir que se había dado un golpe y como él, hubo más gente que acudió a urgencias, pero sin decir la verdad.

Poco después, estando recién casada con Paco, camarada de Renfe, las mujeres de los ferroviarios tuvimos que abogar por nuestros maridos, habían sido militarizados para no dejarlos actuar en ningún tipo de acción, los ataron de pies y manos, ya que si los cogían en el menor fallo los juzgaban por lo militar y eso era terrible. Se hizo un escrito que firmamos un grupo considerable de mujeres y organizamos una manifestación desde La Macarena, hasta la Plaza de España a donde nos dirigíamos para presentar el escrito creo que en Capitanía, exigiendo la desmilitarización de los trabajadores de Renfe. Pero allí no nos recibieron, tuvimos que encaminarnos a Plaza de Armas donde tuvimos que forzar la situación diciendo que de allí no nos movíamos hasta que nos recibiera el Director General de Renfe. Después de recibimos y hablar con él, nos aseguró que se iba a hacer lo posible para conceder lo que pedíamos y efectivamente, al cabo de unos días fueron desmilitarizados.

Íbamos avanzando en el tiempo y en la lucha por la libertad. Aunque todavía el Partido estaba ilegalizado, ya se respiraba de otra manera y en algunas ocasiones salimos a la calle a vender *Mundo Obrero*. Se abrieron las primeras sedes por los diferentes barrios, desaparecieron las células, ahora las reuniones eran amplias y empezaron a llegar muchas personas a afiliarse. ¡Qué ilusión nos hizo el primer carnet del PCE! –todavía lo conservo–. Pronto vino la legalización del Partido y la democracia, las primeras elecciones que tanta ilusión nos hizo. Me cogió de reposo por culpa de una neumonía y no pude participar en actos, ni pegada de carteles, ni nada. Pero el día de las elecciones me levanté y fui a votar, como no podía

ser menos, pero los resultados fueron decepcionantes, no era justo que los que más habían luchado no tuvieran el resultado esperado en las urnas ¡el miedo! Siempre el miedo pasándonos facturas.

Seguíamos participando en la lucha de calle, así como en el parlamento. Recuerdo la manifestación para pedir la autonomía de Andalucía por el artículo 151, fue increíble, tengo hecha una película de aquellas de súper ocho, fue pacífica sin problemas y multitudinaria, fue una fiesta. Sin embargo, poco antes hubo otra también para exigir la autonomía, se celebró por la Puerta Jerez y aquello parecía una guerra igual que el día de la Estación pero peor, lanzaron balas de goma, utilizaron gases, mangueras de agua, solo faltó exagerando un poco la aviación.

Después tuve a mi primer hijo y por razones personales dejé la lucha, pero nunca he dejado de sentirme rebelde ante las injusticias y por tanto, de izquierdas, aunque no haya vuelto a estar organizada.

MARGARITA LAVIANA CUETOS ¹⁹

¹⁹ Testimonio de Margarita Laviana Cuetos (escrito por ella), 2017.

*«El opresor no sería tan fuerte
si no tuviese cómplices entre
los propios oprimidos».*
Simone de Beauvoir

Mirar hacia atrás para repasar mi vida, supone un esfuerzo teñido de resistencia psicológica a traer al presente recuerdos y emociones que están resguardados en algún lugar de mi mente, tranquilos y sin ganas de despertarse. Es mirar hacia un camino lleno de vacíos, con personas que no están y que fueron tan importantes en mi vida, que podría pensarse que no iba a ser posible continuar con su ausencia. En cualquier caso, parece que puede ser importante reflexionar sobre la propia vida para hacer posible una mejor comprensión de porque muchas mujeres de entonces y de ahora, hicimos las cosas que hicimos y funcionamos como funcionamos en el presente.

Nací el 17 de agosto de 1951 en Asturias, en un pueblo de la cuenca minera, entonces negro como el carbón y del que vivía la mayor parte de su gente: El Entrego, atravesado por el río Nalón, también negro como las vidas y el futuro de muchas de las personas que dependían de las minas, para lo bueno y para lo malo.

Mi madre era ama de casa, frustrada en su vocación de ser maestra, profesión que deseó para algunas de sus hijas; mi padre era minero, con aspiraciones a mejorar en su profesión.

Yo era la segunda de 7 hermanos. Cuando yo nací, mi madre y sobre todo mi padre, deseaban un niño, pues ya tenían una niña y en aquella época, ser varón era aún más importante que ahora. Nací en una casa a la que se habían trasladado mis padres hacía muy poco, y que tenía la suerte de contar con agua corriente, tanto fría como caliente –entonces calentada por las cocinas de carbón que había en todas las casas de Asturias–. Supongo que ser madre

en Asturias en aquella época, en la que los pañales eran trozos de tela doblados, que había que lavar a diario, era complicado. Mucho. Hasta que no fui muy mayor, no fui consciente de que mi madre fue una verdadera heroína, que con veintisiete años tenía ya 5 hijos y un marido cariñoso y difícil.

Mis recuerdos de niña están atravesados por un velo desteñido, que lo mismo deja entrever pequeñas alegrías que grandes tristezas. Mis mayores alegrías están relacionadas siempre con mis hermanos y hermanas, más que con mis padres y otras personas mayores. En todas las cosas que recuerdo que me hacen sonreír están las caras de alguno o varios de mis hermanos: las inocentes travesuras de Fernando, la «vocación de ser monaguillo» de mi hermano Martín, las trastadas de José Manuel, la inocencia inteligente de Jesús, el cariño de María Luisa y la responsable «adulter» infantil de Mary Carmen.

Cuando yo tenía cuatro años, mi padre se arriesgó a dejar las minas de Asturias para trabajar en la construcción de los pozos de las Minas de mercurio de Almadén, Ciudad Real, cambiando de empresa, y de tierra. De Asturias a La Mancha, a conocer otra realidad que para todos nosotros era totalmente nueva. En aquella época, mi madre hizo sola el viaje desde El Entrego hasta Almadén, tarea har-to penosa entonces, con las comunicaciones que había, y con cuatro hijos (la mayor de 5 años) y embarazada del 5º hijo.

Mis años en Almadén los recuerdo con un cariño tremendo, con dulzura por tan buenos momentos, porque sé que mis padres fueron felices allí y porque allí empecé a descubrir lo que era la amistad y empezar a ser «mujer». Vivimos en tres casas diferentes en Almadén. Dos de ellas, las recuerdo perfectamente, y en especial mantengo muchos recuerdos especiales de la segunda casa, en la calle de «Los Pinos», nombre por el que conocía a la calle Calvo Sotelo, en la que estuvimos viviendo hasta nuestro traslado a Nerva (Huelva), en junio de 1966, para trabajos de construcción en las minas de pirita de las Minas de Rio Tinto.

En septiembre de 1968 nos trasladamos definitivamente a Sevilla, en lo que parecía que iba a ser una nueva etapa familiar, en la que mi madre se quedaría en Sevilla con todos los hijos –siete ya–,

y mi padre permanecería en Nerva, viniendo a Sevilla los fines de semana. La razón era sencilla: ya éramos 4 los hijos estudiando bachillerato superior, que entonces no se podía estudiar en Nerva, y para mis padres, afortunadamente, la educación de todos sus hijos era un tema absolutamente prioritario.

Nuestra vida familiar había transcurrido con mucha normalidad, aparentemente, con una situación económica estable y relativamente cómoda en los últimos años. Sin embargo, a mi padre le diagnosticaron una enfermedad común entre los mineros, la silicosis en segundo grado, lo que en muy poco tiempo se convirtió en impedimento para continuar en su trabajo, quedándose pensionista, con 42 años, siete hijos y 4.600 pesetas de pensión.

Hasta aquí, un breve relato de una serie de cambios en la residencia familiar que condicionó definitivamente la vida de toda la familia, cambios que, por otra parte, no eran extraños en aquella época, como en esta, consecuencia de los intentos por mejorar las condiciones de trabajo, y por ello de la vida de las personas.

Ahora que miro hacia atrás, compruebo con sorpresa que estuve interna en colegios de monjas desde los 9 hasta los 17 años: siempre pensé que pasé allí 20 años, de largos que se me hicieron.

Cuando empezaba mi hermana mayor, Mary Carmen, el bachillerato, mis padres pensaron que lo mejor para nuestra educación era que estudiáramos internas en el mismo colegio en que mi madre estudió, en El Entrego, por entender que era la «mejor educación católica de calidad» que nos podían dar. Además, allí estaba toda la familia materna y paterna, y creyeron que estaríamos más acompañadas. Fueron los dos años más penosos de mi infancia, pues para que ella no fuera sola, fuimos las dos juntas y dado que los viajes entonces eran larguísimos y muy complicados, pasábamos internas en el colegio desde septiembre hasta junio, sin más distracciones que algunos domingos que pasábamos con la familia.

Las monjas de aquel colegio y de aquella época, eran verdaderas maltratadoras de la infancia. Para mí era incomprensible esa vida colegial y esa disciplina sin sentido, que nos obligaba a ir en fila y en silencio a todos lados, que nos imponía un uniforme negro

de cuello duro –como el de los curas de entonces–, que se abotonaba con un botón de plástico que siempre se me rompía o perdía, y que se cubría con un babi blanco que yo siempre llevaba sucio de cualquier cosa. Era incomprensible porque su trato era humillante, abusador, con maltrato físico y sobre todo, psicológico. Comprender este hecho desde muy niña me permitió sintonizar muy pronto con las «mujeres inevitablemente sumisas» con las que me encontré en mi vida.

Mi propia madre no era capaz de comprender que yo estuviera absolutamente aterrorizada en un colegio en el que a veces me levantaban a las 6 de la mañana para lavar el babi «por sucia», en el que me acusaban de cualquier cosa que pasaba en el colegio con castigos siempre terribles para una niña de 9 años: encerrada en la carbonera a oscuras, encerrada en la clase vacía hasta que se hacía de noche, golpeada con las clásicas reglas de madera procurando mis lágrimas en público, humillándome delante de las demás niñas, humillando a las niñas que se orinaban en la cama, con una orejas de cartón y un cartel que lo proclamaba delante de todas.... Todavía hoy, desconozco cuál fue la razón por la que desde el principio me negué a ser lo que ellas querían. Recuerdo miles de momentos de soledad porque era de las más pequeñas de las internas, y no era recomendable «juntarse» conmigo. Me encantaba el piano y empecé a estudiar solfeo y piano. Pasaba los recreos ensayando, hasta que las puñeteras monjas descubrieron que me encantaba y me lo prohibieron, Incluso me prohibieron las clases, aunque a mis padres se las cobraban todas. Siempre quise tener el pelo largo para hacerme trenzas, y las muy perversas me lo cortaban casi al rape, cada vez que lo tenía un poco manejable y podía doblregar los remolinos, me llevaban a alguna aprendiza que se ensañaba conmigo, por lo que mi aspecto era demasiadas veces penoso.

Recuerdo con angustia, aún hoy, el viaje de vuelta el segundo año con mi padre en el tren, intentando convencerle de que no nos llevaran más al colegio de Asturias. Mi padre, tras confirmar que lo que decíamos era verdad con algunas llamadas a algunos amigos que tenían hijas allí, les comunicó a las monjas que no volveríamos más, quejándose del trato que me habían dado durante esos dos años.

El aprendizaje de la época estaba teñido de valores del espíritu glorioso del franquismo: el himno a todas horas, los libros con un contenido absolutamente tendencioso y perverso, donde los valores de la feminidad eran la obediencia, la sumisión, la religiosidad, el recato –que no lograba entender que narices era eso–, la modestia y la humildad.

Después de esta gloriosa experiencia con el primer internado, mis padres buscaron un colegio más cercano, encontrándolo en Cabeza del Buey, con las Carmelitas. Nuevos uniformes, nuevo espacio, nuevo todo... Pero ese colegio tenía una ventaja, además de la cercanía: las clases eran fuera del edificio colegial, en un centro creio que público, al que íbamos todas las mañanas en lo que para nosotras era un magnífico paseo. Aquí no había, al menos en mi caso, y así lo recuerdo, castigos físicos, aunque el «machaqueo» religioso era alucinante: había que usar cilicio durante la cuaresma, y las monjas tocaban la pierna por encima del uniforme para comprobar que lo llevabas puesto, los ejercicios espirituales eran de libro: tres días sin hablar nada, con una libretita pequeña en la que tenías que escribir todo lo que pensabas y hacías, unas tremendas charlas en las que el anuncio de un infierno lleno de serpientes y de gusanos recorriendo tus piernas me mantenían aterrorizada y a la vez, deseosa de «creer» de verdad.

No tengo mal recuerdo de este colegio, sobre todo, porque con la cercanía de Almadén, pasaba vacaciones en casa y algún fin de semana que otro. En especial, la fiesta de la Inmaculada –entonces el 8 de diciembre, ahora no lo sé–, que era el día de la madre, muy especial en mi casa: hacíamos una fila en la que cada uno le hacía a nuestra madre un pequeño regalo, con mi padre el último, que siempre era un regalo especial, un collar, un reloj, un anillo... que a nosotras nos encantaba.

Destaco este hecho porque fue por querer pasar en casa este día por lo que me expulsaron del colegio. Yo jugaba en el equipo de baloncesto del colegio, y en esa fecha, el 8 de diciembre, vino la madre general de la congregación –la verdad es que no sé cómo se llamaba su cargo–, a participar en los festejos que organizaba el colegio. Yo jugaba un partido que se hacía el mismo día y esperaba irme a casa

con mis padres una vez que el partido acabara. La madre general, al parecer se enfadó porque había pocas niñas entre el público, pues la mayoría se había ido a sus casas, y dio la orden de que ninguna niña más se fuera de permiso. Yo me enfade y mis padres, también. Las monjas dijeron que si me iba sin permiso, no volviera más, y así paso: no sé por qué pero mi madre dijo que hacíamos lo que yo quisiera. Supongo que les pareció tan injusto que se pusieron de mi lado sin dudar. Y así fue... A la semana, volvimos a por mis bártulos y a casa, más feliz que una perdiz. Acabe el curso en la academia en la que ya estudiaba mi hermana mayor y la pequeña, teniendo que hacer los exámenes finales en Puertollano.

Ese año y el siguiente los recuerdo como los más felices de mi vida. Estaba en casa, con mis hermanas y hermanos, en una clase mixta, en plena adolescencia cargada de corazoncitos pintados con mi nombre y niños que me miraban: descubrí que les gustaba, que no era el diablo negro que me habían hecho creer durante tanto tiempo. Descubrí la amistad: Julia, Camelia y yo. Inseparables, importantes en mi crecimiento interior, con las que mantuve la amistad y el cariño durante mucho tiempo y de las que al día de hoy no sé nada, pero quedan en un rinconcito de mi corazón con aprecio y agradecimiento por aquella felicidad compartida, calle Mayor arriba y abajo, comiendo pipas, hablando de tantas cosas...

El anuncio del traslado de mi padre a Nerva fue una verdadera tragedia, todos llorábamos. Los pequeños quizá por mimetismo de los mayores, pero fue un desarraigo tan tremendo el que yo viví, que tarde mucho en recuperarme: todos los compañeros y compañeras me escribieron en una libretita palabras de cariño y me regalaron un single de los Beatles, que o ponía sin cesar en el tocadiscos y lloraba y lloraba cada vez que escuchaba la canción de «*Michellemabelle*»...

Poco a poco la tristeza se fue suavizando. Empieza otra vida, nueva gente, nuevos chicos que nos miraban como la novedad del verano. Allí conocí a mi «amor platónico», Antonio, rubio hasta en las pestañas. Fue una preciosa amistad en la que cogernos las manos, acariciarme el pelo, y darme un beso en flequillo fue la máxima intimidad, una intimidad que hacía estremecer todo mi cuerpo y me llenaba de felicidad. Pasado el tiempo, tengo que agradecerle su

ternura y su sinceridad, cuando me «dejó» con razones que, para mí, entonces, eran absolutamente incomprensibles.

Y de nuevo a un internado, la Doctrina Cristiana de Sevilla, y de nuevo a experimentar la tortura emocional y psicológica, no solo vivida hacia mi persona sino consolidada como herramienta de funcionamiento en la institución. En ese colegio había novicias y postulantes, que muchas de ellas eran chicas «pobres» que estudiaban «gratis» y tenían que ayudar en las tareas domésticas. Era alucinante observar el trato de algunas monjas hacia ellas: siempre con la mirada baja, en filas paralelas a las nuestras, que también íbamos en fila a todo... Una vez «una monja con título» le tiro a una novicia una caja llena de botones y le dijo delante de nosotras, «recógelos, para que aprendas lo que es la humildad». Salíamos en mayo a rezar el rosario de la aurora, en fila, con unos velos blancos largos que nos llegaban al final de la falda.... cantando y cantando canciones religiosas que aún recuerdo. Los chicos del Claret, el colegio de enfrente, se carcajaban de nosotras, muy machitos, ellos.

Y corriendo de nuevo a buscar otro colegio, esta vez las Salesianas de la calle San Vicente. Mi último año de internado, inaguantable, cateto, opresor, humillante y solo compensado por compartirlo con mi hermana pequeña, que iba por primera vez a un internado, con la que estaba siempre junta para evitarle en lo posible, las mierdas que pudiera.

Pasábamos hambre, cuando llegaba el paquete de comida de casa lo abríamos y nos lo comíamos todo de una vez. Era una costumbre nueva, pues en los internados anteriores, aunque la comida era de aquella manera, era suficiente y no nos quedábamos con hambre. En este colegio, todas las niñas recibían comida de casa, y pronto entendimos el porqué, comunicándolo en casa y recibiendo el puntual paquete como el mejor regalo del mundo. De este momento se me ha quedado un amor por el melocotón en almíbar que me dura hoy, abríamos la lata a cuchillazos mi hermana y yo y nos la comíamos entera.

En este colegio empecé a pensar en que algo raro les pasaba a las monjas con la amistad entre mujeres: mi hermana y yo nos co-

gíamos de la mano, y nos decían con una sonrisa estúpidamente de una complicidad que no comprendíamos: esas manitas separadas... Había una niña pequeña que tenía miedo de las tormentas y se vino conmigo a mi cama una noche con el consiguiente escándalo por la mañana: la moja montó en cólera contra ella y en la fila del patio aún seguía calentita la señora, diciendo cosas tales como: «¡vas a acabar como tu madre!» –era hija de madre soltera–, «¡reza y pide perdón!». Esto fue superior a mis fuerzas, me salí de la fila y le dije a la sor que o se callaba inmediatamente o le quitaba la toca, descubrí desde muy pequeña que les aterrizzaba que se les viera el pelo, no sé por qué. Me retó y le devolví el reto. Ahora me imagino la escena, un silencio sepulcral en el patio, todas las niñas esperando, y la monja y yo como dos gallinas de corral. Gane esta batalla. Se calló y se fue... estuve 15 días barriendo, limpiando y sin recreo, pero feliz y ganadora. Después de esto, una gastritis sinceramente, creo que psicossomática, me mantuvo en mi casa hasta los exámenes finales. Todo aprobado, sexto y reválida. Adiós monjas, adiós colegios, adiós para siempre, institución de mierda.

Y aquí empieza realmente mi vida socialmente pensante. No sé cómo definirlo mejor. Tenía la certeza de que ya nunca más volvería atrás, que aquello se acabó y que ya no iba a consentir nunca que nadie limitara mi vida.

Empezar a estudiar de otra forma abrió mi mente a pensamientos diferentes. Ya no era lo que te contaban, sino lo que tú misma descubrías: otros libros, la biblioteca, ese mundo maravilloso donde había tantas cosas diferentes. Hasta ese momento, mis conocimientos políticos se limitaban a que estábamos nosotros, que éramos los buenos, y los comunistas que eran los malos. Pero los comunistas eran los rusos, y se rezaba el rosario por su conversión. En España, todos éramos de lo mismo, es decir, buenos.

Otro tanto pasaba con la religión, estábamos nosotros, los católicos, y los infieles, por cuya conversión también rezábamos. Y los judíos, que habían matado a Jesucristo, que eran lo peor.

La sexualidad no existía fuera del matrimonio. Ni siquiera era sexualidad, sino procreación. Los pensamientos, la masturbación,

los deseos eran cosas a confesar, porque eran producto de las tentaciones del demonio. Y solo existían dos posibilidades: o te casabas o te «metías a moja o a cura». Las demás personas eran o solteras, bichos raros o «mujeres de mala vida», frase que tardé en comprender pero que escuché desde muy pequeña. Hombre de mala vida no existían, al parecer.

Es por tanto en este momento en el que empezó a una velocidad de vértigo el «conocimiento real de la realidad»: en la facultad conocí gente extraordinaria, grupos políticos radicalizados que encantaron mi corazón desde el principio, causas por las que luchar que ocuparon mi mente y mi vida para siempre.

Descubro la falsedad de una religión que durante toda su historia y existencia ha pervivido como institución no solo poniéndose al lado de los poderosos, sino siendo uno de los organismos más poderosos del mundo. Conozco su papel en la guerra civil española y en la postguerra, y soy consciente de su papel de apoyo al franquismo, un apoyo que además la hace rica, feliz y más poderosa aún.

Conozco a mi primer marido cuando tengo 19 años. Nos casamos al año siguiente en una ceremonia civil, que en el año 1970 no tenía muy claro el rito. Solo destacar algunas cosas: la mayoría de edad para contraer matrimonio civil para la mujer eran los 23 años. Mi padre tuvo que autorizar expresamente, firmando ante un juez, la autorización. Ya he dicho con anterioridad que mi padre era políticamente falangista y católico practicante y sincero, al igual que mi madre. Para ellos fue tremendamente doloroso este matrimonio mío, que les supuso además una exposición pública ante sus familiares y amigos. Todos rechazaron mi opción, a veces en silencio, pero otras, con actuaciones inconvenientes que a mí me alejaron aún más de la familia no directa. Ese matrimonio ni se celebró, tomamos una cervecita en el bar de enfrente del juzgado, y cada cual a su casa: Manolo y yo, cada uno a su trabajo, y después, fuimos a comer por ahí.

Tuvimos que APOSTATAR de la religión católica, y todavía recuerdo las caras de los dos curas cuando pedimos citas en las dos parroquias porque nos casábamos. Esperaban a personas deseosas

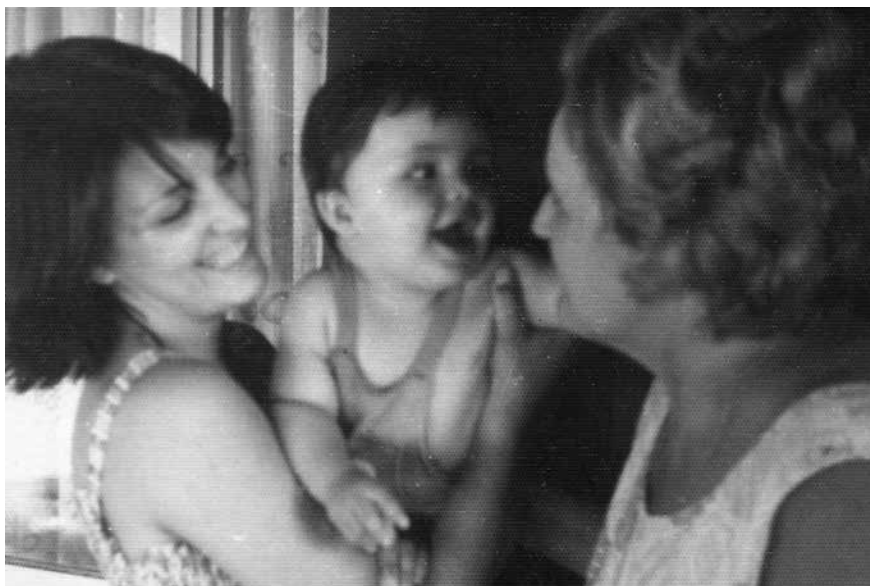
de consejos, y llegaron dos monstruos: ¿de verdad queréis renunciar a la fe e ir al infierno? Si, queremos. Muchas veces he pensado si mereció la pena ese sufrimiento a mis padres. En especial después de la muerte de mi madre, en la que tantas cosas se te vienen a la cabeza y al corazón. Y creo que sí. Ser mujer en aquella época era no ser nada sin «el hombre», fuera tu padre, tu marido, tu jefe... Para mí la coherencia ha sido mi necesaria piedra filosofal, posiblemente como reacción a tanta incoherencia como me ha rodeado en la vida. Y sí; casarse por lo civil, decirle «NO» a toda la parafernalia social orquestada en torno al amor, era un paso esencial y mereció la pena.

Mi matrimonio me permitió hacer cosas que no hubiera podido hacer si hubiera seguido en casa: estudiar psicología, desarrollar una intensa actividad política, conocer el feminismo y hacerme una ferviente seguidora de la lucha de las mujeres.

Pero no solo. Nuestra relación estaba basada en el amor, el compromiso y la sinceridad. Rompimos moldes sin saber y sin saberlo. Y no fue fácil. Mi compromiso político fue creciendo y compaginaba como podía actividad profesional, política y familiar. Nació mi hijo el 6 de octubre de 1975. Fue una experiencia magnífica, de la que no voy a hablar por respeto a la intimidad de las personas afectadas, mi hijo y su padre, pero que ha sido lo mejor de mí vida. A los dos años de nacer mi hijo, su padre y yo éramos más amigos que pareja, y de común acuerdo decidimos separarnos, manteniendo hasta el día de hoy una relación cercana, de cariño y respeto.

Tenía mi hijo poco más de 1 mes, cuando uno de mis hermanos vino a casa a decirme que Franco había muerto –no tenía ni teléfono ni TV, y no lo sabía–. Llore de alegría con él en brazos, diciéndole una y otra vez: «no lo vas a conocer, hijo, no lo vas a sufrir nunca». Más aún, porque un hermano mío también militante del PTE, estaba en la cárcel de Granada por su activismo político, y pensábamos que su libertad sería automática. No fue así, desgraciadamente. Tuvieron que pasar muchos meses para que fuera liberado, tras la fianza que recogimos con ayuda de amigas inolvidables.

Ese fué un año especialmente difícil: se había promulgado el estado de excepción, se habían producido 5 ejecuciones por senten-



Margarita con su hijo y su madre (tres generaciones).

cias del Tribunal Militar, Franco agonizando, pero no acababa de morir, a muchos se nos hacía un nudo en la garganta al ver que el dictador iba a morir tranquilamente en su cama, sin pagar por ninguna de las atrocidades cometidas...

Empiezo mi contacto y colaboración con el PCI con 19 años, y pasé a militar en cuanto me lo ofrecieron en torno al año 1972, no soy capaz de precisar la fecha. En aquella época, al menos en mi caso, uno no pedía entrar, sino que alguien te proponía que lo hicieras. Era un verdadero honor, yo tenía tan mitificada la militancia en la izquierda que no creía ser merecedora de ello, pues me sabía con poca formación política. Mara López Gay, fue mi captadora, de ella guardo un cariñoso recuerdo, como de casi todos los López Gay que andaban en torno a la Joven Guardia roja, en el PCI... y como el resto, escondiéndonos de su padre.

Escuchar, participar, hablar en las asambleas de la Facultad, ¡ese Aula Magna a reventar, cantando Marusiña! Fue mi primer aprendizaje. La Facultad cerrada, la fila de grises haciendo un pasillo para que pasásemos los que habíamos estado allí encerrados, pidiendo-

nos y retirándonos el DNI. Era terrible la sensación de angustia en el estómago, al llegar a casa sin DNI y sin saber cómo decírselo a mi padre. Recuerdo que cuando salí de casa para ir a la Comisaría a recoger el DNI, me despedí súper cariñosa de mi madre, que la pobre me decía: «Margaritina, ¿qué te pasa que estas tan cariñosa?». Yo pensaba que me iban a encerrar y llevarme a la cárcel, y que no la iba a ver en mucho tiempo. Pero solo era una táctica más de la estrategia del terror. No les salió bien, pues, aunque con serpientes en el estómago, los jóvenes universitarios de entonces seguimos haciendo frente, un frente compacto y potente a la situación de dictadura que vivíamos y que estábamos dispuestos a derribar.

Ir a las manifestaciones, todas ilegales, hacer sentadas en la calle San Fernando, con los grises a caballo en la otra punta ¡que vienen, que vienen! Las carreras por la calle Feria y las calles de la Alameda. Comprábamos garbanzos para que se cayeran los caballos, pero nos caíamos nosotros, claro, todos eran actos conscientes de rebeldía activa contra una realidad a cambiar. Y éramos muchos, muchas, y estábamos unidos en lo importante, aunque diferentes en ideologías, organización y militancia. La constatación en la propia piel de la importancia de los cambios condicionó para siempre mi vida. Y de ello me alegro pese a los sinsabores.

Mis estudios de psicología evidenciaron desde muy pronto las carencias: teñidos de filosofía moralista, desconocida la disciplina por casi todos, desconocida la función por muchos más...En algunos entornos, la psicología era como la piscina en los colegios «bien», objetos publicitarios de modernidad. Empezamos a organizarnos casi antes de acabar la carrera, construyendo la Sección de Psicología dentro del Colegio de Doctores y Licenciados. Después, numerosos viajes a Madrid para construir el armazón colegial estatal y autonómico, en el que tanta gente ha dedicado años de su vida y del que queda aún mucho por lograr, en especial en sus sistemas de elección y participación democrática.

Conocer el Manicomio de Miraflores en el año 1970, era encontrarte de golpe con la máxima brutalidad social: la exclusión absoluta de más de 1000 personas, en función de una supuesta enfermedad mental, para la que el supuesto tratamiento común era la reclusión

y el abandono. Diagnósticos tales como «homosexualidad», «madre soltera», «prostitución», peligroso para sí y para los demás... llenaban muchas de las historias clínicas acumuladas en el tiempo.

Aun siendo estudiantes, organizamos un grupo de teatro apoyado por el entonces único psicólogo del hospital psiquiátrico, que se llamó *El Emigrante*, pues cada semana cambiábamos de lugar porque nos echaban de todos, y llegamos a representar *El Retablillo de Don Cristóbal*, de Federico García Lorca. Es de entender que la oficialidad no nos aceptaba bien, y era difícil para nosotros penetrar aquel muro tan potente, que coexistía en la mente de tantas y tantas personas.

La vida tras aquellos muros, para muchas mujeres y hombres, era penosa: carentes de derechos, recibiendo electrochoque como castigo, sin privacidad, sin pertenencias, muchos de ellos sin identidad.

SE CONVIRTIÓ EN UN OBJETIVO PERSONAL Y PROFESIONAL, ACABAR CON AQUELLOS MUROS. Trabajar para recuperar las personas, cooperar para lograr terapias alternativas que las ayudaran al sufrimiento.

Y por último, el compromiso feminista, en una época en la que hablar de feminismo era casi pecado, en una sociedad conservadora, de derechas, machista y bajo un régimen fascista que mandaba a la mujer a la cárcel por adulterio, aunque perdonaba que se matara a un bebé si era para salvar el honor de la familia.

Dentro del Partido en que militaba, ya denominado Partido del Trabajo de España –PTE, y después PTA–, me encargaron la tarea de organizar el área de la mujer. Empezamos con las Asociaciones de Amas de Casa, de Estudiantes, de Profesionales...Había que lograr un número importante para participar de la Federación de Asociaciones de Mujeres, e intentar «coparlas». Era una forma de entender la penetración en las instituciones. Muy pronto, organizamos la Asociación Democrática de la Mujer Andaluza «Mariana de Pineda», primero provincial y al poco tiempo, de ámbito andaluz, aunque constituida sobre organizaciones provinciales.

Nunca olvidare la primera «rueda de prensa», a la que solo acudió Pepe Aguilar, entonces en El Correo de Andalucía, y que fue el único que publicó todas nuestras reivindicaciones, entre ellas, «derecho al divorcio», «derecho a la coeducación en todos los centros públicos», «aborto libre y gratuito a cargo de la seguridad social», eliminación de las leyes discriminatorias», despenalización del adulterio» ... Aquella crónica feminista le valió una sanción encubierta al periodista, que estuvo un tiempo dedicado a documentación en el archivo, al parecer.

Llegaron a estar afiliadas más de 800 mujeres en Sevilla. Nosotras, las jóvenes de entonces, pero también muchas de nuestras madres, que orgullosas, repartían propaganda y flores en el día 8 de marzo, asistían a nuestras charlas. Recuerdo de forma muy especial a mi propia madre, protagonista de su propia re-evolución, feliz de sentirse participante pese a los problemas que ello le ocasionaba en sus relaciones con mi padre, anclado en el apoyo al franquismo y sus ideales, hasta que tras el golpe de estado de Tejero, conoció que mi nombre estaba en la lista de las personas de Sevilla a llevar al Campo de fútbol, para emular a Pinochet tras su golpe militar. Nunca pudo pensar mi padre que «los suyos» podrían haber pensado siquiera una cosa así, y se suavizaron algo sus ideas.

Nuestra primera sede, la de la ADMA «Mariana de Pineda», estuvo en la Plaza del Duque, frente al entonces sindicato vertical y cerca de la «fábrica de tortas», como llamábamos a la comisaría de la policía. Era un espacio pequeño y cuando teníamos asambleas, que era casi todas las semanas, llegábamos a las escaleras.

Después, nos trasladamos a la calle Imagen, en el portal colindante con el bar Scala. Nuestra Asociación se definía como abierta a todos los partidos y a todas las mujeres: en las Juntas Directivas hubo mujeres del PSP, del PSOE, de ASA, del PTA, mujeres republicanas, independientes, durante dos años, participó la llamada «Duchesa Roja», Isabel Álvarez de Toledo, y Soledad Becerril, entonces en el PDA, realizó dos donaciones que nos ayudaron en la escásima economía de la asociación... Menos mujeres del PC, que tenían su propio movimiento, aunque en aquella época estaba poco activo

en el feminismo, aunque sí lo era entre el movimiento vecinal y por supuesto, en el sindical.

Nuestra asesoría jurídica, con Pilar Troncoso al frente –realmente era la única abogada que teníamos–, ayudando a chicas jóvenes, a mujeres en apuros, a lograr apoyo frente a la absoluta impunidad de tantos delitos contra la mujer.

Especialmente importante fue la lucha contra las violaciones, tras la violación múltiple de una chica de Chiclana, que consiguió movilizar a más de 3000 mujeres en Sevilla, frente a la sede de Gobernación (Plaza de España), que nos había declarado la «guerra», con amenazas de denunciarnos e incluso, detenernos.

Desde la ADMA orientamos y apoyamos a tantas chicas jóvenes embarazadas sin desearlo, a padres y madres angustiados que acompañaban a sus hijas de 15 años, informándoles de las opciones, procurando direcciones con garantías sanitarias, recogiendo dinero y en ocasiones, acompañándolas en solitario.

Éramos pocas sin embargo, las mujeres al frente de organizaciones y pocas, las que nos movilizábamos por la causa feminista. Definirse como feminista era mal visto, como si quisiéramos eliminar a los hombres de la faz de la tierra. Todas teníamos que ser feas, lesbianas, desgraciadas y terriblemente antipáticas.

Organizábamos actividades casi a diario –el 50%, no eran autorizadas–, manifestaciones contra las violaciones, quemábamos monigotes que representaban la quema del machismo, nos desalojaron de un pleno del ayuntamiento en el que pretendíamos hablar, hicimos una fuerte campaña a favor de la ABSTENCIÓN en la votación de la Constitución porque «la constitución no recoge nuestros derechos», fuimos incómodas hasta para nuestro propio partido, que veía que íbamos creciendo no solo en personas, sino en influencia.

Me tocaba compatibilizar mi trabajo, entonces en consulta privada y en varios lugares más, sin cobrar, con la actividad política general del partido, que era tremendamente activo, la actividad feminista y mi vida privada. Era responsable del área de la mujer, y viajaba por toda Andalucía, a reuniones de partido y a actividades

públicas de al ADMA Mariana de Pineda. Muchas veces me quedaba a dormir en el coche unas horas delante de los cuarteles de la guardia civil ¡qué paradoja! Les tenía más miedo a las agresiones machistas que a una posible detención por mi actividad. Eran frecuentes las reuniones de las que se salía a altas horas de la noche, e incluso de madrugada, y no fueron pocas las veces en las que tenía que correr y escapar con el coche de tíos con intenciones de usar-te como objetos de su propiedad, y en especial, de los fascistas de «fuerza nueva».

Tampoco es fácil olvidar mi primer mitin: no sabía cómo era un mitin, que tenía que decir y qué hacer con mis manos, con mi cuerpo... Toda esa gente delante, las mariposas en el estómago, los papeles con lo que tenía que decir en la mano... Y cuando me tocó hablar, dije lo que sentía, miraba a la gente y deseaba convencerla de que había que luchar, que cambiar, que ganar... Y después, muchos mítines más, muchas luchas por ganar, que no ganadas, mucha esperanza instalada para siempre en mi corazón, en tantos corazones... La Sierra Sur, Morón y Lebrija, el SOC, Diamantino, Jesús Damas, asesinado por un fascista que ha gozado de impunidad durante tanto tiempo, Javier Verdejo...

Me cuesta trabajo hablar de lo penoso, de la carga de aquellas luchas, porque me considero una privilegiada frente a tantos hombres y mujeres encarcelados, golpeados, torturados, asesinados... Por tantas voces calladas para que las nuestras pudieran sonar bien alto. Por eso es para mí un deber hablar bien alto, todo lo claro que se, en todos los lugares en los que pueda estar y sea necesario.

Con la muerte de Franco se inicia un proceso apasionante en este país, que nos llena a todas las personas implicadas en las diferentes transformaciones, de ilusión, esperanza y energía: ¡el mundo era algo a cambiar y nosotras y nosotros, íbamos a hacerlo!

Cuanta ingenuidad, cuantas decepciones empezaron a surgir con el amago de libertades que se vislumbraba, cuantas renunciadas, cuantas cabezas agachadas frente a una derecha que seguía, que siguió, que sigue impidiendo el rescate de la memoria, la recuperación de la dignidad pública de tantas personas que dieron su vida

por todos nosotros, cuanta hipocresía con la igualdad de la mujer, aun no conseguida.

Luego, parecería que todo ha sido fácil, pero no. Ese todo, ha sido aún casi nada. Los muertos y muertas de la República siguen en fosas y cunetas, nadie ha sido condenado por el fascismo, mantenemos los símbolos franquistas como «historia», asesinan mujeres cada día y aquí no se inicia ningún telediario con esa noticia, multan y encarcelan por hablar y opinar libremente.

No fue fácil, no. Pero fue hermoso participar de un movimiento y de un proceso que era imparable: la conquista de la palabra, la consecución de muchos de nuestros derechos, la asunción de un protagonismo íntimo frente a mi propia identidad como mujer: Nunca más, nunca más pensarán por mí, nunca más hablará nadie en mi nombre, y procurare que otras personas menos afortunadas que yo, recuperen su palabra y su capacidad de decisión.

Así ha sido después mi vida. Profesionalmente empeñada en la transformación de la asistencia a la salud mental, luchando contra el manicomio, contra los manicomios, y a favor del feminismo, de los feminismos y de las mujeres.

No sé si mi vida interesa a alguien. Si es así, mi mejor deseo es que disfruten como yo he hecho (y hago) de la independencia y la libertad de pensar y actuar, que no permitan que nadie pare su avance y no consientan nunca que les arrebaten la palabra.

Y a tantas mujeres anónimas, a tantas personas heridas, a tantas historias truncadas, a tantos que han puesto su granito de arena para construir una sociedad algo más igualitaria, mi más profunda gratitud.

MANUELA LIRANZO HERNÁNDEZ ²⁰

²⁰ Testimonio de Manuela Liranzo Hernández (escrito por ella), 2016.

*«Si no estás dispuesto a morir
por ella, por la palabra «libertad»
fuera de tu vocabulario».*

Malcon X

Me llamo Manuela Liranzo Hernández. Nací en 1955 en el barrio Asa del Huesero, de la Vega de Triana en Sevilla. Soy la quinta de 6 hermanos y hermanas. Mi padre Andrés Liranzo Palomo, trabajaba en una fábrica de hielo y después en un taller de pintura de coches donde permaneció muchos años. Mi madre, Manuela Hernández Hernández era ama de casa en un barrio tan marginal, que ser ama de casa era toda una proeza. Este barrio estaba pegado al río Guadalquivir, el río que nos daba tantos quebraderos de cabeza en años de mucha lluvia, porque cuando el nivel del río subía, también subía la alarma entre la vecindad, que terminaban haciendo guardia toda la noche por si había que salir corriendo cuando menos te lo esperaba. Ellos ponían un palo con marcas en el margen del río y en cuánto veían que había riesgo de inundación, se avisaba a los demás vecinos y vecinas.

Este barrio no tenía alcantarillado, agua potable ni tampoco no potable. Las basuras y todos los desechos –incluso biológicos– que generaba una familia, iban directamente al vertedero de lo alto del terraplén, a pocos metros de la barriada, con lo cual en verano a veces el olor era insoportable. La casa donde vivíamos no tenía las mejores condiciones de habitabilidad –como las del resto del barrio– y cuando llovía mucho, teníamos que andar poniendo cacharros para recoger las goteras que caían del techo. Por eso allí durante el verano se vivía mejor.

Cuando yo tenía unos tres o cuatro años hubo una crecida del río tan grande, que el barrio quedo totalmente inundado. Las autoridades tuvieron que sacarnos de allí a toda la vecindad de forma

definitiva y alojarnos en un colegio de Triana como albergue provisional. De todas formas, al ser yo tan pequeña cuando vivía allí, mis recuerdos se distorsionan, viéndolo todo muy grande y magnificado. Para mí era como un juego ver a las gentes allí en cola para recoger el rancho que nos traía el ejército, así como también ver a todo el mundo con los colchones juntos en el suelo para dormir.

De allí nos llevaron a La Escuela de Magisterio en La Gran Plaza – todavía sin terminar–, hasta que finalmente nos dieron una casita prefabricada en el Polígono de San Pablo. Estas casitas no estaban mal pero tenían los baños, sanitarios y lavaderos comunitarios en unos edificios un poco apartados de las casas. Hoy día cuando voy a un camping me vuelven los recuerdos claramente, ya que incluso de noche iba sola, con alguna anécdota que prefiero reservarme. En ese barrio tuve una vida más o menos... para mí buena, iba al colegio, me lo pasaba bien, no tenía problemas... ¡claro que yo era la pequeña de la casa! Pero supongo que mis hermanas y mi hermano sí que tendrían problemas, porque de comida había poquita y al ser yo la más pequeña, si había algo especial mi madre procuraba dárme-lo a mí. Pero vamos, allí sí que ellos lo pasaron mal.

En el fondo, a pesar de todas las carencias que hubo en mi infancia yo era bastante feliz. Iba al colegio, jugaba en la calle con las demás niñas y hacíamos merienditas en el campo cuando era verano, ya que esta barriada estaba rodeada de terrenos sin edificar. En las noches de verano cuando el calor echaba a la vecindad a la calle debido a la uralita de la que estaban hechas las casitas, las madres se sentaban en la puerta de cualquier vecina y se contaban historias de miedo, de las que todavía recuerdo algunas de ellas.

Pocos años después hicieron unas casitas en el Polígono Sur. A mi padre, junto con otros vecinos que no querían cambiarse, las autoridades los invitaron a que fueran a verlas. Venían todos contentos. Por aquel entonces yo tenía ya nueve años.

De nuevo un barrio en mitad de la nada, ya que todo a su alrededor era campo. Otra vez con paredes de uralita, pero ya teníamos un cuartito de baño solo para la familia con una bañera muy chiquitita, además de tres dormitorios, un patio que era una gloria y, como siempre, la cocina en el comedor, consistente en un poyete

para poner el hornillo. Hasta entonces fue lo mejor que tuvimos y ahora cuando lo recuerdo pienso ¡qué miseria!, pero en aquel momento era una alegría no tener que salir fuera de la casa para hacer tus necesidades. Así que allí transcurrió mi vida hasta que me casé.

El barrio estaba muy bien, era una barriada de gente trabajadora y para nada conflictiva, yo lo recuerdo como un barrio tranquilo. Allí fui muy feliz. Iba al colegio y tenía muchas amigas, lo de amigos estaba casi prohibido. De vez en cuando, como el campo lo teníamos enfrente y, eso era una ventaja para las niñas que nos íbamos de merienda, nuestras madres nos preparaban pan con mantequilla y hasta nos dejaban un trapo para ponerlo en el suelo. Estábamos a unos 15 metros de casa.

Pasaban los años y empecé a tener problemas en el colegio. Yo era siempre de las primeras de la clase, no porque fuera muy lista, sino porque el resto no había ido casi nunca al colegio. Mis padres siempre se preocuparon porque todos sus hijos e hijas fueran al colegio a pesar de todas las dificultades y necesidades que tuvimos que pasar. De todas formas había algo dentro de mí que empezaba a no aceptar todo lo establecido.

Lo primero que se hacía todas las mañanas al llegar a clase era quedarnos junto al pupitre y rezar. La profesora siempre me miraba y decía:

– Liranzo no te veo mover los labios.

Ahí empezó mis primeros problemas con el colegio. Los lunes, la profesora preguntaba a las alumnas quien había faltado a misa el día anterior y, aunque la mayoría no iba, yo era la única que levantaba la mano cada inicio de la semana. Eso me llenaba de satisfacción, aunque sabía que me quedaría sin recreo. Mis compañeras no entendían por qué levantaba la mano cada lunes, pero ya por aquel entonces, yo sentía las cosas de manera diferente a la mayoría de ellas. Mis padres no eran mucho de la iglesia, y tampoco se planteaban si sus hijos e hijas íbamos o no. Todos hicimos la comunión y nos bautizaron, pero eso era porque todo el mundo lo hacía y como tampoco estaban en contra de la religión, siguieron la norma establecida por el régimen, que era uña y carne con la iglesia. A mis padres simplemente les traía sin cuidado.

Pero la vida me tenía preparada una agradable sorpresa, y es que precisamente en la iglesia de mi barrio es dónde tomé conciencia de clase. A pesar de todo lo establecido, el cura párroco hizo una labor extraordinaria en el barrio. Era la época de los curas obreros, creo que llegaron incluso a irse a trabajar fregando las cabinas de teléfono. José María Balmisa, junto con Ximo y Emilio Calderón –creo que aún sigue en el barrio–, se saltaron todas las normas que fueron necesarias por el bien de los vecinos y vecinas. Por ejemplo, lo primero que hicieron cuando vieron una iglesia tan grande, fue dejar una parte como guardería y otra para dar clases de adultos. De todo eso se encargaba José María Balmisa, ese cura tan extraordinario que no lo olvidaré en mi vida. Recuerdo la iglesia de mi barrio como si fuera mi segunda casa. Allí pasé gran parte de mi adolescencia y creo que todo aquello me reafirmó en mi forma de pensar en las injusticias.

Con catorce años trabajaba de dependienta en Bolsos Casal, porque en mi casa nadie se pudo permitir el lujo de estudiar ya que el sueldo de mi padre era muy cortito. Como no podía ser de otra manera, tuve problemas con la empresa porque no respetaban los pocos derechos que teníamos la clase trabajadora. Cuando acudía al sindicato vertical a informarme, al día siguiente la jefa me echaba la bronca. A la jefa la llamaban del sindicato por teléfono para avisarla de que yo había estado allí.

Aunque yo no pertenecía a los grupos de personas cristianas, a mí fueron las que me despertaron la conciencia social y de clase, así que estaba siempre con ellas. Conocí un centro cultural llamado Los Postes, que fue donde empecé a conocer jóvenes del Partido Comunista y de las Juventudes Comunistas. La verdad es que no recuerdo como acabé asistiendo a las reuniones de Comisiones Obreras y de las Juventudes Comunistas. Allí estaba José Luis Márquez «el largo», Paco Ledo, Manolí Montero, José Reina «Papi», «El Peque», y otros muchos cuyos nombres no recuerdo. Pero sí recuerdo las reuniones en La Sua²¹, que era un riachuelo donde quemaban animales muertos, por lo que el olor era insoportable.

²¹ Su nombre originario era «Azuda».



Manoli puso en el carnet de de los «Poster» su nombre clandestino.

Luego por circunstancias de la vida, me fui a vivir con una de mis hermanas a San Juan de Aznalfarache y allí conocí a un chaval militante de las Juventudes que se llama Téllez. «El Largo» era el que mantenía el contacto con Téllez y conmigo, ya que en esa época no había nadie más del PCE por allí. «El Largo», iba una o dos veces a la semana, para tener con Téllez y conmigo reuniones de las Juventudes Comunistas, que recuerdo se hacían en casa de Téllez. Después de esa época ya no volví a verlo más.

Sobre el año 1971 o 1972 uno de los días que fui al Centro Cultural «Los Postes», conocí a Encarna, una camarada que vivía en Barcelona y estaba en Sevilla de paso. Como no estaba pasando el mejor momento de mi vida, decidí cambiar de aires y me fui con ella a Barcelona. Allí vivía mi hermana Merchi con su marido Ramón, los dos pertenecientes al Partido Comunista. En realidad no me fui a la misma Barcelona sino a Santa Coloma de Gramanet, un pueblo inmenso junto a Badalona.

Mi vida allí transcurrió sobre todo en el en el barrio de El Arrabal, un barrio obrero lleno de emigrantes de todas las regiones de

España. El poco tiempo que estuve allí me dediqué por completo a trabajar para las Juventudes Comunistas, participando en todas las movidas que había entonces en mi entorno como pegar carteles, salir por las noches a realizar pintadas, reuniones del grupo etc.

Estuve trabajando en varias fábricas en las que trataba de hacer todo el proselitismo que podía a favor del Partido. A la hora de entrar procuraba ser la primera, con la intención de poner la propaganda encima de la mesa de cada compañero y compañera, o tirar octavillas por los pasillos. Esa propaganda era totalmente ilegal y era un problema si me cogían con ella, o deducían que era yo la que la estaba distribuyendo en la fábrica. Siempre estaba pendiente de los comentarios de los compañeros y las compañeras, por si había alguno que pudiese captar para las Juventudes Comunistas y cuando así era, me citaba con ellas y ellos acompañada de mi responsable político, que en este caso era «El Rubio» un militante de La Rinconada que llevaba tiempo viviendo allí y, que por seguridad nadie conocía su nombre. Mi nombre clandestino en la organización era Marta.

Cuando volví de forma definitiva a Sevilla me incorporé otra vez a las Juventudes Comunistas. Conocí al que sería mi marido, también camarada y nos casamos. Nos fuimos a vivir a Su Eminencia, donde participé en la asociación de vecinos y en la célula del PCE del barrio.

Entré a trabajar en el bar del hospital García Morato, donde me dediqué por completo a la lucha en defensa de los trabajadores y trabajadoras de mi sector dentro del sindicato de Comisiones Obreras. Formé parte del Comité de Empresa como delegada sindical, participando de todos los conflictos laborales de la época. Recuerdo una huelga general de hostelería, en la que organizamos piquetes para cerrar los bares del centro de Sevilla, donde mi implicación fue total. Pero las mujeres siempre hemos tenido muchos problemas a la hora de reunirnos, así que muchas veces tenía que darle a mi hijo el biberón en las reuniones.

Cuando se murió Franco, un grupo de mujeres del PCE de Su Eminencia, decidimos organizar a las mujeres del barrio en una aso-

ciación. Entre las mujeres que lo organizamos estaba: María Caballero, María Morales, Merchi, Maleni y Mari Carmen, compañera de un profesor del «Colegio Azorín» del barrio de Su Eminencia que los dos eran del PCE, y yo. Y aunque el partido estaba todavía en la ilegalidad lo hacíamos en la sede de Su Eminencia. Muchas de las mujeres que participaron fueron militantes, simpatizantes, compañeras de los camaradas y vecinas del barrio.

MERCEDES LIRANZO HERNÁNDEZ ²²

²² Testimonio de Mercedes Liranzo Hernández (escrito por ella), 2017.

*«Quién es feminista y no es de izquierdas,
carece de estrategia.
Quien es de izquierda y no es feminista,
carece de profundidad».*
Rosa Luxemburgo

Escribir sobre una misma no es tarea fácil, sobre todo si es recordar los años más difíciles de nuestra vida; esos que vivimos tan intensamente que nos da la sensación de que ocuparon la mayor parte de ella. Por otro lado, solo quiero contar lo que viví sin ninguna pretensión de análisis histórico, sólo deseo dar mi testimonio de cómo viví los duros años de la clandestinidad.

Me contaba mi madre que menos mal que nació en el mes de agosto (1949), porque si llega a ser en invierno no hubiese tenido ropa que ponerme. Ellos ya tenían a mis dos hermanos mayores Antonio y M^a Carmen. Mi madre, Manuela, era de Malcocinado (Badajoz); mi padre, Andrés, era de Sevilla y trabajaba en una fábrica de calzado, pero al cerrar esta y quedarse parado, debieron tener tan extrema la situación económica que decidieron mandarme a Badajoz con una hermana de mi padre para tener una boca menos que alimentar, ya que mi tía disfrutaba de una buena economía. A pesar de que con ella no me faltaba de nada, yo lloraba por estar con mi familia. Para mí, esa parte de mi infancia fue muy traumática porque cuando eres pequeña piensas que tus padres no te quieren lo suficiente o que hiciste algo y te castigan por ello. Lo que es cierto es que viví una parte importante de mi niñez sin la convivencia de mis hermanos y mis padres. No tengo recuerdos fluidos de mi niñez hasta que volví a Sevilla con 7 años en 1956, que fue cuando me escolarizaron en el colegio José María Izquierdo en Triana y, como había empezado el curso me pusieron en una clase de adaptación. Supongo que mi tía me llevó poco al colegio porque no tengo ningún recuerdo de él. Después, mis padres tuvieron tres hijos más, Magdalena, Manuela y Francisco Javier.

Mi barrio, Asa del Huesero, se le conocía más popularmente por «Vega de Triana». Era un barrio marginado como tantos otros de Sevilla, justo en la orilla del río Guadalquivir a su paso entre Chapina y el Charco la Pava. Las condiciones en que vivíamos allí tiene más que ver con el tercer mundo: no teníamos alcantarillado, ni agua potable, ni viviendas con condiciones de habitabilidad y a eso se añadía, además, el grave problema de las inundaciones cuando el río subía. Los inviernos se hacían insoportables, por un lado, estaba el barrizal que corría a lo largo de todas las calles cuando llovía; por otro, pocas viviendas estaban hechas para soportar el frío invernal. Una de las cosas que se me ha quedado grabada para siempre de mi niñez ha sido el frío. Pasé tanto frío de niña que toda mi vida he sido una persona excesivamente friolera. Ahora, cuando huelo a humedad rápidamente me viene a la memoria mi niñez. En realidad es que vivíamos como la mayoría del vecindario con poca ropa de abrigo, zapatos poco adecuados para el invierno, pocas mantas en la cama, etc. ¡Y demasiado pegados al río Guadalquivir! La vida la hacíamos en dos habitaciones y un patio, en una casa compartida con un matrimonio sin hijos que llegó a ser para nosotros como de la familia.

A mí me encantaba el colegio, pero tuve la mala suerte de que el río se desbordara inundando toda la barriada y claro, ya nadie pensó en volver a escolarizarnos, sino en cómo íbamos a sobrevivir a todo aquello, pero desde que aprendí a leer, fui siempre una lectora empedernida a pesar de que en mi casa jamás hubo un libro. Estuvimos en varios refugios provisionales como El Magisterio, las casitas del Polígono de San Pablo y las casitas del Polígono Sur que para mí no fue provisional, ya que me fui de allí para casarme en 1969.

Con unos doce años sin otra alternativa, porque en mi casa hacía falta el dinero, me tuve que ir a trabajar de aprendiz con una modista y después, estuve en trabajos diferentes buscando un sueldo mejor. Trabajé en el supermercado de Medina en Triana, en la juguetería de la calle Cuna «Los Reyes Magos» y en varios talleres de modista donde iba tratando de perfeccionarme en el oficio. Viviendo en las casitas de El Polígono Sur fue donde me establecí en

el trabajo al entrar en la casa de modas del modisto Raimon en Los Remedios. Allí me hice una buena oficiala.

A finales del año 1966, M^a Carmen, la mayor de mis hermanas me invita a una Asamblea de los Derechos Humanos en la Iglesia de mi barrio y, aunque yo no era mucho de iglesias, me llamó la atención el tema y fui. En principio me quedé sorprendida, jamás me imagine que en la España de Franco hubiese sacerdotes y jóvenes hablando en una iglesia de temas tan peliagudos. Reconocí algunos de mi calle, hijos de los represaliados del «Canal de los Presos». Cuando vi el desarrollo de la asamblea y dijeron que necesitaban gente que se comprometieran, rápidamente me levanté y les dije que contaran conmigo. Cuando se terminó la asamblea se acercaron a mí los de mi barrio y un grupo de Su Eminencia entre los que estaban José Luis Molano y Ramón Sánchez.

Desde ese día me comprometí socialmente con ellos y luego no sé decir dónde pasaba más tiempo porque entre la juventud de Su Eminencia y mi barrio había lazos muy estrechos. Entre todos me van introduciendo en las Comisiones Juveniles de Barrio. Empecé a asistir a conferencias, asambleas, reuniones etc., de la mano de Molano y Ramón.

Ramón y yo nos hicimos pareja y qué duda cabe que eso me dio la oportunidad de aprender mucho a nivel político. Un día me contó que formaba parte del Partido Comunista de España (PCE). Con el tiempo yo entré en las Juventudes Comunistas, a partir de entonces mi vida se desarrolló entre el trabajo y el Partido. Me incorporé a la célula de mi barrio donde era la única mujer y estaba compuesta por: los hermanos Juan, Antonio y José Macho, José Guerra, Antonio Lara, Juan Santos, Leo, Rafael Montero, Joselito, Antonio Rosa, y yo –seguro que se me olvida más de uno–. En las Juventudes Comunistas nos dedicábamos a hacer pintadas, a asistir a las manifestaciones, a tirar panfletos, a repartir la prensa del Partido «*Mundo Obrero*» etc. Nos reuníamos una vez a la semana y, la mayoría de las veces, lo hacíamos en el campo simulando ser un grupo de chavales que estábamos allí pasando la mañana del sábado o el domingo, pero claro, el ser la única mujer del grupo era un problema en aquellos tiempo, porque estas reuniones se

hacían cerca de mí barrio y se veía fatal que una chavala joven-cita se fuera al campo con un grupo de chavales ¿Quién se iba a imaginar a lo que íbamos? Después entró Luisa Bernabé. Ese día lo dedicábamos a organizar las acciones que llevaríamos a cabo, a leer y discutir el Mundo Obrero, a revisar el trabajo de captación de cada uno, etc. A veces, venía un responsable del Partido para informarnos sobre los últimos acontecimientos o a discutir con nosotros temas concretos; casi siempre el que venía era Rafael López Mora (Fali). Cuando llevaba un tiempo en la célula me hicieron la responsable de ella. También empecé a participar en las reuniones de Amas de Casa en la calle Jesús del Gran Poder, aunque no mucho tiempo, porque mi actividad estaba sobre todo con las Juventudes Comunistas, de la que llegué a formar parte de su Comité Local por breve tiempo, porque después del Estado de Excepción de 1969 pasé a formar parte del Partido Comunista (PCE).

Durante la dictadura siempre le di prioridad a la lucha anti-franquista pero eso no impidió que, junto a otras mujeres del PCE, fuésemos creando una lucha por la igualdad, a veces sin contar con el apoyo necesario de nuestra organización. Todavía recuerdo la ‘coletilla’ de algunos camaradas de las Juventudes que decían: «Cuando lleguemos al socialismo las mujeres tendréis los mismos derechos» –y no se sonrojaban por ello–. Por estas fechas, estábamos en el Partido un grupo pequeño aún de mujeres, participando en varios frentes. Unas estaban en la Asociación de Amas de Casa, algunas en Comisiones Obreras y otras como yo, en las Juventudes Comunistas. Como no éramos muchas, nos apoyábamos en los distintos frentes. Recuerdo con mucho afecto y cariño a mis camaradas y compañeras de entonces como: Josefa Gonzales (Pepi), las hermanas Charo y M^a Carmen Núñez, Patricia Castro, Julia Campo, Encarna Ruiz, Charo Mula, M^a Carmen Ramírez, María Morales, Luisa Bernabé... también me acuerdo de compañeras cristianas que fueron inolvidables para mí como María Caballero y Elena de Dios. A esta última no volví a verla y tuve noticias de que estaba con los grupos del Pozo del Tío Raimundo.

El 29 de marzo de 1968, detienen a Ramón (mi pareja) y al poco tiempo de salir el 30 de abril lo vuelven a detener junto a Fernando

Soto, Eduardo Saborido e Ismael Martel. A finales del 1968 lo detienen otra vez y al poco tiempo por acciones en la fábrica, van a su casa de noche y se lo vuelven a llevar. El Estado de Excepción entra en vigor el 25 de Enero de 1969. Durante el tiempo que duró, el gobierno tenía las manos libres para utilizar la maquinaria de la represión. ¡Y bien que la utilizó! En Sevilla empezaron ese mismo día a detener a toda las personas que ya antes habían estado detenidas por ideas políticas. Ramón fue uno de los detenidos. Las mujeres de los detenidos hicimos una gran labor en defensa y libertad de los presos políticos. Visitamos a todas las personalidades de Sevilla incluido al Cardenal Bueno Monreal.

El 22 de febrero de 1969, son deportados un grupo de diez de los encarcelados de Sevilla a puntos diferentes de Andalucía. A Ramón lo destinan al pueblo más alejado y más alto de España, Trevélez (Granada). Los padres preparan un viaje y vamos a verlo. Aquello era tremendo ¡Un pueblo olvidado en la ladera del Mulhacén! En el poco tiempo que pudimos estar solos, pensamos en la posibilidad de casarnos y, si las cosas se ponían peor escapar juntos de allí. Pero yo todavía tenía que convencer a mis padres y convencerme a mí misma del paso que iba a dar. Mis padres se negaron rotundamente y los camaradas decían que no era el momento, así que los únicos que estaban de acuerdo fueron los padres de Ramón, que eran parte interesada. En ese momento decidí que, a pesar de las presiones, sería yo la que tomaría la decisión sobre mi futuro. Decidí que sí, que nos casaríamos en la deportación, porque cuando proyectamos caminar juntos por la vida, también nos referíamos a los malos momentos. Y además, de paso le daría un corte de manga a Fraga que había apartado a los presos políticos de los suyos para que sufriese la deportación en solitario. Al final, mis padres aceptaron de mala gana mi decisión; sabían que lo iba a hacer de todos modos, pero claro, ya no podría contar con ellos para nada.

Para la boda, que fue un domingo, vinieron sus padres y su hermano Paco, de mi familia no vino nadie. Sus padres costearon una parte de los gastos y su hermano Paco y su novia Mari fueron extraordinariamente solidarios al poner parte del dinero que llevaban tiempo juntando para casarse. Nunca le estaremos lo suficien-

temente agradecidos por ese gesto. Yo no puse nada, porque siempre le di a mi madre hasta la última peseta que cobraba. Cuando llegamos a Trevélez, le planteamos al cura que nos tenía que casar ese día, creo que era porque al día siguiente salía una especie de tartana (Furgoneta Grande), pero ya no sabíamos cuando salía otra y Paco tenía que empezar a trabajar el lunes. En eso no hubo problema, el problema surgió cuando le dijimos al sacerdote que éramos ateos y no queríamos engañarlo. Tuvo que hacer una reunión con los sacerdotes de los alrededores, prometiéndonos que, si el acuerdo era positivo, nos casaría a la hora que fuera. A las 12 de la noche, estando ya acostados, sentimos unos bocinazos desde la calle, me asomo y era el cura. Él pregunta desde la calle si quería casarme a esa hora y le digo que claro que sí. Nos levantamos de la cama, yo en pijama con un abrigo encima, porque tenía que ser todo rápido. Y hacia la iglesia fuimos la comitiva que cabíamos en el pequeño coche que conducía el cura: mí cuñado Paco que haría de testigo, Ramón y yo, con un frío que pelaba. En la Iglesia nos esperaba otro cura que había traído él para que hiciese también de testigo. Y nos casamos en la sacristía. No nos hicieron ninguna ceremonia religiosa, lo cual agradecemos. ¡Nunca eché de menos una boda mejor! Tenía entonces diecinueve años y él veinte, jamás me arrepentí. Los dos teníamos bastante sentido común y lo hicimos con todas las consecuencias.

El tiempo que estuvimos en Trevélez –yo estaría unos ocho o nueve días– me di cuenta de por qué lo habían llevado allí. Era como entrar en el túnel del tiempo y transportarte a otra época. Cuando salíamos por el pueblo, la gente no se atrevía a mirarnos y mucho menos a hablar con nosotros; solo percibíamos las cortinas de las ventanas descorrerse para vernos pasar. Fue un tiempo duro para los dos. Los dueños donde nos alojábamos procuraban no tener trato con nosotros. A veces pensábamos que era un chivato y por eso la guardia civil le dio a Ramón ese alojamiento. Lo peor para mí fue el frío que pasaba de noche, en aquella habitación desangelada y con poca ropa de cama que me recordaría mi niñez. El colmo era cuando tenía que ir a lavar la ropa al río. El agua era la que venía de la montaña y estaba helada, en esos momentos pensaba en mi madre, porque ella nunca quiso que fuese a limpiar a ninguna casa, ¡si me

viera ahora! También tenía la incertidumbre de no saber qué pasaría con nosotros, pues al no tener ningún contacto con nuestra gente, no teníamos información veraz de lo que estaba pasando en el país. Los únicos que hablaban con nosotros eran el sacerdote que parecía ser algo liberal y Fermín, el último guerrillero que bajó de la sierra y estaba también algo vigilado. Más tarde, ya en la democracia, fue el primer alcalde del pueblo.

Ramón se tenía que presentar por la mañana y por la noche en el cuartel de la guardia civil, pero desde que yo estaba allí, nunca fue solo, quería que supieran que yo estaba allí con él. En el pueblo no había absolutamente nada para las gente joven y cuando llevábamos un tiempo, nos propuso el cura que organizáramos con su ayuda un centro cultural en la iglesia para la juventud y le dijimos que sí. La dueña del único bar que había en el pueblo nos invitó un día a comer, otras vez, un estudiante nos llevó a su casa, cuando entraba en la tienda y ellos sabían que la guardia civil no estaba cerca, eran exquisitos en su trato conmigo. Al final, nos dimos cuenta que todas las reticencias que tenían la gente con nosotros eran producto del miedo, porque algunas personas empezaron a romper el cerco que habían creado a nuestro alrededor y empezaron a tratarnos, pero fue cuando nos llamaron diciendo que habían levantado el Estado de Excepción. Siempre recordaré a la gente que, aún con miedo, nos hacían sentir su acercamiento a nuestra causa.

Cuando llegamos a Sevilla, nos encontramos que no teníamos nada, ni casa, ni muebles... y lo más importante, los dos habíamos perdido nuestros trabajos. Nos metimos en una habitación de una casa vecinal en Su Eminencia. Luego, la habitación se llenó con todo lo indispensable para poder vivir en ella gracias a la solidaridad de los vecinos y vecinas, la familia de Ramón, los camaradas y los amigos y amigas. Elena de Dios, que era de Huelva y estaba en Sevilla estudiando magisterio, nos trajo de Huelva y de la comarca dinero que habían recolectado para nosotros. Decidimos invertirlo en hacer en el local que fue el Centro Cultural de Su Eminencia, propiedad de Fali –que lo cerraron en el Estado de Excepción–, una habitación para nosotros y otra para Fali ya que también quería vivir allí con María Morales, su pareja.

Allí vivimos las dos parejas hasta que Ramón y yo decidimos ir a organizar el PCE en Huelva. Teníamos información de que allí no había ninguna célula del PCE. Cuando se lo comunicamos al Partido, este dio su visto bueno, algunos contactos y el dinero justo para sobrevivir los primeros días hasta que encontrásemos trabajo.

Con solo 20 años dejo la Juventudes Comunistas y paso a formar parte del PCE. A partir de entonces Ramón y yo siempre actuábamos juntos a nivel político, a excepción de su participación en las Comisiones Obreras en la que nunca estuve, pero siempre estaba al día de primera mano por la información que él me proporcionaba. Era mi compañero, mi camarada, mi amigo... lo era todo para mí. Nos unía tanto el amor que nos profesábamos, como nuestro compromiso en la lucha antifranquista. Aunque indudablemente a nivel político no siempre estábamos al unísono, pero nos respetábamos las opiniones y decisiones.

Independientemente de los contactos que nos proporcionó el partido, nosotros empezamos a relacionarnos con los grupos cristianos que eran los únicos que estaban organizados en Huelva y que tenían una base legal para hacerlo. De ese grupo conseguimos reunir a varias personas que en aquel momento fueron imprescindibles, como el sacerdote Miguel Isasi, Mercedes Vega y Blanca. En el grupo de camaradas del Partido estaba Manuel del Castillo, que acababa de salir de la cárcel y Luis Martínez, además de algunos camaradas y simpatizantes del Partido que no recuerdo sus nombres. Al principio no éramos muchos y siento no recordar el nombre de todos. También tomamos contacto con el abogado Carlos Navarrete y su mujer, pero en aquella época este hombre tenía mucho miedo. Cristianos y comunistas nos unimos para hacer causa común contra la dictadura. El 1º de Mayo de 1970 nuestro grupo estuvo casi toda la noche en mi casa elaborando con una vietnamita unas octavillas. En ellas hacíamos un llamamiento a los ciudadanos a concentrarse en la calle más céntrica de Huelva para celebrar el 1 de Mayo. Al ser la primera vez que en Huelva se hacía esto, la gente iba con mucho miedo. Pero fue una satisfacción para nosotros ver la cantidad de gente que paseaba por la calle y recogía las octavillas, a pesar de la presencia de la policía que tenía tomada esa calle y las adyacentes.

Decidimos no firmarlas porque no eran comunistas todos los que participábamos.

Todo el tiempo que estuvimos en Huelva estuve trabajando –mi máquina de coser iba siempre conmigo–, porque hasta que Ramón encontró trabajo, el mío nos sacó de momentos muy difíciles. Cuando por fin se coloca y, a pesar de que teníamos muchas necesidades, con el primer sueldo nos compramos una máquina de escribir para hacer las octavillas. Luego nos cambiamos de casa y yo me coloqué en un taller de costura donde estuve hasta que tuvimos que volver a Sevilla para que Ramón hiciese la mili. Pero seguí llevando durante un tiempo en el autocar de línea los *Mundo Obrero* para las camaradas de Huelva, quedándome a dormir en la casa del grupo de Blanca. En realidad, solo fuimos la avanzadilla de un germen que luego siguió proliferando con la llegada de otro camarada, que fue el que consolidó el Partido en Huelva: Alfredo Pérez González, que se casó con Esperanza Curiel, también militante.

Vuelvo a Sevilla y estoy sola, me quedo con mis padres y trabajo cosiendo en las casas con la idea de ahorrar dinero para el alquiler de una habitación, porque lo que quiero es vivir sola y que nadie controle las idas y venidas de mi actividad política. Para mí ser militante del Partido no era secundar la lucha de mi pareja; quería tener una militancia activa en cualquier frente en que se moviera nuestra política y no podría hacerlo en casa de mis padres. De hecho, por un comentario que hizo alguien en el bar –creo que fue una de las caídas de camaradas del Partido–, a mi padre le entra un miedo atroz y me dice que tengo que irme de allí porque comprometo a toda la familia y, como era de noche que me fuese al día siguiente. Le dije que no, que me iría en ese momento. Fue un momento terrible para mí, para que no sufriese le dije a mi madre que no se preocupase que tenía donde ir. Pero era mentira. Cuando me ví en la calle, de noche y con una bolsa con mis cosas, me entró tal sentimiento de pena, por la falta de sensibilidad y solidaridad de mi padre, que tuve que hacer un esfuerzo y pensar que realmente no tenía donde ir. No quería comprometer a nadie del Partido en esas circunstancias, tampoco quería irme con la familia de Ramón. Pero me acordé de Mari Caballero que vivía con un grupo de cristianas



Recién llegada de Huelva, en las casitas del polígono Sur.

en Su Eminencia y me acogieron sin ningún problema. Mi suegra intentó que me fuese a su casa pero yo quería ser independiente, no quería que nadie me controlara. Con el grupo de Mari estuve poco tiempo porque en cuanto pude me alquilé la habitación en la misma carretera de Su Eminencia. Era una habitación, solo eso, un espacio de 3x3, una pequeña ventana y un poyete por cocina, en una casa de vecinos y vecinas con los que llegue a tener muy buenas relaciones.

El 12 de diciembre de 1970, se decreta otro Estado de Excepción por el que suspenden los artículos 12, 14, 16, y 18 del Fuero de los Españoles y donde desarticulan el Comité Provincial del Partido, deteniendo a dirigentes de las Juventudes Comunistas de Sevilla, así como a muchos militantes del Partido y de Comisiones Obreras. A mi compañero, Ramón, también lo detuvieron en el cuartel cuando estaba haciendo la mili. Las mujeres de los detenidos volvimos a

movilizarnos como siempre habíamos hecho. Esa vez había bastantes detenidos en Sevilla así que entre reuniones y visitas, a veces no acudía a trabajar y pasé dificultades económicas. Pero no cambiaba mi independencia por nada. Iba a las casas a coser y como allí me daban la comida y la merienda, con lo que ganaba tenía para pagar el alquiler y darle algo a Ramón, además, tenía su familia a la que iba mucho a visitar –vivíamos en el mismo barrio– y que me trataron siempre como a una hija más, siendo capaces de respetar mi independencia. Para mí fue muy importante su familia –y lo sigue siendo–, yo empecé a quererlos a todos y sobre todo a su madre que demostró una dignidad y una fuerza increíble en las detenciones de su hijo. Ellos eran todos antifranquista.

Me quedé embarazada estando él en la mili y pienso que fue en el momento más inoportuno, sobre todo por las condiciones en que vivía, porque yo estaba bien en la habitación pero no para tener allí un hijo. Ya con el embarazo muy avanzado tenía que seguir trabajando para comer, mandarle algo a Ramón y preparar la canastilla de mi niña –porque fue niña–, así que tuve que colaborar menos en el Partido hasta que tuviese a mi hija. Mi niña resultó ser un regalo de la vida, porque resultó ser la niña más dulce y buena que yo me podía imaginar, fue mi alegría pero también una mayor responsabilidad.

Cuando Ramón terminó la mili, yo me había quedado con 46 kilos, estaba totalmente esquelética después de la mala racha, el parto, la muerte de mi madre, que murió con 53 años al mes de nacer mi hija, los dos sin trabajo y viviendo con una niña de meses en una habitación. Ramón por estar fichado por la policía no encontraba quien le diera trabajo. Llegamos incluso a depender de sus padres para comprarle a la niña la leche y eso para mí era muy fuerte, nunca me gustó depender de los demás, porque si seguíamos así eso ya no era solidaridad, era dependencia. Entonces me planteé que no me importaba pasar miseria por nuestras ideas cuando estábamos solos, pero no iba a permitir que mi hija la pasara. Cuando le planteé a Ramón irnos de Sevilla a algún sitio donde él pasase desapercibido para la policía, enseguida dijo que sí, y es que ya, hasta en los Primeros de Mayo lo detenían preventivamente: así que decidimos irnos a Barcelona.

Nuestro destino fue Santa Coloma de Gramanet, un pueblo de Barcelona grandísimo, en aquella época podía tener de 140.000 a 160.000 habitantes. Primero se fue Ramón, ya que estaba allí su hermano Antonio, así como Piqui y el «Cabo», todos camaradas del PCE y también María Caballero. La vivienda que tenían era pequeña para tanta gente. Era una casa de vecinos y vecinas en el barrio el Arrabal, así que en cuanto Ramón encontró trabajo cogimos una vivienda independiente en la misma casa y el «Cabo» que era buscado por desertar de la mili, se vino a vivir con nosotros. Poco a poco, fui conociendo a los vecinos y vecinas que eran emigrantes como nosotros. La vecindad, y la dueña de la casa, que se nos confesó antifranquista, nos proporcionaron algunos muebles viejos que nos sacaron del apuro. Al principio lo pasamos muy mal y sólo pensábamos en subsistir, porque la emigración es durísima incluso en tu mismo país: otra lengua, otras costumbres, otra cultura... Además te acordabas de todo lo que dejabas atrás, tus amigos, la familia, la gente del Partido... porque lo que son posesiones no dejamos absolutamente nada, lo imprescindible lo llevamos con nosotros, como mi máquina de coser que nos sacó de bastantes apuros.

Empezamos a conocer a camaradas del Partido Comunista que allí se llamaba PSUC «Partido Socialista Unificado de Cataluña», pero lo que era en el barrio no había nadie. Comenzamos a organizar una comisión de barrio en la que fuimos integrando a toda la gente que estaba dispuesta a luchar por las reivindicaciones de este. Como en mi barrio no había nada, para estar al día de lo que se cocía a nivel social y político teníamos que ir a Santa Rosa, una asociación de vecinos con una actividad increíble situada más al centro del pueblo. Como es lógico, tuvimos que esperar a que desde Sevilla mandaran algún informe sobre nosotros para entrar en el PSUC. La clandestinidad era cosa muy seria en el Partido y nosotros íbamos a otra región donde no nos conocía nadie. En nuestro barrio, El Arrabal, ya estábamos inmersos en las luchas sociales de aquella época, en las reuniones no sólo se hablaba del barrio sino de la lucha en general. Nadie sabía a ciencia cierta si éramos del PSUC -pero se lo imaginaban-. Allí llegamos a organizar a numerosos camaradas,

fue entonces cuando el PSUC vio la necesidad de que formáramos parte de la organización.

En una de las reuniones del barrio se decide hacer una pintada de cara a las movilizaciones que se estaban organizando por la subida de precio de los autobuses. Cuando estaban en plena pintada detienen al compañero de Ramón y él consigue escapar. El compañero detenido era un chaval muy jovencito que llevaba muy poco tiempo en la lucha, y como no nos fiábamos de que no fuese hablar si la guardia civil lo presionaba, le aconsejaron a Ramón que se quitase de en medio. Fue lo mejor que hizo, porque la guardia civil empezó a visitar el barrio preguntando por una pareja que les decían «los sevillanos» y tenían una niña pequeña muy rubia. O sea que lo había delatado. Y eso que, a excepción de algunos, nadie sabía dónde vivíamos. Pero alguna noción tendría cuando mis vecinas un día me dijeron que la guardia civil había estado preguntando. A mí me aconsejaron que me fuese por si me seguían para dar con él. Pero no era tan fácil, a un hombre solo es fácil acogerlo, pero a mí con la niña era más difícil; así que me fui a casa de un tío mío que vivía en el barrio. Pero un día mi tío se asomó a la ventana y vio a dos sociales frente a su casa, casi le da algo. Así que me teñí el pelo, me compré una gorra, me puse gafas y salí sin la niña para despistar. Me quedé en casa de unos anarquistas que hacía poco se habían incorporado a la lucha del barrio y querían mucho a mi niña. La dueña de la casa también nos quitó de en medio unos días y nos llevó a su casa de la playa para que estuviésemos los tres juntos y viésemos que íbamos a hacer. Al final decidimos lo más sensato pero lo que menos nos gustaba «cambiarnos de casa».

Los camaradas y las camaradas nos buscaron una vivienda en la calle Beethoven, cerca de la Plaza del Reloj, más al centro del pueblo y como estaba amueblada, el cambio lo hicimos rápido. Esa casa no era mejor que la otra a excepción de que estaba amueblada. Seguíamos sin ducha y, además con humedad en las paredes, cosa que contribuiría a la enfermedad que luego he ido arrastrando toda la vida, el asma. Una vez instalados me dediqué a coger costura de la calle y Ramón trabajaba en lo que le salía de albañil, seguíamos con estrecheces pero poco a poco íbamos mejorando.

Cuando en Barcelona me dieron el ingreso en el PSUC me propusieron el nombre de Dolores, y a Ramón, Carlos, por eso a mi hijo le pusimos el nombre de guerra de su padre. Yo me integré en la célula que existía en el barrio compuesta por unas seis u ocho personas de las cuales recuerdo a Leovigílda Crespo (Leo) amiga entrañable, Encarna, Antonio (hermano de Ramón), «el campesino», y a varios camaradas ya mayores. Cuando llevaba un tiempo me propusieron para ser la responsable de ella. A Ramón lo incorporaron en el Comité Local de Santa Coloma de Gramanet.

En esa época, me voy dando cuenta que dentro del Partido las mujeres teníamos pocas posibilidades de estar en puestos de responsabilidad; teniendo en cuenta que el hombre se dedicaba al trabajo y al Partido a tiempo completo y nosotras teníamos que dedicarnos: a la casa, los hijos, el Partido, las asociaciones de vecinos y vecinas, sin contar que algunas trabajábamos fuera o dentro de la casa en el caso de modistas, peluqueras etc. Todavía me pregunto si esos grandes hombres de la política habrían llegado tan lejos si detrás no hubiese habido mujeres que les sostuviesen su estabilidad personal, en su casa, con sus hijos y todo lo demás... Porque nunca ví a ningún hombre llevar a sus hijos a una reunión. Mientras, nosotras siempre íbamos con los niños por delante y si hacía falta, se le daba allí el biberón. Por eso las militantes vivíamos siempre en una contradicción, entre nuestros ideales y la vida cotidiana. A veces se te atravesaba por dentro una rebeldía que te parabas y empezabas a planteártelo todo.

En Santa Coloma se hizo una reunión ampliada del Comité Local y uno de los temas que se iba a tocar era el de la mujer. Yo llevaba mucho tiempo enfadada por el tratamiento que el Partido nos daba. Como siempre, el tema de la mujer era el último punto a tratar –cuando todo el mundo estaba cansado–. En mi turno de intervención, solté todo lo que llevaba dentro, me lo sabía de memoria. Entre otros reproches les dije que defendían propuestas distintas ante los militantes y en el programa del Partido, y otra, lo que estaban dispuestos a hacer porque, a esas alturas, lo de esperar la llegada del socialismo para cambiar la situación de las mujeres ya no nos valía. A continuación les pregunté, entre otras

cosas, por sus compañeras, las cuales eran también militantes y simpatizantes. ¿Por qué éstas no participaban en nada y siempre se quedaban ellas con los niños? ¿No tendrían que dar ellos ejemplo? La reunión se partió en dos bandos donde cada uno defendía sus posiciones, a mí no sólo me apoyaron las pocas mujeres que había sino que también algunas camaradas terminaron por apoyarme. Yo pensé en lo que me iba a caer después de eso. ¡Pero me equivoqué! Y todo esto, cuando precisamente ya en el 1972 en *Hacia la libertad*: –un pequeño libro que sacó el Partido del Octavo Congreso– Carrillo dice: «Si en algo tenemos que dar los comunistas españoles un viraje ideológico de 180 grados, creo que es en el problema de la aptitud hacia la mujer. Incluso en los camaradas más generosos, más avanzados, más entregados a la causa, hay frecuentemente una actitud reaccionaria en cuanto a la mujer, a su papel en la vida y en la sociedad.»

Vinieron a mi casa los camaradas del Comité Local y me propusieron entrar en él haciéndome cargo del sector de la mujer, lo que hice con verdadera satisfacción y entrega, porque era lo que yo quería. Después, siempre que estuve en puestos de responsabilidad del Partido, lo hice como responsable del sector de la mujer, porque pensaba que desde ahí podía cambiar mentalidades. No teníamos que dejar la niña con nadie, porque para que participásemos los dos el Comité Local se reuniría en mi casa o ya lo arreglaríamos, dijeron. En aquel momento, el Comité lo formábamos Andrés (Rafael) Antón (Rafael Parra) Pablo (Yordi), Carlos (Ramón), Miliqui (del que nunca supe su nombre), y yo. Como ya teníamos una situación económica mejor e iba a tener otro hijo, nos fuimos a vivir a un piso en el centro del pueblo cerca del mercado. Desde que me casé fue la primera vez que tenía una vivienda en condiciones de habitabilidad. Cogí una habitación para taller de costura y me hice de una clientela.

En esos tiempos, las personas comprometidas como nosotros, no estábamos seguras en ningún sitio, porque cuando llevábamos allí un tiempo con la niña en su guardería, conocía a los vecinos, tenía trabajo, etc. un día se presentó la guardia civil en mi casa preguntando por mi cuñado, porque en el carnet tenía puesta mi

dirección, ya que había estado viviendo con nosotros. Por lo visto en la huelga de la construcción y yendo los dos en un piquete de información, la guardia civil con metralleta en mano les da el alta; Ramón sale corriendo y pudo llegar a mi casa, pero detuvieron a su hermano. Ramón ya me había dicho que había estado en casa de su hermano para quitarle todo lo que le pudiese comprometer. Así que no fiándose de la guardia civil porque su cuñada estaba sola, va detrás de ellos. Y yo a continuación dejo al pequeño con alguien, cojo a mi hija y me voy también a casa de mi cuñado. Me encuentro a dos guardias civiles registrando, pero a decir verdad con mucha delicadeza. Cuando terminaron, se oye por el hueco de la escalera las voces de la brigada de información de la guardia civil que venían con la orden de registro. Desde arriba le dicen que ya habían registrado porque su hermano la había convencido. Rápidamente desde abajo dicen que cómo es su hermano, lo cual pasa uno de ellos a describirlo, y le dicen que lo retengan en el piso hasta que ellos suban. ¡Eso fue tremendo! Delante de mi hija, que entonces tendría cuatro años y la llevaba yo en brazos, le dicen, señalándose la punta de un dedo, que había estado así, de darle un tiro en la cabeza, ¡todo eso gritando! Y después se lo querían llevar detenido, cosa a la que yo no estaba dispuesta, porque sabía lo que eso suponía. Así que formé un gran alboroto con la idea de que saliese todo el vecindario y les dije que si se lo llevaban a él me tendrían que llevar también a mí. La gente empezó a abrir las puertas y entonces mi hija, Olga, se agarró al cuello de su padre llorando diciendo que a su papá no se lo llevaban, creo que fue lo que más pesó para que no lo hicieran. Así que, al final, le cogieron el carnet y le dijeron que cuando se tranquilizara la niña y la señora, bajase que lo esperaban abajo. Pero ellos se fueron hacía donde tenían el coche aparcado y Ramón salió corriendo por el lado contrario ¡Todavía lo están esperando!

Ramón no pudo volver a mi casa, yo avisé al Partido inmediatamente para que nadie pasase por ella. El cura de Santa Rosa se llevó de mi casa toda la propaganda y la documentación que teníamos del Partido en una moto. Ramón estuvo escondido entre un sitio y otro al menos un mes y sin documentación, al menos año y medio. El Partido me proporcionó dos encuentros con él, uno en Badalona

y otra en el centro de Barcelona, en un piso de estudiantes enorme en todo el centro de la ciudad. Por cuestión de seguridad nos fuimos a la habitación más alejada de la puerta de entrada, se supone que ellos ya habían sido informado que estábamos allí con los niños, pero en ningún momento llegan a vernos, solo escuchábamos la puerta al abrirse o cerrarse. Supongo que tendrían la consigna de que contra menos supieran mejor para ellos y para nosotros.

Empezamos a buscar otra vez piso, esta era la cuarta vez que me cambiaba de casa y ahora con dos niños. Encontramos piso en Singuerlín, un barrio más apartado de donde entonces vivíamos y precisamente de los que más se movía la gente ante cualquier problema. Allí ya había gente muy luchadora donde conocimos a Eloy y Alicia, nuestros inolvidables amigos con los que seguimos teniendo fuertes lazos de amistad. Se formó una célula donde estaban: Alicia, Víctor, Matías, un trabajador de la LETONA, Ruiz y Susana –seguro que eran más y les pido perdón por no acordarme-. El Comité de Santa Coloma se reforzó con la entrada en él del sacerdote del barrio Luis Hernández, que ya en democracia fue alcalde de Santa Coloma y, de Eloy Jurado, un dirigente nato del barrio.

Nos integramos en la asociación de vecinos, aunque yo participo más en la Asociación de Amas de Casa que más tarde se llamó Asociación de Mujeres de Singuerlín. Esta asociación que habían creado un grupo de mujeres entre las que estaban Alicia Ruzafa junto con sus tres hermanas María, Manoli, Antonia y algunas mujeres más, fue la primera asociación de mujeres legalizada en 1975 en Santa Coloma. Teníamos nuestro local, una revista y conseguimos llegar a tener más de 350 socias. Nuestros objetivos concretos eran: acabar con nuestra marginación solo por el hecho de ser mujer. Reivindicábamos centros de planificación familiar, educación sexual, la desaparición de leyes discriminatoria, creación de guarderías públicas, el divorcio, etc. La participación en esa asociación nos enriqueció a todas como personas, y a vivir y educar a nuestros hijos en sintonía con los principios por los que luchábamos. Asistimos en 1976, en Barcelona, a las primeras Jornadas catalanas de la Dona donde fue tremenda la asistencia de mujeres. Conocí en su ponencia a Lidia Falcón, que no me pareció la bestia negra con la que algunos

camaradas querían que la identificásemos.

Aunque todavía estábamos en la clandestinidad, en el Comité



Cartel del mitin que pretendía forzar la legalización del PSUC.

se decide hacer un acto en el polideportivo de Santa Coloma para forzar la legalización del PSUC. En ese acto iba a hablar Luis el sacerdote del barrio que ya pertenecía al Partido, el camarada Parra, (responsable político), Eloy Jurado que sería el presentador, dos camaradas más, y yo que hablaría de la liberación de la mujer. Se tramitaron todos los permisos, solo faltaba el del Gobierno Civil, que pensábamos que lo concedería, y un día antes lo denegó. Pero

Santa Coloma quedó empapelada con los carteles que ya nos identificaba, incluso con fotos, a todos los que íbamos a intervenir como comunistas, por lo tanto esperábamos que no hubiese ningún movimiento raro en el gobierno, porque si no, estaríamos en problemas.

Ya se iba notando algo la apertura del régimen franquista. Empecé a estar inquieta y plantearme, ¿Qué hacía yo allí si las cosas cambiaban de verdad? ¿Si había elecciones libres y empezaba a caminar la democracia? Después de todo, nosotros nos fuimos allí por pura necesidad económica y huyendo de las constantes detenciones de mi compañero. A mí me gustaba mi tierra y mi cultura, estaba orgullosa de ser andaluza con su parte positiva y negativa y quería que mis hijos se criaran en Andalucía y, era el ahora o nunca, porque me parecía injusto hacerlo cuando hubiesen absorbido toda la cultura catalana; que era muy rica, pero no era la nuestra. Hablo con Ramón y aunque le costó un poco, decide que sí. Nuestros camaradas no entendían que quisiéramos volver. Así que lo pensamos muy seriamente y al final volvimos a Sevilla. ¡Jamás me he arrepentido! He sido muy feliz en mi tierra.

Nos incorporamos otra vez sin problema a la lucha en el Partido Comunista todavía ilegalizado. Volvimos a vivir en Su Eminencia y nos integramos en la Agrupación del PCE del barrio, donde los dos formamos parte de su Comité. Después Ramón estaría en el Comité del distrito y en el Comité Local de Sevilla. En el barrio trabajé en la guardería del centro cultural Los Poster junto a Maleni. Cuando cerraron el local, montamos la guardería en el local que el PCE había dejado por otro mejor. Montamos una asociación de mujeres con un grupo de madres de los niños, vecinas del barrio, simpatizantes del Partido y militantes como: María Caballero, Manoli Liranzo, Mari Carmen, María Morales, Maleni...

En 1978 asistí en Madrid a la «1ª Conferencia de la Mujer del PCE» con un grupo de mujeres de Sevilla, entre las que recuerdo estaban Aurora León, Kechu Aramburu y Amparo Rubiales, allí vi por primera vez en persona a Dolores Ibarruri (La Pasionaria). Participé en la organización y apertura del Centro de Planificación Familiar de Rochelamber con los doctores José M^a Bedolla, y otro que no recuerdo su nombre y compañeras como Choni, M^a Carmen, Ana,

Isabel –no recuerdo si había alguien más– y yo, hicimos una buena labor en el distrito de cara a la mujer exponiéndonos a veces a ser represaliadas por dar direcciones bajo nuestra responsabilidad, a mujeres que querían abortar.

Un 26 Septiembre de 1978, me tocó vivir un hecho trágico y doloroso. En el concierto que el PCE había organizado con el grupo «Quilapayún» en el Parque de María Luisa; un grupo de la extrema derecha mató a Manuel Oyola cuando este formaba parte del servicio de orden del PCE. Era un militante de nuestra Agrupación en Su Eminencia y una persona honesta, trabajadora, luchador incansable y muy querido por todos. ¡Nunca lo olvidaremos! Sirva esto como recordatorio.

Participamos mi compañero y yo en la junta de padres del colegio Azorín donde conseguimos que participaran masivamente los padres, coincidió que había un grupo de maestros como Ruiz Carnal y otros con una mentalidad más progresista en aquellos años y, se pudo romper con moldes antiguos. Pero qué duda cabe que todo lo tuvimos que pelear con el director y algunos padres que se oponían. Cuando nos cambiamos de casa al barrio «Federico García Lorca», abrimos con un grupo de vecinos la primera Asociación de Vecinos. Hicimos manifestaciones y cortes de carretera etc. para que nos pusieran la luz, la valla etc. Cada vez que conseguíamos algo era a base de mucho pelear con la administración. Y pasado el tiempo, con algunas vecinas, como María del Carmen, Ana, Amalia, Loli, Conchi, etc. conseguimos crear dentro de la asociación una vocalía de la mujer, a pesar de la oposición e impedimentos que nos pusieron bastantes hombres. Estaban acostumbrados a que la asociación era su espacio, hasta que llegamos nosotras y yo me metí en la junta directiva. Lo cambiamos todo y, conseguimos que las mujeres participaran de forma activa, hicimos charlas sobre todo lo que afectaba a la mujer, incluso conseguimos buenas subvenciones y llegamos a montar una biblioteca. Pero para mí todo esto era otro tiempo y otra historia, era más fácil y con menos riesgo.

Para mí, fueron tiempos muy duros, pero también muy enriquecedores. El haber formado parte del Partido Comunista me facilitó tener una parcela de libertad que no la tenían otras mujeres,

además del enriquecimiento personal que supuso en cultura, política y una perspectiva e información al día de la situación del país. Y puedo decir que ni en mis peores momentos de dificultad pensé que no merecía la pena la lucha y es que éramos muy jóvenes, nos movía mucho el romanticismo ideológico y nuestra conciencia de clase. Teníamos tanta prisa por cambiar el mundo entonces que olvidamos nuestras ilusiones de juventud y, una vez estabas dentro, era como una droga que te absorbía y te creaba la ilusión de que todos éramos imprescindibles por poco que fuese tu participación.

A pesar de todo, fue la mejor parte de mi vida, en la que sentí y viví lo que era la camaradería, la solidaridad, el arrojo... y tuve el privilegio de conocer a personas de una talla humana increíble. Aunque tuve una gran frustración cuando conseguimos la libertad, porque no era sólo por esto por lo que yo había luchado, ya que los torturadores siguieron en sus puestos, los poderosos siguieron manteniendo sus privilegios, así como la iglesia... Y ya teníamos libertad, pero no igualdad económica. Es decir que la maquinaria del poder había cambiado poco con eso de los pactos. Y ahora estamos viviendo en un mundo diferente por el que luché, porque el presente no es el futuro que yo soñaba. Y no me digan que es una utopía porque sin ella no hubiésemos hecho nada. Pero me alegro haber formado parte de esa oposición, donde conocí mujeres y hombres que lo entregaron todo por la libertad.

VICTORIA LOBATO BARRAGÁN ²³

²³ Entrevista a Victoria Lobato Barragán. FO AHCCOO-A. Transcripción Mercedes Liranzo.

*«Cuerpos que nacen vencidos,
vencidos y grises mueren:
vienen con la edad de un siglo
y son viejos cuando vienen».*

Miguel Hernández

Nací en el año 1958 en el barrio de Bellavista (Sevilla), tengo tres hermanas y un hermano. Mi padre se llamaba Juan, era de El Saucejo (Sevilla), trabajaba en la construcción de maestro albañil. Mi madre Rosalía, venía de Extremadura, se vino de pequeña a Sevilla, era ama de casa. Mi padre sabía leer y escribir y mi madre aprendió, porque él se fue a Francia estando ellos ya casados y eso forzó a que mi madre aprendiera para poder escribirse con él.

Mi niñez se desarrolló en el barrio de Bellavista, del que nos marchamos cuando tenía dieciséis años. Las amigas, vecinas de mi calle nos veíamos después del colegio, del que no tengo buen recuerdo, jugábamos en la calle a los juegos tradicionales de entonces: a la rueda, al coger, policías... y los domingos solíamos ir al cine. Fui al colegio «Sagrado Corazón», en el barrio se conocía como el 'colegio de monjas', porque pertenecía a esa congregación y estaba gestionado por ellas, considerándose el mejor colegio del barrio. Mi padre era una persona preocupada por nuestra formación, hizo verdaderos esfuerzos para poder pagar el colegio, llegando incluso a marcharse de un trabajo a otro para con la indemnización pagar las mensualidades atrasadas.

El colegio tenía dos edificios, uno instalado en un chalet y otro en una casa cercana. El primero era conocido popularmente por el de los ricos y sólo te permitían tener tres hermanos matriculados, en él estaban mis dos hermanas mayores y mi hermano, éste último hasta los siete años, edad en que los niños y niñas tenían que salir. Hasta ese momento yo estuve en el otro edificio conocido popularmente como de las 'pobres' y sólo admitían a niñas. En el prime-

ro llevaban uniformes, en el segundo babis blancos. Nunca supe por qué en el de las pobres te obligaban a beber todas las tardes un vaso de leche que preparaban con leche en polvo y que estaba malísima. Estando ya en el colegio de los ricos, se percibía el trato especial para el alumnado de familias de universitarios, comerciantes... Cursé hasta tercero del entonces bachiller elemental y dejé el colegio en junio de 1972, antes de finalizar dicho mes.

Tomé conciencia social porque mi padre se perdió en la guerra civil siendo un niño y terminó en Valencia en un colegio donde los profesores eran 'rojos', él se refería mucho a aquella época, siempre con afecto y admiración hacia las personas que lo habían cuidado. Tanto él como mi madre nos contaban siempre en privado, cómo habían vivido el comienzo de la guerra, se notaba su inclinación hacia la izquierda, aunque no lo manifestaran. En Bellavista se notaba en el ambiente que existía un movimiento de izquierda, vivían personas que habían estado presas, muchas de ellas, habían estado trabajando en la construcción del «Canal de los Presos». Algunas mañanas por el barrio corría la noticia de: «Anoche vinieron por el barrio y se llevaron al marido de..., al padre de..., al hermano de...». A veces por las mañanas, las calles aparecían regadas de octavillas del Partido Comunista, entonces era costumbre barrer el trozo de calle que correspondía a tu casa, los días que había octavillas procuraba hacer esa tarea para poder leerlas una vez dentro.

En esta época como yo era muy tímida, me apoyaba en mi hermana que era todo lo contrario. Con ella y una amiga suya empecé a salir, y nos íbamos a la discoteca Don Felipe que estaba en Eritaña. Yo no tenía edad para entrar pero mi madre no dejaba a mi hermana ir si no la acompañaba, así que me ponía la capucha de la trenka para que no me vieran bien y entraba, pero yo jamás he bailado, estaba allí de acompañante de mi hermana. No recuerdo cómo entré en el centro cultural de la calle Paloma, pero mi madre creía que íbamos juntas mi hermana y yo. Allí había los domingos música y baile, pero de todos era sabido que allí había algo más que eso; comencé a frecuentarlo y fue allí donde tomé contacto con juventudes socialistas y comunistas. Opté por militar en las Juventudes

Comunistas (J.J.CC.), de las que recuerdo las grandes asambleas en autocares a la ribera de Guillena.

Había una fábrica del sector textil-confección llamada EDLITAM, estaba situada en Fuentes del Rey, término de Dos Hermanas. Esta fábrica vio disminuida su plantilla porque muchas trabajadoras se marcharon a Industrias y Confecciones Induyco, una nueva gran empresa del mismo sector del grupo El Corte Inglés que se estaba instalando en Sevilla y ofrecía mejores condiciones salariales. Este hecho permitió que muchas niñas del barrio ocupáramos las vacantes que se habían producido en EDLITAM.

Así que con catorce años en julio de 1972, acompañada de una tía mía, me presenté para hablar con el jefe de personal que se llamaba Barragán y éste me dijo que fuera al día siguiente para hacerme una prueba. Me dieron un cursillo en el que me enseñaron a coser a máquina y algunas cosas más. El taller era una nave grande, con unas 300 personas, todas las que cosían eran mujeres, además, estaban los encargados, administrativos y mecánicos, todos hombres. Allí te exigían una labor, pero no eran demasiado estrictos, al menos en pantalones. Había distintos salarios dependiendo si eras aprendiz u oficiala. Ganaba unas 500 pesetas a la semana, pero no recuerdo la categoría, pero sí recuerdo un ambiente agradable, entre otras cosas, porque hice amistad con María Luisa que era un poco mayor que yo y era mi protectora, lo recuerdo con un poco de picardía, por los novios con los que salimos. Ella llevaba el termo de café y yo el pan y la mantequilla, para desayunar juntas. En esta empresa era muy estricto el horario. Si no recuerdo mal, entrábamos antes de las 8, tocaba la sirena y tenía 5 minutos para ir al servicio y después, ya no te podías mover. Si querías moverte, tenías que pedirle permiso a la encargada, hasta que llegaba la hora del bocadillo que creo que era a las 11, salíamos a la calle a las 2 y volvía a tocar la sirena, tenías 5 minutos para ir al servicio y beber agua.

Cuando EDLITAM deciden cerrar la empresa –porque Induyco lo absorbe todo–, es cuando conocí a los abogados de la calle Jiménez Aranda, siendo Cabrera Bazán quien me lleva el cierre de EDLITAM. No cobro paro y estoy sólo 15 días sin trabajo, porque tras

presentarme en Induyco y dejar mis datos, me mandan una carta para que me presente, así entré en la fábrica en marzo de 1974.

La fábrica tenía unas 2.800 trabajadoras, al principio en dos plantas. A mí me pareció monstruosa, te perdías en ella, de hecho, llegué a perderme. Eran naves grandísimas todas llenas de barras donde iban colgadas las prendas, muchas telas, mucha ropa y ¡mucho de todo! Debido a mi cortedad, yo no iba al servicio y me aguantaba, porque allí no había toque, podías hacerlo cuando quisieras, podías levantarte a beber, ir al servicio... Pero eso sí, tenías que hacer la labor estipulada y bien en ese tiempo. Allí se han pasado muy malos momentos: yo he visto a mucha gente llorar e irse mala de los nervios y es que no era fácil, las piezas de las prendas tenían que casar al milímetro. Para saber cómo se tensionaba el trabajo diré que, cada tres o cuatro puestos de trabajo, había una revisadora. El horario de trabajo era de ocho a cuatro y cuarto.

Al poco tiempo de estar trabajando en Induyco, nos vamos a vivir a Mairena del Aljarafe donde mis padres se habían comprado una parcela y entre mi padre, mi madre y mi hermano habían construido la casa. A mí me iba muy mal el horario de la empresa viviendo ya en Mairena, pero además me costó mucho adaptarme, tenía dieciséis años. Además venía de un sitio ambientado y con buenas comunicaciones con el centro de Sevilla, por lo que fue un cambio muy drástico. Mairena en esa época tenía poco que ofrecer a la gente joven. Por eso me iba a Bellavista los fines de semana y seguí teniendo contacto con las gentes de Las Juventudes Comunistas, diciendo en casa que tenía que hacer horas extras, aunque no era verdad; como las horas extras era para mí, yo me iba a Bellavista, donde pasaba mucho tiempo. Pero llegó un momento que decidí que no podía seguir así y que tenía que plantearme montarme mi vida en otro sitio.

Como allí no había línea de autobuses, a las 6 de la mañana pasaba por Almensilla y Mairena unos que recogían a todos los trabajadores de Aeronáutica y a mí, que era a la única muchachita. Como yo sabía que en Aeronáutica había gente de Comisiones Obreras y del Partido Comunista, para provocar el tema me ponía a leer en el autobús el periódico y ciertos libros, hasta que un chico de Al-

mensilla se paró a hablar conmigo y comencé a tener contacto con trabajadores de Aeronáutica que eran de Comisiones Obreras o del PCE. Empecé a militar con la célula de San Juan de Aznalfarache, nos reuníamos en casa de un camarada que se llamaba Rafael, fue un periodo corto porque con dos o tres jóvenes de la Aeronáutica decidimos montar un centro cultural en Mairena. Lo montamos y nos quedamos en Mairena, donde estuve participando durante un año todas las tardes.

Cuando llegué a Induyco busqué a la gente que se movían a través de mis conocidos, eso fue llegar y hacerlo, porque ya la inquietud la llevaba a través de un compañero de Aeronáutica y cuñado de Esperanza Curiel, que la despidieron por protestar y no doblegarse a la empresa. Esperanza tenía contacto con otra Esperanza que era de la JOC y que a su vez mantenía contacto con una amalgama de gente de siglas como: OA, JOC, PTE, Liga Comunista –de UGT, no había nadie–, pero gente de izquierdas las teníamos de todos los colores. A nivel de competencia, Comisiones Obreras era atacada por todos los grupos. De Comisiones Obreras sólo estábamos Esperanza Curiel y yo que éramos del Partido Comunista, nos reuníamos en la iglesia de Las Candelarias gracias a la relación de Esperanza con Juventud Obrera Católica (JOC). También nos reunimos en casa de mi hermana en Bellavista, en estas reuniones se hablaba sobre todo de ampliar el grupo.

Recuerdo la huelga en la fábrica en plena Feria de Sevilla. Fue algo imprevisto y que nadie preparó, queríamos salir 15 minutos antes y no se repartieron papeles ni se hizo asamblea y es que éramos unas crías, la gran mayoría teníamos de quince a diecinueve años, así que simplemente paramos. Fue una huelga general, todas estábamos locas por irnos a la feria y conseguimos salir 15 minutos antes. Fue un éxito pero nadie sabía quién lo había conseguido, porque éramos muchas mujeres que no se conocían, pero las quince o veinte que nos reuníamos sí lo vivimos como un éxito de las trabajadoras: eso nos sirvió de experiencia para preparar la próxima huelga.

Cuando despidieron a Esperanza –ayudanta de encargada–, quedamos en casa de mi hermana, y acordamos llegar a las puertas

de los vestuarios por la mañana e ir diciendo a las compañeras que pararan, que se quedaran allí en los vestuarios, porque habían despedido a Esperanza Curiel, creo recordar que esa vez hicimos ‘papeles’ –pasquines, octavillas etc.–. Después de tanto tiempo me es difícil recordar porqué despidieron a Esperanza, la empresa ya sabía quién era. Queríamos que la readmitieran. No subimos al taller y nos quedamos en los vestuarios toda la jornada de trabajo hasta que tocó la sirena. Al día siguiente, no nos dejaron entrar, y vino la policía, nos pidió el carnet de identidad a una serie de gente y nos quedamos todo el día en la calle, después recuerdo que hicimos un paseo por el barrio.

Aquella huelga motivó el despido de 24 personas en Induyco, ese despido se produjo a dedo, los encargados de los talleres de producción fueron pasando por los puestos de trabajo decidiendo quién trabajaba y quién no. En esos 24 despidos hubo gente implicada en la organización, pero la mayoría no y ellos lo sabían. Pero esta empresa era muy dada a que cuando se producían problemas serios despedían a parte de los organizadores; pero también como medida «ejemplarizante» despedían indiscriminadamente a trabajadoras que solo habían participado, para así aumentar el miedo.



Victoria con sus compañera de la fábrica, en la 1ª fila, primera por la derecha.

Induyco favorecía que las mujeres al casarse se marcharan de la empresa, para eso existía la dote. Era una cuestión de cultura «yo me caso para que me mantengan y para llevar mi casa», se iban con la dote y muchas se casaban para irse. Cuando alguna pedía excedencia por maternidad lo que el estatuto recogía era, que en caso de haber vacante la empresa te readmitía. Demostrar que hay una vacante en un taller de producción es imposible, realmente las mujeres que se iban con excedencia luego no volvían.

Mi primera experiencia sindical fue en la calle O'Donnell donde estaba el sindicato, pero recuerdo más la época de la calle Morería y el metal, arriba estaba química, y en la primera planta el textil. Yo entonces veía a toda la gente del sindicato como personas que sabían mucho, preparadas no por los estudios, sino en el mundo laboral y para mí todos eran líderes, como los del 1001 porque habían estado en la cárcel. Hasta que te das cuenta, que son trabajadores con sus limitaciones, que a la gente tú las tenías magnificadas y que tenían sus debilidades como todo el mundo. Es cuando llega un momento en el que nos damos cuenta que tenemos que pensar por nosotras mismas en Induyco, que nos pueden asesorar los compañeros que tienen más experiencia, pero ellos no estaban viviendo lo que nosotras, no estaban sintiendo aquello y que lógicamente hay una diferencia entre su experiencia y la nuestra, es decir, que hay que tener en cuenta lo que te digan, pero no llevarlo a rajatabla.

Es entonces cuando se organiza una coordinadora entre Madrid y Sevilla fundamentalmente, pero fué poco estable. Creo que una de las cosas que influyó para que no se montara más seriamente, es que muchas éramos mujeres y las mujeres teníamos verdaderas dificultades, mucho más, en una época en que todas éramos jóvenes, estábamos siendo madres y algunas con dos o tres niños. Plantear viajar a Madrid un fin de semana y quedarte una noche allí, con hijos que ya se lo están dejando a su madre, que lo tienen en la guardería... Que además tu marido puede ser militante de CCOO, pero eso no significaba que le gustase que su mujer también lo sea. Así, era muy difícil consolidar esa coordinadora. Cuando venían representantes de Madrid, siempre eran compañeros. Cuando íbamos a Madrid lo hacíamos compañeras y compañeros siendo ellos minoritarios. Y es

que las mujeres siempre hemos tenido problemas: cuando éramos muy jóvenes teníamos nuestros padres –yo me iba a Madrid y mis padres no lo sabían–, después a los maridos y las cargas familiares.

De todas formas, en aquel momento en el sindicato del textil habíamos muchas mujeres porque estábamos las mujeres de Induyco, HYTASA, Yabona, Himalaya y sobre todo las de Semengar, como Juana García, Marieta y Conchi Rejo que llegó a ser secretaria del sindicato por un tiempo. Entonces habíamos más mujeres y el tema era otro. Cuando estas empresas fueron a menos, estas mujeres eran mayores y con más experiencia, algunas de ellas militantes más antiguas que nosotras. Además teníamos allí al lado el sindicato del metal, recuerdo a compañeros y compañeras con las que todos los días me tomaba el café y nos contábamos nuestras cosas. Recuerdo como me querían... decían: «Viqui tienes que intervenir en las asambleas». Eso era superior a mí, yo no podía, ese día me acostaba con la angustia de que al día siguiente había asamblea y que yo quería intervenir y no podía.

Yo he notado siempre en los compañeros cariño y afecto, e intentar protegerme, darme cobertura y atraerme al sindicato, aunque es verdad que hay sindicalistas que son muy machistas, que ponen impedimento a las mujeres, pero en mi caso no noté eso en los compañeros. Al contrario, siempre estaban detrás nuestra para que participáramos en la ejecutiva, para que tuviéramos responsabilidades. Lo que pasa es que implicarte en el sindicato es... bueno, yo es que no quería dedicar 24 horas a eso, pero al principio, nosotras salíamos de Induyco y nos íbamos al sindicato sin comer y estabas allí asesorando en la medida que podías, estudiando para conocer la ordenanza laboral y empezar a manejar el convenio.

Es que aquí las que realmente peleábamos en esto era Luisa Martín y yo, el resto de de la gente estaba en la fábrica, porque yo sé que ha habido compañeras que sus novios no querían que fuesen al sindicato, porque según ellos: «había muchos hombres y muchos frescos». En el fondo, creo que les daba miedo que sus mujeres avanzaran, mejorasen y tuvieran otra perspectiva, quedándose ellos un poco atrás, porque de alguna manera estar en el sindicato implicaba tener una visión de ciertas cosas mucho más abierta que ir a la

fábrica y luego meterte en tu casa. Pienso que eso también a algunos hombres les chocaría; que muchachitas que hasta ese momento se habían dedicado a levantar la aguja y poco más, se implicasen en este mundo. La verdad es que implicarse en la dirección del sindicato le gusta a poca gente. Yo no estoy casada, tengo un compañero desde hace muchos años, Antonio Gómez, estuvo en la COAN y allí nos conocimos en un momento determinado. Llevamos muchos años juntos y tenemos una hija.

Desde que entré en Induyco hasta el 2012 en que se cerró la fábrica, he militado como sindicalista de CCOO. Me presenté a las primeras elecciones sindicales en 1978 con 19 años, he pertenecido a todos los comités de empresa, ejerciendo de secretaria o presidenta, en los últimos años constituimos la Sección Sindical de Comisiones Obreras en la que he ejercido como secretaria.

Me siento feliz, orgullosa y satisfecha de mi paso por Induyco y sobre todo de mi paso por CCOO, que me ha permitido crecer como persona. He conocido a personas que perdurarán para siempre en mis recuerdos, fueron compañeras de aquella época pero que ahora son amigas y amigos y lo serán siempre, tanto de Sevilla como de Madrid, como por ejemplo: Carmen Encuentra, Audaz Acesa, Conchi Gómez, Soledad Pérez, Rosa Portillo, Chari Infante, Maite Marín, Carmen Rojas y Choni García.

BALBINA LÓPEZ LÓPEZ ²⁴

²⁴ Testimonio de Balbina López (escrito por ella), 2015.

*«Ignoramos nuestra verdadera estatura,
hasta que nos ponemos de pié».*

Emili Dickinson

Nací en 1956 en el barrio obrero de Bellavista (Sevilla). Bellavista se formó en gran parte por las familias de «los presos del canal» que se instalaron allí. Era la manera de estar cerca de los que redimían penas por el simple hecho de haber luchado en el bando perdedor de nuestra Guerra 'Incivil'. Mi abuela paterna compró allí una parcela –mi abuelo «trabajaba» en el llamado «Canal de los Presos»–, y poco a poco, se fue transformando en una humilde casa. Cuando mis padres se casaron se quedaron a vivir con ellos, por eso yo nací en esa casa, de ese barrio al que el Ayuntamiento franquista de la época, no le concedió ni alcantarillado, ni agua corriente. En mi casa se hizo un pozo del que se sacaba el agua para beber, cocinar, limpiar, lavar... No había luz eléctrica en las calles, ni, por supuesto, calles mínimamente pavimentadas, por eso eran un barrizal en invierno, al que se unía las aguas fecales sucias de las viviendas que corrían por el centro de las calles.

Como según dicen, yo era muy revoltosa, mi madre me llevó desde muy pequeña a colegios privados, ya que entonces sólo había un colegio público en el barrio, cuyo maestro era a la vez el practicante y estaba más tiempo fuera poniendo inyecciones que pendiente de los alumnos y las alumnas. Así que tras pasar por el Colegio de Mariluz, me apuntaron en el colegio de Doña Matilde, maestra catequista que daba clases a las niñas y su marido, Don Antonio a los niños en otras instalaciones en la calle de al lado. Aunque muy revoltosa, fui una alumna aplicada, sacaba muy buenas notas excepto en conducta. Esta maestra fue la que habló con mi madre para aconsejarle que estudiara Bachiller. Como mis padres no podían pagar mis estudios, me preparo para un examen

para conseguir la beca al mismo tiempo que para el ingreso a bachiller. Aprobé los dos exámenes y me concedieron una mísera beca de 2.000 pesetas.

Como en el barrio solo había Instituto para niños, estudié bachiller elemental, cuatro años, en el Colegio de las Monjas que era privado y no llegaba el dinero de la beca para pagar siquiera las mensualidades. Mi madre acudió a la Delegación de Educación de Sevilla, convenció al Delegado y me subieron la beca a 4.000 pesetas que, aunque no cubría todo el curso, era una ayuda importante. En esa época, para conseguir la beca para el curso siguiente había que aprobar todas las asignaturas en junio y con media de notable. Y, para ponerlo aún más difícil la nota del Colegio de las Monjas no servía, ya que era sólo una filial del Instituto Murillo –Instituto oficial de niñas–. Después de aprobar el curso con buenas notas, había que volver a examinarse en el Instituto Murillo de todo el curso en dos días, y con profesoras y profesores que ni nos habían dado clases, ni nos conocían de nada. Cuando terminé el bachillerato elemental con catorce años, me compraron una máquina de escribir pequeña y aprendí de forma autodidacta a escribir a máquina. Al mismo tiempo, me apuntaron por unos meses a dar clases de taquigrafía en el Colegio de Don José Vara.

A los 15 años me había presentado con una amiga en las oficinas de El Corte Inglés de la Plaza del Duque, que tenía entonces sus oficinas en la Plaza de la Encarnación. Nos hicieron un examen, una entrevista posterior y me contrataron para la temporada de Navidad y rebajas de Enero, esto fue 1971, pasadas estas fechas me despidieron. Como era menor de 16 años sólo me pagaron, 1.250 pesetas al mes y 400 pesetas por las horas extras, ya que en Navidad se cerraba más tarde y el día de Reyes cerraron a las 24 h, y salí a las 2 de la madrugada: nos dieron un bocadillo como cena.

A principio de los 70, los vecinos y vecinas comenzaron a reunirse y formaron una Junta de vecinos y vecinas, que se encargó de solicitar reiteradamente al Ayuntamiento el adecentamiento del barrio. El Alcalde de turno, Juan Fernández García del Busto (1969-1975), nos decía que «Bellavista era un barrio comunista y lo que había que hacer, era meter una pala por un extremo y sacarla por

el otro». En ese ambiente reivindicativo pasé mi adolescencia. Se hicieron manifestaciones por el barrio, cortamos la carretera Sevilla-Cádiz en diversas ocasiones, acudimos reiteradamente al Ayuntamiento con escritos....

Con 16 años me apunté a la Junta de vecinos y de vecinas y también creamos por aquella fecha, un centro juvenil: el Centro Cultural y Recreativo de Bellavista del que formé parte algunos años como Secretaria. En dicho Centro se celebraban bailes los domingos para la juventud, dado que en el barrio no había ningún sitio donde reunirse. Allí se organizaron también recitales de poesía, de cantautores y cantautoras de izquierda, conferencias, etc. Por lo que la policía político-social del régimen se pasaba por allí de vez en cuando para controlar el ambiente, con alguna que otra anécdota.

Fue por entonces cuando ingresé clandestinamente en la Unión de Juventudes Comunistas de España (UJCE), en la que más adelante llegué a formar parte por un tiempo del Comité Provincial de Sevilla. Tenía entonces diecisiete o dieciocho años. Igualmente, por aquellas fechas, me afilié al sindicato entonces clandestino de Comisiones Obreras, al que aún pertenezco.



Con sombrero, en una asamblea de las Juventudes Comunistas.

A través del camarada Alfredo Verdugo, que formaba parte de la Junta de Vecinos, me entero de que se había formado una cooperativa obrera de construcción por gente del PSOE y me recomendó que me pusiera en contacto con ellos porque estaban buscando una chica para las oficinas. Me presenté, aprobé las pruebas que me hicieron y me contrataron como «aspirante administrativo». Estuve trabajando en la cooperativa S.C.O.E. desde 20-6-72 hasta 26-3-73. La cooperativa cerró por su gestión idealista en un mundo real y me quedé en el paro.

En octubre de 1973 me contrataron en otra cooperativa, COM-SE, para hacer un fichero de clientes a partir de los albaranes que tenían. Lo acabé en tres meses y de vuelta al paro, pero esta vez, sin desempleo.

Por aquel entonces me enteré a través de una amiga, que buscaban a una secretaria-recepcionista en una empresa pequeña del Polígono Calonge y en la que trabajaba un primo suyo, GARMAT, que vendía tractores rusos y cosechadoras francesas para el campo andaluz. Como entonces no había aún autobuses que fueran al Polígono Calonge, me recogía en el Prado el primo de esta amiga que trabajaba allí y me llevaba a la empresa, pero para volver tenía que esperar a que éste u otro me devolviera de nuevo al Prado o algún lugar cercano donde coger el autobús a Bellavista.

En agosto de 1974, estando trabajando en GARMAT vi un anuncio en el ABC que solicitaban recepcionista para una agencia de publicidad, Publicidad Cid, situada en la calle Méndez Núñez. Me presenté, pasé las pruebas y la entrevista con el Director y me contrataron.

Por entonces, yo me había matriculado para estudiar el bachillerato superior en el Instituto Murillo en el horario nocturno. En Cid trabajaba de 8 a 13 h, y de 15.30 h, a 19 h, y las clases nocturnas eran de 19.30 h, a 22.30 h, por lo que salía del trabajo, cogía el autobús corriendo y al Instituto. Obviamente no pude sacar 5º, 6º y C.O.U. en 3 años sino en 4 ó 5. Por aquella época militaba en la Unión de Juventudes Comunistas de España (UJCE) en la sección de Bachilleres.

En Publicidad Cid comencé a organizar a los compañeros y compañeras para conseguir un Convenio de Publicidad, ya que formábamos parte de Artes Gráficas y los sueldos de Publicidad, al carecer de Convenio, eran bajísimos. Tuve problemas con la empresa, llegando incluso a llevar a Magistratura de Trabajo al Director por una suspensión de empleo y sueldo de una semana de forma injusta. No llegamos a juicio porque en el CEMAC –Centro de Mediación, Arbitraje y Conciliación– alcanzamos un acuerdo y me abonó la semana. No obstante, a partir de ahí empecé a tener problemas en la empresa por lo que aproveché que buscaban una recepcionista en Publicidad EXPANSA, cuyos directivos y parte del personal habían salido de Cid. En Publicidad Cid, formaba parte ya de la Secretaría Técnica, pero no me importó marcharme a Expansa de recepcionista, aún perdiendo la antigüedad, pues el ambiente de trabajo era incomparablemente mejor.

En Expansa seguí con la tarea sindical llegando a ser Delegada de Empresa por CC.OO –una vez legalizada ésta–, durante varios años. Expansa cerró en 1997 y desde entonces sólo he trabajado de forma esporádica, perdiendo por tanto mi actividad sindical, aunque sigo afiliada a CC.OO.

A los veintiún años me independicé y estuve viviendo en Triana, San Lorenzo, Puerta Osario y Dos Hermanas, y en el 2002 volví a Bellavista, integrándome de nuevo en la Agrupación de Bellavista del PCE en la que sigo militando.

A su vez, en el año 2002 me afilié a la «Asociación de Solidaridad con Cuba Bartolomé de las Casas» de Sevilla. En 2008 también a «Sodepaz Andalucía», asociación también de solidaridad con Cuba, con cuya Coordinadora Andaluza voy a Cuba en Agosto (años 2003 a 2012) como trabajadora voluntaria con el Contingente Rafael Alberti. Son experiencias estupendas en un país excelente y desconocido por nosotros, gracias a la tergiversación de los medios de desinformación del capitalismo.

Las anécdotas son tantas y de todo tipo, que no caben en un escrito como éste, hecho con más voluntad que sapiencia, y por no fallar a la compañera Mercedes que con tanto entusiasmo me lo pidió.

JOSEFA MEDINA GONZÁLEZ ²⁵

²⁵ Entrevista a Josefa Medina González, por Mercedes Liranzo y M.^a Carmen Ramos, 2015.

*«Moderado es interesante palabra.
Es la palabra que utilizan los explotadores
para definir a quienes se pliegan a sus exigencias».*

Ché

Me llamo Josefa Medina González, nací en 1940 en una familia de siete hermanos. Mi niñez se desarrolló en el campo hasta que mi abuelo murió, yéndome después a vivir a Triana. Con mi abuelo vivía muy bien, él era un hombre muy trabajador y de izquierdas. Trabajaba en el muelle y también se dedicaba al estraperlo para que no nos faltase de nada. Cuando lo fueron a fusilar en el campo en un hoyo, allí en nuestras tierras..., vino un inglés que lo conocía y que era el dueño del tejar ROCHI y dijo que él daba la cara por aquel hombre. Cuando murió mi abuelo, que lo hizo con 60 años, nos fuimos a la calle Rodrigo de Triana a dos habitaciones, donde vivíamos con dos tíos solteros, mi abuela, una tía mía, su marido, sus tres hijos y yo: todos apretujados en dos habitaciones. Pasamos mucha hambre porque mis tíos estaban parados, así que mi abuela se tuvo que ir a lavar a las casas por 6 pesetas.

En el colegio San Jacinto entré con seis años. Tenía una profesora «fenomenal», falangista de las que en aquella época nos hacía cantar el «Cara al Sol» todos los días, rezar a todas horas....a todos los santos del mundo....a todos los muertos del mundo, de tal forma... ¡Qué se me han olvidado todos los rezos! Y es que le tenía tanta manía a ésa señora que he olvidado todos los rezos. Además tenía una mala leche horrorosa. Aprendí las cuatro reglas, pero las aprendí porque yo tenía voluntad y cuando llegaba a mi casa le decía a mi familia que me pusieran deberes, porque entre los rezos y las tardes que las echábamos en hacer vainicas... ¡no aprendíamos nada! Pero cuando esta maestra se puso mala, vino una profesora que se llamaba Ana María, y era la persona más encantadora del mundo y con una condición social extraordinaria. Ella nos enseñó a leer, escribir

y a expresarnos, incluso nos hacía dar nuestra opinión de cómo se había desarrollado la clase, ¡era estupenda! Se puso mala y todas las niñas fuimos a su casa a verla. ¡Así que esa fue mi infancia colegial!

Nosotros somos seis hermanas y un hermano. Mi madre se separó de mi padre antes de que yo naciera y después, conoció a un señor que en el futuro sería su compañero. Pero estábamos pasando tantísima hambre que mi madre no me podía tener con ella; ya tenía cinco hijas y un hijo y yo era la mayor. Incluso cuando se murió mi abuelo, mi abuela me dejó con mi madre en Triana, en la Dársena, pero al mes llegué a estar tan delgada, que le dieron pena de mí y me mandaron otra vez con mi abuela. Yo estaba acostumbrada a vivir muy bien y tener de todo, ya que era para mi abuelo su nieta preferida, y la verdad es que para mí, mi abuelo fue el hombre más importante de mi vida, para mí lo era todo, aún hoy, no hay día que no lo recuerde.

Cuando me quitaron del colegio con doce años, me pusieron a trabajar en un taller de costura en la calle Castilla. Era con una chica que estaba trabajando en un taller, pero que también hacía trabajos en su casa. Esta chica me dejaba las prendas cortadas y su madre me decía lo que tenía que hacer y como tenía que empezar. En realidad, fue la madre la que me enseñó a poner de prueba la ropa, porque la hija estaba todo el día trabajando para ganar un jornal. Al mes de estar con ella de aprendiz y teniendo en cuenta que cuando llegué no sabía coger la aguja, ponerme un dedal, ni nada que tuviese que ver con la costura. Le hice un vestido a mi tía de capa entera, que lo corté en el suelo porque no tenía mesa suficiente, le quedó precioso. Así que con 14 años, como aprendí muy rápido, ya estaba en mi casa cosiendo para la calle. Hacía los respuntes a mano porque en mi casa no había dinero para comprar una máquina de coser. Hasta que una vecina me comentó que había que ver como tenía los dedos de coser a mano en mi casa, que ella tenía una maquina en su casa y que podía ir a coser allí cuando quisiera. Yo me llevaba las prendas preparadas, las cosía a máquina y luego las remataba en mi casa.

Después me tocaba ayudar a los que estaban conmigo y a los que no también –a mi madre–. De vez en cuando con lo poquito que yo ganaba –ya que antes por un traje se cobraba una miseria–, le lle-



Josefa Medina con 15 años.

vaba a mi madre algo para los gastos de la casa, porque lo demás lo tenía que entregar en casa de mi tía, ya que al final, fue mi tía quien se hizo cargo de mí. Cuando me iba a hacer un vestido, comprarme unas medias o cualquier cosa que necesitase, tenía que pedirle permiso a mi tía. Con diecisiete años para salir los domingos me ponía un vestidito de verano y un chaquetón de cuando estaba con mi abuelo, arreglado y teñido de rojo para que pareciese otro.

Para sacar más dinero, además de coser me dedicaba a hacer chalecos de punto a mano para la calle. Me levantaba a las 5 de la mañana y me ponía a hacer punto sentada en la cama, a las 9 lo dejaba y cogía mi trabajo de modista, sobre las 8'30 de la noche cogía otra vez el punto. Así me ganaba el dinero para contribuir a los gastos de la casa y así nos íbamos manteniendo. Como mi tía había estado trabajando en una tintorería, se dedicó a coger ropa de la calle para lavarla y plancharla en su casa, hasta que una vez se

puso mala con una sombra en el pulmón y tuvo que estar de reposo absoluto. Me dijo que ya no podía hacerse cargo del lavado de las ropas, pero le dije que me haría cargo yo. Desde entonces, empecé a hacerlo aparte de mi trabajo de modista y del punto.

No tenía más remedio que trabajar de la mañana a la noche, lo hacía para no quitarnos el hambre a bofetadas, porque mi tía tenía tres hijos y había que mantenerlos. A los hijos los tenía en el colegio de Los Salesianos que era de pago, luego los pusieron en el Liceo Escuela. Los estudios se lo costeó a mis primos un tío del marido de mi tía que era exiliado político y director del periódico «SIEMPRE» de Méjico, que estuvo aquí de visita. Allí hicieron el bachiller y después entraron en Hispano Aviación en la Escuela de Aprendices. Por cierto, entonces era el centro de todos los comunistas, casi todos los que entraban se hacían comunista, era maravilloso ver cómo las gentes respondían, la juventud que había tan sana, tan comprometida....el que fue mi marido cuando entró con catorce años, lo primero que hizo fue la hoz y el martillo. La Hispano Aviación en ese tiempo era un hervidero de gentes del Partido Comunista, traían loca a la policía político-social.

Yo tuve conciencia proletaria desde niña. Mi madre había estado en un colegio comunista, así como mi tía, mi abuelo era de izquierdas, así que habiendo pasado tanta hambre... ¡Era lógico que al final tomase conciencia de clase! Resulta que en mi casa empezaron a venir unos compañeros de mi tío de Hispano Aviación que también trabajaban en Astilleros, y con ellos empezaron a venir también Eduardo Saborido y Fernando Soto. Yo veía la tesitura de ellos y cómo hablaban. Comían muchas veces en mi casa, así como nosotros íbamos a la casa de ellos, o sea, que teníamos mucha amistad. Un día hablé con Fernando y le dije que quería colaborar con dinero todos los meses para los presos y presas políticas, ¡Y así empecé yo! Un día, pidieron mi casa para una reunión clandestina de alguien que venía de fuera. Todos se fueron a sus trabajos menos yo, que me quedé en ella para recibirlo, era Ignacio Gallego. Recuerdo que en esa reunión estuvo también, Fernando Soto, Eduardo Saborido y José Menor. Después de terminar la reunión me llamaron y estuvieron hablando conmigo, Ignacio era la persona más encan-

tadora que había conocido; incluso me hizo cantarle coplas de aquí. En esta época es cuando me voy entusiasmando y por fin, pido la afiliación al PCE.

En el Partido estábamos organizados por células, pero aparte de ella, también formaba parte de una célula especial o comité de mujeres, porque en esa época todavía no había apenas mujeres en el PCE, la componíamos: Encarna Ruiz Galacho, María Morales, Mercedes Liranzo, Lola –compañera de Gasco–, y yo. Esas éramos las cinco mujeres que la componíamos, pero las cinco nos movíamos como si fuésemos más, porque estábamos en todas partes. Nosotras nos dividíamos las tareas. Yo me acuerdo cuando en el 1968 entraron los tanques rusos en Checoslovaquia y vino Manuel Benítez Rufo a nuestra reunión para explicarnos a las mujeres el conflicto. Después de mucho discutir quedó más contento con nuestros argumentos que con los que él traía. ¡A veces pasaba eso! Nos reuníamos a las 6 o las 7 de la mañana en el campo y cuando llovía nos poníamos pérdidas de barro, pero nunca nos veníamos abajo, al contrario estábamos contentas porque lo que estábamos haciendo era luchar por terminar con la dictadura.

Mi hermano Alfredo trabajaba en la empresa Entrecanales y Távara. Cuando ésta entró en conflicto, iban a la Magistratura de Trabajo que entonces estaba en el Parque María Luisa y organizaban allí las asambleas, así que un día le dije a mi hermano que me iría con él. Cuando mi hermano terminó de hablarles a los trabajadores, yo me dirigí a ellos para pedirles que concienciaran a sus mujeres, que hablasen con ellas, y que les hiciesen ver que el problema también era de ellas. Les pedí por favor que en la próxima asamblea llevaran a sus mujeres, que me gustaría hablar con ellas. Y efectivamente, en la siguiente asamblea vinieron muchas de ellas, así que empecé a dar asambleas: yo me estaba concienciando a la vez que concienciaba a las demás.

Un día teníamos una reunión en el sindicato vertical en el Duque, a esta reunión vinieron también unas muchachas del Polígono de San Pablo que las estaba captando para la organización, eran las hermanas Charo y M^a Carmen Núñez. Nos recibió el delegado y le dijimos la situación en que estaba la clase trabajadora y entre ellas

los trabajadores de Entrecanales y Távora. El hombre no se portó mal, nos escuchó lo suficiente pero lo que sí nos dijo es que éramos muy jóvenes para que tuviésemos ese encargo, a lo que le dijimos que de encargo nada, que eso había sido iniciativa nuestra, que estábamos pasando mucha necesidad y que nuestros hermanos –yo iba por mi hermano, las otras no tenían a nadie–, lo estaban pasando mal.

En Sevilla había una única asociación de mujeres legalizada, así que la única manera de llevar la política del Partido a las mujeres era metiéndonos en ella. Esta asociación era de amas de casa, nos reuníamos en la calle Jesús del Gran Poder, en los locales de la «Vanguardia Obrera Católica», allí captamos muchas mujeres y casi todas ellas eran profesionales, como Rosa Benítez que era profesora y que luego me daría a mí clases de adultos. En estos locales nos reuníamos de forma habitual todas las semanas. Después acordamos organizar las Amas de Casa en Triana. Había un local que era de la iglesia ¿y dónde íbamos a estar mejor que en ella? Así que Julia Campo y yo fuimos a ver al cura. Le dijimos que éramos muchachas inquietas y amas de casa y que queríamos que nos dejase el local, que si él quería podía estar presente en las reuniones. El cura era ¡tela marinera! Era muy mayor y muy sinvergüenza, porque se fijaba más en las delanteras nuestras que en lo que le estábamos diciendo, pero como éramos chicas jóvenes y monas pues nos dejó el local.

En Triana había casas en las que no se merecían vivir ni las ratas, de las malas condiciones en las que se encontraban ¡pero vivían personas! Las casas estaban en ruina total, tenían grietas, ratas y todo tipo de bichos. Era inconcebible que alguien pudiese vivir allí y sin embargo allí vivían, con niños y niñas pequeñas. Entonces se nos ocurrió hacer una encuesta para saber todas las casas que había en ruina, para luego llevarla con un escrito al gobernador. La pretensión final era que les dieran viviendas dignas a todas aquellas personas que vivían allí. Empezamos a hacer las encuestas y fue estupendo, las mujeres empezaron a venir a nuestra asociación todas las semanas para ver como llevábamos la labor que estábamos haciendo. Nosotras nunca les hablábamos del Partido Comunista, sólo de la asociación y de gentes jóvenes como nosotras que teníamos inquietudes.

En fin, que hicimos bien las cosas y un día pedimos audiencia con Utrera Molina, que era el gobernador de Sevilla. Ese día venían nueve mujeres, además de Encarna con su niño pequeño que lo llevaba en brazos y yo. Nos recibió y le dijimos al secretario que éramos una comisión de mujeres de Triana que tenían sus casas en ruinas, y que éramos de una asociación de amas de casa. Cuando nos recibió el gobernador, éste coge el escrito y empieza a leer... cada vez ponía los ojos más abiertos hasta que dice:

– Esto que estoy leyendo no es de las Amas de Casa, ¡Esto es del Partido Comunista! Y ustedes vais a ir... ¡Quiénes de ustedes son las responsables de esto! ¡Ustedes ya están detenidas, porque voy a llamar ahora mismo a la policía!

Aquellas mujeres parecían que se habían puesto de acuerdo, se pusieron todas de pié y les dijeron:

– Si usted detiene a estas muchachas, nos va a tener que detener a todas nosotras, porque estas muchachas lo único que han hecho es preocuparse por cosas que ustedes no os habéis preocupado nunca, y además ellas jamás nos han hablado de ningún partido ¿de qué partido? ¡Si estas muchachas son de Amas de Casa!

Al ver la actitud de estas mujeres, porque se ve cuando una persona no está mintiendo y, ellas no lo estaban haciendo, al final nos preguntó qué queríamos. Le dijimos que queríamos ver a Gregorio Cabeza, que era el delegado de la vivienda, para que las viviendas que estuviesen disponibles las repartiesen entre las personas que más faltan les hicieran. Y que para lo único que íbamos es para eso. Pero claro, el escrito lo había hecho Eduardo Saborido y se notaba el plumero en el escrito, aunque nosotras procurábamos hacernos las inocentes. Total que al final fuimos a ver a Gregorio Cabeza y él tomó nota, porque el otro lo llamó por teléfono delante de nosotras y le dijo a lo que íbamos. Él las apuntó y al poco tiempo empezaron a darles viviendas en el Polígono de San Pablo. Para las mujeres aquello resultó tal cambio en sus vidas, que nos abrazaban... nos querían más que a nadie, incluso querían que fuésemos a ver sus casas. Nosotras les decíamos que se lo agradecíamos mucho, pero que nuestra satisfacción era que ellas pudieran tener unas viviendas en condiciones de habitabilidad.

La verdad es que hicimos una labor bastante buena en aquella ocasión y, aunque jamás les hablamos del Partido, sí que hicimos un buen trabajo de concienciación social. Ese día nos preguntó el cura que qué pasaba, que había mucho jaleo por allí, y le dije que sí, que habíamos ido a hablar con Utrera Molina. Él se extrañó porque según decía llevaba cinco meses esperando una cita y no lo habían recibido, sin embargo a nosotras... Le dije que nosotras habíamos ido ese día y nos había recibido. Cogió y llamó a Utrera Molina, y éste le preguntó qué hacíamos nosotras allí, él le dijo lo que hacíamos. El cura entraba muchas veces, pero si nosotras teníamos algún papel en la mesa, lo poníamos bocabajo para que no lo viese. Así que le dijo de nosotras, que eran muchachas amas de casa normales que estaban haciendo esa encuesta, pero que ellas no hablaban allí nada de política. Aun así mandó a la político-social que estuvo paseando por allí como para tenerlo todo controlado, en fin, que después fue tremendo el control.

Tiempo después me hice novia de Antonio Benítez Berraquero, que era responsable dentro de la dirección de las Juventudes Comunistas del sector de los obreros y obreras, que estaba más veces en comisaría que en su casa. Aunque todavía no era su novia, cada vez que era detenido, iba a comisaría a saber de él ¡y eso que me ponían verde! Pero me daba igual. Así que una de las veces que lo dejaron libre, nos hicimos novios. Después se fue a la mili y se declaró el estado de excepción. Un compañero habla de él, lo detienen y lo mandan a Villa Cisneros, donde estuvo dieciocho meses y lo único que pude hacer por él, era mandarle muchos libros y dinero para que tuviese para comer. Cuando volvió nos casamos, pero tenía pendiente un proceso donde le habían pedido un año y medio de cárcel.

En ese tiempo me dedicaba con Loli (no recuerdo su apellido), Encarna Ruiz y otras compañeras a salir a la calle y la primera placa que veíamos que ponía, medico, abogados u otro profesional, entrábamos para pedirle dinero para los presos y presas políticas. Una de las veces, el director de Virgen del Rocío me dio 1.000 pesetas, que en aquella época era un dinero, otra vez el director del Banco Urquijo también me dio la misma cantidad, en realidad muchas gentes nos iban dando dinero para los presos políticos. Algunas veces nos



Josefa Medina, la primera por la izquierda en 1978 (foto de Jesús Martín Cartalla).

ponían en contacto con esos profesionales los mismos abogados y abogadas que los defendían, pero muchas veces íbamos a la aventura, por eso una vez nos fueron a detener en República Argentina, pero nos dimos cuenta y antes de que llegase la policía nos fuimos nosotras –el que habíamos visitado era de derechas–.

En una ocasión, estaban los trabajadores de MUEBLES LASTRUCCI en huelga, el problema era que no le daban el sueldo que debían, además, iban a despedir a los trabajadores, por eso fuimos Julia y yo al sindicato del metal a dar una asamblea a los trabajadores. A Julia y a mí nos pilló embarazadas y cada una con un niño. Dimos la asamblea y al final les dijimos a los trabajadores que teníamos que salir a la calle y que teníamos que ir hasta gobernación y pedir audiencia con el gobernador. Salimos del metal Julia y yo delante, cada una con un barrigón y un niño en brazos, ¿quién se iba a meter con nosotras? Nos salió al encuentro la caballería ¡todo fue horroroso! Los trabajadores nos preguntaron si nosotras nos que-

ríamos ir, pero nosotras pensábamos que, ¿qué iba a ser de ellos si nosotras nos íbamos? Seguramente la policía pensaba que nosotras seríamos las mujeres de algunos de ellos y en las condiciones que estábamos nosotras no se atreverían a meterles mano, así que nos pusimos en la cabeza de la manifestación y les dijimos que teníamos que llegar hasta gobernación. Cuando llegamos a la universidad pusieron los caballos para que no pasásemos. A mí siempre me ha dado un miedo horroroso los caballos, pero con mucho miedo y todo, cogí a mi niño y me abrí camino entre ellos, y si yo lo hice, también lo hizo Julia y los demás. Llegamos a gobernación pero no nos recibieron, porque allí se formó la de dios, y cuando me vio el secretario me dijo:

– Tú eres la del otro día, ¿tú sabes que tienes una habitación aquí abajo?

– Me da igual – le dije–

A continuación empezó a pedirle mi nombre a los demás y cuando les preguntaba a los trabajadores mi nombre, ellos decían que si yo no se lo había querido dar no lo iban a hacer ellos.

Fue una época bastante bonita, porque acordar encerrarse en la Catedral cuando nadie hasta entonces lo había hecho... Yo me fui con ellos, estuve en todas las asambleas, pero luego me encargué de ser la enlace entre los trabajadores encerrados y la calle. Visitaba a las mujeres, hablaba con las gentes para que les llevaran comida a los encerrados e iba a hablar con el alcalde. El cardenal Bueno Monreal y me decía: «Pero bueno, ¿tú dónde estás? ¿Pero es que tú tienes familia en todos los sitios?».

Yo era también la encargada de llevar al Correo de Andalucía todas las noches lo que se había acordado en las asambleas. Una noche estando allí, avisaron que iba la policía a por mí. Me sacaron por un corredor oscurísimo con un compañero (Chao) que era periodista y que se portó muy bien con nosotros. Iba también a hablar con el párroco de la Catedral un día sí y otro no, para pedirle dinero o vales de la Siete Puertas, los grandes almacenes de ropa que había antes en Sevilla –él tenía allí cuenta abierta–, para comprarles a los niños y niñas que estaban encerrados con sus padres, ropa interior,

chalequitos, calcetines, pantalones... entonces me decía: «Pero tú ¿piensas dejarme sin dinero?» La verdad es que cada vez que iba, me daba un vale con el que yo después les compraba a los niños y las niñas las cosas que les hacían falta.

En el patio de la Catedral por las mañanas nos reuníamos y dábamos asambleas. Pues siempre estaba la político-social esperándonos. Ellos escuchaban, pero a mí me ponían como los trapos. Sacaban todo su vocabulario grosero y como en aquella época era muy joven y mona, me decían lo que me iban o no a hacer, a la vez que me decían que tenía dos pares de huevos. Porque delante de ellos darles un mitin a las mujeres era arriesgado en aquellos años. Fue una época muy reivindicativa y muy bonita, porque muchas mujeres de estos trabajadores se concienciaron del hecho de que sus maridos necesitaban su compañía no sólo en su casa, sino también fuera. Fue estupendo porque me hice amiga de muchas de ellas y bastantes eran del Polígono de San Pablo.

Empezamos a reunirnos en un bar que había en los Jardines de Murillo. Había en uno de los kioscos un sótano donde iba la juventud a escuchar música y nosotras aprovechábamos para reunirnos allí, aunque también nos reuníamos en el campo. Venían muchas chavalas del Polígono de San Pablo, ellas estaban ya en Comisiones Obreras Juveniles (CC.OO.JJ.). también nos reuníamos en el Tardón que había una casa de lata, la quitaron y allí nos reuníamos un montón de chavales y chavalas, pero las únicas mujeres que participábamos era, M^a Carmen Núñez, Charo Núñez y yo, los demás eran todos hombres.

En el segundo estado de excepción hubo muchísimos detenidos, a los que a la mayoría torturaron física y mentalmente. Los familiares de los detenidos –todas mujeres– nos encerramos en la Catedral. Entre esas mujeres estaba también mi tía, ya que mi primo también estaba detenido. Mi primo tenía cita con un psiquiatra de Córdoba (Castilla del Pino) y le dijo a la policía que estaba en tratamiento, pues lo único que consiguió fue que todos los golpes se los dieran en la cabeza. A mi marido siempre le dieron muchas palizas. Una vez yo iba a llevarle comida, pero él se declaró en huelga de hambre y entonces la policía me decía que le llevase las medicinas

del tratamiento que tenía para el estómago, yo les decía que cómo se iba a tomar el tratamiento si no comía. Yo le llevaba todos los días solo frutas y leche, pero me la traía de vuelta porque no me dejaban verlo. Así que de allí me volvía a la Catedral con las mujeres que estaban encerradas. Estábamos muchas mujeres jóvenes como por ejemplo Maribel, del Polígono de San Pablo, que estaba allí por su novio y por su hermano.

Una noche vino la político-social, se acercó a dónde estábamos y nos dijo que nos daban cinco minutos para desalojar la Catedral. Las mujeres no querían salir, sobre todo las jóvenes, pero las mujeres mayores tenían miedo y era lógico, nosotras habíamos ido casa por casa de todos los detenidos para que las mujeres de sus familias se encerrasen allí con nosotras. Se fueron muchas, pero había mucha juventud y decían que de allí no salían. Pero claro, la policía decía que si no salían entraban y disparaban. Yo reuní a las jóvenes y les dije:

– Estas mujeres mayores están aterrorizadas, ¿qué hacemos? ¿No es mejor que se vayan y sigan ayudándonos y yendo a comisaría a preocuparse por sus hijos, o que la policía entre a mansalva y nos den una dosis de ostias a todas nosotras? Que lo mismo nos da que nos peguen a nosotras... Pero eso sería si no estuviesen ellas aquí, porque a estas mujeres las necesitamos y lo que no podemos hacer es crearles temor. Así que mejor irnos y yo hablaré con la policía.

Pero en ese momento llegó el jefe de la político-social, Martín, llegó con toda la caballería, un tío más grande que la voluntad de dios. Hablé con ellos y les dije: «Bueno, vamos a salir pacíficamente de dos en dos. Pero con una condición. Que no nos detengan a ninguna, porque si nos enteramos que algunas de nosotras ha sido detenida, mañana no será en la Catedral, será algo más grande». Entonces nos dio su palabra de que no iban a detener a nadie y, ¡efectivamente! Salimos de dos en dos, cada una para su casa y no detuvieron a nadie.

Otro día me fui con los obreros y obreras del campo, hombres y mujeres jóvenes que venían a Sevilla para hablar con el cardenal,

pero este no quería recibirnos. Don Alfredo (así se llamaba), al final nos recibió. Por poco llora cuando una campesina le dijo que le enseñase sus manos y él se las enseñó, entonces ella le enseñó las suyas al tiempo que le decía:

– Mire usted las mías, y tengo 20 años. Llenas de cayos, secas y con grietas. ¿Usted cree que hay derecho a que tengamos que venir aquí a que nos ayudéis para que en el campo haya mejores condiciones de trabajo, salarios dignos y que las mujeres que trabajamos igual que los hombres, tengamos el mismo salario que ellos?

El cardenal se quitaba el birrete..., se lo ponía..., se lo quitaba..., sudaba... Ese día fue memorable. Las mujeres actuaron para quitarse el sombrero; también es verdad que venía gente del Partido, como por ejemplo la muchacha que le habló al cardenal, pero no todas las mujeres del Partido podían hablar como ella lo hizo.

Yo tuve que trabajar mucho incluso estando embarazada, porque mi marido tuvo que cumplir condena y a mí nadie me ayudaba. Él salió un 18 de Julio y yo tuve el niño un 3 de Agosto, pero nos encontramos con un problema muy grave, y es que a él lo habían despedido del trabajo, así que decidí ir a HISPANO AVIACIÓN para hablar con el jefe de personal. En principio yo no quería ir, pero Eduardo Saborido y Fernando Soto me animaron a hacerlo diciéndome que vería cómo me atendían. Fui y al jefe de personal le dije:

–Mire, quiero saber en qué condiciones está mi marido y que es lo que van a hacer con él; teniendo en cuenta que no es un delincuente, ni tampoco ha hecho daño a ningún avión. Lo único que ha hecho es hablarles a los trabajadores de la empresa y por eso ha estado en la cárcel. Pero ahora tenemos un niño recién nacido y no tenemos para comer.

–No se preocupe, que cuando salga Antonio... ¡ya veremos! Pero vamos, él no tiene por qué avergonzarse, porque lo que ha hecho no le perjudica a la empresa para nada, sólo le perjudica las marchas lentas después de las asambleas.

Al final no lo admitieron ni a él ni a ninguno de los detenidos de la fábrica. Sólo cuando hubo amnistía laboral lo readmitieron en

Construcciones Aeronáutica. Así que cuando salió de la cárcel se fue a Huelva a trabajar en los Astilleros. Vino con permiso y como yo estaba de parto ya no se fue. A los 15 ó 20 días de tener al niño me tuve que poner en una casa a trabajar, el trabajo lo tenía en el Tardón y yo vivía entonces en La Oliva. Tenía que ir con los dos niños a las ocho de la mañana, el más pequeño en brazos, hasta la Dársena para dejarle el mayor a mi madre, mientras que yo me llevaba al más pequeño porque le daba el pecho. Cuando salía a las 5 de la tarde iba a recoger a mi niño... y luego otra vez para mi casa. Tenía que ir a comprar, hacer la comida para dejársela hecha a mi marido, para que él siguiera buscando trabajo, y a continuación me ponía a coser hasta las tantas de la madrugada. Al final encontró trabajo en un polígono industrial cerca de nuestro barrio y fuimos saliendo de esa mala racha, lo que me permitió a los pocos meses dejar de ir a limpiar a la casa dónde iba y dedicarme a trabajar en la mía con la costura.

Nos cambiábamos mucho de domicilio, pero no dábamos la dirección a nadie porque a veces se quedaban en mi casa camaradas que lo buscaba la policía, también servía mi dirección como correo para cuando mandaban correspondencia de fuera y luego nosotros se lo entregábamos al Partido. En fin, muchas cositas clandestinas que hemos hecho y que las volvería a hacer si las cosas cambiaran para mal. ¡Eso es seguro!

En un cumpleaños de Dolores Ibarruri me pidió el Partido que compusiese unas canciones para mandarlas como regalo para las mujeres españolas que estaban en Rusia y, entonces, nos dedicamos Fernando Soto y yo a escribirlas. Él escribió una canción y yo le puse música, yo escribí unas peteneras y unas bulerías. Esto coincidió con el primer juicio que tuvo en Madrid Eduardo Saborido, en el que fui acompañando a su mujer y su hija que tenía tres años, también venía Pepe Rueda. Después del juicio nos fuimos a un bar donde estaban todos los intelectuales, también estaba Adolfo Cuelar, que era el abogado que defendía a Eduardo –lo hizo magistralmente, incluso la gente lloraba–. Al otro día nos fuimos a casa de un escritor que se llamaba Diego y allí se grabaron las coplas.

La gente del PCE pusimos una caseta en la Feria de Sevilla, pero ahora resulta que todo el mundo era clandestino, así que se

planteaba la cuestión de quien la iba a trabajar. Al final, fuimos las mujeres, Julia, Luisa y yo. Todo el mundo era clandestino, pero a la hora de ir a tomar una cervecita todo el mundo estaba allí. Yo estaba embarazada de cuatro meses y Julia estaba embarazada de mes y medio. La caseta no estaba en condiciones en cuanto por ejemplo, al desagüe, así que trabajábamos diariamente en unas condiciones totalmente precarias; todo el día con los pies encharcados en agua y fango. Entonces la Feria estaba en el Prado de San Sebastián y mi hermano Alfredo me llevaba todos los días en la moto a las seis de la tarde y me recogía a las cuatro de la mañana. Se da por supuesto que trabajábamos de forma altruista ¡hasta mi bocadillo me lo tenía que pagar yo! Jamás el Partido me ha pagado nunca nada.

Mi marido estuvo en la cárcel un año y yo no recibí ni un duro. Trabajaba para llevarle a mi marido y a los que estaban con él comida, ya que los presos cuando estaban en la cárcel siempre se organizaban en comunas. Incluso me dijo Antonio que le llevase comida especial a un camarada de Córdoba que tenía el estómago delicado. ¡Vamos que yo me he quitado de la máquina de coser para parir a mis hijos! ¡Siempre estuve trabajando como una mula!

Después resulta que necesitábamos un local para reunirnos, aunque el Partido todavía no estaba legalizado. Me dediqué a buscarlo por Triana y lo encontré en la calle Baleares, pero le hice creer al dueño que era para montar una guardería. El local era estupendo, además había una vía de salida a la calle por si en algún momento había que salir en espantada huyendo de la policía. Allí nos pusimos manos a la obra toda la militancia de la agrupación de Triana y lo dejamos estupendo, le pusimos un mostrador y allí pusimos nuestro cuartel general. ¡Pero aquello era demasiado! Porque cada vez había más gente y los sábados hacíamos entrega de carnet, allí lo que más se veía era mucha gente joven y de todo tipo de profesiones.

Los domingos nos dedicábamos a vender nuestro periódico el Mundo Obrero, cada uno salía a la calle con 25 y nos proponíamos venderlo. Yo me iba a la plazoleta de Santa Ana porque allí siempre había mucha gente joven, y allí los vendía todos. También vendía cajas y cajas de los muñecos de escayola que eran para financiar al

Partido ¡y anda que no eran feos ni nada! También poníamos una mesa –hablo del Partido sin legalizar– en el Altozano, cerca del Puente de Triana, una mesa grandísima, con la bandera de Andalucía y con la del Partido. Encima de la mesa había llaveros, cinturones, periódicos....

Resumiendo mucho, digo que esa etapa de mi vida la valoro como muy feliz. Mi marido y yo nos queríamos con locura. Y en cuanto al Partido, si me hubiese mandado a hacer la barbaridad más grande yo lo hubiese hecho, porque estaba concienciada totalmente de lo que era una clase trabajadora oprimida, ¡y las mujeres más! Pero la recuerdo como la mejor parte de mi vida.

DOLORES MONDÉJAR TAMAYO ²⁶

²⁶ Entrevista a Dolores Mondéjar Tamayo, por Mercedes Liranzo Hernández, 2016.

«La verdad es siempre revolucionaria».

Lenin

Nací en Ceuta en el año 1935, mi madre era ama de casa y mi padre era sargento de la legión, de los que en la guerra se fueron a la División Azul. Mis tres hermanos y yo nos quedamos con mi madre. Los militares quisieron echarnos de la casa donde vivíamos, porque mi padre pidió un papel para casarse con otra persona; pero mi madre arregló los papeles para demostrar que ella estaba casada con mi padre. Después mis padres se separaron, ahí hubo mucha tensión, porque lo pasamos muy mal, mi madre no tenía casa y mi padre la perseguía para que nosotros nos fuésemos a vivir con él.

A mi madre la encerraron en el zoco de Ceuta. Nosotros le dijimos a mi padre que íbamos a verla y, en ese momento le cogimos un descuido y escapamos. A mi madre al otro día la deportaron de Ceuta en un barco que venía para España; mis hermanos y yo también nos subimos en el barco con ella. Pero vinieron los militares otra vez y nos sacaron del barco para llevarnos con mi padre. Estuvimos 10 años sin ver a mi madre. Fue muy doloroso, mi hermano más pequeño murió y nos pasaron muchas peripecias, todas muy tristes para mi hermano y para mí. Vivíamos en Castillejos (Marruecos), en *Rifi*, que no era un pueblo, era como una concentración de chabolistas y era donde estaba el acuartelamiento militar. Vivíamos con mi padre y la mujer que convivía con él, mi madrastra. Mi madre entonces estaba ya en Sevilla.

Yo no fui al colegio, desde muy pequeña estuve trabajando. Con once años me pusieron a lavar las ropas de los soldados y como allí no había agua en las casas, yo iba como los chinos, con un palo de los que colgaban los cubos llenos de agua para llenar un barreño

donde yo lavaba la ropa. Esos nueve o diez años que pasé lavando, mi madrastra también lo hacía, nunca vi el dinero, porque lo cobraban ellos. Pero no era sólo lavar toda esa ropa, también teníamos que plancharla, y había días que me llevaba todo el día planchando con las antiguas planchas de hierro y luego con las que se les metía el carbón dentro. Un día le dije a mi padre que quería aprender corte y confección, pero me dijo que no, que para que quería aprender eso, que para casarme ya tenía bastante. Estuve con mi padre hasta que en el año 1955 o por ahí se retiró y nos fuimos a Valencia. Todos esos años que estuve con mi padre, desde los once años más o menos, recibía palizas y de todo ¡ha sido una niñez muy mala!

Eso fue así hasta que nos fuimos a Valencia y me coloqué en una trapería. Allí lo que hacía era poner los trapos en redondo, porque según decían era para hacer discos. Los trapos venían que daban asco, y claro, el problema era que había que comer allí, por eso perdí el estomago. Luego, cuando me fui de allí, me coloqué en una fábrica de bolsos, entonces tendría ya unos veinte años, fue cuando conocí a Alfonso, nos casamos y me independicé de esa historia. Justo después de casarme fui a ver a mi madre a Sevilla. En Valencia tuve a mi primer hijo. También estuvimos un tiempo en Sevilla, pero la cosa no iba bien y nos vimos obligados por las circunstancias a marcharnos a Francia, donde nació mi hija y vivimos 8 años.

Nuestra historia en Francia fue muy especial, porque Alfonso venía de una familia de izquierdas del Partido Comunista. Al padre lo mataron en Jaén y la madre estuvo presa... en fin, que tiene una historia muy triste, diferente a la mía y con mentalidades también diferentes, pero también triste. Cuando estábamos en Francia, la familia de Antonio se escondía mucho de mí, porque yo venía de una familia que era totalmente diferente. Cuando tenían entrevistas de partido, reuniones, etc., procuraban que yo escuchara lo menos posible. Esto fue desde el 56 al 59. Entonces yo me acuerdo de ir a fiestas, comidas al campo.... Pero si tenía que venir alguien, se escondían de mí, a mí nunca me decían la verdad. Pero bueno yo ahora lo entiendo ¿cómo no lo voy a entender...? eso influyó en nuestra relación, tanto, que algunas veces la dimos por rota. Pero había un tal José Benítez Rufo –no el de Dos Hermanas– que decía,

que bueno, que yo no era una persona desechable, que podía ser recuperable y tomar conciencia ¡Efectivamente tomé conciencia!

En Francia estaba la familia de Alfonso, allí trabajaban y vivían. Mi casa era un soberado, pero venían los camaradas a hablar con nosotros y, bueno, ya formábamos parte de la organización. Yo no recuerdo nombres, pero sí la actividad que teníamos. Organizábamos fiestas dónde recogíamos dinero para la lucha que se estaba llevando en España. También organizábamos manifestaciones en solidaridad con todo lo que pasaba aquí. Por ejemplo, cuando en 1963 mataron a Julián Grimau, recuerdo que ese día estaba en una casa trabajando y el dueño dio un zapatazo en el suelo y dijo: «¡Ya lo han matado!». Eso no se me olvida.

Yo trabajé siempre. Además del trabajo de la organización, participaba en todo lo que podía y en todo lo que se organizaba. Iba con mis dos hijos chiquititos a repartir la prensa del Partido a casa de los camaradas. Cuando el «Mayo Francés» participamos activamente, porque claro, yo allí.... Es muy emocionante hablar de eso, porque yo no fui a trabajar en ese mes y Antonio tampoco. Ese mes nos dedicamos a ir a todas las actividades que se organizaron entre ellas, muchísimas manifestaciones. Aunque a mí me ha gustado siempre la ‘Marsellesa’, en las manifestaciones los de izquierda cantábamos ‘La Internacional’ y los demás la ‘La Marsellesa’. Cuando acabó todo aquello ya teníamos previsto volver a España, porque mis hijos tenían nueve y diez y nos quedábamos o nos volvíamos, porque con esa edad podíamos decidir nosotros todavía, pero más adelante seguramente lo decidirían ellos.

Nos habíamos hecho nuestra casa en el pueblo, en Valencia, a fuerza de mucho trabajo y mucha fatiga. Cuando volvimos, enseguida las gentes del partido se enteraron. Pero, claro, también la policía empezó a conocer la casa. Nosotros llegamos a último de junio de 1968 y el 11 de noviembre –me acuerdo porque era el cumpleaños de una sobrina mía–, cuando estábamos reunida toda la familia, llegó la policía. Se llevaron a mi marido, a su hermano, la madre, como teníamos un patio, se escapó por detrás, y al marido de su hermana, también lo detuvieron pero como no estaba metido en nada, al otro día lo soltaron. Se llevaron detenidos a un montón

de gente, mucha gente conocida de allí, pero ya no me acuerdo de sus nombres. Incluso había gentes de la banca, como a Antonio Palomares, que la mujer está en la foto que nos hicimos en la puerta de la cárcel de Valencia.



Ex-presos y familiares. Dolores, la cuarta por la derecha.

Allí estuvimos 2 o 3 años luchando por nuestros presos y en eso hicimos bastante. Un día nos encerramos en una iglesia y estuvimos encerradas bastantes días. Procuramos ser lo más respetuosas posible con el sitio donde estábamos encerradas. Una comisión de familiares de presos estuvimos en Madrid en un acto donde también fue Josefina, la mujer de Marcelino Camacho.

En el pueblo donde yo vivía, estuvimos luchando por la construcción de colegios, ya que los que había eran privados. A un acto convocado por un estamento oficial, nos presentamos las mujeres del Movimiento Democrático de Mujeres al que yo pertenecía, así como las mujeres de la Asociación de Amas de Casa, de la que yo también formaba parte. Estuvieron hablando de las actividades que se hacía en los colegios con los niños y cosas así. Yo he sido siempre

muy cortita para hablar en público, me ha dado siempre mucho corte, pero había allí una mujer que había empezado con nosotras, se llamaba Nina. Ella se levantó, pidió la palabra y dijo:

– Nuestros niños no tienen ninguna actividad. Porque nuestros niños no tienen colegios. Solo hay una academia particular que es dónde los tenemos escolarizados.«

En Victoria el 3 de marzo de 1976, en una huelga de los trabajadores, mataron a 5 trabajadores e hirieron a 150 personas. Nosotras como miembros de nuestra asociación decidimos encerrarnos en la iglesia en protesta.

Nos vinimos a Sevilla y yo me coloqué en el Hospital de la Macarena, que entonces no estaba todavía abierto y era muy fácil entrar en la limpieza. Merendábamos en el office y allí coincidí un día con Carmen Pérez González (Carmeli), y me dijo que ella se tenía que ir a ver a su marido que estaba preso y, entonces claro, como ella lo dijo tan abiertamente...y era así tan... Como yo venía con esta trayectoria, lo que hice fue arrimarme ella. Le pregunté si estaba su marido en la cárcel por Comisiones, a lo que me contestó que estaba por Comisiones Obreras y por comunista. A partir de ahí tomamos las dos contacto y empezamos a luchar. Alfonso y yo, ya empezamos otra vez a conectar con el Partido y ofrecimos nuestra casa para editar creo, la revista «Senda». Venían unos chavales jovencitos a mi casa y allí se metían para hacer la propaganda, aunque no la de *Mundo Obrero*.

Mi relación con Carmeli era diaria y llegamos a tener bastante amistad, aparte de ser compañeras de trabajo y camaradas. En el primer conflicto que participé fue cuando el hospital todavía no estaba abierto. Querían poner la figura de un catedrático o algo así, y los estudiantes se pusieron en contra, ¡así que nosotros nos unimos a los estudiantes! Entonces es cuando conocimos a M^a Carmen Núñez, Charo Núñez, y a Concha Vilagrán que estaba siempre con nosotras. No llevaba 3 meses cuando pasé a la lavandería por mediación de Torrado, un hombre que era administrativo y que se unía a las protestas nuestras, pero más relajado que nosotras. Ese hombre nos facilitó la entrada a mí y a Carmeli, en la Seguridad Social. A ella la metió en office y a mí en la lavandería.

No llevaba ni los tres meses de prueba en la lavandería cuando nos proponen a Carmeli y a mí, como a muchas otras personas, formar parte del primer Comité de Empresa del hospital, el cual estaba compuesto por personal de todas las categorías como: médicos, enfermeras, personal laboral... Yo no estaba muy convencida de presentarme para el comité, por si me echaban cuando cumpliese el periodo de prueba, pero al final Torrado me dijo que no me preocupase y en una asamblea que se organizó en la lavandería me eligieron para representarles. Me eligieron a pesar de no saber mi vida anterior. Una mujer mayor después de que me eligieran me decía: «Dolores es que tú nos dijiste que..., y nosotras no te conocíamos de nada, pero tú nos dijiste que ya te conoceríamos».

Yo contaba más con la gente joven, porque la gente mayor me tenían enfilada y es que en sus cabezas no entraba que yo con treinta años y dos hijos..., porque hasta el encargado me preguntó si era soltera y yo le dije que era casada y con dos hijos, y sorprendido me dijo que siendo así, como estaba metida en eso. Por lo visto para este encargado yo era una rareza.

En esta época yo estaba metida de lleno, no a nivel del Hospital, pero sí de la lavandería, donde éramos más de 40 mujeres. Había mucho que hacer, porque constituimos la Sección Sindical de CCOO, y además participábamos en el Comité de Empresa. A nivel de Comité de Empresa luchamos muchos, a veces eran pequeñas reivindicaciones, pero importantes para los trabajadores en aquella época. Una de esas cosas fue la reclamación de las vacaciones en épocas diferente a la que nos lo daban, que era entre abril y octubre, nosotras la pedíamos entre julio y agosto y que metieran sustitutos. Esa lucha fue la primera que emprendimos, pero también fue nuestra primera conquista. A partir de entonces tenía muchas reuniones y claro, tenía que interrumpir el trabajo. Para que no hicieran mis compañeras mi trabajo más duro, yo procuraba dejarlo hecho antes de irme a la reunión. Yo quería cuidar mucho mi imagen, no quería que mis compañeras pensaran que me estaba aprovechando de la situación y me criticaran por floja.

Después empezamos con el problema de la ropa, más bien con la falta de ropa de los enfermos, porque resulta que teníamos que

quedarnos más tarde a veces, porque había que pasar ropa limpia para los enfermos y no había. Entonces les dije a las compañeras que teníamos que ir una comisión a hablar con el administrador. En esas ocasiones procuraba arroparme con alguien, sobre todo de la gente joven y, como yo era del Comité de Empresa de CCOO a mi me respetaban arriba. Cuando nos recibió le dijimos:

– Mire usted, venimos a pedir ropa, porque el enfermo no puede esperar que nosotros bajemos la ropa, la lavemos y luego la misma ropa la subamos ¡no! ¡Eso no puede ser! Usted no puede tener esta ropa aquí lavándola y esperar que nosotras la pasemos para los enfermos el mismo día. Usted, tiene que tener un retén, que nosotras mañana cuando vengamos a las 8 de la mañana, tengamos ropa para empezar a lavarla y ustedes tenerla preparada para cuando el enfermo la necesite.

Aquello nos costó muchísimo. ¡Pero lo conseguimos! El administrador vino después y me dijo:

– ¡Bueno, lo has conseguido!

Nos encerramos en la iglesia un par de veces pidiendo más personal y bueno, se hicieron tantas cosas allí... Son 20 años los que estuve allí y nos conocía todo el mundo como activistas del PCE y de CCOO. De hecho, cuando se presentaban elecciones todo el mundo nos votaba a Carmeli y a mí. Se hicieron muchas cosas en esos años, Carmeli en el office y yo en lavandería. Ella consiguió, entre otras muchas cosas, que la comida llegara caliente a los enfermos y yo entre otras cosas, que las ropas limpias no se las llevarsen en el mismo carro que se había utilizado antes para la sucia.

En el Comité de Empresa estaban también conmigo Carmen Núñez, Carmeli, Antonio Torrijos, que por cierto éste hablaba hasta por los codos, yo le tenía que decir que por favor no se alargara tanto... pero bueno Torrijos fue una persona que se movió mucho en esa época y el tenía mucha experiencia política. Con el Comité de Empresa y CCOO nos introdujimos en él papeleo de la empresa y descubrimos muchas cosas que después denunciarnos. Teníamos una célula de sanidad dentro del PCE, donde participábamos todos los que trabajábamos en esa rama, el personal sanitario y el subalterno.

También fuimos solidarias con otras compañeras en huelga, como con las mujeres de SEMENGAR, donde pedí de todo, incluido dinero a las compañeras de lavandería, para llevárselo donde estaban encerradas por conflicto laboral.

Ya en la legalidad seguí en la agrupación del Centro donde también estaba Kechu y Paula Galvín. Nuestra actividad era en el barrio y Paula que estaba más preparada convocaba a la gente y les ayudaba en el papeleo y a hacer cosas. En ese aspecto yo no podía hacer mucho porque no estaba preparada para eso. Pero dentro de mis posibilidades, sí que estaba siempre dispuesta a trabajar para el Partido, porque no sólo hacían falta gente muy preparada, había también trabajos imprescindibles que sólo los hacíamos los militantes y las militantes de base, como cuando tuvimos que recoger las sillas del mitin más grande que se hizo en Sevilla, en Dos Hermanas, donde estuvimos recogiendo sillas hasta las 3 o 4 de la mañana, o cuando me iba a la caseta del partido en la Feria a hacer tortillas, o todos los años a Madrid a trabajar en la Fiesta del PCE. No he estado arriba, he estado abajo, pero he sido una activista continua y siempre dispuesta en la lucha, Santiago Carrillo decía: «Los militantes de base son el tesoro del Partido».

Mi carencia intelectual no ha sido por capricho, prácticamente no fui al colegio, y solo aprendí a juntar las letras cuando tenía un ratito, entonces intentaba leer en una revista o lo que fuese. Pero cuando estaba en Francia, como a mí me gustaba tanto leer y hablaba con todas estas personas que sabían tanto... Después la vivencia en el hospital también me enriqueció mucho, porque hablaba la gente, y yo había palabras que ni las entendía, pero yo siempre preguntaba y me lo explicaban, ¡claro que no lo preguntaba delante de los demás! Después en la democracia, me apunté en el Duque donde estaba el Sindicato de CCOO, allí en la planta baja estaba la ECA, creo que se llamaba, y era como una academia, ahí aprendí mucho. Pero lo que más me ha ayudado ha sido mi afición por la lectura.

Ahora ya no milito en el partido, teniendo en cuenta la edad y la situación física. Pero seguimos en activo en nuestra urbanización en el campo, haciendo lo que podemos. Porque la vivencia del partido y el espíritu de lucha no se olvidan nunca.

JULIA MOYA GARCÍA ²⁷

²⁷ Entrevista a Julia Moya García, por Mercedes Liranzo y María Carmen Ramos, 2016.

*«No es saludable estar bien adaptado
a una sociedad profundamente enferma».*

Jidd Kriis

Nací en 1945. Mi padre se llamaba José y mi madre Hilaría. Mi padre trabajaba de temporero en el campo en lo que había cada temporada. Mi madre era ama de casa, pero también trabajaba en el campo cuando había faena para ella.

Yo me pasé toda mi vida en el campo. Mi padre estaba algunas veces en la orilla del río Viar, donde muchísimas veces hacía carbón y entonces nos llevaba con él, mi hermana y yo, se puede decir que nos hemos criado a la orilla de ese río. Después, en los veranos, a mi padre le hacían un contrato para recoger palmas en Castiblanco de los Arroyos, donde una cuadrilla de hombres cogía los palmitos para secarlos a orillas del río, luego venía un camión y se los llevaban.

Fui muy poco al colegio porque dependía del trabajo de mi padre, ya que si estábamos dos meses en el pueblo, Almadén de la Plata, ése era el tiempo que podía ir al colegio, el resto del tiempo mi padre nos ponía deberes a mi hermana y a mí. Él, por la mañana, antes de irse a trabajar guardando guarros, dejaba preparado nuestros deberes y cuando llegaba por la noche nos los corregía, así fue más o menos cómo nos enseñó a leer y a escribir un poquito.

Tenía yo once años cuando nos vinimos a vivir a Sevilla, porque a mi padre le salió trabajo en la construcción y en el campo no había manera de poder sobrevivir con sueldos tan bajos. Nos vinimos a Nervión a casa de una tía mía, allí estuvimos unos cuantos años hasta que a mi padre le hicieron un contrato en la Sevillana de Electricidad. Fue entonces nos vinimos a vivir a San Jerónimo, tenía yo quince años. Mi padre fue socialista toda su vida, él ponía todas

las noches la Pirenaica y más o menos estábamos al corriente de las noticias, porque en aquellos tiempos no entendíamos mucho, pero sabíamos que estábamos viviendo bajo una dictadura.

Frente al patio de vecinos y vecinas donde vivíamos había baile los fines de semanas, así que allí conocí a Tino, mi marido, igual que muchas parejas en aquellos tiempos. A partir de ahí empezamos a salir, pero todavía no hablábamos de política. Cuando en el año 1965 nos hicimos novios, él trabajaba en Fasa Renault y empezamos a estar en la lucha.

En 1968, antes de casarnos, hubo despedidos en la fábrica y Tino fue uno de ellos. El sindicato de Comisiones Obreras logró una gran movilización de los trabajadores fuera y dentro de la fábrica, además el barrio estaba totalmente volcado con ellos. Como es lógico, yo participe en todo lo que se organizó, igual que toda la familia, ya que también estaba un cuñado de mi marido. Fue una movida muy fuerte, pero a pesar de todo decidimos casarnos. Un compañero de la fábrica nos comentó algo así como: «!El día de la boda, veras lo que se va a armar!»

Nosotros pensábamos que nos iban a dar una broma. Pero nunca pensamos que se pareciese más a una asamblea de las Comisiones Obreras que a una boda. A la boda vino la hermana de Marcelino Camacho y todos los compañeros despedidos de la fábrica. Empezaron a hablar todos y a dar vivas, no a los novios, sino a las Comisiones Obreras, y después dieron un mitin. El problema es que estábamos en la clandestinidad y por mucho menos detenían a la gente. Mi padre se hartó de llorar, porque decía que creía que dormiríamos todos en comisaría, y eso que fue de los que menos se asustaron, porque él venía de mucha lucha ¡Fue un desastre! Al final, cuando nos dimos cuenta estábamos solos, los familiares de Tino y los míos se habían ido y todo el mundo desapareció. En mi boda solo me tomé una cerveza, ¡Es lo único que recuerdo! A la gente le entró miedo y se marcharon pensando que de un momento a otro llegaría la policía, y es que allí se estuvo muchísimo tiempo cantando canciones del PCE y de Comisiones Obreras. La familia de Tino eran personas que no estaban metidos en nada político así que se asustaron y se fueron.

Tino que estaba despedido FASA, más tarde se colocó en otra empresa. Yo ya estaba organizada en el Partido Comunista, y entonces se hacían muchas reuniones, pero claro esas reuniones eran a nivel de partido y las hacíamos en mi casa, a esas reuniones venían, Carmen Pérez González (Carmeli), Josefa Medina (Pepi), las hermanas Charo Núñez y Carmen Núñez, Julia Campo, Patro.... En esas reuniones planificábamos el trabajo que queríamos llevar a cabo. En algunas ocasiones eran con respecto a ayudar los presos que teníamos en la cárcel. En ese aspecto las mujeres hicimos un buen trabajo, recogíamos dinero, visitábamos a los abogados, a algunas personalidades, como por ejemplo al cardenal Bueno Monreal del que todavía recuerdo esa conversación, en la que le dijimos:

- Mire, venimos a pedir ayuda porque nuestros maridos están en la cárcel.
- Bueno, pues si están en la cárcel algo habrán hecho.
- Los hijos no tienen culpa de nada y lo están pasando muy mal.
- Pues los hijos se tendrán que aguantar, porque la culpa es de sus padres.



Julia, la 1ª por la derecha, con abrigo negro y adornos a cuadros.

Ese era uno los sitios donde fuimos, pero no era el único, y siempre íbamos un grupo grande de mujeres. Las mujeres que teníamos a los hijos pequeños teníamos menos movilidad que las que no tenían hijos y eso me pasaba a mí.

Como yo no trabajaba fuera de casa no tenía actividad política a nivel laboral, pero sí lo tenía en el movimiento ciudadano en mi barrio. Formaba parte de la asociación de vecinos y vecinas, estaba totalmente integrada en ella. En San Jerónimo hubo luchas muy importantes en aquella época. Una de ellas fue para que en el barrio llegaran los autobuses municipales, ya que el servicio lo prestaba una empresa privada y, además, los coches estaban hechos polvo. Hasta que en la Asociación nos planteamos que teníamos que movernos para que los autobuses urbanos llegaran al barrio, porque San Jerónimo no era un pueblo, sino un barrio de Sevilla y esto le ocurrió también a Torreblanca y Bellavista que estuvieron muchos años con autobuses de empresas privadas.

A partir de ahí se hicieron muchas cosas, entre ellas, manifestaciones, asambleas, cortes de tráfico..., Había una presión tan grande, que decidimos hacerles el boicot a esos autobuses. Nos organizamos para que los vecinos pusieran sus coches a disposición de los demás y llevar a las gentes hasta la última parada del autobús en la Macarena. Fueron un montón de coches los que estaban esperando en la parada del autobús a que llegaran las gentes para llevarlas a la Macarena. Al final se consiguió que el ayuntamiento de Sevilla se hiciese cargo y pusiesen autobuses públicos. San Jerónimo era un barrio muy luchador y solidario en aquella época. Todo lo que conseguimos en el barrio fue a base de luchar mucho, porque costaba bastante trabajo que las cosas se terminaran y se pusieran en marcha. Cuando llegó la democracia también se siguió luchando cada vez que hizo falta y hemos vuelto a salir a la calle hasta que lo hemos solucionado, ¡pero claro, todos los vecinos!

También tuvimos que luchar por unos colegios que había en el barrio y que llevaban mucho tiempo cerrados. Luchamos mucho para que los abriesen, visitamos a todo el mundo. En fin, que participaba en todas las luchas que hubo en el barrio. También participé en lo del ambulatorio que, por cierto, también estaba construido y

no había manera de que lo abrieran, así que tuvimos que movilizar a la gente organizando manifestaciones y ver a un montón de autoridades. Esto lo hacíamos turnándonos las mujeres. En ese barrio gran parte de lo que se ha conseguido ha sido en los tiempos de la clandestinidad, y cuando venía la policía la gente nos arriesgábamos a que las manifestaciones las dispersaran, que hubiese carreras y te pudiesen detener. A la policía cuando la mandaban a San Jerónimo se echaba a temblar, y es que allí no eran unos cuantos los que salían a la calle, es que estaba el barrio entero.

Yo no recuerdo donde se organizaban las acciones que había que hacer en el barrio, si en el Partido, o en la Asociación de Vecinos. Como se comprenderá el Partido era clandestino y no podía hacerlo, pero siempre estaba detrás de todas las movidas de aquella época, igual en la Asociación de Padres del colegio como en la Asociación de Vecinos.

El día 30 de abril de 1972, habíamos comprado un coche y era la primera vez que me montaba en un coche propio. Ese día Tino cogió el coche, lo llenó de propaganda y se fue a dónde habían quedado para hacer el reparto, en lo que después fue el Hospital Macarena y que entonces estaban solo los cimientos... Pero antes de eso me había dejado a mí con mi hermana y después de dejar la propaganda, vendría a recogerme porque me dijo que eso era un momento. Al ver que tardaba mucho, le dije a mi hermana que me iba a casa de mi cuñado a ver si él sabía algo, al final me quedé allí. Me levanté por la mañana temprano y me fui a la fábrica a preguntar por él. Vino un compañero para saber lo que pasaba y cuando se lo conté me dijo que esa noche había habido detenciones. Por lo visto lo que había pasado era que cuando estaban esperando a que los camaradas llegasen a recoger la propaganda, ellos acababan de hacer una tirada en otro sitio. Cuando se dieron cuenta, tenían a cada lado de la ventanilla del coche un policía apuntándole con una pistola a cada uno de ellos.

A partir de entonces ya no supe nada de él, entonces fuimos a comisaría esa mañana y pregunté por él, me dijeron que estaba allí, pero cuándo les dije que quería verlo me dijeron que no, que estaba incomunicado. Él si me vio a mí, a él le dijeron como amenaza:

– Ahí está tu mujer, le está dando el pecho a tu niño. La vamos a traer al niño y a ella aquí.

A mí me pusieron de espaldas para que él me viese, pero yo a él no. Lo vi, cuando pasado las 72 horas reglamentarias lo pasaron por el juzgado. A partir de entonces el Comité de la fábrica empezó a moverse. Estuvo en la cárcel tres meses. Durante esos tres meses me apañé gracias a los compañeros que recogían dinero todos los meses. Todo el tiempo que estuvo él detenido a mí me dieron el sueldo integro de él.

Nosotros estábamos viviendo de alquiler en la Estación y teníamos solicitado un piso del patronato, así que Tino fue a hablar con José Utrera Molina y le dijo lo que le pasaba y le llevo la dirección de un piso que él sabía que se iba la familia que vivía allí y él quería optar a él. Utrera Molina le dijo que vería lo que podía hacer, pero al final se lo dio.

En septiembre de 1974, se presentaron dos policías secretas en casa y se lo llevaron a cumplir la condena Jaén. Antes de que se lo llevaran ya habían hablado el compañero y él con la empresa para que cuando a él se lo llevaran a cumplir condena yo entrara en su puesto, pero en la limpieza porque las mujeres no estábamos en las maquinas. Así que en esa ocasión sus compañeros no me tuvieron que dar nada, porque ellos me dijeron que la vez anterior lo primero que se hacía en cuanto se cobraba, era poner una bandeja allí para recoger el dinero para Tino y todo el mundo colaboraba hasta completar el sueldo. Él estuvo en la cárcel de Sevilla tres meses y en la de Jaén un año. Cada vez que iba a la de Jaén me llevaba un compañero –una vez me llevó Brioso–. De Jaén lo pasaron a Palencia donde estuvo dos meses. Pero los compañeros siempre estuvieron ahí para todo. Los compañeros también se preocuparon de todo el movimiento de papeleos y abogados. En realidad, lo hicieron ellos todo, al único sitio que fui muchas veces fue a hablar con el abogado José Julio.

ROSARIO NÚÑEZ AGUILAR ²⁸

²⁸ Testimonio de Rosario Núñez Aguilar (escrito por ella), 2016.

*«Si los que tienen el poder niegan
el camino a la libertad,
el único camino a la libertad es el poder».*

Nelson Mandela

Nací en el año 1949 en el seno de una familia trabajadora. Mi padre era albañil y mi madre ama de casa. Yo soy la segunda de cinco hijos e hijas, dos hermanos y tres hermanas. Vivíamos en Los Marteles, entre la Trinidad y la calle Sol, en una casa de vecinos y vecinas que le llamaban «La Casa Grande», ya que en ella habitábamos muchas familias trabajadoras.

De pequeña y por motivos de salud, nos llevaron a un colegio interno a mi hermana Carmen y a mí –ella tenía tres años menos que yo–, para alejarnos un tiempo de la casa, porque había gente enferma de tuberculosis. Fue gracias a la mediación del médico que les aconsejó a mis padres que nos fuésemos de allí una temporada. Nos llevaron al Preventorio de Santa Teresa en Dos Hermanas (Sevilla). En ese internado había niños y niñas hasta los trece años más o menos, que yo recuerde, en pabellones separados y gestionados por monjas. Allí estábamos acuartelados. De aquel lugar, tengo algunos recuerdos buenos y otros malos, que prefiero no mencionar. Permanecimos casi dos años y allí hice la primera comunión con ocho. En ese periodo nacieron mis hermanos más pequeños que eran mellizos. En el verano del año 1957, nos sacaron a las dos del preventorio y volvimos al colegio de San Cayetano que era de las Hermanas de la Caridad. Poco tiempo después, mi madre nos sacó del colegio porque una monja maltrataba a mi hermana, así que nos tuvieron que cambiar otra vez de colegio, escolarizándonos en el colegio Santa Isabel. A mí el colegio me gustaba mucho, pero a pesar de ello tuve que dejarlo con once años, ya que faltaba mucho porque tenía que ayudar a mi madre con la crianza de los mellizos.

Cuando cumplí los doce años me pusieron a trabajar en una sastrería de aprendiz para que me enseñaran el oficio. En la misma casa había dos talleres independientes, uno del padre y otro del hijo, que por cierto, esa familia se llevaba fatal. Yo presenciaba muchas de sus peleas, por lo que no me sentía bien allí. Por eso, cada vez que salía a la calle a comprar hilos o a entregar prendas, les preguntaba a los dependientes de las tiendas del centro de Sevilla, si sabían de algún taller de modista que necesitasen de una aprendiz. Así me coloqué en el taller de modista de Soledad Ortega, donde aprendí a coser y a moverme por Sevilla. En ese taller tuve mis mejores amigas, Mari Carmen y su hermana Loli.

A través de otra compañera conocimos el club de Triana Juan XXIII, ya que ésta acudía con su novio todos los miércoles a una charla cultural. Una de las veces nos invitó a que asistiéramos a una de ellas comprobando que eran muy interesantes. Los domingos nos íbamos al cine Club Vida, situado en la calle Trajano, donde los jesuitas proyectaban películas muy buenas. Yo era muy inquieta y me gustaba aprender, así que a través del club, entramos en clases nocturnas que daban un grupo de jóvenes en el colegio de los Salesianos de Triana. Las clases las tenía que interrumpir a menudo por los trabajos en el taller de costura, que me hacían ir hasta los domingos ganando una miseria.

En el taller estuve desde los doce años hasta los dieciséis, pero al no sentirme valorada por mi trabajo, que yo consideraba de ayudanta y no de aprendiz, decidí buscar otro taller para que me dieran empleo. Así fue como entré en el de Enriqueta Casanova, que estaba en la calle Tetuán y era de alta costura. Allí me dieron de alta en la Seguridad Social por primera vez, como ayudanta.

Mis amigas y yo seguíamos acudiendo los miércoles a las conferencias del Club de Triana, donde se organizaban entre otras cosas, excursiones y algunas fiestas. En aquel club conocí a Jesús Ruiz Carnal que por aquel entonces era sacerdote. Fue una época muy bonita para mí, conocí muchos amigos y amigas como: Paco Barco, que era el presidente del Club, junto con su compañera Lina, José María Romero, Rafael Agudo, Manolo Barco, y más gentes joven, que después fueron de las Juventudes Socialistas. El Club editaba un periódico



Charo muy jovencita.

juvenil que se repartía entre la gente joven. También en esa época se formó la «Unión de Clubs», que abarcaba unos cuantos barrios de Sevilla. En esa época, había una gran inquietud en la juventud sevillana; acudíamos a las fiestas que se organizaban en el Club de Ciudad Jardín y Torreblanca, así como a las charlas de Los Pajaritos.

En 1965 nos trasladamos a vivir al Polígono de San Pablo. Este barrio acogió a muchas familias trabajadoras que vivían en casas de vecinos y vecinas en ruinas del casco antiguo, Triana y otros lugares de la ciudad, ya que las riadas del Tamarguillo, años antes, creó muchos problemas en las viviendas y había muchas familias en los refugios.

Yo seguía frecuentando el Club de Triana con unas amigas, e hice amistad con un amigo que se llamaba José María y que hablábamos mucho de nuestras inquietudes. Yo creo que era de las Juventudes Socialista, pero no me lo llegó a comentar. Él estaba enfermo, me decía que trabajara en una fábrica, que con mis inquietudes, es dónde debería trabajar. Al poco tiempo falleció.

Por aquel entonces todavía no conocía nada de los partidos, ni de la clandestinidad. En mi nuevo barrio se creó el «Club Juvenil San Pablo» en un anexo de la iglesia. El club lo dirigieron mayormente jóvenes comunistas del barrio. Mi hermana Carmen fue la que tomó el primer contacto con las Comisiones Juveniles. Teniendo en cuenta que mi hermana tenía sólo quince años, yo no estaba de acuerdo que entrara en una asociación que era ilegal en esos momentos. Yo tenía dieciocho años cuando entré a formar parte del club. Allí empecé a conocer a jóvenes comunistas, entre ellos y ellas conocí a: Patricia Castro, Armenta, los hermanos Arenas, Camacho, Antonio Trabado, José Luis, Miguel Hinojosa y su hermano. Todos y todas eran trabajadores.

Al poco tiempo, nos propusieron entrar en las Comisiones Juveniles del barrio para trabajar con la gente joven a través del club. Comenzamos a organizar a las mujeres jóvenes del barrio, unas eran las novias de los compañeros y otras, trabajadoras que se incorporaban a través del club. Empecé a acudir a las reuniones de la Inter-Coordinadora de las Comisiones Juveniles. Esas reuniones se organizaban la mayoría de las veces en la periferia de los barrios, o sea en el campo, y yo asistía a esas reuniones como trabajadora del sector textil.

Mi hermana Carmen y yo ingresamos en las Juventudes Comunistas (JJCC) en el año 1968, fue cuando empezamos a leer «*La madre*» de Máximo Gorki, el «*Pulitzer*», así como documentos sobre los sindicatos, de Lenin y otros libros clandestinos. Había una librería en la calle Cristo del Buen Viaje, que vendía libros a jóvenes de todos los barrios. Entonces estaba de moda la editorial Ciencia Nueva y allí compré el libro «*El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*» de Federico Engels, los cuadernillos de Carlos Marx, la «*Historia de España*» de Tuñón de Lara, etc. Así fuimos aprendiendo y tomando conciencia política. En esa librería conocí a Carmen Grosso que trabajaba allí, ella nos facilitaba los libros de Lenin sobre la emancipación de la mujer y también de otros autores rusos.

En el barrio formábamos grupos de trabajadoras del textil, donde estaban Chari y Carmen, dos trabajadoras de la Algodonera Andaluza y yo, que era de la confección. Tratábamos los problemas

de la fábrica y discutíamos los documentos que nos proporcionaba JJCC. Conocimos a Esperanza Curiel, Maribel, Pusqui y a otras jóvenes que ahora no puedo recordar sus nombres, todas ellas entraron en las Juventudes Comunistas.

Con todo el entusiasmo revolucionario que teníamos entonces, un día nos comentaron a mi hermana y a mí, que en el puerto había llegado un barco ruso y que fuésemos a verlo. Desconozco como Antonio Camacho tuvo ese contacto, lo cierto es que conocimos a unos rusos del barco y entablamos conversación con ellos. Nos dieron chocolatinas y dos libros de Carlos Marx, todo esto ocurrió la mañana de aquel día, pero cuando nos marchábamos, nos detuvo la Guardia Civil. Nos llevaron al cuartel de la Calzada donde nos tuvieron interrogando a cada uno por separado hasta las diez de la noche. Antonio se comió un sello de Carlos Marx para que no sospecharan de él. A mí me quitaron los libros, pero me negué a todo, indicando que no entendía nada de lo que me decían. Cuando se dieron cuenta que era una chiquillada nuestra por conocer a los rusos y no pudiendo demostrar nada, nos llevaron al juzgado que entonces estaba en la calle Imagen. Una vez pasados por el juez nos dejaron libres, y nos dijeron:

– ¿Veis cómo los rusos no tienen cuernos ni rabo?

Aquello nos sirvió de escarmiento para tener más cuidado en el futuro. Yo tenía dieciocho años, pero Camacho y mi hermana tenían quince años entonces.

Posteriormente, ante la enfermedad de mi madre tuve que dejar el trabajo para cuidarla. Mi hermana Carmen siguió trabajando en un taller de punto. Cuando mi madre se recuperó, me comentaron que en el taller donde trabajaba mi hermana necesitaban una modista, así, que por suerte, pude entrar yo también a trabajar en ese taller. Allí estuvimos un tiempo sin seguro ni nada y cuando las cosas no marcharon bien, el taller cerró y nos quedamos en la calle sin trabajo.

Por aquel entonces, el responsable de la Juventudes Comunistas a nivel provincial era Julián Albarrán. Cuando él tenía que informarnos de la situación política del momento, nos reunía a todas las

compañeras de algunos barrios, así fue como conocí a Florita, que iba representando a San Jerónimo. En las reuniones que dábamos, se planteaba la necesidad de llegar a otras mujeres aprovechando los cauces legales, e ir a la Asociación de Amas de Casa que se reunían en La Vanguardia Obrera, en la calle Jesús del Gran Poder. En esta asociación conocí a la mujer de Francisco Temblador, hermana de Florita, Encarna Ruiz, Ana Estévez, Julia Campos y Josefa Medina, ésta última llegó a ser Presidenta de la Asociación de Amas de Casa.

En el año 1968, a raíz del Mayo Francés, un sector de las Juventudes Comunistas se volvió un poco más radical, surgiendo un conflicto con un grupo de ellos y ellas en Polígono de San Pablo, al no estar de acuerdo con la política que esta organización seguía. Se fueron de las Juventudes Comunistas al Partido Comunista Internacional PCI, que en esas fechas se estaba creando. Por aquel entonces, yo iba a la coordinadora de las Comisiones Juveniles compuestas mayormente por: jóvenes trabajadores y trabajadoras del metal, la construcción y el textil, siendo Antonio Benítez el responsable de la organización.

Cuando en 1969 se decretó el Estado de Excepción, vinieron las detenciones de jóvenes en algunos barrios y se cerraron los clubs juveniles. Entonces, comenzó un gran movimiento de solidaridad, recogiendo dinero para pagar la puesta en libertad bajo fianza de los detenidos.

Se formó una comisión de mujeres para platearle al cardenal Bueno Monreal la situación de los detenidos en La Gavidia y para que mediara por ellos. Las mujeres que estaban al frente de esta comisión aparte de las madres, esposas y novias de los detenidos, eran mi hermana Carmen y Lola Montero las que la organizaban. También en víspera de Navidad, se organizó un festival musical en el sagrario para recoger dinero y comprar juguetes para los hijos e hijas de los presos.

Ya por aquel entonces, veía la necesidad de organizar a las mujeres de las Juventudes Comunistas en grupos flexibles, ya que algunas de ellas iban tomando conciencia a través de las luchas de sus

maridos o sus novios; otras muchas, a través del movimiento obrero y la solidaridad en los barrios. El responsable de la juventud a nivel provincial, cayó en la redada del estado de excepción. El nuevo comité nombró a un camarada, para que tuviese una reunión con mujeres militantes de distintos barrios; esta reunión era para analizar la situación de ellas. A esa reunión se convocó y asistieron: Julia Campos, mi hermana Carmen, Mercedes Liranzo, Carmen Pérez y yo. Al poco tiempo el comité de las JJCC me invitó a una reunión. En aquellos años, por medidas de seguridad no te comentaban nada antes de una reunión; una vez allí me dijeron que desde ese preciso momento formaba parte del Comité de JJCC.

En este periodo de tiempo, empecé a trabajar en una casa de confección de Pret a Porter, que se llamaba Maruja Baena, situada en el polígono industrial de la Carretera Amarilla. En Sevilla teníamos contactos con varias fábricas de confección como, YABONA, EDITÁN, IMALAYA, HYTASA, y ALGODONERA ANDALUZA. Estas empresas daban mucho trabajo a las mujeres de Sevilla y los pueblos, en particular en el sector de la confección, pero era, lo que se denominó después economía sumergida. Estas mujeres cosían en sus propios domicilios dónde les pagaban una miseria por prendas y encima ni siquiera estaban aseguradas.

Creo que fue en el año 1969 a raíz de las luchas obreras de todo el país y el descontento general de otros sectores, cuando se decretó la suspensión del Artículo 18 y comenzaron las detenciones preventivas. Cayeron jóvenes y adultos militantes del Partido Comunista y otros Partidos. Fue en ese mismo año cuando pasamos de las JJCC al PCE; Loli, mi hermana Carmen, Carmen Pérez, Esperanza Curiel y yo, creo recordar. Ya por entonces nos reuníamos y formábamos un movimiento con trabajadoras, amas de casa de algunos barrios, mujeres jóvenes y algunas estudiantes. También empezamos a tener reuniones con mujeres de la Juventud Obrera Cristiana (JOC). Primero nos reuníamos en la iglesia de la O y en unos locales que había en el Polígono Sur, solo y exclusivamente para tratar la problemática de las mujeres.

Todas las luchas que surgían en el movimiento de la clase trabajadora y que movilizaban a las mujeres, me hacían tomar concien-

cia sobre el papel de las mujeres y la difícil situación en la que nos encontrábamos, porque si la lucha era difícil para los trabajadores, para las mujeres era el doble, por eso nuestra lucha era más complicada en aquellos tiempos.

En el Partido todo era más clandestino, las innumerables caídas que sufríamos, hacía que fuésemos más disciplinados y disciplinadas estando en constante renovación sus dirigentes. Entonces nos organizábamos por gremios, fábricas y barrios.

Con el camarada de organización empecé a asistir a asambleas de trabajadores y trabajadoras del campo, sobre todo de la zona del Canal y de Dos Hermanas. La lucha de los trabajadores y trabajadoras en las Comisiones Obreras se iban desarrollando cada vez más, los convenios colectivos y las mejoras salariales eran la tónica general.

Las mujeres en el Partido nos organizábamos como trabajadoras, amas de casa y juventud. En la huelga de la construcción que fue en el año 1970 si no recuerdo mal, se creó un comité del Partido para el seguimiento de la huelga, en la que yo estaba presente. Las mujeres creamos un piquete para ir a la fábrica de Landy, con la intención de que ésta se sumara a la huelga en solidaridad con la construcción. Hubo mucha gente detenida y se activó entre los allegados a nosotros la recogida de dinero y de alimentos para sus familias. Poco tiempo después, cayó parte del Comité Provincial del que hacía poco yo formaba parte. Hubo compañeros que fueron débiles ante la policía y dieron los nombres de los demás compañeros y compañeras de la dirección. Nuestra casa estaba vigilada y gracias a Eduardo Saborido pude alojarme en casa de María Luisa, y también en casa de Patro, mientras pasaba el temporal, hasta que pude volver a mi casa.

Después de eso, tuvimos que reorganizar el Partido y pasar a la ofensiva con una campaña de propaganda. Nos planteamos la necesidad de llegar al millón de octavillas y para eso utilizamos todos los medios que teníamos a nuestro alcance; desde la vietnamita e imprentilla de juguete hasta una patata, pidiendo libertad. Fue sobre estas fechas cuando tomamos contacto con camaradas de Ma-

drid para intercambiar experiencias en lo que a la lucha de mujeres se refería.

Fueron tiempos muy difíciles. Perdí mi puesto de trabajo en la fábrica de confección, estuve fuera de mi casa un tiempo, mi familia lo estaba pasando muy mal y las cosas para nosotros estaban peores. Mi hermana, con otras compañeras, se fue a Mallorca a trabajar en la hostelería. Poco tiempo después abrieron Induyco, allí estaba Esperanza Curiel con un grupo de mujeres. Las condiciones de trabajo eran durísimas, todo cronometrado con un ritmo de producción grande y una vigilancia atroz al personal. Organizamos el comercio con El Corte Inglés y Galerías Preciados con Tere, que era de los Almacenes Arias y había un buen número de militantes que organizaron las Comisiones Obreras en el comercio.

Entre tanto yo me puse a buscar un nuevo puesto de trabajo. Me contrataron en PEYRÉ, antiguos talleres de modistería de alta costura y grandes almacenes. A nivel laboral entré en una nueva etapa de trabajo y estaba contenta. Esto duró poco tiempo porque al año y medio aproximadamente, nos plantearon el cierre de los talleres y estalló el conflicto entre las trabajadoras con la empresa. Tuvimos tres meses de lucha más o menos, nos retiraron el trabajo, así que íbamos al taller a cumplir nuestro horario de trabajo con los brazos cruzados. Teníamos reuniones con nuestra enlace sindical y en el sindicato vertical teníamos reuniones con nuestro enlace allí, que por cierto, nos trataba con bastante paternalismo para que hiciésemos todo lo que la empresa quería. Nosotras no estábamos de acuerdo y propusimos abogados para que nos asesoraran. Yo propuse a Aurora León, que entonces tenía el despacho en el Cerro del Águila. Mandábamos escritos a El Correo de Andalucía, que salía en la página laboral de dicho periódico denunciando la situación en la que nos encontrábamos. Se hizo un escrito para el inspector de trabajo, le planteábamos el problema con todo detalle de lo que quería hacer la empresa con nosotros. El inspector mandó un informe a la empresa diciendo que no estaba de acuerdo con el proceder que estaba llevando. Éramos más de treinta mujeres con diferentes edades y situaciones. Unas cuantas con el paro se podían jubilar, pero había un grupo con más de 50 años que les sería más difícil

encontrar otro trabajo, y luego estaba nuestro grupo, el de las más jóvenes.

Nos dividimos en dos grupos, las que estaban de acuerdo con la empresa y las que estaban en desacuerdo. Lo que pedíamos era que nos emplearan en los almacenes que tenían otros talleres, como sastrería o camisería. No hubo acuerdo después de batallar casi tres meses. Las que no estuvimos de acuerdo, nos fuimos a juicio a la Magistratura de Trabajo. Ganamos el juicio y conseguimos el puesto de trabajo para las compañeras de más edad. A las que nos destacamos, la empresa no nos quiso admitir en los almacenes, así que nuestra abogada que fue Aurora León, negoció con la empresa para que nos dieran una indemnización y el paro. Nuestra mayor satisfacción fue el conseguir que las seis compañeras mayores, consiguieran sus puestos de trabajo en la tienda hasta que llegara la edad de la jubilación, sobre todo porque fueron las que más batallaron con nosotras.

En medio de este conflicto operaron a mi madre de cáncer de mama. Para la familia fue un golpe tremendo, porque no estábamos preparados en aquel tiempo para esta enfermedad. Esto fue en el verano de 1973 y estaba terminando el paro. Cuando el Partido me propone hacer un curso político de seis meses de duración en un país socialista, yo acepté, porque en realidad necesitaba un cambio de aires por un tiempo, así que en octubre me fui a Rumanía. A los dos meses de estar allí me llegó una carta de mi hermana Carmen, en ella me planteaba la recaída grave de nuestra madre y que mi padre también estaba mal ¡que tenía que volver! Las cosas estaban complicadas con el Partido, un mes antes había caído el Comité Provincial de Sevilla y faltaba poco para el juicio del Proceso 1001 de los compañeros de Comisiones Obreras. El día que llegué a Sevilla, estalló la bomba que mató a Carrero Blanco. Para mí fue una situación tremenda y muy delicada. Yo me entregué de lleno a cuidar de mi madre enferma. A los pocos días falleció.

En mi casa se produjo una situación grave, hacía dos meses que a mi padre lo dejaron parado, 20 días antes de fallecer mi madre, mi hermana también estaba en paro y yo hacía dos meses que había terminado mi prestación por desempleo. Dadas estas circunstan-

cias, me vi en la necesidad de actuar. Le escribí una carta al inspector de trabajo planteándole la situación de necesidad económica que estábamos sufriendo y por eso le solicitaba una prórroga de la prestación por desempleo: me concedieron seis meses más.



Por la derecha, Ana, Antonio, Charo Núñez, Lara, Lola, Aurora, Patro, madre de Carmen León y en cuclillas Jaime Montes.

Mi hermana Carmen había trabajado en BRUJE y TRUJILLO, donde se crearon las primeras comisiones de trabajadores y trabajadoras, ella tuvo un problema con la empresa por hacer una asamblea con los trabajadores para hablar sobre el Proceso de Burgos y condenar la pena de muerte. Toda la empresa se levantó a favor de ella, pero poco después la despidieron. Mi hermana tenía mucho contacto con las trabajadoras del gremio.

A partir de ahí mi hermana Carmen y yo solicitamos los cursos de FPO de Auxiliar de Clínica. Pasamos unos exámenes y conseguimos aprobarlos. Por aquellos entonces, los que estaban en el gobierno eran los tecnócratas del Opus Dei.

Todo este tiempo estuve desconectada por completo del Partido, era ya el año 1974. Hice las prácticas en la especialidad de onco-

logía en el Pabellón Vasco. Después trabajé haciendo sustituciones en el centro maternal de la ciudad sanitaria Virgen del Rocío. Mi hermana Carmen también encontró trabajo en el Hospital Macarena recién inaugurado y al poco tiempo la hicieron fija, entrando en una nueva etapa laboral. En el hospital, ella junto a otras compañeras y compañeros crearon las Comisiones Obreras en la Sanidad. Yo no tuve suerte en el trabajo, sólo trabajaba haciendo algunas sustituciones en el verano, por lo que combinaba mi trabajo en la Ciudad Sanitaria con el trabajo de costurera, cosiéndole a clientas particulares.

Por aquel tiempo, tras la caída del año 1973, el Partido se fue recuperando y abriéndose a otros sectores. Yo participé en la Comisión de Organización, donde estaban representados todos los sectores del Partido como: la juventud universitaria, trabajadores y trabajadoras, profesionales, juventud y yo. Existía también una Comisión Agraria que se dedicaba en su mayor medida a los pueblos y zonas rurales, donde yo también colaboraba. Poco a poco fui cogiendo responsabilidades en el Partido y sobre todo en el frente de la mujer. Allí retomé el contacto con algunas camaradas del Partido como, Dulcinea Bellido Carbajal, que trabajaba junto a Rosa Pardo y Mercedes Comabella, en el Movimiento Democrático de Mujeres en Madrid (MDMM). Asistí a varias reuniones organizadas por la Coordinadora del (MDMM), donde íbamos representados diversos colectivos a nivel nacional. Nosotras íbamos por el Movimiento Democrático de Mujeres y entre esas mujeres estaba Lidia Falcón, Cristina Alberdi, Carmen Sarmiento y otras más. Planteamos que se acercaba el año 1975 proclamado «Año Internacional de la Mujer» y nosotras queríamos realizar acciones de protestas por nuestra situación en toda España. Finalmente se acordó preparar unas jornadas a nivel nacional por la liberación de la mujer.

En Sevilla hicimos un escrito con Carmen Grosso al diario *El Correo de Andalucía*, con motivo del «Año Internacional de la Mujer», firmado por el Movimiento Democrático de Mujeres. También solicitamos a la revista *«Ilustración Regional»* una entrevista a mujeres destacada de diferentes sectores. Fue Soledad Becerril la que nos hizo la entrevista a varias mujeres que fuimos: Dolores Porras (licenciada), Carmen Grosso (maestra), Charo Reina (ama de casa),

Aurora León (abogada), Antonia Romero (trabajadora del campo), Marisol Fuentes (empleada del comercio) y yo como (empleada del sector de la confección).

Finalmente se celebraron las Primeras Jornadas de la Mujer en Madrid. Acudimos unas 500 mujeres de todo el país, estábamos representados todos los sectores. Las jornadas duraron tres días y en ellas se discutió mucho sobre la situación y la necesidad de crear un movimiento por la liberación de la mujer en España. La situación política era muy complicada, había muerto Franco y en esos momentos estaban coronando al Rey. Al final de las jornadas, una compañera nos comunicó que la policía estaba fuera del recinto esperando que terminásemos. Queríamos hacer algo y decidimos hacer un comunicado de las 500 mujeres reunidas apoyando a la corona, y se lo hicimos llegar a la policía, la cual nos dejó terminar la Jornada sin ningún incidente. Fueron momentos de mucha tensión e incertidumbre, ya que las jornadas se realizaron de forma clandestina y estábamos dispuestas a todo para luchar por los derechos de las mujeres. Aquellas primeras jornadas, fue el punto de arranque de lo que después sería el «Movimiento Democrático de Mujeres por la Liberación».

A finales de 1975 en víspera de la Navidad, Antonio Paredes, Ana Estévez, y yo, íbamos en el coche de Antonio para que me llevaran a Bellavista. Cuando me bajé del coche camino a casa de la compañera Mercedes, el policía Beltrán me detuvo y me condujo hasta la casa a la que yo me dirigía. Allí había otro policía tomando nota de toda la propaganda que había cogido en la casa de Mercedes. La propaganda era del marido, que era camarada nuestro del Partido Comunista.

Tras la detención tuve que declarar y dar explicaciones de por qué acudía a casa de Mercedes. Les dije que la conocía de cuando trabajaba en el Centro Maternal, donde ella estuvo ingresada un tiempo antes de tener el niño y que cómo había estado enferma de cáncer, fui a verla, así que no tenía nada que ver con lo que allí habían encontrado.

Me llevaron a la comisaria de la Gavidia y ese mismo día detuvieron a Antonio Paredes. Ana Esteve se pudo escapar, pero tuvo

que presentarse en comisaría al día siguiente. Esa noche eliminó toda la propaganda ilegal que tenía en su casa antes de que la registraran. Estuvimos en los calabozos de la comisaría en La Gavidia unas 72 horas, me pusieron junto a una presunta ladrona. En unas de las ocasiones que acudí a orinar, me crucé con José Miguel, el marido de Mercedes que también lo detuvieron, nos miramos y dijimos en los interrogatorios que no nos conocíamos. A mí me preguntaron si tenía novio y contesté que no, y siguieron preguntándome si pertenecía al Partido Comunista, a lo que yo contestaba una y otra vez que no. También me preguntaron por la documentación que llevaba encima, y les conté que era el escrito del movimiento de mujeres apoyando al movimiento obrero. Firmé la declaración negándome a todo. Cuando pasaron las 72 horas, a Antonio Paredes y a mí nos metieron en un furgón policial para llevarnos a los juzgados del Prado, no pudimos hablar nada dentro del furgón, porque junto a nosotros venía un policía de la político-social. Tras pasar por el juez, yo alegué ser del movimiento de mujeres, el juez no le dio más importancia y me dejó en libertad sin cargos. Las cosas estaban cambiando y la policía y los jueces eran más tolerantes y moderados. José Miguel, marido de Mercedes y compañero del Partido, no tuvo tanta suerte y lo enviaron a la cárcel por tener propaganda del PCE. Consiguió salir poco después, gracias a la amnistía proclamada por el Rey Juan Carlos I.

Estábamos ya en 1976 cuando el Partido vio la necesidad de organizar las «Primeras Conferencias de las Mujeres Comunistas de España», donde se planteó la situación política que se estaba atravesando, así como la de la mujer en particular; por lo que se necesitaba apoyar la democracia que se avecinaba y que tanto anhelábamos. A partir de estas conferencias se marcaron las directrices a seguir de cara a las mujeres por nuestros derechos más elementales como: igualdad en los salarios, derecho a la planificación familiar, a los anticonceptivos, etc. También se habló de que el Partido, en general, debía tomar conciencia de que la lucha de las mujeres era común a todos y todas, que había que tenerlas en cuenta en todos los ámbitos, así como promocionarlas para puestos de responsabilidad y comités del Partido.

En ese mismo año el PCE comenzó a abrir locales en zonas rurales y pueblos, se vendía todavía en clandestinidad el *Mundo Obrero* por las calles y en los bares. En Sevilla capital, se abrió una sede en la calle Jimios. ¡Queríamos salir a la luz, las libertades había que conquistarlas! En el Hotel Macarena se realizó una rueda de prensa para la «salida a la luz» de una parte del Comité Provincial ampliado, allí estuvimos Lola Porras y yo. Después, se hicieron varios actos en el centro de Sevilla con presencia de camaradas de la dirección del Partido.

Se organizó una reunión en Córdoba con José Benítez como responsable del Partido a nivel de Andalucía y con mujeres de diferentes provincias. Yo estuve en contacto con mujeres de Málaga donde el MDM ya estaba en marcha. También en Córdoba la cosa estaba muy avanzada. Se trabajaba mucho en barrios y pueblos. Aquí en Sevilla se mantenían asambleas generales y se tenían contactos por sectores con mujeres de otros partidos.

Yo discrepaba con algunas camaradas sobre el MDM que no lo veían claro. El Partido estuvo en algunos debates nuestros donde yo apostaba por la necesidad de crear asociaciones, ya que el PTE, había creado la Asociación Democrática de Mujeres, la Universidad también había creado la suya, y yo insistía en la creación de una coordinadora de todos los sectores de la mujer, donde se potenciara el MDM con otros colectivos. Nuestras camaradas del núcleo que formábamos el Partido, no tenían claro que el MDM pudiera ser el aglutinante de todas las mujeres, independiente de su ideología. Tampoco el tema lo tenían claro algunos dirigentes del Partido, por lo que Manolo Benítez Rufo me planteó que dejara el MDM y me dedicara a los pueblos y zonas rurales. El tema del Movimiento Democrático de Mujeres y la incomprensión que sentía, me sobrepasaba, ¡finalmente tuve que dejarlo!

A principio de 1977 se empezaron a dar los primeros carnets del Partido. En el Viso del Alcor, los entregamos Manuel Benítez y yo. También los entregamos en Badalatosá y conmigo estuvo el responsable del Viso. Después se ofreció una asamblea general abierta al pueblo en Carmona, llevamos a Fernando Pérez Royo al teatro El Cerezo, para analizar la situación política del país y del PCE.

El Partido preparó a nivel regional la llegada de Ignacio Gallego. Venía en tren a Jaén y allí acudimos en autobuses multitud de militantes y simpatizantes de todas las provincias andaluzas. Cuando llegamos a la Estación de Jaén, la policía tenía tomado todo el recinto, cargando contra nosotros con las porras. Hubo detenciones y gran confusión entre todos. Yo en ese momento estaba muy nerviosa y sin saber qué hacer, pero vi a una compañera de Sevilla y me fui con ella al autobús.

Las organizaciones del Partido se fue desarrollando en agrupaciones, se crearon los Comités Local y los de distritos.

Después de los sucesos de Atocha, ya en Semana Santa, se legalizó finalmente el Partido. Ya se preparaba la primera campaña para las elecciones generales democráticas, existía un gran ambiente y entusiasmo general ¡en cambio yo me encontraba totalmente agotada psicológicamente! Organizamos un mitin en el Viso del Alcor y tras las intervenciones de Fernando Pérez Royo y Manuel Vázquez me tocó a mí. ¡No pude articular palabra! ¡La mente me jugó una mala pasada!

Poco después en ese mismo verano, me llamaron para trabajar y hacer sustituciones en el Centro Maternal de Sevilla. Un día, tras pasar una mala noche con mis pensamientos, me fui al trabajo encontrándome mal—estaba pasando una mala racha sentimental—, les dije a mis compañeras que no estaba en condiciones de trabajar y me fui a mi casa. Al llegar sufrí una crisis nerviosa y me tuvieron que poner un tratamiento psicológico: pero aún sin recuperarme del todo, acudí a votar por primera vez en mi barrio, el Polígono de San Pablo, ¡al Partido Comunista!

Un día, estando de reposo en mi casa vino a verme Manuel Cervera, quien me propuso que entrara a formar parte del secretariado del Partido ¡no pude aceptar! No me encontraba fuerte para asumir más responsabilidades políticas.

Pasado un tiempo me fui recuperando y empecé a acudir a las reuniones del Partido donde se estaba preparando la 1ª Conferencia en la legalidad. El lugar elegido fue el Casino de la Exposición de Sevilla. Allí se estaban elaborando las listas para el nuevo Comité

Provincial, del que yo en ese momento formaba parte, pero decidí no volver a presentarme. En aquellas jornadas, alegando motivos de salud, dejé todas mis responsabilidades políticas, para retomar mi vida.

Dos años después me casé con un compañero de Comisiones Obreras y dirigente del campo dentro del sindicato: Antonio Pozas Nogales, con el que empecé otra etapa de mi vida.

Yo había sido una integrante activa del Partido Comunista, que había contribuido al desarrollo de este en el movimiento obrero, en los pueblos y en el frente de las mujeres. Luché incansablemente por conquistar los derechos sociales y las libertades democráticas y todo esto desde la clandestinidad y poniendo en riesgo mi vida, hasta que se consiguió la democracia y la legalización del Partido.

Quiero destacar desde aquí la gran labor ejercida por mi hermana Mari Carmen en el sector del olivo, la sanidad y las mujeres trabajadoras en general, quien nos dejó siendo muy joven por una grave enfermedad.

ANA PARRA DÍAZ ²⁹

²⁹ Entrevista a Rosario Gurudi por Mercedes Liranzo y María Carmen Ramos Díaz, 2015.

*«El miedo nos gobierna.
Esa es una de las herramientas
de las que se valen los poderosos,
la otra es la ignorancia».*

Manuel Galeano

Ana Parra Díaz murió en el año 1980, pero me pareció que la historia de una mujer como ella no podía quedar al margen de este proyecto, así que sabremos su historia por medio de su hija Rosario Gurudi, que amablemente me permitió grabarla y entrevistarla en varias ocasiones.

Mi madre se llamaba Ana Parra Díaz, nació en Dos Hermanas en 1912, eran dos hermanas y dos hermanos. Mi abuelo se llamaba Manuel, nació en Arcos de la Frontera, era campesino y maestro albañil. Mi abuela se llamaba Rosario, trabajaba en una fábrica de hilaturas que había en Triana que se llamada LISSÉN.

Mi abuelo tenía dos hermanos que trabajaban en el campo. Uno era sindicalista y el otro no estaba comprometido con nada y era analfabeto. Cuando hubo el levantamiento en el año 1936, fueron a buscar al sindicalista, pero como el capataz no conocía a ninguno de los dos, en vez de llamar al sindicalista llamó al otro. Se lo llevaron a Sevilla y cuando fueron a sacarlo del coche en las tapias del cementerio para matarlo, se dieron cuenta que había llegado muerto por el miedo que había pasado. Luego fueron por el otro y lo pusieron a limpiar y blanquear las tapias del cementerio donde fusilaban a la gente. Después de eso, estuvo enfermo del corazón toda su vida.

Como mis abuelos trabajaban los dos, a mi madre la llevaban a una miguilla o bien a una mujer que cuidaba de ella. Mi abuela llevaba en la fábrica dos máquinas de telares y eso era mucho trabajo para ella, pero en aquel entonces no tenía más remedio que trabajar. Después de tener a su hijo mayor tiene a mi madre y a los cinco años tiene otro hijo. A mi madre en la fábrica la ponían sentada en

una mecedora y le ponían al niño amarrado para que no se le fuera a caer aunque el niño llorase. Cuando mi abuela se puso mala, a mi abuelo le piden que no fuera más a trabajar, pero como mi abuelo era el que arreglaba las máquinas y ella la que hilaba, el jefe le hace el chantaje de los dos o ninguno, según decía él, personas que arreglasen las maquinas había muchas, pero mujeres que llevasen dos máquinas había pocas. Mi abuela al estar enferma, no tuvo más remedio que irse, así que mi abuelo también se vio obligado a hacerlo, yéndose a trabajar cogiendo sacos de cementos.

Mi madre se puso a trabajar a los once años para aprender sastrería. Ella tenía una inteligencia natural y gran interés por aprender de todo. No había ido nunca al colegio, a excepción de los dos meses que estuvo en una miguilla donde le enseñaron las primeras letras, esas primeras letras que la llevaron a interesarse por la lectura, los padres de ella sí sabían leer. Cuando entró a trabajar en la sastrería, el trabajo que le dieron fue el de descoser pantalones –entonces se arreglaban los pantalones–, pero cuando llevaba algún tiempo trabajando, la pantalonera se puso mala y el dueño no sabe qué hacer y mi madre le dice que ella podía hacer el pantalón. El dueño extrañado le pregunta que como es posible que ella supiese hacer el pantalón y ella le dice, que de descoserlos, ¡Pues vamos a verlo! Le dice él, y le dio un pantalón para que lo hiciera. A partir de entonces siguió cosiendo los pantalones teniendo todavía once años.

Su hermano Francisco trabajaba entonces en la fábrica de cerámica MENSAQUE, pero además, estaba dedicado a la lucha en el sindicato, siendo muy amigo de Pepe Díaz y Reyes Santos, entre otros. Hubo una huelga muy importante y como la empresa no quiso darle a sus compañeros lo que pedían, destrozó una Virgen de azulejos que él había pintado en la fábrica. Después de aquello lo persiguieron y se tuvo que ir a Madrid. Como era ya militante comunista siguió allí trabajando para el partido. Por otro lado, mi madre también era ya un miembro activo del PCE. De hecho, se reunían en su casa, llevaba mensajes a la cárcel, asistía a las manifestaciones y otras acciones.

Mi abuelo pierde la cabeza y lo tienen que ingresar en el ma-



Con dos anarquistas, amigos de su hermano.

nicomio, que era lo que antes había, así que ese es el motivo que hizo regresar a mi tío a Sevilla, ver a su padre. Pero en ese momento había una huelga y estaban persiguiendo a todas las personas comprometidas, y ya se supo que Francisco había vuelto de Madrid. Pero él no participó en la gran manifestación que hubo, porque tenía otros asuntos más importantes que atender del Partido. Así que se fue a su casa a dormir con la tranquilidad de que la casa de vecinos y vecinas siempre tenía la puerta cerrada por si iba la policía. La casa tenía una escalera que daba a las viviendas de arriba, donde había otra escalera que llevaba a la azotea, la cual se comunicaba con la fábrica de cerámica Mensaque. Por eso cerraban la puerta de la calle, por si venía la policía, que le diese tiempo de saltar la tapia y pasarse a la fábrica donde ya sería difícil que lo pillaran. De la fábrica se podía pasar directamente a la calle desapareciendo después por las callejuelas que él conocía perfectamente. Él estaba durmien-

do cuando llegó un policía y llamó a la puerta. Una vecina que tenía a su hermano trabajando de panadero preguntó desde dentro si era él, el policía la engañó y le dijo que sí. Cuando la vecina abrió la puerta se llevó la sorpresa de que era la policía. Le dijo que iban por Francisco Parra. Lo sacaron de la cama y él les dijo:

– Vale, así se cogen a los conejos, ¡encamaos!

Esto fue en el año 1932 mi tío Francisco «Parrita», tenía entonces veintiún años. Estuvo tres días en las dependencias de la comisaría de Sevilla y cuando lo iban a pasar con tres compañeros más a la cárcel, pararon el furgón en el Parque de María Luisa lo bajaron y le dijeron que ya se podía ir, pero como él sabía lo que significaba aquello, a los policías volviéndose, les dijo:

– Si tú me quieres matar, me tienes que matar de cara, porque yo no te he hecho nada.

El policía le disparó y le entró la bala en el brazo, pero se lo llevaron a la casa de socorro en vez de al hospital. Le tuvieron que amputar el brazo, después lo dejaron sin beber y sin comer hasta que se murió. Hubo un medico amigo del Partido que certificó su muerte. Lo enterraron en el cementerio sin lapida, así que los compañeros le hicieron una en condiciones, aunque no la dejaron poner. Pero al final fue igual, porque lo que los compañeros y compañeras dejaron escrito en la pared compensaba con creces una bonita lapida como: mensajes, poesías, alabanzas...

Cuando mataron a mi tío, la novia vivía muy cerca de él, ella se llamaba Reyes Santos y era una militante muy comprometida con la lucha en el Partido Comunista y amiga muy íntima de José Díaz de la que tuvo una hija, incluso fue a Rusia a luchar contra los nazis. Era una mujer que luchaba igual que ellos, se saltaba las tapias igual que mi tío y hacía las mismas cosas que los camaradas. A Reyes Santos la detuvieron en su casa y la asesinaron.

Sobre los dieciocho años, fue la época en que Ana, mi madre, ya conocía a la juventud de su entorno y afines a sus ideas. Después de que asesinaran a su hermano incrementó su actividad en la lucha formando parte de las Juventudes Comunistas. Mi madre

llego a formar parte de los Comités Provinciales y Locales de las Juventudes Comunistas. Algunos de los jóvenes de la organización la querían, pero ella no se decidía por ninguno, hasta que llegó Manolo Bono Mejía y le dijo que sí. Años antes, Manolo iba montado en un burro por el Puente de Triana llevando frutas para repartir de lo que sacaban de la comuna, y al pasar por el lado de mi madre le dijo, ¡morena contigo me tengo que casar! Al cabo de los años él apareció, le pidió que se casara con ella y le dijo que sí.

Después de un tiempo, se fueron a vivir a la calle Pagés del Corro, que era donde él vivía y donde tuvieron a su niña, a la que llamaron Asturias por las huelgas que hubo esa época. Con el transcurso del tiempo y de los acontecimientos, esta niña sería llamada Ana Bono Parra, la niña nació en el 1935 y 1936 fue el levantamiento fascista. En vista de la situación, pensaron en irse para Huelva con la intención de coger un barco que les llevara a Portugal, pero en aquellos momentos había mucho desconcierto y la familia intentó quitarle las intenciones que tenían. Pero fue inútil, porque Manolo decía que sí, que le habían dicho que era seguro, así que él confió y al final se marcharon. Se fueron andando y se llevaron a su niña, pero después de un camino tan doloroso y difícil, se encontraron con que el barco que les podía haber cambiado la vida había partido. Se encontraron deambulando por las calles de Huelva hasta que se fueron a casa de unos tíos de mi madre. Pero claro, ellos necesitaban un salvoconducto y alguien tenía que ir a pedirlo. La tía de Manolo conocía un policía que era amigo de la familia, pero Manolo no se fiaba mucho y a su tía terminó diciéndole:

– Mira tita, tu no digas nada de nuestros problemas ni de lo que yo hago, yo no me fio mucho del vecino, que los policías tienen un duro falso en el bolsillo.

Cuando habló con el policía, le dijo que iba por un salvoconducto para su sobrino que estaba en Nerva, pero el nombre no se lo dio bien y el policía sabía lo que era Manolo. Así que fueron a por él y se lo llevaron, mi madre quiso ir con él, pero él le dijo que ni se le ocurriese, que ella tenía que estar con la niña. Ella se fue a casa de su tía, pero estos empezaron a decirle que las gentes estaban hablando que si tenían a su marido o lo habrían matado... que no fueran ellos

a tener problemas... Entonces mi madre escribió una carta suplantando a su madre: reclamándola a ella porque se había puesto mala. Fue con la carta y pidió a la policía que le dieran un salvoconducto por la situación de su madre y logró que se lo dieran. Había que arriesgarse y se arriesgó, ¡pero era increíble el valor que demostraba mi madre! Claro que el riesgo mereció la pena, al conseguir el salvoconducto que la llevó de vuelta a su casa con los suyos.

De vuelta a Sevilla se metió en su casa y no salió para nada en nueve años, sólo la gente de total confianza iban a visitarla. A la niña la llevaron a casa de sus abuelos paternos sobre todo para que las gentes no se extrañaran y preguntaran por qué se habían quedado los abuelos con la niña sin estar allí su madre, también contaba el hecho de que en aquella casa había comida y mejor situación económica.

A mi madre la dieron por desaparecida. Ella procuró que fuese así. Si la hubiesen localizado en aquellos momentos hubiese tenido dramáticas consecuencias. Se dedicó a trabajar cosiendo en la casa y viviendo como un fantasma, excepto para sus familiares más cercanos, mientras que su hermana Rosario hacía las faenas de la casa e iba a entregar el trabajo de costura de mi madre. En tantos años era raro que alguien no la viese por muchas precauciones que tomaran, ya que en las casas vecinales de Sevilla la gente se veía por las ventanas. Un día una vecina al asomarse a la ventana la vio cosiendo en el salón y se lo comentó a su madre, la cual lo negó en rotundo. Viendo que la sospecha de la vecina les podía traer problemas cogió un día y la metió dentro de su casa para que comprobase que realmente allí no estaba. Mi madre se había metido entre dos colchones procurando que la cama quedara impecable –hay que tener en cuenta que los colchones de antes eran de borras u otros materiales diferentes a los de ahora–, le enseñaron la casa con tal detalle que incluso le abrieron los armarios e hicieron que se asomase debajo de las camas, hasta que se quedase satisfecha de que su sospecha no tenía fundamento. Pero claro, con el tiempo otra vecina también dijo que la había visto, pero esta le dijo a su madre que no se preocupase y le aseguró que el secreto estaba bien guardado con ella, jurándole que nunca saldría de su boca, lo cual cumplió fielmente.

Mi hermana se puso enferma, entonces mi madre salió por la

noche a la calle Pagés del Corro donde se encontraba mi hermana con la familia de su marido. Les explicó a los abuelos de la niña la situación que ella estaba soportando, de cómo llevaba sin salir de su casa desde que detuvieron a su marido, y es que los abuelos no tenían ni idea de lo que pasaba. Se quedó allí para cuidar a la niña mientras estuvo enferma. El tiempo que estuvo allí cuando alguien iba a ver a la niña, ella se tenía que esconder metiéndose debajo de una cama para que no la vieran.

Hasta 1945, teniendo mi hermana Ana nueve años, la casa de mi madre era concurrida por muchos militantes del PCE y de su dirección, como Manuel Delicado y algunos que venían de Madrid³⁰. Es entonces cuando mi madre conoció a Luis Espinosa Casado, mi padre, por ser uno de los que visitaban la casa. Mi padre estuvo en la cárcel dos años hasta que el PCE lo sacó en una cuba de la basura y le dio una nueva identidad con el nombre de Ricardo Gurudi Mujica, con la cual viviría toda su vida en España. A él le habían pedido cuatro penas de muerte, por eso había estado en la cárcel, pero ya con su nueva identidad vuelve a incorporarse a la lucha clandestina.

Mi tía Rosario era la que visitaba la cárcel, se llevaba a su casa las ropas de los presos del PCE para lavarlas. A las camisas les descosían los puños y les metían unos finísimos papelitos donde iban las instrucciones y consignas del Partido para los presos comunistas. Mi madre trabajaba en su casa de costurera y en todo lo que fuese la manutención de la familia, aunque esto no impedía su compromiso con el Partido, ya que tenía un gran sentido de la responsabilidad y siempre fue una militante incansable. Tanto era su compromiso que seguían reuniéndose en casa de sus padres, allí es donde todo el mundo iba: para reunirse, refugiarse, cumplir alguna misión....

Mi padre, le propuso a mi madre que formasen los dos un equipo para transportar documentos y mensajes del Partido y ella aceptó. La misión principal de mis padres era hacer de correo del PCE desde Madrid hacia dónde el Partido los mandara, pero so-

³⁰ Ella sabe, que los miembros de la dirección del PCE concurrían mucho su casa, pero no se sabe si se hacían allí reuniones formales de su dirección.

bre todo, hacia el norte. Mi padre hacía tiempo que no se encontraba bien psicológicamente, quizás, por las brutales palizas a las que fue sometido y todo el sufrimiento que pasó. Mi madre contaba que un día iban en el tren y ella como era más bien delgadita, se ponía una gabardina amplia con un cinturón, el cual iba relleno por todas partes con documentos muy finos para pasarlos al Norte. En un momento dado a mi padre le dio por decir que lo estaban vigilando, llamando así la atención del guardia; mi madre le hizo un gesto con la mano para indicarle que mi padre no estaba bien de la cabeza y el guardia se alejó. Hubiese sido terrible que los cogieran con todo lo que ella llevaba encima, sabiendo cómo se las gastaba la policía de la dictadura.

Así fue pasando el tiempo, hasta que el Partido le exigió a mi padre que montase un mitin. Él dijo que no podía hacer eso teniendo en cuenta los antecedentes que tenía, que eso sería como suicidarse. Mis padres consideraban que la dirección del Partido estaba fuera y a veces, no eran conscientes de la situación de extremo peligro que vivían personas como él dentro del país. Al contrariar las órdenes del Partido, éste lo expulsó.

Después de la expulsión se instalaron en Madrid y como mi madre era sastra, se llevó a su hermano Jerónimo que también lo era y formaron una cooperativa. Mi padre se fue a Francia para refugiarse, como muchos otros que ven que las cosas para ellos ya son insoportables en este país. Mi madre estaba indocumentada, sus papeles habían desaparecido pero ella tenía una cartilla de racionamiento de mi hermana en casa de cada uno de los abuelos, así que cogió una de las cartillas de mi hermana Ana y le echó encima un vaso de leche; escribió sus apellidos encima y fue a la policía para decirle que la niña le había tirado la leche encima, que necesitaba una cartilla nueva para poder pedir la comida. Cuando le dieron la nueva cartilla de racionamiento, ya llevaba el nombre de mi madre en ella, Ana Parra Díaz, mi hermana se llama Ana Bono Parra. De esa manera pudo estar otra vez documentada, ya que la cartilla de racionamiento, le sirvió para sacarse el carnet de identidad y poder hacer una vida normal dentro de la legalidad. Allí en Madrid es dónde nacemos mi hermana y yo. Marisa en septiembre del año 1946 y yo en febrero de 1949.

Cuando mi madre intentó irse con mi padre a Francia, unos abogados del Partido la asesoraron y la desanimaron, le dijeron que no debería tocar ese asunto, porque a ella la dieron por desaparecida, y aunque tuviese su carnet de identidad, no la podían poner como que estaba viva si movían papeles y miraban las fichas policiales, no sabían lo que podían encontrar, ni lo que le podían hacer. Estaba claro que no podía salir de España aun teniendo el carnet de identidad, que le servía para tenernos a nosotras en el colegio y tener ella su situación legalizada dentro del país, pero nada más. Cuando la gente le preguntaban por su marido, ella decía simplemente que un día se fue, y no daba más explicaciones. Él siempre conservó el contacto con nosotros, nunca olvidó a sus hijas. Mi madre durante la dictadura no pudo salir del país.

Mi madre siguió cosiendo en Madrid y allí pasaron muchas cosas, tuvieron cantidad de problemas, entre ellos, que mi padre se puso enfermo, además, se llevó a su hermana Rosarito a Madrid con ella porque estaba enferma de tuberculosis y quería que la operasen allí de pulmón, pero no pudieron salvarla y murió. Después mi madre también cae enferma de pulmón y quizás, pudiese ser contagio de su hermana, que cogió la enfermedad cuando se dedicó a lavar las ropas de los presos. Las cárceles en aquella época estaban llenas de gente infectada de tuberculosis, consecuencia de las condiciones de vida que existían en las cárceles franquistas.

Mi madre se tiene que operar de un pulmón, así que a mi hermana Marisa no tuvieron más remedio que meterla en un colegio interno. Yo contraí meningitis y me tuvieron que ingresar en un hospital, por lo que mi abuela se tuvo que ir a Madrid para cuidarme. Cuando me puse buena después de las punciones que me dieron para curarme, me vine a Sevilla con mi abuela, tendría yo año y medio o dos años y se quedó conmigo hasta los cinco años. En 1950 o 1951 mi madre se queda en Madrid y allí, la operan de plastia; que era una operación muy aparatosa, consistente en quitarle siete costillas. Esto lo hacen en tres veces, dejándola reposar dos horas de intervalo. Como no tenía dinero se lo hacen con anestesia local.



Por la izquierda junto a Dolores Ibarruri, en un acto con la dirección del PCE.

Cuando mi madre se pone mejor, se viene a Sevilla para quedarse con nosotras. Me pone a mí en el colegio y ella se pone a trabajar pero trabaja tanto, que veces se acuesta a las dos de la noche y se levanta a las cinco de la mañana, haciéndose seis americanas un día sí y otro no. Ella en esos momentos no tiene contacto con el partido. Así vivió hasta que ya empezó a hablar con sus viejos camaradas y empieza otra vez a formar parte de una célula del Partido Comunista en Alcosa, donde estuvo en activo como siempre, haciendo lo normal, lo que se hacía todavía en la clandestinidad. Después en la asociación con las gentes mayores, vendiendo el Mundo Obrero...

Decía mi madre: «Mira, el partido comunista es la idea, luego cada militante le da su interpretación, pero aceptando la disciplina de partido.» Cuando mi madre murió, avisé a la sede. Sé que era muy mala época en pleno Agosto, ya que había muchas gentes de vacaciones, pero aun así, fueron poquísimas gentes y estuvo mal. Fui a la sede y denuncié que en la sede no se hubiese dicho nada al respecto.

– Mira, ha salido en el *Mundo Obrero*– me dijo un militante de los veteranos.

–Si ha salido en el *Mundo Obrero* –le dije– es porque mi madre ha sido comunista y militante toda su vida, hijo.

– ¿Sabes lo que te digo? –Que los viejos y viejas se mueren a manojitos, y no vamos a tener las cosas pendientes de ellos –dijo.

–Pues sí hijo, tienes razón–le dije–, se mueren a manojitos porque esas personas sufrieron mucho en la vida para que ahora todos llevemos una vida más digna; porque si no hubiesen luchado cómo lo hicieron, que muchas se quedaron en el camino, a otras las molieron a palos en las cárceles, la mayoría cuando salieron de las cárceles tenían tuberculosis, más las que tuvieron exiliarse... ¡Pues sí que se mueren a manojitos!

Así que cogí mi carnet del partido, lo entregué y les dije que ya no me servía para nada. Cuando llegó la hora en que Carrillo creó otro partido, una persona me preguntó si yo no lo iba a votar y a continuación me dijo, que si era así, yo no sabía lo enfadada que mi madre estaría conmigo. Yo le comenté lo equivocado que estaba, que mi madre tenía su idea personal de lo que era ser comunista, que ella eligió su camino y no lo abandonó jamás. Así que estaba segura, de que mi madre no se hubiera opuesto a que yo eligiese mi propio camino.

En Sevilla Falleció Anita Parra³¹

«A la edad de 68 años ha fallecido en Sevilla, Anita Parra, veterana militante del PCE, en él ingresó en el año 1930. Anita Parras era hermana del camarada «Parritas», al que se le aplicó la ley de fugas en el año 1932 y fue asesinado por un grupo de fascistas en el conocido parque sevillano de María Luisa junto a tres camaradas más. Desde esta época, Ana Parra redobla su actividad en las Juventudes Comunistas, llegando a ocupar cargos en los comités provinciales y locales de las Juventud Comunistas. Desde entonces, hasta la fecha, ha venido desarrollando su actividad como una militante más en las organizaciones del partido y últimamente en la agrupación del barrio del Parque Alcosa, donde era muy querida por los camaradas».

³¹ Nota sacada en el *Mundo Obrero* a la muerte de Ana Parra, en agosto de 1980.

CARMEN PÉREZ GONZÁLEZ ³²

³² Testimonio escrito por Antonio Iglesias, su marido, compañero y camarada, y Mercedes Liranzo. Sevilla, 2015.

*«Por un mundo donde seamos socialmente iguales,
humanamente diferentes y totalmente libres».*

Rosa Luxemburgo

Carmen Pérez González (Carmeli), nació el 5 de Diciembre de 1947 en el arrabal de Triana. Su madre, Francisca González Palomino era de la calle Rodrigo de Triana y como tantas mujeres de aquellos tiempos aprendió el oficio de costurera. Su padre José Pérez Guillamón era obrero portuario.

Con el tiempo y las dificultades de la época, riadas, escasez de viviendas, etc., se trasladaron a la barriada de la Dársena, al final de la Avenida de Coria a este lado del Charco de la Pava, unas casitas «provisionales» que el régimen había construido para alojar a familias trabajadoras y sin vivienda propia, hacinadas en patios de vecinales o damnificadas por las inundaciones. «La provisionalidad» duró casi treinta años. La familia se componía de siete hijos e hijas, el matrimonio y la abuela. En aquella casita con sólo dos habitaciones y un saloncito vivieron los diez hasta que Pepi (la hermana mayor), se casó con Antonio Benítez Berraquero y también se instalaron allí durante un tiempo. Total doce personas.

Fue en ese barrio de La Dársena donde Carmeli desarrolló su niñez y fue al colegio que construyeron para esa barriada, hasta que tuvo que dejarlo y ponerse a trabajar en un obrador del barrio del Turruñuelo cercano La Dársena. En ese obrador pasó su adolescencia trabajando jornadas larguísimas y recibiendo pequeños salarios. En su casa hacía mucha falta su jornal pues el trabajo del padre en el muelle era eventual e inseguro.

Aquella situación de penuria, de toda clase de carencias y explotación en el trabajo, hizo que Carmeli fuera tomando conciencia, y no tardaría en relacionarse con gente que ya estaba en la lucha. En

su familia ya había militantes, como su hermano Alfredo, su hermana Pepi y su cuñado Antonio Benítez.

Cuando aún era muy joven tuvo un novio que fue represaliado y Carmeli empezó a frecuentar la cárcel donde había otros presos políticos.

En 1970, bastante comprometida ya con la lucha, asistió a un cursillo político clandestino que se celebró cerca de la playa de La Antilla, en Huelva. Allí conocería a Antonio Iglesias con el que se casó a finales de 1971, al enviudar éste de su primer matrimonio. A partir de ese año de 1970 Carmeli era ya una activista total en compañía de otras mujeres jóvenes de entonces. La policía ya perseguía a su familia, sobre todo a su hermano Alfredo y a su cuñado Benítez, siendo este último procesado.



A Carmen la conocíamos por «Carmeli».

En 1973, al ser condenado Antonio Iglesias a tres años de prisión, Carmeli tiene una actividad frenética en compañía de las mu-

jeros de otros presos: acude a la cárcel, habla con jueces y abogados, viaja a Madrid al Tribunal de Orden Público, batalla y batalla sin cesar.

A partir de ahí, Carmeli redobla su activismo y su lucha, entra en una contrata de limpieza cuando se construyó el Hospital Macarena, inicia una lucha sindical y política intensa: recoge dinero para los presos y presas; participa en asambleas de trabajadores y trabajadoras en reuniones clandestinas; se reúne con abogados, con personalidades de la ciudad pidiendo dinero y apoyos a la causa democrática etc.

Carmeli es también una militante del Partido Comunista (PCE), al que le dedica bastante actividad: milita en células, hace proselitismo, recauda dinero, se reúne clandestinamente con mujeres en pueblos y cuando llegó la legalidad participó en mítines. Vendía más bonos de ayuda que nadie y por tal motivo el Comité Central del PCE la invitó una vez a Madrid.

A pesar de tener dos hijos pequeños, Carmeli no para, inicia una lucha junto con otras compañeras para quedarse a trabajar en el Hospital al término de la contrata, consiguen ella y otras compañeras quedarse a trabajar en el office. Al recorrer las plantas comienza a relacionarse con médicos, A.T.S, enfermeras, celadores, etc. Y, posteriormente, junto con Carmen Núñez, Antonio Torrijos, Dolores Mondejar y otros compañeros y compañeras van poniendo en pie la lucha sindical y a Comisiones Obreras en el Hospital. Tiempo después, cuando se celebran por fin elecciones sindicales, Carmeli es elegida delegada sindical y miembro del Comité de Empresa

Cuando podía, por las noches, a deshoras y haciendo un esfuerzo extraordinario se fue a estudiar a una academia para enfermera auxiliar, sacó el título y más tarde consiguió una plaza en el mismo Hospital Macarena, y en eso trabajó hasta su fallecimiento.

En 1975, a la muerte de Franco se traslada a Zaragoza, donde Antonio cumple prisión, allí permanece 15 días esperando la Amnistía en las concentraciones que se hacían frente a la cárcel de Torrero pidiendo la libertad de los presos. Fue detenida, pero las compañeras impidieron que la policía la metieran en el furgón.

En Diciembre de 1975, Carmeli siguió con su lucha sindical y política hasta la crisis del PCE y durante un tiempo militó en el PTE teniendo cuatro hijos.

Testimonio por Dolores Mondejar³³

«Conocí a Carmeli en el Hospital Macarena cuando estábamos de limpiadoras y todavía no estaba abierto. Como estábamos limpiando por la tarde, coincidí con ella cuando fui a merendar a un office del hospital, y allí merendando me dijo que se tenía que ir a ver a su marido que estaba preso. Y claro, como ella lo dijo así..., tan abiertamente..., y como yo venía de esa trayectoria del PCE, pues me arrimé a ella y le pregunté por qué estaba el marido en la cárcel, si era por Comisiones Obreras, y me dijo que sí, que era por Comisiones Obreras y por comunista. A partir de ese día mi relación con ella era diaria, porque nos entregamos las dos totalmente a luchar en el Hospital Macarena para cambiar las condiciones de trabajo del personal, así como la de los enfermos. Yo tomé otra vez contacto con el partido, así que fuimos compañeras, camaradas y grandes amigas. Con nosotras también estuvo Concha Vilagrán.

Tras la lucha por mantener nuestros trabajos conseguimos quedarnos fijas, ella en el office y yo en lavandería, pero seguimos unidas en la lucha, cada una en su puesto de trabajo pero las dos en CCOO y en el partido. Nos encerramos en la iglesia unas pocas de veces, bueno, hicimos tantas cosas...

Carmeli era activa, cariñosa, y sobre todo muy luchadora, además tenía más capacidad que yo, porque ella era más lanzada. Yo era más en mi núcleo, pero ella era para todo. Cuando nos encerramos en la iglesia, ella era la que controlaba que nadie se propasara. Nosotras estábamos siempre de acuerdo en muchas cosas, como por ejemplo, que había dentro del sindicato algún dirigente que se escaqueaba y eso no entraba dentro de nuestro concepto de sindicalismo. Carmeli luchó también mucho para que las comidas a los enfermos les llegase caliente.

³³ Entrevista a Dolores Mondejar, por Mercedes Liranzo.

Allí constituimos la Sección Sindical de CCOO, fuimos delegadas sindicales y participábamos en el Comité de Empresa. En el Hospital Macarena nos conocía todo el mundo como sindicalistas y militantes del PCE y Carmeli jamás ocultó que su marido era un preso político de Franco. Cuando él salió de la cárcel, vino más de una vez a orientarnos en alguna asamblea, sobre todo a mí, que era más cortita para hablar cuando se trataba de dirigirme a mucha gente. Después su marido, Antonio Iglesia sería Secretario General del PCE en Sevilla.

Recuerdo una asamblea en el Colegio de Médicos justo cuando se legalizó el PCE. Carmeli se puso su pañuelito del partido en el cuello con la hoz y el martillo pintados en él, estaba muy graciosa, pero había un médico muy conocido y muy nombrado que le dijo que eso se lo quitara, ¡y es que ella era así! «impetuosa y valiente»

CARMEN PÉREZ GONZÁLEZ (Carmeli), murió el 7 de octubre de 1996 en un accidente de tráfico. Atrás quedó una vida de lucha y sacrificios que nunca olvidaremos quienes la conocimos y compartimos con ella todos aquellos años de la batalla por la Libertad.

JOSEFA RAMÍREZ MÁRQUEZ ³⁴

³⁴ Testimonio de Josefa Ramírez Márquez, realizado a partir de una encuesta que le hicieron.

*«La peor lucha
es la que no se hace».*
Karl Marx

Nací en el año 1946 en Gerena, Sevilla. Tengo un hermano dos años más joven que yo. De mi infancia los recuerdos que tengo son de haber estado muy bien, ya que me crié con mi abuela por parte de padre. Mi abuela tenía cuatro hijos solteros y yo era la más pequeña de la casa, así que me dieron lo que en mi casa no tenía. Mi hermano se quedaba con la otra abuela, porque mis padres trabajaban y nos recogían de noche. No teníamos casa, vivíamos en una que mi abuela nos dejó, mis padres se propusieron hacer una, así que compraron un solar en el que poco a poco se fueron construyendo la casa, por eso nos criamos con las abuelas.

Al colegio fui sólo tres años, el tercero no lo terminé porque al trabajar mi madre, yo tenía que llevarle a mi padre la comida que ella dejaba preparada para él. Él trabajaba en la cantera y allí en el tajo comíamos juntos. Después volvía para la casa con la bolsa vacía, fregaba y jugaba como todas las chiquillas de aquella época, pero muy sola eso sí, porque claro, mi madre no estaba en casa.

En realidad a mí me quitaron del colegio para eso, para llevarle la comida a mi padre, hacer los mandados, las faenas de la casa... Mi madre trabajaba en una casa haciendo faenas, pero sobre todo, lavando y planchando las ropas de una casa que era grande y de mucha gente. El trabajo le llevaba a mi madre desde las diez de la mañana hasta las seis o siete de la tarde. Ella además trabajaba por la comida que se traía de allí, no tenía sueldo, no ganaba dinero lo que ganaba era la comida y la ropa que le podían dar, bien porque se les quedaba chica o se les estropeaba.

En esta época tendría yo unos diez años y así estuve hasta los doce. Entonces yo ya pensaba que mi madre se debería quedar en la casa y ser yo la que me fuese a trabajar. Así que en cuanto pude lo hice. Iba al campo y en él cogía algodón, lo entresacaba cuando estaba naciendo, escardaba el trigo, sembraba la tierra, iba con el mulo delante arando... Estuve trabajando en Esparragal y fui con unas gentes que había aquí del pueblo (Elías) que tenían tierras a Campofrío. Al Esparragal íbamos andando, a Campofrío en un tractor y al Polvillo que también fui a trabajar, andando. Cuando veníamos para atrás a mediodía con el calor, era rabiarse lo que nos ardían los pies por la carretera.

De mi juventud recuerdo a mis amigas a las que yo iba a buscar o ellas venían en busca mía. En el pueblo no había ningún sitio donde ir, los domingos nos íbamos a pasear, por la cantina, o nos íbamos al cine, no había otra diversión.

Con unos 14 años decidí dejar el campo, a mí no me gustaba, porque me dolía mucho los riñones con el algodón y todo el trabajo del campo es muy duro. Me fui Sevilla a una casa interna ganando 300 pesetas y allí cuando me cansaba de una casa me iba a otra. Trabajando interna en la casa cumplí los catorce años. Yo iba a mi casa sólo en la fiesta de la Encarnación o por Navidad. En esa casa estuve unos dos años, luego me fui a otra porque me cansaba de estar en el mismo sitio y en la última estuve hasta los dieciséis o diecisiete años. Harta de estar en Sevilla interna me vine a Gerena. En el pueblo estuve trabajando en casa de un médico, Don Juan, hasta los veinte años, aquí ya no estaba interna, entraba a las nueve de la mañana y a las cinco me iba a mi casa. En esa época es cuando empiezo a salir con mi novio. Me voy otra vez a trabajar un año a Sevilla, porque él trabajaba allí. Cuando nos casamos nos vinimos a vivir a Gerena. Después de casada trabajé muy poco, estuve unos meses que iba y venía a Sevilla, porque él estaba en paro y había que buscar por donde se podía, cuando él empezó a trabajar yo ya me quedé en casa.

Yo no tengo recuerdos políticos porque mi familia era apolítica. Nunca se hablaba de política, si acaso de lo que fue la guerra civil y de lo que pasó aquí en Gerena; decían que fue terrorífica, por eso

tuvieron tanto miedo después claro... Mi padre tenía catorce años cuando vio como le disparaban a un chaval que iba corriendo, cosas así hubo muchas en el pueblo. Ellos trabajaban con familias que eran de derechas y aunque veían que las cosas no estaban bien, era mucho el miedo que tenían. En ningún momento se plantearon que en España había una dictadura. Se había acabado la guerra, ellos trabajaban y estaba todo tranquilo... ellos lo veían bien, pensaban que esto es lo que lo que tenemos que vivir ahora. A la República ni la nombraban porque pensaban que iba a pasar otra vez lo mismo. A pesar de eso mi padre como muchos españoles escuchaba «La Pirenaica» y entonces decía lo que estaba pasando, porque ahí daban las noticias y aunque no eran de aquí del pueblo, él se enteraba de lo que pasaba fuera y entonces sí veía cómo estaban las cosas.

Yo no tengo estudios, ni he hecho cursos ni nada parecido, casi toda mi formación ha sido siempre a través de reuniones, charlas, asambleas. Estas actividades eran todas clandestinas y con una gran carga política, porque incluso la Asociación de Mujeres tenía un fondo político; concienciar a las mujeres de su situación y de la situación del país en general.

Yo tomo conciencia social y política cuando me caso con mi marido Juan Antonio del Valle. Él estaba organizado antes que yo, pero como eso era tan secreto y tan clandestino a veces ni siquiera nosotras nos enterábamos, y cuando hacía algún comentario yo decía que qué miedo y que él no se metiese en eso. Yo salía poco a la calle, entonces si pasaba algo no lo detectabas, no sabías que estaba pasando. Me di cuenta que estaba implicado en algo por los periódicos que traía y escondía, ahí veía yo que eso no era normal, que eso era algo de izquierdas. Había unas reuniones en la casa de María, la mujer de Vargas, a las que también iba Charo Núñez que era la que nos informaba de cómo estaban las cosas.

Yo iba con mi hijo en el carrito como si fuese de paseo y me entraba en la casa donde se daba la reunión, y ya ahí empezamos a enterarnos, a hablar y a saber de todo lo que nos interesaba políticamente.

Mi cambio de aptitud con mi marido fue porque cuando yo le preguntaba o le reñía porque no quería que estuviese en ningún



Josefa Ramírez con su niño.

movimiento, él me explicaba que eso era para que hubiese más colegios, mejor sanidad... Es por lo que decía, estaban luchando y eso me convencía y me dejaba más tranquila. Una vez nos trajo él unas hojas para que recogiésemos firmas, porque el índice de la vida estaba subiendo mucho, pero los sueldos estaban estancados. Las mujeres fuimos las encargadas de la recogida de firmas, así que lo hicimos cada una en su barrio. Después nos fuimos al Ayuntamiento con el escrito y las firmas. El alcalde nos recibió bien, nos recogió los papeles, pero cuando salimos los tiró a la papelera como si eso no valiera para nada, ahí nos dimos cuenta de cómo estaban las cosas. Pero nosotras teníamos copia de lo que habíamos entregado y como el alcalde no dio ninguna respuesta, lo llevamos al periódico. Cuando el alcalde se entera de que lo habían publicado en el periódico, va preguntando a la tienda y a los vecinos y vecina si habían

firmado. Con el miedo que había entonces, la de la tienda me dice que claro ahora iban a hacerle una inspección, porque si vendía tan caro....

En esta etapa ya sabía yo que había un partido clandestino, que había lucha obrera y también empecé a escuchar «La Pirenaica». Me leía el *Mundo Obrero*, el periódico del Partido Comunista y me enteraba de todo lo que estaba pasando. También me ayudó mucho las reuniones de mujeres con Charo Núñez y a partir de ahí empezó todo, ya mi marido y yo íbamos juntos a muchos sitios y compartíamos los mismos ideales. Todo lo teníamos que hacer de forma clandestina porque arriesgábamos mucho. Había protestas por parte de los trabajadores y algunos estaban en la cárcel, como por ejemplo Manuel Kilino, que lo metieron en la cárcel seis meses por participar en una manifestación. Entonces supe que subsistían gracias a ellos, a través de ellos, de sus camaradas recibía la mujer el sueldo para que pudiese seguir adelante. Hacía poco que se habían casado.

A nuestras reuniones no iban hombres. Ellos se quitaban de en medio mientras nosotras nos reuníamos. En esas reuniones hablábamos de marxismo, de por qué luchó Lenin... En realidad era ella, Charo, la que trataba de instruirnos y darnos una conciencia política. No sólo nos dedicábamos a la teoría, si había algún problema o alguna actividad, la preparábamos allí. En este tiempo, sería sobre el año 1970, el tema de la democracia se veía muy lejos, Franco estaba vivo y no se veía que eso fuera a terminar pronto.

¡El miedo! El miedo era la sensación de la que todo el pueblo participaba, exactamente igual que en toda España. Aunque en los pueblos, al conocerse todo el mundo, se agudizaba el control sobre los vecinos. Hablábamos con muchas mujeres, pero después en las tiendas, las acción que se llevaba a cabo las comentaban y lo veían todo negativo, pensando en lo que se podía liar. Si se había realizado una pintada, nosotras las mujeres ya sabíamos quién las hacía, así que cuando llegábamos a la tienda y empezaban a criticarlo diciendo que por qué no daban la cara; nosotras aún con miedo decíamos que cómo iban a dar la cara, que si ellos creían que eso era posible..., ¿porque no lo iban a hacer? Que lo que pasaba era que lo

tenían que hacer así, porque de otra manera los cogerían y los meterían en la cárcel. Cuando había una huelga general, todos los problemas se ponían en las paredes con grandes pintadas, así que si un día amanecía todo el pueblo pintado, algunas personas comentaba en plan despectivo, ¡quienes van a ser, sino los comunistas! Nosotras, las mujeres de ellos y comunistas también, entre dientes nos acordábamos de sus madres y pensábamos que cómo era posible que no se dieran cuenta de porqué luchábamos. Un día pasé miedo en la tienda, porque había un guardia que hacía comentarios sobre las reuniones y en un momento dado, dijo, que eran tan culpables los de las casas dónde se hacían como los que iban a reunirse y yo pensé: «madre mía este se ha dado cuenta de lo mío». Lo mío era que en mi casa se hacían las reuniones, así que estaba enterada de todo lo que hacían y preparaban.

Siempre se pasaba miedo. Cuando mi marido salía y tardaba mucho yo creía que lo habían detenido, porque eso ya sucedía entonces, yo me quedaba en el cuarto detrás de las persianas escuchando todos los pasos que se acercaban, no sé cómo no me pusieron 'la persiana,' porque me llevaba todo el tiempo detrás de ellas hasta que lo oía llegar. Por ejemplo, un día llegó un hombre con un maletín y me preguntó si lo podía dejar allí y a mí eso me asustó mucho, porque mi marido no estaba, y me dijo:

– Bueno, yo venía para hablar con él, que tal... bueno, ¿puedo dejar esto?

Era Antonio Cano, dejó el maletín que al final eran los libros «*Tierra de rastros*» que lo dejaba para que ellos lo vendieran. Entonces con el miedo que yo tenía, llevé el maletín al otro lado del patio, pensando que podía ser algo para que le explotase a mi marido.

Otro día vino un hombre a buscarlo. Ese hombre venía buscándolo porque él estaba trabajando allí a nivel político, pero yo no lo sabía ni lo conocía. Entonces cuando ese hombre preguntó por él y le dije que no estaba, me preguntó dónde podía estar, yo le dije que no lo sabía, pero en verdad sí que sabía que estaba en una reunión en el río. El hombre y me dijo:

– Bueno pues nada, soy fulano, me iré al río a buscar unas cañas.

¡Madre mía! Este hombre sabe algo y va a delatarlo, pensé. Cosas así nos pasaban por el miedo que teníamos entonces.

A mi casa venía mucha gente, allí se reunían cuando todavía no estaba techada la casa. Y ya viviendo en ella nos reuníamos también, de hecho el primer carnet PCE se dio en el patio de mi casa, con la asistencia de Fernando Pérez Royo que fue quien lo entregó. Aquel día tuve miedo, porque pensaba que podíamos ir todos a la cárcel.

La guardia civil siempre estaba molestando a mi marido, así que un día vinieron a llamarlo por la noche para que se presentara por la mañana en el cuartel, decían que querían hablar con él. Al otro día por la mañana fue y volvió en un coche con la guardia civil, me dijo que fuera por los mandados, que tenía que hablar con ellos un momento. Les dije que sí, pero que me tenía que arreglar –ya me había dado cuenta que de que eso era un registro –. Me metí en mi habitación y todo lo que había allí de propaganda ilegal traté de esconderlo, incluso, escondí un paquete de *Mundo Obrero* que él lo había traído por la noche, el carnet del partido me lo guardé en la faja, ¡en fin, lo quité todo! Cuando salí les pregunté: «¿Esto es un registro? ¡Pues podéis empezar, porque yo no me voy a ir!». Lo registraron todo, hasta el patio con mis hijos pequeños delante.

Un día me levanto, me asomo a mi puerta de atrás y veo los cordeles –entonces tendíamos las ropas fuera de la casa– llenos de pancartas y de pinturas, yo pensé: «Madre mía, vienen en busca nuestra». Ya estaban los guardias preguntando por la calle, así que cerré mi puerta con mucho cuidado, fui para adentro, cogí a mis niños de la mano cerré la puerta delantera con llave y pensé para mí: «¡Que pase lo que tenga que pasar!», y me fui de la casa. Yo sabía quién lo había hecho, por eso me quité de en medio.... y pensé: «¡A mí que no me pregunten nada porque yo no sé nada!». Preguntaron a Remedios que vivía al lado, a los vecinos... pero como eso lo hicieron por la noche y aquello estaba oscuro, ninguno sabía nada y el que lo supo, se lo calló.

Recuerdo los 1º de Mayo que el Partido lo celebraba en la clandestinidad, aunque yo siempre lo sabía, cuando veía que tardaba

mucho empezaba a inquietarme y a pensar si habría llegado la guardia y se los habían llevado a todos detenido. Hasta que decidí que también yo quería estar allí y empecé a ir los 1 de Mayo, porque si había que arriesgarse, lo haríamos los dos juntos. Ya entonces esto no se llevaba mal porque estamos hablando del 1975 y ya la gente se iba concienciando, esto fue después de la detención de Manuel Kiliño. Así que se había corrido la voz del registro de mi casa y cuando salía a la calle los vecinos me preguntaban qué había pasado, que esa mañana habían visto a Juan Antonio que lo llevaban para abajo. La gente ya sabía lo que estaba pasando y cuando preguntaban, yo respondía que nada, que creían que en mi casa había propaganda política y venían buscándola. Algunas personas mayores me decían:

—Nada hija eso no es nada, eso es por bueno, igual que mi marido.

Porque sus marido habían sido en otros tiempo de izquierdas y por eso los mataron. Después de que ya la gente se enteraron que estábamos en política, empecé a conocer a más mujeres; incluso gentes mayores que se confesaban a mí, y explicaban lo que les pasó, lo que les hicieron...

Mi familia empezó a asumir nuestro compromiso político y no lo veían tan mal, porque veían como era él, pero sí me reñían por miedo y me decían que cualquier día lo iban a detener, cualquier día... Era lo que ellos me decían, aunque después, mis tíos nos apoyaban; como cuando yo recogí las firmas contra la carestía de la vida y me firmó todo el barrio.

Empecé a tener mayor conocimiento de cómo había sido la historia y de todo lo que había pasado antes. Me volví totalmente rebelde y me puse en contra de todas las injusticias que había. Además, yo ya estaba integrada en todo, de hecho ya tenía mi carnet del PCE siendo una militante más. Entonces ya había mucha gente apoyando y eso te tranquilizaba más, a veces de personas que tú menos te lo esperabas, venían a mi casa a avisarme de cosas: «Niña dile a Juan Antonio que está pasando esto», y es que ya éramos muchos.

Recuerdo cuando vino aquí Víctor Manuel, vino una mujer y me dice: «niña dile a Juan Antonio que allí están fulano y mengano

de espías». También empezaron a decir, por ejemplo que no fuera la gente al teatro porque venía gente de la ETA, pero es que, además, algunas eran las mujeres de los del Partido que no tenían ni idea, y lo estaban diciendo tan tranquilas ¡pero por dios, no decir eso! – les decía yo– y me ponía a hablar desahogada, pero luego me venía abajo por el miedo que me entraba. También recuerdo las reuniones que hacíamos en el río y que nos llevábamos a los niños como si fuésemos a echar el día de campo y en realidad era una reunión que se daba allí; nos poníamos debajo de un árbol, los niños se bañaban, nosotros comíamos, pero era una reunión clandestina, si veíamos venir a alguien nos poníamos a comer para disimular.

Entre las mujeres no había mujeres destacadas, si acaso María Moreno, la mujer de Antonio Vargas, tenía menos miedo, era más echada para adelante y que yo recuerde éramos más mujeres, pero la más la destacada, ella.

Yo perdí el miedo, pensaba para mí misma que no estaba haciendo nada malo y si algún día me cogían, si eso pasaba, es que tenía que ser así, antes habían cogido a otros y estaban en la cárcel. Recuerdo que hasta en los billetes que circulaban estaba escrito lemas a favor de la libertad de los presos, entre ellos a Saborido. La verdad es que ha habido tantas y tantas cosas...

Cuando murió Franco, vimos que la democracia se acercaba y fue una gran alegría, pero tenemos que recordar que cuando habían legalizado a los sindicatos y al partido socialista todavía no habían legalizado al PCE, o sea, que estuvimos en la clandestinidad hasta el final, porque fue el último en conseguir la legalización

Ahora, valoro ese tiempo de mi vida como un tiempo dedicado a trabajar y luchar con mucha ilusión por una vida mejor para todos. Aunque visto ahora, se luchó mucho y da la sensación que no sirvió para nada, que nos están machacando, porque los derechos que entonces se consiguieron se están perdiendo.

MARÍA DEL CARMEN RAMOS DÍAZ ³⁵

³⁵ Testimonio de María del Carmen Ramos Díaz (escrito por ella).

*«La revolución no se lleva
en la boca para vivir de ella:
Se lleva en el corazón
para morir por ella».*
Ché Guevara

Empiezo a escribir después de dudarle mucho, pues me parecía que no aportaban gran cosa mis memorias a este proyecto tan querido por nosotras y que con tanto empeño está realizando Merchi. Pero al final, he decidido que precisamente el objetivo de este trabajo es dejar constancia de la multitud de pequeños o grandes granitos de arena de tantas y tantas mujeres, desde los ámbitos en que se movían y que ayudaron a que la Democracia fuera una realidad.

Nací en el año 1947 en una familia de cuatro hijos e hijas con gran diferencia de edad. Soy la segunda después de un varón que me lleva siete años, de una tercera a la que le llevo diez y para terminar, otro varón. Mi madre se llamaba Juana y mi padre Manuel, ella era ama de casa y él viajante de comercio, los dos nacieron en el barrio de San Julián, el barrio «rojo» de Sevilla. Mi madre nació en la calle Lira y mi padre en Duque Cornejo. Siempre he pensado que nacer en un barrio así, de alguna manera, marcaba la sensibilidad de sus habitantes hacia una conciencia social.

Vivíamos en una gran casa de vecinos y vecinas propiedad de una de mis tías que se llevó con ella a toda su familia, compuesta por sus padres, dos hermanas y su hermano. En la casa cada miembro de la familia tenía una habitación-dormitorio y el resto era común, como la cocina, patío, azotea, y el servicio (placa turca). A los niños y niñas se les bañaba en la pila de lavar la ropa, y las personas adultas se bañaban en los dormitorios, en baños de cinc. Mi padre era el único «machito», y había sido criado por toda su parentela femenina como un pequeño gallito rodeado de sus gallinitas e impo-

niendo su voluntad. Como era tremendamente celoso, a mi madre no la dejaba ni respirar, y a mí no quería dejarme salir a jugar ni a la puerta de la casa. Pero por su actividad profesional estaba fuera de casa algunos días de la semana, ¡gran respiro para toda la familia! Esos días eran de verdadero relax para todos.

Nací en el barrio del Fontanal. Fui un par de cursos al colegio público de la calle Arroyo y después nos mudamos a un pequeño piso en una barriada frente al Cerro del Águila que ya ni siquiera existe. Los pisos eran de tan mala calidad que no resistieron mucho tiempo. Allí fui una temporada a una academia en el Cerro del Águila, pero por entonces nació mi hermana pequeña, así que mi padre decidió que ya tenía suficiente educación, pues sabía leer y escribir, por lo que para una mujer era bastante y en casa hacía falta una ayuda. Toda la formación que después he podido adquirir, ha sido por el empeño que tengo por el conocimiento de las cosas. Debo decir que aunque lo anteriormente contado parezca un poco triste, yo no me sentía desdichada, pues era muy querida por mi familia y nunca me faltó alimentación o cuidados.

Empecé a trabajar muy pronto, aún no tenía quince años cuando me coloqué en el comercio como chica para todo, pasando de un establecimiento a otro. En los periodos de paro cosía para las tiendas. Yo había llegado a esa edad sin tener noción de la realidad en que se vivía políticamente en España. En casa no se hablaba abiertamente de nada que tuviera que ver con la situación en que nos encontrábamos. Fue después de tomar yo conciencia, que preguntando y atando cabos conocí la historia de mi familia. Mi abuelo paterno fue anarquista y a mi padre lo cogieron repartiendo propaganda por el centro de Sevilla y se lo llevaron a la comisaria: lo pelaron a rape, le dieron aceite de ricino.... Fue un milagro que un primo suyo falangista pasara por allí y al reconocerlo se lo llevó, evitándole el «paseíllo» al que a todas luces lo conducirían. Todo esto pasó antes de la guerra, pero a mi padre le habían metido tanto miedo en el cuerpo, que cuando estalló la contienda, estuvo en el bando nacional hasta que terminó, no quedándole sino terror; aunque yo lo había visto poner la radio de noche con mucho secreto, sin entender porque lo hacía.

Con trece o catorce años nos mudamos a los pisos de la barriada del Carmen, situada al final del Tardón. Fue allí donde conocí a mi compañero de toda la vida y el que me abrió los ojos a la realidad que estábamos viviendo. Él trabajaba como aprendiz en la fábrica de la Hispano Aviación. De todos es conocida la importancia de esa fábrica en la preparación de dirigentes políticos. Como decía, él empezó a prestarme libros y a llevarme a reuniones de gente joven, donde se comentaban las cosas y se discutía de todo. Yo me fui implicando tanto, que poco después pedí el ingreso en el Partido Comunista.

Las mujeres del PCE nos dimos cuenta de la situación en que vivían muchas familias de las casas de vecinos de Triana. La mayoría de esas viviendas estaban en ruinas. Nos recorrimos las calles Pureza, Troya, Pelay Correa, Pagés del Corro etc., haciendo una encuesta casa por casa para saber sobre el terreno la dimensión del problema. Fue tremendo cuando vimos en las condiciones tan lamentables en la que vivían muchas familias, era inaceptable que las personas pudiesen vivir así, con ratas, casas apuntaladas en peligro de derrumbe y en condiciones de insalubridad total. Ahí hicimos un gran trabajo por parte de las mujeres del PCE. Algunas de las que participamos fuimos: Josefa Medina (Pepi), Julia Campo, y alguna más que no recuerdo y yo. Con el tiempo se consiguió que a esas familias les diesen viviendas en el Polígono de San Pablo. A mí personalmente me hizo ver las desigualdades tan grandes que se daban en la sociedad

Mi entrada en una fábrica supuso para mí un cambio radical, puesto que yo siempre había trabajado con pequeños grupos de compañeras y compañeros, fue un contraste muy grande, que me sirvió de mucho para introducirme en la problemática que suponía las grandes masas de trabajadoras y trabajadores y sus distintos intereses. Esto suponía adaptarse a unos horarios y distintas formas de encarar la problemática obrera. Mi inicio en la fábrica no pudo ser mejor al coincidir en ella con una amiga, además de compañera y camarada del Partido, Julia Campos, que también vivía en el Tardón y que entramos a trabajar las dos al mismo tiempo. La fábrica tenía dos turnos, uno por la mañana de 6 a 2 y el otro de 2 a 10 de la

noche. Recuerdo lo dichosa que estábamos porque se nos ofrecía un campo con muchas posibilidades para poder desarrollar todo nuestro ímpetu juvenil, nuestra experiencia política y una gran oportunidad de hacer un buen trabajo de proselitismo con las compañeras. ¡En fin que nos sentíamos muy contentas! El camino que hacíamos juntas hasta la fábrica era entre risas y divirtiéndonos, ¡éramos tan jóvenes....! Pero era difícil convencer a los compañeros que ya llevaban allí trabajando mucho tiempo, de que nuestra entrada en la fábrica no significaba para ellos la pérdida de sus trabajos, ya que ellos tenían otros puestos. Como miembro del Partido Comunista ingresé en una de las células que tenía la empresa, y que nos reuníamos en los campos que había cerca de la «Sua».

Es curioso, en el momento que entramos en la fábrica los encargados nos calaron. Íbamos las dos con el pelo muy corto, vestidas con pantalones y teníamos esa desenvoltura y esa frescura que solo



La primera por la derecha, con sus compañeras de trabajo de HYTASA.

la da la juventud y el romanticismo político; lo que nos daba fuerza para enfrentarnos a los encargados y contestarles cuando querían alguna cosa, en fin... que se nos veía plumero. Porque claro, nosotras no perdíamos oportunidad en los vestuarios de hablarles a las compañeras de todas las cosas que pretendía hacer la fábrica con nosotras. Una de ellas era que querían que nos pegáramos a las máquinas como lapas para sacar producción y claro, le decíamos que eso no era conveniente para nosotras porque, si al mes de trabajar allí ya estábamos rindiendo, a los cinco o seis meses, ¿qué nos pedirían?

Teníamos grandes revuelos y los encargados procuraban fastidiarnos lo más posible. Nos ponían mala cara cuando íbamos al servicio, porque sabían que aprovechábamos cualquier oportunidad para hablar con las compañeras. De hecho, ocurrió que al poco tiempo empezaron a incentivar con un sobre-sueldo –una pequeña cantidad– cada semana, porque entonces se cobraba por semanas. Esto lo hicieron con algunas compañeras para que sirviera de acicate a las demás y siguiéramos su ejemplo, así la producción subiría.

En nuestro turno estaba con nosotras Mari Carmen, una compañera de Bellavista que después también formo parte de nuestro partido. A esa compañera fue a una de las primeras que le dieron un sobresueldo. Pero ella como rechazó a ese gesto de la empresa, cuando el encargado le dio el sobre le dijo que ese dinero lo iba a gastar en convidar a sus compañeras y brindarían a la salud de él. Y nos fuimos al Cerro del Águila todas las compañeras del turno a festejar el detalle de Mari Carmen. Bueno, eso fue una manera de darle a entender que a nosotras no nos podían chantajear con dinero. Evidentemente esto no duró mucho, porque había mucha necesidad y a la segunda o la tercera vez que lo dieron, la gente empezó a quedarse con el dinero, por lo que efectivamente se empezó a tener más rendimiento en las máquinas y al final se terminó por hacerle el juego a la empresa ¡eso no lo pudimos evitar!

La empresa se dio cuenta de que nosotras éramos allí un incordio, que estábamos soliviantando a las compañeras. Al parecer, según ellos, nosotras las mujeres por norma, somos más meticulosas, no fumamos tanto, ni hablamos tanto de fútbol, etc., así que ellos

pensaban que el rendimiento iba a ser mayor. Entonces nosotras frenando de alguna manera esa producción, estábamos haciendo un daño a la empresa que esta no lo podía permitir.

Nos ocurrió un caso que aunque yo no lo he podido probar, ni puedo probarlo, pero teniendo en cuenta las consecuencias no me queda duda que fue provocado por la empresa. Ya he dicho que nosotras entrábamos a trabajar en el turno de la mañana, que era de 6 de la mañana a 2 de la tarde, y como no había combinación de autobuses, teníamos que ir desde el Tardón hasta el Prado andando para coger el 12 que nos llevaba hasta la puerta de la fábrica. Yo vivía más lejos que Julia, por eso la recogía por el camino sobre las 4 de la mañana para hacer el camino juntas. Para llegar al Prado de San Sebastián, teníamos que atravesar el barrio Voluntad y Los remedios que por supuesto no es lo que vemos hoy ni mucho menos, pues estaba todo en construcción, algunos solares sin edificar y otros a medio construir.

Una mañana, al pasar por el lado de uno de los soportales, que después fue uno de los rascacielos de la Avenida de la República Argentina, nos salió un hombre que cogió a Julia por los hombros y la tiró al suelo, después se tiró sobre ella, esperando, supongo, que yo saliera corriendo asustada o algo así. Pero yo me tiré encima de él y empecé a darle patadas y a gritarle, con lo cual llamó la atención de un taxista que pasaba en ese momento y el tipo al darse cuenta que estaba pillado salió corriendo, pero yo lo perseguí y pude verle cara. Lo que pasa es que en ese momento con la precipitación y la oscuridad de la noche no podría decir tajantemente que fué uno de los porteros de la fábrica, pero juraría que fue él. A nosotras una vez que se nos pasa el susto, el taxista atiende a Julia, que tenía un ataque de nervios tremendo. Estaba claro que lo que pretendían era asustarnos, porque las consecuencias fueron inmediatas.

Al otro día, o a los dos días, nos separaron metiéndonos a las dos en turnos diferentes. Eso suponía obligarnos a hacer el camino solas. Nosotras creemos que la intención de la empresa estaba clara, meternos miedo; lo que querían era que nos diésemos de baja, porque el miedo a hacer ese camino tan largo solas, podía afectar-

nos después de lo que había pasado. Pero ocurrió todo lo contrario. Estábamos tan convencidas y satisfecha con nuestro trabajo político que pensábamos que la empresa, inesperadamente, nos había proporcionado la oportunidad para poder llevar nuestra lucha también al otro turno y controlar las dos plantillas a la vez. A la empresa le salió el tiro por la culata.

Fue un tiempo precioso, de mucho proselitismo con las compañeras y mucha actividad política. Quiero aclarar, que indudablemente todo lo que se hizo y se consiguió, hubiese sido imposible sin la participación de todas las compañeras de la fábrica. Me he sentido muy orgullosa de la labor que llegamos a realizar allí.

Participé en el incipiente movimiento feminista que empezaba a fraguarse en Sevilla. Aprovechando un resquicio de la legalidad vigente, las mujeres del PCE nos introdujimos en la Asociación Amas de Casa. Nos reuníamos en las dependencias que tenían el grupo católico de la Vanguardia Obrera Católica (VOC), en la calle Jesús del Gran Poder. Era un conjunto muy dinámico formado por mujeres de todos los movimientos de izquierdas, mujeres independientes, intelectuales, trabajadoras y algunas amas de casa. Entre todas ellas recuerdo a Encarna Ruiz, Rosa Benítez, Amparo Rubiales, Aurora León etc., y algunas de las Juventudes Comunistas, aunque su dirección no lo aprobaba.

Aunque yo no me considero una feminista activa, he de reconocer que ha sido una constante en mi vida la lucha por la igualdad entre hombres y mujeres.

Entre tanto, ya me había casado y nos fuimos a vivir a un piso de alquiler situado al final de la Avenida de Miraflores. Desde el primer momento el piso fue un lugar de reuniones, tanto del Partido como de la incipiente Comisiones Obreras. Estos encuentros a los que yo no podía asistir, me obligaban a dejar la casa y no regresar hasta que se hubiesen marchado todos y todas los asistentes a la reunión, pues por razones de seguridad, era mejor no saber la identidad de los asistentes. Estas situaciones eran tan excitantes por el peligro que se corría y la tensión que originaban, que te mantenían alerta y yo lo aceptaba de buen grado.

Una de las cosas que ocurrieron por aquella época fue que había una llamada a la huelga general. José, mi compañero, me llevaba al trabajo en una pequeña moto que teníamos, yo entraba a las seis de la mañana y él a las siete, por lo que le daba tiempo de dejarme en el Cerro del Águila y marcharse a su trabajo. Aquella mañana nos fuimos concentrando a las puertas de la fábrica para formar el piquete de huelga, pero yo no era consciente de lo que estaba pasando enfrente, lo supe más tarde. Por lo visto mi compañero vio circular un autobús urbano y, con la intención de pararlo, lanzó una piedra al cristal delantero, con la mala fortuna que la policía que estaba por los alrededores lo atrapó. Como ya dije, yo no sabía que estaba ocurriendo. La huelga fue un éxito, hubo mucha participación y a media mañana recorrimos el Cerro del Águila y sus alrededores en manifestación.

Un compañero de trabajo de mi marido que vivía en el barrio me vio y me conto que a José lo habían detenido. Cuando llegué a casa me estaba esperando la vecina de la puerta de al lado –que la policía había usado como testigo del registro del piso–, la pobre tenía un ataque de nervios. Cuando entré me quedé impresionada porque parecía que hubiera pasado un tornado por allí. Los cajones de los armarios tirados de cualquier forma, las estanterías, la ropa de la cama, ¡en fin, un caos! No encontraron nada. Sabiendo lo de la huelga «limpiamos» de cualquier papel comprometido la casa. La furia que me entró fue tal que me fui derecha a La Gavidia, mojada como una sopa pues llovía a cántaros y no había cogido paraguas. Fue un verdadero milagro que no acabara detenida yo también, ya que llegué insultando y gritando como una verdadera energúmena. En fin, la cosa no llegó a más, pues el conductor del autobús negó reconocer a José cuando lo pusieron delante y sólo estuvo detenido las setenta dos horas reglamentarias.

Durante algún tiempo en mi casa estuvo la máquina de escribir donde se hacían los clichés para la revista «Realidad», participando también en su distribución.

Mi salida de HYTASA fue muy precipitada. Cuando en el año 1970 se declara el Estado de Excepción con motivo del Proceso de Burgos, uno de los primeros detenidos es José que pasa a la cárcel

donde está poco tiempo, mientras tanto las caídas de camaradas son un chorro. Se sabe que los están soltando para cuidarlos con los nuevos detenidos y así poder acusarlos de pertenencia al Partido. Él no se lo piensa, se marcha directamente a casa de mis padres sin pasar por la mía, pues sabe que está vigilada. Allí me dice que se va a Barcelona para quitarse de en medio y yo no lo dudo, si él se va me marchó con él. Al día siguiente planteo en la fábrica que me concedan excedencia, me la niegan y pido la baja voluntaria. La sonrisa que se le quedó a mi jefe fue antológica ¡Qué fácilmente se iba una activista que molestaba bastante! Como digo, esa misma noche con una pequeña bolsa de ropa y en un autobús ilegal que salía del Cerro del Águila, marchamos auto-exiliados hacia Barcelona.

Estuvimos allí un año. Encontramos trabajo rápidamente, José el mismo día pues es un buen profesional y yo tardé una semana en encontrarlo en una empresa de plásticos. Teníamos un piso alquilado, situado en una zona poblada casi exclusivamente por catalanes en Hospitalet del Llobregat. Había que trabajar duro pues teníamos que hacer frente a los diferentes pagos: el alquiler del piso de Sevilla que tenía todos nuestros enseres, el que habitábamos allí y una letra que teníamos de un piso en el Parque Alcosa, que unos meses antes de marcharnos habíamos comprado sobre planos. En definitiva, no teníamos tiempo ni ganas de contactar con nadie del Partido. Fue un año de reflexión que nos ayudó a madurar y a reafirmarnos en nuestras ideas.

Regresamos a Sevilla a primeros del año 1972. Volvíamos con las manos vacías y sin trabajo, pues ni a él lo admitieron en Construcciones Aeronáuticas –sucesora de Hispano Aviación–, ni a mí por supuesto, en HYTASA.

Nos fuimos a vivir a nuestro nuevo piso del Parque Alcosa, ¡menos mal que durante nuestra ausencia los habían entregado! Porque así mis padres pudieron hacer la mudanza desde el piso donde vivíamos de alquiler al piso nuevo. Llegamos a un barrio que se estaba creando desde las máximas carencias. Enseguida contactamos con los camaradas, estos tenían un pequeño ambigú que daba cobertura a las actividades del grupo. Era un barrio obrero y en su inmensa mayoría carecía de lo más elemental. Fue relativamente

fácil ir ganando adeptos y adeptas para el Partido. Entre simpatizantes y camaradas, éramos mucha gente dispuesta a trabajar por el barrio, estábamos en todos sitios: asociación de vecinas y vecinos, de padres y madres, deportivas, culturales, ¡en fin!, en cualquier movimiento ciudadano. Nuestra lucha era sencilla porque había muchas carencias y la gente acudía a nuestras propuestas en masa como cortes en la autovía Sevilla-Madrid, manifestaciones, visitas a las autoridades etc. Un movimiento de concienciación muy fuerte, tanto, que cuando llegó la democracia y se legalizó el Partido Comunista la agrupación entregó ciento y pico de carnets –no recuerdo la cifra exacta–. Yo era miembro del comité y lo vivimos como una gran fiesta democrática en el barrio.

Mientras tanto, en mi vida privada habían sucedido cosas. Tuve mi única hija y trabajé en distintos sitios, de temporera en una fábrica de aceitunas, en la cocina comedor del colegio de mi hija, cosiendo para las tiendas etc. Trabajos todos precarios, hasta que a través de la oferta de empleo público de la Junta de Andalucía conseguí una plaza como personal laboral, cambiando de lugares a través del concurso de traslados. He estado en institutos y en delegaciones. En total veinte años hasta mi prejubilación.

Nunca he sido delegada sindical, pero me enorgullece decir que siempre entre mis compañeros mi voz se ha escuchado y se han tenido en cuenta mis opiniones y hoy en día me encuentro en condiciones de decir, que tal vez cometí errores involuntarios, sin duda, pero no me arrepiento de nada y mi vida ha estado llena de momentos inolvidables gracias a mi forma de entenderla.

CONCEPCIÓN REJO RAIMUNDO ³⁶

³⁶ Entrevista a Concepción Rejo por Mercedes Liranzo y María Carmen Ramos. Sevilla, 2015.

*«No tenemos derecho a pensar
que la libertad
puede ser ganada sin luchar».*
Ché Guevara

Me llamo Concepción Rejo Raimundo, nací el año 1954, soy la mayor de cuatro hermanas y un hermano. Vivíamos en la barriada de San Jerónimo, mi padre era cabrero y mi madre como si lo fuese, pero además, era ama de casa, madre y todo lo que surgiese.

A raíz de cumplir doce años me presenté para sacar una beca de estudio, pero había que presentarse a un examen. Saqué la beca, pero tuve que repetir curso porque la beca era para unos cursos inferiores a lo que yo había dado, así que a los catorce años me salió un trabajo y como era la mayor de mi casa, mi madre me dijo que me tenía que ir a trabajar. En realidad yo hubiese preferido estudiar, pero en aquella época la mayoría de las niñas de la clase trabajadora no teníamos elección, por lo que me tuve que ir a trabajar. Me fui a trabajar a Semengar, «Semengar Caballero», allí realizábamos la ropa de caballero desde los pantalones hasta las americanas. Cuando entrabas en la fábrica, lo hacías de aprendiz, así que cuando terminaba la jornada de trabajo y todo el personal se había ido, tenías que barrer.

Los primeros cuatro años yo tenía inquietudes, pero entonces se movía poca gente y había mucho miedo. Allí habíamos trabajadores y trabajadoras de muy diferentes edades y cada uno se relacionaba con aquellas personas con las que tenía más cosas en común según la edad, siendo yo de las más jovencitas. Sobre 1973 o 1974 ya con diecinueve o veinte años entro en el Club de la calle Monedero en La Macarena, es ahí, dónde voy tomando contacto con el movimiento obrero, con militantes del Partido Comunista y con Pepe León que al final ha sido mi marido, así como con trabajadoras del

comercio como, Teresa González, a la que a veces la esperaba de noche en la calle Puente y Pellón a que saliera de su trabajo. Todo esto con bastante miedo todavía por mi parte. Y es que en mi fábrica cada cual iba tomando contacto por su cuenta sin tener conexión con los demás; hasta que un día rompemos aquello y decidimos reunirnos en la calle Jiménez Aranda. Allí en principio fueron reuniones de mujeres, pero después, tomamos contacto con Charo Núñez y Carmen Núñez. Poco a poco fuimos llevando a las que querían saber más y a las más comprometidas. También empezamos a ir por el sindicato vertical. Tomamos contacto también con Paco Ledo y Felipe Millán y, a partir de ahí contactamos con el ramo del textil. Estos eran contactos del Partido Comunista (PCE) y era lo que más miedo me daba, ¡pero verdadero miedo! Sin embargo estando en Comisiones Obreras no me daba miedo de nada, porque parece que ahí estuviese defendiendo algo mucho más mío, aunque comprendo que era lo mismo, así que empezamos a reunirnos con la célula del PCE, aunque las compañeras de la fábrica no sabían nada de eso.

En la fábrica, la mayoría éramos mujeres, aunque los hombres nos apoyaban totalmente. Empezamos con una tabla reivindicativa para todas las trabajadoras y trabajadores de la fábrica y ahí, es cuando empieza de verdad los problemas. Tengo que decir lo orgullosa que siempre me sentí de la gente de mi fábrica, éramos como una piña ante cualquier problema que surgiera. La gente que conocieron los movimientos de SEMENGAR sabe que esto fue así. Cualquier contratiempo que le ocurriese al Comité, allí estábamos las compañeras y compañeros para animarlo, para que siguiera trabajando para solucionar los problemas con la ley en la mano.

Para mí empieza una nueva responsabilidad porque ya no es solo en la empresa, sino también en el Partido y el reparto del *Mundo Obrero*, que era el periódico del PCE. A mí, la verdad, me daba bastante miedo pero lo hacía. Nadie se hubiese imaginado que debajo de las alfombrillas de mi coche hubiese montones de ese periódico comunista, mi miedo era que mi madre se percatara de ello porque el coche lo compartíamos las dos y hubiese sido un drama para ella si lo hubiese descubierto. Aunque en realidad yo me dedicaba más al sindicato de las Comisiones Obreras.

Recuerdo cuando queríamos publicar la entrega de carnet de Comisiones Obreras en la prensa, cuando todavía estábamos en la clandestinidad. Nos fuimos una noche las tres, Juana, Marieta y yo al Correo de Andalucía. Nos sentamos allí las tres para que Chinarro nos atendiera y al lado de nosotras había tres hombres, pero no nos hablábamos, yo les miraba los pies y pensaba para mí que eran currantes igual que yo, porque observé que tenían los zapatos sucios como las gentes de la construcción. Yo estaba cerca de uno de ellos, que me preguntó muy bajito si éramos de Comisiones Obreras y yo le dije que sí. Juani me dio un codazo para que me callase y le pregunté que qué pasaba, ella me dijo que yo no sabía quién era y había que tener cuidado. Entonces le dije que si se había dado cuenta como tenía los zapatos llenos de cal, que no tenía más remedio que ser uno de los nuestros. Juani era mayor y tenía más experiencia que yo, por eso me llamó la atención, para que no hablase más de la cuenta, porque en aquellos años no te podías fiar de nadie y ella lo sabía. Después nos enteramos que esos tres hombres habían sido Eugenio López, Antonio Herrera y Rangel.

En aquella época en mi fábrica había muchas movidas. Cuando se formaba cualquier cosa nos encerrábamos y nos íbamos a la parte central de lo que era SEMENGAR CABALLERO, que era la parte comercial donde iban los clientes a comprar; lo hacíamos porque allí no llegaba nunca la policía secreta, los hombres a veces tenían más miedo que nosotras, en parte pensaban que la policía respetaban más a las mujeres que a los hombres, por la cosa esa, del paternalismo del régimen franquista.

Llegó un momento que nos dicen que nos vamos a fusionar con modistería, es cuando empezamos a percibir que allí lo que quieren es liquidarlas; eso se veía venir, pero aún así los trabajadores y trabajadoras de mi fábrica decidimos luchar para que se mantuviese la empresa. El contacto que teníamos con las compañeras y compañeros de modistería era más bien escaso, pero a partir de entonces empezamos a vernos con frecuencia. La fábrica de «MODISTERIA SEÑORA» confeccionaba las ropas de señora y estaba en el palacio que hay en la calle Santa Clara, fue allí donde nos trasladamos en verano. En el mes de Agosto todo el mundo se iba de vacacio-

nes, pero yo no me fui, decidieron que yo me quedara, pero puse como condición que me tenían que pagar lo que yo pidiese o no me quedaba, me dieron lo que pedí –que ya no recuerdo cuánto fue-. Después del traslado, empezamos con los primeros encierros y protestas. Hay que tener en cuenta que ya teníamos un rodaje hecho, con un Comité de Empresa y unos trabajadores y trabajadoras como una piña en cualquier circunstancia que surgiera.



La tercera por la derecha, celebrando las 1ª elecciones sindicales legales de antemano.

Las primeras elecciones sindicales legales del Comité de Empresa las ganamos Comisiones Obreras, a excepción de uno que fue para UGT. En esas elecciones teníamos tanta confianza en que la ganaríamos que en las fotos que tenemos las estamos celebrando antes de ganarlas. Así que se pueden imaginar la confianza que teníamos en que eso iba a ser así. Claro que Comisiones Obreras elaboró unos

libritos, no sé si alguien se acordará-, que me lleve hasta las 4 de la mañana estudiándomelos-, ¡pero mereció la pena!

Un día, nos íbamos las del Comité, a unos cursos que estaba dando Jaime Montes en el sindicato para saber interpretar las nóminas y así poder defender mejor a las compañeras y compañeros. Pero se planta el director nuevo -que ya no era Lebrato- y nos dice que todo el Comité no se puede ir porque la producción se va a quedar parada. Entonces yo le dije que nos íbamos porque teníamos derecho y él seguía diciendo que no. Yo le decía que estábamos haciendo uso de nuestro derecho a las horas sindicales. Así que cogimos el camino y nos fuimos sin permiso.

A la vuelta nos estaba esperando para decirnos que teníamos una suspensión de empleo y sueldo de 15 días. En ese momento se acerca el compañero Antonio Ríos y pregunta que pasa, se lo explicamos y es él quien se encarga de correr la voz por toda la fábrica. Jamás se me olvidará ese silencio en total tensión, con todas las máquinas paradas a mitad de la jornada. Nosotras empezamos a decirles a los compañeros y compañeras que no pararan que aquello legalmente lo teníamos ganado. Nos dan por escrito que estábamos suspendidas de empleo y sueldo, pero que eso lo teníamos que poner en manos de un abogado. Acabó la jornada y no salió nadie de la fábrica, ¡absolutamente nadie! La verdad es que es para estar orgullosa de los compañeros y compañeras. Se presentó el abogado y verificó que sí, que estábamos suspendidas de empleo y sueldo y nos lo da por escrito.

Después de esto las gentes eligen un nuevo Comité mientras nosotras estuvimos suspendidas de empleo y sueldo. Al final denunciamos y ganamos, porque entonces aquello se ganaba. Pero el director se niega a ejecutar la sentencia y no quiere pagarnos. El director más fascista que Franco dice que no. Nos va dando largas, diciendo que ya lo pagaría pero no lo pagaba. Pasó el tiempo y nos fuimos a Magistratura e íbamos tanto por allí que nos decían: «¡Niñas vais a tener que picar a la entrada!» Para esta cuestión de sentencia se presentó allí uno de Magistratura y le exigió la ejecución de la misma.

Las trabajadoras y trabajadores de la empresa también habíamos peleado por un local para el Comité y cuando nos incorporamos a trabajar después de aquello, nos dice la empresa que quiere tener una reunión con el Comité en nuestro local. Les dijimos que cuando ellos quisieran. A las 13 horas nos vamos toda la gente a la reunión. Se presenta Barrial, el nuevo director con el abogado «El Sevillano» –como le decíamos– y éste nos dice que haga el favor Antonio Ramírez de salirse del Comité de Empresa para cumplir las normas; porque le va a comunicar una cosa al Comité que le afecta a él directamente, así que tiene que salirse. El dijo que no pensaba salirse y la empresa dijo que bueno que lo comunicaba igual. Y nos comunican que Antonio Ramírez está despedido. Las gentes del Comité les preguntamos porqué y nos dice que el día que nos suspendieron de empleo y sueldo él había insultado al director. Los del Comité sabíamos que él no había sido, pero si sabíamos quien fue, lo que pasa era que no podíamos denunciar a otro compañero, porque al final lo defenderíamos igual que a él. El que había sido, lo pasó tan mal que se le cayó hasta el pelo. Pero como nuestra lucha era la misma, al final daba igual que hubiese sido uno u otro, podía haber sido cualquiera porque en realidad era lo que pensábamos todos. A partir de ese momento nos quedamos todo el personal encerrados en el Comité. Esto sería sobre la una de la tarde. Mi hermana se baja del Comité de Empresa y empieza a comunicarles a todas las compañeras y compañeros que han despedido a Antoñito, así que decidimos quedarnos encerradas allí. Nos quedamos dos días porque al que hizo tres fue cierre patronal.

Ahora empezamos una lucha distinta, primero para que abrieran y, a la misma vez, para que readmitieran a Antonio Ramírez. Recuerdo las asambleas que dábamos en la puerta de la calle Santa Clara en ese tiempo, con los fachas enfrente... Bueno pues ahora teníamos que ir al Gobierno Civil y a Comisiones Obreras, también teníamos al PCE al lado en la calle Teodosio. Primero apareció por allí Pedro Andrés, al que se le comunicó lo que pasaba, él informo a Nieto y este apareció por allí. Se presentó la policía secreta pidiendo la documentación y cuando me la piden a mí, les digo que sólo se la doy a la policía pero a él no se la daba, entonces me enseñan la pla-

ca, pero como Nieto había dicho que él no traía la documentación, los demás dijimos que tampoco. A mí me dice el policía que si no se la daba me podía llevar por delante, a lo que le dije que cuando él quisiera. Se llevó la policía a Nieto, pero lo mismo que se lo llevaron a la Gavidia, lo trajeron.

En víspera de La Feria de Abril convocamos una reunión con la Federación de la Confección en Sevilla 1, pero donde iba el Comité iba todo el personal. Así que ese día, estábamos el Comité arriba esperando a la patronal para sentarnos a negociar y nuestras compañeras y compañeros abajo esperando en el césped que había en la calle. Cuando la patronal que venía en coche los vio, nos llamó por teléfono diciendo que se suspendía la reunión porque abajo estaba toda la gente, o bien, que les dijésemos que se fuesen de allí. Les dijimos que el Comité no mandaba en nadie y que el personal de la fábrica estaba allí voluntariamente, que no éramos quién, para decirles lo que tenían que hacer. Le propusimos reunirnos en nuestro sindicato de CCOO en la calle Morería, pero ellos decían que jamás, en un sindicato comunista. Luego le propusimos en el de la UGT y aceptaron, pero la gente que estaba abajo esperando eran de Comisiones Obreras y se fueron de allí al local de CCOO. Estuvimos negociando, pero fueron unas negociaciones duras e intensas. En aquellas negociaciones creo que estuvo Paco Ledo también, él siempre estuvo muy cerca de la gente de SEMENGAR, así como Jaime Baena.

No se me olvidan las peleas que tuvo con nosotras Jaime Baena, porque cada vez que llegaba allí, me decía que aquello había que romperlo, que no se podía sacar más y que había que irse a trabajar. Yo le decía que no, que no empezábamos a trabajar mientras Antoñito no entrara con nosotros cuando él insistía –todo esto sentado en el escalón de una casa, en la calle de la empresa–, yo le decía que no le iba a decir a la gente nada, que se lo dijera él, pero volvía a insistir en que aquello lo íbamos a quemar, también yo seguía en mis treces. A continuación empezamos las negociaciones y en ellas se consiguió que Antoñito se quedara suspendido de empleo y sueldo 15 días, aun sabiendo que él no había sido el que había insultado al director. Estábamos seguras que por él las gentes estaba dispuesta a

todo, mientras que no lo teníamos muy seguro si lo hubiesen hecho por el que realmente lo insultó, a lo mejor nos equivocamos y las gentes hubiese actuado igual, pero ante la duda fue mejor así. En los 15 días que estuvo castigado, le recogíamos el dinero entre todas las trabajadoras y trabajadores y se llevaba su sueldo todas las semanas, hasta que volvió a incorporarse a su puesto de trabajo.

Después de eso empieza otra etapa de la lucha, en que menos mal que nos tocó un inspector de trabajo... un falangista de primera. Era cojo y no llevaba más que una bota, se sostenía en una muleta, pero con SEMENGAR se portó divinamente. Todos lo recordamos porque la lucha por las categorías él fue quien las consiguió. Cuando denunciemos aquello, él venía máquina por máquina y yo detrás de él. El encargado le decía que yo me podía ir y él le podía seguir explicando; pero él decía que no, que quien se lo tenía que explicar era yo. Al final la mitad salió con su categoría, menos yo. Como me dediqué a la lucha por los demás, me quedé con el mismo sueldo. Es lo que hacíamos entonces mucha gente, mirar por los demás.

Una vez nos propusieron que fuésemos a animar a las mujeres de los trabajadores de INVIRSA que estaban en huelga. Por lo visto estaban muy apagadas y apáticas –no sé si fue Ledo el que nos lo planteó–. Al parecer, algunas de ellas estaban presionando a los maridos para que entraran a trabajar, así que allí fuimos Marieta, Juana y yo. Eso fue una aventura porque no sabíamos ni dónde estaba el polideportivo de El Viso que era donde estaban las mujeres, al final lo encontramos y allí estuvimos las tres intentando animar a las mujeres de los trabajadores, salimos muy contentas porque nos dimos cuenta que realmente le habíamos contagiado nuestro entusiasmo y le hicimos comprender que la lucha de sus maridos, era también la de ellas. Pero claro, eso no era todo, porque luego también teníamos que reunirnos a nivel de Partido, de movimiento obrero, contactos con los comités de empresas que tenían problemas, pero es que entonces en casi todas las empresas había problemas.

Cuando me casé en 1979, teníamos muchísimos problemas porque los dueños de la empresa lo que en realidad quería era liquidarla, por eso las fusionó, para liquidar las dos del tirón, esto sería sobre el 1981 antes del golpe de Tejero. Empezaron por hacer

un expediente de regulación por grupos, un grupo estaba 2 meses y otro estaba otros dos meses, como yo estaba embarazada pues vi la oportunidad de coger mi regulación en el último grupo para después coger la baja maternal. Estando de baja maternal, me iba con mi niño en el capacho a todas las reuniones de mi fábrica y los jefes me decían que si lo estaba enseñando, a lo que yo les decía, que efectivamente allí había que seguir hasta última hora. Pero después viene lo dramático. Al final de los ERE nos dice la empresa que cierra la fábrica así que los trabajadores y trabajadoras les propusimos quedarnos con ella. Pero claro, ellos no estaban dispuestos a dejárnosla.

Creo que era en 1981, cuando todo el personal nos encerramos en la fábrica recuerdo que mi niño era muy chiquitito, así que lo mismo estaba con mi suegra que con mi madre. Encerradas allí pasan los días y es cuando conozco a Dolores Mondejar. Esta mujer era una trabajadora de la lavandería del Hospital Macarena, ella nos llevaba sacos de naranjas para que nos hiciésemos zumos para que tuviésemos vitaminas para resistir nos decía; al marido, Alfonso, si lo conocía, se dedicaba en el PCE al periódico *Mundo Obrero*. De la calle Teodosio, el PCE nos llevaron todo lo que utilizaban en la feria del Partido en Madrid. Recuerdo también a la suegra de Antonio «El Portu» que llevaba para todas una cántara grande de agua caliente para que las mujeres nos lavásemos. La solidaridad de las gentes fue increíble con nosotras ¡Nunca lo olvidaré!

Estando todavía en el encierro dentro de la fábrica, se produce una gran concentración del movimiento obrero en la Plaza de San Pedro. Esta fue una época de gran actividad combativa por parte de la clase trabajadora y había muchas empresas en conflicto, pero al parecer aquella concentración fue masiva, la plaza estaba tomada por la policía a caballo y empezó a disolver la concentración. Entonces es cuando los concentrados y concentradas deciden ir hacia donde estábamos la gente de SEMENGAR encerradas. Antes de que ellos llegaran, viene una compañera, Maca, toda sofocada y nos dice que la gente de la concentración estaba llegando. El Comité estaba preparado para agradecerles a las gentes por el megáfono su solidaridad, pero de pronto Ignacio (El Indio) grita:

– ¡Conchi, vete para dentro!

Me gritaba eso porque venía la policía a caballo. La puerta por donde entraba el personal era por la calle Dalia –que más pequeña no podía ser–, además había otras dos puertas, una en la calle Teodosio y otra en la calle Santa Clara. Cuando llegó la policía, la gente no sabía dónde meterse. Jaime Baena dijo que se metió debajo de un coche porque la policía empezó a palos y a disparar bolas. Mari Carmen Guerrero, una compañera que estaba embarazada, se asomó a la ventana y se llevó un gran susto con una bola que impactó en la reja, de hecho, para ella este acontecimiento tuvo consecuencias importantes, ya que el niño nació con problemas de intestinos.

En el encierro estuvimos hasta que fueron celebrándose los juicios por grupos de 10 y cuando quedamos los últimos 10 nos fuimos y ya está. A la abogada le teníamos dado el poder notarial para que ella en cualquier momento tuviese poder de decisión. Para todos y todas en la fábrica, los abogados de CCOO eran dioses en esos momentos. Por eso el día que no se presentó la abogada en nuestro juicio, fue una decepción. No cogimos ni un duro, sólo el fondo de garantía salarial a los dos años, después de 12 ó 14 años trabajando en la empresa. Según la fecha en que tuvimos la regulación, cobraba 16 meses o 18 meses de paro por la ley nueva o por la vieja. ¡Eso era difícil de asimilar por parte de los trabajadores y trabajadoras! Pero lo mejor que me queda de Semengar fue la gran solidaridad de mis compañeras y compañeros, no ya solo de nuestra fabrica, sino de todo el movimiento obrero de Sevilla.

En 1985, el SAS me hizo un contrato de limpiadora. Tuve tres contratos como limpiadora pero me dejaron de llamar. Luego me hicieron un nuevo contrato de celadora de 6 meses en traumatología. Gonzalo Mateu fue el que me enseñó el Hospital, que para mí aquello era un mundo. Las mujeres donde estaban trabajando era en la limpieza, de celadora habíamos muy pocas. En ese tiempo me recorro unos pocos de pueblos trabajando: Las Cabezas de San Juan, Los Palacios, las oficinas de Virgen del Rocío y el Hospital Virgen Macarena, que fue mi último trabajo. Ya en el 2003 Inspección me dijo, que como era posible que con mi enfermedad estuviese trabajando en las condiciones que yo estaba. Así que a partir de 2003, soy pensionista, aunque sin perder el contacto con el movimiento obrero. De hecho sigo en CCOO en el sindicato de Pensionistas.

MARÍA RODRÍGUEZ LUQUE ³⁷

³⁷ Realizado a partir de documentación facilitada por ella, y de la entrevista que le hace Antonio Ramos Espejo sobre su detención, en el libro «*Andaluzas, Protagonistas a su pesar*».

*«Yo no soy pobre,
porque vivo en libertad.
Vivo en la riqueza
porque doy muchísimo».*
José Mújica

Luz María Rodríguez Luque, nació el 25 de octubre de 1952. Su padre se llamaba José Rodríguez y su madre Sara Luque. Su madre era maestra sastra así que siendo apenas una adolescente, trabajó en el negocio familiar ayudando a su madre y a su padre que también trabajaba en el negocio. El trabajo para ella no era ningún secreto, lo había visto en su casa toda la vida. Finalizó sus estudios de bachiller, para más tarde formarse en administración, francés –Instituto de Toulouse– y auxiliar de enfermería pediátrica, aunque finalmente solo ejerciera como técnico medio de administrativa en Comisiones Obreras desde el año 1977.

En los ambientes de compañeros y compañeras de estudios y amistades, adquirió conciencia social y aunque era prácticamente una niña, ya era consciente del peligro que entrañaba ir a contracorriente en la dictadura franquista. A la temprana edad de dieciséis años conoce a través de un pariente suyo lejano a Francisco Acosta, militante del movimiento de Comisiones Obreras, que será su marido y compañero de vida, una vida llena de dureza, soledades y angustias; en una dictadura franquista ya caduca pero que no dejaba de dar grandes coletazos, llevándose por delante todo lo que le estorbaba.

Es a partir de su noviazgo con Paco Acosta cuando, de manera progresiva comienza a comprometerse en el trabajo clandestino sindical. En 1969 se embarca junto a Fernando Soto, amigo íntimo de la pareja, en el primer periódico de Comisiones Obreras «Realidad», un diario ilegal y clandestino, gracias a sus estudios de mecanografía y a su facilidad para la lectura y escritura que le inculcó

su abuelo. Su labor fundamental era mecanografiar los clichés, así como los sobres para el reparto de «*Realidad*» a los profesionales, etc., aunque posteriormente también pasaría a realizar trabajos de redacción, pero sobre todo, era la mecanografía.

Contrae matrimonio con Paco Acosta el 23 de Julio de 1970. Este había sido despedido de su empresa un mes antes con motivo de su participación en la convocatoria de huelga general, que para el 24 de junio había realizado Comisiones Obreras de Sevilla. A los tres días de la boda son detenidos los dos en Madrid junto a otras 14 personas, como participantes de la VI Asamblea Nacional de Comisiones Obreras. Fue asistida por la abogada Cristina Almeida, que consiguió que fuese puesta en libertad por el juez debido a que era menor de edad.

Su experiencia en comisaría

»En una detención de ese tipo se pasa muy mal, porque hay que ponerse en ese tiempo, en aquel lugar y en aquellas circunstancias. De alguna forma tú sientes que te faltan tus derechos, tu familia, la luz, no llega la luz. Recuerdo perfectamente la celda. Era muy grande, la cama estaba hecha de material recubierto de gresite y encima de eso te ponían una manta y allí era donde dormía. La comida te la traían en plato de lata, el vaso de beber también de lata. La comida por supuesto era incomible y yo estuve tres días en los que no comí absolutamente nada. Yo estaba absolutamente preocupada por cómo estaría mi madre, de cómo estarían los padres de él. En fin una cosa muy fuerte.

El trato conmigo no fue excesivamente malo, hombre cuando estás en una comisaría te tratan fatal. La verdad es que cuando salí de allí estaba muy orgullosa de mi misma porque creo que tuve un comportamiento bastante digno y al mismo tiempo, no les facilité ni una sola pista de nada. Incluso creo que cosas que podrían haber caído en sus manos, las quité de en medio. Porque cuando llegamos llevábamos mucha propaganda y mucha información en el coche, pero me las metí en las ropas, fui al lavabo y me deshice de ellas. Cuando estás en un sitio así, es como si te dieran una fuerza interior que te hace sentir más fuerte de lo que tú puedes ser, porque lo

necesitas, pero al mismo tiempo es una humillación ante la que tú tienes que sobreponerte. Yo creo que eso es lo que a las gentes en circunstancias muy malas les hace que sean capaces de mantener la dignidad y el tipo.

Era la primera vez que estaba en un sitio así y no sé cómo trataban al resto, pero a mí no me trataron especialmente diferente. Intentaron averiguar todo lo que pudiera facilitarles, cosa que yo intenté no hacer. En lo que sí pensaba es que tenía una garantía de 72 horas. Cuando tú sabes que vas a estar 72 horas y que es muy difícil que aquello se alargue, eso te da un poco de respiro y puedes aguantar. De hecho, cuando regresé a Sevilla noté que todo el mundo me saludaba con mucha alegría y mucho cariño, la verdad. Lo peor fue cuando te hacen la foto, cuando te ponen los dedos para la huella y cuando te ponen las esposas. Eso a una muchacha de 17 años la deja...

Sí había mujeres en esta lucha, aunque siempre han sido minoría, pero no han estado ausentes. Siempre ha habido muchas mujeres muy valerosas, muy sacrificadas. En el régimen franquista también había muchas que se complicaban la vida y que llegaban a meterse en las cuestiones políticas igual que los hombres, y sobre todo, en esta época no solo eran las esposas y madres, sino que eran mujeres que se comprometían».

Paco fue encarcelado en Carabanchel. El 15 de agosto de ese mismo año sale de la cárcel en libertad provisional. Cuando se promulga el estado de excepción, desde finales de 1970 hasta abril de 1971 se produce una gran represión policial en Sevilla y Andalucía. La Brigada Político Social desmonta gran parte de la organización de Comisiones Obreras. Se vieron obligados a salir de su casa, debido al acoso policial y tras haber sido descubierto y desmantelado el aparato de propaganda de Comisiones Obreras de Sevilla, del que ellos formaban parte. Convivieron con otros compañeros y compañeras en similares circunstancias, un piso sin muebles, ni luz eléctrica, cedido por un compañero llamado Esteban, trabajador del taxi.

El 24 de junio del 1972 detienen a Paco en Madrid junto con otros nueve compañeros de Comisiones Obreras, componentes de

la Coordinadora Nacional, cuyo proceso sería conocido como 1001. En el otoño de ese mismo año, la petición fiscal por parte del Tribunal de Orden Público para los diez detenidos considerados como la dirección nacional de Comisiones Obreras, por el cargo de asociación ilícita en grado de dirigente es de 162 años de cárcel, de los cuales a Paco Acosta le piden 12 años y un día. Posteriormente en el juicio celebrado el 20 de Diciembre de 1973 y que coincidió con el atentado contra el Presidente de Gobierno Carrero Blanco, la petición fiscal se convierte en condena.

El febrero de 1975 el Tribunal Supremo rebaja considerablemente las condenas, dejando la de Paco en dos años y cuatro meses. Ya había cumplido dos años y ocho meses, por lo que el 15 de febrero de 1975 es puesto en libertad. Durante esta última detención de Paco, Luz María se encuentra en Sevilla con tan solo diecinueve años de edad, así que decidió refugiarse en su familia y en otras mujeres de presos políticos, como Mari y Carmelita, mujeres de Fernando Soto y Eduardo Saborido, cuyos lazos afectivos crecían con cada detención o noticia que llegaba desde Madrid, igualando o superando incluso el trato con sus propias familias.

También esta última detención de Paco es la que marcará para siempre sus vidas, y la que determinara que Luz María inicie un intenso trabajo reivindicativo por la libertad de los presos del proceso 1001 y de todas las presas y presos políticos. Ahí empezó su deambular junto a otras mujeres, tratando de sensibilizar a todas las capas de la sociedad que pudiesen tener un mínimo de influencia a favor de las personas presas por cuestiones políticas.

Recorrieron embajadas, colegios profesionales, periódicos, corresponsales de prensa extranjera, personalidades de la cultura: escritores, cineastas, profesores universitarios etc. Se entrevistaron con párrocos, obispos, e incluso hicieron un viaje varias mujeres de presos, entre ellas Josefina –mujer de Marcelino Camacho– y ella misma desde Madrid a «El Escorial», donde se reunía la Conferencia Episcopal en 1973, pero no accedieron a recibirlas, haciéndoles entrega de un escrito demandando la toma de postura de la Conferencia a favor de la libertad de las presas y presos políticos.

En el año 1973 se fue a vivir a Madrid a un piso de alquiler, con Carmen, Mari, y Pilar –mujer de Luis Fernández Costilla–, y dos compañeras de otro proceso también muy conocido integrado por compañeros de La Bazán de Ferrol, para realizar junto con Josefina y otras mujeres, esposas o familiares de presos, una actividad aún más intensa por la libertad de los encausados en el Proceso 1001 y de todos las presas y presos políticos.



Luz María en el centro, con Josefina Samper y Pilar Martín.

En Sevilla, desde el principio de la detención junto a otras mujeres organizan infinidad de actividades como entrevistarse con los movimientos cristianos de base, con el Obispo Montero, con el Cardenal Bueno Monreal, colegios profesionales, dando charlas al estudiantado en la Universidad, entrevistas con profesores y profesoras, con el rector, etc. También se entrevistan con directores de periódicos y periodistas, así como emisoras de radio, especial mención a Chinarro y Antonio Burgos por la ayuda que les prestaron para acceder a las personas de su entorno profesional. También se entre-

vistaron con Iñaki Gabilondo recién llegado a Sevilla como director de Radio Sevilla, lo hicieron con empresarios, con el Capitán General de la 2ª Región militar, con personalidades tales como D. Ramón Carande es-rector de la Universidad de Sevilla –de comportamiento entrañable con ellas– y también de M^a Asunción Milá.

También es importante resaltar situaciones desagradable como la llamada de atención realizada por el entonces rector de la Universidad de Sevilla, D. Manuel Clavero, a D. Alfonso Cossío, abogado y defensor de Fernando Soto en el proceso, en el sentido de que no volviesen a dar ninguna charla en la Universidad o de lo contrario se vería obligado a pedir a la policía que los desalojase.

La otra cara de la moneda es, cuando un día en los años noventa se estaba identificando para entrar en el Parlamento de Andalucía, se acercó un hombre al que ella no conocía y dijo: «Esta mujer no debería tener ningún problema para acceder a este lugar, porque gracias a personas como ella tenemos democracia y este Parlamento». Él era uno de los estudiantes cuando ellas hacían campaña por las libertades de presas y presos políticos en la Universidad.

Cuando quedaba poco para la celebración del juicio, fue el 20-12-73, se desplazaron a Cataluña Josefina, Pilar y Luz María para realizar una campaña informativa del proceso y por la amnistía. Visitaron y se entrevistaron con el Abad de Montserrat, el Obispo de Gerona, el cardenal Jubany; directores de periódicos; empresarios y profesionales de todo tipo –Jordi Pujol no quiso entrevistarse con ellas–. Esta visita fue muy importante porque sensibilizaron a gran parte de la sociedad catalana hacia el problema de los presas y presos políticos en general y a los del 1001 en particular, porque el juicio lo tenían muy cerca y tuvieron una gran atención y sensibilidad hacia ellas.

El trabajo que se hizo anterior al proceso fue tan intenso y tuvo tanta repercusión, que incluso a nivel internacional se percibía esta repercusión a través de las cartas de apoyo que recibían de grupos de personas de países europeos; sobre todo, donde había trabajadores y trabajadoras emigrantes. También percibían el ambiente de solidaridad a través de la prensa internacional, ampliamente

informada por los corresponsales de periódicos y agencias de noticias en España, a los cuales ya se encargaban de tener absolutamente al día.

El intenso trabajo que habían llevado a cabo, se pudo valorar el día del juicio cuando la expectación era tal, que era extraordinaria la cantidad de juristas, periodistas y personalidades que llenaban la sala como observadores. Pero todo se vino abajo con el asesinato del Presidente del Gobierno Carrero Blanco por ETA. La sensación de frustración por el esfuerzo realizado era superada por el miedo a su seguridad y a la de sus familiares encausados –a pesar de entrar en la sala donde se celebraría el juicio en medio de un pasillo formado por policías–. Ni en los peores momentos tuvieron tanto miedo. Como resultado del atentado, la derecha más ultra se tiró a la calle, creando una tensión insoportable, dentro y fuera de la sala donde se celebraba el juicio, atemorizando a los familiares y a los presos con amenazas en la puerta del juzgado. La sentencia fue inmediata e igualaba en la condena a la petición fiscal.

La vuelta a Sevilla en la Nochebuena de 1973, tuvo que ser terrible para estas mujeres, en un tren nocturno de los de entonces, que tardaba en llegar a Sevilla alrededor de nueve horas. Después de despedirse de sus maridos en la cárcel, las nueve horas les dieron tiempo para pensar qué sería ahora de sus vidas truncadas para bastantes años; el régimen de Franco les había arrebatado los mejores años de sus vidas y había dejado a sus hijos sin la presencia imprescindible de sus padres y la ausencia, soledad, nostalgia y frustración de ellos.

Luz María decide ante una condena tan larga, trasladarse a vivir a Madrid para estar más cerca de Paco; al menos podía visitarlo en la cárcel una vez a la semana, aunque fuese 20 minutos y entre los gritos de otras personas que intentaban hacerse entender por sus familiares a través de plásticos –a modo de cristales–, cuyo olor nauseabundo, dice ella aún recordar. Durante todo ese tiempo, hasta que fue puesto en libertad Paco, estuvo viviendo con un matrimonio ya mayores, Luis y Emilia, personas solidarias donde las haya y que al coincidir el apellido de él con el segundo de Fernando Soto, iba con el carnet del marido a visitarlo todas las semanas como

primo de su marido. Así era de solidaria la gente en esos momentos con la causa de la libertad.

El 15 de febrero de 1975, Paco sale en libertad. Junto a él salen tres compañeros que tenían la misma condena que él. Ese día fue de gran incertidumbre. Sus familiares estaban ansiosos por verlos en la calle, desde por la mañana estuvieron en la puerta de Carabanchel familiares, compañeros y amigos. Pero fue al final del día ya de noche, cuando por fin salieron, no dejaron que se despidieran de sus compañeros como castigo final debido al aislamiento por la huelga de hambre mantenida.

El recibimiento en la estación de San Bernardo fue un recibimiento multitudinario que los compañeros y compañeras habían organizado, aunque la estación estaba totalmente tomada por la policía Armada. Ya durante el trayecto en el tren de Madrid a Sevilla con más o menos disimulo estuvieron también vigilados.

El 21 de Diciembre de 1975 nace su hija Yerma, un mes después de morir Franco y una hora después de haber asistido a un recital de Carlos Cano y Benito Moreno en el Teatro Lope de Vega de Sevilla, en el que el grito de amnistía y libertad era coreado por todos los asistentes al acto. En 1976, fue presidenta de la Asociación de vecinos «UNIDAD» del Polígono de San Pablo durante varios años. En los primeros años de la constitución de la Unión Provincial de Comisiones Obreras de Sevilla, formó parte de su Comisión Ejecutiva, como responsable de la Secretaría de la mujer hasta 1981.

En una entrevista que le hacen, a la pregunta: «¿Cuándo finaliza su trabajo en la política?», Luz María contesta rápido y de forma concisa:

– Yo creo que mi vida estará siempre ligada a la política, porque es parte de mí. Yo no entiendo mi trabajo como un contrato, sino como un sentimiento. No me retiraré nunca, aunque físicamente si lo haga.

ENCARNACIÓN RUIZ GALACHO ³⁹

³⁹ Testimonio de Encarnación Ruiz Galacho (escrito por ella), 2017.

*«Todas las desgracias del mundo
proviene del olvido y desprecio
que hasta hoy se ha hecho
de los derechos de la mujer,
naturales e imprescindible del ser mujer».*

Flora Trista

Nací en el año 1946 en Málaga capital, en la calle Victoria, la calle principal del barrio de ese mismo nombre, y me bautizaron con el nombre de Encarnación, porque así se llamaba mi abuela materna. Mi madre, María Galacho Hernández, y mi padre, Diego Ruiz Navarro, eran maestros nacionales, como lo habían sido mi bisabuela, mi abuela paterna, como lo eran mis tíos y lo serían mi hermana y mis primas. Yo misma iba camino de serlo cuando lo dejé en tercero de Magisterio, a falta de las asignaturas de la Sección Femenina a las que no me presentaba. Tenía 17 años y me permitía el lujo de hacerle la guerra al Franquismo por mi cuenta, en nombre de «las inquietudes sociales», como se decía entonces entre los jóvenes airados o desafectos del régimen, que luego vendría el paso más comprometido de «tomar conciencia». Vivía el conflicto de tener en mi familia a las dos Españas, la de los vencedores y la de los vencidos de la Guerra Civil. Ante lo cual, yo tomé pronto partido por los vencidos, antes de que me lo fundamentara el ideario marxista con el que iba a convivir toda mi vida adulta.

Mi padre fue depurado nada más entrar las tropas franquistas en el municipio costero de Marbella, donde ejercía y donde sufrieron una represión brutal que ha sido analizada y documentada, en un libro de reciente publicación por una historiadora malagueña. Aunque partidario de la Izquierda Republicana y afiliado a UGT, mi padre debido a una dolencia auditiva no había empuñado las armas, ni tenía en su haber los temibles «delitos de sangre», porque en ese caso habría sido fusilado de inmediato. Sólo había combatido con la palabra, y por ello objeto de la Gran Depuración que diezmó a los maestros nacionales republicanos. A igual que tantos

otros correligionarios, albergó la esperanza de que la victoria de los Aliados, en la II Guerra Mundial, traspasara los Pirineos, y con ese fin acudía a las reuniones secretas que se hacían en algunos parajes, como en el Parque de Málaga. Pero cuando quedó claro que la liberación de España no entraba en los planes de la Alianza anglonorteamericana, se aferró a la memorización de los discursos de Azaña, a los fragmentos más queridos, que recitaba en voz alta cuando creía no ser oído.

Mi madre en cambio, estaba ideológicamente en el polo opuesto. Pertenecía a una familia de la derecha católica –la CEDA de Gil Robles–, no sólo porque era extremadamente religiosa, sino porque su padre, mi abuelo materno, era el sacristán mayor de la S.I. Catedral de Málaga. Todos ellos se vieron muy afectados por los episodios de la quema de conventos acaecida en la ciudad, en mayo de 1931, tras la proclamación de la II República que provoca la huida del obispo don Manuel González, así como el terror rojo desatado a partir de julio de 1936, en una Málaga asediada por la sublevación franquista. Mi abuelo era de extracción social humilde y tenía a sus parientes en el anarquismo, siendo algunos de sus primos los que habían ido a «visitarle», para que entregara las llaves de la Catedral. Una propuesta sacrílega y profanadora que a mi abuelo le puso enfermo, y que mi abuela y mi tía aprovecharon para llevárselo al campo. No sabían que, cuando aquellas puertas se abran por orden de la autoridad republicana, para alojar a la masa de refugiados que llegan huyendo del terror franquista, la Catedral será una tumba para muchos de ellos, para los más vulnerables, mujeres, niños y viejos.

Mi abuela, como no podía ser menos, entregó las pocas joyas de su ajuar a la sublevación militar, a la Cruzada contra la Masonería y el Comunismo, lo hizo por devoción, por ideología, sin recibir ningún beneficio material a cambio. Un enorme cuadro de Franco colgado en la pared, presidía el comedor familiar, y por supuesto, en sus plegarias siempre estaba presente darle larga vida al invicto Caudillo, que tanto hacía por la España nacional-católica. Sus dos niñas, mi madre y mi tía, habían estudiado en las Teresianas y las dos hicieron la carrera de maestra, para que fueran independientes

económicamente, repetía mi abuela, cuando esa aspiración pertenecía más a la legislación republicana que a la legislación del Nuevo Estado impuesto por los franquistas vencedores. En fin, contradicciones de las dos Españas, como fueron los casorios de sus hijas con maestros, el uno falangista y el otro un republicano depurado por rojo. Aunque mi madre seguía siendo una ferviente católica, a mis abuelos le sentó fatal tener por yerno a un rojo en la casa, pero se esforzaron por anteponer los lazos de sangre a los de la ideología política enemiga, tanto que mi hermana era la preferida de ellos.

Debido a las dificultades de mi padre para ganarse el sustento, tuvo primero que dar clases particulares, y después, hacerse corredor de seguros, por lo que mi madre fue el sostén económico. Para ahorrar en vivienda y en todo, mi madre se fue a la escuela de un poblado fabril, Los Remedios, que estaba en medio del campo, en la vega del Guadalhorce, entre los pueblos de Campanilla y Cárta-ma, donde nos fuimos todos a vivir. El poblado tenía estación de ferrocarril para los trenes de mercancías y de viajeros, pero no era un apeadero. Para bajar y subir de los trenes, había que proveer a los viajeros de una silla, a modo de escalón, por esa razón le llamaban la «Estación de la silla». Ante aquel absurdo, mi padre hizo la petición de apeadero que fue admitida. Cogía diariamente el tren por razones de trabajo y esto era un justificante de la reivindicación al respecto, sin que le molestaran por «meterse en política», cuando ésta sólo significaba preocuparse por los demás, por la colectividad. Claro que mi padre arriesgaba algo al señalarse, porque su trabajo de viajante de seguros era una ocupación característica del republicano español represaliado. Luego ocurrió que al ser satisfecha la petición, el éxito fue muy comentado en aquellos andurriales, donde se decía que lo había conseguido «el marido de doña María».

Mi madre era allí una autoridad, no tenía a nadie por encima, no había cuartel de la Guardia Civil, alcalde, médico, cura, ni capilla. Aquello era lo más laico y parecido a una comuna, porque tampoco el dueño de la fábrica hacía notar su presencia, tenía su residencia casi siempre vacía, pues dejaba al encargado el mando de los obreros y a un administrador el control de las propiedades. Y todos los días, a excepción de las fiestas de guardar sonaba la si-

rena de la fábrica, como el ritual que era, llamando a trabajar a los hombres del lugar. Unas horas después, a las nueve de la mañana, mi madre abría la puerta de la escuela, y los niños con los niños y niñas con las niñas, cada uno en su fila respectiva esperaba la orden de entrada. Yo misma estaba con las demás niñas, vestida como ellas, un babi blanco y una moña roja. Una imagen idílica que solo alteraban invariablemente, las voces de las madres llamando a los que se retrasaban y de ella la más desesperada gritaba: «Perico, a la escribanía».

La escuela unitaria de niños y niñas, era una excepción en la política educativa de segregación de sexos del franquismo, y venían chiquillos y chiquillas andando desde algunos cortijos, que estaban a varios kilómetros de distancia. Para mi madre eran esos, lógicamente, los mejores y no a los había que dar voces para que fuesen a la escuela y palmetazos para que prestaran atención, dado que, en la escuela unitaria, además de la coexistencia de sexos, estaban todas las edades y cursos de la enseñanza primaria, que iba de los 6 a los 12 años.

Naturalmente no faltaban, entre la primavera y el verano, las romerías de tipo religioso, que se hacían en los pueblos vecinos y que arrastraban una presencia femenina importante. En aquellas procesiones, cuya meta era llegar a la ermita de la Virgen, se veía a las mujeres tristes y con lágrimas en los ojos, con unos hábitos horrendos de colores oscuros, con los queregonaban el cumplimiento de promesas hechas al santo de su devoción. Algunas llevaban rodilleras puestas, para hacer el camino en tan incómoda posición, pidiendo milagros imposibles.

Para mi padre aquello eran supersticiones, con las que no se podía contemporizar en absoluto. También, del mismo parecer era «la Elefanta», con el mérito añadido de ser mujer y analfabeta, aunque muy sabiamente se había procurado la coartada de ser viuda y haberse instalado en la vejez prematura y el luto riguroso. En cuanto al mote que la dejó sin nombre era un misterio. No sé si se lo pusieron por ser una mujer muy alta, o ir vestida de negro de pies a cabeza. Tenía unos cincuenta años que parecían ser más, y se ganaba la vida de lavandera, a la espera de que la reclamaran los dos hijos varones,

que se fueron a trabajar a las fábricas de Barcelona. Estábamos en la década de 1950 y con ella había comenzado la gran emigración de la masa proletaria, desde la Andalucía oriental hacia la industria de Barcelona y su comarca.

A mí también me trasladaron de lugar, llevándome mi padre a Estepona, un pueblo costero, donde residía mi abuela paterna, doña Mencía, maestra nacional ya jubilada, y que tenía en su haber la medalla de Alfonso X el Sabio y una placa pública de reconocimiento a su labor. Mi abuela vivía con sus dos hermanas, Pepa y Ana, las mismas con las que, tras separarse de su marido, había criado a mi padre y tenía un círculo de amigas de su edad, casi todas solteras o viudas, que hablaban de sus recuerdos y vivencias, entre las que, claro está, figuraba la Guerra Civil, sin ser el tabú que fue en las casas de los vencidos.

Ante la entrada de las tropas franquistas, la casa de mi abuela fue refugio para un grupo de mujeres republicanas, en riesgo de ser ultrajadas y violadas por las tropas coloniales marroquíes, «los moros» que eran los que más aterrorizaban a la población indefensa. Ellas contaban lo que le había ocurrido a otras mujeres rojas que no habían tenido escapatoria; y recordaban a mujeres casadas y solteras y hasta preñadas, tratadas sin consideración, abiertas en canal, reventadas a pedradas o a culatazos.

Otro elemento de politización temprana fue para mí la lectura del diario ABC. Mi abuela, contrariamente a lo que cabía suponer, era una asidua lectora del diario conservador, de la derecha monárquica. Con su gran intuición, daba por sentado que la monarquía vendría después de Franco, pero tampoco se quería gastar una peseta leyendo a la derecha. La solución era leerlo con dos semanas de retraso, gracias a una amiga, cuyo marido estaba suscrito, y le reservaba un lote de periódicos cada quincena. De ese modo, tendría yo 8 años, cuando en lugar de tebeos, cogía el ABC que dejaba mi abuela, y me leía lo que se me antojaba; prefería las páginas de la coyuntura internacional, dónde se hablaba de las revoluciones anticoloniales del Tercer Mundo, y empecé a retener los tópicos del «telón de acero», con el que fueron bautizados los regímenes comunistas de Europa oriental y la propia Unión Soviética. Eran usuales las

referencias a Josif Stalin, el máximo dirigente del comunismo ruso y de la Unión Soviética, muerto en 1953, al que llamaban «el zar rojo», cosa a la que le daba yo algunas vueltas, como ocurre con una contradicción en sus términos. Hasta, mismamente, aquellos vocablos: Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) me parecían una fantasía que obraba encantamientos a los que las repetían. Pero había que ser más prosaica, sin duda, y un buen día el corresponsal de ABC, al tratar de la vida laboral en la URSS, informaba muy escandalizado de que las mujeres rusas trabajaban en el servicio de la limpieza de las calles, cosa que a mí no me pareció nada mal que lo hicieran. ¡Imagínate qué tiempos!

Volví a Málaga y adiós a los periódicos. Tenía que comenzar el bachiller elemental, y ocuparme de mi hermano pequeño, que con él ya fuimos: cinco hermanos, tres varones y dos féminas. Mi hermana era la mayor de todos, me llevaba diez años de diferencia, y ya había desempeñado un papel de responsable de la Acción Católica malacitana. El obispo Herrera Oria quiso mandarla a estudiar a Navarra para que hiciera periodismo, en la Universidad Católica, pero mi hermana no era una exhibicionista, tendía más al recogimiento y a las obras piadosas. Como hacía proselitismo conmigo, estuve enrolada algún tiempo en las benjamins de la Acción Católica, y algunas veces hizo que le acompañara a las visitas de caridad cristiana que hacía a las familias pobres de los suburbios, a los que llevábamos unos paquetes de comida, ropa y medicinas. Pero eso era «coser y cantar», comparado con el trance más duro. Ocurrió una Navidad que fuimos a la Casa Cuna, allí había una sala con unas rejas desde donde las madres veían a los pequeños, incluso los bebés que le enseñaban las monjas. Nosotras estábamos por fuera con las madres, unas mujeres variopintas, algunas prostitutas de los burdeles más deprimidos, que al ver a los hijos gritaban de alegría y otras lloraban en silencio, pero luego sucedió aquello. Una mujer de pelo rubio estropajoso, de los decolorados con agua oxigenada, y unos tacones muy altos, pedía que le enseñaran a su hijo, a gritos, enloquecida.

Luego mi hermana decidió dar un giro radical y hacerse monja de clausura. Naturalmente, temía decírselo a mi padre, al que no le

iba a sentar nada bien y, por supuesto, no le iba a dar ni una peseta de dote para el convento, pues mi padre, como mi tío después, coincidían en alegar que la dote era la carrera de magisterio que sus hijas llevaban consigo. Por mucho que las monjas protestaran, diciendo que la carrera no les servía a ellas de nada. Así que, durante un tiempo estuvimos yendo de visita a los conventos de clausura, que no eran pocos, para ver cuál de ellos tenía las reglas más severas, hasta que una de mis primas se prestó relevarme de aquellas giras conventuales. Tanto, que al final fue mi prima la que se quedó de monja de clausura en Las Reparadoras, y mi hermana se fue de maestra a Casabermeja.

Años después, las inquietudes políticas que habían ido germinando por la vía familiar y el acopio de lecturas, dieron un salto de calidad, como se diría en la dialéctica marxista, gracias a mi hermano Diego. Porque él había tenido de profesor, en la Escuela de Peritos Industriales a Alfonso Carlos Comín, entonces un intelectual católico de izquierdas, por medio del cual conecta, primero, con los estudiantes de Acción Católica (la JEC) y, después, a finales de 1965, con la Juventud Obrera Católica (JOC), cuyo responsable provincial era Pedro Andrés González García.

Antes, debido al encantamiento de la URSS, yo había leído mucha literatura rusa, pero en adelante, al compás de los contactos de mi hermano y de su proselitismo conmigo, empecé a leer libros de marxismo, algunos que habían colado –pese a la censura franquista–, y algunos otros que eran libros clandestinos que mi hermano se agenciaba de la trastienda de algunas librerías. Así que en cuanto me lo propusieron, formé junto con mi hermano, Pedro Andrés y otros dos amigos, el núcleo fundador del Frente de Liberación Popular en Málaga a mediados de 1966. Era la única mujer del grupo, y a mi madre, todo aquel calcorreó que teníamos le parecía fatal y peligroso, pero huelga decir, que no le hacíamos ningún caso.

Pedro Andrés era el que había conectado el año anterior (1965) con el Frente de Liberación Popular, más conocido coloquialmente por «el Felipe», después de una reunión de Paco Pereña en Málaga, en casa de José M^a González Ruiz. Ya Madrid le había proporcionado una entrevista con Marcelino Camacho, que era ya el líder indis-

cutible de las Comisiones Obreras. El grupo hizo mucho por la difusión de Comisiones Obreras y por la participación en las elecciones sindicales de 1966, pero después de la primera vuelta electoral nos vinimos a Sevilla Pedro Andrés y yo. Pedro Andrés había sido despedido de la fábrica textil Intelhorce debido a un plante laboral y como no era la primera vez en ser despedido, tampoco tenía posibilidades de entrar en Citesa. En cualquier caso, como nos habíamos emparejado, pensamos probar suerte en las fábricas de Sevilla, comparativamente más industrializada por el Polo de Desarrollo.

Pero nada salió en Sevilla como se esperaba desde el punto de vista laboral. Pedro Andrés tuvo que colocarse de peón en la construcción y yo, por una u otra circunstancia, tampoco entré en ninguna fábrica. En la ciudad, sólo conocíamos a una gente que habían sido de la JOC y a través de éstas, entablamos amistad con los socialistas, con Felipe González y Alfonso Guerra y otros más de su entorno. Felipe González fue el padrino de nuestra boda, y Santos Juliá el cura que nos casó en la parroquia de las casitas prefabricadas del Polígono Sur. Los socialistas simpatizaban con «el Felipe» debido, entre otras cosas, a la crítica de esta organización al estalinismo de la Unión Soviética y de los Partidos Comunistas herederos de la III Internacional, caso del Partido Comunista de España (PCE).

Sin embargo, pese a que los socialistas nos dieron más muestras de solidaridad y más motivos para ingresar en sus filas, la defensa de Comisiones Obreras –y la mitificación juvenil del nuevo movimiento obrero que hacíamos– nos empujaba al PCE, en calidad de partido obrero y principal partido de la lucha antifranquista, sobre el que tenía mis objeciones. Así se lo dije al camarada con el que me veía y que me dio el ingreso en el PCE. Tales objeciones eran las relativas al discurso de «la reconciliación nacional» y la visión triunfalista que tenía el secretario general del PCE, Santiago Carrillo, sobre la caída del Franquismo, sobre el papel del Ejército, y sobre la alianza antifranquista con la burguesía española.

Pero todo parecía indicar que el PCE me estaba esperando, por así decirlo, para encomendarme el trabajo con las mujeres, y que yo acepté encantada. En realidad, también me habían sugerido retomar mis estudios y meterme en la Universidad, pero el de las muje-

res era un frente de lucha en el que estaba todo por hacer. Prueba de lo cual era que, una recién llegada como yo, fuese la única militante femenina del PCE, y razón por la que me asignaban la responsabilidad. No obstante me extrañó mi situación sobremanera al conocer a la dos compañeras que estaban en la órbita del PCE, caso de Rosa Benítez y M^a del Carmen Mérida, las dos maestras, que no daban muestras de congeniar con los elementos directivos del PCE ni deseo alguno de organizarse en sus filas.



En una reunión de mujeres.

La Asociación de Amas de Casa había sido legalizada al calor de la Ley de Asociaciones de 1964, la misma con la que después se legalizarían las Asociaciones de Vecinos, pero en nuestro caso estaba aparcada, porque la Junta Directiva eran mujeres de un perfil idóneo para legalizarla, pero sin interés por la dedicación que

requería ponerla en marcha. En otros lugares, caso de Madrid, creo que fueron las falangistas las que se adueñaron de este tipo de asociaciones, y le hicieron frente las del Movimiento Democrático de la Mujer, creado por la militancia femenina del PCE, en calidad de primera organización feminista. En Sevilla no tuvimos, a la postre, ese problema porque: primero, nuestro radio de influencia era bastante más modesto y; segundo, porque el falangismo femenino en Sevilla (la Sección Femenina) no estaba por la pelea, y se tropezaba más con las catequistas del Opus Dei que con las falangistas puras y duras. Por ello en una serie de parroquias estábamos vetadas, pues el activismo femenino, si acaso más que los demás activismos, se asociaban al «comunismo ateo».

Así que, en base a la tapadera legal que nos proporcionaba la Asociación de Amas de Casa, empezamos a reunirnos en 1967, las muchachas que estábamos en la órbita del PCE. En un primer momento, nos reuníamos en los locales de la Vanguardia Obrera Católica (VOC), en la calle Jesús del Gran Poder, que esta organización cedía gustosamente. Junto al cine club Vida los Jesuitas tenían un foco de agitación política y cultural de primer orden. Con nosotras se reunían algunas militantes femeninas de la VOC, las más avanzadas, caso de Ana Esteve, además de otras muchachas de izquierda, sin filiación definida, también solteras y maestras, caso de Carmen Grosso y algunas amigas más.

En su empeño por seguir los pasos de Madrid, en Sevilla el PCE había tratado lógicamente de reclutar, en primer lugar, a las compañeras de los camaradas, salvo los relacionados con los aparatos de propaganda que debían abstenerse de darse a conocer y dar con ello pistas a la Policía, cosa que no les convenía ni a ellos ni a nosotras. A la Asociación tampoco le convenía que estuvieran las mujeres de líderes obreros muy señalados por la represión, caso de Fernando Soto y Eduardo Saborido, aunque hubo compañeras que al principio no iban con ganas, dando a entender que si los de «arriba» en la jerarquía del Partido y Comisiones Obreras no mandaban a sus mujeres, por qué tenían que ir ellas. No olvidemos que lo que se le proponía a las compañeras era un riesgo menor, como era asociarse a una plataforma legal. Y que a esto, puede que

respondieran unas 30 mujeres, en un primer momento, y es más, añadamos que esa cifra referida a la organización local del PCE de Sevilla, que podríamos calcular en un millar de militantes, era un dato significativo.

En la Asociación contamos con núcleos de mujeres, al menos, en cuatro barrios: Bellavista, Triana, Polígono San Pablo, y Torreblanca. Luego más dispersas, por el distrito centro y otros distritos habría una quincena de compañeras. En Bellavista llegamos a contar con ocho compañeras: las mujeres de SACA, que eran las cuatro o cinco del entorno familiar de los Gonzalo Mateu. Dos mujeres de camaradas de Dragados y Construcciones, muy competentes, pero que se ausentaban algunas temporadas por razones laborales de los maridos; y otras dos chicas, obreras de fábrica, y novias de camaradas de las juventudes. En el núcleo de Triana actuaba Josefa Pérez Medina, Julia Campos y Mari Carmen Ramos, y acaso Chari Mulas, antes de irse a Barcelona y algunas más. Estas mujeres desarrollaron un gran trabajo de puerta a puerta, a cuenta de «las casas en ruina». En el Polígono San Pablo tuvimos el radio de acción en «las casitas bajas», que era un refugio provisional de casas prefabricadas, a la espera de adjudicación del piso, y donde había unas seis u ocho mujeres, entre ellas Lola, la mujer de Alfredo Gasco, Patricia García Castro, y me parece que también se reunía Esperanza, la novia de Guillamón, y otra chica rubia, que no doy con su nombre. Finalmente, en Torreblanca empezamos en 1969, cuando me mudo y contacto con las hermanas Morales, que vivían en la parte de Torreblanca la Nueva. A las reuniones venían Mari, dos maestras del barrio y otra chica casada.

En los tres años que vino a durar la Asociación, todo un milagro para la época, no sé si llegamos a rebasar el medio centenar de mujeres. Y eso sin contar a las muy jovencitas, puede que media docena, procedentes de la Unión de Juventudes Comunistas (UJC) y de Comisiones Juveniles, que acudían en ocasiones a las reuniones y participaban en algunos temas. En aquella sintonía conocí a las hermanas Carmen y Chari Núñez, que vivían, en el Polígono San Pablo a Mercedes Liranzo, y algunas más a las que les perdería la pista. Porque el responsable de la UJC, un tal Julián Albarracín, se

oponía a que las chicas fueran a las reuniones de mujeres, y por esa razón también me llamaron a capítulo.

Desde la Asociación tuvimos dos tareas fundamentales: una, organizar charlas para difundir nuestra presencia por los barrios obreros; y dos, realizar actividades reivindicativa, por ejemplo el caso de los pliegos de firmas contra la carestía de la vida y sobre la vivienda social, principalmente. Las charlas sobre la «promoción» de la mujer, un eufemismo de curso legal con el que se trataba de denunciar la opresión de la mujer bajo el franquismo, a la par que se le proponía organizarse y luchar.

El régimen franquista se caracterizaba, como es sabido, por haber anulado la igualdad jurídica entre los sexos, que afirmara la Constitución Republicana, y con ello anuló todos los avances del Código Civil de la II República, entre los que figuraba el matrimonio civil y el divorcio. Se volvió al Código Civil de 1889, en el cual las mujeres casadas carecían de capacidad de decisión propia y estaban absolutamente subordinadas a su marido. El hogar solía ser el del marido y, en caso de separación, las mujeres no tenían ningún derecho a reclamar bienes gananciales, incluso podían perderlos si eran declaradas culpables. La sumisión de la mujer al marido era tal, que la licencia marital, como su nombre indica, lo era para todos los actos de la vida y sin ella no podía hacer ni testamento. Tampoco tenía la patria potestad sobre los hijos hasta que muriese el padre, e incluso hasta 1970 él podía darlos en adopción sin consentimiento de la madre.

Nosotras compartíamos al cien por cien el Programa reivindicativo del Movimiento Democrático de Mujeres (1968), que era un programa feminista, inspirado en el ideario marxista. Entendíamos que el primer paso para la emancipación de la mujer era la incorporación al trabajo extra-doméstico, como fuente de independencia económica que le permitiría liberarse del sometimiento económico al marido y a los hijos. Solicitábamos la realización de las tareas domésticas «en equipo», y la creación por el Estado de una red de guarderías, y centros escolares especializados para los menores discapacitados. Asimismo pedíamos levantar la prohibición y el oscurantismo que había en el control de natalidad, en cuanto se concebía

como un tema tabú y un asunto pecaminoso. Finalmente, en cuanto a los derechos civiles, se planteaba: la eliminación de la licencia marital, la petición de la patria potestad conjunta y la mayoría de edad a los 21 años, frente a los 25 años en vigor, pues hasta esa edad no se podía una emancipar de la familia, esto es: abandonar la casa de los padres si no era para casarse, o entrar en alguna orden religiosa.

Rosa Benítez, Carmen Lérica, Carmen Grosso y yo, dimos la mayoría de las charlas –que tampoco pudieron ser muchas–. En ese sentido había muchas dificultades porque el tejido asociativo de los barrios era inexistente en muchos de ellos. El único barrio en el que hicimos unas cuantas fue Bellavista, en el centro cultural de la fábrica Uralita, que presidía Marín, y al que dejamos de ir porque al hombre lo llamaban al Cuartelillo de la Guardia Civil y lo amenazaban con el cierre. En Bellavista, el PCE tenía un radio de influencia fuerte y era con diferencia, el barrio obrero más politizado de Sevilla; un barrio autoconstruido por aquellas fechas, y uno de los primeros que hizo un pliego reivindicativo para que «Bellavista hiciera honor a su nombre».

Las reivindicaciones sobre las que actuamos fueron la vivienda social y la carestía de la vida, frente a la espiral inflacionista de los precios, y en la que se trataba de hacer agitación por la mañana en los mercados y otros puntos de encuentro. La fórmula para difundir y respaldar las peticiones en ambos casos era el pliego de firmas que nos repartíamos para ir difundiendo por los barrios, y casa por casa y hasta donde llegáramos. Comprendía, obviamente, una labor de «concienciación», como se decía entonces, en la que se iban muchas horas. Yo no recuerdo haber tenido grandes tropiezos con los elementos fascistas, falangistas o policías, sólo que a veces costaba convencer no a una sino a dos, porque la mujer era como se dijo una menor de edad cuya firma debía autorizar el marido, que también era «el cabeza de familia».

Casi siempre, nuestros escritos iban dirigidos al gobernador civil de la provincia, entonces el falangista Utrera Molina, con la idea de dejar sentado que no nos íbamos por las ramas, que el conflicto lo entablábamos con el Gobierno. En el caso de la vivienda lo enfocamos desde el ángulo de denuncia de «las casas en ruinas»,

que afectaba al casco antiguo de la ciudad, entonces sometido a un proceso de demolición de casas de vecinos y corralones antiguos. No obstante el hecho de que algunas viviendas ruinosas fuesen un peligro real para sus moradores –caso del siniestro de la calle Guadalupe–, que sirvió de coartada a los propietarios descontentos con los bajos alquileres, que dejaron a tal efecto que el caserío se degradase, y así matar dos pájaros de un tiro: deshacerse de los alquilados y obtener pingües beneficios de la especulación posterior de los solares y las edificaciones de nueva planta.

Este proceso, como se sabe, supuso un considerable trasvase de la población sevillana del centro a la periferia poblada de bloques de viviendas de protección oficial (VPO), donde el «pisito» se presentaba como un evidente progreso para los que habían vivido en una o dos habitaciones de alquiler, con cocinas y aseos colectivos. Y comportando todo ello un trascendental cambio para la familia obrera, que sería el paso del alquiler a la propiedad individual. Pero entre el desalojo de la vivienda ruinoso y la entrega de llaves del piso, podían mediar algún tiempo, a veces años, durante los cuales las familias afectadas eran alojadas en los «refugios provisionales» que se habilitaron al principio en precario, en viejos edificios de la geografía urbana, hasta llegar a las casas prefabricadas, incluso fuera, caso de Los Merinales y La Corchuela. En nuestro planteamiento reivindicativo solicitábamos medidas alternativas, como pretender que los desahuciados volvieran después de las reformas necesarias a sus casas y barrios, y que los alquileres no rebasaran el 10 por ciento del salario mínimo. Estábamos llevando una campaña de participación de familias afectadas en Triana y San Julián, cuando la represión del estado de excepción de 1969 se nos echó encima.

Junto a la actividad reivindicativa llevamos a cabo, en calidad de militantes solidarias con los movimientos sociales, el apoyo a la lucha de Comisiones Obreras, caso de las huelgas de FASA, en el verano de 1968, de Astilleros y la Construcción en el primer semestre de 1970. Se trataba de potenciar la movilización de las mujeres de los trabajadores en la difusión del conflicto obrero, en general, y de cara al sostén de la resistencia obrera en particular, mediante la colecta económica por los barrios obreros, primordialmente. Además,

las mujeres de FASA desempeñaron un papel destacado, abochornando a los esquiroleros y «rompe huelgas», a la puerta de la fábrica y en el barrio de San Jerónimo, donde está la fábrica enclavada.

Las mujeres de SACA habían iniciado la línea de movilización femenina con el conflicto obrero en calidad de afectadas por la suerte del marido, debido al cierre de la fábrica, y el carácter defensivo que revestía. Se trataba en adelante de desarrollar esa línea de actuación, en términos defensivos y ofensivos, como podían ser las huelgas salariales y de rechazo a la represión de las detenciones y despidos. En este sentido, la política del PCE ponía el acento en que las comisiones de mujeres afectadas por el conflicto en cuestión visitaran a las autoridades civiles, militares y religiosas, para emplazarles con ese motivo.

A todo esto, podría decirse que, con lo que tuvimos menos éxito fue con la célula de mujeres, solamente éramos cuatro: Patri, Lola, Mari Morales y yo. A finales del verano de 1968 se marchó Patri García Castro, la hermana de Eladio, el principal promotor de la escisión del PCE (i). La escisión en el sector obrero afectó a las Comisiones Obreras juveniles y a las Comisiones Obreras de la Construcción, y yo cómo sabía de qué iba la escisión, esperaba que Patri se definiera al respecto. Me parece que fue al volver de una reunión cuando me dijo que no estaba de acuerdo con la línea (política) del PCE; así que, le respondí que en ese caso lo coherente era no seguir organizada en la célula. Pero como la consigna de esa escisión era la de haber sido expulsados del PCE, los escindidos no tardaron en confundir la consigna con la realidad, cosa típica, por lo demás, de la vorágine de la clandestinidad, y olvidar cómo había sido la ruptura.

Luego vino el Estado de Excepción del 69, en el que la Policía volvió a detener a Pedro Andrés, y quisieron llevarme también a mí porque buscaban a «la gran señora» y creían que era yo. En un primer momento me libré de la detención porque estaba embarazada de mi hija Mencía, o pensaron que tenían tiempo para detenerme, cuando los interrogatorios de Comisaría estuviesen más avanzados. A la postre dieron con que «la gran señora» de marras no era una mujer sino un hombre de la dirección del Partido, con el que yo me

había visto. Ni por asomo se me habría ocurrido la idea de ponerme ese tipo de seudónimo –el «nombre de guerra» en la clandestinidad–, pero ya decía bastante de la psicología del individuo que se lo puso.

Siguiendo con la cronología, sería a finales del verano de 1970 cuando fui expulsada del PCE, debido a la participación que se suponía había tenido en la crítica planteada por Pedro Andrés, a la «huelga general psicológica» de junio de aquel año. Esa convocatoria la decidió la dirección del Partido de Sevilla, aprovechando la imponente agitación desencadenada por la huelga del sector de la Construcción, pero que tal como se temía por parte de los críticos, lejos de beneficiar a la correlación de fuerzas, debilitó la lucha de los albañiles sobre los que cayó una represión atroz en despidos, detenciones y encarcelamientos. Por ello cabe pensar que, con esa ocurrencia, Fernando Soto, como máximo responsable del PCE y de Comisiones Obreras trató de colgarse alguna medalla.

La crítica al «dirigismo» era certera, pero como tantas veces ha ocurrido, en el movimiento obrero, cuando se reconoce, se hace mal o tarde. De hecho, el VIII Congreso del PCE (1972) asumió la crítica al «dirigismo» ejercido sobre Comisiones Obreras en los términos de «correa de transmisión» del Partido, al igual que, por otro lado, se combatió la discriminación de la mujer en los órganos dirigentes. Pero eso no supuso ningún tipo de autocrítica concreta, ni disculpas para los expulsados, acusados de «traición» y objeto de vilipendio.

En mi caso, había sido expulsada del PCE, en base también a la teoría refranera de que «los que duermen en el mismo colchón son de la misma opinión». Y, primero mandaron a la célula a un responsable, desconocido para mí, que luego supe quién era, y que me dio una requisitoria sobre mi proceder, aunque el hombre no se aclaraba muy bien sobre el pecado cometido, aunque lo juzgaba delito de lesa patria. Como no podían sacarme ningún trapo sucio, ni abochornarme con algún fallo, el argumentario se reducía en esencia a que yo no quería al Partido lo bastante como para estar dentro. Algo terrible, por supuesto, desde el punto de vista de la doctrina estalinista, según la cual no había salvación fuera de la Iglesia-Partido.

Visto lo cual, el paso siguiente fue mandarme unos días después a un camarada, al que sí conocía, y que a modo de cartero sin carta me comunicó la expulsión, al que recibí en el quicio de la puerta de mi piso en Torreblanca. Una cosa traumática, sin duda, pero que personalmente no lamenté en absoluto, porque para mí organizarme en un partido de lucha era un acto de libertad y no de servidumbre. No pretendía servirme de un partido para medrar ni para hacer carrera política, ni para comulgar con ruedas de molino.

Las expulsiones llevaron aparejada una campaña de sambenitos con la que los mandamases trataban de justificar la medida adoptada, la represión ideológica, que ya era un progreso que no fuese física, como en la purga estalinista clásica. Con vistas al aislamiento de los que habíamos sido excluidos, habida cuenta de que no éramos unos desconocidos, sino militantes públicos y notorios. En mi caso, había tenido cierta notoriedad, con motivo del apoyo a las huelgas de enero del Astillero y de la huelga general Construcción de junio de 1970, porque fue ésta segunda de una agitación extraordinaria en Torreblanca y una serie de barrios obreros, donde organizamos colectas y mítines relámpagos. Pero, según la campaña destinada a mi persona, uno de mis pecados era no ser una mujer de mi casa, tener las faenas domésticas abandonadas y estar todo el día tirada en la calle. O sea, lo que yo entendía por una campaña anticomunista, porque lo mismo me decían los esbirros fascistas del Gobierno Civil, cuando iba con las comisiones de mujeres y los pliegos de firmas.

Con el afán de correr la voz de que estábamos expulsados y nadie se acercara, llegaron a la delación, y a eso que se nos echó encima el Estado de Excepción del Consejo de Burgos –diciembre de 1970–, decretado por seis meses. Luego se nos ubicó en las escisiones pro-soviéticas de aquellas fechas, primero, en la de Eduardo García, de cuya existencia nos enteramos por ese motivo y, después, con la del PCOE de Enrique Lister. Y de ahí que, bastantes años después, en los años 80, todavía había gente del PCE que me adscribía a los círculos de los pro-soviéticos, cuando mis simpatías iban por la China de Mao.

Con la represión de aquel estado de excepción lo pasamos fatal. La Policía se llevó a Pedro Andrés que estuvo un montón de días en

Comisaría y otro montón en la cárcel, y yo más sola que la una iba y venía, de noche y de día, con mis dos hijos, con dos y tres años, literalmente a cuestas. Pero tenía 25 años y una vitalidad a prueba de bomba. Después de todo tuvimos la suerte de que a Pedro Andrés no lo despidieran de la fábrica «Andaluza de Cementos», de la que era propietario la familia de Alejandro Rojas-Marcos –un caracterizado personaje de la oposición antifranquista–.

En cuanto a volvernos a organizar políticamente, a Pedro Andrés no le faltaron ofertas de grupos, y con insistencia por el PSOE, dada su amistad con Felipe González. Pero hasta después del Estado de Excepción de 1970-71 no empezamos a sacar el boletín «Expresión Obrera», publicación de Comisiones Obreras de Sevilla. Y fue, a finales del verano de 1971, cuando entramos en contacto con la Organización Comunista Bandera Roja, a través de Alfonso Carlos Comín, de la forma más inesperada, pues le habíamos perdido la pista. Pero al pasar Pedro Andrés por la Puerta de la Carne se encontró sentado en la puerta de un café a Comín con Eduardo Chinarro. Entonces se vino Alfonso a la casa y nos trajo unos cuantos ejemplares que llevaba encima de los periódicos de las Comisiones de Sectores, promovidas por Bandera Roja en Barcelona, y se llevó los números de Expresión Obrera. El intercambio de propaganda y de grupo continuó durante un año, al cabo del cual, en el verano de 1972, formalizamos la integración en la organización y comenzamos a editar el periódico «*Unidad Roja*».

La organización de Bandera Roja (en adelante BR) tenía algunos puntos de contacto con el «Felipe», en cuanto se tendía a la dirección colegiada y se apostaba más por una estructura horizontal, algo que se dirá sólo era factible en los grupos pequeños; aunque no era raro encontrarse, en aquel tiempo, con grupúsculos que reproducían los vicios de la jerarquización y el «culto a la personalidad» de los grandes, creyendo que en lugar de vicios eran virtudes. En cuanto al «conflicto chino soviético», simpatizábamos más con la China Roja y su presidente, Mao Zedong, no al estilo pro-chino típico, sino en términos cercanos al grupo italiano «IL Manifesto» y a los círculos marxistas de Althusser y Poutlanzas en Francia, o sea, en el sentido de un maoísmo a la europea. Finalmente, añadir a esto,

para dar una idea organizativa del funcionamiento del grupo, que BR funcionaba en base a cuatro frentes de lucha: Comisiones Obreras, Comisiones de barrios, Comisiones de Maestros, y Comités de Curso de –Universidad y Bachilleres–.

Volviendo a mi trayectoria, diré que estuve tentada de irme de Torreblanca unas cuantas veces, pero me retenía la responsabilidad moral que pensaba haber contraído con el barrio, al ser yo la que había abierto el frente de lucha en 1969, primero con las mujeres en la parte de Torreblanca la Nueva, y luego en Torreblanca la Vieja –o de Los Caños– que era la zona autoconstruida y expansiva, situada a ambos lados de la autovía. Además tuvimos la suerte de conectar con una comunidad cristiana de base que se había instalado en el barrio, y que no tardaron en unirse a la lucha y a la organización: Rosalía, Margot, Jesús Roig y más tarde, Antonio Moreno y José Antonio Casasola, demostraron sobradamente su combatividad. Rosalía era maestra y con su hermana Cristi y otras amigas desempeñaron un buen papel en las Comisiones de Maestros, Jesús Roig fue pionero de la Comisión Obrera de Roca, y en la de Recalux, y su coordinación con las contratistas de Astilleros; Casasola se volcó en la movilización del sector de la Construcción, y Antonio Moreno fue el que se dedicó por completo al frente de barrios.

Entre 1972-73, ante el cierre de la factoría Punta del Verde, de Andaluza de Cementos, donde trabajaba Pedro Andrés, tuve que afrontar el proceso de movilización de las mujeres directamente afectadas por el despido masivo. La lucha de Andaluza de Cementos, con una plantilla de un centenar de trabajadores, fue con diferencia la de mayor importancia de las luchas de resistencia al cierre de empresas de aquella coyuntura en Sevilla.

Ciertamente, podríamos habernos librado del problema, pero hubiera sido mayor el cargo de conciencia. Un año antes, Alejandro Rojas Marcos quiso trasladar a Pedro Andrés a la factoría de Alcalá de Guadaíra, la más moderna de la capital y de las tres factorías que tenía Andaluza de Cementos. Pero Pedro Andrés se negó a ello, temiéndose lo que resultó ser. Con su habitual espíritu de sacrificio, quiso seguir la misma suerte que los compañeros de trabajo con los que había convivido y había representado como cargo sindical, y

rechazó el traslado; como antes, también, había rechazado la promoción profesional de ser un mando intermedio. En este rechazo de oportunidades, de hacernos la vida más confortable, también rechazamos en su día la vivienda que el Vertical nos ofertara y el propio gobernador civil, Utrera Molina, por persona interpuesta. Utrera era de Málaga, sabía quién era yo y pensé que pretendía congraciarse.

En realidad, hasta que nos marchamos, a finales de 1975, Torreblanca la Vieja estuvo en lucha permanente, con un protagonismo de mujeres y de BR, que tenía en este barrio su implantación principal. Pero, lógicamente, en los competitivos medios del PCE molestaba que fuésemos hegemónicos en Torreblanca, y se mofaban de mí, de mi activismo, diciendo que yo me creía «la reina de Torreblanca» y otras niñerías por el estilo. Pero el 21 de julio de 1973, tratando de que el parto no cayera en la fecha fatídica del 18 de julio, había parido a mi hija María, la tercera, y justo al mes siguiente yo era la que rompía el cerco para cortar la autovía Sevilla-Málaga ante un destacamento de la Guardia Civil que lo impedía metralleta en mano.

Habíamos convocado la acción con varios días de antelación, y llegado el momento la mujeres acudieron, agolpándose a los lados de la autovía, que había sido acordonada por la Guardia Civil. Pero cuando parecía que íbamos a dejarlo para mejor ocasión, salté con mi hija Mencía de la mano, como si fuese a cruzar la autovía, y me coloqué con ella en el centro de la carretera desierta. Por un instante estuve sola con mi hija de la mano, que lloraba de pánico y la cogí en brazos, porque las metralletas nos apuntaban, pero las compañeras al vernos solas ante el peligro se armaron de valor, desbordaron el cerco y se apiñaron a mi lado. No había visto nada igual, tan hermoso.

Desde luego nuestra militancia era indesmayable, pero también las condiciones materiales de Torreblanca propiciaban la fórmula de que se unieran las condiciones objetivas y subjetivas. En las condiciones objetivas figuraba el hecho de ser un barrio autoconstruido y carecer de todo tipo de infraestructura y de servicios colectivos, todo lo cual redundaba en que tuviésemos un copioso programa

reivindicativo: problemas de alcantarillado y pavimentación, de colegios nacionales y ambulatorio médico. Además de ser un barrio atravesado por el Canal de los Presos, por la autovía y requerir la instalación de pasos subterráneos para facilitar los accesos.

En la Junta Colaboradora Municipal, un organismo que databa de finales de los años 60, a iniciativa de Rojas Marcos entonces concejal, participaron conmigo, en calidad de vocales, Antonio Moreno, José Sánchez, un chaval del PCE, y otra mujer, Encarna Assa, hermana de José Assa, del grupo de jóvenes expulsado del PCE con nosotros y también militante de BR. El presidente de la Junta era un médico con predicamento, por tener consulta, en la parte del barrio llamada Las Lumbreras, y se las daba de tratable y «castizo», pero ante nuestro plan reivindicativo declinó el cargo en cuanto pudo, en un constructor de medio pelo, que informaba al Cuartel de la Guardia Civil. Y sin olvidar al cura párroco, en cuyas dependencias se hacían forzosamente las reuniones, y que era un fascista de tomo y lomo. Pero nosotros movilizábamos al menos una media de 300 mujeres en pliegos de firmas y manifestaciones de calle, y más de medio centenar se trasladaban, en comisión, del barrio a la Casa Consistorial para defender las reivindicaciones, tal como reflejan algunas hemerotecas. Aunque algunos vecinos del barrio, de los que habían emigrado del campo a la ciudad, sentenciaban, muy cachazudos, que las mujeres podían más, porque como el refrán «dos tetas tiran más que dos carretas». Se referían a que, en aquellas condiciones, sobre las mujeres caía una represión menor.

Pero, finalmente, con la represión desatada por el decreto antiterrorista de finales de agosto de 1975, tuve ya que irme del barrio, porque la situación de estado de excepción se alargaba demasiado, casi tres meses duró, hasta la muerte de Franco, el 20 de noviembre. Entonces, alquilé un piso en la barriada de Villegas, situada junto al Polígono Norte y las Hermandades del Trabajo, y ya pude escolarizar a mis dos hijos mayores, Pedro y Mencía, de 6 y 8 años. Unos meses después ya había montado en el colegio la Asociación de Padres de Alumnos, por un lado, y por otro, no tardé en encontrar un ambiente bullicioso y propicio a las reivindicaciones de barrio y de movilización de mujeres. En 1976 iniciamos las reuniones y el

reclutamiento de mujeres con vistas a la plataforma reivindicativa. Y en 1977 a partir de las asambleas y concentraciones afrontamos la lucha por la apertura en la zona de un consultorio.

En mayo de 1977 movilizamos a 400 vecinos, recorriendo durante dos horas los siete barrios de la zona, desde el Polígono Norte hasta las Hermandades del Trabajo, pasando por La Carrasca, El Cerezo, El Rocío, Begoña, y Villegas. Las mujeres en lucha eran en su gran mayoría jóvenes, más o menos de mi edad, tenía 31 años, y de todas las tendencias, aunque había más comunistas y anarquistas que socialistas, y otras que sin filiación definida, y todas nos llevábamos bastante bien. Había un núcleo de amas de casa que le dedicaban tiempo a la conversación con sus iguales, y eso daba sus frutos multiplicadores, porque unas y otras arrastraban de sus parentelas. Y yo, como a fin de cuentas era la más veterana entre aquellas mujeres del barrio, casi siempre me solicitaban para hablar en las asambleas públicas y dar el mitin con el megáfono en ristre. Además había el APA del colegio público Pío XII, del que era presidenta, también participaba activamente en la coordinación de las APAS de la zona.

A todo esto, en 1976 había abandonado la militancia en BR, porque después de romperse la organización con la escisión de Barcelona, se destapó un clima de sospecha irrespirable. Por otro lado, la dirección del PCE, desde el informe de Santiago Carrillo en Roma, titulado «*De la clandestinidad a la legalidad*», había lanzado la llamada al reingreso de militantes y grupos en la nueva etapa que se abría en España tras la desaparición de Franco. Y yo, también, pensaba que la legalidad era un terreno más favorable para debatir y aclarar los malentendidos de otros tiempos, pero falsa ilusión.

Con motivo de la primera convocatoria de elecciones municipales (abril de 1979) formé parte de la candidatura del PCE en el puesto nº 13, cosa que no me molestó en absoluto, porque ya dije no tener interés en la carrera política. Y de hecho lo demostraría, una vez más, cuando, debido a las vicisitudes de la lista, tuve la oportunidad de ser concejal y rehusé hacerlo. Lo cual no quita, por otro lado, que supiese de sobra, que la asignación de lugar en una lista es el fruto de una correlación de fuerzas interna, y de un reconoci-

miento o no a tu labor. Y, desde luego, nadie de las asociaciones de vecinos ni del movimiento ciudadano de Sevilla, tenía una militancia en la lucha de barrios de mayor duración que yo.

En la clandestinidad, por las circunstancias organizativas y «las urgencias de la lucha» antifranquista tuve que escribir bastante, una buena cantidad de panfletos y de artículos salieron de mis manos, pero no había publicado un libro, cosa que hice al fin, en 1978, con el titulado «*El Metal Sevillano*». Fue mi primer libro y también el primero sobre las Comisiones Obreras de Sevilla. Alfonso Carlos Comín tuvo la amabilidad de hacerle el prólogo y editarlo en Barcelona, en la colección Laia. Pues bien, a finales de aquel año comencé una colaboración sobre la lucha de barrios, en el boletín «*Realidad*», ya convertido en el órgano de la Unión Provincial de CCOO-Sevilla. Eran unos pequeños artículos destinados a una sección fija que, primero, se llamó «*Lucha Cotidiana*», y después «*Movimiento Ciudadano*», y que iban a provocar una irritación creciente en los líderes de la COAN y del PCE. Pienso que esos sujetos, no los leían, pero les bastaba ver mi nombre para tachar los artículos de «revolucionarios», y darse con ello un motivo para censurarlos. O sea, que eran los mismos de antes. Y además no tenían arreglo.

MARÍA DE LA PAZ SÁNCHEZ GONZÁLEZ ⁴⁰

⁴⁰ Testimonio de María de la Paz Sánchez González (escrito por ella), Sevilla, 2015.

*«No hay barrera, cerradura
ni cerrojo que pueda imponer
la libertad de mi mente».*

Flora Trista

Me llamo María de la Paz Sánchez González, nací el 19 de Marzo de 1946 en el seno de una familia obrera. Fui la menor de dos hermanos. Mi padre se llamaba Florentino, era ferroviario, y mi madre María Paz, ama de casa. Nos criamos en el popular barrio de San Julián, en Sevilla, en la calle Hiniesta nº 49, en uno de los conocidos «corrales de vecinos y vecinas», que por aquel entonces abundaban en los barrios obreros. La casa vecinal de mi niñez la recuerdo con mucho cariño, felicidad y alegría. Los vecinos y vecinas no eran como ahora: «el del 5ºA», «la del 4ºB», sino que todos tenían sus nombres y apellidos, sus motes, y eran una extensión de la propia familia, lo mismo que el barrio era una extensión de la casa vecinal. Te movías por la calle con toda la tranquilidad y sólo tenías que decirle a tu madre «me voy a la calle» que ella ni te preguntaba dónde. Estabas en el barrio, tu barrio.

Mi colegio era el San Cayetano, frente a la Iglesia de San Julián. Un colegio de monjas –en realidad el único que había en el barrio–, y ni se planteaban mis padres que pudiese ir a otro de «pago», la economía no daba para ello, y a las monjas se le pagaba una pequeña cantidad todas las semanas. Recuerdo la presión de la religión presentes en todo momento, los rezos del santo rosario todas las tardes y las niñas cosiendo. Para ser unas buenas amas de casas, que era lo que se esperaba de nosotras, todas las tardes las pasábamos invariablemente rezando y cosiendo. La educación religiosa me originó algún que otro conflicto en casa, porque mi padre era un redomado anticlerical. Me solía decir: «¡Aquí no hay más Dios que tu padre!». Y mi madre reflejaba el miedo de la época: «No le digas eso no sea que lo repita a las monjas», aunque «eso» nunca ocurrió

ya que un sexto sentido me avisaba de que a las monjas no le gustaría oírlo: temíamos los posibles castigos.

Tanto mi barrio, como mi casa vecinal me marcó en mi desarrollo: la solidaridad entre las personas de nuestra casa, el compartir lo poco que se tenía con los vecinos y las vecinas... Teníamos el apoyo mutuo del colectivo, las fiestas populares, las bodas, los bautizos, los funerales... Cuando moría alguien el luto los guardábamos y lo respetábamos todos: «No grites que estamos de luto», «esa radio niña, más baja». Se compartían tanto las alegrías como las penas.

San Julián era un barrio con muchos anarquistas, se conocía como «el barrio rojo de Sevilla» y fue muy castigado por la dictadura. Cuando Gonzalo Queipo de Llano sembró el terror al entrar en Sevilla con sus proclamas reaccionarias, fueron ejecutadas entre tres mil y seis mil personas –hay que recordar que la población andaba alrededor de un cuarto de millón de habitantes–. Ardieron muchas Iglesias: San Marcos, San Julián... Mi madre me contaba que embarazada de mí, se puso de parto durante la inauguración de la restauración de la Iglesia de San Julián.

Mi adolescencia está señalada por las historias de la guerra que le oía contar a los mayores. No olvidemos que somos la generación de la posguerra y con unos padres marcados por el miedo que siempre nos decían: «¡Ten cuidado con lo que dices!», «¡De eso no se habla!», etc. En el patio común se desarrollaba todo nuestro día a día. Yo tenía una amiga en otra casa de vecinos y vecinas conocida como ‘El Corralón de los Muertos’ y cualquier persona mayor te podía contar la historia. En la posguerra fusilaron en el patio a todos los varones de 12 años en adelante y sólo quedaron las mujeres. Con esta y otras historias fui creciendo y conviviendo con la dictadura, la falta de libertad y el miedo. Sobre todo el miedo a la policía.

Mi primer contacto con la brigada político social fue en el año 1963 con 17 años. Habían detenido a mi novio –sería mi marido dos años más tarde–, acusado de asociación ilícita y propaganda ilegal. Militábamos en el Partido Obrero Revolucionario Trotskista de la IV Internacional el (PORT) y los sociales me citaron para declarar en el cuartelillo de la guardia civil que estaba en la calle Luis Montoto,

en Sevilla. Tuvo que acompañarme mi padre ya que era menor de edad. Los guardias civiles se limitaron a decirle: «Cuidado con la niña que tiene muy malas influencias». No pudieron detenerme por mi edad, pero a partir de entonces mis padres vivieron con el miedo a que pudieran arrestarme.

Por aquel entonces tuve mis primeros contactos con los presos políticos de la ‘cárcel de la Ranilla’ en Sevilla, pues allí estuvo detenido Paco durante 6 meses.

A finales de 1967, ya me había casado con Francisco Cuadrado, detuvieron a todo el grupo del PORT de la Alameda en el cual militábamos. Huimos de Sevilla por miedo a que nos detuvieran también a nosotros –para mi marido sería la segunda vez– y optamos por ir a Barcelona, ya que allí el PORT nos podía ayudar y no nos conocía la policía política.

En Mayo de 1968 Francisco cayó preso en Barcelona en pleno Estado de Excepción. La policía (la social), como la llamábamos, me buscó entonces intensivamente por mi militancia política en el partido. Empieza otro calvario para mí. Sé que no estoy sola en esta cruzada, hay miles de militantes comunistas que vivíamos en la clandestinidad por todo el país. Tenía 23 años.

Cambié de domicilio y pasé a compartir piso con cuatro camaradas del partido y, a través de la red de ayuda solidaria, encontré trabajo en un taller de tejidos prêt-à-porter de Barcelona. Los dueños eran demócratas y solidarios con el movimiento anti-franquista y me permitían trabajar sin papeles y con nombre falso –me llamaba Conchita–, conscientes de que me buscaba la social y que no les podía dar mi verdadero nombre. Nos organizábamos comunitariamente: el sueldo se compartía íntegramente así como las tareas domésticas, lo que se conocía como «comuna».

Trabajaba de siete a tres y antes de regresar tenía que cumplir con una serie de reglas de la clandestinidad muy estrictas. Por ejemplo, no podía entrar en casa directamente ya que me podía estar siguiendo la policía, así que primero me dirigía a un punto acordado donde un compañero estaba apostado en una esquina. Si éste me seguía y me daba alcance era la señal de que todo iba bien, pero

si no venía era que algo pasaba. Entonces tenía que caminar hasta que estuviera claro que nadie me seguía. Eso pasaba todos los días cada vez que entraba o salía de casa y nunca almorzaba antes de las cuatro y media de la tarde como pronto.

Hasta mi detención en Barcelona en febrero de 1970, trabajaba por las mañanas en el taller de costura y las tardes las dedicaba a las tareas del partido: preparando y asistiendo a reuniones de células políticas y con otros partidos, con grupos de sindicalistas y estudiantiles... Sobre todo dedicábamos mucho tiempo al trabajo de formación política de los cuadros del partido. Organizábamos escuelas de cuadros, es decir, reuniones políticas en casas que alquilábamos en el campo. Preparábamos ponencias políticas y se discutía muy ampliamente en los fines de semana. Con el tiempo llegué a formar parte del Buró Político del Partido.

En estos meses lo más difícil de llevar eran las relaciones con mi familia, sobre todo con mis padres, pues no les podía ni escribir ni llamar directamente. A mi marido, que estaba en la cárcel de la Modelo en Barcelona, tampoco le podía visitar. Sólo de tarde en tarde me entrevistaba con su abogado e intercambiábamos noticias. La impotencia que sentía de no poder visitarle, ni ayudarle... Sobre todo, recuerdo el sentimiento de soledad. Hay que recordar que era muy joven y estaba lejos de mi tierra, de mi familia, de mis amigas y amigos.

La clandestinidad era muy dura, había perdido mi identidad y nadie me llamaba por mi nombre, tenía que escribir a mi familia vía Roma – mandaba allí la carta a unos compañeros y ellos la reenviaban a Sevilla–, siempre inquieta al volver de una reunión, siempre mirando atrás, siempre pareciéndote que aquel que te mira es un policía, siempre en estado de alerta... Cuando viajaba en tren esquivaba a la policía que solía pedir el carnet y lo mismo sucedía en autobús ya que en todos los sitios había controles. Aprendí a reconocer a un ‘secretá’, como decíamos en argot, a simple vista. Tanto es así que en el 1975 o 1976, en pleno comienzo de la democracia, cuando conocía a alguien que resultaba ser agente, y yo le decía «¿tú eres policía, verdad?», acertaba casi siempre. Un sexto sentido para detectar el peligro se nos desarrolló a todos los que vivimos aquello.

Tengo que aclarar que mi detención la hizo la Guardia Civil, que tenía fama de menos cruel que la brigada político- social, que detuvo a mi marido. No hay que olvidar que tras el levantamiento contra la República por parte de los fascistas, gran parte de la Guardia de Asalto y de la Guardia Civil de Barcelona apoyaba en sus comienzos al Gobierno de la República legalmente establecido.



En la cárcel de mujeres de Alcalá de Henares.

Me detuvieron en Febrero de 1970. Como ya dije, compartía vivienda con otros compañeros y compañeras –un piso antiguo en la calle Conde de Asalto, un cuarto o un quinto sin ascensor– y teníamos de vecina una señora mayor, que como nos veía entrar y salir y no siendo una familia al uso sino gente joven viviendo en ‘comuna’, pensó que traficábamos con drogas. Llegué a casa con un compañero y una compañera y, de repente, aquello se llenó de policías. Entramos y cuando vieron que lo que allí había era propaganda contra el régimen y nada de droga, inmediatamente llamaron a la político-social. Recuerdo que nos esposaron a los tres y mientras bajábamos las escaleras y entramos en el coche empezamos a gritar

«¡Somos militantes políticos!» para que quedara constancia de lo que éramos.

Estuve tres días en el cuartelillo de justicia, es decir, que la guardia civil no me puso una mano encima. Pero como mi historial lo tenía la brigada político social, los llamaron para que fueran ellos los que me interrogaran en las dependencias del cuartel de la guardia civil. Recuerdo con claridad que en cuanto me quedé a solas con ellos, lo primero que me pidieron fue que me quitara las gafas. En el interrogatorio me pidieron que denunciara a mis compañeras y compañeros de partido y no tuvieron ningún miramiento conmigo: patadas, guantazos... Yo mantuve que acababa de entrar en Barcelona clandestinamente y que sólo conocía a los otros dos compañeros con los que me habían detenido. Llevaba el pasaporte falsificado de alguien que lo entregó al partido por solidaridad, y posteriormente lo denunció como perdido, algo muy común en la época. Así que insistí en que me llamaba Berta y que mis padres vivían en Barcelona, hasta tal punto que hicieron venir a mi supuesta 'madre'. Cuando ella entró y me vio, tuvo que reconocer que yo no era su hija. Se acercó, me dio un beso y me dijo por lo bajo: «Lo siento».

Luis García Montero lo expresa muy acertadamente en su novela «*No me cuentes tu vida*». La historia recordaba el miedo de un perseguido, el valor de un silencio, el peligro de recibir una paliza en la comisaría, la amenaza de ir a la cárcel, de que te partan la espina dorsal en un interrogatorio... Al tercer día –el plazo máximo de estancia en el cuartel eran 72 horas– me comunicaron que me llevarían a la cárcel de Trinidad Vieja, en Barcelona.

Salir de comisaría para ir a la cárcel resultó ser casi un premio. Estaba tan agotada por aquellos días previos en los calabozos, donde dormía a ratos en una silla, apoyada en una mesa cuando me lo permitían, que sólo quería salir de allí. Tres días que se hicieron eternos debido a la tensión tan fuerte. Antes me visitaría un médico que al auscultarme el pecho me preguntó si padecía del corazón. Le dije que no, pero entonces sentía que me iba a estallar, lo tenía desbocado del miedo a no saber qué me iba a pasar. El doctor dictaminó que estaba muy nerviosa pero bien de salud. Entré en la citada cárcel el 14 de febrero de 1969. Éste centro penitenciario era para

presos de carácter preventivo y se inauguró en julio de 1963 como prisión de mujeres. Su ideario era que la prisión nacía para anular a las personas contrarias al régimen por su manera de pensar. Estaba regido por las monjas Cruzadas Evangélicas de Cristo Rey, una institución nacida en el año 1937. Se contaba que la creó Franco para dar cabida a la gran cantidad de mujeres represaliadas en Barcelona en la posguerra y la falta de funcionarias para atenderlas. El trato con ellas era muy difícil, no eran funcionarias y en realidad estaban tan presas como nosotras, ya que vivían allí –aparte, por supuesto–. Su vida, su mundo entero, era la cárcel y tenernos controladas a todas –cosa que se les daba muy bien, por cierto–.

Es difícil para mí contar la vida allí dentro, porque los meses no corren con normalidad, nada es normal. Cuando traspasas los muros y despiertas sola en una celda, sólo te guías por los sonidos: cerrojos que se abren y se cierran... la vida y el tiempo se paralizan. Me encontré con la dura realidad de que estaba en la cárcel, aislada en una celda dónde como único mobiliario tenía una cama, una mesita de noche que hacía las veces de armario y una pequeña ventana en alto, que no podía alcanzar y que por supuesto daba al interior. Había días en los que decía: «Hoy tengo carcelitis», que significaba nostalgia, agobio, recuerdos que se agolpaban... Me habían arrebatado mi libertad, libertad de moverme, de ir a pasear y nunca me acomodé ni acepté esa situación. Recuerdo que en las largas horas de soledad en la celda pensaba que las personas que se levantaban para ir a trabajar, que iban al cine y a donde querían no se daban cuenta de que eran libres. Aprendí sobre todo a valorar la libertad individual.

La vida en Trinidad Vieja era muy dura. En primer lugar por el aislamiento continuo al que estaba sometida. Me detuvieron con una compañera francesa, era una de mis compañeras de piso y compartimos condena, ya que nos trasladaron posteriormente juntas y nos liberaron el mismo día. Allí pasamos 1 año las dos solas cada una en su celda, excepto un rato por las mañanas en los sitios comunes y por las tardes hasta la hora de la cena viendo el poco de televisión que nos dejaban. Podía leer los libros que tenían las monjas en su librería, que nunca visité ya que eran ellas las que me los traían.

No nos permitían espejos ni nada de maquillaje. Tú estás en la cárcel y tienes que notarlo. Las cartas que me llegaban desde el penal de Segovia donde estaba cumpliendo condena de 8 años mi marido llegaban abiertas y con tachaduras de la censura de las monjas.

Durante todo mi cautiverio, mi padre fue a verme todos los meses, aunque la entrevista –que creo recordar duraba unos 20 minutos– se realizaba entre dos rejas con un pasillo de por medio, donde por supuesto una monja controlaba la conversación. Estas visitas son los recuerdos más hermosos que guardo. Cada mes, hiciera buen o mal tiempo, pasara lo que pasara, allí estaba mi padre. Sirvan estas líneas de homenaje particular a mi padre y todos los padres de las presas y presos antifranquistas que vivieron su mismo dolor.

Recuerdo la anécdota de que mi padre, intuyendo que comíamos mal, mal nos traía a mi compañera y a mí unos almuerzos de un bar que estaba al lado de la cárcel. Un día le dije: «Papá estos platos tienen que ser caros y tú tienes muchos gastos para venir todos los meses desde Sevilla, así que si quieres no nos los traigas». Mi padre me contó entonces que le había dicho al dueño del bar que yo no era ninguna delincuente sino una presa política, y que desde entonces le hacía un buen descuento.

En Trinidad Vieja no tuvimos contacto con el resto de las presas, siempre estábamos las dos solas, y cuando llegó la Navidad se nos ocurrió que la mejor manera de verlas era pedir que nos dejaran ir a la Misa del Gallo. A las monjas esto les confundió, no entendían que unas comunistas quisieran ir a misa. El desconcierto fue grande y después de muchas entrevistas y de visitarnos el cura, al final no tuvieron argumentos para denegárnoslo ¡era Navidad! Así que nos llevaron a la iglesia. Para nosotras era una novedad ver y que nos vieran otras personas. No teníamos más intención que aquella, pero ellas y el sacerdote creían que íbamos a dar un mitin o algo así, recibían de nuestra aparición. Todo el tiempo que duró la misa el cura no nos quitó el ojo de encima.

En febrero de 1971 me trasladaron al penal de Alcalá de Henares. El extracto del informe del juicio decía así:

«La causa procedente del Juzgado de Orden Público, sumario y rollo de sala trescientos treinta y cuatro de mil novecientos setenta, se dictó por este Tribunal con fecha ocho de Marzo de mil novecientos setenta y uno, sentencia que se encuentra declarada firme, condenando a María de la Paz Sánchez González a la pena de dos años de prisión menor por delito de asociación ilícita, un año de igual prisión por delito de entrada clandestina y cinco mil pesetas de multa por delito de documento falso».

La cárcel de Alcalá de Henares era un centro de cumplimiento para cuando tenías sentencia firme. Llegaba con mis tres años por delante y comparado con Trinidad Vieja, era muchísimo mejor. De momento estaba junto a todas las presas políticas y comunes. Juntas en el patio y en el comedor, podíamos hablar y discutir de política: maoístas, del Partido Comunista, de ETA –la ETA que yo conocí no tenía nada que ver con la organización en que se convirtió después, eran las detenidas por el Proceso conocido como de Burgos–. Compartíamos la comida, los paseos en el patio, estaba menos tiempo sólo y sobre todo era una cárcel regida por funcionarias, que nada tenían que ver con las monjas. Eran personas con una vida fuera de la cárcel, para ellas era un trabajo y nada más.

Me dieron la opción de trabajar para redimir la condena. Me ofrecieron un trabajo que consistía en quitar la rebaba de unas flores de plástico, pero a mí siempre me dieron grima, así que acabé empaquetando y embalando subsistencias para enviarlas posteriormente a otras cárceles, ya que en Alcalá estaba el almacén de avituallamiento del resto de las cárceles de España.

El partido comunista y el movimiento católico tenían organizado en Madrid una red fantástica de solidaridad con las presas y presos políticos. A través de una serie de abogados muy comprometidos, nos hacían llegar la ayuda a todas las presas sin excepción, pero sobre todo a las que veníamos de fuera.

A mí se me asignó una persona que me viniera a visitar todas las semanas. Te buscaban a alguien que coincidiera con tus apellidos y así conocí yo a mi ‘prima’ que se llamaba Mari Luz. Recuerdo la emoción tan grande que tenía el primer día de la visita. No nos

conocíamos, sólo teníamos los datos que nos dieron los abogados: el color del vestido y cosas así. Cuando entré al locutorio, allí estaba ella entre los demás visitantes gritando: «¡prima Mari Paz!». Fue muy emotivo y aún, siento que cuando salí de allí no le pude agradecer todo lo que me ayudó. Después intenté buscarle, pero nunca logré localizarla.

Una anécdota que recuerdo de ella, es que para darme una alegría y sabiendo que yo era andaluza, me llevó un día un gazpacho muy frío. Allí toda la comida que entraba la compartíamos con las demás presas políticas, así que me encontré en el pasillo a una compañera vasca que iba con mi gazpacho hacia la cocina. Le pregunté que qué hacía y me dijo muy seria: «Chica, pues a calentarlo que esta sopa te la han traído helada».

Durante este tiempo viví tantas historias que he tenido que hacer una selección y contar sólo algunas, las más emotivas para mí, como cuando me llegó un paquete desde la cárcel donde mi marido cumplía condena. Era nuestro aniversario y no teniendo medios para casi nada, se le ocurrió a otro preso –era de Sevilla, del PCE–, confeccionar un abanico a partir del palo de caña de una escoba. Paco le pintó unas rosas en una tela y todos los presos andaluces firmaron para felicitarle y en señal de solidaridad. Era y es precioso.



Abanico que le regalo su compañero, firmado por los presos políticos.

Cuando llegó, el director me lo enseñó pero no me lo dio hasta que salí de la prisión ya que contenía propaganda de izquierdas, según me dijeron, por las firmas de los andaluces.

La relación de las presas comunes con nosotras las políticas era de un respeto impresionante. A ellas les costaba entender que estuviéramos en la cárcel simplemente por nuestras ideas. Por ejemplo no nos robaban nunca, y si nos olvidábamos algo en el patio, aunque fuera dinero –circulaban unos vales llamado ‘peculio’–, nos lo devolvían. Ese trato lo recibíamos sólo nosotras.

En el penal de Alcalá estábamos obligadas a vestir unos uniformes grises muy feos encima de nuestra ropa y el director de aquel entonces no nos permitía quitárnoslo, ni para hacernos una foto para la familia.

Las presas políticas estuvimos peor que los hombres. Por ejemplo no había monjas que dirigieran las cárceles de los presos, solo funcionarios. Había también una razón muy sencilla, es que éramos menos y la presión que hacíamos era inmensamente menor que la que hacían los presos, numéricamente muy superiores. Me estoy refiriendo a cosas como el tiempo del que disponíamos para el recreo, tiempo para poder ver la TV, facilidad de conseguir libros, de obtener información de la actualidad... todo eso que te hacía la vida dentro un poco más cómoda.

Aún recuerdo al director de la cárcel de Alcalá. Cada vez que solicitábamos una entrevista para pedir algo, teníamos que ir a su despacho de una en una, nunca en grupo. Él nos atendía sentado en su mesa y nosotras teníamos que hablarle firme como un soldado y con las manos en la espalda. En ocasiones se metía las manos en la bragueta y se tocaba. Cosas así teníamos que aguantar, como cuando por mi cumpleaños, mi designada prima me trajo una tarta con sus velitas y todo y me llegó destrozada porque pensaron que podía haber no sé qué cosa dentro... Qué mente tan desconfiada tenían...

Como llevaba tiempo sin ver a mi marido, solicité a través de Amnistía Internacional que me gestionaran la posibilidad de tener una entrevista con él. Los trámites los comencé en Barcelona donde las monjas me dijeron que las comunistas no nos casábamos, sólo

nos «arrejuntábamos» (palabras textuales), así que tuve que pedir a mi padre que me trajera el libro de familia, justificante de mi boda religiosa. La respuesta y autorización me llegó estando en Madrid, en el penal de Alcalá. Trasladaron a Paco a Madrid desde Jaén, lo recuerdo con toda nitidez como si hubiera ocurrido ayer. Yo solicité al director que dado las causas y el tiempo que llevábamos separados me permitiera quitar el uniforme gris, pero me fue denegado. Así que aquel día de octubre de 1971 y con una emoción tremenda, me avisaron de que tenía visita. Hubo un gran revuelo entre todas mis compañeras y al llegar al locutorio –con el pasillo y la funcionaria de por medio–, vi que Paco estaba con las manos en la espalda y también con uniforme de preso. Al volverse vi que las tenía esposadas, aún me emociono al recordarlo. Qué tristeza que no le permitieran quitárselas como él solicitó...

Pero la suerte, que no los dioses, quiso que la llegada de Paco desde Jaén a Alcalá coincidiera con la aplicación a mi causa –y a todos los presos de España– del indulto del Jefe de Estado publicado el 23 de Septiembre de 1971 y aplicado en Octubre, para quitar las responsabilidades de tres ex-Ministros: Navarro Rubio, Espinosa y García Moncó en el caso Matesa.

Así que este indulto me levantó un año pendiente y salí en libertad el 5 de Octubre de 1971. Paco al día siguiente salía de Alcalá para regresar a Jaén –aunque el indulto le rebajó la condena quedándole un año y medio que cumplió entre Jaén y Palencia–. Y allí estaba yo en la puerta de la cárcel con un ramo de rosas rojas que le entregué al salir escoltado para montarse en el autobús que lo llevaría de vuelta. La orden de salida me llegó a las 22 de la noche y mientras firmaba mi libertad terminaba los trámites eran las 22:30 y dado que no conocía a nadie en Alcalá y a esa hora no me podía poner en contacto con mi abogado, les pedí que me dejen pasar allí la noche y salir por la mañana. Me dijeron que no era posible, mi compañera si podría por ser extranjera. Les aclaré que yo era andaluza y que no tenía familia en Alcalá pero no hubo manera, así que me soltaron en mitad de la noche del Penal de Alcalá de Henares el 5 de Octubre de 1971, no sin antes pedir mi abanico.

Desde el día siguiente a mi salida decidí no dejarme dañar por el recuerdo de los años de cárcel y atrás quedaron los cierres de puertas, los controles, los recuentos continuos, el no ser yo misma, el mirar atrás, el tener que identificarme y no disponer de mí tiempo. Decidí cerrar la puerta de mis pensamientos carcelarios: tenía que cicatrizar mis heridas, y no volví a hablar de esa etapa hasta que CCOO en el año 2005 me propuso hablar para recoger mi experiencia en el Archivo Histórico.

Hoy, después de tantos años, he perdido la acritud que tenía en los años 80, cuando sentía que ésta no era la democracia por la que habíamos luchado y el paraíso tan soñado. Pero supe aprovechar y disfrutar de las ventajas de haber podido criar a mis hijos en libertad y con una enseñanza laica y democrática, de participar libremente en los partidos políticos, de elegir a nuestros alcaldes y presidentes de Gobierno, de militar libremente, de ir a las manifestaciones, de reunirme y en definitiva de comenzar una nueva etapa en mi vida, pero eso ya es otra historia.

ANA SÁNCHEZ SILVA ⁴¹

⁴¹ Testimonio de Ana Sánchez Silva (escrito por ella), Sevilla, 2017.

*«El amor ha sido el opio
de las mujeres, como la religión
la de las masas, mientras nosotras
amábamos, ellos gobernaban».*

Kate Millet

Me llamo Ana Sánchez Silva, nací en Sevilla en abril de 1959 en el seno de una familia trabajadora, con una gran carga de sufrimientos y necesidades, pues pertenecíamos al bando de los vencidos. Vivíamos en el barrio de Su Eminencia en el extrarradio de Sevilla, en sus inicios sin urbanizar, sin alcantarillado ni agua corriente, a mis ocho o nueve años recuerdo que los tubos del alcantarillado hacían de parque de juego para los niños y niñas del barrio.

Mi padre se llamaba Juan Sánchez Moreno. Cuando yo nací trabajaba en HYTASA como pintor, vivió toda su vida con una gran pena y, al mismo tiempo, una especie de rabia contenida por el asesinato de dos de sus hermanos. Cuando el golpe fascista del 1936, Ramón Sánchez Moreno de diecinueve años, fue asesinado el 22 de Julio de 1936 en el Parque María Luisa por un grupo de Falangistas y Antonio Sánchez Moreno de veintiséis años, fue fusilado en las tapias del cementerio el 14 de Abril del 1937. Tanto mi padre como mis tíos pertenecían al Partido Comunista.

Mi madre se llamaba Ana Silva Sánchez «Ana la del pozo», pues tenían un pozo en la parcela del que suministraban agua a los vecinos que lo necesitaban. Era hija de madre soltera, y desde su nacimiento, fue una persona discriminada, con una infancia bastante dura. Dio a luz su primer hijo a la edad de diecisiete años y tuvo al menos siete embarazos, uno de sus hijos murió a los quince días de nacer.

Junto con mi padre y la ayuda de mis hermanos mayores fueron construyendo nuestra casa con muchos esfuerzos a lo largo de los años, pues iban por las obras rebuscando entre los escombros mate-

riales que les pudieran servir: ladrillos, arena...Iban andando hasta la zona de Nerviión y volvían cargados con lo que encontraban.

Yo soy la pequeña de los hermanos. De mayor a menor somos: Dolores, Juan, Francisco, Antonio, Ramón y yo. Quizás por este motivo me tocó vivir la etapa menos dura de la posguerra en cuanto a hambre y necesidades básicas, no sin embargo en cuanto a represión franquista. Dos de mis hermanos, Ramón y Antonio –el destino quiso que llevarán los nombres de mis tíos asesinados– eran contestatarios al régimen, pertenecían al Partido Comunista y formaban parte de las Comisiones Obreras. Igual que mi padre, trabajaban en HYTASA y sufrieron la represión franquista; fueron detenidos, encarcelados y despedidos de la empresa. Mi hermano Ramón fue deportado en el Estado de Excepción del 1969. Mi infancia estuvo marcada por el miedo; miedo a las visitas nocturnas de la policía político-social «los sociales». Llegaban aporreando brutalmente la puerta de casa, para infundir miedo. Recuerdo los gritos de impotencia de mi madre y mi hermana defendiéndolos, argumentándoles que eran jóvenes trabajadores honrados; recuerdo el miedo de mis padres reflejado en sus caras, miedo y desesperación a que la historia volviera a repetirse. En una de las ocasiones que llegaron de esa forma, me asusté muchísimo y salí al pasillo de casa, recuerdo las palabras autoritarias de uno de los policías dirigiéndose a mi madre y diciéndole:

– ¡Señora, meta usted a esa niña para adentro!

Creo que en mi familia la conciencia de clase la traíamos de serie. Tengo recuerdos desde muy pequeña de aquellas reuniones familiares en navidades o algunas otras celebraciones, en la que alguien solicitaba a mi padre que recitara alguna poesía, pues era una afición que le venía de antes de la guerra y además lo hacía muy bien, dejándose el alma en ello. Recuerdo aquellas poesías como «Los cobardes» de Miguel Hernández:

«Hombres veo que de hombres
sólo tienen, sólo gastan
el parecer y el cigarro
el pantalón y las barbas.

O aquella otra «*Duquesita de Montoro*» que es una crítica a la opulencia, la hipocresía y el despilfarro de la burguesía y de la casta dominante. Mi familia escuchaba esas poesías con admiración y emoción, esto era una forma más de mantener nuestra rebelión y resistencia al régimen que había sometido al pueblo mediante la represión y el miedo. Todos nosotros éramos conscientes de aquello que dice el poema de Gabriel Celaya «*La poesía es un arma cargada de futuro*».

Recuerdo el día de la deportación de mi hermano Ramón, era un día de invierno. Ese día mis padres me llevaron a la cárcel de Sevilla «La Ranilla», por aquel entonces yo tenía nueve años, me impresionó el barullo que se formaba a la hora de entrar a ver a los familiares presos y, más aún, ese día cuando nos fueron diciendo a las familias que los habían puesto en libertad, aunque realmente lo que habían hecho era deportarlos. Más tarde por gestiones ajenas a mí, por mi edad, mi familia se informó que lo habían deportado a Trèvèlez, un pueblo en la Alpujarra de Granada.

Muy pronto empecé a tomar partido, me revelaba contra todo lo impuesto. En el colegio me negaba a rezar, escuchaba las canciones de Paco Ibáñez, Labordeta...; leía libros de mis hermanos y empecé a pensar que las mujeres de mi entorno –mi madre, mi hermana, mis vecinas– no tenían vida propia, siempre dependiendo de otros y viviendo para otros, primero de los padres, después el marido y más tardes los hijos. Las mujeres y, sobre todo de la clase trabajadora no tenían posibilidad de realizarse como personas, solo les estaba permitido ser madres o esposas y, que por muy mal que estuviese la clase trabajadora, en general las mujeres estaban mucho peor que sus compañeros masculinos, ya que ellas eran el proletariado del proletariado. ¡Cuántas capacidades, aptitudes, talentos... se han desperdiciado relegando a la mujer al ámbito doméstico!

A pesar de la diferencia de edad, pues yo tenía unos doce años, establecí una relación de amistad con mi cuñada Merchi, compañera de mi hermano Ramón, ella no era como las mujeres que hasta entonces yo había conocido, era una joven idealista, que luchaba contra el franquismo y, sobre todo por la igualdad entre hombres y mujeres, la igualdad entre seres humanos. La relación con Merchi

fue muy importante para mí a la hora de formarme como persona, de definir mis ideas, de entender la vida. Empecé a ver como prioritario trabajar para la consecución de un mundo más justo, más igualitario para hombres y mujeres, de querer aportar mi granito de arena en la lucha contra el franquismo y la consecución de las libertades.

A los catorce años terminé la E.G.B. y me puse a trabajar en los almacenes de El Corte Inglés en el año 1973. Era muy joven y en mi trabajo –los almacenes de la tienda– no existía por entonces movimiento sindical. Pero en mi barrio si había un movimiento juvenil bastante importante, estaban la Juventud Obrera Católica, grupos Anarquistas y las Juventudes Comunistas (JJCC) a las que yo me afilié.



Ana, la segunda por la izquierda, en el centro M^a Carmen Núñez.

Las Juventudes Comunistas se organizaban por células –pequeños grupos–. No olvidaré nunca la primera reunión que tuve de las JJ.CC. Yo tenía quince años, se celebró en un piso recién construido de un compañero, «Cristóbal», en la calle Nescania que aún no tenía la instalación eléctrica, así que al tener que alumbrarnos con velas,

le daba a aquella reunión clandestina un cierto halo de más riesgo, que, de alguna manera, alimentaba más mi ansia juvenil de luchar contra la dictadura.

La dinámica de esas reuniones se desarrollaba comentando la forma en la que cada uno trataba de luchar en su entorno, ya fuera en la fábrica, el barrio, asociaciones... y así, de esta manera, influir en los ciudadanos. Por ejemplo, recuerdo una de las camarada de la célula, Manoli (alias Patricia), cómo expuso y comentó las acciones que estaban llevando a cabo en la fábrica de aceitunas donde ella trabajaba, para intentar mejorar las condiciones de trabajo. Dichas células contaban con un responsable que era el contacto entre estas y los órganos superiores, la información iba en dos direcciones de arriba-abajo y a la inversa.

Teníamos un centro cultural llamado «Los Poster» donde nuestra intención era que los jóvenes tuvieran un lugar de encuentro, con actividades lúdicas y culturales como fiestas los domingos, biblioteca, charlas-coloquios, conciertos de cantautores como Carlos Cano Julia León, Manuel Gerena, Luis Pastor... «Los Poster» fue una cantera de jóvenes antifranquistas pues, a través de actividades que en principio les pudieran interesar, atraíamos a los jóvenes e intentábamos ir concienciándolos de la situación social de España, en cuanto a la falta de libertades, de las grandes diferencias sociales que sufríamos, falta de oportunidades de la clase trabajadora para acceder a los estudios, de los derechos de las mujeres etc. Entre otras funciones, pensábamos que teníamos que cubrir de alguna manera las deficiencias del barrio y, en este sentido se creó una guardería infantil con la intención de aliviar, en lo posible, el día a día de las madres trabajadoras y poder facilitar a éstas su incorporación al mundo laboral.

Desde «Los Poster» también se fomentaba la solidaridad de los trabajadores recogiendo comida para los compañeros de las distintas empresas que se declaraban en huelga. Eran frecuentes las salidas de los jóvenes para la realización de pintadas, lanzamiento de palomitas, pegadas de pasquines, reparto de prensa como *Realidad* que era el boletín informativo de las Comisiones Obreras, así como el *Mundo Obrero*, el órgano de difusión del Partido Comunista. En

el puerta a puerta se intentaba concienciar a los vecinos sobre la problemática del barrio y la realidad social que vivíamos, dado que la prensa oficial no informaba nada más que lo que le permitía el régimen.

En el invierno de 1974, recuerdo una concentración en el Palacio Arzobispal contra la pena de muerte impuesta por el régimen de Franco a Salvador Puig Antich. Después, un grupo formado entre otros por Mari Carmen Fajardo, mi sobrino José Reina «El Papi» y yo, nos dirigimos a El Correo de Andalucía para entregar una carta en donde los jóvenes de distintos centros culturales de Sevilla pedíamos la anulación de la pena de muerte de Salvador. Tras la entrega del documento, nos percatamos que había un coche de la policía político-social en las proximidades del periódico, por entonces era muy común estas prácticas. Como es lógico intentamos quitarnos del medio lo antes posible, no sin que a algunos de nosotros les costara una carrerita.

En mi paso por las Juventudes Comunista pronto me decanté por trabajar sobre la problemática de la mujer, pasé a formar parte de una comisión dedicada al estudio y elaboración de una estrategia para la puesta en marcha de actividades dirigidas a fomentar la participación de las mujeres, con la finalidad de mejorar la situación de las mujeres dentro y fuera de la organización. Se llegó a la conclusión de que dentro de nuestra propia organización no existía esa igualdad que se preconizaba y que el número de militantes mujeres con responsabilidades era mucho menor que el de los hombres, además de constatar que algunos compañeros en su entorno familiar se comportaban con ciertos rasgos machistas.

En la comisión de las Juventudes Comunistas para tratar la problemática de las mujeres, se realizaron propuestas para trabajar en dos direcciones, una la discusión y aclaración del tema dentro de nuestra propia organización con nuestros compañeros; y otra, dirigida a la juventud en general desde los centros culturales como «Los Poster». Para ello, se plantearon una serie de medidas y actividades como: la instalación de tableros de anuncios en los centros para divulgar las actividades para la captación de mujeres y difundir información relativa a la igualdad entre sexos como:

- La creación de un equipo de fútbol femenino.
- Un ciclo de conferencia donde nos ayudó la comisión de mujeres del Partido:
 - a) La mujer en la comunidad primitiva.
 - b) Situación de la mujer durante la guerra civil.
 - c) Situación de la mujer después de la guerra civil.
 - d) La mujer en la sexualidad.
 - e) La pareja: Anticonceptivos y aborto. Planificación familiar y divorcio.

Más tarde en el año 1977, cuando se legalizan los sindicatos de clase, en un intento de conformar las Comisiones Obreras en los almacenes de El Corte Inglés, inicié contactos con los compañeros de otros centros a fin de aglutinar fuerzas. Como consecuencia de mi compromiso con el movimiento obrero fui apartada del resto de mis compañeros de trabajo. Me enviaron a un lugar aislado frente a un portalón de carga y descargas de mercancías, garantizándome bastante frío en invierno y calor en verano, pero sobre todo, notaba la falta de contacto con el resto de compañeros y compañeras. También se me negó un préstamo para una vivienda que, por aquél entonces se lo concedían a todos los trabajadores y tampoco me subieron el salario durante varios años, discriminándome respecto al resto. La subida salarial por aquel entonces en El Corte Inglés era aleatoria, te subían el salario en función del grado de sumisión a la empresa. Con este trato hacía mí se pretendía coartar cualquier posible movimiento reivindicativo del personal frente a la empresa, que muy hábilmente no tardó en crear un sindicato amarillo «FETICO», a efecto de contrarrestar el crecimiento que se estaba produciendo en la afiliación a los sindicatos de clase Comisiones Obreras y UGT.

A mí me tocó vivir los últimos años de la dictadura, pero no por ser los últimos dejaron de ser intensos y llenos de cambios que se sucedían muy deprisa. Los jóvenes de mi entorno participamos de forma plena en esos cambios, no estábamos dispuestos a ser unos meros espectadores. Aunque después viniera el desencanto y el descubrimiento, como dice la canción de Ismael Serrano «que bajo los adoquines no había arena de playa» a pesar de ello, cada uno de aquellos jóvenes, en distintas medidas, continuamos participando en los movimientos sociales.

«Los Poster» fue una escuela de formación y vida para los muchos y muchas jóvenes que por allí pasamos, era un hervidero de actividades y una cantera de jóvenes antifranquista y de mujeres muy luchadoras con las que yo tuve el honor de compartir esos momentos de la historia de nuestro país y nuestras vidas.

Desde aquí si se me permite, quiero recordar y homenajear a todos esos compañeros y compañeras que tanto significaron para mí:

Mari Carmen Fajardo, Palmira, Maleni y su compañero Manuel; Manoli (Patricia); Antonio Vázquez, mi compañero de viaje(El Alemán); Ángel López (El Lote); Francisco Bascón (El Tirano); Eduardo (El Batalla), Cristóbal, El boli, José Luis Márquez (El Largo), Pastora, Manoli Liranzo, Mercedes Liranzo, Miguel (El Chino), Asunción, El Fosforo, Rosario, Paco Ledo, El Hippy y su compañera, El Suliban, Francisco Mayor Gallego (El Estudiante), Francisco Muñiz (El Guancho), Manuel Muñiz, José Reina (El Papi), Antonio Reina, Loli y su compañero, José Luis(El Gafa), El Benito, El Fortuna, El Pirata, Mari Carmen y su compañero, Juan Pato González (El Miki),Miguel Ángel (El Peque), Bernardo, El Triana, Tomas Remesal (El Yango),El Gato, Emilio, Los hermanos Ríos y sus compañeras, El Indio, El Sándalo y El Peluca. Pido disculpas por aquellos que se me hayan podido quedar en los recovecos de la memoria. Algunos de estos compañeros nos dejaron, como dice la poesía de Miguel Hernández, «tan temprano compañeros del alma» pero siempre estarán en nuestra memoria.

Por último, felicitar a la autora por este trabajo tan importante como necesario, y darle las gracias por ofrecerme la oportunidad de poder contar mi historia que es parte de la historia colectiva de toda una generación contestataria. GRACIAS.

JUANA TORRECILLA ESTEIRE ⁴²

⁴² Testimonio de Juana Torrecilla Esteire (escrito por ella), Sevilla, 2015.

*«La sociedad no puede, en justicia,
prohibir el ejercicio honrado
de sus facultades:
a la mitad del genero humano».*
Concepción Arenal

Fue Madrid la ciudad que me vio nacer, donde di mis primeros pasos en política, ya en los últimos estertores de la dictadura franquista, aunque no por ello menos represiva, como la historia constata con aquellas condenas que recayeron sobre 10 sindicalistas detenidos en 1972 y sentenciados en diciembre de 1973, en lo que se conoció como «el proceso 1001».

La actividad política la desarrollé como simpatizante del Partido Comunista, formando parte de una de sus «células», como así se conocía en aquella época de clandestinidad, conformada por grupos pequeños de personas, bien fueran militantes o simpatizantes. Allí empecé a tomar conciencia de lo que significaba vivir bajo la dictadura franquista, bajo el yugo de la opresión a la que España estaba sometida, sin derechos sociales, a la falta de libertades que impedía poder expresarse libremente, sometidos a los dictados de una iglesia católica que sacaba bajo palio al dictador como si de un dios se tratase.

Mi primera enseñanza la recibí en el colegio público Concepción Arenal en Madrid, donde las niñas y niños estábamos separados, ni siquiera compartíamos los momentos de recreo. Las aulas estaban presididas por una foto de Franco y un crucifijo. Recuerdo que todos los días antes de iniciar las clases había que rezar el padre nuestro y los niños tenían que cantar el «cara al sol». Sin embargo, en honor a la verdad he de decir que se trataba de un colegio un tanto especial. Existían dos clases la azul y la rosa, que se conocían como maternas, supongo que era lo más parecido a lo que hoy son las guarderías. El colegio contaba también con piscina cubierta, consultorio médico, sala de proyección de cine, comedor, etc.

Cuando pasé al instituto, situado en la Plaza Elíptica, en Madrid, las cosas cambiaron algo, aunque tampoco las aulas eran mixtas, seguíamos separados por sexos, ya no obligaban a rezar antes de empezar las clases. En las aulas nos concentrábamos entre 40 y 45 alumnas.

Avanzando en el tiempo y retomando la época en la que estaba inmersa en la actividad política, he de reconocer que vivía en un continuo sobresalto cada vez que acudía a las reuniones clandestinas o intervenía en algún comando informativo, más aún porque era la compañera de un dirigente estudiantil de instituto, situación que se agravó cuando entró en la Facultad de Económicas, en la Universidad Complutense, situada muy próxima a la casa de campo en Madrid, lo que propiciaba las constantes persecuciones que padecían los estudiantes, al estar la policía político-social infiltrada entre ellos, motivo por el cual los estudiantes más activistas estaban fichados y cualquier actuación que se fuese a llevar a cabo era conocida de antemano.

A los quince años compatibilicé mis estudios con el trabajo a media jornada como meritoria en las oficinas de la cooperativa de viviendas TRABENCO. Esta actividad laboral me permitió hacer uso de maquinaria y materiales para confeccionar propaganda «subversiva». Fue todo un lujo tener acceso a una multicopista eléctrica, marca Roneo, frente a las manuales conocidas como «vietnamitas». Esa clandestinidad traía consigo la incertidumbre y el temor a ser sorprendida, despedida y por supuesto detenida, lo que afortunadamente nunca sucedió.

Viví situaciones en las que camaradas y amigos en vísperas del 1º de mayo, tenían que esconderse y desaparecer de sus domicilios para evitar ser detenidos. En esa fecha tan señalada, la represión se hacía notar con mayor intensidad, los calabozos de la Puerta de Sol, la famosa Dirección General de Seguridad, aparecían repletos de personas por la mera presunción de que podían cometer algún atentado o actividad subversiva.

En esa época, el Partido Comunista siempre estuvo, al menos desde que yo tengo conocimiento, al frente de las luchas para cam-

biar una sociedad sometida al terror por los vencedores de una guerra civil, una sociedad donde la libertad brillaba por su ausencia, donde las desigualdades sociales estaban latentes. Desde asociaciones vecinales, movimientos estudiantiles, movimientos obreros se luchaba contra la injusticia y la represión que deparaba la dictadura de Franco, se reivindicaban derechos laborales inexistentes o precarios, la igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres, etc. Por ello, y por temor a cualquier actividad fuera de los órdenes establecidos, era delito, lo que conllevaba el encarcelamiento en un intento de acallar las voces cada vez más numerosas que nos oponíamos a la España de Franco, donde ya se vislumbraba la posibilidad de que lo que para muchos era una utopía, para otros fuese una realidad cercana.

Mi actividad la desarrollé, fundamentalmente, en el barrio madrileño de Usera, próximo al mío del Puente de Toledo. Las reuniones clandestinas las realizábamos en diversos lugares, como cafeterías, en casa de alguno de los que componían la «célula», en la sierra, ya que muchos éramos montañeros etc. y siempre con el temor de que las medidas de seguridad que teníamos que adoptar fallasen. Esas medidas venían detalladas en un manual y recogían lo que había que hacer para evitar los seguimientos a los que a veces se nos sometía por la policía político-social.

En 1973, el zarpazo de la represión franquista me tocó muy de cerca, cuando detuvieron y, posteriormente, encarcelaron en Carabanchel a mi compañero. Le acusaron de terrorismo por lanzar piedras a «los grises» en una manifestación estudiantil. La defensa la llevó el despacho de Cristina Almeida y, por fortuna, la petición de cinco años de cárcel, finalmente, no se consolidó. Fueron momentos de angustia, de temor por el trato que pudiese estar recibiendo en los calabozos de la Dirección General de Seguridad (DGS) en la Puerta del Sol, pues era bien sabido de las torturas a las que eran sometidos los detenidos políticos antes de pasar al juzgado. Era una época donde el cambio y el final del franquismo empezaban a notarse, aunque de vez en cuando daban zarpazos para recordar que ahí seguía el dictador y su séquito, sembrando el terror.

Por otro lado, tuve la suerte de conocer a magníficos dirigentes sindicales, como es el caso de Marcelino Camacho; aunque por aquél entonces, debido a mi juventud, no fui consciente de lo que representaba tal personaje y de lo que en el tiempo iba a significar para la clase obrera. También conocí a dirigentes políticos que lucharon contra la dictadura franquista, personas que se jugaron la vida y la cárcel por ideales y que llegaron a ser diputados en las primeras elecciones libres que se celebraron en España en Junio de 1977.

No quiero olvidar el papel que hicieron algunos curas obreros, como así se les conocía y en concreto, me viene a la memoria el encierro en la iglesia de la Virgen de la Fuensanta, en el barrio de Usera, Madrid, de unas mujeres que exigían unas mejores condiciones laborales. Ellas contaron con el apoyo de estos curas frente a la oposición del obispo. Curas que estaban al lado de la clase trabajadora a las que dimos también nuestro apoyo.

En 1975 ya vivía en Sevilla y pude celebrar el fallecimiento del dictador aquél 20 de noviembre de 1975, celebración que culminó aquél 9 de abril de 1977, sábado santo, con la legalización del Parti-



Participando en un mitin en San Jerónimo.

do Comunista. Todavía me emociono al evocar aquellos momentos, cuando salimos a la calle desplegando banderas rojas y banderas tricolor, todo parecía un sueño y como tal irreal, pero ahí estábamos, por fin habíamos logrado dar un paso importante.

Sin embargo, el período comprendido entre la muerte del dictador y la legalización del Partido Comunista no fue un camino fácil. Mi compañera de piso fue detenida en una manifestación, aunque por fortuna sólo pasó una noche en el calabozo, que ya al día siguiente fue puesta en libertad. Aunque me llevé un buen susto cuando de madrugada se personaron a mi casa los «grises» –como se conocía a la policía nacional por el color de sus uniformes–, creí que venían a detenerme, pero sólo querían confirmar si vivía allí mi amiga. Lo cierto es que la casa estaba llena de propaganda porque celebrábamos reuniones clandestinas, pero todo quedó en el susto.

En aquél año de 1977 los sucesos acaecían con vertiginosidad. Había que prepararse para las primeras elecciones generales de Junio. Formé parte del cuerpo de seguridad en un mitin que se celebró en Dos Hermanas en el que intervino Santiago Carrillo, por cierto que el primer alcalde en la democracia de ese municipio fue un militante del Partido Comunista, Manuel Benítez Rufo, gran persona.

Durante la campaña electoral intervine como oradora en diversos mítines programados por el Partido Comunista, siempre en nombre de las mujeres, como fue en el cine de verano de San Jerónimo junto con Eduardo Saborido entre otros oradores, en la barriada de la Bachillera, ante trabajadores de Tussam y del taxi.

En 1981 trabajaba en la sede del Partido Comunista, en la calle Teodosio, Sevilla, cuando se produjo la toma del Congreso de los Diputados en Madrid, en un intento de golpe de estado de Tejero y sus compinches. En un primer momento, la noticia me dejó anodada como si un golpe me hubiese dejado sin sentido, por eso, mientras recorría las calles de Sevilla bajo la sombra de la noche para informar si se producían movimientos de tropas y tanques, sentí el terror de tiempos pasados, la pérdida que supondría lo que se había conseguido tras la transición.

Por ello, cuando van a cumplirse 40 años de la muerte de Franco, ese dictador que sesgó la vida de muchos luchadores y luchadoras, no lamento el tiempo que dediqué, ni el riesgo que asumí aunque, en honor a la verdad, insignificante respecto a personas muy cercanas a mí, ni el miedo que padecí, porque la recompensa final era la libertad, la democracia, la igualdad de derechos, aunque todavía queda mucho camino por recorrer y mucho trabajo por realizar para consolidar un verdadero Estado de Derecho, Social y Democrático por el que tantas personas dieron su vida y padecieron persecuciones, exilios, amenazas, encarcelamientos y brutales torturas.

A lo largo de mi vida me he ido encontrando con personas que han creído por lo que luchaban, que lo han dado todo y quiero hacer una mención especial a mi amiga Concha Caballero, quien desgraciadamente dejó este mundo, pero que jamás borraré de mi memoria. Fue una política incansable, de la que aprendí muchas cosas, fue la primera mujer portavoz del grupo parlamentario de Izquierda Unida en el Parlamento Andaluz, siempre defendió la igualdad de hombres y mujeres, siempre luchó contra las injusticias, afrontando con su bonita sonrisa los momentos difíciles.

Es un resumen de la experiencia vivida por mí, a caballo entre una España bajo la dictadura franquista y el renacer de un Estado diferente, con un nuevo sistema de gobierno pero donde todavía queda mucho por hacer, entre otras cosas acabar con el terrorismo de violencia de género que año tras año se lleva por delante a muchas mujeres.

MARÍA DEL CARMEN VÁZQUEZ PÉREZ ⁴³

⁴³ Entrevista a María del Carmen Vázquez Pérez, por Mercedes Liranzo.

*«El acto de desobediencia,
como acto de libertad,
es el comienzo de la razón».*

Erich Fromm

Me llamo María del Carmen Vázquez Pérez, nací en el año 1952 en el seno de una familia pobre. Mis padres, Carmen y Atanasio, eran de El Bosque (Cádiz), tuvieron tres hijos y dos hijas, siendo yo la más pequeña. Cuando se casaron se vinieron a Sevilla, porque los cuatro hermanos varones de mi madre se metieron en el ejército. Uno de ellos se fue a Cádiz y los demás se vinieron a Sevilla donde al final se trasladó toda la familia incluida mi madre.

Cuando nos vinimos del pueblo nos fuimos a vivir a Bellavista. No traíamos nada, y mi madre empezó a tener hijos. Fue una época de mucha necesidad y el poquito dinero que podían conseguir era para tener una casa, una vivienda donde meterse, así que a las niñas nos repartió para que pudiésemos comer un poco mejor. Mi padre en el pueblo era zapatero, así que cuando se vino a Sevilla alquiló una habitación para poner el taller.

A mí me mandaron al pueblo con el único hermano de mi padre, que también era zapatero. Como era muy pequeña cuando llegué, dormía con mis tíos en su cama. Él trabajaba para otro y le pagaban lo justo para comer, recuerdo por las noches cenar siempre cocido. Ellos tenían dos hijos que al menos me llevaban quince años. Mi prima era modista, aprendió corte y confección por correspondencia y ayudaba en la economía de la casa con su costura.

Yo estuve yendo y viniendo al pueblo, pero en realidad mis estancias eran siempre más largas allí que en Sevilla. El colegio donde estuve en el pueblo era público, cuando volvía con mi familia, mi madre también me mandaba al colegio, primero, a uno de monjas y, después, a uno público que había en Bellavista, pero yo no ten-

go muchos recuerdos de ese colegio. Mis recuerdos son a partir de los diez años cuando me vine definitivamente del pueblo. Cuando llegué a Sevilla, no recordaba apenas a mi hermana mayor, ya que habíamos tenido pocas relaciones y ella se fue con la familia de su novio a Barcelona. Mi padre y mis hermanos se colocaron en SACA y estuvieron muchos años allí. Pero como muchos hombres de entonces, la distracción que tenían era las tabernas, mi padre se convirtió en un alcohólico, así que cuando estaba borracho, su mal humor y sus frustraciones, las pagaba con la familia, dándole malos tratos. Mi padre murió de cirrosis cuando yo tenía cinco años.

A partir de ahí, mi madre era la que siempre llevó la casa. Trabajó como una burra para hacerse una casa en Bellavista, la hizo con mucho sacrificio y en parte con los sueldos de mis hermanos que trabajaban en SACA. No le daban el sueldo entero porque ella quería que la mitad fuera para que juntaran para el ajuar, porque mis hermanos y mi hermana empezaron todos con los noviazgos. Ella trabajaba mucho en los almacenes de aceitunas, criaba en el patio de la casa cochinos para después venderlos y seguir haciendo la casa. La verdad es que para mi madre, todo su mundo era ganar dinero para construir una casa y lo justo para comer.

Cuando me vine a Sevilla con diez años, mi madre me puso de aprendiz con una mujer que cosía pantalones para un sastre, después de ahí pasé a trabajar de aprendiz con el sastre, que era guardia civil y no me pagaba nada, porque antes a las aprendizas no se les pagaba. Iba por las mañanas y cuando salía me ponía a jugar con la hija del guardia civil en la calle, cuando llegaba a mi casa comía corriendo y me volvía al trabajo. Por la tarde después del trabajo me iba a clases particulares que las daban en el barrio por horas. Cuando fui algo mayorcita fui a clases particulares y a mecanografía. Mi madre estaba obsesionada con que aprendiéramos cosas. No me saqué el Graduado Escolar hasta que no lo necesité.

Después me fui al centro de Sevilla a una sastrería que había cerca de VILIMA, gracias a una compañera que estaba conmigo en la sastrería y que habló por mí. Ahí creo que ya cobraba algo pero no recuerdo cuánto, porque el dinero se lo daba íntegro a mi madre. Cuando eso se cerró, me fui a Bellavista con una mujer que cosía

para las empresas de costura, ahí estuve unos pocos de años hasta que entré en HIMALAYA. Mis hermanos se fueron casando y me quedé sola con mi madre. Con mi madre tuve muy pocas relaciones porque me vine del pueblo con diez años y me casé con veinte años, mi convivencia con ella fue por tanto de tan solo de diez años, ese es el tiempo que pude conocerla pero es que, además, mi madre era una persona poco comunicativa y no contaba nada de su vida ni de nada.

Sobre los diecisiete años conozco a mi marido en Bellavista, Sebastián, venía de Fuentes de Andalucía y como él había trabajado allí en los cortijos, se vino a Sevilla con toda su familia a trabajar en el cortijo de Villanueva. Eso estaba cerca de Bellavista y como él era del PCE y mi cuñado –Antonio Andrade– también, fue fácil, porque mi madre no permitía que mi hermana saliera sola con el novio, tuve que hacer de lazarillo, de forma, que a la vez fui tomando conciencia social de las ‘charlas’ que él me daba.

En Bellavista se creó el ‘Club Juvenil’ que es donde estaba la gente de las Juventudes Comunistas y del PCE. En ese club se hacían actividades pero el fin era captar gente para el partido. No recuerdo si entré en la Juventudes Comunistas o directamente en el PCE, pero en 1969 ya estaba comprometida con los comunistas. Fue cuando conocí a otras mujeres del partido, como Carmeli, Charo, Carmen Núñez... En esa época me dedico a repartir de madrugada octavillas, asisto a muchas reuniones –sobre todo de mujeres–, participo en todas las manifestaciones, reparto propaganda... Las mujeres a veces nos reuníamos en Triana en un bar que había en el río.

Cuando había una reunión yo le decía a mi madre que iba a dar una vuelta, me iba a casa de una mujer viuda, cuyo marido fué preso político del canal de los presos. Allí, en su casa, guardé un bolso que utilizaba para las reuniones en el centro de Sevilla. ¡Engañando a las madres! Como lo hacíamos todas las que estábamos en la lucha.

La empresa donde estaba HIMALAYA pertenecía a la rama de la Confección dentro del sindicato vertical y éramos mayoritariamente mujeres, los pocos hombres que había eran los que cortaban las



En la Velá de Bellavista, en cuclillas.

piezas. Yo iba a veces por el sindicato vertical a preguntar por los salarios y otros asuntos relacionados con la empresa para después informar a mis compañeros. Pero allí no me conocían como una gran activista o mitinera, porque yo era más bien tímida.

Cuando Sebastián trabajaba en la construcción de las viviendas de Montequinto se convocó una huelga de la construcción. Por ir en un piquete de información detienen a mi novio, lo juzgan y le echan 2 años de condena. Como sabía que mi madre no me dejaría ir a verlo a la cárcel siendo novios, decidimos casarnos ya que yo estaba trabajando y tenía mi sueldo. Porque a él, le estaba costando trabajo de encontrarlo por estar fichado por la policía, a no ser que algún amigo le encontrara algo de peón de albañil que era su trabajo.

En 1972 alquilamos una casita en Bellavista y nos casamos para cuando viniera la condena poder ir a verlo a la cárcel. Mi boda fue muy particular porque yo me casé de rojo, un traje que me hizo Pepi Medina, una camarada del PCE que era modista. Mi madre quería que me casara de blanco con el vestido de mi hermana, pero yo le dije que no, que me casaba con un vestido a mi gusto. En aquella

época para tener el libro de familia había que casarse por la iglesia, pero en Triana había un cura en la Iglesia de la O que era progresista y allí firmamos y me dieron el papel para que recogiera el libro en el juzgado. Mi madre no vino a mi boda, se quedó en mi casa en el pasillo de la entrada con mi tía para acompañarla porque era un paño de lágrimas –eso no se me olvidará en la vida–.

Poco tiempo después de casarme detienen a unos compañeros del textil de la fábrica de HYTASA, eran de aquí de Sevilla y de Dos Hermanas, y en los interrogatorios sale mi nombre porque ellos hablan de mí. Dicen que soy de Comisiones Obreras y una dirigente del textil –cosa que hoy ya apenas me acuerdo de con quiénes me reunía–, pero alguien me conocería cuando dieron los datos de las Comisiones Obreras del textil. Va la policía a mi casa estando yo trabajando, pero coge a mi marido allí. Empezaron a registrarlo todo buscando papeles y para ver si encontraban algo que me comprometiera. Y mira por donde, encontraron un bolso con una lista de cantantes y artistas que a mí me gustaban, mi marido creyendo que era una lista de compañeros o camaradas, empezó a gritarles ¡que no! ¡Que eso no es de mi mujer! Hasta que no vieron lo que era, el pobre lo pasó fatal.

A las tres, que era mi hora de salir del trabajo va mi marido a recogerme y me dice que la policía había estado en nuestra casa registrando, y que venían a detenerme. Vamos los dos andando por lo que hoy es la Avenida de la Borbolla cuando se para un coche, nos detienen a los dos, porque como él venía conmigo... Me llevaron a los calabozos y ese día por la noche me sacaron de la celda para interrogarme. Preguntaban si yo pertenecía al sindicato clandestino de Comisiones Obreras, al Partido Comunista, que de mi habían hablado otras personas... Yo no hablaba nada, no di ni mi nombre, porque creía que si decía algo me podrían liar, me interrogaban dos de la político-social. Yo pensaba todo el tiempo: «Si hablo me van a enredar, así que es mejor no decir absolutamente nada». Y eso es lo que hice no decir absolutamente nada.

Al otro día mí marido me lleva unos dulces para que comiese algo y para que supiera que él estaba fuera. Después él me contó que le dijeron: «¿Tú que eres, el marido de la mudita?» Entonces

ya todos se quedaron tranquilos sabiendo que yo no había dado el nombre de nadie. A la noche siguiente me volvieron a subir para interrogarme en una habitación contigua a otra, en la puerta había un cristal y me decían:

– Mira, detrás de esos cristales están los que dicen que te conocen, son los que han dado tu nombre y con los que tú te reunías.

Se me ocurrió decir que si me conocía alguien era porque me hubiese visto por el sindicato vertical cuando iba en busca de información sobre mi salario, y no dije nada más, me sellé la boca temiendo que me enredaran, porque no fiaba ni un pelo de esa gente, ni de que yo me fuese a poner nerviosa y... Al día siguiente me subieron del calabozo para que firmara la declaración, pero yo me negué a firmar nada, aunque trataron de convencerme por todos los medios. Me decían que me lo leían antes o lo leyera yo, a lo que les dije que ni lo leía, ni lo firmaba.

Me llevaron al juzgado, que por cierto estaba allí mi madre que cuando me vio esposada, lloró como una Magdalena, fue terrible para ella –nunca hablamos de ello– pero era algo que yo no lo podía remediar, yo estaba convencida de lo que estaba haciendo y en ningún momento me he arrepentido aunque le haya hecho daño a mi madre. El juez me leyó lo que había y yo me negué a firmar nada, así que me lo leyeron y ellos la firmaron.

Al día siguiente me presenté en mi puesto de trabajo, pero fui despedida por faltar tres días, los tres que estuve detenida. Vino la denuncia por despido, que fue procedente y por lo menos pude cobrar el paro. La tramitación de la denuncia la llevó el bufete de abogados que tenía Felipe González detrás de los Juzgados de Sevilla.

Mi marido ingresó en la cárcel a los pocos meses de mi detención, tenía que cumplir los dos años de condena por la huelga de la construcción. Sólo cumplió un año y unos meses por apuntarse a unos talleres que había en la cárcel. Todo esto ocurrió en el primer año de casada. En las visitas que hacíamos a la cárcel, introducíamos la propaganda política en la cámara que tienen por dentro los termos del café. Las mujeres de los presos nos movíamos mucho entonces, incluso fuimos a ver al Arzobispo para que mediara por los presos políticos.

Pocos meses después de que mi marido saliera de la cárcel, se fue al extranjero durante seis meses, con documentación falsa y clandestinamente, para hacer un curso de política. Durante ese tiempo yo no sabía nada de él, de vez en cuando me llegaba una carta con noticias de que estaba bien pero sin ningún detalle más; creo que las rompería, porque ya no recuerdo mucho de esas cartas. Cuando regresó del extranjero nos mudamos de vivienda porque la policía ya conocía nuestro domicilio. Cuando había huelga o en los 1º de Mayo, se dedicaban a detener a todos los dirigentes políticos y a los que ya estaban fichados por la policía. Nos vamos a vivir a Dos Hermanas a un piso que nos alquila un camarada amigo que trabajaba en telefónica.

Es en este tiempo, a los tres años de mi detención, cuando me viene mi sentencia en la que me piden dos años de cárcel por pertenecer al Partido Comunista y a la clandestina Comisiones Obreras. El partido me puso en contacto con el abogado Bocanegra, él me llevó el caso con abogados de Madrid y que también colaboraron algunos camaradas, como Cristina Almeida.

Pero entretanto quedo embarazada, no tenía la píldora ya que la conseguíamos a través de los médicos del PCE, porque estaban prohibidas.. Era el año 1973, yo por entonces trabajaba cosiendo en las casas particulares y mi marido hacia las chapuzas que le salían, ya que estaba fichado y no podía trabajar en ninguna empresa. Pero llega un momento que yo tengo que dejar de trabajar por lo avanzado de mi embarazo y, para más problemas, mi marido en una de las chapuzas se cae del tejado y se rompe un brazo. Nos quedamos sin ningún recurso económico y sin poder pagar el alquiler de la vivienda, nos quedamos en el piso gracias a que nuestro amigo nos dijo que no había problema que lo pagáramos cuando pudiésemos.

Cuando estoy todavía con la cuarentena después de tener a mi hija, me viene la fecha del juicio y me tengo que ir a Madrid. A mi hija me la tengo que llevar porque le estoy dando el pecho y no podía dejarla atrás. Nos quedamos en una pensión. Cuando fuimos al juzgado y yo tenía que entrar en la sala, fui a dejarle la niña a mi marido y me dijo la abogada que no –creo que fue Cristina Almeida–, que entrara con la niña. Entro con la niña y empieza a llorar un

poco por el hambre, entonces el juez me dice que no puedo estar allí con la niña y me hecha fuera de la sala de juicios. No sé lo que allí se habló, pero cuando me viene la sentencia, que fué «absuelta». Claro, tuve la suerte de que fue ya en el año 1975.

Al poco tiempo entré en el Hospital de Valme antes de que lo abrieran, se trataba de una contrata y fue gracias a mi madre que iba a las oficinas de la contrata, cada vez que iba al centro. Yo estaba parada y lo que hacía es ir a limpiar una casa de muebles en Bellavista, así que mi madre no dejaba de ir a ver si había algo para mí. Les decía que estaba parada, que tenía dos hijas..., le compraba incluso cupones para ganársela ¡hasta que me colocó allí! Ahí he estado trabajando diez años. Cuando yo entré no estaba inaugurado, creamos a través de CCOO –que me puse en contacto con ellos– el sindicato de la limpieza. Allí estábamos trabajando al menos veinte personas o más, porque después se fueron abriendo más plantas y fueron entrando más gente. Cuando yo entré no estaba totalmente terminado. Yo fui la secretaria del Comité de Empresa los diez años que estuve allí. El convenio que teníamos era de actividades diversas y los demás hospitales tenían al parecer convenio propio con la empresa aunque fuesen contratas. Entonces empezamos a trabajar para conseguir un convenio propio, e incluso llegamos a hacer una huelga de varios días para conseguirlo. Cuando yo me fui, siguieron luchando y lo consiguieron, porque ya estaban los dos sindicatos Comisiones Obreras y UGT.

ENCARNACIÓN VEGA IGLESIA ⁴⁴

⁴⁴ Testimonio de Encarnación Vega Iglesias (escrito por ella).

*«Yo te decía que la solidaridad
es la ternura de los pueblos.
Te lo decía después del triunfo,
después que pasamos los tiempos
duros de batallas y llantos».*

Gioconda Belli

No pasamos hambre ni necesidades extremas. Tampoco conocimos capricho alguno. Bueno, siendo fiel a la verdad, mi madre se organizaba de tal manera que nunca nos faltó algún juguete en reyes y cositas para el cole: lápices de colores, gomas o sacapuntas.

El hecho de tener tantos hermanos y hermanas hace que te espabilas antes que otros chicos y chicas, porque o te espabilas o te espabilan. También te haces bastante autónoma.

Mi madre, Carmen, era una mujer muy especial. Su padre José era militar; y mi abuela Carmen su madre, dulce como la miel. La mezcla fue perfecta y así educaron a mi madre, que era también dulce y suave, pero contundente. A ella le tocó cargar con la educación de los doce hijos e hijas, ya que a mi padre entre el trabajo, el Betis y el ajedrez le faltaba tiempo. Era un hombre de su tiempo.

De mi padre me llegó el espíritu crítico con el régimen franquista. No los podía ver. Escuchaba por las noches La Pirenaica, emisora clandestina antifranquista, medio de organización y de contacto de los exiliados. A mí me atraía todo aquello. Mi padre me sorprendía escuchando detrás de la puerta. Le preguntaba para que me informara. Yo tendría unos 9 años. A él le daba miedo y se molestaba conmigo. Me decía que no eran cosas de niñas, que eran temas para los hombres. O sea, que las mujeres no eran aptas para escuchar tampoco.

Recuerdo que desde los nueve años aproximadamente, me llamaban la atención los informativos. Daba mi opinión y me interesaban aquellas informaciones políticas. Poco a poco fue creándose en mi mente el concepto de lo justo y lo injusto. Sufría enormemente

cuando veía algunas noticias donde claramente los débiles quedaban desamparados. En mi casa fueron reprimiéndome estas inquietudes que, según ellos (mi familia), no eran propias de una niña por la edad y por el sexo.

Una vez, en una intervención mía respecto a una noticia, mi padre estuvo a punto de darme una torta. Mi hermana mayor estaba justo en el sitio para evitarlo. Empecé a dudar de si mi actitud era correcta o no. Desde luego que no di más opiniones respecto a temas políticos o sindicales delante de mis padres. Mi madre sufría mucho conmigo por todo esto. Ella, que había vivido una guerra y sufrido sus consecuencias, trataba de explicarme lo peligroso que eran las opiniones y las cosas que yo decía. Ya apuntaba claramente cuál sería mi futuro.

En cuanto a mi interés por la política, mi madre se moría de miedo. Su padre era teniente coronel del Ejército de Franco y aunque, al parecer, era un hombre que se las manejaba para no estar metido en los conflictos. Siempre estaba destinado en el departamento de logística pura: cocina, almacenes, oficinas, etc., contaba en su casa los horrores de la guerra. Mi madre se ponía descompuesta cuando yo, con doce años, hablaba abiertamente contra la dictadura de Franco.

Como dije al principio, me antecedían dos hermanas y cuatro hermanos. Los chicos tenían orden expresa de mi padre de custodiarnos y protegernos ¡Menudo chollo! Nos ganamos más de un guantazo por el cuidado de mis hermanos.

Cursé mis estudios primarios en el Colegio Público Carmen Benítez. Este espacio también lo elegí para mis reflexiones. ¡Cuántos niños y niñas pobres! ¡Qué colas se formaban para tomar leche en polvo de los americanos! ¡Qué asco! Perdonen la expresión, pero odiaba esas colas. Yo no las hacía. Sentía indignidad y vergüenza ajena de mi país. Las niñas y niños españoles nos teníamos que poner en fila para que nos dieran leche en polvo y queso de bola que parecía de goma y que se pegaba en el cielo de la boca. Tenías que meterte los dedos hasta el fondo. Me rebelaba y se lo decía a mis compañeros y compañeras que no me hacían ni puñetero caso. Y es que tenían hambre. Los profesores me decían:

– Hija, por Dios, no digas esto o lo otro, hay que ser agradecidos.

En la catequesis los tenía también un poco locos; lo cuestionaba todo...pero lo que se dice ‘todo, todo’. No me entraba en la cabeza lo de las palomas y el Espíritu Santo o que una mujer virgen hubiera tenido un hijo. Lo que con el tiempo terminó por finiquitar cualquier creencia religiosa fue el hecho de no entender ni compartir la relación de la Iglesia con el dinero, con los ricos y el Poder. Para nada se me asemejaba ese Jesús pobre, defensor del pueblo, de los débiles y de la Justicia, a la iglesia que estaba viendo, a esos Papas poderosos y dominantes de las mentes empobrecidas por el hambre, el miedo, la miseria y la incultura.

Era joven cuando tomé la determinación de que era atea. Tenía 16 años. No creía en el truco que para mí representaba la Iglesia y toda su superestructura. Sin embargo, alrededor de la Iglesia me formé como militante. Conocí alrededor de mi barrio, a un grupo de seminaristas y curas rojos, gente de la HOAC –Hermandad Obrera de Acción Católica–. Eran cristianos que compartían la teología de la liberación y preparaban a grupos a los que se nos daba formación sobre las diferentes corrientes ideológicas existentes, fundamentalmente Marxismo y Anarquismo, con todas sus vertientes. De esta manera pude conocer en profundidad la historia del movimiento obrero. Te formaban en cursos de tres años. Había un método: ver, juzgar y actuar.

Cuando entré en HYTASA, en 1971, tenía dieciocho años recién cumplidos. Aquí fue donde desarrollé toda la conciencia de clase que había ido asimilando durante años atrás, desde mi adolescencia hasta mi juventud. Enseguida tomé contacto con los compañeros y compañeras que operaban de forma clandestina dentro de la empresa. Tardaron poco en confiar en mí, ya que los convenios que se celebraban en los sindicatos verticales llegaron a los pocos meses de entrar y empecé a participar, hecho que no era muy corriente, por lo cual me veía la inmensa mayoría de las veces sola como mujer o con alguna que otra chica. Empecé a intervenir y a destacar.



La 1ª por la izquierda, con las compañeras de trabajo.

Mi relación con la clandestinidad vino a través de Comisiones Obreras y el Partido del Trabajo. Aunque a través de mi formación política tenía clara mi tendencia anti-dogmática. Mientras tanto, en mi casa, mis padres ni se enteraban. Les ocultaba todo lo que podía; pero, a veces, por precaución, dejaba dicho a mi hermana que me iba de reunión y llegaba a oídos de mi madre. Lógicamente, nunca decía el lugar de la reunión. Mi madre llevaba tiempo sufriendo como mujer las consecuencias de mi decisión de participar en la política de una forma activa. En mi familia creé bastante inquietud y sufrimiento que se me devolvía en forma de reproches y no aceptación. A veces, la actitud de mis hermanas y hermanos, sobre todo los varones, llegaba a ser bastante hostil; pero mi conciencia y grado de involucración era tan fuertes que, lejos de retirarme, me reafirmaba más aún.

En la empresa había unos mil trabajadores y trabajadoras. El 90% hombres y las pocas mujeres que había no tenían inquietudes políticas. Me costó años crear una sensibilización entre ellas para

que, al menos, se implicaran. Su objetivo era casarse y con el despedido dar la entrada del piso. «¡Menuda trampa!: las mujeres en casa y con la pata quebrada».

Entre los compañeros de lucha no me sentía mal acogida. Me veían como un buen medio para llegar a las demás mujeres. Sin embargo, no me libré de sufrir el mal de todas las mujeres: el 'tener que demostrar' que podían confiar, que mis ideas o propuestas eran tan válidas y fiables como las de ellos. Tenía que hacer por llamar la atención y el doble de esfuerzo en argumentar y tratar de convencer. Esto era una tarea que incorporé en mi vida en todos los ámbitos en los que me tenía que medir con varones.

En HYTASA creé la primera sección sindical. Si la gente tenía miedo con CC.OO., con una organización anarquista ni os cuento. Me costó la misma vida, pero llegamos a tener 200 afiliados. Estuve once años en el comité de empresa, 29 hombres y una sola mujer: yo. Aunque no es la época que estamos analizando, me parecía interesante señalarlo.

Conocí al que hoy es mi marido en la editorial ZYX, una editorial de libros sociales que pretendía, con su forma didáctica de escribir y sus precios simbólicos, llegar a toda la población obrera y no obrera con bajo nivel cultural, con el objetivo de crear un pensamiento político-social con espíritu crítico. Alrededor de esta editorial se había creado un movimiento de izquierda con el que pretendíamos gestar conciencia de clase. Éramos jóvenes voluntarios que asumíamos el compromiso de vender dos días por semana en distintos puntos de la ciudad. Teníamos asambleas en Madrid o en cualquier otro lugar cada año. Durante dos o tres días definíamos para ese año lo que se iba a editar en función del momento político. También hubo persecuciones y detenciones en este espacio de debate político. Donde me veía afectada era en los puntos de venta, lugares en los que la gente que se paraba a ver los libros ya nos conocía de veces anteriores. Me miraban más de una vez de arriba abajo, a veces con comentarios desagradables y peyorativos por ser mujer. Por aquel entonces tenía veinte años.

Me casé con veintiún años y tuve mi primera hija, Amara, con veintidós. Lógicamente, mi vida militante se me complicó bastante.

Aun así, seguí trabajando en la empresa como no podía ser de otra manera. El primer acto duro para mí y para mi familia fue ingresar a mi hija en una guardería, cosa que no era habitual en las mujeres de entonces. Hacía falta que las mujeres se incorporaran al trabajo y se creó una red de guarderías del Estado que, por cierto, no estaban nada mal.

Mi familia pasó de nuevo al ataque de 'la mala madre que abandona a su hijo en una guardería para trabajar teniendo a su marido trabajando'. La militancia para mí empezó a ser más dura: la niña, las tareas de la casa, las asambleas clandestinas a horas impertinentes... Pasé mucho miedo muchas veces. Mi responsabilidad ya no era sólo mía. Tenía un 600 que estaba siempre lleno de libros, panfletos, chupes y biberones. En este momento, simultáneamente, empiezan los conflictos con mi pareja, que también era un militante. Quién se queda con el bebé...

Un año y medio más tarde me quedé embarazada de mi segunda hija, Rosa. Estuve un año de excedencia en la empresa y cuando comenzó a andar ingresó en la guardería. Seguí con mi batalla en la empresa aun estando en excedencia. No paraba de tener actividad política. Participé en la creación del MPOC –Movimiento por la Organización de la Clase–. Reuniones, asambleas, cochecitos de niños, potitos... Está claro que a mi marido también le tocó implicarse; pero nada que ver con mi compromiso maternal compartido con la lucha por la democracia y contra el franquismo.

De vuelta a la empresa y con dos hijas en el mundo, enseguida me incorporé con los compañeros a la lucha. En esta etapa viví momentos muy difíciles. HYTASA era una empresa con muchos conflictos y muy emblemática respecto a la lucha obrera. En una huelga me detuvieron. Tuve la suerte de no llevar ningún panfleto. Sólo llevaba en mí bolso algún chupe y objetos personales. No me libré en los dos días que estuve detenida de los insultos del famoso Beltrán, comisario jefe de los policías de la Gavidia. Beltrán me la tenía ya sentenciada. Estando embarazada me insultó y me hizo quitar el puesto de libros de ZYX del lugar en el que estaba. Me conocía y tenía toda información sobre mí me dijo:

– Ese niño que traes no se merece esta madre.

Tuve la ocasión de conocer mi expediente policial. En él ponía: «mujer de x años, trabaja en HYTASA, agitadora política, reincidente y revolucionaria...».

En la empresa, entre mis compañeros y compañeras, viví emociones de todo tipo. Desde los que me apreciaban, respetaban e incluso admiraban, hasta otros que no entendían qué hacía fuera de la cocina. En una ocasión, dando un mitin en lo alto de una ventana dentro de la empresa, escuché desde abajo la voz de un compañero que me decía «vete a la cocina». Sin embargo, cuando terminé mi intervención los aplausos fueron predominantes.

Han sido muchos años de mi vida entregados a la lucha por la democracia, la libertad y la liberación de la mujer del sistema opresor franquista.

Quiero terminar este pequeño aporte sobre mi vida en esta lucha diciendo que, a pesar de que he pagado precios muy altos, sobre todo mis hijos y mi familia, no la cambiaría por ninguna otra vida. Viví momentos apasionantes donde me sentí partícipe de una lucha muy digna por cambiar una realidad que beneficiaría a un país entero y a todas sus generaciones venideras. También me he sentido protagonista de una historia maravillosa. Éramos compañeros y compañeras de verdad, solidarios sin paliativos, generosos, con sentido de comuna y de compartir hasta poner en peligro tu vida y la de tu familia. Mi vida no la cambiaría por nada.

Actualmente, soy la presidenta de una ONG, 'Crecer con Futuro', que creamos varias personas para atender a los niños que por, diversas circunstancias, están en riesgo de exclusión social.

Agradezco a Merche que haya contado conmigo. Es un orgullo para mí el hecho de que le haya parecido interesante mi experiencia en esta gran y noble aventura: la lucha por cambiar la realidad de tu país para hacer de él un país más libre y justo.

**MARÍA DOLORES VIDAL
DE LA TORRE MARTÍNEZ ⁴⁵**

⁴⁵ Entrevista a María Dolores Vidal de la Torre, por Mercedes Liranzo Hernández..

*«Si no peleas para acabar
con la corrupción o la podredumbre,
acabarás formando parte de ella.».*

Joan Báez

Mi nombre es María Dolores Vidal de Torre Martínez, pero todo el mundo me conoce por Marieta. Nací en el año 1949 en Utrera (Sevilla) dónde se desarrolló toda mi niñez. Mi padre se llamaba Manuel Vidal de la Torre Gutiérrez y mi madre Dolores Martínez Ramos. Somos cuatro hermanas y un hermano que murió. Las cuatro hermanas somos de la misma forma de pensar, a pesar de que en mi casa no hemos pasado necesidad porque mi padre era maquinista de RENFE.

Estuve en los colegios de monjas La Milagrosa y Las Hermanitas de La Cruz. Ya se sabe lo que hacían las monjas en aquellos tiempos, no hace falta dar muchas explicaciones para saberlo. Cuando no le tiraban a una de las orejas, le daban a otra un bofetón que le reventaba el labio, por eso yo me dedicaba a faltar al colegio siempre que podía. El colegio me producía ansiedad por las cosas que veía en las monjas. Un ejemplo es, cuando tu sabías que si no ibas el domingo a misa, el lunes en el colegio había tortas por un tubo, o te ponían en cruz con los libros en las manos u otra cosa que se les ocurriese. Cualquier persona que tenga mi edad habrá conocido en mayor o menor medida y en colegios diferentes, las normas tan severas y represivas que había en ellos en esa época ¡incluso nos obligaban a cantar el «Cara al Sol» con el brazo levantado!

Por suerte siempre tuvimos comida y el economato de la empresa ayudaba algo, o sea, que en ese sentido no tuvimos problemas, pero claro, eso no quitaba para que viésemos las injusticias. Por ejemplo, en mi pueblo había un hombre ruso que le decían borracho, y es que iba siempre cantando un tipo de canciones que no

le gustaban a las autoridades y por eso, siempre estaba cogido por la guardia civil.

Mi padre ha sido siempre un hombre de izquierdas, pero no se podía decir en aquella época. Siempre nos aconsejaba que de lo que él hablaba en casa no lo comentásemos fuera, pero que no nos dejásemos nunca convencer por nadie y siempre nos daba muchas explicaciones de todo.

Yo viví una infancia feliz, porque fue bonita. Nos criamos con una familia muy unida. A los catorce años nos vinimos a Sevilla. Mis dos hermanas pequeñas se metieron en el colegio de la calle Fresa, pero yo ya no estuve en el colegio, porque yo quería trabajar y me coloqué por primera vez en la fábrica de vino Peinado (donde yo quería). Me prometieron que me iban a asegurar y como al mes no lo habían hecho, mi padre me dijo que si no me aseguraban que me viniese y como no me quiso asegurar, me fui.

Después de eso me coloqué en Confecciones 'Pricor'. Ahí trabajábamos muchas mujeres y fue donde yo tomé conciencia de la discriminación que sufríamos. El jefe empezó a querer hacernos «cositas», venía cuando menos te lo esperabas con la portañuela abierta. Había muchas cosas que..., y como yo empecé a ir por el sindicato vertical... en el momento que yo entraba por la puerta al otro día, el encargado me decía:

– Tú qué, ayer fuiste al sindicato ¿no?

El sindicato vertical ya se sabía lo que era, un sindicato de empresarios al servicio de estos. Ahí la clase trabajadora teníamos poca cosa que hacer. Denuncié a ese hombre junto con otra compañera, aunque ésta empezó a echarse para atrás, porque sus padres no querían. Es que era el año 1966 o 1967 en los que había mucho miedo. Era normal que los padres empezaran a decirle que por eso iba a ir a la cárcel, que le iban a pegar, a hacer esto y aquello... En fin, que el miedo es el que nos había llevado a dónde estábamos. El miedo que hemos tenido, ese miedo que todavía no se nos ha quitado, al menos en las personas mayores, y se le ha transmitido a la otra generación. Al final lo denuncié yo sola. Hubo un juicio al que mi padre vino conmigo –siempre apoyándome–. Era cuando el juzgado estaba en

La Plaza de España. Gane el juicio, pero claro, me dieron la indemnización y me despidieron.

Por este conflicto con la empresa me costó mucho entrar a trabajar en Semengar. Me dijeron que no sabían si me iban a llamar. Tuve impedimentos para que me hicieran un examen, así que busqué al dueño, al Señor García que estaba en el sindicato vertical, no se me olvida este señor porque conmigo se portó muy bien. Le dije lo que me había pasado en la otra empresa y que había denunciado a ese hombre por agresor sexual a las mujeres que allí trabajábamos, y que eso no lo iba a consentir. Le dije que no lo había hecho por ninguna otra cosa, que yo hubiese querido seguir trabajando, pero que en esas condiciones era imposible trabajar con el tal don Vicente –jamás se me olvidará su nombre–. Al final el señor García me dio una carta de buen comportamiento, la llevé a Semengar y me admitieron.

Como me vine del pueblo con catorce años sin graduado escolar, fui al pueblo para que me dieran en el colegio un justificante de que yo había estado allí, pero yo tenía muy mala reputación entre las monjas por protestona y claro, no me lo dieron. Cuando entre en Semengar me puse por las tardes en el colegio y saque mi graduado escolar con dieciocho o diecinueve años.

Mi hermana mayor que se tuvo que venir del colegio también, no le fue mal, pero nunca ha trabajado, siempre ha estado con mi madre ayudándole. La más pequeña, hizo auxiliar administrativo y la otra se colocó en Camiones 'AVIA' –no lo recuerdo bien–, es una de las que se fueron de la empresa cuando se casó, porque el novio no quería que trabajara. Son las que están arrepentidas de no tener ahora una paga. Yo no me vine de trabajar, seguí hasta los 60 y he tenido la suerte de coger una prejubilación y claro, tengo una paga digna. Yo no hubiese permitido nunca que un hombre me alimentara.

Cuando entro en Semengar conozco a unas compañeras que fueron una maravilla a nivel de lucha, formábamos un buen equipo Conchi Rejo, Juana García y yo. Empezamos a luchar en La Sección Sindical que entonces todavía no era sindicato. Teníamos contacto

con las Comisiones Obreras, aunque todavía no estaban legalizadas, serían en el 1969 ó 1970.

La lucha de aquella época es una historia muy bonita de coraje, unidad, solidaridad, compañerismo y, también, de amistad. Muchas cosas las conseguimos gracias a las compañeras que nos apoyaron y siempre estuvieron dispuestas a luchar por nuestros derechos como, Filli, Aurora, Loli Caro, Joaquina. Loli....

Una de las cosas al principio importante en Semengar fue la cuestión de la dote. Consistía en que la empresa, a la trabajadora que se casaba y decidía dejar el puesto de trabajo le daban una dote, que en aquel entonces serían unas 5.000 pesetas. Que en aquellos años era un alivio para las que se casaban, pero a cambio claro, tenían que dejar el puesto de trabajo. Con la mentalidad que había entonces, la mayoría cogía el dinero y se iba. Yo por suerte nunca he tenido esa mentalidad, no sé si es que mis padres me inculcaron en pensar que la mujer es mujer, pero también persona igual que el hombre. O será que en el camino me encontré con un hombre que pensaba igual que yo. Nos dimos cuenta que en realidad lo de la dote era venderle a la empresa tu puesto de trabajo, lo que significaba, perder tu independencia económica, tus relaciones sociales con las compañeras y tu futuro. Porque ¿quién te aseguraba que el matrimonio te iba a ir bien? A lo mejor te hacía la vida imposible y te maltrataba, pero como dependías de él económicamente te tenías que aguantar.

Nuestra lucha empezó por intentar que las mujeres no dejaran el puesto de trabajo cuando se casaban. Empezamos a organizar una serie de reuniones en la empresa con la idea de concienciar a las mujeres de su derecho al trabajo. A estas reuniones asistía la abogada Aurora León. Las dábamos a partir de las cuatro que era cuando se terminaba la jornada laboral. A partir de ahí, unas se fueron de la fábrica al casarse y otras no, como Conchi, Juana y muchas más. Muchas de las que se fueron después se arrepintieron, pero sobre todo, porque al llegar a la jubilación y no haber estado trabajando, ahora no tienen ninguna paga. En la empresa no sólo luchábamos por el puesto de trabajo sino también por los derechos de las mujeres en general.



Marieta en el centro, en una reunión con Juana y Conchi.

Entré en el PCE en 1970. Empecé por repartir dos *Mundos Obreros* que era la prensa mensual del PCE y terminé por dieciocho, los estuve vendiendo hasta el 1981. Los *Mundos Obreros* los llevaba todos los viernes y me los compraban las compañeras que no eran militantes pero sí simpatizantes del Partido. Tenía que ir a recogerlos a un sitio determinado que no debía saberlo nadie. Allí fue donde conocí al que ahora es mi marido. Empezamos a salir y a llevar los *Mundos Obreros* a los pueblos de cercanía como Camas, Santiponce, Utrera (mí pueblo)... Celebrábamos reuniones, creo que en Camas, en un bodegón, donde teníamos la prensa del PCE. Un día que teníamos reunión en una bodega a la que también asistió Carrillo y Tamames –de eso, me enteré después, porque Carrillo iba disfrazado–, llegó la policía y rápidamente nos metimos en los barriles que había vacíos, y eso que la policía no era tonta, pero entró, miro, y al no ver a nadie nada más que al portero de la bodega se fueron. Le dijeron al portero que tenían noticia de la celebración de una

reunión clandestina y el hombre le dijo que allí no había nadie que estaba él solo.

Las reuniones las celebrábamos dónde podíamos. En Su Emi-nencia nos pasó otra vez igual con la policía secreta esperándonos debajo de donde estábamos reunidos, pero tuvimos suerte y pudimos darle el esquinazo y salir sin ningún detenido. Uno de los poli-cías secretos que estaban abajo esperando era el famoso Beltrán. Los que lucharon en aquella época en Sevilla seguro que lo han conoci-do o han oído hablar de él como torturador del régimen franquista. Otros sitios donde nos reuníamos era en la Iglesia de los Pajaritos y en la de Madre de Dios cuando había un cura que estaba compro-metido con la causa. Entrábamos cuando empezaba la misa y salía-mos con la gente que habían asistido a ella para no levantar sospe-chas. Teníamos reuniones dónde nos daban clases política. Aprendí muy poco porque yo era más de la práctica, tenía mi concepto de la justicia y por eso luchaba.

Yo fui responsable política de la célula Macarena y por eso siempre estaba en todas las reuniones. Después transmitía a mi or-ganización toda la información y los acuerdos a los que se habían llegado. Teníamos información de primera mano de todas las em-presas, que luego les explicábamos a los y las responsables de las células del distrito Macarena. Siempre sabíamos de antemano lo que iba a pasar en los días siguientes... porque yo no me podía creer en el 1971 cuando Santiago Carrillo dijo que las mujeres íba-mos a ir a la mili. Yo escuchaba eso y pensaba: «¡Por Dios! ¿Este hombre como dice esas cosas?, ¿cómo va a ir una mujer a la mili?». Pues sí, pues llegó la mujer a la mili. Este hombre tenía toda la his-toria por adelantado, aunque para mí luego lo estropeó todo con su posición política. Pero entonces en esas reuniones veía las cosas tan adelantadas que...

Las compañeras y yo empezamos a luchar y ya estábamos en el comité por lo menos siete mujeres. Cuando yo llegaba a mi casa, metía los Mundos Obreros en las fundas del sofá para que no lo supiera mi padre, más que nada porque tenía el miedo metido en el cuerpo. Empezamos a ir a manifestaciones y empecé a ir corriendo de un sitio a otro. Una vez la policía me detuvo y me metió en el

furgón, me pegó un porrazo en el pecho y me acuerdo que Eduardo me decía que les dijera que estaba echando sangre, para que me bajaran del furgón, pero me bajaron porque yo lloraba mucho ¡pero me dieron otro porrazo! Después de eso todavía me daban más ganas de luchar, para que el día que tuviese yo hijos no le pasara eso, tuviesen otro tipo de vida y pudieran vivir en libertad.

Al ser yo responsable de la célula del distrito Macarena del PCE, también formaba parte del grupito de Semengar, nos reuníamos por lo menos 20 mujeres y comenzamos a luchar por los derechos de las mujeres y la explotación que teníamos. Nos reuníamos por las tardes. Repartíamos los Mundos Obreros en los carros donde repartíamos el trabajo. Ese día venía Juani, que era la encargada, los metíamos en los carros de la ropa, se tapaban y cada una cogía el suyo junto con su trabajo, ya que al hacerse este en cadena facilitaba mucho la repartición. Después de leerlo lo comentaban con nosotras y así se iba difundiendo cada vez más. Había una mujer que se llamaba Setefilla, era una mujer muy inteligente, pero nunca quiso entrar en nada. Había muchas así, pero que no querían comprometerse. No era de extrañar porque había mucho miedo a las consecuencias. Poco a poco, en la empresa, dedicábamos más tiempo a dar reuniones sobre los derechos de la mujer; lo mismo del divorcio que de otras reivindicaciones.

Estuve 4 años de novio con el que ahora es mi marido, hasta que nos casamos en el 81. Montamos un negocio donde empezamos los dos a trabajar conjuntamente. He tenido dos hijas y un hijo –lo mejor que me ha pasado en la vida–, Rafa, María y Beatriz. El niño es bombero, una de las niñas es psicóloga y la otra estudió ciencias políticas. No es que tengan que darles las gracias a sus padres, es que los padres habían luchado para que todo el mundo tuviera acceso a la universidad. Pero aun así, dos hijas y un hijo estudiando requiere muchos gastos y muchas horas de trabajo por mi parte, porque el negocio lo tuvimos que cerrar al que caer enfermo mi marido. No nos faltó lo suficiente para vivir, porque yo me coloqué en LIPASAM, y después, me iba a una cocina, pero a mis hijos les seguía pagando los estudios, o sea, todos los gastos adicionales que conllevaba. Nunca se ha entrado en la Universidad gratis, siempre

has tenido que pagar, a lo mejor no como ahora, pero se ha tenido que pagar. Pero creo que el granito de arena que yo aporte en la lucha ha beneficiado mucho a esta generación.

En general, si hago un balance de mi vida, veo que ha sido muy positiva en la niñez con mis padres y después también, incluso en las circunstancias que hemos vivido. Me alegro de haber tenido el arrojo de enfrentarme a todo en la sociedad que nos tocó vivir. Sacar a mis hijas y a mi hijo adelante en unas condiciones normales y darles lo que yo entonces no pude tener. Yo no sabía lo que significaba estudiar, no lo valoraba cuando era pequeña, lo empecé a valorar al mismo tiempo que empecé a trabajar y vi la explotación que existía y, pensaba que si hubiese estudiado no estaría allí.

Las mujeres hemos tenido una lucha muy difícil porque hoy nos podemos defender, porque somos muchas, pero en aquellos años luchábamos teniendo en contra a los padres, a los hombres en general –salvo los que estaban en la lucha–, los sueldos eran más bajos, diferentes condiciones de trabajo, etc. En LIPASAM donde estaba trabajando ahora, hombres y mujeres tenemos el mismo sueldo, pero no en todas las empresas es así.

Ahora con sesenta y tres años y jubilada anticipadamente, sigo en la brecha, ¡claro que de otra manera! El tiempo no pasa en balde. Ahora sigo pensando como entonces porque en realidad, aunque tengamos libertad, seguimos teniendo las mismas desigualdades que antes y ante eso, seguiré luchando hasta el final.

*Este libro se terminó de imprimir
el día 29 de mayo de 2018,
vísperas de la festividad de San Fernando,
en los talleres gráficos
de la Imprenta Municipal
del Excmo. Ayuntamiento de Sevilla*

NO8DO

AYUNTAMIENTO DE SEVILLA

Coordinación General de Distritos,
Participación Ciudadana,
Educación y Edificios Municipales